LOS HÉROES DEL PACÍFICO

O AVENTURAS DE

LA EX-JENERALA BUENDÍA

NOVELA HISTÓRICA

Relacionada con la guerra entre Chile, Perú i Bolivia

POR

RAMON PACHECO

ILUSTRADA

ADMINISTRACION:
EN CASA DEL AUTOR, CALLE DE SANTA ROSA, 88
SANTIAGO DE CHILE
1887

LOS HÉROES DEL PACÍFICO

O AVENTURAS DE

LA EX-JENERALA BUENDÍA

NOVELA HISTÓRICA

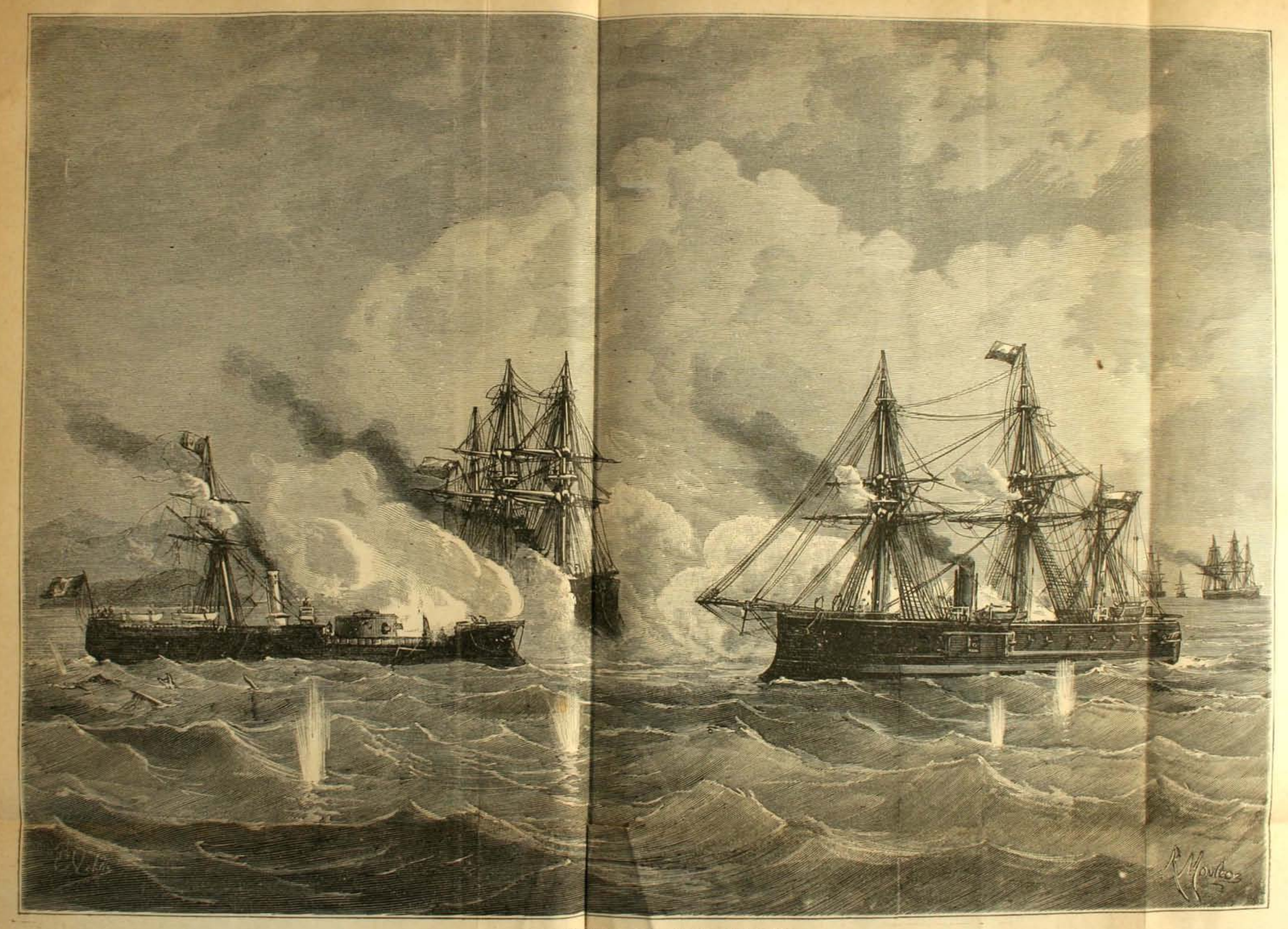
Relacionada con la guerra entre Chile, Perú i Bolivia

POR

RAMON PACHECO

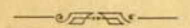
ILUSTRADA

ADMINISTRACION:
EN CASA DEL AUTOR, CALLE DE SANTA ROSA, 88
SANTIAGO DE CHILE
1887



COMBATE DE ANGAMOS

UN FUSILAMIENTO EN PERSPECTIVA



El dia 1.º de noviembre de 1879, el puerto de Pisagua, ocupado por una parte del ejército perú-boliviano, presentaba un aspecto de inusitada animacion.

El alto i áspero cerro, cortado en zig-zags por la línea férrea que remonta desde la estrecha playa hasta la elevada i salitrosa llanura, era recorrido incesantemente por grupos de oficiales, de soldados, de vivanderas, de jente del pueblo, que subian o bajaban, ora por la ancha cuesta del ferrocarril, ora por los senderos de atravieso trazados en la dura roca o en la movediza arena para los transeuntes de a pié.

La alegría, el aire de fiesta pintado en los semblantes, revelaba que algun suceso agradable traia preocupados los ánimos.

—¿Se reunió el consejo de guerra? preguntaban los que ascendian de la playa a los que bajaban del Alto.

—Sí, pues, contestaban éstos, i condenó al reo a la pena capital, que debe ejecutarse dentro de veinticuatro horas.

—¡En veinticuatro horas!... I ¿la bendicion de los cañones?

—Tendrá lugar tambien mañana i así gozaremos de dos fiestas en un mismo dia.

Frotábanse las manos, deshacíase el grupo i mas arriba o mas abajo formábanse otros en que se cambiaban, mas o ménos, estas frases:

—¿Qué hai de nuevo en el campamento?

—Que el jeneral en jefe ha confirmado la sentencia del consejo i el reo será fusilado mañana, despues de la bendicion de los cañones.

—*¡Guá!*... (1) despues!... I ¿por qué no ántes?

—Porque así lo ha dispuesto el jeneral a fin de que la ejecucion sea mas pública i mas solemne.

En el campamento, es decir, en el Alto de Pisagua, la noticia de la ejecucion ya no debia, sin duda, causar novedad, pues los diálogos revestian esta otra forma:

—¿Sabes, chico, que la francachela, con motivo del bautizo de los cañones, será espléndida?

—¿Cómo así?

—Juzga por los preparativos: hai un salon que se adorna con banderas, gallardetes i faroles chinescos; un rico piano de Herz, un arpa i una vihuela española i un mundo de provisiones i de finos i escojidos licores.

Como de ex-profeso, para dar mas realce i brillo a la fiesta en perspectiva, llegó esa tarde al campamento, haciendo precipitado i penoso viaje por tierra, un emi-

---

(1) *¡Guá!*... Modismo peruano que equivale, segun la frase que le sigue, a las interjecciones: ¡Ah! ¡oh! vaya! cómo!...

Hai oraciones, sobre todo interrogativas, en que el ¡guá! peruano es mas espresivo que todas las interjecciones castellanas.

sario del presidente del Perú que se hallaba a la razon en Tacna en compañía del ejército i del presidente de Bolivia.

El dicho emisario era uno de los hombres mas prestijiosos en el Perú, i aun cuando al lado del presidente Prado desempeñaba las funciones de secretario, sabíase que era el consejero, el amigo inseparable, una especie de ministro sin cartera, pero, a causa de esto mismo, el mas omnipotente de los ministros que tenia el jefe supremo del Perú. Enviado por éste para comunicarse con el jeneral Buendía i trasmitirle noticias i órdenes de importancia, el presidente Prado le encomendaba al mismo tiempo como a uno de sus mejores amigos.

Por tal causa, el señor Matías de la Peña i de la Selva, descendiente en línea recta de los ricos marqueses de la Peña i de la Selva, que a fines del siglo XVIII gozaban de grandes fueros acordados por los monarcas de España, i cuyo prestijio de familia se habia mantenido en el Perú, merced a una fortuna considerable i al constante figurar de los descendientes en los mas encumbrados puestos de la nacion; por tal causa, decimos, el emisario del presidente fué recibido en el campamento de Pisagua con todos los honores i con todas las atenciones que requeria su rango, su mision i las recomendaciones de que llegó premunido.

Durante una hora el jeneral en jefe i el señor de la Peña hablaron de los asuntos de la guerra, pidiéndose i dándose mútuamente minuciosos datos sobre el número de las fuerzas con que contaban, sobre el espíritu de la tropa, sobre su disciplina i union con los aliados, i en fin, sobre cuanto se relacionaba con la fatal guerra que dividia a tres naciones hermanas.

Por una incidencia en la conversacion, el jeneral Buendía dijo:

—A mas del bautizo o bendicion de los cañones, tenemos para mañana otro acontecimiento notable, pues se va a fusilar a un jóven chileno, llamado Camilo Montemar, por haber estado sirviendo de espía.

—¡Camilo Montemar! repitió el señor de la Peña con admiracion, ¡Camilo Montemar!

I al repetir este nombre, se puso pálido i miró al jeneral Buendía como quien no comprende lo que ha escuchado.

—¿Conoce usted ese nombre? preguntó el jeneral al ver la honda impresion que habia causado en su interlocutor.

El señor de la Peña no alcanzó a responder, pues, a ese tiempo, entró un militar que entregó al jeneral una carta en cuyo sobre estaba escrita en gruesos caractéres la palabra: "Urjente".

—Con el permiso de usted, dijo el jeneral, dirijiéndose al emisario del presidente del Perú, al mismo tiempo que rompia el sobre.

El papel decia:

"Señor jeneral:

"Por fin he podido alcanzar a los fujitivos, i en veinticuatro horas mas tendré la satisfaccion de llegar con ellos a la presencia de Su Señoría. El jóven es un mozo altivo i atrevido que dió muerte a dos de mis soldados ántes de dejarse prender, i ella es una jóven arrogante i hermosa, tanto o mas altiva i atrevida que él. Ninguno ha querido revelar sus nombres; pero es imposible dudar ante la peregrina belleza i demas cualidades que ador-

nan a la jóven. Me anticipo a comunicar estas breves noticias a Su Señoría, confiando en que, cuando de viva voz le narre los detalles, merecerá la alta i benévola aprobacion de Su Señoría este su humilde i abnegado servidor—S. D.»

El jeneral concluyó de leer lo anterior, pero permaneció aun largo rato con la vista fija en el papel, procurando disimular su emocion. Por fin, dijo al oficial:

—Apénas quede solo, conduzca usted aquí al portador de esta carta.

El oficial se retiró i el emisario del presidente Prado, embebido en sus meditaciones, aguardó que el jeneral hablase. Pero éste no podia sobreponerse a su preocupacion i solo despues de dar una segunda lectura a la carta, la guardó diciendo a su interlocutor:

—¿Sobre qué hablábamos?

—Me decia usted que el jóven a quien debe fusilarse mañana se llama Camilo Montemar.

—¡Ah! esclamó el jeneral, recordando la impresion que aquel nombre habia hecho en el señor de la Peña, i creyendo que, así como él tenia motivos para turbarse con la lectura de la carta que hemos trascrito, así el emisario del presidente del Perú tendria causas poderosas para perder su calma con el hecho que iba a tener lugar al dia siguiente; ¡ah! repitió, hablábamos de un jóven chileno que mañana debe ser fusilado por espía.

—Eso es, profirió el señor de la Peña sin preocuparse de disimular su turbacion; eso es, hablábamos de que ese jóven Camilo Montemar iba a ser fusilado mañana.

Al decir esto bajó la vista i quedó pensativo; luego, presintiendo que su manifiesta preocupacion podia ser notada por el jeneral, hizo un nuevo esfuerzo, i con esa

voz rápida i balbuciente del que desea salir cuanto ántes de una situacion difícil, agregó:

—Permítame, jeneral, que por un momento me retire a mi aposento, pues el largo i precipitado viaje que acabo de hacer me exije algun descanso.

El jeneral Buendía, que, aunque deseaba investigar lo que habia motivado la turbacion de su huésped, se hallaba por su parte con vivos deseos de quedar solo para interrogar al portador de la carta que acababa de recibir, lo despidió con cierto placer i con la urbanidad i finas atenciones que eran peculiares a su carácter caballeroso i un tanto adamado.

El señor de la Peña, el prestijioso enviado del presidente del Perú, el hombre cuya historia pública i privada vamos a contar en el curso de esta obra, no bien hubo llegado a su aposento, sacó de uno de los bolsillos de su levita una pequeña i vieja cartera, i la abrió con manos temblorosas.

Por un momento pareció indeciso, mirando con avidez uno de los compartimientos; pero luego, como quien emprende una obra de romanos, alargó el índice i el pulgar de la mano derecha i sacó, plegado en muchos dobleces, un papel cuyo color, que en algun tiempo debió ser azul claro, era ahora de un amarillento oscuro.

Era una carta escrita con caractéres pequeños i tupidos, caractéres que casi desaparecian, no solo por el desgaste que el tiempo habia efectuado en los dobleces del papel, sino por el color amarillento i desteñido que habia tomado la tinta.

El señor de la Peña, aun cuando la letra era tan pequeña i desteñida, debia, sin duda, haber leido muchas i repetidas veces aquella carta, pues sin acercarse a una

ventana que permitia la entrada de la escasa luz del crepúsculo vespertino, pudo leer de corrido, aunque con violentos latidos en el corazon, lo que copiamos en seguida:

"*Santiago de Chile, abril de 1857*

"SEÑOR DON MATÍAS DE LA PEÑA DE LA SELVA

Lima

"Señor:

"La mision augusta que como un castigo de mis faltas me ha deparado Dios, me hace cumplir con el sagrado i para mí imprescindible deber de anunciar a usted que soi madre.

"Madre de un sér cuyo padre le ha abandonado, a quien tal vez nunca quiera ni reconocer, mi conciencia de cristiana i mi amor de madre me obligan a decir a usted que el sér que llevaba en mis entrañas, no pudiendo usar el nombre que su padre hubiera elejido i el apellido que él debiera darle, ha sido bautizado en la parroquia de San Lázaro de esta ciudad con el nombre de Camilo; i que, a falta del apellido de su padre, llevará en la vida el de su desgraciada madre.

"El temor de que mis débiles fuerzas, casi agotadas ya por los sufrimientos, no alcancen hasta el dia en que mi hijo pueda ganarse por sí mismo la subsistencia i ser el hombre digno i honrado que yo deseo, me hace darle esta noticia, por si algun dia, faltándole yo, usted quiere, como una limosna, protejer al desgraciado huérfano Camilo Montemar.

"Dedicada des de hoi al cuidado de mi hijo,usted no

volverá a ser importunado ni por las quejas ni por las súplicas de la infeliz

ERNESTINA MONTEMAR»

Cuando el señor de la Peña hubo leido esta carta, llevósela al corazon i oprimiéndola contra el pecho, miró al cielo esclamando:

—¡Dios mio! el que fusilarán mañana es mi hijo, el hijo de mi Ernestina, de la criatura que mas he amado en el mundo, i a la cual abandoné envuelto por la vorájine de la política, de la ambicion i de la sed de enriquecerme!... ¡Es él, no hai duda; no hai mas familia de Montemar en Chile que la de mi Ernestina, la de ese ánjel a quien yo he dejado, no por desamor, no por olvido, sino por seguir la corriente de mi maldito destino!... ¡Dios mio!... Dios mio!... agregó con desaliento, ¿cómo salvo a mi hijo? ¿Querrá el jeneral suspender la ejecucion? ¿Qué puedo decir para hacerle revocar su fallo? ¿Cómo voi a comunicarle que es mi hijo? ¿Cómo confesar que he sido un perjuro, un padre desnaturalizado? ¡Oh! imposible!... imposible hacer esta revelacion!...

I ante estas i otras ideas que se agolpaban a la mente del señor de la Peña, un sudor frio invadia su cuerpo i una angustia terrible oprimia su corazon.

—¡Nó! esclamó de repente; ¡nó! nada puedo hacer por él!... ¡Se me creeria traidor, adicto a los chilenos!...

EL JENERAL I EL EMISARIO

Trascurrió cerca de media hora i el señor de la Peña no habia tomado ninguna determinacion.

La idea de sobornar la guardia que custodiara al jóven pasó una i otra vez por su mente; pero esto, dado el corto tiempo de que podia disponer, era casi imposible. A mas, si su plan fracasaba, si sus tentativas de soborno llegaban a oídos de Buendía, su responsabilidad era inmensa i, salvando bien, se atraeria la enemistad del ejército i quién sabe si hasta el desprestijio ante el presidente de la república.

Desechó, pues, la idea como impracticable, i su imajinacion se contrajo a la que se le presentaba como de mejor éxito, es decir, a pedir al jeneral Buendía la vida de aquel jóven interponiendo su influencia i haciendo valer, si era preciso, su valimiento con los presidentes del Perú i de Bolivia.

Acostumbrado a que se le concediera cuanto deseaba creyó que ni aun necesitaria esponer las causas que le hacian interceder por el prisionero. Tal pensamiento le

tranquilizó i le hizo mirar como pueriles las reflexiones que en un principio le habian alarmado.

—¡Vamos! esclamó, iré, hablaré con el jeneral i salvaré a ese hijo desconocido.

Tomada esta resolucion, serenó su semblante i dirijiéndose a la pieza del jeneral le dijo:

—Señor, he regresado para hablar con Su Señoría de un asunto que considero de mucha importancia.

—Hable usted, le contestó Buendía con la benevolencia que le era peculiar; hable usted señor de la Peña, i le escucharé con suma complacencia.

—Gracias, señor jeneral, contestó éste con voz calmada para darse tiempo de coordinar su pensamiento.

Se acomodó en la silla, sacó una fina cigarrera, participó con un habano al jeneral, i despues de encender él otro, dijo:

—Creo, señor jeneral en jefe, cumplir con un deber permitiéndome hacer a Su Señoria algunas observaciones ántes de que se lleve a cabo el fusilamiento de ese jóven chileno.

—¿Conoce usted a ese jóven? interrumpió el jeneral.

—Nó, señor, contestó el emisario con la voz mas calmada que le fué posible usar; nó, señor jeneral; pero conozco a su familia.

—¿Es chileno él i su familia?

—Sí, señor; son chilenos. Ese jóven tiene un padre i una madre ancianos.

—¡Pobre familia! esclamó Buendía, cuánto va a sufrir cuando sepa el fin de ese desgraciado. ¡Hé aquí, amigo mío, una de las terribles consecuencias de la guerra!

El emisario, que miraba al jeneral de hito en hito,

pendiente de sus palabras para adivinar lo que podia temer o esperar, guardó silencio un instante para calmar su emocion, i al fin murmuró:

—Es cierto, señor jeneral; esas son las terribles consecuencias de la guerra. Pero si Su Señoría me permite hacerle algunas observaciones...

—Hable usted, amigo mio, sin embarazo, dijo el jeneral interrumpiéndole, que las recomendaciones que me hacen de usted el presidente del Perú i el de Bolivia me obligarian a escucharlo con deferencia, si ya ésta no la hubiera merecido por la amistad que nos une.

—Gracias, gracias, señor jeneral, replicó el señor de la Peña, animándose con la benevolencia de su interlocutor. Pues bien, agregó, usando del derecho que me acuerda su amabilidad, me atrevo a sujerirle algunas reflexiones. Es cierto que el terrible código de la guerra i aun el Derecho de Jentes, no solo permite sino que disculpa el acto de pasar por las armas al desgraciado a quien se sorprende en el papel de espía. Pero en las guerras modernas i sobre todo en la guerra de paises civilizados, esa práctica se ha desterrado a tal punto que no se ejecuta a un espía sino en casos mui excepcionales.

—I este, señor, interrumpió Buendía, es uno ellos, pues necesitamos escarmentar a los espías a fin de vernos libres de ellos mas tarde.

—No obstante, señor jeneral, replicó el señor de la Peña, hai otras consideraciones que en mi concepto pueden valer mas que esa. La guerra, en cierto modo, solo se inicia; i tanto el Perú como Chile, salvo hechos aislados de crueldad nacida de la exaltacion, rivalizan en hacerse una guerra humana, jenerosa i caballeresca.

Su Señoría mismo, segun lo he sabido, hace cuanto está en su mano para proporcionar el bien posible a los prisioneros de la *Esmeralda*; i en Chile, segun noticias de los mismos prisioneros del *Huáscar*, son éstos tratados con toda suerte de consideraciones.

—Pero esos son prisioneros de guerra, interrumpió el jeneral con alguna animacion; esos son hombres que se han batido noble i valerosamente por su patria, i no pueden compararse con los miserables espías.

Las mejillas del emisario se colorearon lijeramente; pero dominándose acto contínuo, agregó con la misma calma:

—Creo, señor jeneral, que debe hacerse una diferencia. El hombre que desempeña ese cargo por lucro, es sin duda alguna un miserable; pero el que sirve a su patria, el que elije el puesto de mayor peligro i en el cual no conquistará nunca un átomo de gloria, sino la satisfaccion de haber espuesto mil veces su vida por la tierra que le vió nacer, ese hombre, digo, no es, no puede considerársele como un miserable. El espía necesita de un valor sereno, de una intelijencia despejada, de un carácter resuelto, de una enerjía física i moral capaces de resistir a toda suerte de contratiempos. El espía no puede ser un hombre vulgar i necesita ser un gran patriota. ¿Cómo entónces, señor jeneral, es posible castigar ese valor, ese patriotismo, esa audacia, que si no es heroismo está mui cerca de él?

—Se castiga, contestó Buendía, para amedrentar, para evitar los males que puede causar a un ejército i a una nacion el uso de ese arbitrio reprobado de guerra.

—No creo que el remedio produzca grandes efectos, contestó el caballero calmosamente, para no dejar tras-

lucir el interes que lo movia a sostener aquel diálogo. Al contrario, los ánimos se exacerban, el patriotismo se irrita, i cuando llega el caso de un combate, de una revancha, pagan cien, tal vez mil, la sangre de uno solo. Nunca, por otra parte, actos de esa naturaleza se llaman justos sino crueles; i en la nacion enemiga, en vez de decirse "se fusiló a un espía", se cree que se ha inmolado a un inocente.

El señor de la Peña se estendió aun largo rato sobre el mismo tema; i como el jeneral le contestase que ya no era posible salvar al jóven Camilo, porque, seria mal visto por el ejército, el emisario interpuso todo su valimiento, invocó los nombres de los presidentes del Perú i Bolivia, prometiendo en nombre de ellos, no solo la mas completa aprobacion, sino sentimientos de gratitud si perdonaba al condenado. Pero el jeneral se mantuvo inflexible i concluyó por decir:

—Es imposible, señor, pídame usted lo que quiera pero nó la vida de ese jóven. Mi nombre, mi prestijio como jefe de un ejército, i hasta mi patriotismo se hallan, desde algun tiempo a esta parte, comprometidos por mis bondades i condescendencias con el enemigo. Dicen que soi *achilenado*, que soi un jefe pusilánime e inepto, i mis enemigos llegan a acusarme de traidor. Salvar a ese jóven, despues de estar sentenciado, suspender la ejecucion cuando todo el mundo le cree un espía i quiere su muerte, seria echar sobre mis hombros una responsabilidad terrible.

—Pero al ménos, jeneral, dijo el señor de la Peña, suspenda usted la ejecucion por algunos dias.

El jeneral meneó negativamente la cabeza, ínter el emisario agregaba:

—Para suspender la ejecucion tiene ustel mil pretes tos: mande abrir un nuevo proceso, decrete que se le someta a tales o cuales interrogatorios, i si quiere salvar por completo su responsabilidad, envie al reo ante el Supremo Director de la Guerra, i estoi seguro que Su Excelencia le agradecerá ese acto de deferencia i humanidad.

El jeneral peruano, que comenzaba a disgustarse con la insistencia del señor de la Peña, le dijo con tono un si es no es agresivo:

—Mucho interes manifiesta usted, señor, por ese jóven.

—No puedo negarlo, replicó el emisario con animacion, i a ello me inducen muchas causas. Es la primera, que conozco a su familia; la segunda, que no hai causa verdaderamente justificada para usar ese rigor; la tercera, que, si por parte del Perú se emplean estos procedimientos, se hará de la guerra una guerra de bárbaros; i en fin, lo diré con franqueza al señor jeneral, que no veo en el hecho un acto justiciero i escarmentador, sino, al contrario, un espediente vengativo i reparador.

—¿Qué dice usted? interrogó el jeneral frunciendo lijeramente el ceño.

—Digo, señor jeneral, que el fusilamiento de ese jóven responde, no a la necesidad de escarmentar al enemigo, no al deber de castigar un crímen, sino al deseo de vengar agravios i reparar debilidades.

El jeneral Buendía, al oir aquellas frases, se puso pálido de indignacion i con voz trémula preguntó:

—¿Podrá usted esplicarme sus palabras?

—Con mucha facilidad, señor jeneral, contestó el señor de la Peña, arrojando su cigarro que le incomodaba para accionar; i para ello me bastará recordarle que

usted mismo ha dicho que era necesaria esa ejecucion para levantar de su nombre, de su prestijio i patriotismo el tilde de *achilenado* que le dan sus compatriotas.

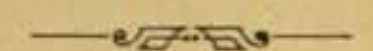
El jeneral se mordió los labios.

—Eso no es una esplicacion, dijo, eso es tomar mis palabras en un sentido que no tienen. Si por ser bondadoso con nuestros enemigos he merecido de mis compatriotas que me llamen *achilenado*, no prueba que ahora, que no quiero ejercitar esa bondad, lo haga por venganza o reparacion. Sobre todo, señor, cumplo con el deber que me imponen mi puesto de jeneral en jefe, mi conciencia i mi deber como soldado i la necesidad, lo diré tambien, de probar que, si he sido blando i humano, jeneroso i condescendiente con los chilenos indefensos, con los que ningun mal mediato i probado podian hacernos, soi severo e inflexible con los que atacan de alguna manera a mi patria.

—Pero esa severidad, señor jeneral, tenga usted la certeza, será reprobada por el señor presidente del Perú.

—Daré cuenta de mis acciones, señor, a quien corresponde, i afrontaré sin temor las consecuencias.

CONFESION INFRUCTUOSA



Hubo un momento de silencio. La frente del señor de la Peña estaba cubierta de sudor i su semblante revelaba la terrible angustia que sentia en su alma a medida que los esfuerzos por salvar a su hijo eran infructuosos. Creyendo que conseguiria mas del hombre que del militar, del corazon que de la cabeza, el emisario, cambiando de tono i dando a éste esas modulaciones que van directamente al alma, agregó:

—Señor jeneral, perdóneme que insista i que abuse de su bondad; pero no me dirijo ahora al jeneral en jefe de un ejército, sino al hombre de corazon; no al militar que debe cumplir con una ordenanza, sino al cristiano que puede ejercer una virtud de su relijion. Si las leyes de la guerra si la necesidad de un escarmiento, si las faltas cometidas por ese jóven le condenan a la muerte, la piedad del cristiano, la caridad del hombre de corazon, la humanidad con que debemos tratar a nuestros enemigos, aconsejan, si no perdonarlo, al ménos mitigar el rigor de la pena.¿ Por qué Su Señoría, en vez de sentar

a ese jóven en el banco de los ajusticiados, no lo condena a ser internado en las sierras del Perú? ¿Por qué privar de la vida a un jóven que apénas entra en ella? ¿Por qué herir de muerte el corazon de dos padres ancianos cuyo único crímen consiste en haber tenido un hijo cuyo exaltado patriotismo i cuya juventud, tal vez, le han arrastrado a servir a su patria en el puesto de mas peligro?

Al decir lo último la voz del señor de la Peña hízose trémula i vióse obligado a callar.

Buendía paseábase a grandes pasos escuchándolo en actitud meditabunda.

—A mas, señor jeneral, agregó el emisario visiblemente emocionado, la guerra pasa, los rencores amenguan, i poco a poco las causas que motivaron la guerra así como los hechos que durante ella se practicaron, se destiñen i al fin se borran si ellos han sido aconsejados por la necesidad. No sucede así con otros, que no revisten ese carácter. Quedan éstos en el corazon de los hombres i de los pueblos, como un jérmen, como una simiente, que mas tarde o mas temprano ha de producir el amargo i maldecido fruto de la sangre i de las lágrimas derramadas por la humanidad entre sí. Por el momento, poco importará a Su Señoría el anatema i las maldiciones de dos millones de chilenos; pero cuando el humo de los combates se haya disipado, cuando Su Señoría limpie de su espada la sangre enemiga con que noble i valerosamente la tiña en los campos de batalla, entónces, señor, no podrá evitar que la sangre de ese jóven caiga gota a gota sobre su corazon, enturbiando su dicha, empañando su gloria, echando un velo rojo sobre los verdes laureles que se conquistó matando al enemigo armado; entónces, señor, los anatemas de los

chilenos llegarán a sus oidos como notas discordantes en un concierto de armonías, i cuando los pueblos que ahora se llaman enemigos vuelvan a llamarse hermanos, cuando la paz tienda su tranquilo manto sobre el suelo sud-americano, cuando de todos los odios, de todos los resentimientos, de todas las rivalidades no queden en pié sino aquellas que hizo nacer la crueldad...

—Es que la ejecucion de ese jóven, interrumpió el jeneral, no es crueldad sino justicia.

—No discutiré con Su Señoría este punto, aun cuando para probar mi parecer me bastaria recordar que si hai justicia en aplicar las leyes por los encargados de ejecutarlas, hai magnanimidad en perdonar en el que tiene el poder de suavizarlas. Pero, ya lo he dicho, no trato ahora de dirijirme al juez ni al militar; me dirijo al hombre de corazon que si no tiene hijos, debe al ménos presentir lo que es ese amor. Decia, señor, que cuando todo odio fuera estinguiéndose en los pueblos que hoi se destrozan, seria mui dulce para Su Señoría que aun sus enemigos lo recordaran con cariño i veneracion. I ese respeto, señor jeneral, esa simpatía los conquista todo el que, valiente i osado en el campo de batalla, es humano i benigno fuera de él. Nuestro paisano, el bizarro almirante Grau, es una prueba cercana i elocuente de lo que digo. Grau, el atrevido marino que tanto dió que hacer a los chilenos; Grau, el jefe de la escuadra peruana que hundió la *Esmeralda* en Iquique; que apresó el *Rimac* i otras valiosas naves; que destruyó lanchas i otros objetos de embarque en los puertos chilenos; que, en una palabra, ha sido hasta hoi el peruano que mas estorsiones ha causado a Chile; Grau, repito, pasó a la eternidad acompañado por las lágrimas de los suyos i por el ca-

riño, las bendiciones i el respeto de sus enemigos. Nadie, ni aun sus paisanos, llamó a Grau *achilenado i traidor* porque no echó a pique al trasporte chileno *Matías Cousiño*, por aguardar que desembarcara su jente. Fué aquel un acto de nobleza i magnanimidad; i si álguien acusara a Grau ante un jurado de militares por no haber destruido ese elemento bélico del enemigo, Grau, aun condenado por la Ordenanza i las leyes de la guerra, seria absuelto por la ordenanza que rije a todos los paises civilizados i por las leyes de humanidad i de clemencia adoptadas por los pueblos que ven en la guerra, no la destruccion i el aniquilamiento de los séres, sino el sostenimiento de la honra i de los fueros de las naciones. El Perú mismo, señor jeneral, agregó el emisario del presidente Prado; el Perú mismo ¿no ha aplaudido, no se ha vanagloriado de la conducta observada por el almirante de su escuadra? ¿Quién se atreverá a decir que Grau faltó a su deber no echando a pique un buque enemigo?—Nadie, señor jeneral, porque ante esa lei de la guerra que prescribe destruir al enemigo donde se encuentre, hai la lei augusta, la lei del corazon i de la humanidad que manda no herir al indefenso...

—Pero, interrumpió el jeneral Buendía, con el tono que se emplea cuando una controversia principia a disgustarnos i solo la sostenemos por deferencia a la persona con quien discutimos; pero, una vez mas, digo a usted que esas citas no hacen al objeto. Un espía, señor de la Peña, puede ser causa de la pérdida de un ejército, del mal éxito de una batalla, en fin, del sometimiento indebido de una nacion. Llame usted como quiera al espía; pero no podrá negar que el espía es un arma cobarde, i que por lo mismo, está reprobada por el código

de la guerra. Me dirá usted que todas las naciones la emplean, i que en este sentido es un arma legal. Es cierto; pero por eso mismo i a fin de hacer su uso mas difícil, su empleo mas raro, se ha conminado al espía con la pena de muerte, lo que no sucede con el prisionero que rinde sus armas, con el enemigo que no nos ofende.

—Ya he dicho a usted, señor jeneral, replicó el enviado, que no es mi ánimo analizar la justicia o conveniencia con que Su Señoría procede, sino provocar su clemencia dirijiéndome a su corazon de hombre i de cristiano.

—Pero ante los sentimientos que pueda tener como cristiano i como hombre, dijo el jeneral, estan los que me imponen mi patria i mis deberes. Mi patria me exije que le evite calamidades i el deber me ordena que cumpla con estrictez las obligaciones que me impone mi cargo.

—¡Ah! esclamó el señor de la Peña con voz desalentada: ¡ah! veo que no he sabido hablar a su corazon, jeneral!

Se enjugó la frente, cubierta de sudor; se oprimió la cabeza con ambas manos como para obligar a su cerebro a discurrir un espediente salvador, i luego, con acento vehemente, que hacia medio trémulo el dolor, agregó:

—¿De manera, jeneral, que ese jóven será fusilado mañana?

—Sí, señor de la Peña; el consejo de guerra le condenó por unanimidad, yo aprobé la sentencia i puse el *cúmplase*, i ántes que nosotros, le ha condenado el ejército en masa i el pueblo en jeneral. Si yo suspendiera hoi ese fallo, seria inminente una sublevacion del ejército.

—¿I si yo pidiera a usted la vida o la suspension de la sentencia recaida en ese jóven, en nombre del presidente del Perú i de Bolivia, asumiendo yo la responsabilidad?

El jeneral Buendía se sonrió.

—Los militares, señor de la Peña, contestó, debemos asumir la responsabilidad de nuestros actos i no obrar sino por órdenes terminantes de nuestros superiores.

—¿De manera, entónces, profirió su interlocutor con desesperacion i con el semblante pálido como el de un cadáver; de manera que no hai salvacion para ese jóven?

—¡Ninguna!

—¿I si yo le dijese, señor jeneral, que estoi unido a ese jóven por vínculos poderosísimos; si yo le dijese, jeneral, agregó con exaltacion, que yo no puedo consentir esa ejecucion?

—Señor de la Peña, replicó el jeneral con voz severa, sean cuales fueren los vínculos que unen a usted con ese jóven, recuerde que se halla en un campamento donde nadie puede impedir lo que ordena el jeneral en jefe.

Don Matías de la Peña volvió a oprimirse la cabeza con creciente desesperacion, i luego, ajitado, trémulo i desesperado esclamó:

—¿I si yo, jeneral, echándome a sus piés le dijera: ¡Jeneral, salve a mi hijo!...

El jeneral Buendía dió dos pasos atras i se quedó un instante perplejo; pero, reponiéndose de su sorpresa, contestó:

—Si tal hiciese, señor de la Peña, me veria en la dura necesidad de no complacerle i de compadecerle por haber enjendrado un hijo traidor.

—¡Eso no! esclamó don Matías de la Peña con exal-

tacion; ¡eso no, jeneral; mi hijo no es un traidor porque es chileno!...

—¿I entónces? interrogó Buendía.

—Recuerde usted que en mi juventud estuve en Chile, contestó el señor de la Peña.

—¡Ah!... ¡Tanto peor! Ese jóven ha tomado las armas contra la patria de su padre.

—¡Jeneral! esclamó con indignacion el señor de la Peña, ese jóven ha tomado las armas en defensa de su patria! ¿Se habria quedado usted con un abanico en las manos si su padre hubiera sido chileno?

Buendía comprendió que habia dicho una necedad, pero como tenia la ventaja de ser en ese momento el mas fuerte, contestó:

—Terminemos, señor, este enojoso asunto. Por mi parte, siento infinito no complacerlo.

La sequedad con que fueron dichas estas palabras, hicieron comprender al emisario del presidente Prado que nada avanzaria con ruegos ni amenazas.

—Está bien, señor jeneral, esclamó con amargura; volveré al lado del que me envió cerca de usted, con la desabrida impresion de que para el jeneral en jefe que manda al ejército aliado en Tarapacá de nada sirve una antigua amistad i de nada tampoco el traer la palabra, el pensamiento, casi la voluntad absoluta de los jefes de las naciones aliadas...

—Muéstreme la órden en que se me ordene obedecerle, interrumpió Buendía con calor, i no solo le entregaré al espía sino al ejército entero.

—¡Oh!... ¡qué sublime abnegacion! esclamó el señor de la Peña con sarcasmo. ¡Si hubiese presentido, agregó con no ménos calor que el jeneral, que aquí iba a encon-

trar, no a un hombre justiciero, no a un jefe que tuviese la conciencia de su puesto, sino al hombre que por un temor pueril i por un aparato de entereza, era capaz de pasar por sobre tan poderosas exijencias, me habria premunido, señor jeneral, de la órden que me acreditase ante usted en el carácter que invisto ante el jefe de la nacion.

Buendía, endulzando un tanto la voz, contestó:

—Señor de la Peña, a usted estravia su dolor, a usted, en este momento, le ciega su excepcional situacion. Yo conozco su valimiento, yo sé que usted me haria perdonar el que yo falte a mi deber; pero un soldado no puede proceder por inducciones sino por órdenes terminantes; un jefe como yo no debe apartarse del rol que le marca su puesto bajo la esperanza de que su falta sea disculpada. No, eso no puede, no debe jamas hacerlo un militar. Si el señor Prado, como amigo, como presidente del Perú, me pidiese la vida de ese jóven, a él le diria: «Pídamela como jefe i se la daré; pero no interponga su valimiento i su amistad para hacerme faltar a mi deber.»

El señor de la Peña comprendió que era inútil llevar mas adelante la discusion.

Se irguió, entónces, i con la voz trémula por el dolor i la cólera, esclamó:

—¡Caigan, jeneral, sobre su cabeza la sangre de ese jóven i las maldiciones de los padres a quienes hace eternamente desgraciados!...

Buendía se puso un tanto pálido al oir la amargura con que habló el señor de la Peña, e iba a responder, pero éste salió de la habitacion con paso vacilante.

—¡Desgraciado! murmuró el jeneral Buendia; si no

pesase sobre mí la acusacion de *achilenado*, lo salvaria!...
¡Pero no, no es posible!...

Se paseó un rato con aire meditabundo i luego llamó a un ayudante, a quien dijo:

—Ordene usted que se dupliquen los centinelas que custodian al espía i que se releven cada media hora.

El oficial iba retirarse; pero el jeneral agregó tras de breve excitacion:

—Notifique usted a ese jóven que su ejecucion tendrá lugar por la mañana, en vez de al mediodía como estaba ordenado.

—¡Cuanto mas pronto mejor!... esclamó Buendía al quedar solo.

EL ESPÍA

El señor Matías de la Peña de la Selva, como hemos dicho, era uno de los hombres de mas valimiento en el Perú, tanto por los antecedentes de su familia, como por su riqueza y por el favor de que siempre habia disfrutado cerca de los gobiernos de su patria.

Aun cuando en el curso de esta obra se podrá apreciar debidamente el carácter del señor de la Peña, creemos necesario dar desde luego una somera idea de sus sentimientos, de su modo de ser.

Nacido en noble cuna i criado en la opulencia, pasó su infancia i su juventud en medio de la mas perniciosa ociosidad, permitiéndole ésta rodearse siempre de jóvenes que, ménos ricos o ménos nobles, le agasajaban i le adulaban haciendo nacer en su corazon una gran vanidad. Dotado por la naturaleza de talento poco comun, de una locuacidad persuasiva, de una figura que, sin ser hermosa, era atrayente, el jóven Matías se habituó a ser considerado como mui superior a los demas. Así, cuando llegó a los veintidos años, su vanidad

era ya casi soberbia i quiso ser grande e influyente, ocupando un lugar entre los hombres que gobernaban la nacion. Los pocos i vagos conocimientos adquiridos, mas con la lectura que con estudios sérios, al pasar por sus labios revistiéndose de cierto aire de suficiencia i profundidad, le habian rodeado poco a poco de la aureola que circunda a los sabios. Por tal causa, apénas manifestó deseos de acompañar al gobierno, éste le encomendó, como principio de su carrera de hombre público, una delicada i especial mision ante el gobierno de Chile.

Mas adelante veremos cómo la desempeñó, pues a nuestros propósitos solo cumple por ahora dar a conocer el carácter i los sentimientos mas dominantes del señor de la Peña.

A pesar de su vanidad elevada pronto a censurable ambicion, el señor de la Peña no tenia un corazon perverso. Era capaz de amar, de comprender, de sentirse enmudecido con todo lo grande, con todo lo bello, con todo lo heroico. Su alma se estremecia, se dilataba, i si así podemos decirlo, se elevaba sobre su vanidad i ambicion, ante un cuadro de ternura, con oir narrar una escena conmovedora. Solian saltar lágrimas a sus ojos con la lectura de una pájina triste, i los versos de Becquer no podia recitarlos jamas sin esperimentar algo como un enternecimiento que le desfallecia haciéndole gozar. Pero una hora, un dia despues, las lisonjas de sus amigos, las adulaciones de los mercenarios, el favor i atenciones que le dispensaban las mas hermosas damas, evaporaban esos bellos sentimientos del alma i dejaban solo la vanidad en su corazon.

Ser el mas rico, ser el mas influyente, ser el mas en-

vidiado, gobernar a los que gobernaban, ver realizada su voluntad, verse el objeto de todas las miradas, hé ahí su ambicion i a lo cual sacrificaba las fujitivas, pero no por esto ménos nobles aspiraciones del alma.

Un rasgo podrá dar una idea aproximada del carácter que bosquejamos.

Don Matías de la Peña, en creencias relijiosas, era medio incrédulo i hasta un tanto escéptico; mas, en ciertos momentos, sentíase arrastrado a orar, a invocar a Dios, a pensar en la eternidad i lo que es mas, a entregarse a una vida ascética i contemplativa, deseando para ello alguno de aquellos solitarios i apartados conventos de monjes que, segun la historia, existian en época lejana. No era raro que un cuarto de hora despues se burlase él mismo de sus ideas; pero ello es que, en su carácter versátil, tenian cabida las mas encontradas emociones.

Por esto no es de estrañar que aquel padre que habia abandonado a su hijo, que aquel esposo que habia desdeñado el cariño de una tierna esposa, que aquel hombre que habia podido pasar años i mas años faltando a los deberes mas sagrados, sintiese en aquel momento, cuando veia amenazada la vida de su hijo, a quien ni siquiera conocia, todas las angustias, todos los dolores que habria esperimentado en circunstancias análogas el mas cariñoso de los padres.

I es que en ese momento, cual si por medio de una linterna májica se le presentaran reales i palpitantes las escenas de su vida, don Matías veia con su imajinacion todas las graves faltas que por su vanidad i ambicion habia cometido.

¡Cuánta ternura, cuánto amor sentia en aquel instante

por aquel hijo desconocido! A ser posible, habria querido echarse a sus piés i decirle: ¡perdóname, hijo mio!... ¡perdona a tu loco padre!...

El arrepentimiento era tardío pero no por ello ménos grande.

Comprendia que despues de la negativa del jeneral necesitaba hacer algo, un algo que estuviese a la altura de la causa puesta en juego.

Pero, como sucede en las grandes crísis, la cabeza, centro de la intelijencia, estaba ofuscada por el corazon, centro de la sensibilidad.

Todo le parecia imposible.

Sobornar la guardia; provocar en el campamento una revolucion hablando en nombre de los presidentes del Perú i Bolivia, valiéndose para ello de su prestijio i del ascendiente que muchos le conocian con el primero; romper ruidosamente con Buendía hasta provocarlo a un duelo; declarar bajo su palabra de honor que aquel prisionero no era un espía sino una víctima de resentimientos del jeneral en jefe; todo esto i muchos otros absurdos pasaban por su mente abrasándola i ofuscándola mas i mas.

Así llegó la noche.

Desesperado de no encontrar nada que intentar con éxito, resolvió al fin pedir licencia a Buendía para visitar a su hijo. Ya que no era posible salvarlo, queria al ménos conocerlo i estrecharlo una vez siquiera contra su pecho.

Otorgado el permiso, el señor de la Peña se armó de dos revólvers i colocó en sus bolsillos varios rollos de billetes de banco que estrajo de su maleta de viaje.

—No se sabe lo que puede acaecer, pensó, i es necesario ir prevenido.

La prision del sentenciado a muerte se hallaba a unos 700 u 800 metros del alojamiento del señor de la Peña, i solo como a unos cincuenta pasos del vivac formado por los batallones que componian la guarnicion. Dicha prision, era una sala bastante baja, con paredes blanqueadas i sin otro menaje que un tosco banco de madera i una mesa sobre la cual ardia una lámpara de parafina.

Cuando el señor de la Peña presentó al oficial de guardia la órden del jeneral en jefe, aquel se apresuró a retirar el centinela de vista que se paseaba frente a la puerta de la prision.

—Puede usted pasar a esa pieza, señor, i ahí encontrará al espía.

Don Matías de la Peña vaciló un instante. Era el hecho que ni habia pensado siquiera cómo se presentaria al que consideraba su hijo.

Mas bien para ganar tiempo que por necesidad de datos, entabló con el oficial el diálogo siguiente:

—¿Sabe usted si ese jóven tiene cómplices?

—Se ignora, señor, contestó el oficial, pues ha sido imposible hacerle confesar nada.

—¿I en vista de qué se le condena entónces?

—Porque no ha negado i al contrario ha confesado su culpabilidad diciendo: «Cuando ustedes me han hecho prisionero, me encontraba sirviendo a mi patria.»

—¿I en qué servia a su patria? preguntó don Matías.

—No ha querido decirlo; pero varios apuntes que se hallaron en su cartera han revelado que era un espía.

—¿I ese jóven no ha tratado de vindicarse, de defenderse?

—Al contrario, parece que deseaba ser tratado con rigor, pues desde el primer instante se mostró sumamente altivo i desdeñoso.

—¿Conoce él la sentencia que ha recaido sobre su cabeza?

—Sí, señor; i cuando le fué leida, se rió diciendo: "Muchos considerandos han gastado para condenarme: con este solo bastaba:—"Considerando que el procesado es chileno, fusílesele en el acto."

—¡Oh! murmuró el señor de la Peña, conmovido con aquella narracion; ¡oh! ese jóven debe ser mui valiente!

—Es temerario, señor, replicó el oficial. Hasta este momento, i a pesar de saber que será fusilado mañana al amanecer, se halla tan tranquilo que causa admiracion. El capellan del ejército le ofreció su asistencia i él contestó: "Gracias, padre mio, mañana, miéntras mis verdugos cargan sus fusiles, me arrodillaré un instante a vuestros piés i vos me abrireis las puertas del cielo con vuestra absolucion. La cuenta no es mui larga i podemos despacharnos en pocos instantes."

—¿De manera que ha rehusado las auxilios relijiosos? preguntó el señor de la Peña.

—En absoluto nó; pero no ha querido, dijo, ser molestado por exhortaciones o reflexiones que él mismo puede hacerse.

—¿I nada ha dicho, nada ha encargado respecto a su familia que debe estar en Chile?

—Hasta este momento, no, señor; pero hace poco me pidió recado de escribir diciéndome:

—¿Cree usted, señor oficial, que si escribo una carta a mi familia le será remitida despues que me hayan fusilado?

—Cuente usted con ello, le contesté, sobre todo si me confia a mí tan sagrado encargo.

Me dió las gracias i desde ese momento se ha puesto a escribir.

El señor de la Peña no se atrevió a continuar el diálogo por temor de que su emocion lo denunciase. ¿A quién escribiria el jóven? ¿Seria a su madre?

—¡Pobre jóven i pobre familia! murmuró; ¡estas son las consecuencias de la guerra!

Hizo un esfuerzo para dominarse i agregó:

—Voi a hablar con ese jóven: ¿se me dejará solo miéntras permanezca con él?

—Es la órden que he recibido del señor jeneral, contestó el oficial.

Ya en la puerta, el señor de la Peña se detuvo. El cuadro que bruscamente, iluminado de lleno por la lámpara, se presentó a su vista, hizo latir con violencia su corazon.

Un jóven como de veintidos años, de cabello castaño, abundante i ensortijado, de tez pálida, de nariz correcta, de boca rodeada por fino i aun escaso bigote, de un aspecto que revelaba la aristocracia de su linaje, estaba apoyado sobre una mesa i escribia con precipitacion. Una leve, casi imperceptible sonrisa entreabria sus labios; pero aquella sonrisa era tan triste, amarga i desdeñosa que cualquiera habria adivinado, al verla, que era el velo destinado a ocultar un gran dolor.

Don Matías, de pié en el umbral de la puerta, contempló con orgullo aquella frente ancha i elevada, i aquel semblante enérjico i varonil. La luz de la lámpara, ca-

yendo de lleno sobre las hermosas facciones del jóven, permitia apreciar en todos sus detalles los tesoros de juventud, de nobleza i distincion de que se encontraba dotado.

—¡Ah! dijo para sí el señor de la Peña: si aun hubiese tenido alguna duda, al verlo se habria disipado!... ¡sí, este es mi hijo, el hijo de mi Ernestina! He ahí su tez blanca i pálida, su frente majestuosa como la de una reina, i su aspecto dulce, altivo i sereno.

En aquel momento el prisionero hizo un jesto i arrojó la pluma sobre la mesa.

—Nó, murmuró con voz leve: nada de lloriqueos. Mi carta debe llevar a mi madre, a mi noble i santa madre, el consuelo de que, si he muerto por mi patria, ha sido como chileno. ¿De qué me serviria ponerle frases como las que han estado asaltando mi imajinacion? ¿No adivinará ella que en estos momentos mi mayor dicha, mi supremo bien, seria estrecharla entre mis brazos i besar su hermosa frente? ¿A qué decirlo entónces? ¿para aumentar el torrente de sus lágrimas? ¿para ahogarla en sollozos eternos?... ¡Ea! concluyamos como hemos principiado.

Diciendo esto el jóven tomó nuevamente la pluma i escribió lo siguiente:

«Como ves, madre mia, si siento morir es solo por ti; mas como sé que tu pecho sabe soportar con resignacion i valentia los dolores, yo acepto casi con cierta vanagloria la parte que me ha tocado. Así, pues, no me llores mucho i ten orgullo de que tu hijo haya muerto por servir a su patria.—¡Viva Chile! serán las últimas palabras que como patriota pronunciará tu hijo

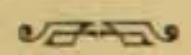
Camilo Montemar»

Apénas el jóven dejó nuevamente la pluma sobre la mesa, el señor de la Peña, temiendo que su prolongada contemplacion fuese mal interpretada, dió tímidamente algunos golpecitos en la puerta.

—¡Adelante!. . . dijo el jóven con voz tranquila, poniendo las manos a modo de pantalla, entre sus ojos i la luz de la lámpara, a fin de mirar hácia afuera.

El señor don Matías de la Peña de la Selva, entró al aposento i avanzó con paso vacilante hasta colocarse frente a su hijo.

¿QUIÉN SOIS?



Hubo un momento de muda contemplacion.

Camilo, con mas curiosidad que interes o estrañeza, fijó sus ojos (dos grandes ojos de pupilas negras i brillantes) en el sujeto que tan cortesmente llegaba a visitarlo. La severidad i elegancia del traje i la distincion i nobleza del semblante, le revelaron a la primera ojeada que tenia cerca de sí a un caballero i tal vez a un alto personaje.

No obstante, permaneció sentado, pues en su altivez creia humillante todo acto, aun los de mera cortesía, ejecutado por un prisionero.

Don Matías, por su parte, al ver aquellos ojos cuyos miradas parecian escudriñarle el alma, esperimentó una angustia i una confusion inesplicables.

—¿Qué desea, señor? preguntó el jóven sonriendo con cierta benevolencia al notar la perplejidad o confusion del recien llegado.

—¿Es al señor Camilo Montemar a quien tengo el

gusto de hablar? preguntó el señor de la Peña con voz sofocada.

—Servidor de Ud., contestó el jóven inclinando la cabeza.

—He venido, agregó el señor de la Peña pronunciando penosamente cada palabra, para hablar con Ud., es decir, a ofrecerle mis servicios. He sabido la desgracia que le amenaza; i como tengo afecciones i algunas relaciones en Chile, he pensado serle útil.

Camilo miró con desconfianza al anciano.

—Este como los otros, debe ser mandado para sondearme, pensó; pero, o es un solemne hipócrita, o no ha aprendido bien su papel. Veamos, nos divertiremos un poco haciéndolo hablar.

—¿I qué clase de servicios podria usted prestarme? le preguntó sonriendo con cierto desden.

—El que usted me pida, contestó el señor de la Peña.

—¡Oh! eso es mucho prometer a un sentenciado a muerte, replicó el jóven sin dejar de sonreir. I suponiendo, agregó, que yo aceptase su jeneroso ofrecimiento ¿qué precio pondria usted a sus servicios?

—Ninguno: yo debo, yo necesito hacer algo por usted.

—¿Podria conocer el nombre de un protector tan inesperado como jeneroso?

El señor de la Peña bajó la vista i vaciló un instante ántes de contestar.

—Ruego a usted, dijo, me escuse, por este instante al ménos, de contestarle.

La desconfianza aumentó en Camilo.

—I bien, agregó éste con tono indiferente, lo único que necesito es la libertad.

—¡Dios sabe, contestó el señor de la Peña con voz conmovida, cuánto he hecho por obtenerla...

—¿Ha trabajado usted por mi libertad?

—O por lo ménos por apartar a usted del cadalso.

Camilo alzó los hombros con incredulidad.

—¿Es usted peruano? le preguntó.

—Sí.

—Entónces, replicó el jóven, si usted no ha venido, como tantos otros, para arrancarme algunas revelaciones, no comprendo ni adivino el motivo de su visita.

—¡Ah! ello es mui fácil de esplicar! esclamó el anciano. Yo he venido...

Se detuvo porque en aquel instante le asaltó la idea de que, a pesar de cuanto le decia su corazon, a pesar de la igualdad de nombres, de la apariencia de la edad, de la semejanza de fisonomía, aquel jóven podia no ser su hijo, es decir, el hijo de su esposa Ernestina.

—Usted ha venido.... ¿a qué? interrogó Camilo al ver que el anciano se interrumpia.

—¡Perdonadme! esclamó éste con suplicante acento i usando el *vos* en lugar del *Ud.* para dar mas fuerza a sus palabras. ¡perdonad i concededme un pequeño favor!... Decidme os lo suplico, el nombre de vuestra madre, i despues hablaré!

—¡El nombre de mi madre! repitió el jóven con sorpresa.

—Sí, el nombre de vuestra madre: necesito conocerlo para poder ser franco, para hablar sin reticencias!...

Camilo vaciló un momento; pero aquella súplica se le hacia con voz tan insinuante i con ademanes tan conmovidos, que presintió algo de excepcional. Por otra parte,

vió que con acceder no comprometia en nada la causa de Chile ni su posicion.

—I bien, respondió, mi madre se llama Ernestina.

—¿Ernestina Montemar? interrogó el señor de la Peña con ansiedad.

—Sí, contestó secamente el jóven, pues en aquel momento recordó que llevando solo apellido materno podia caer una sombra de deshonor sobre la pura frente de su madre.

—¿Vive vuestra madre? interrogó acto contínuo don Matías con no ménos ansiedad.

—Sí, caballero ¿i a vos que os importa? preguntó el jóven empleando el vos a su vez, con visible mal humor.

Don Matías de la Peña ni se apercibió siquiera del tono destemplado de su interlocutor. La idea de que aquel que tenia ante sí era su hijo; la noticia de que Ernestina, su esposa Ernestina aun existia, produjo en su corazon un trastorno i una emocion que es mas fácil sentir que esplicar.

—¡Dios mio, murmuró interiormente elevando su vista al cielo: ¡Dios mio, iluminadme para salvar a este hijo que será la vida de su madre!...

Luego, serenándose un tanto al ver fija sobre él la mirada escudriñadora del jóven, se le acercó i con voz anhelante dijo:

—¡I bien!... es necesario que yo os salve!... es necesario que me ayudeis a salvaros!...

—¡Que os ayude a salvarme!... ¿I qué puedo hacer yo, prisionero como me hallo?

—¡Discurrid, inventad algo, dijo el señor de la Peña

con febril excitacion. Aconsejadme, indicadme lo que puede o deba hacer i lo efectuaré en el acto.

—¡Pero, señor, interrumpió Camilo, permitidme que os manifieste que lo que me pedis es casi un absurdo; i que si no fuese por el tono que empleais i porque os creo sincero, pensaria que habeis venido a burlaros de mí!

—¡Burlarme de vos!... ¡Ah!.., es verdad, vos nada sabeis, esclamó el señor de la Peña con cierta desesperacion; pero el tiempo es corto i cada minuto que pasa es para vos mui precioso.... ¡Pensad en la desesperacion de vuestra madre cuando sepa vuestra muerte!...

—¿I qué sacaria con ello? interrogó el jóven cada vez mas admirado.

—¡Sacariais el ayudarme, el iluminarme, el guiarme sobre lo que debo hacer, pues yo desde esta tarde estoi como un idiota!

Al decir esto el anciano se estrechó la cabeza con las manos i agregó:

—¡Ah!... si vos supierais lo que yo sufro, lo que en este momento pasa por mí!...

Camilo miró fija, detenidamente al señor de la Peña, i al ver su semblante desencajado i pálido, sus ojos húmedos i brillantes, creyó que tenia que habérselas con un loco.

—Calmaos, caballero, le dijo con acento tranquilo, pues segun he sabido, yo no seré ajusticiado i por tanto mi buena madre no tendrá nada que sufrir.

—¿Que no sereis ajusticiado, decis? interrogó el anciano con la misma exaltacion. ¿Quién i cuándo os lo han dicho?

—Lo sé desde medio dia, contestó el jóven, creyendo con esto tranquilizar a su interlocutor.

—¡Eso es falso!... esclamó éste. ¡Os han engañado para que no trateis de huir!... Yo, a quien el presidente del Perú nada niega; yo que he visto predominar siempre mi voluntad, he pedido hoi, en la tarde, vuestra vida al jeneral, i yo que he visto doblegarse todas las cabezas ante mí, he doblado hoi mis rodillas ante ese hombre sin obtener lo que solicitaba.

Camilo se confirmó en la idea de que aquel señor estaba con la cabeza trastornada.

—Entónces, le dijo con estudiada indiferencia, el señor jeneral habrá cambiado de opinion; i puesto que teneis tanto interes por mí, os agradeceria que fueseis a preguntárselo; porque si he de efectuar el viaje mañana al amanecer, tendria aun tiempo para hacer algunos preparativos.

El tono con que el jóven pronunció estas palabras llamó la atencion del señor de la Peña.

—¿No me creeis? le preguntó.

—No tengo motivos para dudar de vos, caballero.

—Sin embargo, recibís mis palabras con absoluta incredulidad. Poco há, vos mismo me habeis dicho que estais condenado a muerte, i ahora me decís que el jeneral os ha perdonado... ¡Oh!... yo no sé cómo hablaros, yo no sé qué deciros: el tiempo vuela i tal vez lo que podria hacerse en este momento dentro de un cuarto de hora será imposible.

El acento, los ademanes, la verbosidad fogosa i apasionada del señor de la Peña hicieron pensar nuevamente al jóven que en todo aquello que no comprendia, se ocultaba tal vez algun misterio. ¿Quién era aquel señor que tanto interes mostraba en salvarlo? Un ajente para sorprender sus secretos no podia ni debia ser,

pues hasta ese momento no habia tratado de interrogarlo.

Llegó a pensar que el jeneral Buendía, arrepentido de haber confirmado el fallo del consejo de guerra, le enviaba ese sujeto para favorecer su fuga; pero bien pronto mil reflexiones le hicieron deshechar esta idea.

Tampoco aceptaba ya, despues de las últimas palabras del anciano, que éste se hallara con su cabeza trastornada. ¿Qué era aquello? ¿Qué se queria de él?

Camilo se hizo estas i muchas otras reflexiones con la rapidez del pensamiento, i dando a su voz un tono de seriedad, dijo:

—I bien, señor, hablemos como hombres.¿ Deseais algunas revelaciones sobre las causas de mi presencia en en estos lugares hallándose en guerra mi patria con el Perú?

—No deseo nada, contestó el señor de la Peña; sé que habeis sido condenado por espía i no quiero saber mas.

—¿Deseais, entónces, continuó el jóven, obtener datos sobre las fuerzas con que cuentan los chilenos?

—Nó, i mil veces nó.

—¿Quereis, entónces, que os ilustre sobre sus planes, sobre sus proyectos?

—Tampoco, nada me importa todo eso.

—¿Qué deseais, entónces?

—Ya os lo he dicho: salvaros la vida.

—¡Salvarme la vida! repitió el jóven recapacitando. ¡En verdad no podiais hacer por mí cosa mas grande; pero como, a pesar de mi juventud, he aprendido que nada se hace en este mundo, salvo el cumplimiento de ciertas leyes naturales; que nada se hace en este mundo,

repito, que no sea para un fin, que no lleve por motor una causa, permitidme vuelva a manifestaros mi estrañeza por la jenerosidad que me mostrais.

—El fin, replicó el anciano con cierta animacion, no es otro que arrancaros del patíbulo; la causa son las simpatías, son los vínculos que me ligan a vuestra patria.

—¿Qué vínculos son esos?

—Podria decíroslo en cuatro palabras; pero ellas darian motivo a una larga, a una penosa esplicacion i no tenemos tiempo para eso.

—No quereis, entónces, hablarme con franqueza, dijo el jóven con cierto disgusto.

El señor de la Peña lo miró con dolor, i tras una breve pausa le contestó.

—¡Cierto! No os hablo con franqueza porque el tiempo, como os lo he dicho, no lo permite. Pero si amais la vida que estais próximo a perder; si sentis las angustias, los dolores que probará esa madre que habeis dejado en Chile, cuando sepa que habeis perecido oscura aunque noblemente en servicio de vuestra patria; si vos, en una palabra, no sois un loco que desea morir, creo que no debiais poneros a discutir con el hombre que llega a pediros que le ayudeis a salvaros. ¿Qué os he preguntado? ¿Qué os he exijido?—Nada, nada, sino que me indiqueis lo que podria hacer en vuestro favor. ¡Me rechazais!... ¡Creo que habeis llegado a pensar que soi un loco o un *soplon!*... ¡Os engañais!... ¡Soi en este momento el hombre mas desgraciado! Si he venido, si he querido ponerme al habla con vos, es porque, como os lo he dicho ántes, desde esta tarde, desde que supe la sentencia recaida sobre vuestra cabeza, me he

convertido en un idiota!... Nada, absolutamente nada, despues de pedir al jeneral Buendía vuestra vida, se me ha ocurrido para salvaros; i desesperado de mi impotencia i haciendo uso de lo único de que podia disponer, cual era el acercarme a vos, he venido para deciros: "pensad i yo ejecutaré: mandad i yo obedeceré: si de algo os sirve mi brazo, que todavia es vigoroso; si de algo os sirve mi vida, que todavia puede ser útil, aprovechadlos!"...

—Si aun necesitais de otros medios, agregó el señor de la Peña sacando con precipitacion los rollos de billetes i los revólvers de que se habia provisto al dejar su habitacion; si aun necesitais de medios que tal vez os sirvan mas que mi brazo i que mi vida, aquí teneis oro para comprar vuestra libertad i plomo para dar la muerte a quien os la niegue!...

Diciendo esto colocó sobre la mesa los objetos que hemos mencionado.

—¡Pero, señor, esclamó Camilo en el colmo de la admiracion; ¿quién sois que tal cosa haceis?

El señor de la Peña vaciló un instante; pero tomando al fin una resolucion súbita, esclamó:

—¡Soi tu padre!...

ESPLICACIONES

Para comprender el efecto que hizo en Camilo la brusca revelacion del señor de la Peña, será necesario decir algo sobre el pasado de Ernestina i del jóven.

Ernestina, huérfana desde sus tempranos años, quedó bajo la tutela de un tio, sacerdote, hermano de su madre, quien junto con recibir como albacea una modesta fortuna para subvenir a los gastos de su pupila, se encontró desde los primeros momentos con la para él invencible dificultad de administrar i dirijir una casa. El buen sacerdote era de aquellos que no están bien sino en su celda i en su altar; i aun cuando amaba a Ernestina cuanto puede amarse a una criatura, resolvió colocarla en un monasterio para que se educase i desarrollase, dejando a la Providencia el disponer de ella cuando llegase a su mayor edad.

Pero el amante tio no contaba con su cariño. Muerta su hermana a quien habia idolatrado i a quien no habia dejado de ver un solo dia durante su vida, toda su ternura se concentró en aquella niña de trece años a quien

tantas veces habia él paseado en sus brazos, o mecido i hecho dormir sobre sus rodillas.

El dia que la encerró en el monasterio, el amante tio se apartó de su sobrina medio ahogado por los sollozos.

—¡Esto pasará, decía, esto pasará, Dios mio! Los lazos de la sangre i de la carne son mui poderosos; pero yo los venceré!

Al cabo de algunos dias el buen sacerdote i amante tio, murmuraba.

—*Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma* (1).

I a la verdad, recordaba tan continuamente a su jóven sobrina acusándose de haberla sepultado en un claustro, donde se marchitaria cual tierna flor privada del calor, que no tenia tranquilidad para dedicarse a sus oraciones o al fiel desempeño de su ministerio. Esto le hacia esclamar:

—*¡Deus, Deus meo, si fieri potets, transeat a me calix iste.* (2).

Pero, a pesar de sus súplicas, su congoja llegó al último grado cuando algunas semanas despues se le anunció que la jóven se hallaba enferma.

—*¡Deus, Deus meo, illucere anima mea!*, (3) esclamó.

Esta vez su plegaria fué escuchada, pues recordó a una bondadosa i rica señora, su confesada, que vivia sola, sin saber cómo alegrar un tanto su callado i suntuoso palacio.

Ernestina fué acojida con los brazos abiertos i con el

---

(1) El espíritu está pronto pero la carne está enferma.

(2) ¡Dios, Dios mio, si es posible aparta de mí este cáliz!

(3) Dios, Dios mio, iluminad mi espíritu.

corazon lleno de alegría; i merced al cariño i atenciones de la señora, recuperó la salud i pronto fué una de las mas hermosas i distinguidas jóvenes de la capital.

El buen sacerdote i el amante tio, cuando regresaba a su convento despues de hacer a su hermosa sobrina la visita cuotidiana, se frotaba las manos i con el corazon henchido de gozo i gratitud, murmuraba:

—*Venite exaltemus Domino: jubilemus Deo Salutari nostro: prœoccupemus faciem ejus in confessione, et in psalmis jubilemus ei* (1).

Cuatro años despues, con los ojos arrasados en lágrimas, el anciano bendecia la union de su sobrina con el señor Matías de la Peña i de la Selva, jóven diplomático enviado a Chile con una mision especial por el gobierno del Perú.

A los pocos meses de esta union, el jóven de la Peña fué llamado precipitadamente por el gobierno de su pais i creyendo regresar acto contínuo a Chile, dejó a su jóven esposa en Santiago.

Por causas que conoceremos mas tarde, Ernestina ni volvió a ver ni tuvo nunca una carta de su esposo.

Le acusó de ingrato, i creyéndose desdeñada i olvidada para siempre (sobre todo despues de haberle parti-

---

(1)
Venid i gozosos
Al señor cantemos:
A Dios festejemos
Nuestro Salvador.
Grato la alabanza
Torne su semblante;
I alegre se cante
El Salmo en su honor.

(Salmo 94) La traduccion, no versificada cambia de forma.

cipado que era madre en la carta que hemos visto leer al señor de la Peña) dedicóse al cuidado, al amor i a la educacion de su hijo, dando un adios a las venturas de esposa, que para ella habian sido un pasajero ensueño.

Así, cuando Camilo, en su infancia, le preguntaba por su padre, ella le contestaba, llorando, que habia muerto. Pero hubo un dia en el cual el jóven le preguntó:

—Madre: ¿por qué no llevo el apellido de mi padre?

Ernestina se turbó i permaneció largo tiempo anonadada. Solo en ese instante tuvo la idea del grave i ya casi insubsanable yerro que habia cometido.

—¡Ai, Dios mio! ¿qué es lo que he hecho yo? esclamó anegada en llanto.

Camilo se alarmó, la colmó de caricias, la consoló.

—¡Madre! le dijo, Dios sabe que no he querido hacerte sufrir! Si te es penoso esplicarme esto, cállalo, cállalo siempre, pues demasiado orgulloso vivo con tu hermoso i noble apellido!... Perdona mi curiosidad.... Ha sido una curiosidad de niño!

—Nó, replicó Ernestina con amargura. Has hecho bien, i ojalá lo hubieras hecho muchos años ántes. Ahora es necesario que lo sepas todo, enteramente todo, pues yo misma, por un resentimiento que tal vez ha sido injustificado, soi la causa de que aparezcas tú ante la sociedad como un hijo sin padre lejítimo, i yo como una mujer liviana burlada por un seductor.

Las lágrimas no la dejaron continuar; pero al fin, entre sollozos i sollozos, pudo decir:

—Soportaré que el mundo entero me juzgue mal; pero no quiero que tú, hijo mio, creas siquiera por un momento que tu madre tiene motivos para ruborizarse.

Diciendo esto fué a su pieza, sacó de un secreter un

papel doblado en forma de oficio, i lo pasó a su hijo diciéndole:

—¡Lee!... es la copia o la fé de mi casamiento con tu padre!

El jóven lo tomó i lo colocó sobre su mesa sin desplegarlo.

—¡Madre mia, le dijo en seguida, tomando entre sus manos las de Ernestina; madre mia, soi un niño aun; pero hai cosas que puedo ya sentirlas i apreciarlas como hombre! ¡Cómo! agregó con acento triste i los ojos llenos de lágrimas ¡cómo! ¿has querido tú justificarte a mis ojos? ¿has querido darme a conocer tu inmaculada pureza?... No lo necesito: lo sé, lo presiento, lo he adivinado al conocer tu santa vida: lo he conocido al recibir entero, invariable, tu grande amor de madre!...

—¡Camilo! esclamó la aun jóven madre mirando a su hijo con delirio ¡Camilo! tú has sido, si así puedo decirlo, mi único amor en la vida, pues el de tu padre fué una ilusion....

—I bien, interrumpió el jóven sintiéndose orgulloso de haber tenido siempre aquel tesoro de amor; i bien, yo no quiero mas, yo....

—¡Ah! espera, le dijo Ernestina con cierta exaltacion: ¡espera, hijo mio, i ve lo que tu madre, por ignorancia, por desadvertencia, i tal vez por un poco de orgullo, ha hecho en contra de ti. Yo, resentida con tu padre i creyendo que me habia olvidado i abandonado por creerse superior a mí, ordené que en tu partida de bautismo no se anotase el nombre de tu padre. Despues, siguiendo bajo las mismas ideas, te he hecho llevar mi apellido, sin pensar que con ello echaba una mancha sobre mi

frente i te hacia cargar a ti una especie de San Benito de ignominia.

El jóven comprendió cuanto habia de verdad en lo que le decia su madre; pero el amor, el cariño, la ternura de aquella mujer habia sido tan inmensa, tan constante, tan abnegada, que casi, como lo habia dicho, esperimentaba un secreto orgullo en llevar ante el mundo el apellido de aquella mártir del infortunio i del deber.

Adivinó que en mas de una vez, i ante esos necios que andan buscando las jenealojías para clasificar a los hombres, tendria que soportar algunas contrariedades; pero al pensar en lo noble i en lo justo de su causa, al considerar que podria llegar el momento que tuviese necesidad de defender el honor de su santa e idolatrada madre, se sintió grande, jigante, i deseó que aquello se le proporcionara todos los dias.

Camilo entraba apénas en la vida i no sabia que en la sociedad se hiere, se mata, se deshonra, a veces se calumnia, sin que la víctima lo aperciba sino cuando ya está aniquilado.

Cuatro palabras, en verdad, le habrian bastado a él i a su madre para hacer callar a los labios mas maldicientes. Pero ¿dónde i cuándo oir las palabras vertidas por esos labios?

Esto, como hemos dicho, no lo sabia aun el jóven; i obedeciendo a su amor i a su entusiasmo, no solo encontró palabras i caricias para consolar por el momento a su madre, sino para hacerla creer que habia hecho bien i que él se consideraba feliz.

Bajo esta impresion, la amante madre tuvo fuerzas para narrar a su hijo todo su pasado.

Ella, que en su esposo habia creido encontrar uno de

esos amores inmensos, inestinguibles, confesaba que, si en los primeros meses de su separacion, le acusó de ingratitud, despues, al cabo de algunos años, habia considerado que solo la muerte podia haber hecho que el señor de la Peña ni diera respuesta a sus cartas ni volviera a su lado. Acusábase, en aquellos momentos, de haber cedido a un sentimiento de orgullo, pues no se podia saber cuántas cosas podrian haber acaecido al que ella solo consideró como un ingrato i un malvado...

Acusábase tambien de no haber practicado indagaciones para saber de su esposo; pero si no lo habia hecho era porque, creyéndose viuda, todo su amor se reconcentró en su hijo cuyas caricias hacian su felicidad. A mas, reconocia tambien en esto un algo de orgullo. Su esposo le habia dicho que era rico: ¿no se creeria allá, en el Perú, por la familia de los Peña i de los Selva que ella era una aventurera interesada en atrapar esa fortuna?

—Esto, concluyó la jóven madre, será, hijo mio, tu desgracia i la mia. No he conocido, o mas bien dicho, no me han preocupado las leyes de la sociedad miéntras tú eras pequeño, miéntras tú eras como eres hoi, mi único pensamiento; pero debí pensar en tu porvenir, debí prever que llegaria el tiempo en que, en los colejios, en los salones, en la sociedad en jeneral, te pedirian a ti o se pedirian entre sí, una esplicacion de la causa por que tú no llevas el apellido de tu padre. La causa es bien sencilla, sin embargo: una madre ignorante quiso tener el orgullo de que su hijo usase su apellido i no el del padre que no le habia visto nacer i le dejaba abandonado. Quise castigarlo a él i no advertí que el castigado serias tú.

Camilo consoló a su madre lo mejor que pudo i desde aquel dia se convino i se dió por hehco, como un hecho innegable, que el señor de la Peña debia haber muerto luego que regresó a Lima, i que si en los últimos momentos habia escrito, la misma familia de él, que debia heredarlo, habria destruido su correspondencia.

Dados estos antecedentes, volveremos a la prision de Camilo i al momento en que el señor de la Peña le dijo:

—¡Soi tu padre!

ARREPENTIMIENTO I PERDON

Aquella declaracion, como hemos dicho, dejó a Camilo estupefacto.

—¡Vos mi padre! esclamó el cabo de un instante.

—Sí, yo, contestó el señor de la Peña con acento dolorido; yo, que envuelto por una serie no interrumpida de negocios, de atenciones, de cargos públicos, he dejado correr los años sin volver al lado de mi esposa!

—¡Ah! esclamó el jóven, eso parece increible, señor.

—¡Es cierto, afirmó el emisario; parece increible que haya vivido veinte i tantos años léjos de una esposa a quien adoraba. Mil, diez mil veces me he admirado yo mismo de cómo han pasado los dias unos tras otros, sufriendo en cada uno de ellos un remordimiento, i formando cada vez propósitos que no he podido cumplir.

—¿Sabiais, señor, que erais padre? preguntó el jóven mirando a su interlocutor fijamente.

—¡Sí, contestó éste: lo supe por carta de Ernestina i pensé volver en el acto a Santiago para estrechar contra mi pecho al hijo de nuestro amor; pero esa vez como

otras muchas, obstáculos insuperables me lo impidieron.

—¿I no pudisteis, tampoco, señor, escribir una carta a vuestra desventurada esposa?

—¡Ah! esclamó el señor de la Peña, me preguntas precisamente lo que yo me decia cada dia.

—¿I qué respuesta os habeis dado? interrogó el jóven con sonrisa triste i un si es no es desdeñosa.

—La respuesta que me daba fué siempre la misma: formar el propósito de arreglar mis negocios en pocos dias i de cualquier manera, para embarcarme en el primer vapor i regresar a Chile.

—¡Nunca, sin embargo, dijo el jóven con amargura i con un tanto de ironía; nunca pudisteis realizar vuestros deseos!

—Así es, contestó el emisario, i de ello estoi ahora i lo he estado siempre profundamente arrepentido; mas mi fatalidad o mi destino puso siempre una valla a mis deseos.

—¿Habeis probado algunas desgracias? interrogó el jóven con cierta benignidad.

—¡Ah nó! contestó el señor de la Peña; aun cuando sea duro i penoso para un padre tener que hacer a su hijo una confesion de sus faltas i debilidades, yo necesito i debo hacerla ahora, no para justificarme, pues ello es imposible, sino para hacerme perdonar de ti i de tu santa madre...

—Señor, interrumpió, el jóven conmovido con el acento doloroso del anciano; señor, ninguna prueba tengo hasta ahora de que vos seais mi padre; no obstante, vuestra turbacion, vuestro acento, vuestra actitud algo dicen a mi corazon. Sean cuales fueren vuestras faltas yo no quiero conocerlas: sé que habeis hecho sufrir a

mi madre; sé que siendo una niña aun la abandonasteis; sé, en fin, que en mas de veinte años no habeis tenido una palabra de consuelo para esa pobre mujer que desde mucho tiempo há lleva el triste traje de las viudas. Si yo no debiera morir mañana, tal vez interrogaria a vuestro corazon preguntándole si hai en él todavia algun pequeñísimo resto de cariño para la esposa que ha enrojecido sus ojos llorando su inesplicable abandono. Pero en estos momentos, cuando ya pocas horas me separan del patíbulo, no tendria siquiera tiempo para dar a mi madre el consuelo de que si fué desdeñada i abandonada, al ménos no ha sido completamente olvidada.

—¡Ah! esclamó el señor de la Peña, tus reproches son justos, i aun cuando me hieren el corazon, los recibo como un castigo merecido. Pero, creedme, no ha sido mi intencion jamas abandonaros. Al principio tuve verdaderos inconvenientes para volver a Chile. Llamado precipitadamente por el gobierno de mi pais, para dar cuenta de la mision que se me habia confiado, tuve necesidad de sostener una tenaz lucha con algunos enemigos que deseaban perderme. Esa lucha fué de tal naturaleza, que siempre esperaba terminarla una semana o unos cuantos dias despues; pero, al llegar ya a su desenlace, un nuevo cargo o una nueva calumnia hacian prolongarla. Así, de semana en semana, de mes en mes, trascurrieron los primeros cuatro o seis años!...

—¡I no escribiais! interrumpió Camilo con voz quejosa.

—¡Hé ahí mi mas grave falta! contestó don Matías. ¿Por qué no lo hice? ¿Por qué la esperiencia del primer año no me sirvió para los demas?—Yo mismo, agregó, no sé esplicármelo; pero sí recuerdo que muchas veces

me senté a mi escritorio, ya para anunciar a mi esposa mi próximo viaje, ya para esplicarle mi tardanza en regresar; pero se apoderaba de mí tal tristeza que dejaba la pluma diciéndome: "¡Ea, en una semana, en quince dias mas yo mismo seré el portador de esta noticia!" Por ese tiempo, continuó el emisario, una revuelta interna de mi pais me envolvió de tal manera, que necesité abandonarlo precipitadamente i emigrar a Europa. ¿Cómo anunciar a Ernestina que en vez de acercarme me alejaba de Chile? Creí redoblar con ello sus sufrimientos e inquietudes i continué guardando silencio.

—¡Ah, señor! dijo el jóven viendo que el autor de sus dias guardaba silencio; no podeis calcular cuánto bien habriais hecho a mi madre con escribirle, aun cuando fuera del fin del mundo, esta sola palabra: "vivo". La incertidumbre de si viviais, la idea de que vuestro matrimonio solo hubiera sido un pérfido engaño, la duda de si vuestro abandono seria causado por desamor, por desprecio, por repulsion ¿no creeis que era peor, mil veces peor que la mas dolorosa realidad? Esa palabra escrita de vuestra mano o en vuestro nombre, habria dicho a mi madre: "vivo i no te he olvidado; vivo i te amo siempre"; i entónces ella habria tenido resignacion para aguardaros, i en vez de quitar a su hijo, por vergüenza i despecho, el apellido de su padre, le habria enseñado a amarlo, a rogar a Dios por él i a esperarlo.

—¡Sí, cuanto me digas es cierto! dijo el anciano inclinando la cabeza. ¡He sido un bárbaro i yo mismo me lo he repetido mil veces! Mi conducta solo puede esplicarse como una aberracion, como uno de esos fenómenos de la naturaleza humana. Yo he amado, no he dejado

de amar un instante a Ernestina; yo me he desvelado pensando en ese hijo que no conocia; yo he derramado lágrimas por esos dos séres que vejetaban léjos de mí: nada o casi nada me ha impedido durante muchos años el reunirme con mi esposa: para efectuarlo, no tenia sino llamarla o ir donde ella ¿por qué no lo hice? ¿Por qué ha podido mas en mí la desidia que el amor? ¿Por qué, a pesar de mis sufrimientos, he permanecido solo? ¿Por qué mis remordimientos no me han hecho cambiar?— ¡Ah!... pregúntese al que se habitúa a beber i le causa náuseas i sufrimientos el licor, por qué no lo deja, i responderá que no lo sabe. Cada dia hará el propósito de no volver al club o a la taberna; pero llegada la hora, con un pretesto o con otro, entrará en ella. ¡Algo análogo me ha pasado a mí! Envuelto desde mi regreso de Europa por una nube de fortuna i de honores, mi vida puede compararse a la de los fumadores de opio. Mis noches, mis ratos de soledad, eran la vida real i amarga del desgraciado; pero los dias, el tiempo que pasaba en el palacio del presidente o en los mas aristocráticos salones de la lujosa i sibarita Lima, eran mi vida ideal, el sueño del opio, el vicio, lo diré con rubor, el vicio alimentado por mi vanidad, la costumbre sustentada por mi molicie. Me engañaba a mí mismo diciéndome: "soi rico pero quiero serlo mas; tengo honores, mas ellos no son los necesarios para que mi esposa i mi hijo figuren como los primeros en el Perú; en quince dias, en un mes mas, mi fortuna se habrá acrecentado i entónces tendré el mejor palacio de Lima o de Santiago i mi familia como yo ocuparemos el mas envidiable puesto en la sociedad".

El señor de la Peña guardó silencio un instante; i lue-

go, con acento triste, meneando la cabeza pausadamente, agregó:

—¡Ah! la ambicion como cualquiera de las otras pasiones que se apoderan de los espíritus débiles, es como el tonel de las Danaides: no se llena, no se satisface jamas!... Rico, deseaba serlo mas; colmado de honores, ambicionaba aun algo que no existia i por lo tanto, era imposible alcanzar!... ¿He llevado, como todo aquel que se deja dominar por sus malas pasiones, el castigo que merecen mis faltas? ¿Principia solo ahora mi espiacion? —¡Ah! si es así, yo no podré soportar la prueba. Débil he sido para delinquir; i me siento mas débil i pusilánime aun para compurgar!

El anciano calló otro instante, pues su voz era temblorosa i sofocada.

—¡Yo no podré, dijo, sobrevivir a vuestra muerte!...

Volvió a interrumpirse porque un sollozo levantó su pecho i un aluvion de lágrimas se agolparon a sus ojos.

—¡Soi un padre i un esposo criminal, agregó con voz balbuciente i entrecortada; pero renegaré de Dios si me castiga arrebatándome tu vida!...

—¡Señor, esclamó Camilo con voz enmudecida por la emocion: ¡Señor!... no digais eso!...

—Señor!... repitió el anciano con amargura, ínter dos lágrimas, dos gruesas lágrimas rodaban por sus pálidas mejillas: ¡Señor!... repitió: ¿no tendré el placer, como un perdon, de que mi hijo me diga una vez, siquiera una vez:—"¡Padre mio!...

Camilo, conmovido, sintió que su corazon se dilataba. La voz de la sangre i de la carne le hizo estremecer.... Abrió los brazos, avanzó, i estrechando al anciano contra su pecho, esclamó:

—¡Padre mio!...

—¡Hijo!... balbuceó don Matías recibiendo entre sus brazos al jóven. ¡Hijo, hijo de mi corazon!...

Reinó durante largo rato un profundo silencio, solo interrumpido por entrecortados sollozos.

Estos sollozos, fueron la historia de veinte i tantos años que en un minuto padre e hijo se narraron. Solo que en uno eran el arrepentimiento i en el otro el perdon.

UNA FORTUNA POR UNA VIDA

Despues del largo i tierno abrazo que unió a aquellos dos séres que venian a encontrarse en circunstancias tan aflictivas, el señor de la Peña esclamó:

—¡I bien!... ¡Ahora es necesario, hijo mio, pensar en tu salvacion.

—¿I qué podemos hacer? Ya faltará poco para que amanezca i a esa hora deben fusilarme.

—¡Por lo mismo, intentemos algo! He pensado hablar con el oficial de guardia i ofrecerle una fortuna, una gran fortuna por tu libertad.

—¿I si no acepta i pone el hecho en conocimiento del jeneral Buendía? interrogó el jóven.

—El jeneral Buendía, contestó el señor de la Peña sabe ya que eres mi hijo i no se admirará de que haya intentado salvarte.

—Me parece que perdereis vuestras palabras, padre mio, contestó el jóven. Desde el principio de la noche i como si fuese una fiera, se han duplicado mis guardias i he notado que los remudan cada media hora.

—¡Sin embargo, será necesario intentarlo! dijo el señor de la Peña; tú no puedes, no debes morir, hijo mio!... Aguarda, agregó, déjame hacer lo único que por ahora es practicable!...

Tomó los rollos de billetes i salió del aposento.

A tres o cuatro varas de la puerta lo detuvo un centinela poniéndole la punta de la bayoneta en el pecho i dándole la voz de—"¡Alto!"

—Quiero hablar con el oficial que me introdujo a esa prision, dijo don Matías.

Se llamó al cabo, el cabo al sarjento i el sarjento fué en busca del oficial.

No era ya el que habia introducido al señor de la Peña, pues habia sido relevado hora i media ántes, i por consiguiente habian ocupado el puesto tres nuevos oficiales.

Mas esto no arredró al señor de la Peña i llamando aparte al jóven alférez, le dijo:

—¿Me conoceis, señor oficial?

—Creo que en el ejército, así como en la sociedad peruana, contestó el jóven, no habrá uno que no conozca al señor de la Peña.

—¿Me creeis capaz de hacer la carrera i la fortuna de un hombre?

—¡Oh! quien puede dudarlo!...

—¿Quereis ser rico? quereis llegar en el ejército o en cualquiera otro empleo a las primeras categorías?

—¡Señor!... no me hagais formarme castillos en el aire! dijo el alférez halagado por gratas esperanzas.

—¡Pues está en vuestras manos! le dijo el señor de la Peña. Haced lo que yo indique, complacedme en lo que os pida, i sereis tan rico como yo.

—¿Qué debo hacer? interrogó el jóven trémulo de placer.

El señor de la Peña meditó un instante ántes de contestar.

—¿Qué instrucciones habeis recibido respecto al prisionero?

—Que le vijile constantemente; que miéntras vos permanezcais en la pieza con él, mantenga el primer centinela a tres o cuatro varas de la puerta i a los demas en sus puestos; que no se os permita salir sin reconoceros previamente; i por fin, que a cualquier amago o tentativa de evasion mande hacer fuego sobre él.

—¡I bien, jóven, dijo don Matías sin desalentarse por la estrictez de la consigna: yo hago vuestra fortuna, os lo juro como cristiano i os doi mi palabra como caballero, si me permitis ocupar el puesto del prisionero.

—¡Qué decis! i qué hariais toda la noche ahí? interrogó el oficial no comprendiendo los deseos del señor de la Peña.

—Dormiria, si me era posible i aguardaria la hora de la ejecucion procurando que nadie se apercibiese de que el reo habia huido.

—¡Cómo! ¿deseais entónces, que el reo huya y quedaros vos en su lugar?

—¡Precisamente!

—¡Imposible, señor! esclamó el oficial con voz aterrorizada.

—¿Por qué?

—Porque respondemos con nuestra vida si el prisionero se nos escapa.

—Pero es que quedándome yo, vos i vuestros compañeros que os sucedan en la guardia hasta el amanecer,

entregareis un prisionero. Yo, apénas quede solo, vestido con el traje del jóven, así como él saldrá con el mio, me acostare en el banco que hai en el aposento i dando vuelta la cara hácia la pared, nadie se apercibirá de la sustitucion.

—Pero al amanecer, dijo el oficial, se sabrá quién fué el último que entregó la guardia hallándoos aun en la prision, i se verá que he sido yo el que ha dejado salir al sentenciado.

—I bien, replicó don Matías, vos direis que yo, es decir, la persona que salió durante vuestra guardia llevaba los ojos i parte de la cara tapada porque salió de la prision llorando. Direis que al ver mi traje i notar que mi voz estaba sofocada por amargos sollozos, no pudisteis imajinaros que se hubiese efectuado una sustitucion.

—Se me fusilaria, señor, esclamó el oficial.

—No hai causa para ello, dijo el señor de la Peña: se os levantaria un sumario, se os tendria un poco de tiempo preso i al fin se os absolveria i se os pondria en libertad. Intertanto, para que paseis esos dias de prision, aquí teneis en estos rollos de billetes cuarenta mil soles...

—¡Nó, nó! contestó el alférez rechazando con cierto terror los billetes que le pasaba don Matías.

—No he traido mas dinero a este campamento, dijo el señor de la Peña, como si no hubiera oido el rechazo del jóven, porque creí no necesitarlo; pero apénas seais puesto en libertad me vereis en Lima o en el lugar en que me encuentre i os juro que os enriqueceré.

El alférez pareció vacilar i despues de un corto rato de silencio observó:

—¿I vos, señor, no sereis castigado, apareciendo, como aparecereis, el primer culpable en la evasion?

—No tengais cuidado por mí, contestó el señor de la Peña. El jeneral Buendía, en cumplimiento de su deber, me reducirá a prision i me hará levantar un sumario que, en vista de mis declaraciones, tendrá que ser elevado a Su Excelencia el presidente de la República del Perú, quien apénas lo reciba me mandará poner en libertad.

Hubo un nuevo momento de silencio. Se conocia que las halagadoras ofertas del señor de la Peña hacian vacilar al jóven oficial. Comprendiendo esto don Matías agregó:

—No dudeis, amigo mio; no vacileis; el servicio que vais a prestarme es de aquellos que un hombre de corazon no olvida nunca. Yo, junto con hacer vuestra fortuna, haré vuestra carrera i ántes de poco sereis no solo rico, sino un hombre influyente i prestijioso en la sociedad.

Tras de nuevas vacilaciones el alférez preguntó:

—¿I creeis, señor, creeis en vuestra conciencia que yo no seré fusilado?

—Os lo aseguraria con mi cabeza, contestó don Matías. I si se os quisiera imponer algun castigo o prolongar por muchos dias (i fijaos en que digo dias i no meses) vuestra prision, yo os mandaré sacar con una órden del presidente del Perú.

—I bien, señor, esclamó el oficial, acepto, tomando vuestra palabra de honor de que me cumplireis lo prometido.

Fué tanto el placer que esperimentó el señor de la Peña, que sin poderse reprimir, dió un abrazo al oficial, diciéndole:

—¡Os voi a deber mas que la vida, i mi reconocimiento será eterno! Tomad, agregó, recibid intertanto este

dinero i dejadme volver al lado del prisionero para cambiar con él mis vestidos.

Estendia ya las manos el alférez para recibir los billetes cuando a distancia de unos treinta o cuarenta pasos donde estaba colocado un centinela, oyóse el grito de: —"¿Quién vive?"

A lo que otra voz mas lejana contestó:—"¡El relevo!"

Siguieron a estas palabras las que se usan en un campamento hasta que el oficial que monta la guardia, llega a reconocer a los recien llegados.

El alférez que hablaba con don Matías al oir aquellas voces dijo con despecho:

—¡Ya es inútil! no puedo hacer nada ¡vienen a relevarme!

—¡Maldicion! esclamó el señor de la Peña, dándose una palmada en la frente ¡todo se ha perdido!

—¡Adios, señor! dijo el oficial, dirijiéndose apresuradamente al cuerpo de guardia.

Don Matías quedó tan anonadado que ni siquiera se apercibió de la marcha del oficial.

—¡I bien! murmuró al cabo de un instante: haré a este nuevo oficial la misma propuesta.

Pasó cerca de un cuarto de hora i don Matías notó que el movimiento aumentaba en el cuartel, como si hubiese llegado un nuevo refuerzo de tropa.

El ruido de las armas, el ir i venir de los soldados en distintas direcciones, le confirmaron en esa idea.

Pronto, tambien, pudo convencerse de que el jeneral Buendía, si no desconfiaba, al ménos no queria perderle de vista.

Un sarjento mayor, acompañado del alférez que poco

ántes cubria la guardia, se presentó a él diciéndole con voz respetuosa:

—El señor jeneral en jefe, que anda recorriendo el campamento, me encargó preguntase a usted si pasaria toda la noche al lado del prisionero.

—¿Trae usted órden para impedírmelo? interrogó el señor de la Peña.

—Nó, señor, solo se me ha ordenado dar cuenta de su respuesta.

—Conteste usted, entónces, que yo mismo no lo sé.

El sarjento mayor saludó i se retiró.

Al mismo tiempo los corredores i los patios se llenaban de soldados, i don Matías pudo oir que, por órden de Buendía, se habia trasladado ahí todo un batallon.

¿A qué obedecia ese lujo de fuerzas? ¿Serian para custodiar al prisionero? Si era para esto, el jeneral hacia algo ridículo i completamente innecesario.

Intertanto, la noche avanzaba i don Matías vió que era necesario apurarse.

Pidió le llamaran al oficial de guardia, i un momento despues se presentó a él el mismo sarjento mayor enviado por Buendía.

—Es al oficial encargado de la guardia del prisionero al que yo necesito, dijo el señor de la Peña disgustado con aquello que consideró una equivocacion.

—Yo, señor, soi ese oficial, contestó el mayor.

—¡Ah!... i ¿desde cuándo un oficial de vuestra graduacion se ocupa en tales comisiones?

—Así lo ha dispuesto el señor jeneral en jefe.

Don Matías se mordió los labios, pues ya no le quedó duda de que Buendía, adivinando sus intenciones, le ce-

rraba el paso. No obstante, se dijo que era necesario tentarlo todo.

—¿Sois un hombre de honor? preguntó el señor de la Peña al mayor.

—Creo no haber empañado hasta hoi el lustre de mi nombre con la mas lijera mancha.

—¿Teneis hijos?

—Sí, señor; tengo tres.

—¡Oh!... entónces me comprendereis, entónces dareis la importancia debida a mis palabras.

I llevándolo aparte, le habló con calor, con enternecimiento, revelándole que aquel prisionero era su hijo, i que Buendía, por una especie de capricho o de venganza, no habia querido siquiera aplazar por unos dias la ejecucion, ínter el presidente resolviera. Le dijo que él estaba dispuesto a ceder su fortuna, a cambiar su vida por la vida de su hijo; le aseguró que el presidente del Perú aprobaria lo que hubiese hecho cualquier oficial del ejército cuando él le dijera que habia cedido a sus instancias. En fin, le habló con tal elocuencia, con tal dolor, que el oficial mas de una vez se sintió enternecer.

Mas, si el mayor como padre comprendia el dolor ajeno, como militar sabia su deber.

—Señor, le dijo con voz enternecida, si no se tratase de un algo tan grande, como es vuestro justísimo deseo de salvar a un hijo, desde vuestras primeras palabras os habria vuelto la espalda, ya que por el respeto que mereceis no me hubiera sido posible contestaros de otra manera. Creedme, señor, pues os hablo con toda la sinceridad de mi corazon. Si con el mayor sacrificio de mi parte pudiera hacer algo por vos, lo haria sin

vacilar; pero mi honor de soldado, el faltar a mi deber como tal, es algo que no sacrificaré jamas. Si fuera mi hijo el que está ahí, i como soldado se me mandara custodiarlo, duplicaria las guardias i lo vijilaria hasta el momento de entregarlo al verdugo....

Don Matías de la Peña se oprimió la cabeza con ambas manos, pues el tono i las palabras del mayor le hicieron comprender que nada obtendria de él.

—¡Mayor, le dijo con voz trémula por el dolor, si vos no me ayudais, entónces no me queda otro recurso que morir con mi hijo!...

—Dios sabe, señor, contestó el oficial enternecido, que daria una parte de mi vida por complaceros; pero en eso no puedo!

Don Matías, reprimiendo sus sollozos, volvió al lado de Camilo; i echándole los brazos al cuello esclamó:

—¡Hijo mio!... ¡Nada, nada he podido conseguir!... Buendía me cierra todos los caminos; i ordenando tu ejecucion para el amanecer, me impide hasta el uso del telégrafo para comunicarme con Prado! ¡Esto es desesperante!

EN EL BANCO

La escena que siguió a la esclamacion del señor de la Peña, fué mui conmovedora i renunciamos a describirla en sus detalles.

Camilo, al ver la congoja i desesperacion de su padre, trató, por cuantos medios le parecieron oportunos, de consolarlo. Se manifestó sereno, tranquilo, resignado, i como el señor de la Peña hablase de morir junto con él, el jóven le dijo:

—Nó, padre mio, es necesario que vivais. La Providencia, sin duda, os ha traido para que remedieis en parte la desgracia de mi madre. Vivid, vivid para ella, para consolarla, para que no baje al sepulcro en medio de horrenda soledad. Ahora que yo voi a faltarle, vos sereis su apoyo, i os aseguro que os bendecirá, porque con vuestro arrepentimiento i cariño borrareis el sedimento amargo que sus pesares le han dejado en el alma. ¿Me prometeis, padre mio, que os reunireis a mi madre?

—¡Ah!... ¡imposible!... esclamó don Matías con de-

sesperacion: ¡imposible que yo pueda vivir despues de este rudo golpe!

—¡Pero es necesario que lo procureis! le dijo el jóven. ¡Cómo! ¿no tendreis valor para vivir sabiendo que con vuestra vida, no solo purgareis vuestras faltas, sino que os hareis digno del perdon i del cariño de vuestra esposa?—¡Nó, padre mio; es preciso que vivais, es preciso que os mostreis fuerte; es necesario que me deis el consuelo de morir con el convencimiento de que, si a mi madre le faltará su hijo, en cambio recuperará a su esposo! ¡Ese es vuestro deber i debeis cumplirlo si es cierto que me amais, si es cierto que habeis amado a vuestra esposa!

Don Matías abrazó a su hijo, i con voz balbuciente le dijo:

—¡Viviré!... ¡procuraré vivir para consolar a tu madre!

A ese tiempo se oyó que en el cuartel tocaban diana.

La luz de la lámpara principiaba a palidecer.

Inconsciente, instintivamente, padre e hijo volvieron a abrazarse, permaneciendo así largo rato, silenciosos i estrechamente unidos.

Unos discretos i recatados golpecitos dados en la puerta los hicieron separarse.

—¡Adelante! dijo Camilo con voz emocionada.

Era un clérigo, el canónigo don José Domingo Perez, capellan de la ambulancia de Pisagua.

Saludó cortesmente al jóven i a don Matías, i dijo al primero con voz dulce:

—Vengo, hijo mio, a ofreceros mis servicios, los servicios que puede prestar un ministro de Dios en casos como el que vos os encontrais.

—¿Cuánto tiempo me queda aun? preguntó el jóven.

—Una hora escasa, contestó el venerable sacerdote.

—¡Una hora! balbuceó don Matías; ¡oh! ¡esto no es posible!

—¡Valor, padre mio! le dijo el jóven en voz baja; ¡no mostreis vuestro dolor ante un estraño!

El señor de la Peña sacudió la cabeza con desaliento i tomando una súbita determinacion, dijo:

—¡Voi a ver al jeneral!... ¡Aun puede ser tiempo!... ¡Hasta luego, hijo mio!

I salió de la pieza casi desatentado.

Dejaremos a Camilo con el capellan i seguiremos al desconsolado padre.

Casi corriendo, sin preocuparse de los grupos de soldados o de paisanos que encontraba en su camino, se dirijió a la habitacion del jeneral Buendía.

Un ayudante le dijo que hacia un cuarto de hora se habia dirijido a la casa del señor jeneral Villamil.

Se la hizo indicar i corrió hácia ella; pero ya el jeneral se habia retirado, i segun las indicaciones que le dieron, debia dirijirse al estremo del campamento, donde estaba la guardia nacional de Pisagua.

El tiempo trascurria, i el señor de la Peña, que despues de su penoso viaje a caballo acababa de pasar una noche en vela, sacudido por mortales congojas, sintió que sus fuerzas principiaban a flaquear. No obstante, aun tuvo valor para llegar a ese cuartel; pero, como si la fatalidad le persiguiese, el jeneral acababa de partir para el cuartel del batallon Independencia.

Entónces el desolado padre miró al cielo con desesperacion i se admiró que en el corazon humano pudiera caber tanto dolor.

Para ir al cuartel del Independencia, tenia que pasar cerca de donde habia dejado a su hijo: esto le dió fuerzas i corrió allá.

Cuando ya estaba cerca, divisó un piquete de soldados que marchaban hácia el oriente, dejando a su espalda el cuartel i el campamento. Por un presentimiento, adivinó que ahí iba su hijo, que ya habia llegado la hora, que ya le iban a fusilar.

Su cansancio desapareció entónces.

Loco, delirante, sin saber qué iba a hacer, corrió hácia el grupo de soldados.

A ese tiempo, el jeneral Buendía, montado en su caballo i acompañado de un paisano, pasaba como a cincuenta pasos del señor de la Peña.

Pero éste no le vió i continuó su carrera.

El jeneral acababa de reunirse con el paisano, quien llegaba a comunicarle que en la salitrera *** estaban aguardándolo los prisioneros de que se le habia dado cuenta en la tarde anterior.

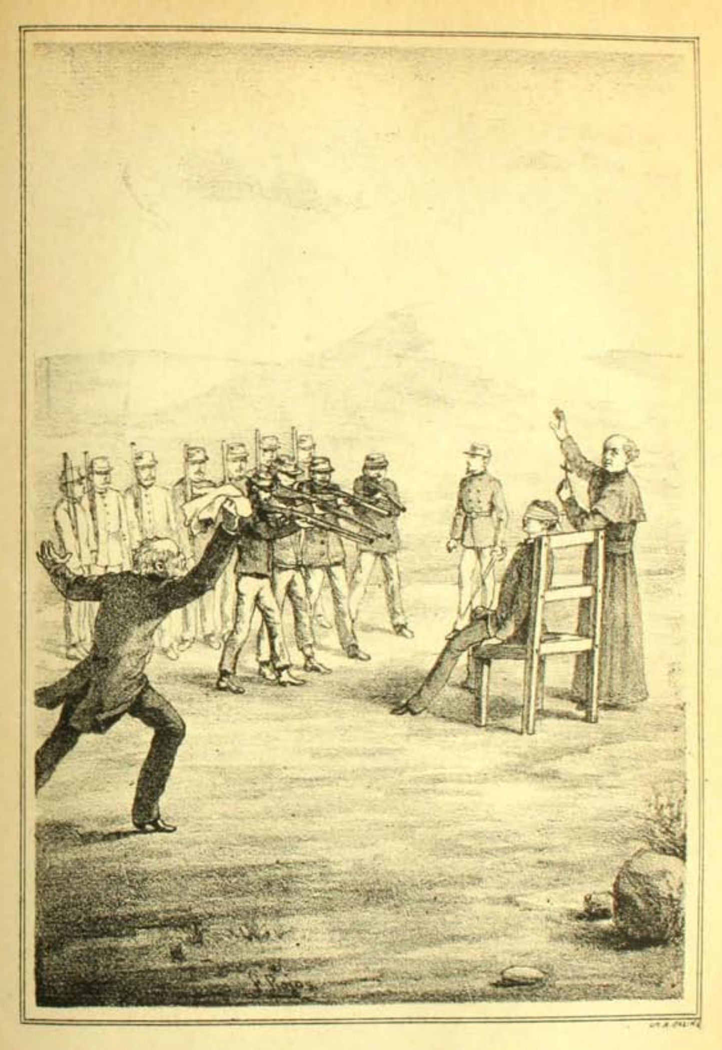
Buendía, acto contínuo, dirijió su caballo hácia la sa litrera indicada.

Intertanto, el piquete llegaba a una pequeña eminencia, en donde se habia colocado un banco de madera.

Don Matías no pudo alcanzar a los soldados, i sin dejar de correr, les hacia señas con un pañuelo.

Pero éstos le daban la espalda i no le veian.

Camilo, que efectivamente iba ahí, marchaba con la frente alta i serena, con una sonrisa desdeñosa en los labios. Cuando el canónigo Perez le amonestaba para que se dirijiese a Dios, el jóven obedecia i miraba al cielo con esa fé i serenidad que da al alma una concien-



Habia divisado la carrera loca, frenética, i las señas continuadas que hacia el señor de la Peña con su pañuelo.

cia tranquila i el cabal conocimiento de los atributos del Hacedor.

Cuando llegó al banco, pidió que no se le vendase la vista i que se le fusilase de pié; pero el sacerdote le suplicó que se conformara con lo prescrito i el jóven obedeció.

Se sentó en el banco i se vendó la vista; ya el oficial levantaba la espada para dar la órden de disparar, cuando el canónigo, que repetia al oido de Camilo sus últimas exhortaciones, hizo indicaciones para aguardar.

Habia divisado la carrera loca, frenética, i las señas continuadas que hacia el señor de la Peña con su pañuelo.

El oficial esperó, i un instante despues, don Matías, llegando al grupo, balbuceó:

—¡De órden del jeneral... en jefe... suspended!...

No pudo decir mas i cayó ahogándose.

—¿Qué haremos? preguntó el oficial al canónigo, que habia corrido a auxiliar al señor de la Peña.

—Me parece, contestó aquel, que debe usted mandar donde el señor jeneral a decirle que su emisario no ha alcanzado a comunicarle todas sus instrucciones i que por lo tanto espera nuevas órdenes.

Se despachó, corriendo, a un sarjento, miéntras a Camilo le quitaban la venda i trataban de dar aire al señor de la Peña que se asfixiaba.

Por fortuna, don Matías se hallaba detras de la fila de soldados i no podia ser visto por el jóven; así es que éste permaneció enteramente tranquilo sentado en el banco.

PREPARATIVOS PARA EL COMBATE

El jeneral Buendía, que como hemos dicho, salia al encuentro de la jóven i del jóven a quienes aguardaba desde la tarde anterior, no iba aun mui léjos del lugar donde debia efectuarse la ejecucion, así es que no tardó en ser alcanzado por el sarjento.

Pero cuando éste, jadeante i empapado en sudor se cuadraba ante su jeneral, apareció por un recodo del camino un jinete que a escape se dirijia al mismo sitio.

—¿Qué quieres? preguntó el jeneral al sarjento.

—Mi jeneral, contestó éste llevando su diestra a la visera del kepis; mi jeneral, mi teniente Valverde manda donde Usía a decirle que el emisario que Usía ha mandado no alcanzó a darle todas las instrucciones i pide a Usía nuevas órdenes.

Buendía, que, como el señor de la Peña, solo habia llegado el dia anterior a Pisagua, para solemnizar el bautismo de los cañones, no conocia, como jeneralmente no conoce un jeneral en jefe a la mayor parte de los oficiales del ejército; así que, él, que no habia mandado

ningun emisario, ni sabia el cuerpo a que pertenecia el teniente Valverde, preguntó al sarjento:

—¿I quién es el teniente Valverde i a qué cuerpo pertenece?

—Mi teniente Valverde, señor, contestó el sarjento, pertenece al Victoria i....

No pudo continuar, porque al mismo tiempo paró, casi atropellándolo, el jinete que venia a escape en busca del jeneral.

Era un capitan, que llegaba cubierto de polvo i tanto o mas ajitado que el sarjento.

—¡Señor!... esclamó. ¡Los chilenos!... ¡La escuadra chilena!... En este momento entran veintiun buques a la bahía!...

—¡Los chilenos!... repitió el jeneral ¡Veintiun buques!... ¿Qué dice usted?

—¡Lo que oye Su Señoría; cuando salí del puerto, podian contarse ya, a la simple vista, veintiun vapores que entraban a toda máquina a la rada!

—¡Entónces, esclamó Buendía, poniéndose pálido, este es un ataque i un desembarco!

Meditó un instante i pareció un poco turbado.

—¡Corra usted al puerto, dijo al fin al capitan, i ordene que los artilleros ocupen los fuertes i se preparen al combate! ¡Yo estaré en un momento mas allá! ¡Que no se dispare un solo tiro si ántes la escuadra chilena no nos ataca!...

El capitan volvió bridas i se alejó a escape.

—¡Tú, agregó, dirijiéndose al sarjento, vé a tu cuartel i di al comandante que ponga a su cuerpo sobre las armas, i de mi parte que ordene a los demas jefes de los otros batallones que hagan otro tanto!

El sarjento, lelo por la noticia que acababa de saber, saludó, e iba a jirar sobre sus talones; pero se detuvo.

—¿Qué aguardas? le preguntó Buendía con enfado.

—Es que, mi jeneral, balbuceó el sarjento i ¿qué le digo a mi teniente Valverde?

—¡Qué teniente ni qué nada! esclamó el jeneral; di a ese teniente, si no está con su cuerpo, que se reuna en el acto a él i se prepare a pelear como buen peruano!...

Esta vez el sarjento echó a correr.

Buendía volvióse entónces al paisano i le dijo:

—¡Ya lo ves! imposible que vaya ahora a su encuentro!... Di al capitan S. D. que deje a esos jóvenes, recomendándolos en mi nombre al administrador de la salitrera i que él con sus soldados se traslade en el acto aquí. En este momento necesitamos del último de nuestros soldados para resistir cuanto sea dable.

—¿De manera que esos jóvenes, preguntó el paisano, quedan sin custodia?

—Sin mas custodia que la que pueda prestarle el administrador. Mi principal deber, ahora, es la defensa de Pisagua!... ¡ah! agregó, una vez mas, aun, se escapará de mis manos!...

—¡Pero si triunfamos, señor, dijo el paisano, esta tarde todo habrá vuelto a su estado normal!

El jeneral Buendía sonrió tristemente i dijo:

—Esta tarde... ¡quién sabe dónde estaremos!... ¡No se triunfa, con mil hombres, de una fuerza que debe ser diez veces mayor i de una escuadra de veintiun buques de guerra!

—En fin, agregó con tristeza, vé tú a cumplir mis órdenes, pues mi puesto no está aquí sino entre mis sol-

dados! ¡Bastante falto ya a mi deber con dedicar estos minutos a cosas ajenas a la guerra!

Diciendo esto tornó su caballo, i largándole la rienda, lo espoleó hasta obligarlo a tomar una vertijinosa carrera.

Aquel movimiento, aquel aire que azotaba su semblante, aquel ver deslizarse la via a sus piés, como ancha cinta arrastrada por una locomotora, tenia algo de grato a su espíritu, lleno en aquel instante por encontradas i poderosas emociones.

Los preparativos para una fiesta cambiados en la perspectiva de un combate que debia ser sangriento i concluir por una inevitable derrota; el deseo frustrado de ver, de hablar con aquella jóven, a quien aguardaba con tanta impaciencia; la exigüidad de las fuerzas con que contaba para resistir el ataque de un ejército poderoso; todas estas ideas i muchas otras pasaban por su imajinacion en confuso torbellino.

Cuando llegó al campamento, éste se hallaba en ebullicion.

La noticia habia corrido como el rayo, i desde el primer momento nadie se hizo ilusiones.

Al toque de "jenerala" dado en los cuarteles, los soldados habian acudido con tardo paso, con desaliento, i solo la presencia i las exhortaciones de sus jefes les hizo reanimarse un tanto.

Se les mandó armarse i amunicionarse.

En cada cuartel se formó una babilonia: los jefes daban sus órdenes a gritos para ser oidos; las tapas de los cajones con municiones saltaban bajo los golpes del martillo; quién reclamaba su fusil; quién su cartuchera; quién

su caramayola; quién entregaba furtivamente a su *camarada* algunas monedas, que eran recibidas llorando; quién ocultaba en los bolsillos un trozo de pan o de carne, regalado por previsora i cariñosa mano; quién, en fin, empuñaba su fusil o envainaba su bayoneta, o corria de un lado a otro en busca de alguna parte de su armamento o vestuario.

El toque "a formar" restableció el silencio en los cuarteles, mas nó así en los vivacs i oficinas salitreras.

Ahí las mujeres, presas del pánico, lloraban a gritos i preparábanse todas para emigrar al interior.

El espectáculo que ofrecia aquella pobre jente, cargadas con sus chiquillos, con sus pobres camas, con sus desvensijados trebejos, con sus ollitas i cacerolas, era sumamente conmovedor.

Desde el principio de la guerra se habia propalado tanto en el Perú que los chilenos eran unos monstruos crueles i sanguinarios, que a cada cual le parecia verse ya acribillado por las bayonetas enemigas.

De ahí el pavor, los llantos, la confusion, el desórden consiguiente a "un sálvese quien pueda".

En la parte baja, es decir, en el puerto de Pisagua, sucedia otro tanto.

Los caminos que conducian al Alto, o campamento del Hospicio, presentaban el mismo aspecto que las tortuosas vias que recorren las hormigas; tanta era la acumulacion de jente que traficaba por ellas.

La llegada del jeneral Buendía al centro del campamento sirvió para completar el órden. Luego se le reunieron el jeneral don Pedro Villamil, comandante jeneral de la 2.ª division boliviana; el coronel don Exequiel de la Peña, su jefe de estado mayor, i los coroneles don

Juan Granier, primer jefe del batallon Victoria, i P. J. Vargas, jefe del batallon Independencia.

—Jeneral, interrogó Buendía, dirijiéndose al señor Villamil ¿está lista la division?

—En cinco minutos mas lo estará, señor jeneral en jefe, contestó éste.

—Mi batallon, dijo el señor Vargas, está listo, si no se les reparte municiones de boca.

—¡No tenemos tiempo para ello! contestó Buendía.

I dirijiéndose a Villamil, agregó:

—¿No le parece a usted que seria conveniente ordenar a los proveedores que bajen al puerto i repartan ahí raciones secas a los soldados?

—Seria lo mas acertado, señor jeneral.

—Entónces, ordénelo usted, dijo Buendía.

El coronel de la Peña fué despachado con esta órden i Buendía, dirijiéndose al coronel Granier, le preguntó:

—¿I el batallon Victoria está listo?

—Ya debe estarlo, señor jeneral; los dejé proveyéndose de agua, pues creo que la funcion que tendremos será larga.

—¡Larga i terrible! dijo Buendía; pero nos servirá para dar a conocer a nuestros enemigos cómo saben pelear i cómo saben morir los aliados!...

A ese tiempo llegaron tambien a reunirse con el jeneral Buendía el teniente coronel don Isaac Recabárren, jefe de armas de la plaza, i los coroneles don Manuel Francisco Zavala i Nicanor Gonzalez, jefes de la guardia nacional de Pisagua.

—¿Qué hai de nuevo en el puerto? preguntó el jeneral en jefe.

—La guardia nacional, contestó el señor Zavala, queda amunicionada i cubriendo la costa.

—¿I los fuertes?

—Listos para rechazar el ataque.

Buendía se sonrió por la palabra "rechazar". "Mucho harán, pensó, con contestar al ataque." Luego agregó en voz alta:

—¿I la escuadra chilena ya está mui cerca del puerto?

—Lo suficiente para conocer los buques de que consta.

—¿Cuántos son?

—Veintiuno; eso sí que dos se han quedado mui afuera i no ha sido posible reconocerlos.

—Esos dos, dijo el jeneral Buendía, harán la guardia de avanzada.

—Hai quien asegura, dijo el coronel Gonzalez, que esos dos vapores son el *Thetis* i el *Turquoise*, ingleses.

—¡Bien puede ser! esclamó Buendía. Los ingleses de Europa querrán ver cómo se baten los que se han bautizado a sí mismos con el nombre de los ingleses del Pacífico; bien, verán cómo se baten los peruanos i bolivianos, i tendremos así testigos imparciales.

—Ordenad, señores, agregó Buendía, que la division se forme en revista para marchar en seguida cada cual al puesto que debe defender.

Un cuarto de hora despues, el jeneral en jefe revistaba la division i dirijiéndose a los jefes i soldados les dijo:

—¡Compañeros!... la suerte nos sonríe i favorece, pues nos ha destinado para dar a nuestras patrias un dia de imperecedera gloria. El enemigo, haciendo ostentacion de un poder que no tiene, entra en estos momen-

tos a nuestro puerto deseando infundirnos pavor con el gran número de sus naves!... Pero no sabe ¡ah! que en el pecho del peruano i del boliviano el patriotismo se enciende i el valor se centuplica ante el número i ante la fuerza! ¡Soldados, hoi se os presenta una ocasion para probar que cuando se trata de la defensa de vuestro suelo i del honor de vuestra bandera, no contais el número de vuestros enemigos i combatis hasta triunfar o hasta morir! ¡Ea, pues, la honra del Perú i de Bolivia, la deposito en vuestras manos; mantenedla como la habeis mantenido siempre; vuestro jeneral estará con vosotros para alentaros i ayudaros a conquistar un espléndido triunfo!

Esta corta arenga alentó un tanto a la amedrentada tropa.

Vieron a Buendía tranquilo, sereno, como convenia a un valiente, i esto les infundió valor.

—¡Viva nuestro jeneral en jefe! gritaron algunos, voces que fueron seguidas por las de toda la division.

Buendía saludó en jeneral a todos sus soldados i ordenó que principiase el desfile, miéntras él se adelantaba para bajar al puerto e inspeccionar las baterías, trincheras i fortificaciones.

Cuando llegó al límite en que desde la altura se dominaba el mar, el jeneral Buendía, seguido de un brillante cuerpo de ayudantes que se le habian reunido, no pudo ménos de lanzar una esclamacion de sorpresa al ver el imponente cuadro que presentaba la bahía.

Veintiuna naves, i casi otros tantos negros penachos de humo, avanzaban majestuosamente hácia el surjidero.

Buendía sintió una honda, una poderosa impresion al ver las fuerzas que desplegaba el enemigo, i no pudo

ménos de lanzar un suspiro al considerar que, miéntras Chile recorria ufano i poderoso el Pacífico, ellos estaban condenados a la inaccion, al ocultamiento, a mantener sus débiles barcos al abrigo de los fuertes del Callao i de Arica.

—¡En unas cuantas horas mas, pensó con toda la amargura de su corazon patriota, esas naves habrán vaciado su carga sobre el suelo que pisamos, i nosotros, o estaremos en la eternidad, o comeremos el pan de los derrotados!... ¡Ai de mi patria! ai de Bolivia!...

LOS PRISIONEROS

Dejaremos al jeneral en jefe de las fuerzas aliadas descender de la altiplanicie de Pisagua, abstraido en sus tristes pensamientos; dejaremos a los batallones perú-bolivianos que, al melodioso compas de sus bandas de músicos, llevando a la espalda el equipo de campaña, a la cintura la cartuchera repleta de plomo, al brazo el fusil, bajan medio resignados, tranquilos a medias, a dar o a recibir la muerte; dejaremos al pueblo, a los dueños de negocios, que corran de aquí allá, jadeantes, aterrorizados, buscando para sus muebles, sus objetos valiosos i sus mercaderías, un abrigo o un lugar en que ocultarlos; dejaremos tambien, allá en el mar, iluminada por los primeros rayos del sol, la imponente escuadra chilena que avanza, cual bandada de aves marinas, hácia la estrecha i rocallosa playa de Pisagua.

Dejando todo esto, acompañaremos al hombre que, en el capítulo anterior, marchaba con el jeneral Buendía al encuentro de una jóven i de un jóven a quienes todavia no conocemos.

Cumpliendo las órdenes del jeneral, el paisano se dirijió al galope hácia las salitreras en donde se encontraba provisionalmente hospedada una niña de diezinueve a veinte años, de esbelta estatura, de abundante i profusa cabellera, de grandes ojos espresivos, de nariz i boca aristocráticas i de un cútis cuya blancura se revelaba a pesar de una intensa palidez.

En el momento en que la presentamos, es decir, un poco ántes de la llegada del emisario del jeneral, vestia un traje oscuro, de corte sencillo i severo, abrochado en su parte superior sobre un cuello alabastrino i redondo i sobre un pecho alto que daba a su fisonomía un aspecto de indómita altivez.

El círculo violado que rodeaba sus hermosos ojos, i una sonrisa triste que entreabria sus finos i un tanto descoloridos labios, revelaban que aquella jóven sufria en aquellos momentos uno de esos dolores capaces de abatir el espíritu mas fuerte e indomable.

En una pieza contigua e incomunicada con la de la jóven, se paseaba, como leon aprisionado en una jaula, un jóven de veintiseis a veintisiete años, alto, vigoroso, de tez morena, de barba negra i tupida, de ojos grandes i espresivos, i cuyas miradas espresaban la ira reconcentrada de quien, siendo fuerte i poderoso, se encuentra impotente i maniatado.

Al frente de las piezas ocupadas por los jóvenes, se paseaban algunos soldados; quienes, aun cuando no hacian una guardia tan estricta como la de un centinela de vista, custodiaban a los prisioneros.

En otra pieza, contigua tambien a la de la jóven i comunicada con ésta por una puerta que solo se hallaba entornada, estaban un oficial con el grado de capitan i

un paisano que, por su cútis blanco i rosado, por sus ojos azules, por su rubia cabellera i por su acento, revelaba su oríjen europeo.

Ambos departian con agradable cordialidad, miéntras vaciaban algunas botellas de cerveza, colocadas sobre una mesa en la cual ellos se apoyaban.

—Mi jornada, decia el capitan, ha sido una verdadera campaña; pues durante muchos dias, no me he bajado del caballo sino el tiempo necesario para darle algun alimento. Agregue usted que, andando siempre por el desierto, tocando raras veces en pueblecillos donde podíamos proporcionarnos *pienso* para nuestros estómagos i el de nuestros caballos, hemos estado espuestos a morir de hambre i de sed. I todavia, nuestra marcha de regreso, que ha sido la mas feliz, por cuanto seguíamos una ruta conocida, vino a aumentarse con venir aquí desde Pozo Almonte, adonde llegamos ayer pocos momentos despues de salir el jeneral Buendía.

El europeo, que era el administrador de la salitrera *** en que tenia lugar el diálogo que copiamos, sirvió al capitan una nueva copa de cerveza i preguntó:

—I ¿por qué no aguardaron ustedes en Pozo Almonte al señor jeneral?

—Porque el señor jeneral, contestó el capitan, despues de vaciar su vaso, me dejó órden para que siguiera sus pasos con la prontitud posible i solo dándome tiempo para no fatigar con largas marchas a la hermosa prisionera.

—I, dijo el administrador, acercándose un tanto mas al capitan i hablándole en voz baja i con tono amistoso i confidencial; i ¿quién es esa hermosa jóven?

El capitan sonrió maliciosamente, meneó la cabeza,

como dudando si contestaria o nó, i al fin, alzando los hombros, dijo:

—¡Qué diablos! Yo no sabré decirle quién es ella, porque, a este respecto, creo saber tanto como usted.

—Es que yo, replicó el administrador riendo cariñosamente, a fin de excitar la confianza del capitan; es que yo, amigo mio, no sé otra cosa sino que es una jóven hermosísima, i que si no fuera porque el jeneral Buendía dispone de un ejército, yo armaria a mis operarios con sus barrenos, martillos i azadas i se la quitaria al jeneral i a todos los aliados.

Al mismo tiempo el jocoso administrador llenaba los vasos i despues de chocar el suyo con el del capitan, lo apuró de un sorbo i agregó con tono socarron:

—Es mui feliz, amigo mio, el hombre que llega a jeneral en jefe, i yo deseo que usted ocupe cuanto ántes ese lugar.

—Gracias, contestó el oficial, sonriendo; pero, a pesar de sus deseos, creo que no llegaré a tener esa estatura.

El administrador, viendo que el capitan se callaba i que la conversacion salia del terreno en que él deseaba sostenerla, preguntó:

—I el jóven ¿será esposo, hermano o amante de la prisionera?

—Me inclino a creer lo último, contestó el capitan.

—¡Diablo! entónces no deben estar mui contentos con usted, pues les ha quitado su libertad i los mantiene incomunicados.

—Yo no hago sino cumplir las órdenes recibidas, dijo el capitan, i ellos deben comprenderlo así cuando sus labios no han formulado una sola queja contra mí. Su-

póngase, amigo mio, que a pesar de haber muerto el jóven a dos de mis soldados, yo hice respetar su vida, le desarmé, le até las manos hasta que calmó su furor, i despues ha seguido tan libre como usted lo ve ahora.

—I ¿por qué tanta benignidad?

—Porque el señor jeneral, cuando me mandó a perseguirlos, me dijo: "Necesito a esos jóvenes vivos i usted procederá de manera que en lo menor sean molestados. Así, cuando les dé alcance, sea usted para ella i aun para él, si ella lo quiere o lo desea, un atento i comedido compañero, dispuesto a complacerlos en todo, ménos en darles libertad." Me encargó en seguida la mas estricta vijilancia para mantenerlos sin comunicarse, i que si ella estaba débil, enferma o cansada, hiciera el viaje con lentitud, deteniéndome las horas o los dias necesarios en cada paradero para que ella recuperase sus fuerzas o su salud.

—De esa manera el regreso habrá sido bastante incómodo para usted, dijo el administrador.

—No tanto, contestó el capitan, pues esa jóven, tan tierna, tan delicada como parece por su cútis aterciopelado, por sus manos de gran dama, por su aspecto de reina destronada, es la mujer mas fuerte, mas altiva i mas varonil que he conocido.

—¿Es posible? interrogó el administrador con creciente interes.

—¡Oh, si yo le contase a usted todo! esclamó el capitan, a quien las repetidas copas de cerveza principiaban a hacer comunicativo.

El administrador de la salitrera ***, que era hombre esperimentado en los efectos de locuacidad i confianza que produce una copa o algunas copas de licor suminis-

tradas a tiempo, hizo ademan de servir un nuevo vaso de cerveza; pero como si se arrepintiera, esclamó:

—¡Nó, esto ya no sirve! Despues de la cerveza, un buen *baja-muelle* (1).

Salió i regresó a poco trayendo una botella de coñac marca *Morton*.

—¡Este es lejítimo, amigo mio, dijo al capitan, pues la casa lo recibe directamente.

—¡Oh! esclamó el capitan con alegría, ¡cómo se conoce que he llegado a pueblo de cristianos... ¿Creerá usted, mi buen señor, que muchas veces he tenido necesidad de tragar por ahí un pestífero, un horrendo *guarisnaqui*? (2)

—Entónces ahora, para vengarse, le dijo el administrador sirviéndole una copa, beba usted *Morton*.

—Sí que lo haré ¡caramba! esclamó el oficial empuñando la copa; como una celebracion anticipada de mis grados de sarjento mayor!

—¿Es posible? preguntó el administrador despues de apurar su copa, al mismo tiempo que lo hacia el oficial.

Este paladeó el licor un instante, como buen aficionado, i al fin dijo:

—Es suave, vigoroso i aromático; es un magnífico coñac.

—¿Decia usted capitan, dijo el salitrero, que no queria dejar salir el diálogo a otro terreno; decia usted que brindaba por sus próximos grados de sarjento mayor?

—¡Oh, ya lo creo!... Una comision como la desempeñada por mí, es lo ménos con que puede premiarse.

---

(1) *Baja-muelle*. Espresion con que el pueblo designa cualquier licor espirituoso, que se tome despues de haber bebido cerveza o chicha de maiz.

(2) *Guarisnaqui*. Aguardiente de caña.

—El señor jeneral en jefe ¿quedará complacido con lo que usted ha hecho?

—¡Ya lo creo!... Juzgue usted. Al dia siguiente de esa noche en que un borracho o un loco formó tan grande algazara en este campamento, gritando que habian desembarcado los chilenos, el jeneral en jefe me llamó i me dijo:

—Capitan, voi a encargar a usted una de aquellas comisiones que los jefes solemos encomendar mas al amigo que al oficial...

—¡Señor! esclamé, esas palabras de Su Señoría son para mí tan honrosas, que puede mandarme lo mas difícil, seguro de que lo cumpliré fielmente.

—Es cuanto espero de usted, me dijo el jeneral. Pues bien, agregó; la infernal batahola promovida anoche en el campamento, no ha sido sin causa. Al oscurecer llegó aquí una jóven que habia sido secuestrada i sepultada en el desierto con el objeto de que yo no supiese mas de ella; pero conocí su residencia, la liberté de sus enemigos, i creyendo que éstos no tendrian la audacia de intentar un nuevo golpe de mano, me dormí tranquilo. No fué así, sin embargo; los enemigos de esa jóven turbaron anoche la paz del campamento i aprovecharon la confusion i el desórden para apoderarse nuevamente de ella. Segun las indagaciones practicadas, ella salió de aquí a caballo, acompañada por un hombre vestido andrajosamente que empuñaba un fusil. ¿Hácia que parte han huido? Eso me ha sido imposible averiguar, i es lo que encomiendo a usted.

—Haré cuanto esté de mi parte, señor, le dije, para saberlo.

—No basta eso, me replicó el jeneral; es necesario que

usted se apodere de esos jóvenes, i si están protejidos por personas superiores en grados a usted, me lo avisa para disponer lo conveniente.

—¿I si ellos se resisten a seguirme? pregunté.

—Dirá usted a ella que va de mi parte, i si aun así no quisiese seguirlo, empleará la persuasion, i aun la fuerza; pero lo último sin dañarla, sin hacerla sufrir. Respecto al jóven que la acompaña, usted puede emplear la violencia, siempre que ella no lo defienda con algun calor. Diré a usted que no sé quién sea él; i como puede ser un hermano, un pariente, no quiero darla un pesar.»— En una palabra, amigo mio, agregó el capitan, dirijiéndose al salitrero, despues de vaciar una nueva copa que éste le habia servido; en una palabra, el jeneral me dejó comprender que, si deseaba agradarle, trajera a la dama entre algodones.

—¡Mucho debe quererla, entónces! dijo el administrador.

El capitan, que principiaba a sentir los efectos del coñac, guiñó un ojo maliciosamente, diciendo:

—¡Últimos amores, amigo mio!... Amores de viejo, que dicen son los mas grandes i mas tenaces!...

—I ¿son ya mui antiguos? preguntó el administrador sin escrúpulos, viendo que habia llegado la hora de las confidencias.

—¡Quiá! nó; son casi nuevos, pero mui sonados, mui conocidos. ¿No ha oido hablar usted de esto?

—¡Muchas veces!... ¿No es ella una jóven chilena?

—Precisamente, i ese es el motivo principal de la admiracion del campamento.

—¡Bah! esclamó el salitrero. Los peruanos i los boli-

vianos bien pueden pelear con los chilenos, sin perjuicio de enamorar a las chilenas.

—¡Precisamente! contestó el capitan riéndose; i esa es la mejor, la verdadera clase de guerra: para los chilenos, nuestras balas; para las chilenas, nuestro amor!

I contento de aquella ocurrencia, alargó su copa que el administrador se apresuró a llenar.

—¡Bebamos, dijo el capitan, por nuestros próximos triunfos, por nuestros futuros amores!

El salitrero se sonrió de una manera imperceptible, i bebió, chocando su copa con la del capitan.

—Pero ¡qué jóven, amigo mio! dijo éste, ¡qué jóven tan altiva, tan varonil!... Si la hubiese usted visto cuando la prendimos: era una leona, pero una leona hermosa, imponente, que parecia la reina del mundo.—¡Acercaos, miserables, nos dijo, i al primero que me toque le sepultaré este puñal en el corazon!...

—¡Diablo! esclamó el administrador con vivo interes. I ¿lo habria hecho?

—¡Como lo decia! Su mano blanca i pequeñita empuñaba uno de esos puñalitos que parecen un juguete, un verdadero puñal de dama; pero que no por ello dejan de tener el bastante acero para traspasar el corazon. Ni mas ni ménos, amigo mio, que la linda, que la seductora mirada de una hermosa que...

Se interrumpió porque a ese tiempo paraba frente a la puerta un jinete, que llegaba al galope.

—¡Ah! esclamó el administrador; es Pedro que vuelve de hablar con el jeneral.

Efectivamente, el recien llegado era el paisano a quien Buendía dió sus últimas instrucciones.

—¡Grandes novedades! esclamó, saltando del caballo.

—¿Qué hai de nuevo? preguntaron a la vez el administrador i el capitan.

—Poca cosa: que los chilenos llegan a desembarcar a Pisagua.

—¡Bah! esclamó el capitan; esa será una locura que no harán los chilenos.

—¿I por qué?

—Por la sencilla razon de que, si lo intentasen, con mil hombres les mataremos cinco mil.

—Pues será lo que deben hacer ahora, dijo Pedro, si no quieren que el puerto caiga en poder del enemigo.

—Vendrán, dijo el capitan, a bombardear, a incendiar el salitre, como lo han hecho ántes; pero ahora ¡vive Dios! tenemos dos cañones para contestarles.

—Dos cañones de a cien para contestar a los de la escuadra chilena, son punto ménos que nada, observó el administrador.

—I ahora se trata, agregó Pedro, de una escuadra de veintiun vapores.

—¡Veintiun vapores! esclamó el capitan lanzando una carcajada. ¡Vamos! ¡no es mala esa!...

—No se ria usted, le dijo Pedro; delante de mí le han dado cuenta al jeneral en jefe i delante de mí mandó poner todo el ejército sobre las armas.

—I ¿de dónde saca Chile veintiun vapores?

—Yo no sé de dónde los hayan sacado, pero el hecho es que a estas horas deben estar fondeados en la bahía,

—Necesitaré verlos para creerlo, agregó el capitan.

—Pronto se convencerá usted, pues el señor jeneral manda decirle que en el acto se traslade con los solda-

dos a Pisagua i deje los prisioneros recomendados al administrador.

—¿Eso dijo el jeneral?

—Agregando que lo hiciese usted en el acto, pues para defender el puerto necesitaba hasta del último soldado.

—¡Ira de Dios! ¡en qué pandemonium nos iremos a meter! esclamó despechado el capitan.

El administrador parecia no haber recibido la menor impresion, i se limitaba a escuchar con curiosidad.

—¿De manera, agregó el capitan, que debo partir en el acto i dejar a esos jóvenes bajo la vijilancia del señor?

—Esa es la órden del jeneral, contestó Pedro.

—Bajo mi vijilancia, eso no es posible, capitan, observó el administrador; dígalo usted así al señor jeneral en jefe, pues yo no tengo soldados para custodiarlos. Quedarán a mi cuidado i yo haré cuanto pueda por que nada les falte. Es cuanto puedo i debo hacer.

El capitan dió un paseo por la pieza, sin ocultar su contrariedad.

—¡Está gracioso! murmuraba con voz sorda; no bien llega uno de un viaje matador, le llaman para que vaya a pelear!... ¡Maldita profesion ésta en que uno no tiene sino obedecer!

Al decir esto, salió al corredor i gritó con voz destemplada:

—¡Ea! todo el mundo a caballo, i a pelear con los chilenos!

Los soldados, que ya se habian apercibido de lo que ocurria, corrieron a tomar sus cabalgaduras.

El capitan se echó una tras otra dos copas de coñac, i estendiendo la mano al administrador, dijo:

—Ya habeis oido; haced lo que mejor os cuadre; lo que es yo, si no me lleva hoi el diablo, volveré a estrecharos la mano i a concluir lo que resta en esa botella.

—Os la conservaré, contestó aquél; i si triunfais, agregaremos otra sin descorchar...

—Eso i la cara de Dios no lo veremos, dijo el capitan subiendo a caballo.

Cinco minutos despues, el grupo de soldados, precedidos de su jefe, galopaban hácia Pisagua.

—¡I bien! ¿qué hago yo ahora? se preguntó el administrador. El depósito es valioso, i si ella es soltera, i si ella... ¡vamos! ¡será necesario esplorar el campo! ¡Quién sabe lo que puede acontecer!

Intertanto, la jóven, que, como hemos dicho, se hallaba en una pieza contigua, cuya puerta de comunicacion estaba solo entornada, habia oido toda la última parte de la conversacion i se hallaba bajo la mas viva ansiedad.

—¡Los chilenos en Pisagua!... ¡Veintiun buques!... ¡oh! ¡esto es un sueño feliz! murmuraba.

Cuando oyó que los soldados habian partido i que la casa quedaba en el mas absoluto silencio, no pudo contenerse i saliendo al corredor, golpeó las palmas gritando:

—¿Hai álguien por ahí?

El prisionero, al conocer la voz de la jóven, corrió al corredor i se acercó a ella.

—¿Qué sucede? le preguntó con voz anhelante.

—¡Los chilenos!... ¡nuestros compatriotas en Pisagua!...

Ambos, inconscientemente, cayeron el uno en brazos del otro.

El administrador, que tambien habia salido al llamado de la jóven, hizo un jesto al ver aquello i tosió con fuerza para llamarles la atencion.

"¿DONDE ESTÁN LOS QUE TE ACUSAN?"

Volveremos ahora al momento en que el señor de la Peña, casi asfixiado, era atendido por el caritativo canónigo don Domingo Perez.

—¡Pronto, señor teniente, dijo el sacerdote cuando vió que el señor de la Peña no recobraba el sentido; prestadme dos soldados que me ayuden a trasladar a este señor a la ambulancia!

El teniente designó a dos soldados, que, al separarse del círculo, dejaron un claro en la fila.

—¡Ayudadme, amigos mios! dijo el sacerdote, levantando la cabeza de don Matías.

Al mismo tiempo, Camilo Montemar, que, como hemos dicho, habia quedado en el banco, desvendada la vista, al divisar a su padre por el claro que quedó en la fila, lanzó una dolorosa esclamacion, i saltando del asiento, corrió donde él esclamando:

—¡Padre mio!...

Fué tan rápida la accion del jóven, que ni el teniente

ni los soldados tuvieron tiempo de impedir que aquel se abrazase del cuello del señor de la Peña.

—¡No le sofoqueis!... ¡Dejadlo! esclamó el canónigo apartando a Camilo.

—¿Ha muerto? interrogó éste con viva inquietud.

—Nó, pero su vida corre peligro.

I dirijiéndose a los soldados, agregó:

—¡Alzad, alzad pronto!

—Yo os ayudaré, dijo el jóven, tomando con todo respeto uno de los brazos del señor de la Peña.

—Permitidme, caballero, le dijo el oficial, advertiros que no podeis separaros de aquí hasta saber la última resolucion del señor jeneral en jefe.

—¡Ah!... pero un instante, señor oficial, el tiempo necesario para ayudarles a trasportar a mi padre!...

—Es imposible, dijo el oficial; aguardo de un momento a otro la resolucion del señor jeneral.

Camilo hizo un jesto de resignacion.

—Al ménos, suplicó, dirijiéndose al canónigo, haced, señor, por que yo no muera sin saber si se ha salvado.

—Volveré, contestó el sacerdote, en el acto que lo examine el médico i os anunciaré su opinion.

Cuando Camilo perdió de vista el grupo formado por su padre, el canónigo i los soldados, exhaló un suspiro i dijo al oficial:

—¿Tendreis la bondad, señor, de decirme por qué se ha suspendido mi ejecucion?

El teniente le narró lo acaecido, concluyendo por decir:

—Puesto que el señor de la Peña es vuestro padre, segun os lo he oido llamar, debe haber conseguido del señor jeneral en jefe vuestro indulto.

—¡Pobre padre mio! i por darme a mí la vida tal vez se dé él la muerte.

—¡Oh! i si no corre como lo ha hecho, no habria alcanzado; dos segundos mas i llega tarde!

Callaron: Camilo porque estaba vivamente impresionado, i el oficial por no relajar la disciplina.

Trascurrió un cuarto de hora.

Allá, en los cuarteles, principió a oirse un sordo rumor.

Todos aplicaron el oido i en todos los semblantes se retrató la curiosidad.

Un momento despues apareció el canónigo Perez, acompañado del sarjento que habia hablado con el jeneral Buendía. Ambos casi corrian.

—¿I mi padre? preguntó Camilo al sacerdote.

—¿Qué hai de nuevo? preguntó al mismo tiempo el teniente al sarjento.

—Vuestro padre salvará; pero despues de una grave enfermedad, contestó el sacerdote con voz entrecortada por el cansancio.

—¡Mi teniente!... los chilenos, los chilenos están en Pisagua, contestó el sarjento.

—¡Gracias, Dios mio! murmuró Camilo elevando su vista al cielo. Ahora si muero, moriré tranquilo.

—¿Qué dices? interrogó el teniente ¿los chilenos en Pisagua? ¿Desde cuándo? ¿cómo?

—¡Hace un momento! entran en veintiun buques.

—Esa es la verdad, afirmó el canónigo; el jeneral ha dado órden de alistarse para bajar al puerto i os manda decir que os reunais en el acto a vuestro batallon.

—¿I qué hago con el señor? e indicó a Camilo, que sin acordarse de que aun estaba suspendida sobre su

cabeza la ejecucion, al oir decir que sus compatriotas llegaban a Pisagua sintió su pecho lleno de alegría.

—Me parece que debeis hacerlo regresar al cuartel, dijo el canónigo, regocijándose interiormente de no ver morir a ese jóven en la flor de sus años.

El teniente se hizo repetir por el sarjento, palabra por palabra, el diálogo que sostuvo con el jeneral; i aun cuando no se le contestaba directamente sobre la ejecucion, le pareció manifiesta la voluntad de suspenderla.

Obtó por esto i se puso en marcha con su piquete, el reo i el canónigo, hácia su cuartel.

Cuando llegaron ahí, el comandante cumplia las aceleradas órdenes que habia recibido del jeneral Buendía, entre las cuales era la principal que no quedara en el campamento un solo soldado, pues todos debian bajar a Pisagua para su defensa.

El teniente se acercó a su jefe, diciéndole:

—He recibido órden de suspender el fusilamiento i venir a reunirme con el batallon. ¿Qué debo hacer con el reo?

—¿De quien recibió usted la órden de suspender la ejecucion?

—Del señor jeneral en jefe.

—¿I qué le dijo del reo?

—Nada; me mandó venir a reunirme con mi cuerpo.

—¿Entónces se dejará al reo en libertad?

—Es lo que vengo a preguntar a usted.

El comandante vaciló un momento.

—¡I bien! esclamó tomando una determinacion. El jeneral me ha ordenado que no quede aquí nadie; i como él tambien es quien ha ordenado no fusilar a ese jóven, quiere decir que lo dejamos en libertad. Por otra parte,

no estamos nosotros ahora para custodiar prisioneros. Vaya usted, déjelo donde está i haga que el piquete se arme a toda prisa para asistir a la revista que ha de pasar el jeneral en jefe, ántes de marchar a nuestros puestos de combate.

El teniente cumplió aquella órden, i un momento despues quedaban solos en una pieza del cuartel, el canónigo i Camilo.

Lo que pasaba en el alma del jóven es indecible.

Su inesperada salvacion, la enfermedad de su padre, la llegada de los chilenos, el trastorno que aquella noticia habia producido en el campamento, todo lo que desde la media noche anterior venia sucediéndole, pasaba por su imajinacion como esos cuadros fantasmagóricos que arroja, uno tras otros, la linterna májica.

A mas, por fuerte que sea un espíritu, por resignado a morir que se encuentre un hombre en la alborada de la vida, el espectáculo del cadalso, el hecho de hallarse ya sentado en el banquillo, convencido de que en pocos segundos habrá dejado de existir, i el verse de repente arrancado a la muerte i devuelto a la vida, tal vez a la plena libertad, es algo capaz de impresionar al mas indiferente i osado.

Camilo esperimentaba cierta laxitud, cierto ofuscamiento, en el fondo del cual brillaba apénas, como lejana estrella de esperanza, la idea gratísima de que ya su adorada madre no lloraria su muerte, de que aquel padre, apénas conocido i tan inesperada i oportunamente hallado, se consideraria mui feliz por haberlo salvado. ¡Sí, salvado! Porque sin él ya habria dejado de existir; sin él, su madre habria sido la mujer mas desventurada miéntras que ahora podria ser la mas dichosa.

—¡Oh! pensaba el jóven, inundada su alma de esperanzas, ¡cuán feliz será mi madre cuando sepa que quien me ha salvado la vida es su esposo, es mi padre!... Le perdonará su abandono, disculpará su estravío, i verá como yo, que tal vez la Providencia lo ha dispuesto así para salvarme la vida.

El redoble de los tambores que anunciaban la marcha del batallon, cortó el hilo de las meditaciones de Camilo.

—¡Se van! murmuró viéndolos alejarse. ¡Se van i me dejan solo, sin guardias, sin custodia!

El canónigo, a su vez, no sabia qué pensar. Salió al patio, recorrió todo el cuartel i solo encontró a diversas mujeres que, con los ojos llorosos i todas turbadas reunian sus trebejos para huir.

—¿A dónde se dirije el batallon? preguntó a una de ellas.

—¡A dónde ha de ser, señor; al puerto, a pelear con esos pícaros chilenos!... ¡Ai!... no volverá ninguno, señor; dicen que esos hombres son unas fieras i vienen veintiun buques llenos.

El virtuoso sacerdote hizo una corta oracion, pidiendo a Dios el menor derramamiento de sangre posible, i volvió a la pieza donde estaba Camilo.

—Han marchado, le dijo, i yo tambien debo ir a ocupar mi puesto.

—¿Dónde está vuestro puesto, señor?

—En la ambulancia, en donde dentro de pocas horas tendré que absolver a los moribundos i curar a los heridos.

—¿I yo? preguntó Camilo. ¿Estoi libre?

El venerable sacerdote guardó silencio un instante i luego, con voz reposada contestó:

—En una ocasion llevaron a Jesus una mujer para que, segun la lei de Moises, la condenara a muerte. Jesus escribió algo sobre la tierra i cuando se levantó, preguntó a la mujer:—"¿Dónde están los que te acusan?" I ella respondió:—"Señor, todos han marchado". A lo que Jesus replicó:—"Pues si ellos te han perdonado, yo tambien te perdono. Véte en paz i no vuelvas a pecar".

Camilo, conmovido, se acercó al sacerdote i besándole la mano le dijo:

—Pues si estoi libre, quiero ir al lado de mi padre.

—¡Seguidme, hijo mio! le dijo el sacerdote poniéndose en marcha para la ambulancia.

PRELIMINARES DEL ASALTO

El desembarco del ejército chileno en Pisagua, aun cuando era un suceso que habia quitado mas de una vez el sueño al jeneral en jefe don Juan Buendía, al jefe de armas de la plaza don Isaac Recabárren, a los jefes de los batallones Independencia, Victoria i a todos cuantos tenian una vida o intereses que perder, la llegada de ese momento, era sin embargo mirada como mui remota i por lo tanto no digna de especial atencion.

No obstante, el señor Recabárren, entusiasta patriota peruano, habia trabajado desde que era jefe de la plaza cuanto es posible hacer a un hombre que como él se encontraba, desde mucho ántes del dia a que se refiere nuestra historia, en la aflictiva situacion de no tener siquiera cómo alimentar ni vestir a sus soldados.

Efectivamente, cuando el señor Recabárren se hizo cargo del mando de la plaza de Pisagua el 27 de octubre de 1879, es decir, una semana ántes del dia a que se refiere nuestra obra, habia encontrado en el puerto tal desbarajuste i miseria que se vió obligado a mandar ha-

cer trajes para sus soldados con unos cuantos sacos vacíos de harina que encontró al acaso. En cuanto a víveres, para cincuenta soldados se repartian diez libras de arroz, cincuenta galletas i una que otra cosilla que merced a su constante dilijencia, podia proporcionarse en la plaza (1).

No obstante aquella penuria, el infatigable teniente coronel había encontrado medios para aumentar las naturales defensas que presentaba la plaza.

Alentando a sus soldados, les habia hecho construir zanjas i parapetos con sacos rellenos de arena; habia mejorado el servicio de los fuertes, i, en una palabra, habia logrado, merced a su actividad, montar los dos cañones de a cien que defendian la bahía i tenerlos listos para el 2 de noviembre dia en que, como hemos dicho en el primer capítulo de nuestra obra, debia efectuarse la fiesta con que se iba a celebrar el bautismo de los cañones.

Pero no eran solo el desórden i la miseria lo que aquejaba a ese ejército. Un sordo i mal disimulado en-

---

(1) Histórico.

Creemos del caso citar, como noble galardon para este patriota peruano, lo que aparece en las cartas u oficios que dirijia al jeneral en jefe:

"¿Cómo quiere Usía que sostenga esta jente en un cerro sin tener recursos?"

I el 29 de noviembre agregaba:

"Tengo a todo el mundo en el cartabon i hago tal servicio de vijilancia que yo mismo dudé poder alcanzar. Pero si no me dan recursos, declinaré mi responsabilidad i dejaré el puesto; pues no quiero anularme, siendo víctima de un descalabro por falta de elementos, i cuanto mas que el pais exije guerra de héroes i no admite términos medios."

cono minaba lenta pero progresivamente, la confraternidad de los aliados. Los soldados peruanos hablaban entre sí de que los bolivianos, a fin de cuentas, solo les habrian servido para arrebatarles las raciones a que ponia tan subido precio su hambre. Los bolivianos, por su parte, bajo la idea cierta o falsa de que los peruanos solo son bravos para pelear entre sí, pensaban que cuando llegase el caso de encontrarse al frente de los chilenos, sus aliados los dejarian solos en el campo para decidir la jornada.

Tales conceptos, como se comprenderá, no eran los mas a propósito para mantener la union i la disciplina en el campamento. Por tal causa, los jefes se veian a menudo en la necesidad de reprimir querellas o pleitos, mas o ménos grandes i amenazadores, entre los soldados de sus cuerpos.

A pesar de lo dicho i como verídicos e imparciales historiadores, debemos consignar que cuando en la madrugada del dia 2 de noviembre de mil ochocientos setenta i nueve, se anunció el arribo de la imponente escuadra chilena i se tuvo el convencimiento de que Pisagua era el punto elejido para el desembarco, peruanos i bolivianos olvidaron sus rencillas i polémicas i solo pensaron en defender lo mejor posible aquel pedazo de suelo. Ese olvido i esta abnegacion no dejaban de tener su heroismo; pues todos mas o ménos comprendian que les seria imposible triunfar.

Dados estos rápidos i someros detalles de la situacion en que se encontraba el ejército perú-boliviano, destinado a defender el puerto de Pisagua, creemos indispensable dar una lijera mirada hácia la escuadra chilena.

Bajo el mas profundo sijilo, desde el 26 hasta el 28 de

octubre se habia embarcado en Antofagasta una division de 9,140 hombres, distribuidos en quince trasportes i cuatro buques de guerra.

Los veintiuno que habian contado los peruanos se completaban, efectivamente, con la *Thetis* i la *Turquoise*, naves inglesas que habian marchado a respetuosa distancia de la escuadra chilena con el objeto de presenciar las operaciones que iba a efectuar.

¿Por qué la escuadra chilena salida el dia 28 de octubre llegaba solamente al amanecer del dia 2 de noviembre a Pisagua, viaje que el mas poltron de los vapores efectúa en unas cuantas horas?

¿Por qué, contra todo lo prescrito por el arte de la guerra, la escuadra chilena, llegaba en pleno dia a una plaza fortificada, pudiendo haberlo hecho de noche, a fin de sorprender al enemigo desprevenido i aprovechar así la primera claridad de la aurora, para atacar las fortificaciones?

Errores o contratiempos son éstos que tal vez nos los narre mas adelante un testigo que los ha presenciado.

Intertanto describiremos la entrada i las primeras operaciones de la escuadra chilena.

Desde que se divisaron en tierra los penachos de humo de los vapores, hasta que éstos llegaron a la bahía, trascurrieron mas de dos horas, tiempo sobrado para que los defensores de Pisagua elijiesen con toda calma i comodidad los mejores puestos de combate.

Buendía, acompañado de Recabárren i Villamil, colocaron a los artilleros en las baterías, a los guardias nacionales tras de las rumas de sacos de carbon o de arena, i a los dos batallones bolivianos, el Independencia i el Victoria, divididos en compañías o en pelotones, tras

los farellones que rodean la playa, tras los reductos que bordan el camino de zig-zag que desde la playa remonta hasta la altura.

Así parapetados, con la ventaja de poder hacer fuego a mampuesto i a mansalva, los aliados aguardaron el ataque del enemigo, entreteniéndose con observar el movimiento de los vapores.

En aquel momento los buques chilenos rompian el órden que habian traido en la marcha.

—¿Qué vapores son esos que se adelantan? preguntó Buendía a Recabárren, que provisto de buenos anteojos, habia indicado por sus nombres varias de las naves del convoi.

—Los dos que se dirijen hácia el fuerte «Norte», contestó el jefe de la plaza, son el *Cochrane* i la *O'Higgins;* sin duda son los destinados para atacarlo.

—¿I los que hacen rumbo al sur?

—La *Magallanes* i la *Covadonga.*

—¡Ah! esclamó Buendía con amargura i cierto despecho. ¡Un cañon para veinte!... ¡La contienda es bien desigual, por cierto!...

—Será desigual, señor, dijo el jeneral Villamil, por el número de combatientes i de cañones, pero las posiciones que ocupamos i el valor de nuestros soldados suplirán al armamento i al número.

A ese tiempo, en el *Cochrane* se hacian algunas señales con banderolas, i los cuatro buques mencionados elejian su colocacion, parando sus máquinas como a 1,400 metros de los fuertes.

—Va a principiar la funcion, dijo Buendía.

I volviéndose a uno de sus ayudantes, le ordenó:

—Vaya usted al telégrafo i diga que pregunten al jefe

del batallon Vengadores, que está en la oficina "Jermania" i al jefe del batallon Aroma de Mejillones, acantonado cerca de Junin, a qué horas podrán llegar con sus tropas. Al ménos, si nos llega a tiempo ese refuerzo, agregó Buendía, dirijiéndose a los que le rodeaban, ínter el ayudante parte, podremos hacer mucho mal al enemigo.

En ese momento la *O'Higgins*, dando un tanto su costado de babor al fuerte "Norte," disparó sobre él su primera bomba.

Al estampido del cañon, sucedió un estruendoso ¡viva Chile!... lanzado de todos los buques de la escuadra, i un sordo murmullo en la parte de la playa.

Los paisanos, en su gran parte ingleses i chinos, que acarreaban sus mercaderías, o ponian en salvo sus útiles o sus muebles, llevándolos al Alto de Pisagua, es decir, al Hospicio, lanzaron gritos de terror i comenzaron a correr, desatentados, por la empinada ladera.

Al primer cañonazo, Recabárren saludó al jeneral en jefe, diciéndole:

—¡Voi, señor, a ocupar mi puesto.

—I yo el mio, dijo a su vez Villamil, dirijiéndose hácia donde estaban los últimos soldados de sus batallones, miéntras Recabárren se aproximaba a la playa.

Al disparo de la *O'Higgins*, cuya bomba estalló a poco metros del fuerte, éste contestó en el acto i disparó casi simultáneamente con el buque hasta tres cañonazos, tan mal dirijidos, que los proyectiles fueron a sepultarse léjos, en el mar.

—¡Ah! esclamó Buendía; tres cañonazos perdidos i a esa distancia! El segundo de la *O'Higgins*, estoi seguro que ha causado gran número de bajas!

A ese tiempo vió que el fuerte, casi al mismo tiempo de haber disparado la *O'Higgins*, se cubria por una nube de humo i polvo.

—¡Corred! dijo el jeneral a uno de sus ayudantes; corred al fuerte i ved lo que ha sucedido.

Intertanto, en el fuerte "Sur" se habian disparado solo unos pocos cañonazos. A los primeros, un proyectil de la *Covadonga* estalló en el centro del fuerte i mató unos cuantos artilleros. Ante ese espectáculo, los demas huyeron despavoridos i fueron a refujiarse a una playa cercana, llamada Pisagua Viejo.

Casi al mismo tiempo, Buendía recibió estas dos noticias:

—El fuerte "Sur" ha sido abandonado i la mayor parte de los artilleros muertos.

—¿I no hai con quiénes reemplazarlos? preguntó Buendía con despecho.

—El señor comandante jefe de la plaza, fué él mismo al fuerte con algunos soldados nacionales, pero ya el cañon estaba desmontado i la batería destrozada.

A ese tiempo regresaba el ayudante mandado por Buendía.

—Señor, dijo, el fuerte "Norte" ya no existe; cañon, batería, montaje, todo está hecho pedazos. Han muerto el comandante Rivadeneira, el mayor don Abel Latorre Bueno, el capitan Becerra i muchos otros, i los demas se han refujiado tras de las rocas.

—¡Ah! esclamó Buendía; la jornada principia de una manera mui ruda!

Ya en ese instante los cuatro buques de guerra disparaban sin cesar sobre los parapetos, sobre las obras de defensa, sobre todos los puntos en que se ocultaba el

ejército peruano. Las bombas de a 300 del *Cochrane* barrian las murallas i laderas que circundaban el fuerte i sembraban entre los aliados el pánico i la muerte.

Viendo esto el jeneral Buendía, dió órden de desalojar las primeras posiciones i de replegarse hácia la estacion del ferrocarril i hácia los segundos parapetos.

El estampido de los cañones ensordecia, i el humo principiaba a oscurecer la atmósfera.

Al cabo de hora i media de incesante cañoneo, contestado de tierra por la artillería de Recabárren, los disparos de esta última cesaron, i pudo notarse a la simple vista, desde la escuadra, que los aliados abandonaban sus primeras posiciones.

Eran las nueve de la mañana.

El *Cochrane* suspendió sus fuegos e izó al tope las señales de: "Está limpia la línea de desembarco".

La verdadera batalla iba a principiar. Los enemigos iban a medir su talla cuerpo a cuerpo, i a disputarse palmo a palmo el terreno, comprándolo unos con sus vidas, cediéndolo otros junto con sus cadáveres.

DOS SITUACIONES ANÁLOGAS

Para mantener en nuestro relato una verdadera ilacion, necesitamos abandonar el puerto de Pisagua i trasladarnos al campamento del Hospicio, donde hemos dejado al señor de la Peña i a su hijo Camilo Montemar.

El bondadoso canónigo Perez condujo al jóven a un departamento de la ambulancia de que era capellan i en el cual se hallaba el señor de la Peña, acostado en un lecho, privado aun del sentido i atendido por el médico de la misma ambulancia.

Camilo, al ver la inmovilidad i palidez del enfermo, lo creyó muerto, e iba a precipitarse al lecho para besar la frente i las manos del hombre que le habia dado el sér, cuando el médico lo sujetó, i poniéndose el índice sobre los labios para indicarle que no hiciese ruido, le dijo con voz recatada:

—¡Silencio!... No le desperteis!

—¿No ha muerto, entónces? preguntó el jóven.

—Nó, vive, i tengo esperanzas de salvarlo. Ha pasado del síncope al sueño; su respiracion es normal aunque

débil. Tal vez sobrevenga un delirio, una fuerte fiebre que será fácil combatir.

Camilo se instaló a la cabecera del lecho aguardando con ansia el despertar de su padre.

Ahí, sin hacer el menor ruido, contemplando con una ternura que le era desconocida el semblante i cada una de las facciones del enfermo, pasó dos largas horas. Aquella frente alta, blanca, brillante, estendida hácia las sienes por falta del cabello que el tiempo habia dispersado; aquella nariz un tanto aguileña, firme, de líneas enérjicas que revelaban un espíritu emprendedor; aquellos labios, descoloridos en aquel momento, pero finos i graciosamente modelados; aquella barba, un tanto aguda en su estremidad pero partida por un hoyuelo, lo que indicaba propension a la molicie así como lo primero acusaba tendencias a la avaricia; todo aquel conjunto, en fin, que era varonil, agradable, cautivaba poderosamente la atencion del jóven.

Vino a sacarlo de su contemplacion i de los agradables pensamientos que ocupaban su mente, el formidable estruendo de un cañonazo que luego fué seguido por otros muchos.

—¡Ah! esclamó, son mis compatriotas que se baten...

Salió del aposento, vió que los ménos tímidos, es decir, los que aun no habian abandonado el campamento corrian de un lado a otro para ponerse en salvo.

En la ambulancia, solo quedaban el capellan, el médico, dos ayudantes, unos cuantos soldados enfermos i los sirvientes para el cuidado de éstos.

—¡A nuestro puesto! dijo el capellan a los mozos. Tomad las camillas i vamos a recojer los heridos.

I poniéndose él mismo a la cabeza, llevando una ban-

dera de la Cruz Roja, emprendió resueltamente la marcha hácia el puerto, ínter dirijia al Dios de los ejércitos i de las batallas, algunos salmos del guerrero David.

—I yo, se preguntó Camilo ¿qué hago? ¿Donde está mi puesto? a la cabecera de mi padre moribundo o al lado de mis hermanos que se baten?

El eco del cañon, despues de repercutir en sonoras i vibrantes ondas en las quebradas i rocosas laderas que cierran el puerto, estendíase imponente por la anchurosa llanura del Hospicio, rodando, cual rueda el trueno en el espacio, por la inmensa pampa del Tamarugal, hasta ir a perderse i morir en las nevadas cumbres de los Andes.

Camilo, a cada cañonazo, sentia que su pecho se dilataba, que su corazon se estremecia, que su alma esperimentaba la necesidad imperiosa de trasladarse allá, al centro mismo donde tronaba el cañon. Aquel deseo le hacia respirar con fuerza, entreabriendo las ventanillas de su nariz cual si aspirase el olor de la pólvora, i haciendo palpitar con violencia su corazon, como si presenciara el efecto de los mortíferos proyectiles.

Inconsciente, inadvertidamente, fué avanzando hácia el sitio de donde venia la voz de la muerte.

—¡Uno, dos, tres... cinco... veinte!... contaba siguiendo las detonaciones.

I a medida que contaba i el cañoneo se hacia mas violento, aceleraba el paso hasta llegar a correr sin advertirlo.

Se habia olvidado de todo: de su padre, de su situacion, de que no tenia armas, de que solo por un milagro vivia. Deseaba ver combatir, tomar parte en la contienda, matar a los enemigos de su patria, morir, si

era necesario, defendiéndola. Se habia apoderado de él la noble embriaguez del patriotismo, i ésta le hacia correr, cual si estuviese enajenado.

Pero la pampa i los caminos de toda esa faja de terreno comprendida entre Copiapó al norte i Arica al sur, son de ordinario poco ménos que intransitables. Tierras, sales o médanos que nunca reciben la vivificadora lluvia, se convierten, con el tráfico, en polvorosas i pesadas vias, donde la rueda de la carreta o la uña de la mula dejan una huella profunda.

Por tal causa, cuando el jóven llegó a la meseta desde donde se podia dominar el puerto i el mar, se sintió tan fatigado que tuvo necesidad de sentarse en un peñasco para no caer.

El panorama que se presentó a su vista era espléndido.

Desde el punto en que se encontraba, veia los senderos, la cuesta en zig-zag del ferrocarril, las pequeñas hondonadas del terreno i hasta las pardas rocas de la serranía, todas ellas abrigando grupos mas o ménos numerosos de soldados que, en cuclillas, tendidos o levantando tímidamente la cabeza, aguardaban su hora de accion.

Un poco mas léjos, en la angosta playa, tras las rocas i tras los parapetos formados con sacos de arena, i aun de salitre i de carbon, hormigueaban los soldados buscando cada cual la mejor colocacion.

A unos cuantos pasos de allí, las olas, rompiendo con estruendo en los arrecifes i cubriendo con blanca sábana los bordes ajitados i procelosos del mar.

A corta distancia de la orilla, cuatro vapores de guerra de cuyos costados salian, por intervalos iguales, grandes masas de humo, a las cuales seguia poderosa detonacion.

Mas léjos aun, pero siempre al alcance de la vista, quince naves que, como las de guerra, enarbolaban en sus mástiles el pabellon chileno; i todavia, casi al costado de éstas, otras dos que ostentaban la bandera británica.

Todo aquello; senderos, soldados cuyas armas despedian vivos destellos, la espumosa i blanca playa, las naves que desaparecian envueltas por el humo, los mástiles que sostenian la insignia venerada de una nacion; todo aquello estaba iluminado por un sol hermosísimo, cuyos ardientes rayos titilaban en el onduloso mar.

—¡Oh! esclamó Camilo con orgullo, con una satisfaccion indecible; ¡oh, patria mia! cuán grande te manifiestas hoi a tus gratuitos enemigos!...

En aquel momento se efectuaba el repliegue de las tropas peruanas, i algunos minutos despues la escuadra chilena dejaba de disparar.

—¡Cómo! se dijo Camilo. ¿Ya se ha pronunciado la derrota?

Pero vió que los aliados no huian, sino que tomaban otra colocacion.

Trascurrió como un cuarto de hora de silencio i de quietud. Allá, entre el grupo de trasportes, veíase de cuando en cuando cruzar, en distintas direcciones, algunos botes a remo o vapor.

El jóven contemplaba aquellos movimientos sin poder esplicárselos: parecian revelar confusion, atolondramiento, desórden o algo análogo. Las banderolas de señales subian i bajaban de los mástiles de diversos buques i algunos de éstos cambiaban de posicion.

Intertanto, la mañana avanzaba i los rayos del sol principiaban a quemar.

—¿Qué es esto? se preguntaba el jóven, ¿por qué no atacan ni desembarcan?

A ese tiempo oyó a su espalda el galope de un caballo, i un minuto despues, se detenia junto a él un jóven de 26 a 27 años, alto, vigoroso, de tez morena, de ojos negros i llenos de espresion; el mismo jóven que hemos visto en la salitrera, detenido por el jeneral Buendía, i al cual dejamos en brazos de la hermosa prisionera, al saber ambos que los chilenos estaban en Pisagua.

Camilo i el recien llegado se miraron un momento: al principio con cierta desconfianza, luego con curiosidad, en seguida con admiracion, i por fin, como impulsados por una misma fuerza, esclamaron:

—¡Félix!...

—¡Camilo!...

El nombrado Félix saltó de su caballo, i se precipitó en brazos de su amigo diciéndole:

—¡Tú por aquí, Camilo!... ¿Cómo sucede esto?

—I tú, contestó el jóven ¿cómo estás por aquí?

—¡Ah! mi historia es mui larga i no podria contártela ahora.

—Te hemos creido muerto desde el glorioso combate de la *Esmeralda*, le dijo Camilo, i todos tus amigos hicimos el juramento de vengarte.

—¡Nobles amigos! dijo Félix estrechándole cariñosamente la mano, pueda ser que aun nos sea posible vengar juntos a los mártires de nuestra heróica corbeta!... Salvé por un milagro, i desde entónces mi vida ha sido una constante, una serie no interrumpida de acontecimientos novelescos.

—¡Como la mia! esclamó Camilo. Yo, hace tres o

cuatro horas, estaba sentado en un banco, con la vista vendada i con cuatro tiradores al frente.

—¿Te iban a fusilar?

—Sin remision i sin compasion.

—I ¿cómo salvaste?

—Me salvó mi padre.

—¡Tu padre! esclamó Félix, mui admirado.

—Sí, mi padre, contestó Camilo con cierta vacilacion; mi padre, pues has de saber que lo he restituido aquí, en el Perú.

Félix iba a hacer nuevas preguntas, pero advirtió que no era el momento adecuado para las conferencias.

—¡Oh! cuánto vamos a tener que contarnos, dijo, si nos es posible volver a vernos!

—I ¿por qué no? interrogó Camilo. ¿No estás libre?

—Libre pero encadenado.

—No te comprendo.

—I por ahora me seria imposible esplicártelo: mi libertad depende, en gran parte, del resultado de este combate.

—Pues en igual caso me hallo yo, dijo Camilo. Por el momento estoi libre, podria huir i ocultarme; pero no puedo hacerlo. ¿Qué te detiene a ti?

—Una mujer.

—I ¡a mí mi padre!

—¿I qué piensas hacer?

—¡Qué se yo!... Cuando nuestros compatriotas hayan desembarcado, el ejército perú-boliviano se pronunciará en derrota i no sé si me arrastre a su paso como prisionero o como rehen. Huir u ocultarme no puedo, pues podrian llevarse a mi padre i yo no saber a dónde.

—I ¿por qué no os ocultais o huis ambos?

—Porque mi padre está gravemente enfermo.

—¡Que analojía de situaciones! esclamó Felix; pues yo no puedo tampoco huir u ocultarme, temiendo lo mismo; i la sola diferencia que existe en nuestras situaciones, es que la persona a quien yo no puedo abandonar está prisionera.

—¿Prisionera de los peruanos? preguntó Camilo.

—De órden del jeneral Buendía; pero está solo custodiada por el administrador i unos cuantos peones de las calicheras.

Camilo meditó un instante.

—¿I no se podria hacer algo para salvarla?

—En eso medito, contestó Félix; pero estoi solo i desarmado.

—Ahora no estás solo desde que me tienes a mí, le dijo Camilo. ¿No bastaremos los dos?

—Tal vez; una sorpresa, un golpe audaz seria coronado por el éxito.

—Entónces vamos en el acto.

—Pero ni tú ni yo tenemos armas.

—¡Tienes razon! esclamó el entusiasta jóven dándose una palmada en la frente.

—A mas, agregó Félix, será necesario ver el desenlace de este combate.

—El desenlace no puede ser otro que la ocupacion del puerto, luego la del Hospicio i poco despues la de todo Tarapacá, contestó Camilo con entusiasmo.

—Yo tampoco lo dudo, replicó Félix; pero será necesario ver las consecuencias. Si el ejército aliado se rinde, cae prisionero o es encerrado por nuestras tropas, nada tenemos que temer por nosotros ni por las personas so-

bre quienes velamos; pero si se pronuncia en derrota i huye, su marcha puede sernos funesta.

—Por mi padre, observó Camilo, no tengo gran cuidado, pues, de llevárselo, nada le sucederia. Lo que temo es que, si nos separamos, ya no nos sea posible volver a reunirnos.

Félix guardó silencio un instante. El recuerdo de la situacion en que habia dejado a su compañera de prision, le hizo esclamar:

—¡I sin embargo, es necesario, es urjente que yo haga algo!... Esa jóven ha quedado espuesta a mil vejámenes!

—Pues vamos al campamento, le dijo Camilo, i tal vez en los cuarteles abandonados, encontremos algunas armas. Por otra parte, yo necesito ver cómo sigue mi padre, a quien poco há dejé dormido o aletargado.

—Vamos allá, dijo Félix, pues el combate ha cesado i el desembarco no lleva trazas de efectuarse.

Ambos jóvenes regresaron a la ambulancia.

CAMBIO DE GUARDIANES

Sin temor de exajerar, creemos que la mayor parte de nuestros lectores aceptarán que, si no hubiera sido por la mal intencionada tos del administrador de las salitreras, los jóvenes confiados a su custodia habrian permanecido en brazos el uno del otro un tiempo mas largo del que pudieron disfrutar. Si esperimentaban un vivo placer en ello, lo dejamos a la apreciacion de cada cual, pues habiéndose introducido la moda de los abrazos entre señoras i señoras, siendo muchos tan agradables como el dado a Jesus por Judas, no sabemos los efectos que puedan producir los abrazos entre un jóven i una jóven.

Mas, sea lo que fuere, el hecho es que los prisioneros se apartaron vivamente disgustados, i se volvieron hácia el administrador.

—Señorita, dijo éste inclinándose con galantería ante la jóven, tengo el sentimiento de anunciaros que por este momento me ha cabido la honra de ser vuestro guardian.

—¿Ocupais, entónces, preguntó la jóven con acento altivo i desdeñoso, el lugar de los jendarmes?

Las mejillas del administrador se tiñeron de rubor, i con voz alterada contestó:

—Ni tengo jefes, ni recojo renta como soldado.

—Entónces ejerceis el cargo de verdugo por placer, le dijo ella sonriendo con el mayor desden.

—El encargarse de cuidaros, de atenderos, de satisfacer el menor de vuestros deseos, contestó el administrador con cierto calor, no es, señorita, un puesto de verdugo, i es por eso que lo he aceptado.

—Mas al aceptarlo, replicó ella, no sabíais si yo recibiria con agrado vuestras atenciones.

—Si no las quereis, replicó el administrador cada vez mas amostazado, las escusaré, i no os importunaré ni siquiera con mi presencia. Podeis, pues, volver a vuestra pieza i permanecer en ella tan tranquila como gusteis.

La jóven meditó un instante, i luego, cambiando el tono incisivo con que habia hablado hasta entónces por otro un si es no es amistoso i festivo, dijo:

—Perdonad si mis palabras os han herido: no he deseado ofenderos; pero rodeada hasta hoi de rudos i estúpidos soldados, cuya mision cerca de mí no ha sido otra que privarme de la libertad, el cambio de opresor significa poco para mí.

—Es que, señorita, observó el administrador, en mí no encontrareis un opresor, sino, al contrario, un hombre dispuesto a protejeros i a serviros.

—Gracias, contestó ella con amable sonrisa; i tendiéndole la mano, agregó: Si es así, soi con gusto vuestra prisionera.

—¡Oh! esclamó el administrador estrechando con jú-

bilo la pequeña i blanca mano de la jóven: ¡oh! i yo os prometo, señorita, que haré cuanto esté de mi parte para haceros olvidar, a toda hora, que estais prisionera.

El jóven, es decir, Félix (ya sabemos que éste es su nombre), arrugó el entrecejo i miró con ira al administrador.

—I respecto a mí, señor ¿qué instrucciones habeis recibido? le preguntó con acento agresivo.

—Respecto de vos, contestó el administrador mirándolo con cierta animadversion, no he recibido instrucciones de ningun jénero.

—Sin embargo, replicó Félix, soi, como ella, prisionero; soi su compañero; soi, en fin...

Una espresiva mirada de la jóven le hizo interrumpirse, i al fin concluyó:

—Soi, en fin, reo de las mismas culpas que ella pueda haber cometido.

—No dudo un instante de vuestras palabras, dijo el administrador; pero como comprendereis, caballero, no me incumbe a mí el juzgaros si teneis de qué.

—Es que yo, replicó Félix, necesito, debo permanecer cerca de esta señorita.

El administrador, en cuyos planes entraba precisamente el alejar a ese huésped a quien consideraba importuno, alzó los hombros, i sonriendo contestó:

—Pues yo no sé cómo podria realizarse eso.

—De la manera mas sencilla, contestó Félix montando en calor: quedándome.

—Repito, observó el administrador con gran flema, que no sé cómo podria ser eso: si quereis alojamiento, mi casa no es posada; si necesitais alimento, mi casa no es hotel ni restaurant.

En los ojos de Félix brilló la indignacion e iba tal vez a contestar una barbaridad, cuando la jóven, con voz calmada, terció en el diálogo preguntando:

—¿De manera que el señor (e indicó a Félix), está en libertad?

—Así lo creo, señorita, contestó el administrador inclinándose galantemente.

—¿Puede, entónces, agregó la jóven, marcharse, ir a donde mejor le convenga i hacer cuanto le dé la gana?

—No hai nadie, señorita, quien se lo impida, contestó el administrador.

—Pero lo único que se me impide, dijo Félix con acento rabioso, es quedarme aquí, velar por mi... compañera de prision.

El administrador inclinó la cabeza i no respondió.

Hubo un momento de silencio, durante el cual los tres interlocutores se miraron unos a otros sin llegar a comprenderse. Félix, irritado, rabioso, miraba al administrador deseando pulverizarlo con los ojos: la jóven, casi alegre, trataba de atraerse las miradas de Félix para decirle algo que sin duda le habria calmado; i por fin, el administrador, jirando sus azules pupilas hácia uno i otro, revelaba la perplejidad, i aun podremos decir, la ansiedad con que aguardaba el resultado de aquella escena.

Como se habrá comprendido, el administrador deseaba quedar solo con la jóven; i aun cuando burlaba la confianza que habia querido depositar en él Buendía, dejando partir a Félix i reteniendo a la prisionera con intenciones poco honradas, ello parecia no alarmarle. La belleza de la jóven i el licor que habia bebido con el capitan, trastornaba su cabeza hasta el estremo de hacerlo pensar en cometer desatinos.

La jóven, por su parte, habia concebido su plan; i a fin de poner término a esa situacion que principiaba a hacerse tirante, se volvió al administrador, i con voz suave, amistosa, al mismo tiempo de mirarlo con cariño, le dijo:

—¿Quereis, señor, permitirme hablar con mi compañero unas pocas palabras?

—Las que gusteis, señorita, contestó el administrador inclinándose para disimular la impresion que le causara la cariñosa mirada de la prisionera.

Esta se acercó al jóven miéntras el salitrero se retiraba discretamente.

—¿Qué contiene esto? interrogó Félix con voz alterada por la ira. ¿Qué conducta es la tuya, Ema?

—La que debo, la que necesito observar, para salvarte i para salvarme, contestó ella rápidamente.

—¿He de vivir condenado, entónces, esclamó el jóven con exaltacion, a que tu hermosura sea la llave que abra nuestras prisiones, a que tus sonrisas, a que tus promesas, aun cuando sean falsas, alimenten las pasiones de los hombres que se acercan a ti?

—Ese es por ahora nuestro destino, Félix, i debemos aceptarlo.

—Pero ahora pretenden separarme de ti, i eso no puedo yo consentirlo.

—Sin embargo, le replicó ella, es lo único que podemos hacer.

—¿Quieres, tú, entónces, que te deje en poder de ese hombre que te devora con sus miradas?

—Es necesario, Félix.

El jóven se puso densamente pálido i una chispa de indignacion infinita brilló en sus negras pupilas.

—Ema, le dijo con voz convulsa, una duda terrible muerde mi corazon. ¿Has dejado de amarme?

La jóven le miró un momento fija, detenida, porfiadamente, i luego con sonrisa amarga, le contestó:

—No quiero penetrar al fondo de tus dudas, Félix; que el conocimiento cabal de ellas podrian secar mi corazon. No te empequeñezcas tú que siempre has sido grande.

Aquellas palabras, dichas con dignidad i resentimiento, operaron un rápido cambio en el jóven.

—Perdona, Ema, mi locura, le dijo; la idea de perderte, de no verte mas, de que vuelvas al poder de nuestros enemigos me trastorna i anonada.

—Pero ¿no estamos ahora en poder de ese enemigo? interrogó Ema. Si por un momento no tenemos custodia de soldados ¿no pueden éstos volver? ¿No pueden separarnos a la hora que se les antoje? ¿No lo estaríamos ya, tú tal vez en un calabozo i yo quién sabe dónde, sin la providencial llegada de la escuadra chilena a Pisagua?

—Sí, es cierto, contestó Félix; pueden i han podido separarnos, i es lo que ese hombre hace ahora.

—Pero, le dijo Ema, esta separacion puede ser momentánea i asegurar nuestra eterna libertad. Tú quedas libre, apto para emprender cualquiera cosa para salvarme, en vez de ser arrastrado a una prision, desde la cual nada podrias hacer por mí.

—Sí, tienes razon, le dijo el jóven convenciéndose poco a poco.

—I por lo mismo, continuó ella, es necesario aprovechar cuanto ántes esa libertad, pues de un momento a otro puedes perderla. Si nuestros compatriotas llegan a

Pisagua con el fin de desembarcar, el triunfo será nuestro, i los peruanos i bolivianos serán derrotados. La huida de las fuerzas aliadas tendrá necesariamente que verificarse por este camino; i como creo a Buendía interesado en volverme a tener bajo su mano, a su paso por esta salitera me arrastrará con él i te arrastrará a ti, sin que tú puedas impedirlo, encontrándote aquí. ¿No vale mas que tú quedes libre, i así puedas hacer algo para salvarme? ¿No podrá suceder que aun ántes de la llegada de los derrotados puedas efectuarlo?

—¡Cierto! tienes razon, Ema mia, le dijo él; las miradas siniestras de ese hombre me causan miedo; pero no es posible hacer otra cosa sino lo que tú dices.

—Parte tranquilo, le dijo ella; ya sabes que sé defenderme i no será ese hombre quien pueda intimidarme.

Ema se interrumpió, pues a ese tiempo comenzaron a oirse fuertes detonaciones.

—¡Oh! esclamó; el combate ha principiado! Corre, Félix; toma tu caballo i vé a saber la suerte que corran nuestras armas. Yo te aguardaré aquí o iré a reunirme contigo, si, como lo espero, yo misma me proporciono pronto la libertad.

—¿Qué piensas hacer? interrogó el jóven.

—Déjame obrar: no tendria tiempo para decírtelo; pero tengo mi plan.

—I bien ¡que Dios te ayude!

Estrechó la mano de Ema con ternura, i se alejó.

Cuando la jóven quedó sola, se dijo:

—¡Vamos, es necesario no perder tiempo!

I dirijiéndose resueltamente hácia donde el adminis-

trador se habia retirado, se acercó a él i con faz risueña le dijo:

—Señor administrador, vuestros deseos se han cumplido.

—¿Ese jóven se ha resuelto a partir?

—I ¿qué queríais que hiciese, contestó Ema sonriendo con cierta complacencia, si vos, señor, habeis sido tan avaro, tan excesivamente avaro, que no habeis querido darle un plato de comida ni un albergue para descansar?

—¡Oh! señorita, esclamó el administrador con alegría al ver que la jóven no se manifestaba resentida; ¡oh, señorita, estoi dispuesto a probaros que no soi avaro! Todo lo que poseo es vuestro: disponed de ello i me llenareis de contento.

—¡Cuidado! le contestó Ema sin dejar de sonreir i mirándolo como saben mirar las mujeres cuando quieren agradar; ¡cuidado, pues si vos no sois avaro, puedo serlo yo, i tomaros la palabra!

—Hacedlo, os lo suplico, i vereis que hablo con sinceridad.

Ema guardó silencio i dejó de sonreir.

El administrador la contemplaba ansiosa, atrevidamente.

—Como soi vuestra prisionera, dijo ella con cierta tristeza, os pido me permitais volver a mi pieza: estoi mui fatigada para permanecer de pié.

—¡Oh, señorita! vuestros deseos son órdenes para mí: venid, yo os acompañaré.

El administrador se habia quedado en la puerta al entrar Ema al aposento.

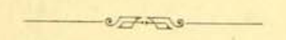
—¿No entrais? le preguntó ella con interes. Me ha-

ríais un gran favor acompañándome: son tantas mis penas, que necesito distraerme.

El administrador, radiante de gozo, se acercó a la jóven i tomando una de sus manos, le dijo:

—¡Oh! permitidme besar esta mano que tan bondadosa se manifiesta conmigo.

FUNDADOS TEMORES DE FÉLIX



La atrevida accion del salitrero solo hizo sonreir a Ema.

—Sentaos, caballero, le dijo ésta indicándole una silla colocada frente a la que ella ocupó. ¿Qué os parece el cañoneo?

—Lo que es ahora, contestó el administrador, parece que los chilenos no se limitarán a incendiar el puerto.

—¿Creeis que desembarcará el ejército?

—Es indudable, señorita; no habrian traido veintiun buques solo para bombardear.

—¿Está mui defendido el puerto?

—Mas por la naturaleza que por las armas: es casi inaccesible para un desembarco.

—¿De manera que se necesitará sostener un combate horrible para ocuparlo?

—Segun los hombres que lo defiendan. Mil valientes, mil soldados resueltos, pueden sujetar a diez mil asaltantes.

—¡Ah! esclamó Ema, entristecida con la idea del número de vidas que iba a costar aquella jornada.

Guardó silencio un instante, i aparentando cierto cansancio i laxitud, murmuró:

—¡Qué débil me siento!... Mi cabeza sufre ciertos vértigos.

—¿Necesitais algo? ¿Quereis algun alimento, algo que os vivifique? preguntó el administrador con gran solicitud.

—Gracias, contestó ella; no sabria qué tomar.

—Pues yo os lo diré, replicó el salitrero levantándose; bebed una copa de coñac, de oporto o de jerez. ¿Quereis? Tengo de las mejores marcas conocidas.

Ema vaciló, pero, como si cediese a un capricho de mujer consentida, dijo sonriéndose:

—I bien, si vos me acompañais con coñac, yo beberé oporto.

—¡Con toda mi alma! esclamó el salitrero cada vez mas entusiasmado.

Salió casi corriendo i frotándose las manos se decia:

—¡Esto va bien, perfectamente bien!... Parece que la chica no es de las mui escrupulosas i que no le hemos caido mal!... Es gracioso que el babieca del jeneral Buendía me haya recomendado una jóven como ésta!... I qué ojos, i qué cuerpo tiene la chilenita!... De esta hecha, yo me la adjudico, i el jeneral que se sople un dedo!...

Pensando así, llegó al pasadizo i mandó a un criado que les sirviese coñac i oporto, indicándole las marcas.

Un instante despues, Ema i el salitrero chocaban la primera copa.

—¡Por el triunfo de los chilenos! dijo el administrador.

La jóven vació su copa i preguntó admirada:

—¿Hablais con sinceridad?

—Sí, contestó aquél, entusiasmado con la mirada profunda i cariñosa que Ema fijaba en él. Sí, señorita; deseo el triunfo de los chilenos.

—I sin embargo vivis en el Perú.

—Desde hace pocos años. Soi ingles, pero mui jóven me instalé en Chile, en Valparaiso, i aunque ahora vivo en el Perú, guardo mis simpatías por Chile.

—¡Oh! cuánto gusto me dais con hablar así! esclamó la jóven con verdadera alegría. ¿No es cierto que es mui bonito mi pais?

—Es un paraiso terrenal, contestó el administrador. Mi juventud pasó ahí de una manera que no olvidaré jamas. I qué hermosas son las chilenas; solo ahí pueden encontrarse criaturas como vos.

Esta brusca salida del administrador, que llevaba el diálogo al estremo opuesto de la poesía o sentimentalismo en que ella habia entrado con tanta alegría, la hizo recordar su verdadera posicion.

Se sonrió con cierta coquetería, acomodó un rizo de sus cabellos que caia sobre su frente, i dijo con acento mas triste que alegre:

—¡Si Chile es el paraiso, yo soi Eva desterrada de él!

—¡Vos desterrada de Chile! esclamó el administrador.

—Desterrada voluntariamente, arrastrada por mi destino léjos de la tierra que me vió nacer, condenada por mi fatalidad a vivir en paises que me han hecho desgraciada; sí, señor, contestó Ema con toda la amargura que en ese momento se habia apoderado de su corazon.

—¡Pero vos no habreis querido ser feliz, agregó el administrador. La felicidad, la dicha, la vida llena de placeres han sido creadas para vos. En una monarquía

debiais ser la reina; en estas pobres repúblicas debiais ser por lo ménos la mas dichosa i envidiada.

Ema vió que una segunda vez el diálogo tomaba un curso inconveniente.

—¡No hablemos de esto! esclamó. Tiempo nos queda, si hemos de ser amigos, de ocuparnos de ello mas tarde...

El administrador no separaba sus ojillos azules, de mirada viva i atrevida, del semblante de la jóven.

—¿Quereis darme otra copa? preguntó Ema presentando la suya al salitrero. Me siento mas reanimada con este jeneroso vino.

—Una i mil i todo lo que me pidais, contestó el galante ingles llenando la pequeña copa de Ema i sirviéndose coñac en la suya.

Bebieron saludándose con las copas.

—¿Ois cómo arrecia el cañoneo? preguntó la jóven.

—¡Oh, sí!... los chilenos deben estar reduciendo a cenizas a Pisagua.

—¿I vos no temeis el desembarco de los chilenos? preguntó la jóven.

El ingles alzó los hombros i con indiferencia contestó:

—Aun cuando los peruanos i bolivianos dicen, señorita, que vuestros compatriotas son unos monstruos que no respetan mujeres, niños ni ancianos, yo que he vivido tanto tiempo con ellos no les tengo en tal concepto i creo que, cuando lleguen aquí, me bastará darles un entusiasta ¡Viva Chile! con mi acento británico para que todos respeten, no solo a mí, sino esta propiedad. A mas, si vos estuvierais aquí cuando ellos lleguen; si vos, que con una mirada podeis calmar a los leones enfurecidos, estendeis una mano para protejerme, me convertiré

entónces en un especie de ídolo para vuestros compatriotas.

—Dais, señor, demasiada influencia a mi valimiento, contestó la jóven sonriendo con cierta coqueteria; pero aun cuando ello halague mi vanidad como mujer i como chilena, debo deciros que yo no valgo sino aquello que amigos como vos quieran hacerme valer.

—¡Oh! señorita, esclamó el ingles si estuviera en mi mano presentaros al mundo tal cual sois i apareceis para mí, seriais, os lo aseguro, la primera, la mas grande, la mas excelsa de las mujeres del universo.

Ema sonrió de la graciosa manera que sabia hacerlo cuando queria agradar i despues de un momento de silencio, que empleó en decirse a sí misma que por aquel lado el diálogo iba mas rápido de lo necesario para sus proyectos, tomó de una manera que parecia maquinal la pequeña copa en que se habia servido oporto i la hizo jirar, como jugando, entre sus dedos.

El administrador, al ver que la jóven no le respondia i que miraba el fondo de la copa con cierta insistencia, se apresuró a empuñar la botella i a decirle:

—Permitidme serviros, esto os reanimará ínter nos sirven el almuerzo.

—¿Me garantizais, interrogó ella sonriendo maliciosamente, que este vino no me hará perder la cabeza?

—¡Os lo aseguro bajo la palabra de Guillermo Wicksons!

—¿Os llamais Guillermo Wicksons? preguntó la jóven.

—Sí, señorita, contestó el ingles, llenando su copa. ¿I vos podrias decirme vuestro nombre?

—¡Ema! contestó ella.

—¡Ema! repitió el ingles, mirando a la jóven cada vez

mas amorosa i atrevidamente; ¡Ema! precioso nombre!... ¿I vuestro apellido?

—Mi apellido quedó en Chile, contestó la jóven, con tristeza, i nadie lo sabe ni lo sabrá miéntras esté fuera de él.

—¡Perdonad! esclamó Mr. Wicksons, temiendo haber disgustado a la jóven; ¡perdonad! ha sido una indiscrecion, una curiosidad injustificable.

Ema hizo un jesto de indiferencia i alzando su copa miéntras miraba al administrador le dijo:

—¿Quereis beber conmigo?

Por toda respuesta el ingles se apoderó de su copa, la chocó con la de Ema i la vació de un solo sorbo.

La jóven a su vez hizo otro tanto; pero finjiendo un acceso de tos cuando llegaba a sus labios la copa la dejó sobre la mesa sin tocarla.

A ese tiempo llegó un mozo a prevenir que el almuerzo estaba servido. Mr. Wicksons ofreció galantemente el brazo a Ema para trasladarla al comedor, i ella, finjiendo un poco mas de cansancio i laxitud del que realmente sentia, se apoyó en él con el abandono i la confianza con que habria podido hacerlo con su esposo o con un amigo.

Las copas de licor apuradas por el administrador, las coqueterías de Ema manifestadas por sus sonrisas, por sus miradas i aun por sus palabras, acabaron por trastornar la cabeza al ingles.

El almuerzo principió de la manera mas animada destapándose botellas de jerez i de jeneroso burdeos.

El administrador bebia por Inglaterra, por Ema, por Chile, i por cuanto en ese momento despertaba su entusiasmo. La jóven le acompañaba siempre; pero solo

humedecia los labios en el licor. Mr. Wicksons no se apercibia ya de ello i esmerábase en servir por sí mismo a la jóven las diversas viandas colocadas en la mesa.

—Parece, dijo Ema, que ha cesado el cañoneo.

—Entónces ya estará Pisagua en poder de los chilenos: ¡A la salud de ellos! esclamó Mr. Wicksons vaciando una copa de burdeos.

Luego, volviendo a su imajinacion una idea que le atormentaba desde la mañana i la cual rechazaba por creerla perjudicial a sus intenciones, se quedó mirando de hito en hito a la jóven.

—¿Qué haré? se decia ¿Le preguntaré algo sobre el jeneral i sobre ese jóven que la acompañaba? I si me contesta que ese jóven es su marido ¿no dificulta con ello mis pretensiones? A mas ¿qué me importa que sea viuda, casada o soltera si no se muestra esquiva conmigo? Lo principal es asegurar el éxito i tratar de ocultarla al regreso del jeneral. Por el momento, ganemos su confianza i avancemos hasta donde sea posible.

Ema, a su vez, ocultaba mal su inquietud, o mas bien, su impaciencia. Las detonaciones, la idea de que sus compatriotas se estaban batiendo, la imposibilidad de conocer pronto el resultado de la lucha, i, en fin, el deseo de trasladarse allá, al sitio mismo donde tronaba el cañon, la hacian estar nerviosa i sobreexitada. La ausencia de Félix, la incertidumbre de la suerte que podia correr, el temor de que comprometiese su vida o su libertad por salvarla, causábanle tambien bastante zozobra. Comprendió que aquella situacion no podia prolongarse i que era necesario salir pronto de ella, tanto mas cuanto que si, como era presumible, el ejército perú-boliviano se replegaba a Iquique despues de la derrota,

no tardaria en caer nuevamente en poder del jeneral.

—¡Oh! qué bella sois! esclamó de repente Mr. Wicksons apoderándose de sorpresa de una mano de la jóven.

Esta se estremeció, i por un movimiento instintivo, retiró vivamente su mano, al mismo tiempo que miraba al administrador con ojos airados. Pero acto contínuo se dominó, i disimulando su enojo, tomó su copa. i como si no hubiese notado la accion del ingles, le dijo:

—Pero ya no bebeis, señor Guillermo... ¿Acaso os desagrada mi presencia?

—¡Desagradarme vos! esclamó él con voz un tanto entorpecida; ¡desagradarme vos!... No lo digais!...

—¡Bebed, entónces, por mí!

—Acompañadme, señorita Ema, i besaré vuestros piés de rodillas.

La jóven llevó su copa a los labios miéntras el administrador vaciaba la suya, completa.

—¡Pero vos no habeis bebido! esclamó Mr. Wicksons.

—Os lo diré con franqueza, caballero, ya que habeis sido tan jeneroso conmigo: casi nunca bebo el burdeos.

—¡Oh! I ¿cómo no lo habeis dicho ántes? Os serviré jerez, oporto, frontiñan, curazao...

Ema, a cada licor que le ofrecia, decia con la cabeza que nó.

Por fin, el administrador se dió una palmada en la frente i esclamó:

—¡Soi un estúpido!...

I llamando con las manos al mozo que habia hecho retirarse para estar con mas libertad, le dijo:

—¡Trae champaña, carta blanca!

Un momento despues saltaba el tapon i el espumoso licor era vertido en anchas copas de cristal.

Para no detenernos a describir lo que siguió, diremos tan solo que miéntras Ema bebia una copa de champaña, halló el medio de que el administrador apurase el resto de la botella.

Intertanto, volvió a oirse un fuerte i esta vez mas sostenido cañoneo.

Ema no pudo dominarse, i se puso de pié.

Mr. Wicksons, cuyas amoratadas mejillas i miradas fosforescentes revelaban su embriaguez, se levantó a su vez con alguna dificultad, i despues de hablar algunas palabras al oido del sirviente, ofreció su brazo a Ema.

—¿Quereis que vamos? le preguntó con voz entorpecida.

La jóven no contestó, se tomó del brazo, i se dirijieron a la pieza.

El administrador respiraba con fuerza i fijaba, con toda la lubricidad e impertinencia del borracho, sus ojillos azules en el pálido semblante de la jóven.

Atenta ésta a las detonaciones, que parecian aumentar de momento en momento, no apercibió aquellas miradas que revelaban intenciones brutales; pero de repente arrojó un grito al sentirse asida por dos brazos temblorosos, i al sentir en sus mejillas el aliento cálido i vinoso del administrador.

—¡Miserable! le dijo rechazándolo con indignacion.

Mr. Wicksons, que no creyó a la jóven dotada de tanta fuerza, la soltó i retrocedió, tambaleándose, algunos pasos.

—¡Oh!... balbuceó con la voz bronca del ébrio i del que se halla fuertemente excitado por innobles deseos; ¡oh!... es preciso que seais mia!...

I ántes de que Ema tuviera tiempo de impedirlo,

cerró con llave, guardándose ésta en el bolsillo, la puerta que daba al corredor.

Ema se puso densamente pálida; pero luego sus mejillas se tiñeron con un vivo color carmin. Comprendió en un instante lo desesperado de su situacion; i recordando que la puerta que caia a la pieza donde habia estado el capitan con el administrador, estaba solo entornada, corrió a ella.

—¡Es inútil! le dijo Mr. Wicksons; está atrancada!

Efectivamente, la puerta no cedió a los esfuerzos de la jóven, quien, al ver esto, se volvió hácia el miserable diciéndole:

—¡I bien, infame, de nada os servirá vuestra cobarde acechanza!

I esperó resuelta, casi serena, al administrador que, con los brazos abiertos, se acercaba a ella.



I esperó resuelta, casi serena, al administrador que, con los brazos abiertos, se acercaba a ella.

BUENOS JINETES PERO MALA CABALGADURA

Félix i Camilo no tardaron en llegar a la ambulancia donde se encontraba el señor de la Peña.

—¿Cómo sigue mi padre? preguntó el jóven al médico que lo atendia.

—Ha sucedido lo que yo habia previsto, contestó éste: tiene fiebre i delira.

—¿Podré verlo i hablarlo?

—Puede usted hacerlo; pero ni le oirá ni le reconocerá.

—¿Tanta es su gravedad? preguntó el jóven, alarmado.

—No es a causa de la gravedad, sino una cosa natural de su estado.

—¿I cree, usted, señor, que aliviará pronto?

—Lo que necesita es quietud i una absoluta tranquilidad. Tres o cuatro dias de reposo le harán volver a su razon sin mas que la debilidad consiguiente a la enfermedad.

—¿Podré instalarme a su cabecera como enfermero?

—Es inútil: salvo dos veces al dia en que es necesario darle una bebida, lo demas del tiempo lo pasará, o

durmiendo, o sumido en un desvarío. A mas, ya lo sabe usted: en pocas horas mas quién sabe la suerte que a todos nos corra. ¿Viene usted del puerto?

—Nó, solo desde donde alcanza a dominarse la bahía i las trincheras.

—¿Cómo seguia el combate?

—Los dos fuertes desmontados, i la infantería i artillería replegándose en las segundas posiciones.

—¡Ah! es lo que debia suceder, esclamó el médico con tristeza. Pero hace rato ha cesado el cañoneo ¿qué habrá sucedido?

—Parece que los chilenos se preparaban a desembarcar.

—Si es así, dijo el médico, luego los tendremos aquí.

Como Camilo estuviese impaciente por ver a su padre, se apartó del médico i fué a la pieza en que se le habia depositado.

El señor de la Peña hablaba, en aquel momento, con voz lenta i entrecortada, con algun sér imajinario. Sus ojos, fijos en el techo de la pieza, tenian esa brillantez i esa especie de vaguedad de los que sufren del cerebro.

—¡Padre, padre mio! le dijo Camilo dulcemente.

El anciano permaneció inmóvil i solo sus labios se ajitaban de cuando en cuando para proferir palabras sin ilacion i entrecortadas.

—No le contestará ni le oirá a usted, dijo al jóven un ayudante del médico: su cerebro está todavia mui resentido; el pobre caballero debe haber esperimentado una de esas emociones capaces de trastornar para siempre, en un solo minuto, la cabeza de un hombre.

—Así ha sido, contestó Camilo tristemente; i quiera Dios que no haya perdido su razon.

Hablaron largo rato sobre el mismo asunto; pero viendo Camilo que su presencia, como lo habia dicho el médico, era ahí innecesaria, se retiró para consagrar una media hora a su amigo Félix.

Aguardábalo éste con impaciencia; i apénas se hubo impuesto del estado del enfermo, le dijo:

—Ahora, Camilo, es necesario que me ayudes.

—¿Crees que por aquí encontraremos algunas armas?

—Busquemos; es posible que en los cuarteles haya quedado algo, pues en la ambulancia hai varios soldados enfermos.

Las esperanzas de los jóvenes no se realizaron: los cuarteles estaban completamente desiertos i al mismo tiempo completamente desmantelados. Llegaron al último, ya sin esperanzas de encontrar nada.

—Aquí, dijo Camilo, fué donde estuve anoche en capilla i de donde salí esta mañana para el cadalzo.

Recorrieron todas las habitaciones tan infructuosamente como habian recorrido los demas cuarteles.

Félix se mordia los labios con despecho i torturaba su imajinacion para encontrar algun medio de salvar a su compañera.

Pasaban por el corredor donde estaba el cuarto que habia ocupado Camilo, i este no pudo ménos de entrar para dar una mirada al sitio en que tan amargas horas habia pasado.

De repente, lanzó un grito i esclamó:

—¡Félix! Félix! nos hemos salvado!

El jóven se puso de un salto cerca de su amigo i lleno de alegría i admiracion vió que Camilo empuñaba en cada mano un magnífico revólver.

—¿I esto? preguntó.

—Ya lo ves, dos revólvers de primera clase i de los cuales puedo hacer uso hasta sin escrúpulos de conciencia.

—¿Cómo así? esplícame esto.

—Es mui sencillo. Anoche, cuando vino mi padre a esta pieza con la intencion de salvarme, puso a mi disposicion gruesos rollos de billetes de banco i estos dos revólvers, por si ambas cosas servian para mi fuga. Mas como se acercase el amanecer i no acordáramos nada, tomó él los billetes i salió con el objeto de sobornar la guardia. Los revólvers quedaron sobre esta mesa, i yo, para que no estuviesen tan visibles, los coloqué en ese rincon del aposento, miéntras mi padre regresaba. Pero ni él ni yo tuvimos tiempo para volver a acordarnos de estas armas: él volvió desesperado porque nada habia conseguido i yo a poco tuve que ponerme en manos del capellan para prepararme a morir. El desórden, la precipitacion con que ha salido la guardia; el poco tiempo trascurrido entre esa salida i mi separacion de este aposento, ha hecho que nadie éntre en él, i que si han entrado, no hayan visto estas armas. Ya ves que no solo tenemos buenos auxiliares para nuestra empresa, sino que podemos usarlos sin escrúpulos de conciencia.

Félix dió un abrazo a Camilo diciéndole:

—¡Eres mi Providencia!...

—Como mi padre lo ha sido de mí, dijo el jóven, pues sin él no habria tenido el gusto de volverte a ver. Ahora, agregó Camilo, si te parece, vamos luego a salvar a esa jóven, pues quiero a toda costa presenciar el desembarco de nuestros compatriotas.

—I si salvamos a mi compañera, contestó Félix, iremos los tres a presenciarlo, i si nos es posible, a ayudar-

les. En marcha, entónces; sube a mi caballo i yo iré a la grupa.

—Al contrario, tú debes guiar, le dijo Camilo, pues yo no sé el camino.

Tomaron los revólvers, i despues de bromear un poco como alegres colejiales, a propósito del caballo i de la empresa un tanto quijotesca que acometian, partieron tan lijero como podia hacerlo la cabalgadura.

Miéntras marchaban, hablaron algo del pasado, de sus aventuras, de su situacion. Iban ya a entrar al terreno de las confidencias íntimas, cuando sienten que de nuevo principia a tronar el cañon.

—¡Oh! esclamó Félix; ¿Que será eso?

—Habrá principiado el desembarco, contestó Camilo i los *cholos* i los *cuicos* harán resistencia.

—¡Eso debe ser!...

—¿Apurémonos? dijo Camilo.

—Sí, apurémonos, i si no, pueden envolvernos los derrotados.

—I lo que es peor, observó Camilo, que no seamos testigos de su derrota.

—Desde aquel momento el ya fatigado caballo sufrió todas las consecuencias de la impaciencia de los jóvenes. Le animaban i le fustigaban con los talones, con el chicote, con la voz; pero el pobre bruto, que se perdia en el médano hasta las canillas, resoplaba, hacia poderosos esfuerzos i no conseguia sino gastar de momento en momento sus fuerzas.

—En este jamelgo no llegaremos jamas, decia Camilo; si fuéramos derrotados, como lo serán luego nuestros enemigos, nos daria alcance una tortuga.

—Es que el pobre, contestó Félix, ha hecho buenas jornadas.

—Que haga bien esta, aunque sea la última, dijo Camilo, i lo declararemos benemérito de la patria.

Por cada palabra el caballo recibia un apremio mas enérjico; i fueron tantos i tan repetidos esos apremios, i tantos los supremos esfuerzos que hizo el bruto para sostener su enerjía, que, al fin, falto de ella, se plantó en el camino.

Sin el sudor que destilaba de su cuello i de sus ijares; sin las columnas de vapor que arrojaba por su dilatada nariz, se le habria tomado por uno de esos ejemplares conservados en los museos; a tal punto llegaba su inmovilidad.

—Lo que es por ahora, dijo Camilo saltando del caballo, este sujeto renuncia decididamente a nuestra amable compañía.

Félix lanzó un voto i azotó con rabia al animal.

—Es inútil, le dijo Camilo; bájate i continuemos a pié; en el hombre como en el bruto las fuerzas tienen un límite.

—¡Cierto, contestó aquél; es exijir demasiado de este pobre animal!

Bajó del caballo como lo habia hecho su compañero, i, despues de deliberar con éste, resolvieron abandonarlo en el camino. Si a la vuelta lo encontraban, lo recojerian.

—Te he impuesto una penosa escursion, dijo Félix, i estoi arrepentido de ello.

—¡Bah! contestó Camilo. ¿Acaso hemos venido al norte a cojer flores? Si no estamos con nuestros compañeros en el puerto, haremos algo por una conciudadana que, segun creo, debe estar prisionera por patriota.

—Ya te contaré, Camilo, la vida de esa jóven; es una vida llena de peripecias i aventuras.

La pesadez del médano los fatigaba, i ambos callaron durante un largo cuarto de hora. El estruendo del cañon seguia repercutiendo en las quebradas i en el inmenso desierto, i allá, del lado del mar, divisábanse densas columnas de humo que se elevaban al cielo.

Era indudable que el combate seguia tenaz i ardoroso. Los estampidos cruzaban en el espacio anunciando con su ronca voz que los reyes de la creacion se destruian unos a otros.

Félix i Camilo marchaban, marchaban con la cabeza inclinada, envidiando la suerte de los que se batian.

Por fin, el primero esclamó:

—¡Ahí es!

Camilo respiró con satisfaccion.

Tras de un recodo del camino veíase un edificio rodeado de pobres casuchas i coronado por elevadas chimeneas.

—Todo esto, dijo Félix, se halla abandonado; la noticia de la llegada de los chilenos ha hecho huir a los que habitaban esta salitrera; i segun supe en la mañana, solo quedaban en compañía del administrador unos tres o cuatro sirvientes.

—¿Cómo daremos el ataque? preguntó Camilo.

—Llegaremos de improviso a la pieza donde seguramente estará el administrador con mi compañera, i amenazándolo con nuestros revólvers, le amordazaremos, le ataremos i huiremos con ella.

—¿I los sirvientes?

—Esos ocupan un departamento mui distante, i tal vez de nada se aperciban.

—Adelante, entónces, dijo Camilo.

Un momento despues los intrépidos jóvenes entraban resueltamente al desierto patio de la salitrera.

—Por aquí, dijo Félix, en aquella primera pieza (i mostró una serie que habia bajo el corredor) estaba el administrador; en la que sigue, Ema, mi compañera; i en la contigua, yo. Pero... ¡es raro!... todas las puertas están cerradas!...

Aquel silencio, aquellas puertas herméticamente cerradas, aquel abandono i soledad oprimieron el corazon de Félix. Le pareció un silencio de muerte, el silencio del crímen.

¿Dónde estaba el administrador? ¿Dónde estaba Ema?

I sintiendo que un sudor frio inundaba su frente, recordó las lúbricas, las espresivas miradas que el ingles habia fijado en Ema.

Maquinalmente se llevó la mano a la cintura, i, ante ese recuerdo, acarició su revólver, pensando que todo el plomo que contenia era poco para atravesar el corazon del infame que hubiera atentado contra su felicidad i la de Ema.

Llegaron frente a la puerta que Félix habia designado primero i ahí se detuvieron.

—¡Aquí es! dijo.

—¡Tiemblas! le dijo Camilo en voz baja; se diria que tienes miedo.

—¡Sí, contestó el jóven con voz ronca, tiemblo de furor i de miedo por lo que haya sucedido!...

INTERROGATORIO

Cualquiera, sin conocer los antecedentes, habria tomado a Félix por un tímido criminal en el momento de dar un golpe de mano.

Su semblante pálido, inundado por el sudor; sus manos trémulas, i sus miradas coléricas, llenas de amenazas, revelaban el terrible combate que sostenia en su interior.

—¡Calma! le dijo Camilo; sin calma podemos malograr nuestra empresa!

—¡Sí, murmuró Félix, lo comprendo; pero no puedo dominarme!... ¡Ai de él si ha sucedido algo a Ema!...

Durante un minuto permaneció inmóvil, tratando de serenarse, lo que al fin consiguió en parte.

—¡Principiemos! dijo.

I al decir esto, empujó suavemente, i despu es con al guna fuerza, la puerta del administrador.

—No cede; debe estar con llave, murmuró.

Esto le hizo sentir una angustia mayor,

—¿Por qué se encierra el administrador? se preguntó haciendo crujir los dientes de rabia.

I luego, no pudiendo ya soportar la duda terrible que

oprimia su corazon, se dirijió a la puerta inmediata diciendo a Camilo.

—¡Sígueme, i si esa puerta no cede, echaremos una de las dos abajo!...

Pero la puerta se abrió al primer empuje i Félix, seguido de Camilo, entró en el aposento.

Aquella pieza era, efectivamente, la que en la mañana i parte de la noche habia ocupado Ema.

Félix, que habia entrado como un leon dispuesto a saltar sobre su presa, lanzó un grito de rabia al ver, sobre el lecho que debió haber ocupado la jóven en sus cortas horas de permanencia en la salitrera, a Mr. Wicksons, tendido cuan largo era i profundamente dormido.

—¡Miserable! esclamó el jóven precipitándose hácia él en actitud amenazante.

—¿Qué vas a hacer? le preguntó Camilo deteniéndolo. Si lo principal lo encontramos hecho ¿a qué despertarlo cuando su sueño es mejor que una mordaza?

Félix se contuvo i meditó un instante.

—Es cierto, esclamó; pero ¿dónde está ella?

I al decir esto dió una mirada a su al rededor, buscando a la jóven.

—¡Ah! volvió a esclamar; esa puerta comunica con la pieza de ese miserable, i ahí debe encontrarse Ema.

Se acercó a la puerta i la empujó con alguna violencia; pero por la resistencia que encontró en ella comprendió que estaba atrancada. Entónces, pegando sus labios al agujero de la cerradura, llamó:

—¡Ema!... ¡Ema!... ¡Querida Ema! Soi yo que vuelvo a salvarte!

Aplicó el oido i esperó anhelante; pero solo tuvo por respuesta el mas profundo silencio.

Repitió el llamamiento por dos o tres veces, elevando mas i mas la voz; pero siempre obtuvo la misma respuesta.

—¡Esto es imposible! esclamó. ¿Dónde está Ema? ¿Por qué duerme aquí este hombre?

I como a su exaltada imajinacion volviesen las mas terribles dudas que puede tener un hombre poseido por los celos, agregó:

—¡Será necesario echar abajo esta puerta, i si Ema no está aquí, obligar a ese miserable a que nos diga dónde se halla!

—Cálmate, Félix, le dijo Camilo, quien, no sintiendo los punzantes celos de su amigo, raciocinaba con mas lucidez. Cálmate i obremos con prudencia. El profundo sueño de este hombre i la manera como se halla acostado, revelan que está ébrio. Siendo así, no seria estraño que la jóven haya huido, aprovechando su sueño. Lo principal que debemos hacer es buscarla en esta casa, que no parece mui grande, i si no la encontramos, proceder entónces a despertar e interrogar a este individuo.

Félix se oprimió la cabeza con ambas manos, i comprendiendo que su amigo tenia razon, le dijo:

—Guíame tú, pues en este momento yo no haria otra cosa que cometer disparates.

—Entónces, dijo el jóven, cálmate, sígueme i déjame obrar.

Félix disimuló cuanto pudo su emocion i contestó:

—Estoi a tus órdenes.

Camilo salió al corredor, juntó la puerta de la pieza donde dormia el administrador, i se dirijió resueltamente hácia el interior de la casa.

Como ya lo hemos dicho, la pieza que seguia era al

en que habia estado detenido Félix; i como la anterior, estaba solo entornada.

—Adelante, dijo Camilo viendo que la jóven no estaba en ella.

Siguieron por el corredor, penetrando por un pasadizo que daba entrada al comedor, en el cual quedaban aun las botellas i restos del almuerzo servido a Ema i al administrador.

—Aquí tampoco hai nada, dijo Camilo; vamos adelante.

Salieron al segundo patio, formado por una gran pieza con apariencias de bodega, i unos cuantos cuartuchos que debian ser de la servidumbre.

La puerta de la gran pieza, como la del comedor, estaba abierta i los jóvenes pudieron visitarla sin inconveniente. En ella no habia sino una gran cantidad de provisiones i una armazon llena de licores.

Félix no podia contener ya su impaciencia.

—Por lo visto, dijo Camilo, en esta casa no hai nadie.

Dirijióse siempre al interior, i al entrar a un aposento contiguo, encontraron, por fin, a un hombre bajo, rechoncho i barbilampiño que, al ver ante sí a los dos jóvenes, lanzó una esclamacion de sorpresa i se quedó yerto de terror.

—¡Silencio! le dijo Camilo, saltando sobre él con revólver en mano.

El hombre, pálido como un cadáver i temblando de piés a cabeza, balbuceó.

—¡Perdona, *tatitoi!... ¡No matis a mí!*

—¿Dónde está la señorita que esta mañana quedó con tu patron? le preguntó Camilo con voz imperiosa.

—¡La niña!...¡ah! con él, *puis.* ¿Dónde quieres que esté?

—¡Mientes, cholo pícaro! le dijo Camilo con acento fiero i poniéndole el cañon del revólver al pecho. Si no me dices la verdad te mato. ¿Dónde está esa niña?

El cholo, presa del mas vivo terror cayó de rodillas, esclamando:

—*¡No matis, tatitoi! ¡Te juro por mama Vírjen que está con patron!*

—¡Mientes! replicó Camilo; tu patron está borracho i la niña no está con él. ¿Dónde está, te repito?

—¡Ah! balbuceó el cholo, juntando las manos i con voz aflijida; ¡ah! ¿cómo quieres que *te* lo sepa yo?

Félix, que habia observado lo anterior, sin desplegar los labios, intervino diciendo.

—Este hombre no sabe nada; déjalo.

—I bien, agregó Camilo, dirijiéndose al atribulado cholo. Si no guardas un profundo silencio; si das un solo grito o te mueves un paso de este cuarto, te echo el alma a los infiernos!... ¿Oyes?

—¡Descuida! contestó el cholo castañeteando los dientes de miedo; ¡descuida! *por mama Vírjen* que no me moveré.

Al salir, notó Camilo que la llave de la puerta estaba en la cerradura, i apoderándose de ella, la cerró por el esterior.

Ya en el patio, oyeron voces de dos o tres personas que hablaban en una especie de galpon que se divisaba al frente.

—Ahí deben haber varios, dijo Camilo; saca tu revólver i caigamos sobre ellos de sorpresa.

Lo que acaeció en el galpon fué casi idéntico a lo que hemos narrado. Al rededor de una mesa sucia i desvencijada habia un hombre de tipo parecido al del

cholo que hemos dejado encerrado por Camilo, i dos mas, un viejo i un muchacho cuyas fisonomías revelaban su oríjen asiático.

Al ver entrar a aquellos jóvenes armados de revólvers, los tres se pusieron a temblar.

Se repitió, con pequeñas variaciones, la misma escena que ya hemos descrito, i Félix i Camilo se convencieron de que esos tres hombres sabian casi lo mismo que el primero.

Solo el muchacho, que habia servido a Ema i al administrador durante el almuerzo, pudo decir que su patron habia dado órden para que nadie acudiese al primer patio sin espreso llamamiento de él.

Viendo los jóvenes que nada avanzarian en sus pesquisas, encerraron a los chinos i bolivianos con el primero i procedieron a hacer un rejistro minucioso de la casa, sin encontrar la menor huella de la jóven.

—¡Ha llegado el momento, dijo Félix con la voz ronca por la ira, de que ese miserable nos dé cuenta de su conducta!

—Sí, vamos donde él, dijo Camilo.

El administrador dormia aun tan profundamente, que para despertarlo fué necesario que Félix lo remeciera con la poca complacencia que le comunicaban los celos.

—¿Que hai? ¿que hai?... esclamó Mr. Wicksons, incorporándose a medias i abriendo los párpados con toda la pesadez del ébrio semi-dormido; ¿que hai?... ¿Quién es? repitió.

Félix lo remeció bruscamente i le dijo con voz temblorosa por la cólera:

—¿Dónde está Ema?... ¿Qué has hecho ¡miserable! de Ema?

—¡Ema!... repitió el administrador, abriendo desmesuradamente los párpados i mirando a Félix con estupor; ¡Ema!... ¿Qué decis?... ¿Quién sois?

—¿No me conoces? Soi el compañero, soi el esposo de Ema, de la jóven que tú detuvistes aquí esta mañana. ¿Donde está ahora?

El administrador, mal despierto aun se pasó las manos por los ojos i se tocó la cabeza, haciendo un jesto de dolor.

—¡Oh! murmuró ¿qué ha sucedido aquí?

I trató de recordar lo que habia hecho i de darse cuenta de su situacion; pero su cerebro estaba aun demasiado lleno con los vapores alcohólicos, i solo de una manera vaga i sin ilacion se acordó que habia bebido coñac en aquella misma pieza con la prisionera, i luego la habia llevado al comedor. Desde ese momento la memoria le faltaba por completo.

—¿No me contestas? le dijo Félix con voz amenazadora.

Mr. Wicksons le miró de una manera abobada, como si no comprendiese lo que oia.

—¡Te digo que me contestes! le gritó Félix apretándole i remeciéndole con tal rabia un brazo, que el administrador lanzó una esclamacion de dolor.

Aquella brusca sacudida acabó de despertarlo i ponerlo en aptitud de apreciar su situacion.

Se vió solo, amenazado por dos robustos jóvenes armados de revólvers, i movido por el instinto de conservacion, quiso saltar de la cama. Pero Félix, tomándolo de un brazo, lo contuvo diciéndole:

—¡Quieto, o te levanto la tapa de los sesos!

—¿Qué deseais? interrogó el administrador principiando a sentir miedo.

—Ya te lo he dicho: dime dónde está Ema.

—No lo sé, contestó el ingles. Me dormí i no sé lo que ha pasado.

—¡Mientes! Tú almorzaste con ella: ¿qué hiciste despues?

—Sí, es cierto, contestó el administrador haciendo esfuerzos para recordarlo todo; es cierto, yo almorcé con ella; pero no sé mas.

—¿Por qué ordenaste a tus criados que nadie viniera a este primer patio si no los llamabas tú personalmente?

—¿Yo?... ¿yo he ordenado eso? interrogó con admiracion. ¡Pues no lo recuerdo!...

—¡Mientes! le gritó Félix temblando de rabia; mientes! cuando tú has ordenado eso, era porque tenias resuelto cometer algun crímen. Has querido, miserable, que tus criados no se apercibieran de tu infamia ni pudieran oir los gritos de tu víctima. ¡Contesta! ¿no es eso lo que has hecho?

A medida que Félix hablaba, el administrador sentia como si la densa oscuridad de su memoria se iluminase tenuísima, pausadamente.

Recordó la impresion que la hermosura de la jóven le habia causado; recordó que la habia requerido de amores o la habia *galanteado*, i ella le habia hecho alimentar esperanzas de una pronta i cabal correspondencia. ¿Qué habia sucedido despues? Su memoria se negaba tenazmente a seguir la senda que él habia recorrido en su embriaguez.

De una manera informe, vaguísima, inconexa, divisaba allá, como perdidas entre tinieblas, mil formas, mil ideas, mil hechos, en que le parecia verse asociado o haber tomado un papel. Mas todo aquello era incohe-

rente, desprendido si así podemos decirlo, de los acontecimientos que debieron acompañar o seguir al almuerzo.

No obstante, en medio de aquel caos, el administrador recordaba que, desde el momento de beber con Ema las primeras copas, se habia sentido dominado por una especie de vértigo, por un deseo violentísimo, semisalvaje, de hacer suya a la jóven. Lo que le decia Félix debia, por lo tanto, tener alguna conexion con las ideas i con las intenciones cuyo desarrollo principiara con los primeros síntomas de su embriaguez.

—Permitidme un momento, dijo a Félix; dejadme recordar; os juro que yo mismo no sé lo acaecido.

Al decir esto, se oprimia la cabeza, i como la primera vez, hizo un jesto de dolor.

—Es raro, murmuró, palpándose con tiento cerca de la sien derecha; es raro, aquí tengo hinchado... dolorido...

Hizo nuevos e inauditos esfuerzos para traer a su memoria los acontecimientos; pero todo fué inútil. Como envuelto en espesa penumbra, veia: una copa de champaña que bebia otro que él: los ojos brillantes de Ema excitándolo: la sala, una sala parecida a su comedor, pero no éste, que jiraba en torno de la mesa. Luego, mas vaga, mas confusamente, le parecia recordar un abrazo, tierno, apasionado, larguísimo; i despues, algo como un derrumbamiento, como un cataclismo, como la completa, la absoluta estincion de todo aquello.

—¡Imposible! agregó despues de un rato de meditacion ¡Imposible!... no recuerdo nada!... Debo haberme dormido en el comedor... tal vez caídome de la silla... me duele aquí!...

—¡Nó, le dijo Félix; tú has salido del comedor dando

el brazo a Ema. Te advierto que te costará la vida no decir la verdad!

—Si he salido del comedor con esa jóven, contestó el administrador, entónces he caido o me he dormido al llegar aquí.

—¿Por qué tienes cerradas las puertas de tu pieza? le preguntó Félix.

—Eso lo recuerdo porque lo hice ántes de embriagarme; cerré la del corredor para evitar entrase álguien miéntras yo estaba aquí; i cerré esa, que comunica las dos piezas, para dejar mas independiente a la jóven.

—¡O para encerrarla mas, para no dejarla siquiera el recurso de huir a otra pieza! le dijo Félix con voz ronca. Tus intenciones están bien manifiestas; si no me dices dónde está Ema, para saber de ella que no ha sido ultrajada, tomaré tu vida como un desagravio.

—¡Os juro por Dios i por mi honor, contestó el salitrero, que no sé nada, que no recuerdo nada! ¡Desde el almuerzo, no veo sino tinieblas!

—¡Dame la llave de esa pieza! le dijo el jóven.

El administrador la sacó de uno de sus bolsillos i se la pasó.

—Hazme el favor de rejistrar esa pieza, dijo Félix a Camilo dándole la llave.

Al poco rato éste abria la puerta de comunicacion diciendo:

—Aquí tampoco hai nada.

—¡Levántate! dijo Félix al salitrero; vamos al comedor a ver si en vista de los objetos recuerdas algo.

El administrador obedeció; pero no bien dejó el lecho, Félix, pálido como un cadáver i con la mirada cente-

llante, se apoderó de un pedazo de encaje que habia quedado sobre los cobertores.

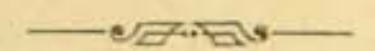
—¿I esto? preguntó con voz terrible poniendo el encaje casi sobre los ojos del administrador; ¿i esto?

—¡Eso!... balbuceó el ingles estupefacto. ¡Eso!... pues no lo sé... os juro que no lo sé!...

—¡Mientes! gritó Félix; estos encajes los lleva Ema en su camisa, sobre el pecho.

I ciego de furor, sin darse cuenta de lo que hacia, dió al administrador tan terrible puñetazo que le hizo rodar al suelo.

EN PLENO COMBATE



La semi-embriaguez del administrador, así como la violencia del golpe dado por Félix, le hizo quedar sin movimiento.

Camilo, cuya razon, como hemos dicho ántes, no se hallaba perturbada por los celos, al ver el inesperado desenlace de aquella escena, se avalanzó sobre Félix, a tiempo que éste, cegado por la ira, iba a precipitarse sobre el administrador para saciar su sed de venganza.

—¿Qué haces? le dijo Camilo sujetándolo.

—¡Voi a matar a ese perro! contestó Félix con voz ronca.

—¡Aguarda!... ¡Cálmate!... No cometas un asesinato inútil!... ¡Ese hombre está borracho!

—¡Ese hombre es un miserable! esclamó Félix con los ojos inyectados de sangre; ese hombre ha violado a Ema!...

—¡Calla!... tus celos te estravian, le dijo Camilo. ¿Es tu Ema una chiquilla de diez o doce años que no pueda defenderse? Si es así, convengo en ello; pero si no, i

perdona que te hable con esta franqueza, aquí ha sucedido una de estas dos cosas: o esa jóven se ha defendido hasta dejar a su enemigo incapaz de ofenderla, o se ha dejado vencer para asegurar su huida.

—¡Camilo! esclamó Félix mirando a su amigo con ojos amenazadores, ¡no digas, no repitas lo último porque olvidaré los lazos que nos unen!

—¡Tonto! le contestó Camilo con voz tranquila. ¿Serias capaz de chocar conmigo porque te hablo con la frialdad de la razon? Si no aceptas, si no puedes aceptar el último caso de mi dilema, debes entónces aceptar el primero; i en tal sentido, no veo motivo para tu furor. Ese hombre, a quien has aturdido de una puñada, debe haberse excedido a tal punto en la bebida, que tu compañera ha logrado hacerlo dormir con la mayor facilidad; i no teniendo quien la custodiara, ha escapado, i a estas horas andará buscándote.

—Pero, i ¿estos encajes? profirió Félix.

—Yo lo esplico de la manera mas sencilla. Es indudable que ha tratado de violentarla i que ella ha sostenido una lucha tenaz. En la lucha, le habrá desgarrado los vestidos; i ella, si no es una mujer débil i enclenque, tal vez le ha suministrado un calmante como el que tú acabas de darle. De ahí que el pobre diablo ha quedado sin saber lo que le ha sucedido.

—¡Miserable! repitió Félix. ¡Será necesario que este hombre me lo diga, me lo confiese todo!

—Eso no lo obtendrás jamas, replicó Camilo. Si recuerda algo i ese algo le hace tan culpable como tú temes ¿crees que te lo dirá? ¡Vamos, hombre! deja a ese pobre diablo donde está i regresemos al campamento i al puerto, a donde necesariamente se ha dirijido tu compañera.

—¿De manera que dejaré a este infame sin castigo?

—Para eso hai mucho tiempo; lo urjente por ahora es ir tras ella porque puede caer nuevamente en poder del jeneral Buendía.

Félix miró al ingles con ira, i despues de pensar un momento, respondió:

—¡I bien, sea!... Vamos a buscarla i mas tarde me vengaré i la vengaré.

Camilo examinó a Mr. Wicksons ántes de partir.

—¡Tiene para dormir algunas horas! dijo riéndose; la dósis de opio ha sido fuerte.

Félix, con las cejas contraidas, con los labios apretados, salió del aposento.

—Dejaremos cerrada la puerta, agregó Camilo, para que a ese *mister* no le incomode la luz.

Volviendo por el mismo camino, marcharon, el uno al lado del otro, sin desplegar los labios durante mucho rato.

El cañon seguia retumbando, i hácia el poniente se cubria el azulado cielo de una nube inmensa, negrusca, que se elevaba en grandes masas o en columnas para disolverse en el espacio i formar una especie de colosal sudario.

Félix permaneció durante largo rato sin oir el estampido de los cañones, sin ver las jigantescas columnas de humo; pero de repente, al sentir una detonacion que vibró en la pampa como el eco de formidable trueno, se estremeció i se detuvo.

—¡Adelante! le dijo Camilo; si marchamos lijero, tal vez alcancemos el final de la funcion.

Felix no contestó; miraba hácia el mar de una manera

tenaz i porfiada: se diria que trataba de recojer del espacio sus ideas repartidas.

—¡Adelante, hombre! le repitió Camilo. ¿No dice nada a tus oidos ese canto de nuestros cañones?

I como aun con esto no le respondiese, agregó:

—¡Félix!... la cuestion de unas faldas no deben trastornar a un chileno en instantes como estos!... Vamos, serénate... ten valor!...

El interpelado se volvió a su amigo, i despues de mirarlo un momento, esclamó:

—¡Ah!... es que tú no sabes, Camilo, cómo las faldas de una mujer suelen enredarse en el corazon del hombre!

Calló un instante i haciendo un esfuerzo para desechar sus ideas, agregó:

—¡Tienes razon! En este dia solo debemos ocuparnos de nuestra patria!... ¡Corramos, vamos al puerto i ahí por lo ménos, serviremos para atender a nuestros conciudadanos heridos!

—¡Adelante! repitió el animoso Camilo; i a fin de comunicar a su amigo el entusiasmo de que él se encontraba poseido, avanzó con paso lijero, entonando en alta voz los populares versos de la cancion de Yungai.

Pero el sol abrasaba i Camilo fué poco a poco debiiltándose por el cansancio.

—¡Qué diablos! esclamó en tono festivo; renuncio a cantar por falta de auditorio, i por la pésima acústica de este escenario!

Un momento despues agregó:

—¿Sabes, chico, que mi estómago me está diciendo a gritos que no ha almorzado? I estoi seguro que el benemérito jeneral Buendía no me ha hecho preparar desa-

yuno, creyendo que con haber escapado de sus rifles no necesito comer.

Félix pareció no haber oido la charla de su amigo, pues continuó marchando en silencio, con paso rápido i firme.

Al cabo de larga media hora, llegaron a la ambulancia, a la cual entró Camilo un instante para informarse de la salud de su padre; pronto salió, llevando en las manos unas cuantas galletas i un pedazo de carne.

—¡Toma, dijo a Félix; esto vale mas que un Perú ántes de la guerra.

—Gracias, contestó aquel; no podria pasar un bocado. I tu padre ¿cómo sigue?

—¡Mejor... contestó Camilo devorando con gran apetito la carne i las galletas; ¡mucho mejor! En este momento duerme con toda tranquilidad i el médico cree que su convalecencia será mas rápida de lo que parecia. Pero, hombre, agregó el alegre jóven, come, come un poco; quizá no comamos en el resto del dia!

Félix rehusó nuevamente, e invitó a Camilo para continuar la marcha.

—Aguarda, le dijo éste; voi a ver si consigo algo que beber.

No tardó en regresar con un gran vaso lleno de un líquido opalino.

—Mi estrella ha cambiado completamente con haber estado a dos segundos de la eternidad, dijo a Félix; ahora se me concede cuanto quiero. Toma i bebe; es agua con coñac, del coñac destinado a los enfermos.

—Esto sí, contestó Félix; las fauces se me abrasan.

Bebió con ansia, miéntras Camilo comia un trozo de carne con la voracidad de un gloton.

Restablecidas un tanto las fuerzas de los jóvenes, llegaron pronto al sitio donde se habian reunido en la mañana.

—¡Oh! esclamó Félix; ¡esto es una Babilonia!

—Di mas bien ¡un infierno! repuso Camilo.

El hermoso e imponente panorama que presentaba el puerto i la bahía algunas horas ántes, habia desaparecido completamente; una nube de negro humo envolvia i ocultaba todo. Fortificaciones, soldados, caminos, buques i mar, ya no existian. La ciudad, los cerros, todo parecia arder, o mas bien estallar, pues en todas partes, hendiendo la masa de ceniciento humo, aparecian lampos de fuego que no tenian mas duracion que la del relámpago. I de ahí, de esa masa impenetrable a la vista, nacia el terrible, el ensordecedor estampido de los cañones i de la fusilería.

—Bajemos, dijo Félix con entusiasmo, olvidándolo todo ante aquel espectáculo; bajemos ¡esto es sublime!

A poco que descendieron, el humo principió a envolverlos, lo que en cierto modo favorecia su marcha.

—¡Detente! esclamó Camilo de improviso; estamos cerca de una de las fortificaciones o trincheras.

Efectivamente, a cuarenta o cincuenta pasos se divisaba un grupo de soldados, medio ocultos tras unas peñas.

—Abandonemos el camino, dijo Félix, porque podemos caer tontamente en poder de nuestros enemigos.

Tomaron un sendero de atravieso, i a poco andar encontraron, al borde de una ladera, cuatro o seis cadáveres i otros tantos heridos que lanzaban ayes lastimeros.

—Aquí debe haber estallado una bomba, dijo Camilo.

—¡Avancemos!... avancemos donde los nuestros! agregó Félix.

El olor de la pólvora, el estruendo del combate, la vista de esos muertos i heridos, infundia en los jóvenes un ardor, un entusiasmo desconocido.

De repente, al trasmontar una pequeña eminencia, se encontraron de manos a boca con un grupo de jinetes que estaba estacionado en uno de los recodos de la via del ferrocarril. Los caballos piafaban i resoplaban, manifestando así que su instinto les advertia el peligro que corrian.

Félix i Camilo apénas tuvieron tiempo de hacerse atras.

—¡Ese es el jeneral Buendía! dijo Camilo a Félix; debe estar con su estado mayor!

—¡Hablan!... Oigamos qué dicen, repuso el último.

Se echó al suelo i se arrastró hasta un peñasco que habia al borde del camino.

—El humo nos ahogará, decia a ese tiempo Buendía; es imposible combatir de esta manera.

I dirijiéndose a uno de sus ayudantes, agregó:

—Vaya usted a saber del comandante de la plaza cómo sigue la resistencia, i dígale que, si lo cree conveniente, repliegue todas las fuerzas a la playa a fin de impedir el desembarco.

El emisario partió, i un segundo despues, a pocos pasos del grupo que formaba Buendía con sus ayudantes, centelleó una luz rojiza con destellos amarillentos i violados, i acto continuo se oyó una fuerte detonacion, seguida del silbar de gran cantidad de proyectiles.

Era una granada que al estallar cubria aquel espacio

de terreno de humo mas denso i de una nube de polvo levantado del terreno.

—¿Nadie ha sido herido? preguntó el jeneral.

No tuvieron tiempo de contestarle; una nueva granada estalló casi en la misma via del ferrocarril.

—Señor, dijo uno de los ayudantes, el enemigo, aprovechando, sin duda, los instantes en que el humo permite ver a cierta distancia, debe haberos reconocido i dirije aquí sus punterías.

Al estallar la segunda bomba, un caballo fué herido en las ancas por un casco; i por tal motivo se encabritó i apartó del grupo. El jinete lo dominó, i lo obligó a volver; pero al hacerlo, i por desgracia para Camilo, el oficial lo vió.

—¿Qué haceis aquí i quién sois? le preguntó al ver que trataba de ocultarse.

—¿Quién está ahí? preguntó Buendía.

—Un paisano, señor, i si no me equivoco, es el espía que debió ser fusilado esta mañana.

—¡El espía! repitió el jeneral, casi olvidado de él por los graves sucesos que habian llenado su atencion. ¡A ver, traedlo aquí!

Camilo, al verse sorprendido, echó mano a su revólver; pero luego pensó que nada sacaria con matar a uno o dos de aquellos oficiales, pues los demas caerian sobre él i le ultimarian.—I ya, pensó, que he librado de una buena esta mañana, bien puedo librar de esta otra.—Se dejó, por tanto, conducir a la presencia del jeneral, quien le preguntó:

—¿Por qué estais aquí?

—Porque deseaba presenciar el combate, contestó el jóven con serenidad.

—¿Quién os ha puesto en libertad i por qué no habeis sido fusilado?

—Eso debeis saberlo vos, señor, mejor que yo.

Buendía comprendió que aquello no podia ser sino obra del señor de la Peña, i no quiso entrar en mayores detalles.

—I ¿por qué os habeis colocado aquí, detras de nosotros? preguntó al jóven.

—Por una casualidad, señor jeneral; iba a ver de cerca la funcion, i me encontré con vuestros caballos que me cerraban el camino.

—¡Está bien! dijo Buendía; ya aclararemos todo eso mas tarde. Ayudante, agregó, dirijiéndose al oficial que habia sorprendido a Camilo, os entrego a ese jóven; vos me respondereis de él.

A ese tiempo el emisario que el jeneral habia enviado al comandante Recabárren, jefe de la plaza, llegó diciendo:

—Señor, la resistencia es heróica i espléndida. Las primeras tropas enemigas han sido fusiladas en las mismas lanchas ántes de desembarcar, i los pocos soldados que han puesto pié en tierra se encuentran encerrados por los nuestros.

—¿Qué número, mas o ménos, habrá desembarcado? preguntó el jeneral.

—Cerca de cuatrocientos; pero ya están fuera de combate la mitad.

—Pero el enemigo mandará refuerzos, observó Buendía; no es posible que deje a ese puñado de tropa indefensa.

—Cuando llegue el refuerzo, señor jeneral, ya no quedará uno solo de la primera division.

—¡En marcha, señores! dijo Buendía; acerquémonos al sitio del combate.

—¡Seguidme! dijo a Camilo el oficial encargado de custodiarlo.

Le colocó al lado afuera de la cuesta i comenzaron a descender.

Félix, que habia oido i visto todo, se mesaba los cabellos i se acusaba de ser él la causa de la desgracia de su amigo. Mas de una vez empuñó su revólver para matar al jeneral; pero se arrepintió pensando que nada avanzaria con ello. Al ver que se llevaban a su amigo, siguió sus pasos para ver dónde le conducian.

A medida que avanzaban, el fuego de fusilería se oia mas cerca i las balas pasaban silbando cerca de la comitiva. En diversos puntos de la via encontraron, guarecidos por las rocas, algunos grupos de soldados, a quienes el jeneral exhortaba i alentaba al pasar.

Marchaban por una ladera empinada sobre una baja quebrada i cubierta de trecho en trecho por pardas i puntiagudas rocas, cuando a diez pasos de distancia del grupo estalló una granada, causando gran confusion entre los caballos i los jinetes.

Casi al mismo tiempo oyéronse tres o cuatro gritos, i miéntras tres oficiales caian o eran arrastrados por la caida de sus caballos, el jóven Camilo lanzaba a su vez un grito doloroso i caia sobre el borde de la quebrada, por la cual comenzó a rodar como piedra desprendida de su centro.

El oficial que lo custodiaba echó pié a tierra para bajar a la quebrada; pero el jeneral Buendía le dijo:

—Dejadlo; debe haber muerto ya; atended a los nuestros.

Félix, al ver rodar a Camilo, miró al cielo; i juntando las manos con profunda ira, esclamó:

—¡Juro que te vengaré, aunque haya sido el mismo plomo de nuestros compatriotas el que te ha quitado la vida!

Diciendo esto se dirijió a la playa, con revólver en mano, sin preocuparse de los soldados que encontraba en su camino, ni de los proyectiles que silbaban sobre su cabeza.

EL FIN DE LA JORNADA

Dejaremos a los actores en la porfiada i heroica lucha del asalto de Pisagua la tarea de narrarnos los acontecimientos del memorable 2 de noviembre de 1879. Para ello nos trasladaremos a un pequeño vivac, débilmente iluminado por la humosa luz de una lámpara de aceite, por lo cual se comprenderá que ha llegado la noche.

En un pobre jergon i cubierto por un *ponchó* de lana, se halla recostado un jóven como de 27 años, de sem blante mui pálido pero animado por dos grandes ojos mui espresivos.

Al rededor de él, sentados o medio recostados en el suelo unos, en bancos de madera otros, hai seis u ocho jóvenes vestidos la mayor parte con trajes de oficiales.

—¡Qué dia! esclamó uno con grado de capitan. ¡Con unos cuantos como éste no regresaremos a Chile!

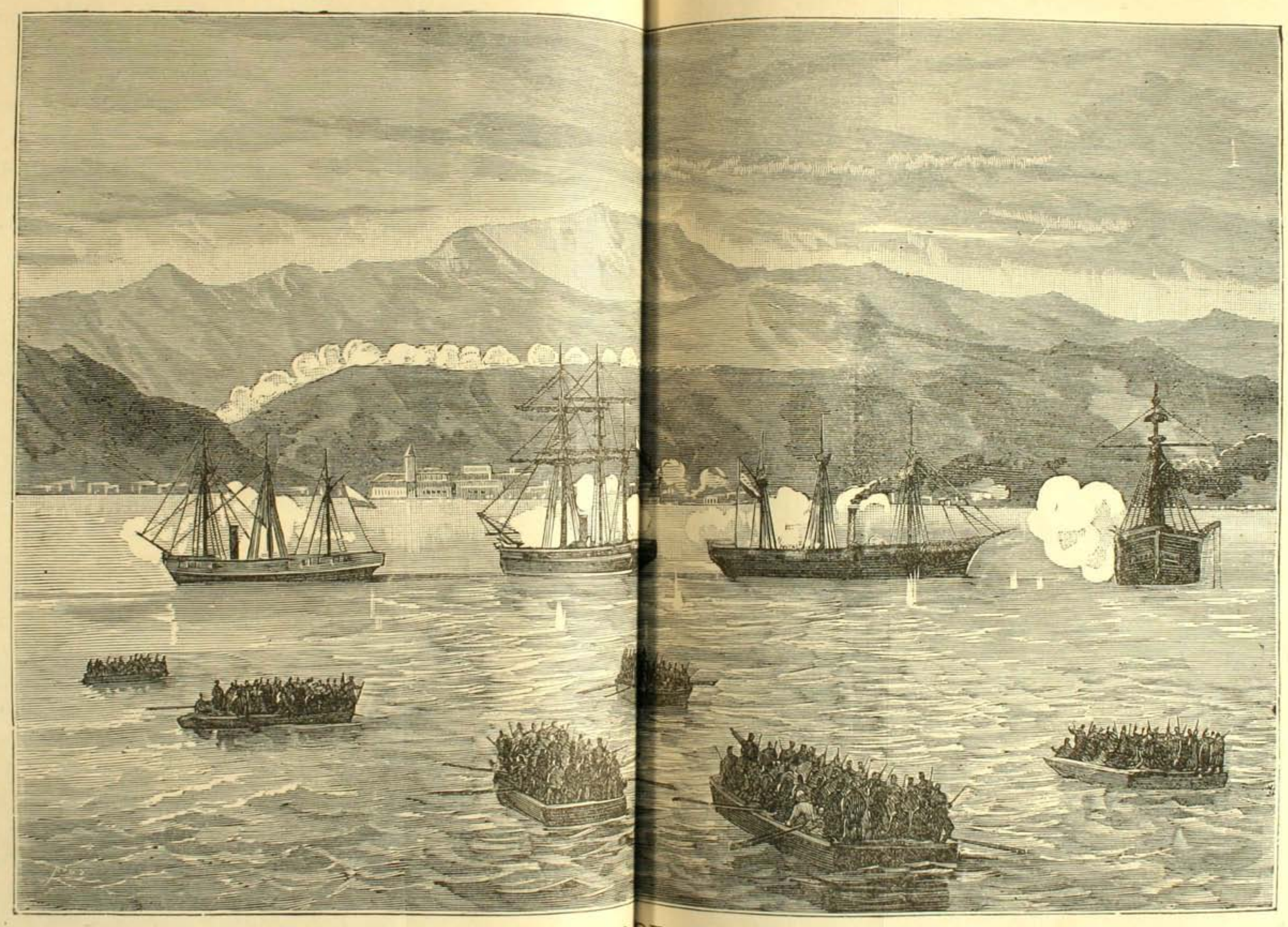
—Pero ¡si no hai barbaridad que no se haya cometido! dijo otro. Supónganse ustedes que cuando el *Cochrane* puso señales de que estaba limpia la línea de

desembarco, se suscitó entre nuestros jefes la mas peregrina cuestion. Decian unos que era necesario ir a desembarcar en Junin i remontar las alturas para tomar al enemigo por el flanco; querian otros que el desembarco se efectuara por Pisagua Viejo, caleta que no estaba defendida, i por fin, opinaban muchos porque se nos llevara a Ilo. Estas dudas i vacilaciones duraron mas de una hora, en cuyo tiempo el enemigo, que habia ya abandonado sus primeras posiciones, dejándonos libre la playa, se rehizo i volvió a ocuparlas.

—I fué despues de eso, agregó un teniente con cierta rabia, cuando se acordó desembarcar de frente, *a la chilena*, elijiendo para ello la caletilla de Playa Blanca, único punto de acceso, reconocido en la mañana por el intelijente comandante Diego Dublé Almeida i por el coronel don Luis Arteaga. Como era el punto mas accesible, era tambien el mas defendido. Dime, agregó el teniente, dirijiéndose a un compañero que escuchaba con marcada atencion; dime, ¿por qué diablos, pudiendo disponerse de mas de cincuenta botes i lanchas para el desembarco, solo llegaron diezisiete al costado del *Amazonas?*

—Porque nadie habia hecho nada, contestó el interpelado; porque todos, por atender al combate, habian olvidado sus deberes. De antemano se dieron instrucciones minuciosas a todos los comandantes de trasportes; pero la indecision i el silencio que reinó en las primeras horas parece que les hizo olvidarlas. De ahí nació que para llevar ménos de cuatrocientos hombres a tierra, hubo que colocarlos como sardinas en los botes.

—Lo cual, observó el capitan, permitió a nuestros enemigos comenzar a fusilarnos a mansalva.



EL ASALTO DE PISAGUA

—¿Cómo se efectuó ese primer desembarco? preguntó con voz débil el jóven que ocupaba el jergon. Yo tuve la desgracia de no ser mandado sino en el segundo?

—¡Oh! voi a pintártelo a grandes pinceladas, le dijo el capitan. En los diezisiete botes i lanchas nos embarcamos la 1.ª i 2.ª compañía del Atacama i la mitad de la 1.ª brigada de Zapadores, mandados todos para realizar el desembarque, por el coronel Sotomayor. Apénas estuvimos a tiro de rifle de la playa, recibimos una granizada de balas, que levantaron miles de blancos penachos en el agua. Avanzamos, sin embargo, bajo un fuego nutridísimo, que se nos hacia a mampuesto desde los parapetos de los cerros, de las casas i de la playa. Los soldados, al ver caer al fondo de las lanchas a muchos de sus compañeros sin poder atacar ni defenderse, lanzaban votos i juramentos i mostraban los puños a nuestros enemigos diciéndoles:—"Aguarden, cholos malditos; ya saltaremos nosotros a tierra!" No tardaron, en efecto, en realizarlo quince soldados del Atacama, mandados por el teniente Barrientos; i no bien pusieron su planta en tierra, se lanzaron contra un morro de piedra que hai inmediato a Playa Blanca. Los que lo defendian dispararon casi a quema ropa una descarga sobre los asaltantes; pero les dominaba tanto, sin duda, el terror al ver el arrojo temerario de aquel puñado de valientes, que no acertaron a ninguno. En cambio, nuestros soldados, como leones enfurecidos, atravesaron con sus yataganes a cuantos pudieron alcanzar, e izaron sobre el pequeño morro la bandera chilena que habian tomado del bote al desembarcar. Fué entónces cuando sucedió algo que casi no puede describirse: aquel audaz asalto, realizado con éxito tan brillante, i la rabia que sentian de

ver morir a muchos de sus compañeros sin alcanzar a combatir, los hizo lanzar vivas a Chile i terribles amenazas a sus enemigos. Pusiéronse casi todos a los remos, i en la precipitacion por llegar a la playa, por ganarse unos a otros la delantera, una embarcacion chocaba con una roca i se volcaba, miéntras otra era arrastada a las rompientes, donde era imposible el desembarco. Sobre aquel mar de cabezas que se ajitaban tratando de ganar tierra, llovian las balas como los goterones de agua en dia de tempestad. Todas las punterías converjian ahora a ese punto de la playa, i en ese momento vimos caer, a mas de gran número de nuestros mas animosos soldados, al subteniente del Buin Desiderio Iglesias, al mayor Villarreal i al aspirante de marina, el jóven Miguel Izaza. Aquello era desesperante, nuestros soldados i muchos de los oficiales, viendo las dificultades que presentaba el desembarco, dejaron en los botes o arrojaron al mar sus caramayolas i provisiones, i empuñando su fusil, saltaron al mar. La profundidad del agua era todavia mucha para algunos botes i sucedió que los denodados defensores de Chile salieron, unos a nado i medio ahogados, i otros con el fusil sobre la cabeza i el agua hasta el cuello.

—El subteniente Matta de la primera del Atacama, dijo uno de los oficiales interrumpiendo al capitan, salió así, medio ahogado; pero no bien se halló en tierra, comenzó a alentar a sus soldados.

—Quien hizo mas que eso, dijo otro, fué Amadeo Mendoza, de Zapadores. Saltó en mucho fondo i se sumerjió; pero luego reapareció gritando a sus soldados, miéntras flotaba en el agua, que lo siguiesen a la playa.

—Actos como esos, continuó el capitan, hai mil, i

merced a esa bravura, que tendrá igual pero no mayor, la primera division de desembarco pudo, al fin, estar toda en tierra. I ese era el momento, precisamente, que debian haber aprovechado los aliados para atacarnos; pero no para atacarnos a balazos como lo hacian, cómodamente parapetados tras de sus trincheras, sino para caer sobre nosotros en masa, calando bayoneta como lo hace el soldado chileno. Habrian caido muchos, es cierto: uno por lo ménos por cada soldado nuestro; pero habrian dejado limpia la playa i obtenido, en cierto modo, el primer triunfo. La cobardía de los aliados fué nuestra salvacion. El comandante Santa Cruz, jefe de los Zapadores, comprendió lo crítico de nuestra situacion, i dispersó a su jente en guerrilla ordenando el ataque sobre la estacion del ferrocarril i otros edificios contiguos, tras de los cuales se nos hacia un mortífero fuego. Los del Atacama, intertanto, escalaban el cerro como los huanacos de nuestra cordillera, sin hacer caso de la nube de plomo que se cernia sobre sus cabezas. El combate era tremendo i desigual: nos batíamos cuatrocientos hombres a pecho descubierto contra mil perfectamente parapetados; el menor acto de arrojo de nuestros enemigos, habria concluido con todos nosotros. Por lo que hace a refuerzos, no venian ni vendrian tan luego, pues no se veia avanzar un solo bote hácia la playa. Ignoro lo que pasaba en esos momentos en la escuadra, pues, como a todos, faltábame tiempo para ver lo que sucedia en tierra.

—Si quereis, capitan, dijo un oficial del grupo, yo narraré sucintamente lo que acaecia en el mar.

—Con mucho gusto, contestó éste, i así todos nos impondremos de las mil peripecias de esta jornada.

—Para ustedes, dijo el oficial, que estaban empeñados en un combate casi cuerpo a cuerpo, el peligro que corrian no era tan visible como lo era para nosotros que los veíamos a la distancia. Hubo momento en que los creimos perdidos, al ver desprenderse de las alturas un grupo numeroso de soldados.—"Los van a rodear, pensamos, i todos morirán bajo el plomo enemigo."—Fué entónces cuando el comandante Latorre, apreciando en toda su estension el peligro, hizo la señal de "incendiar al enemigo," rompiendo él un nutridísimo fuego de cañon sobre la estacion de los ferrocarriles, sobre los edificios de la Compañía Salitrera, i sobre las rumas de sacos de salitre i de carbon amontonados en la playa. Fué en esos momentos tambien cuando el jeneral Escala, arrastrado por su valor que no conoce límites, al ver que sus soldados rodaban por las laderas fusilados a quema ropa, lleno de ardimiento i desesperacion, olvidándose de la serenidad que debia guardar como jefe, comenzó a pasearse como un leon sobre la cubierta del *Amazonas*, gritando:

—¡Un bote!... ¡un bote para mí!... ¡Están asesinando a mis soldados!...

—¡Jeneral! le dijo el señor Ministro de la Guerra, cálmese usted, no olvide su puesto!...

—¡Señor Ministro, contestó el bravo jeneral, mi puesto es allá, al frente de mis soldados, i no aquí, inerme, encerrado en estas cuatro tablas! ¡Yo quiero ir allá!... que se me dé un bote!...

—Su puesto, jeneral, le replicó el Ministro, es desde donde pueda dirijir el combate i no donde pueda perecer, comprometiendo el éxito del ataque, revuelto con el último de los soldados.

—¡Pero aquí yo no hago nada i miéntras tanto allá mis bravos se baten! Señor Ministro, si mi puesto me ha de obligar a ver que matan a mis soldados, sin poder yo alentarlos i dirijirlos, disponed de él, yo no lo quiero!...

—Jeneral, repitió el Ministro, revistiéndose de toda su autoridad, concluido el combate, renunciareis, si lo quereis; en estos momentos seria una especie de desercion i yo, como vuestro superior, os mando que sigais siendo el jeneral en jefe del ejército chileno.

El bravo manco es un verdadero soldado, i como tal inclinó la cabeza ante su superior.

—En preparar la segunda division de desembarco, continuó el nuevo narrador, trascurrió mas de una hora, tiempo sobrado para que los enemigos dieran buena cuenta de nuestros cuatrocientos bravos. La inspiracion de incendiar i bombardear el pueblo fué tambien una poderosa ayuda, pues a los pocos momentos el humo de las bombas, de los edificios que se incendiaban i del salitre que principiaba a arder, comenzó a asfixiar a los aliados i a servir de tupido e impenetrable velo para ocultarles los movimientos de desembarque i los de la escuadra. Merced a esto, i sin el atolondramiento de las primeras horas, producido por los encontrados pareceres que surjieron a última hora, al ver que un desembarco en pleno dia, en puerto fortificado i apercibido, i casi inaccesible por la naturaleza del terreno i de su bahía, debia costarnos torrentes de sangre; sin ese atolondramiento, digo, la operacion pudo verificarse de una manera mas fácil i ordenada. Así, nuestros botes condujeron un nuevo refuerzo a la caleta de la estacion del ferrocarril, otro a Playa Blanca i un tercero a Pisagua

Viejo, dominando así al enemigo por el centro i los flancos, estos últimos abandonados desde las primeras horas, i por lo tanto, los mejores puntos que debian haberse elejido para el desembarco, miéntras nuestra escuadra cañoneaba la poblacion. Pero, como se ha dicho ántes, en este memorable i glorioso dia no ha quedado barbaridad por cometer, i una de ellas fué la torpe, la inútil entrada del *Tolten* a la bahía en los momentos en que las balas granizaban sobre el mar, si así puedo espresarme. Resultó de esta curiosidad, de este atolondramiento, que en el *Tolten*, sin haber combatido, sin haber disparado un fusilazo, ha habido diez i siete bajas.

—¡Oh! esclamaron varios ¡esa ha sido una barbaridad!

—I barbaridades no ménos grandes, agregó el oficial, han sido las siguientes, con las cuales pondré fin a lo que yo he visto en el mar. Cuando ya Pisagua estaba dominado; cuando nuestro ejército debia haber pisado las cumbres del Hospicio, el *Amazonas* hizo señas a la *Magallanes* i al *Itata* de seguir sus aguas, al mismo tiempo que hacia rumbo al sur. ¿A dónde iban, hallándose ya espedito el puerto de Pisagua para desembarcar toda la espedicion? Despues lo he sabido; iban a desembarcar en Junin al 3.º de línea, al Valparaiso i los Navales, para cortar la retirada de los aliados ascendiendo a la altiplanicie de Junin. Ya comprenderán ustedes, si mas o ménos conocen la topografía de estos terrenos, si esa division llegará a tiempo para cerrar el paso a los derrotados.

A ese tiempo entró a la sala o vivac, como lo hemos llamado, un hombre alto, grueso, moreno, ancho de espaldas, con bigotes espesos i canosos, coronados por largas cejas cerdosas.

Al pisar el umbral de la puerta, saludó militarmente, como convenia al traje que cargaba, i aguardó ahí, ríjido e inmóvil.

—¡Entra, Lúcas! dijo con voz débil el jóven que ocupaba el jergon; entra i dime si has sabido algo de Félix.

—¡Félix! repitió el capitan que habia narrado las peripecias del desembarco. ¿Quién es Félix?

Un compatriota i amigo, contestó el jóven, que me salvó la vida en el momento de caer herido.

—¿Puedes contarnos sin fatigarte cómo sucedió eso?

—Probaré, dijo el herido. Cuando del piquete con que atacaba una de las trincheras habia caido ya mas de la mitad, vi que si no arriesgaba el todo por el todo, nos esponíamos a ser fusilados a quema ropa. Mandé entónces escalar las trincheras, saltar al reducto i cargar a la bayoneta. Se trabó una lucha cuerpo a cuerpo: mis soldados, mui diestros en la esgrima, aunque menores en número, arrollaban a los bolivianos i les hacian muchas bajas. Lúcas, este buen viejo que ustedes ven aquí, dijo el jóven indicando al soldado de bigote canoso, peleaba a mi lado, o mas bien, me abria camino usando su fusil como ariete con la mano derecha, miéntras con la izquierda esgrimia su yatagan. Ya los bolivianos se replegaban i huian, cuando un grupo de seis soldados, que estaban ocultos tras de una roca, disparan a boca de jarro sobre nosotros, causándonos cuatro bajas e hiriéndome a mí en el costado. No pude avanzar i caí. Lúcas corrió hácia mí; pero yo le mandé continuar batiendo al enemigo, lo que hizo con tal furia que a poco rato su solo fusil, usado como maza o garrote, habia hecho morder el polvo a cuatro o cinco bolivianos. Como ya éstos se declaraban en derrota, Lúcas i mis soldados se aleja-

ron bastante del sitio donde yo, varios de mis compañeros i muchos de nuestros enemigos, habíamos quedado, los unos muertos i los otros, como yo, heridos. En ese instante llegan al mismo sitio tres soldados bolivianos, replegándose de una trinchera inferior.

—¡Aquí ha habido fandango! esclamó uno.

—¡Pues aquí hai aun varios chilenos vivos! dijo otro.

—¡Acabemos, pues, con ellos! dijo el tercero.

I principiaron la horrible tarea de matar, a bayonetazos i culatazos, a los heridos. Cerré los ojos i me preparé a morir, cuando oigo una voz poderosa i amenazante que gritó:

—¡Detente, infame!...

Abrí los párpados i vi a un boliviano en actitud de pasarme con su bayoneta; i acto contínuo, miéntras el soldado volvia la cara para ver quién le hablaba, cayó sobre él, terrible como el rayo, un jóven vestido de paisano i lo pasó banda a banda con un yatagan.

—¡Así se mata i nó a los heridos! le dijo con ronca voz; i asiendo un fusil de los muchos que habian quedado sin dueño, cargó como un leon sobre los otros dos soldados, que comenzaron a defenderse con valor.

En ese momento reconocí a mi bravo salvador; era un amigo, un condiscípulo de la infancia, Félix Navarra, en una palabra, a quien no veia en muchos años. Le miré combatir con orgullo, como chileno, al verlo tan valiente, i con viva inquietud, como amigo, al ver que los bolivianos paraban sus golpes i le agredian con valor. Sin embargo, habiendo de un revez arrancado de las manos de uno de ellos el fusil con que se defendia, le dió con la culata del suyo tan terrible golpe en la cabeza, que le partió en dos partes el cráneo. El otro

no tardó tambien en caer, i entónces mi amigo, fiero, semejante al dios del esterminio, miró a su al rededor buscando mas enemigos que matar.

—¡Félix!... ¡Félix! le dije.

—¿Quién me habla? preguntó,

—¡Yo, Luis Aravena, a quien has salvado la vida!

Corrió a mi lado, me estrechó entre sus brazos esclamando:

—¡Lucho!... ¡Tú tambien aquí!... Pero herido, ¡oh! esto no es bueno!... ¿Te sientes mal?... ¿es mui grave tu herida?

—Parece que nó; la pérdida de sangre siento que me postra, le contesté.

—Pues entónces es necesario aplicar unas compresas. Aguarda; felizmente aquí no nos falta jénero para hilas i para vendas.

Desgarró la camisa de un soldado muerto, i me aplicó paños i vendajes para contener la hemorrajia.

—Tienes dos heridas, me dijo: por donde ha entrado i salido la bala, lo que tal vez sea una ventaja.

A ese tiempo oyóse en la direccion por donde Lúcas i sus compañeros habian ascendido al cerro, un sostenido tiroteo i grandes gritos.

—Deben ser mis soldados, dije, que asaltan una nueva trinchera; van a perecer todos, ya quedan mui pocos.

—¡Pues voi a ayudarles! esclamó Félix.

Tomó un fusil i municiones, i estrechándome la mano, me dijo:

—No puedo decirte si vuelvo; si no caigo como tú, lo haré. Adios o hasta luego!

Partió, i segun me ha dicho Lúcas, cayó sobre nuestros enemigos con tal denuedo, que pronto se pronun-

ciaron en derrota. Desde ese momento Félix siguió ascendiendo tras de los bolivianos, i Lúcas volvió a mi lado para cuidarme, perdiéndole, por tal causa, de vista e ignorando la suerte que haya corrido.

El jóven se calló i volviéndose a su asistente le preguntó:

—¿No has sabido nada de él, Lúcas?

—Nada, mi alférez, contestó el veterano llevando la diestra a la visera de su kepis; muchos le han visto pelear, pero nadie le ha visto caer.

—¡Ah! esclamó el herido con sentimiento, habrá muerto!... Tanto arrojo no podia tener otro fin!

Todos guardaron silencio, tributando así un testimonio de duelo a la memoria del jóven que tan valientemente se habia conducido defendiendo a sus hermanos.

—I ¿cómo terminó el ataque? preguntó Luis, el oficial herido, al cabo de un rato de silencio.

—La conclusion fué rápida una vez que se ordenó el desembarco, contestó el capitan. Nuestras tropas ocuparon la via del ferrocarril i todos los senderos i comenzaron a ascender, apoderándose uno a uno de los parapetos i trincheras. Poco ántes de medio dia la division perú-boliviana se pronunció en abierta derrota, i a nosotros solo nos quedó la tarea de remontar al Hospicio, de esperimentar una sed i una hambre devoradora i de ver morir a nuestros heridos por falta de cuidados i a muchos por no tener siquiera un sorbo de agua con que humedecerles los labios!... El ataque i ocupacion de estos farellones tendrá que ser considerado siempre como uno de los hechos mas atrevidos i gloriosos que puede realizar un ejército; pero, al mismo tiempo, como el ataque

mas torpe i bárbaramente concebido i ordenado por los jefes. Sin hombres como los nuestros, Chile tendria que considerar el 2 de noviembre como un dia de luctuosa i funesta memoria!

LOS DERROTADOS

La defensa de Pisagua, aun cuando con gran facilidad pudo ser heróica para el Perú i Bolivia, no fué tampoco cobarde; i el ejército boliviano, dominante en la plaza, probó que, si no podia atacar i vencer, al ménos sabia resistir.

Eso sí, cuando jefes i soldados vieron que a pesar de su resistencia, el ejército chileno ascendia, ascendia siempre, ora desarrollándose como imponente serpiente por la cuesta de zig-zag del ferrocarril, ora escalando el granito como gatos monteces, ora cayendo en los reductos como rayo esterminador, el pánico principió a dominarlos i lo que comenzó por ser un repliegue estratéjico i ordenado, concluyó por convertirse en fuga, en desbandada i derrota.

Fué inútil que los jefes, haciendo uso de todo su prestijio, trataran de organizar la retirada.

La pampa del Hospicio, semejante a una Babilonia, era cruzada en todas direcciones por soldados que no oian o finjian no oir la voz de sus jefes.

Pronto la línea férrea i la ruta a la oficina de San Roberto se llenó de soldados, que instintivamente buscaban los sitios donde podian refujiarse; i como el miedo pone alas en los piés, segun ha dicho álguien, era de ver cómo los derrotados, sin hacer caso del sol ni de la pesadez del camino, emprendieron la retirada al trotesito corto, pero rápido, igual i sostenido como el que usan los *chasques* (1) bolivianos.

Viendo que era imposible ordenar aquella fuga, el jeneral Buendía i los demas jefes se adelantaron a sus soldados con la esperanza de reunirlos en alguna de las oficinas colocadas en el trayecto.

En San Roberto, oficina la mas cercana al campamento del Hospicio, el jeneral Buendía se detuvo i puso al coronel Suarez, jefe de la plaza de Iquique, el siguiente telegrama:

BUENDÍA A SUAREZ

Iquique

"Siete horas de combate bajo fuegos artillería, rifles de a bordo, ametralladoras i de la fuerza de desembarco. Convenimos con el jeneral Villamil emprender retirada, desde que con nuestra pérdida no podíamos esperar auxilios ántes de tres i media horas. Insisto en mi idea de reconcentracion i librar batalla."

El coronel Suarez trasmitió entónces el siguiente telegrama, que habia recibido poco ántes del jeneral Prado, que estaba en Arica.

---

(1) *Chasques.* Correos que hacen el viaje a pié conduciendo la correspondencia de un pueblo a otro con mas lijereza, muchas veces, que un correo montado.

SUAREZ AL JENERAL BUENDÍA

San Roberto

"Diga al jeneral Buendía lo siguiente:—De Prado a Buendía.—San Roberto.—Si no tiene US. seguridad de sostener posicion con buen éxito, es mejor reconcentrar el ejército i dar una batalla con todas nuestras fuerzas."

El jeneral sonrió con amargura al leer este despacho.

—Sí, murmuró; nos renconcentraremos i daremos batalla: ¡Dios sabe cuál será su resultado!

Se quedó pensativo, i luego agregó:

—¿A qué contestarle? ¿A qué decirle que lo que él ordena lo han hecho nuestros soldados sin ordenárselo?

I pasando casi sin transicion a otro órden de ideas, hizo poner al coronel Suarez este otro telegrama, cuya puerilidad lo haria aparecer como apócrifo, si no lo hubiese recojido la historia de la cinta misma del telégrafo:

"BUENDÍA A SUAREZ.

"Ropa, botas, charreteras, faja, cuanto traje de Iquique se ha perdido en el incendio. Si corro mala suerte que Dancourt se encargue de mi equipaje i lo entregue como está a mi familia."

Cambiados estos telegramas, Buendía continuó la penosa travesía del desierto, llevando a cuestas el pesado i fatigoso fardo de las decepciones. Al mirar aquella nmensa pampa, árida i desierta como estaba en ese mo-

mento su corazon, esperimentó de una manera profunda la amarga pena de los derrotados.

Recordó cuantos habia visto caer de los suyos: recordó la imponente arrogancia con que se habia presentado el enemigo a batirlos en sus propios lares; recordó, en fin, que aun cuando ellos habrian podido oponer una fuerza mayor, el mal cálculo o la fatalidad les habia hecho diseminar sus batallones con tan poco tino, que para concentrarlos era necesario un gran poderío.

Pasó entónces a su vista todo el cuadro de aquel dia, con sus escenas i horrores: el puerto ardiendo como un castillo pirotécnico; sus soldados pulverizados por la metralla enemiga; la lucha desesperada de algunos valientes, i luego la fuga, el pánico, el huir por la pampa, sedientos i hambrientos, jadeantes i atribulados (1).

I a esas horas, al concluir la ardorosa tarde, aquellos

---

(1) Un corresponsal de EL NACIONAL, diario que se publicaba en Lima, escribia desde Iquique, dando cuenta de la *retirada* del ejército perú-boliviano de Pisagua, de la manera siguiente:

"Parte el corazon ver los caminos llenos de jente a pié. Niños perdidos de sus madres. Madres buscando a sus hijos. El ejército en su retirada ha recojido a muchos desgraciados que se ahogaban de sed.

"Desde que principió el combate, todos los habitantes pacíficos huian a pié de Pisagua sin rumbo ni direccion, sin víveres i sin abrigo, porque todo fué una sorpresa.

"En un buque que cargaba salitre, *Adolphe*, se asilaron algunas personas, pero el buque sufrió tanto como la poblacion; varias balas le destrozaron la arboladura i por dos veces se declaró incendio.

"Hasta ahora no tenemos pormenores de todo, porque los que se quedaron hasta el último en la poblacion, si no han muerto, están prisioneros; entre éstos está Manuel F. Zavala, Víctor Loaiza i otros.

"La playa de la Guaita estaba cubierta de cadáveres, lo mismo que la subida del Hospicio. Se calculan mil quinientos chilenos muertos; por nuestra parte tambien hemos sufrido mucho: el batallon Independencia está reducido a treinta hombres entre heridos i buenos; el Vic-

infelices trotarian aun, sostenidos por el miedo, i continuarian trotando hasta caer, exhaustos de fuerzas i aniquilados por el hambre, en la inclemente pampa del Tamarugal.

Estas tristes ideas embargaban completamente la imajinacion del jeneral i se apoderaron de tal manera de su espíritu, que aquella noche no durmió; i cuando, al dia siguiente, estaba en Jaspampa i recibió un telegrama del presidente Prado, su respuesta daba una idea de su mal humor.

Hé aquí ambos telegramas:

"PRADO AL JENERAL BUENDÍA.

"He estado esperando que me telegrafíe Usía dándome algunos pormenores de la jornada de ayer. Pido, pues, a Usía me los trasmita. Ayer le telegrafié pidiéndole que si no podia sostenerse con seguridad en una buena posicion, era lo conveniente concentrarse con las fuerzas; i debe hacerlo Usía desde luego sin olvidar la fuerza de Mejillones. La caballada de Camarones está en marcha para unirse a Usía. ¿Qué es de la division Vanguardia? Acaso será mejor hacerla retroceder. En fin, Usía vea lo mas conveniente a este respecto."

A este telegrama Buendía contestó:

"BUENDÍA AL JENERAL PRADO.

"Nuestra situacion no permite en este momento por-

---

toria a unos doscientos cincuenta; la Guardia Nacional a la mitad; estimamos nuestras pérdidas en cerca de ochocientos i tantos.

"Se aplaude mucho la conducta del jefe de la plaza, señor Recabárren, lo mismo que la de los jefes del Independencia, Victoria i la de un sarjento mayor señor Zevallos."

menores que quiero sean exactos. He ordenado venga a Agua Santa la fuerza de Mejillones. Hasta este momento ignoro dónde se encuentra la division Vanguardia. He corrido una circular para que espere donde esté. Recibo aviso que Aroma, que estaba en Mejillones, ha llegado a Agua Santa.»

I a la verdad, el atribulado jeneral ¿de qué podia dar pormenores? ¿Sabia acaso el número de sus soldados muertos, heridos o prisioneros?

Para satisfacer al presidente del Perú habria podido decirle:—Pisagua i Alto del Hospicio en poder del enemigo. Nuestras tropas dispersas; ignoro número de bajas, pero trato de reorganizar los batallones.

Lacónico pero exacto parte de guerra que habria sido suficiente para dar idea completa del desastre i del desórden.

En la misma tarde del dia 3 i cuando ya el jeneral Buendía se preparaba a dejar la oficina de Jaspampa, le entregaron una carta que solo contenia estas líneas:

SEÑOR JENERAL:

Aun cuando soi una prisionera que ha recobrado su libertad con motivo del desembarco de las fuerzas chilenas en Pisagua, no haré uso de esa libertad, sino cuando usted me diga que no quiere verme mas.

Si el tiempo, si las peripecias que me han acaecido, todas ellas independientes de mi voluntad, no han alterado su benevolencia para mí, ruégole me oiga un momento, pues mi mayor deseo es vindicarme i probarle que ahora mas que nunca es profunda, ilimitada i sincera la gratitud de su humilde servidora.

E.

Tan sencilla como parece esta carta, causó en el jeneral Buendía el efecto de una pila galvánica.

—¡Carta de ella! esclamó con las mejillas animadas, con los ojos chispeantes: luego, no ha huido por su gusto de mi lado; luego quiere verme, quiere hablarme, quiere reanudar conmigo sus relaciones. I ahora, me dice, es, mas que nunca, profunda, ilimitada i sincera su gratitud!... *¡Ilimitada!*... ¿No es decirme que ya en nuestras relaciones no habrá los límites que ella le habia impuesto? ¿No es decirme que ahora será para mí lo que no ha sido hasta hoi?... ¡Oh!... ¡i en qué momentos me viene esta felicidad!

Se paseó ajitado, rejuvenecido, por el aposento i luego pensó:

—¿I debo o puedo volver yo a relacionarme con esta jóven? Si ántes, cuando no se pensaba en una invasion, se me censuró tan cruel i apasionadamente ¿qué se diria ahora que tenemos al enemigo en nuestra casa? ¿I dónde tenerla? ¿Dónde ocultarla? ¿Dónde favorecerla de las iras de mis compatriotas, ahora que necesitaré ir de un punto a otro, andar de acá para allá organizando la defensa de nuestro suelo? ¿No será casi un crímen de lesa patria el que yo gaste, aun cuando sea un cuarto de hora, en devaneos, cuando todo, todo mi tiempo debo consagrarlo al servicio de mi patria?

Volvió a leer la carta i agregó:

—Aquí hai sinceridad, cariño, interes; interes por mí, ahora que mi estrella principia a palidecer; interes por mí ahora que se halla mi vida amenazada. ¿No es elocuentísimo esto de volver a mi lado, libre i espontáneamente, en los momentos mas azarosos de mi vida? ¿No es decirme: ahora que vas a sufrir, a trabajar hasta el

cansancio, a padecer fatigas i privaciones, a probar ingratitudes i decepciones, yo estaré a tu lado para confortarte, yo estaré cerca de tí para alentarte? ¿No es ofrecerme su regazo, su dulce regazo, para suavizar los dolores i amarguras que se me esperan?

Ante la idea de reclinar su cabeza ya encanecida en el alto i blando pecho de la jóven, recibiendo las tiernas, las dulces miradas de aquellos dos grandes ojos, tan ardientes i espresivos, la sangre del jeneral circuló por sus venas con toda la impetuosidad i fuego de la juventud.

—¡Oh!... oh!... esclamó, ajitado i sediento; si ella volviese a mi lado, si ella premia mi amor con su amor ¿no tendria mas enerjía i ajilidad para trabajar, mas calma para discurrir, mas entusiasmo i talento para desempeñar debidamente mi mision? ¿Qué importaria que censurasen mi amor, si de ese amor yo saco la gloria del Perú? ¡Es cierto que es chilena!... ¡Es cierto que la gloria para mí será luto i duelo para ella!... ¡Es cierto que si yo arrollo ese ejército que nos ha invadido; si destruyo esos soldados que han puesto su planta en nuestro suelo, no podré, no, arrojar a los piés de ella las coronas que mi valor o mi intelijencia hayan merecido!... ¡Maldita guerra que así como divide a los pueblos, así troncha, o por lo ménos, pone en pugna los mas nobles sentimientos del alma!

Estas i mil otras reflexiones que se hacia el jeneral, ora alegres i resueltas, ora tristes i desalentadoras, le tuvieron durante largo rato en la mas molesta incertidumbre. Su pasion le allanaba los obstáculos, le disminuia las proporciones de la falta i le hacia suave i espedito el camino, llamando escrúpulos i timideces de colejial sus vacilaciones i temores.

La lucha debia terminar como suelen terminar nuestras luchas parlamentarias: por una transaccion, es decir, por algo que no suele ser tal, sino la dominacion del mas fuerte, pero revestida con distinta piel.

El jeneral hizo una transaccion entre su amor i su deber, creyendo con ello haber hallado la piedra filosofal.

—Ella es digna, se dijo; ella es sincera i me contestará abriéndome su corazon. Si su amor, si su cariño hácia mí es superior a todo; si está resuelta a ser para mí un lenitivo, un consuelo, un ánjel que me conforte i ayude, la llamaré, la colocaré a mi lado, i cuando algo se me reproche, contestaré:

—Todo lo bueno que haya hecho débolo a ella. Si al contrario, ella ama todavia *a ese otro*; si solo quiere estar a mi lado por protejer a sus compatriotas, no la veré mas, no la recibiré!... ¡Ea, escribámosle!...

Bajo tales impresiones, la carta del jeneral fué una carta tierna, apasionada, en que pedia, casi imploraba, un poco de amor.

—Es necesario, pensaba él, conmoverla, hacerle ver cuánto es mi cariño para que así sea franca, para que conozca cuanto mal me haria engañándome.

Pero la verdad no era ésta: el jeneral, sin advertirlo o engañándose a sí mismo, lo que deseaba era arrastrar a la jóven a sus brazos, deslumbrándola con su amor.

Su carta, le decia, su lacónica carta, tierna amiga mia, es para mí rayo de luz que por un momento me saca de las tinieblas en que vivo. Ha llegado a mis manos cuando mas triste i mas desvalido me creia, siendo para mí la mano amiga que levanta al que cae, lo que es un sorbo de agua para el sediento, lo que es una esperanza

para el desgraciado. Casi proscrito, humillado por el poder de nuestros enemigos, sintiendo sobre mis hombros la tremenda responsabilidad de mi puesto, mi espíritu sentíase abatido; pero ahora se reanima i alienta.

Continuaba despues haciendo una esposicion detallada de los sufrimientos que habia esperimentado i podia aun esperimentar si ella no se convertia para él en una verdadera, en una tierna amiga, dispuesta a suavizar, i aun a cicatrizar, con el bálsamo de su cariño, las hondas heridas que tenia en el corazon. I obedeciendo a la voz de su deber, i en la creencia de que hacia un sacrificio heróico de sus sentimientos, concluia su carta con las frases siguientes:

Como usted ve, amiga mia, su amor seria para mí la tranquilidad, la dicha, la gloria; su amor daria fuerzas a mi flaqueza, ideas a mi intelijencia, exactitud i precision a mis cálculos, intrepidez i arrojo para mis empresas; su amor seria, en el torbellino de atenciones i sinsabores que desde este momento debe rodearme, el oásis despues de atravesar el desierto, la ventura tras la desdicha, el descanso i el placer tras el cansancio i la amargura. ¡I bien!... ¡Tanta ventura, consuelo tanto, no lo quiero si ello no me lo da a usted espontánea, incondicionalmente! ¡No lo quiero si su presencia, si sus súplicas o intercesion han de hacerme faltar alguna vez a mi deber! De hoi en adelante debo ser inexorable con los chilenos, i no sé hasta dónde podria hacerme vacilar una súplica o una lágrima de usted!

Debo partir, agregaba, pero aguardaré una hora para recibir la contestacion de usted. Si ella es favorable, no faltará un pequeño albergue en Pozo Almonte o en Iquique, donde ocultarla a las iras populares o a las mi-

radas envidiosas de mis personales enemigos! ¡Contésteme, pues, lo mas pronto posible!

El emisario que recibió esta carta solo tardó tres cuartos de hora para volver con la siguiente respuesta:

SEÑOR JENERAL:

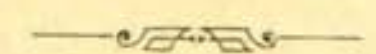
Si mi compañía puede serle a usted de alguna utilidad, disponga desde este momento de su agradecida servidora.

EMA.

Buendía llamó apresuradamente al capitan S. D., a quien lijeramente conocemos, i le habló largo rato en secreto. Yo parto, agregó, porque mi presencia es indispensable en Pozo Almonte.

—Descuide Su Señoría, le dijo el capitan, pues sus órdenes serán cumplidas con estrictez.

LOS CASTILLOS DE LA LECHERA



Ya que los acontecimientos de la guerra han dispersado, destruido o separado de nuestra vista a las personas que figuran en la primera parte de nuestra obra, dirijamos nuestras miradas a Tacna i Arica, en donde se hallan los presidentes de Bolivia i del Perú.

Para ello elejiremos el mismo dia 2 de noviembre de 1879.

En una casa de regular apariencia, a solo dos cuadras de la plaza principal, se hallaban al rededor de una mesa cubierta con blancos manteles i llena de copas i botellas, el Excelentísimo señor presidente de Bolivia, jeneral don Hilarion Daza, algunos oficiales de alta graduacion, un caballero con traje de paisano i una mujer, jóven aun, vestida de una manera estrafalaria, aun cuando su traje estaba confeccionado con valiosas telas.

La disposicion de la mesa i del servicio indicaban que, en el momento en que presentamos a estos personajes, concluian de almorzar.

El jeneral Daza, sentado a la cabecera principal de la

mesa, tenia las mejillas animadas, las pupilas brillantes, i en todas sus facciones, esa placidez semi-sensual que da al semblante una comida abundante acompañada de frecuentes libaciones.

La mujer, sentada a su derecha, parecia tanto o mas satisfecha i alegre que Daza. Sus mejillas i su frente, mas ajadas de lo que convenia a su edad, estaban coloradas; i sus ojos, grandes, mui negros pero algo redondos, miraban de una manera que podemos llamar chispeante. Era esta jóven un tanto gorda, de senos abultados que lucia en parte merced al escote de su vestido; tenia los labios gruesos pero rojos, i por un hábito o por cierta necesidad de ajitacion i movimiento que esperimentaba en su sér, mordíaselos a menudo, mostrando con esto unos dientes blancos i mui parejos.

No se necesitaba ser mui buen fisonomista para comprender que aquella jóven, que pocos años ántes debió ser, si no hermosa, al ménos atrayente i graciosa, habia gastado sus atractivos en los excesos i se hallaba en ese período en que la piel pierde su frescura i suavidad, las formas su redondez, los labios su color i los ojos su vitalidad i brillantez. La animacion de esos momentos era el vigor pasajero del vino, la llama fosforescente que ilumina por un momento el semblante de los que han bebido con cierta moderacion.

El caballero con traje de paisano, tendria mas de sesenta años i era alto, delgado, de aspecto imponente. Su barba i su bigote, aunque mui corto i completamente canos, daban a su semblante cierta majestad. Usaba anteojos azules, tras de los cuales se veian sus ojos pardos, animados aun, a pesar de su edad, por el poder i brillantez de la juventud. A juzgar por el color de sus mejillas

i la tranquilidad de su semblante, él como el jeneral Daza i como la jóven, no habia hecho mucho honor a Baco.

Respecto a los demas oficiales que rodeaban la mesa, solo diremos que en materia de libaciones habian sido dignos émulos de sus comensales.

En el momento en que los presentamos, Daza, continuando una conversacion, decia:

—Lo dicho, señores; el aspecto que toma la guerra es para nosotros satisfactorio. Chile, por lo visto, no se atreve a atacarnos; i nosotros necesitaremos tomar la ofensiva. Para ello solo nos falta dinero i algunos buenos buques de guerra, cosas que, segun me ha dicho mi grande amigo el jeneral Prado, bien pronto los conseguiremos en Estados Unidos.

—I ¿cree usted, señor jeneral, le preguntó el caballero vestido de paisano, que Estados Unidos rompa de una manera tan marcada la neutralidad?

—Ello es indudable, amigo don Jenaro, respondió Daza. El ministro de Estados Unidos acreditado en el Perú, nos ha dicho, a mí i al jeneral Prado, que él nos ayudará con todo su poder i nos dará cuanto necesitamos para castigar a Chile.

—Los buenos deseos del Ministro, replicó el nombrado Jenaro, puede no tenerlos el gobierno de Estados Unidos. Aun cuando Chile, comparado con esa nacion, es mui débil i pequeño, se me hace difícil creer que Estados Unidos apoye de una manera tan decidida a los otros belijerantes. Si tal hiciese, esa gran nacion daria una prueba irrecusable de su gran afecto por el Perú i Bolivia.

—I la dará, amigo Buzeta, agregó Daza con el sem-

blante animado por la alegría. Estados Unidos, los incomparables yankees, nos ayudarán a destruir i a repartirnos a Chile. ¡Oh! por el santo patrono de mi nombre ¡qué dia va a ser aquel en que entremos triunfantes a Santiago i nos hagamos servir un banquete en el famoso Santa Lucía, por las lindas santiagueñas!... ¡Cómo gozaremos, amigo Buzeta!... Lo que es yo, me parece que me instalaré para siempre en Santiago, pues hai bellas mujeres i buen vino!

—¡A ver, mi Zunilda, agregó, dirijiéndose a la jóven que, mordiéndose los labios, hizo un jesto desdeñoso al oir las últimas palabras del jeneral; a ver, mi Zunilda, sírveme una copa para beber por que llegue cuanto ántes ese dia!

—Haga usted, contestó ella, mordiéndose los labios i ajitándose en la silla como manifestando enfado; haga usted que venga una chilena a servirle.

—¡Vamos, vamos! esclamó Daza riendo i acariciando la barba de la jóven; ¡vamos, no te pongas celocilla, pues tú siempre serás la primera!

—¿Cómo aquí? interrogó Zunilda inflamándose un tanto su mirada por un asomo de cólera.

Daza lanzó una carcajada, una de esas estrepitosas carcajadas que solo pueden oirse por allí, por los suburbios de las poblaciones. Cuando hubo calmado su hilaridad, contestó:

—¡Qué diablos! esos son pecadillos que debes perdonarme. Aquí las peruanitas me agasajan, me miman, me pescan con su ojos pupilas de fuego, i yo seria un incivil, un mal aliado, si les tornara la espalda.

Zunilda se ajitó en la silla, se mordió los labios, dió una rápida mirada al jeneral i a cuantos estaban en la

mesa; i como si desease cortar el diálogo, tomó una botella de brandy i sirvió la copa del jeneral i la suya.

—¡Caballeros, dijo Daza, servíos a vuestro turno!

—¡Por nuestras futuras glorias! agregó empinando la copa.

Don Jenaro Buzeta humedeció apénas sus labios en una copa de burdeos, i Zunilda, que no le perdia de vista miéntras ella bebia como podria hacerlo el mas consumado bebedor, se sonrió de una manera que tenia algo de amenazante.

Como para contestar al bríndis del Presidente de Bolivia, entró en aquel momento un oficial i le entregó con todo respeto un papel plegado.

—Es un telegrama, dijo Daza desplegándolo. ¡Demonios! que no me han de dejar tranquilo!... Veamos, será que me avisan que en Arica alguno de mis soldados ha puñeteado a un soldado peruano!

Leyó; pero no bien hubo recorrido las primeras palabras se levantó de un salto esclamando:

—¡Por los cuernos de Satanás!... ¿Qué contiene esto?

La mayor curiosidad se pintó en todos los semblantes.

—¡Oid! esclamó Daza... Esto es inverosímil!... Oid lo que dice este telegrama:

Del jeneral Prado al jeneral Daza.

Han entrado veintiun buques chilenos a Pisagua. Reñido i sangriento combate. Nuestros soldados se baten como leones.

Todos se quedaron estupefactos: Zunilda se ajitó en la silla, se mordió los labios i dió algunos golpecitos en el pavimento con los piés; don Jenaro se puso densa-

mente pálido, pero luego una espresion de ansiedad, de inquietud se retrató en su emblante; los demas se quedaron lelos, mirando a Daza con los párpados i los labios estremadamente abiertos.

—¿Qué os parece? interrogó el jeneral cuando vió el efecto que la noticia habia producido en su auditorio; ¿qué os parece?... ¡Veintiun buques!... ¿De dónde diablos saca Chile veintiun buques?

Nadie le contestó.

Zunilda mordíase rápidamente los labios i los oficiales continuaban como embobados. Solo don Jenaro respiraba con fuerza i parecia hacer poderosos esfuerzos para dominar una grande emocion.

Daza, viendo que nadie contestaba, agregó:

—¡Estamos frescos!

Se paseó a grandes trancos por el comedor i luego, dirijiéndose a uno de los oficiales que le acompañaban, le dijo:

—Vaya usted al telégrafo i diga al señor presidente del Perú que le ruego me trasmita noticias, si es posible, cada cuarto de hora.

Salió el oficial i reinó en la sala un largo i monótono silencio, solo interrumpido por las botas del jeneral Daza, que herian con fuerza el pavimento. Al fin, parándose frente a don Jenaro, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, le preguntó:

—¿I qué piensa usted, amigo Buzeta, sobre esto?

Don Jenaro se hallaba embebido en profunda meditacion i no pudo ménos de hacer un movimiento de sorpresa al verse interpelado.

—¿Yo? interrogó dándose tiempo para contestar; ¿yo?... Pienso, jeneral, que cuando Chile manda veintiun bu-

ques a la bahía de Pisagua, no ha de ser para bombardear el puerto, como sucedió el 18 de abril, sino para destruir el ejército aliado i las fortificaciones, i en seguida desembarcar sus soldados.

—¿Eso piensa usted? preguntó Daza. Tal vez sea así, pero segun lo que me ha dicho mi grande i buen amigo el presidente del Perú, Pisagua es un puerto que puede ser defendido por un puñado de hombres. ¿I sabe usted cuanta fuerza hai ahí?...

—Lo ignoro, señor jeneral, pues no se ha ofrecido que usted me comunique ese dato.

—Olvido, tal vez, amigo Buzeta; un verdadero olvido. Pues bien, en Pisagua están mis batallones Independencia i Victoria, i los peruanos tienen la Guardia Nacional i el cuerpo de policía. Mis batallones componen la verdadera defensa de la plaza: son ochocientos bolivianos que se batirán como pueden batirse ocho mil peruanos...

—¡Cómo! interrumpió don Jenaro ¿tan cobardes considera usted a los peruanos?

—¡Eh! esclamó Daza haciendo un vivo jesto de desprecio, los peruanos no pueden pelear al lado de mis soldados: son unos mandrias.

—I ¿cuántos soldados peruanos hai en Pisagua? preguntó don Jenaro.

—Unos doscientos a doscientos cincuenta escasos; pero son soldados nacionales i guardianes del órden, como si dijéramos soldados de papel. Mis batallones Victoria e Independencia, esos sí que están compuestos de soldados, i estoi seguro que el éxito de esta jornada se deberá a ellos.

Los oficiales, por respeto, permanecian callados.

Zunilda, mordiéndose los labios, miraba alternativa-

mente al jeneral i a don Jenaro, fijando en éste, de una manera obstinada, sus negras pupilas.

Daza recibió a ese tiempo un nuevo telegrama que leyó en voz alta. Decia así:

JENERAL PRADO A JENERAL DAZA.

Chilenos han intentado desembarco i han sido tres veces rechazados con pérdidas incalculables. Incendian el pueblo con sus grandes cañones.

--¿Qué tal? esclamó Daza con semblante alegre. ¿No les decia a ustedes que mis soldados harian prodijios? ¡Ea, amigos, una copa por esos valientes!

Todos, exceptuando Zunilda, se pusieron de pié; i con sus copas llenas esperaron que el jeneral bebiese la suya.

—¡Señores, esclamó Daza, el 2 de noviembre de 1879 será para la alianza, i particularmente para Bolivia, un dia de gloria, porque en él habremos probado a Chile i al mundo entero que el corazon boliviano es un corazon espartano! ¡Bebamos, pues, por la gloria que con su sangre nos están proporcionando nuestros hermanos, miéntras nos llega a nosotros tan honroso turno!

Los oficiales batieron palmas, lanzaron entusiastas bravos i vaciaron, como su jefe i Zunilda, de un solo sorbo su copa.

Solo el señor Buzeta levantó la suya, la acercó a sus labios i la dejó intacta. Un observador habria visto que la noticia del rechazo de los chilenos le habia impresionado hondamente; i Zunilda, que lo observaba con insistencia, pareció tambien notarlo, pues le dijo:

—Solo usted, señor Buzeta, no ha bebido su copa en celebracion de nuestro triunfo.

La entonacion un si es no es agresiva, las miradas centellantes con que la jóven pronunció esa frase, no pasaron desapercibidas para don Jenaro; quien, mirándola tal vez por la primera vez desde que estaba ahí, le contestó con voz pausada, pero al mismo tiempo un tanto mordaz:

—Ya hace tiempo, señorita Zunilda, que usted me conoce a mí i yo la conozco a usted...

—Se equivoca, interrumpió ella mordiéndose los labios i con voz animada i siempre agresiva; se equivoca usted, señor Buzeta; pues si yo conozco su semblante, no conozco de usted nada mas, i eso, me parece, no puede llamarse conocer a una persona.

—Entónces, repuso el aludido, sonriendo con cierta benignidad desdeñosa, yo la aventajo, porque conozco de usted, no solo su semblante, sino muchos de sus gustos, inclinaciones o propensiones. Mas, si usted me hubiera dejado concluir, habria visto que se halla mas o ménos tan instruida como yo, pues, segun me parece, usted sabe que el licor para mí es un algo que solo puedo beberlo con sacrificio.

—¡Cierto! apoyó Daza. El amigo Buzeta no bebe mas de una o dos copas, lo cual es una barbaridad en un hombre como él.

—Cuestion de costumbre, señor jeneral, contestó don Jenaro. Por complacer a usted varias veces lo he intentado; pero ya estoi viejo para cambiar.

Zunilda fijaba sus pupilas en el anciano dejando adivinar uno de aquellos odios profundos que, despues de ser largo tiempo disimulados, se manifiestan con toda su

intensidad. El licor la hacia olvidar la finjida amabilidad con que necesitaba conducirse con el señor Buzeta para no disgustar al jeneral.

Felizmente para ella, éste se hallaba tan preocupado con los triunfos que le anunciaba el presidente del Perú, que no percibió la espresion agresiva de las palabras de su favorita. Continuó, por tanto, formándose castillos en el aire; i dando por hecho que sus dos batallones bastarian para destruir i derrotar a todos los soldados chilenos que conducia la escuadra, esclamó:

—¡Vean ustedes, qué dia mejor, qué ocasion mas propicia para haber capturado o echado a pique esa escuadra, si el Perú, por tener marinos atolondrados, no hubiese perdido estúpidamente su blindado *Independencia* en Punta Gruesa i su *Huáscar* en Punta Angamos!

Un nuevo telegrama interrumpió este diálogo. Decia lo siguiente:

Nuestros valerosos soldados se repliegan al Hospicio; han desembarcado cinco mil chilenos e incendiado todo el pueblo. Ordeno reconcentracion de fuerzas para dar batalla decisiva.

PRADO

Don Jenaro no pudo ménos de sonreir miéntras Daza esclamaba:

—¡Se repliegan!... Es decir, abandonan el campo, dejan a Pisagua en poder del enemigo!... ¡Ira de Dios!... ¿I esto es lo que el señor presidente del Perú llamaba un puerto inespugnable?...

Tiró el telegrama sobre la mesa, i metiendo las manos en los bolsillos del pantalon, comenzó a pasearse a grandes trancos.

—¡Pronto, esclamó de repente, dirijiéndose a uno de los oficiales; vaya usted i diga al Presidente del Perú que digo yo ¿entiende usted? yo... que deje a mis soldados defender solos el puerto, i ellos darán buena cuenta de esos cinco mil bandidos!... ¡Que aparte a mis soldados de los peruanos i los deje pelear solos!...

—¿Voi yo a Arica, señor jeneral? preguntó tímidamente el oficial.

—¡A Arica! esclamó Daza con cólera. ¿I el telégrafo?... ¿Para qué es el telégrafo?

El militar iba a retirarse, pero Daza le dijo:

—¡Aguarde usted! voi yo mismo allá, o si no haria usted una barbaridad!...

Se encasquetó su morrion adornado con un gran penacho de plumas, i dirijiéndose a Zunilda, le dijo:

—No sé si vuelva esta noche; este maldito combate trastorna todos mis planes. Amigo Buzeta, agregó, a la tarde lo espero en palacio. Seguramente tendremos que hablar.

—No faltaré, contestó el anciano, cuyo semblante manifestaba una viva satisfaccion.

Miéntras Daza, seguido de su cortejo salia a grandes pasos, don Jenaro, sin dignarse siquiera dar una mirada a Zunilda, se dirijió a tomar su sombrero.

La jóven, fuera que aquel desprecio la hiriera vivamente, sea que no pudiese reprimir su rabia, se levantó de un salto, i con las mejillas lívidas i los ojos inyectados de sangre por la ira, cerró el paso a don Jenaro diciéndole:

—¡Oye, viejo hipócrita!... Tú te has apoderado del afecto del jeneral i me has arrebatado la influencia que yo tenia con él! Por ti me desterró de la Paz; por ti me

ha tenido largo tiempo alejada de él; por ti, en fin, yo he sufrido mil desprecios i humillaciones; pero oye: el dia de mi venganza ha llegado i voi a hacerte pagar mui caro tus ruindades!

—¡Haced lo que gusteis! le dijo don Jenaro con desden; eso sí os diré que seria mejor para vos no atravesaros en mi camino, pues si ántes solo os hice desterrar, ahora podria aplastaros como a una víbora. ¡Dejadme salir!...

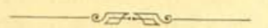
—¡Sí, sale, esclamó Zunilda, mordiéndose con fuerza los labios; sale, i bien pronto verás que la víbora te devora!...

Don Jenaro se alejó de la casa diciéndose:

—¡Esta mujer es incansable i al fin me obligará a cometer un desatino!... ¿Por qué me amenaza con tanta seguridad de triunfo? ¿Por qué me manifiesta de repente su hostilidad, despues de haberla ocultado tanto tiempo? ¿Qué puede tener contra mí?... ¡Vamos, todo no ha de ser sino efecto de las copas que ha bebido!...

Sin embargo de esta reflexion, el anciano no quedó tranquilo, pues la conducta de Zunilda era mui osada para que no contase con algo en qué apoyarla.

CONTRASTES FÍSICOS I AFINIDADES MORALES



Miéntras el anciano se alejaba un tanto preocupado con las amenazas de Zunilda, ésta, trémula por la ira, se dejó caer en un sofá, como para dominarse. Su alto pecho se levantaba al impulso de su respiracion ajitada, i con sus blancos dientes oprimia convulsivamente sus labios.

Al cabo de breves momentos se abrió con suavidad una puerta, i entró, sin hacer ruido, con pasos tímidos, un jóven cuya edad era casi indefinible. Tan bien podia calculársele veinticinco años que cincuenta. Era alto, delgado, con cabellos rubios mui lacios i mui escasos. Su frente alta, surcada por tres hondas arrugas, se prolongaba hasta la coronilla de la cabeza; i sus mejillas enflaquecidas, densamente pálidas, casi trasparentes, sin un pelo de barba ni bigote, dábanle un aspecto de niño-viejo o de viejo-niño.

Marchando sin hacer ruido, como una fantasma, llegó i se acurrucó a los piés de Zunilda como el perrillo frio-

lento que busca un poco de calor i cariño en las faldas de su dueña.

Zunilda le miró vaga, distraidamente, i cuando él, medio arrodillado, estendió sus manos blancas, huesosas i descarnadas para estrechar las de la jóven, ésta le dejó, sin apercibirse de lo que hacia.

El viejo-niño, alentado sin duda por esa tolerancia, imprimió sus labios de una manera ardorosa en las blancas i suaves manos de la jóven. Sus mejillas, tan pálidas i blancas, se tiñeron en la parte de los pómulos de un rosado medio desteñido; i sus ojos, cuyas grandes pupilas eran de ordinario apagadas, sin mas que una espresion triste parecida a la de los ojos de los corderos cuando se les degüella, fulguraron lampos de luz al detenerse, ansiosos i excitados, en los brazos i pecho casi desnudos de la jóven.

—¡Zunilda!... balbuceó dulce, suavemente, con voz que tenia un marcado acento estranjero. ¡Zunilda!... ¿Qué tienes?... ¿Por qué parece que no me ves, ni me sientes, ni me oyes? ¿Qué te sucede?... ¡Dímelo!... Ya sabes que mi alma i mi vida son tuyas!... Ese hombre, el jeneral, a quien odio i maldigo, ¿te ha insultado, te ha ofendido? ¡Mándame i te vengaré! ¡Dime lo que quieras, lo que necesites i lo haré aun cuando me cueste la vida!

Zunilda no contestó; se estremecia de una manera nerviosa, a intervalos iguales, con una de esas rápidas convulsiones parecidas a las que sufren los que están mui constipados.

—¡Tú estás mala, agregó él; tú sufres i no me lo dices!...

I como tampoco esta vez obtuviese respuesta, se levantó, se sentó al lado de ella en el sofá, i rodeando con



Jilberto i Zunilda.

sus brazos el talle de Zunilda, la atrajo hácia sí diciéndole:

—¿Qué tienes?... ¡Me asustas!...

I entre sediento i asustado, la besó en los cabellos, en la frente, en las mejillas i en los labios, repitiendo:

—¡Zunilda!... ¡Zunilda!... vuelve en ti!... Yo te adoro, yo muero por ti!...

Sea que esta especie de ataque operase en la jóven una reaccion; sea que la crísis nerviosa producida por su odio, i mas que todo por el licor, llegase al término en que de la rejidez i mutismo se pasa al movimiento i la locuacidad, lo cierto es que Zunilda, enderezándose bruscamente, mordiéndose los labios con precipitacion, dió una mirada a su al rededor como si buscase algo; aire, apoyo, luz, i ocultando la cara entre las manos, prorrumpió en amargos, en doloridos, en inestinguibles sollozos.

—¡Déjame, Jilberto, esclamó con acento desesperado; ¡déjame, soi la mas desgraciada de las mujeres!...

El llamado Jilberto, que no comprendia que una mujer incitante, un si es no es liviana, voluptuosa i amiga del placer i que tenia por protector al Excelentísimo señor presidente de Bolivia, don Hilarion Daza, i por admiradores a todo su estado mayor, compuesto de jefes de alta graduacion, muchos de ellos jóvenes; Jilberto, decimos, no pudo ménos de sorprenderse i esclamar:

—¡Tú, desgraciada!... Tú, que si quisieras tendrias por amantes a los mas ricos i hermosos hombres de Tacna!

Zunilda hizo un jesto de hastío i replicó con vehemencia:

—¡Amantes!... siempre amantes!... ¿Crees que eso, al fin, no carga, no empalaga, no empacha?... Ya sé que ten-

dria cuantos quisiera, mas no con ello tengo lo que yo deseo, lo que yo necesito, lo que yo quiero! ¡Hai un hombre que me ha despreciado, que me ha ofendido i por quien el jeneral me insultó, me desdeñó i me separó de su lado! ¡Ese hombre vive!... Ese hombre goza de toda la confianza i cariño del jeneral; ese hombre sigue mirándome con el desprecio mas inaudito, con la aversion mas pronunciada; i yo, que le odio, que le aborrezco, que beberia con delicia las últimas gotas de su emponzoñada sangre; yo he tenido que humillarme, que deberle a él mi nueva union con el jeneral, i, finalmente, que disimular mi odio profundo, i sonreirle, i hablarlo, i agasajarlo, cuando lo que yo habria querido es apuñalearlo! ¡Esto me mata, Jilberto!... Miéntras ese hombre viva, miéntras no me vengue tal cual yo quiero, me consideraré la mujer mas desdichada!...

—¿Qué te ha hecho? ¡Cuéntamelo todo!... le dijo Jilberto con excitacion.

Zunilda, sin dejar de llorar i de morderse los labios, pero con llanto intermitente, a veces sofocado por la ira, contestó:

—Sí, voi a decírtelo, voi a contártelo todo, porque tú tendrás que ayudarme en mi venganza. Yo vivia mui contenta i tranquila en la Paz, siendo la favorita del presidente. En los últimos dias de chalilones de este año, teníamos preparados con el jeneral i varios otros amigos, hermosos trajes para jugar a la chaya. Entre mis trajes, tenia uno de bailarina, que debia servirme para la última noche de carnaval; i como el jeneral estuviese deseoso de verme ataviada con él, me lo puse el primer dia, en circunstancias de que habia en casa un estranjero, un viejo hipócrita que me desairó mirándome con el

mas profundo desprecio, miéntras todos los demas me aplaudian.

—¿Qué desaire te hizo? preguntó Jilberto mirando ansiosamente los redondos i desnudos hombros de Zunilda.

—¡Me volvió la espalda, se apartó de mí como con repugnancia i ni siquiera una vez me dirijió la palabra.

—¿I por qué hizo eso?

—¡Qué sé yo! contestó Zunilda cada vez mas encolerizada i mordiéndose los labios con violencia. ¡Qué sé yo!... Pareció escandalizado porque estaba un poco desnuda...

—¡Estúpido! interrumpió Jilberto, para quien el mayor encanto de Zunilda era su impudor!... ¡Ese hombre debe ser un mojigato!...

—Es un hipócrita, un viejo beato que mui poco despues no tuvo escrúpulos para tener relaciones con una tal Rita, querida del jeneral...

—¿I éste no lo supo? preguntó el jóven.

—¡Quién!... ¿el jeneral? ¡Si es otro estúpido! Dijo que el tal Jenaro Buzeta era un hombre mui digno, mui santo, incapaz de serle desleal; i que las relaciones que tenia con Rita eran de la mas pura amistad. ¡Tal es la influencia que ha llegado a tener sobre él ese mentecato!...

—¡I bien! agregó Zunilda tras de breve pausa, desde ese dia nos odiamos a muerte, pero ambos disimulamos. A fuerza de fijarme, de estudiar su fisonomía, de escrutar su semblante i sus mas insignificantes acciones, llegué a formarme la idea de que aquel hombre tenia algo que ocultar. Le hice vijilar; pero él, receloso, sorprendió al que lo espiaba i a mí me amenazó con castigarme severamente si persistia en mis propósitos hostiles. No

contento con esto, me denunció al jeneral, i éste, que ya no obraba ni veia sino por los ojos del tal Buzeta, me amenazó a su vez, si en algo volvia a molestarlo. ¡Infames!... Tan infame es el uno como el otro!...

Al decir esto secó dos lágrimas ardientes que rodaban por sus mejillas, i despues de morderse los labios i de acomodar las ampulosas faldas de sus vestidos, con los cuales casi cubrió las flacas i largas piernas de Jilberto, agregó:

—¡Pero no por esas dobles amenazas renuncié yo a mi idea i a mi venganza!... Continué espiando a Buzeta i llegué un dia a tener en mis manos un gran número de papeles que probaban de una manera indudable que era un espía chileno.

—¡Un espía chileno! interrumpió Jilberto.

—Sí, continuó Zunilda con voz alterada por la ira; sí, un espía que engañaba, que se reia del jeneral sorprendiendo todos los secretos de Estado e imponiéndose de las fuerzas i de los recursos con que contaba Bolivia para la guerra i comunicándolos despues a Chile.

—Pero ese hombre debió ser severa, severísimamente castigado, dijo Jilberto.

—Lo fué en el acto, contestó Zunilda, pues ante la lectura de las piezas que yo presenté al jeneral, éste no pudo dudar i le mandó poner en estrecha prision.

—I ¿cómo se halla en libertad, gozando siempre de la privanza del presidente?

—¡Ah! esclamó Zunilda ajitándose en el sofá i mordiéndose con rabia los labios: porque ese hombre debe tener por aliado al diablo. El jeneral habia resuelto dejarlo morir de hambre en su prision; pero Rita, esa infernal mujer que ya te he dicho, lo sacó de la prision

para que fugase. Mas él no quiso hacerlo i se presentó al jeneral con tal aplomo, con tal desvergüenza, que causó la admiracion de todos.

—I ¿el jeneral le perdonó? preguntó Jilberto admirado.

—No solo le perdonó, contestó Zunilda con voz ronca por el despecho, sino que le volvió a su amistad, i a mí me abofeteó i me desterró de la Paz!

—¡Te abofeteó! esclamó Jilberto con voz airada. ¡Ese hombre te ha abofeteado!...

—¡Sí, repitió Zunilda llorando con rabia i amargura; me dió de bofetadas i me hizo salir de la Paz para Sucre rodeada de jendarmes como una malhechora!... ¡El infame!... dia llegará en que tambien me vengue de él!...

—¡Ah!... ah!... esclamó el jóven con las pupilas animadas por un fugaz destello; ¡ah! yo quiero, yo deseo vengarte!... ¡Mira!... parezco débil i enclenque i que no queda sangre en mis venas ni fuego en mi corazon; pero compláceme, sé mia i te juro que apuñalearé a esos hombres!...

—¿Lo harias? ¿serias capaz de hacerlo? interrogó Zunilda tomándolo de las manos i mirándolo ansiosamente.

Una sonrisa leve, helada, un tanto desdeñosa, entreabrió los finos i descoloridos labios de Jilberto.

—¡Tú no sabes quién soi yo! le dijo, fijando en ella sus pupilas inflamadas por ese algo que centellea en la rabiosa mirada de la raza felina. ¡Estas manos, agregó estendiendo sus largos, huesosos i pálidos dedos, ni tiemblan ni yerran un golpe jamas!...

Zunilda se apartó instintivamente. Habia algo tan helado como la hoja de un puñal en la sonrisa de aquellos labios secos, finos, sin un vello que los adornara.

Por primera vez le miró detenidamente i vió con secreto terror que tenia ante sí, no al niño gastado pero aun sediento de amor como ella habia creido, sino al hombre en cuya alma debia existir algo de terrible i amenazador.

Jilberto hasta entónces habia sido para ella una especie de juguete, un perrillo de falda a quien se complacia en torturar con sus caricias, en hacerlo estremecer de voluptuosidad con sus miradas. Le habia conocido poco ántes, i viéndolo tan rendido, tan humilde, tan débil, al parecer tan inofensivo i digno de lástima, le habia permitido enamorarla i prodigarle caricias, que en él hacian el efecto de un hierro candente que abrasaba sus entrañas i que ella toleraba o recibia con la mayor indiferencia. Pero en aquel momento Jilberto se le presentaba de otra manera: al encontrarse por primera vez sus miradas, animadas ambas por el odio, aquellas dos almas se adivinaron i se comprendieron. Allá, en el interior de cada una de ellas, mútuamente divisaron un fondo oscuro, cenagoso, el cual debia estar alimentado por la sangre i las lágrimas que produce el crímen.

—¿Cómo Jilberto, se preguntó Zunilda, este fantasma de hombre, a quien amenaza arrebatar el viento, puede ser lo que parece?

—¿Cómo Zunilda, se dijo Jilberto, esta mujer tan incitante, tan voluptuosa, con tantos atractivos, puede haber llegado a ser una criminal?

No obstante, uno i otro se regocijaron al comprenderse.

Zunilda vió en aquel viejo-niño, como lo hemos llamado al principio, al hombre que necesitaba para su venganza.

Jilberto vió en aquella mujer, mole de carne i de san-

gre, el hartazgo de sus lúbricos apetitos, poderosamente sobrexcitados por la pasion ardiente que le dominaba.

Desde aquel momento, por la lei de los contrates físicos i la lei de la afinidad moral de las almas, Jilberto i Zunilda debian asociarse, completarse, unirse i ser el uno el alma del otro.

UN CHACAL I UNA HIENA

Creemos casi innecesario dar latas noticias de los dos nuevos personajes que hemos puesto en escena. Nos bastará consignar algunos de sus hechos principales i dibujar, si así podemos decirlo, sus siluetas morales. Ello será lo suficiente para que se les aprecie en lo que valen.

Zunilda, nacida en la Paz, habria ocupado siempre una posicion ménos que mediana, si a los catorce años no hubiese iniciado su vida pública, abandonando su hogar para reemplazarlo por el chiribitil de una fonda, al cual la trasladó un libertino. Ahí, entre las llamas del ron i el humo del tabaco, se desarrolló física i moralmente; i desligada del primer hombre que le sirvió de maestro de perdicion, su juventud fué una cadena no interrumpida de triunfos i escándalos. Resistente por naturaleza al desgaste que ocasiona la licencia i el placer, pudo conservarse fresca, incitante i lozana, miéntras sus compañeras marchitábanse como la tierna yerba sin riego que mata un ardiente rayo de sol.

Así vivió mucho tiempo. Fué la reina de muchas de esas casas a donde hombres grandes suelen entrar con faz descubierta; pero en donde muchos grandes hombres penetran cuidadosamente cubiertos.

Mas, haremos una salvedad, en obsequio de unos i otros. Los hombres grandes, tal vez por su estatura que es capaz de llenarlo todo, entran o suelen entrar de dia i de noche, a su antojo, en donde no pueden entrar, aun de noche, sin empequeñecerse mas, los grandes hombres que, por su físico, ordinariamente son pequeños.

Estas diferencias entre el hombre grande i el grande hombre no tuvieron para Zunilda mucha significacion. Tanto solia arrastrarla una buena planta, un jóven de largos mostachos i hérculeas formas capaz de prodigar puñadas i mandobles a diestra i siniestra, como el semblante enfermizo i la blonda i larga melena de un poeta, que no era apto, segun sus versos, sino para alabar los pálidos i suaves rayos de la luna.

Entre unos i otros, no sabemos cuál de los dos tipos preferiria la voluptuosa Zunilda; lo que sí podemos asegurar, es que siempre halló mas prosa donde parecia haber mas poesía i vice-versa. Lei de los contrastes.

Los frecuentes cambios de dueño, llevaron a Zunilda a la costa, al pueblo de Antofagasta, allá por los años 1876 i 77, época en que hubo ahí un conato de revolucion protejido por los chilenos.

La mujer perdida debia esperimentar allí una corta reaccion para caer en seguida en el crímen i en la mas completa relajacion.

Zunilda amó, i por algun tiempo ella misma pensó en rejenerarse. Amó a Félix Navarra, que en esa época estaba establecido en Antofagasta, i le consagró su alma,

su vida, con toda la vehemencia, con toda la abnegacion de un primero i único amor.

La mujer que ha prostituido su corazon i llega por un accidente a apasionarse, es casi terrible en sus afectos. Ama con vehemencia, con exaltacion, con delirio i se entrega entera, esclusivamente, a su pasion.

Zunilda sintió por Félix una de esas pasiones ardientes, insaciables, que así como cautivan en los primeros dias al que la ha inspirado, por la novedad, por la embriaguez del placer, así tambien pronto le sacian i le empalagan.

Félix no pudo resistir mucho tiempo aquel torrente de amor, aquel aluvion de caricias; i habiéndose enamorado de una hermosísima chilena que por aquel mismo tiempo llegó a Antofagasta, rompió con Zunilda.

Sucedió entónces al afecto el odio, al amor los celos, a la pasion la venganza.

El nuevo amor de Félix era una mujer virtuosa, casi una santa, el polo opuesto de Zunilda; i el jóven por lo mismo la amó con toda la delicadeza i respeto con que se ama a la que se desea para esposa.

Zunilda espió los pasos de Félix, descubrió su amor i al mismo tiempo, el plan revolucionario en que estaba comprometido. De acuerdo con el prefecto, el dia en que fracasó la revolucion, Zunilda se apoderó de la jóven a quien Félix pensaba hacer su esposa i de una manera bárbara e inhumana, la asesinó con sus propias manos.

Satisfecha su venganza, aquella mujer manchada por tan negro crímen, regresó a la Paz alimentando un odio profundo para todos los chilenos, i consiguiendo hacerse pronto una de las favoritas del jeneral Daza.

Respecto del llamado Jilberto, su historia será mas corta, aun cuando es mas fecunda en detalles. Era orijinario de Estados Unidos; i aun cuando sus padres poseian una modesta fortuna i quisieron emplearla en educarlo, no bien el jóven Jilberto cumplió 20 años, abandonó la casa paterna robando cuando pudo al autor de sus dias.

Jilberto, perezoso para casi todos los estudios, se distinguió siempre en los colejios por su rara habilidad para escribir e imitar toda clase de letras.

Desde los 15 años, habia comenzado a enflaquecer i palidecer, sin que nadie pudiese adivinar la causa; sin embargo, aquellos dedos que se alargaban i ponian casi trasparentes, adquirian de dia en dia mayor destreza en la caligrafía, i una ajilidad admirable para hacer pruebas de mano, escamoteos, etc.

Por esta particularidad i por su físico le llamaban el duende.

Desde que abandonó su hogar, la vida de Jilberto fué una série no interrumpida de latrocinios, de crímenes i falsificaciones.

Con la facilidad para imitar toda letra, sacaba dinero, mercaderías, joyas, etc., de las tiendas i almacenes; i con su estraordinaria ajilidad de manos, merodeaba en todas partes sin que jamas se le sorprendiera.

Miéntras tenia suficiente dinero se encerraba con mujeres perdidas, siempre las mas voluminosas, las mas gordas, i consumia ahí su vida i hasta el último real, con la tranquilidad de quien no debe trabajar mucho para volver a enriquecer.

No siempre, sin embargo, sus robos pasaron desapercibidos, ni sus manos solo tuvieron que escamotear. Sor-

prendido una ocasion por una sirviente, al salir de un gabinete en que habia atrapado una buena cantidad de oro, sacó un delgado i largo puñal, i cayendo sobre la mujer, que daba voces, se lo sepultó en la garganta matándola en el acto. Él escapó.

Un niño de seis años i su anciano padre amanecieron una mañana asesinados en sus propias camas i la caja de fondos, que contenia gruesos valores, abierta i saqueada. La justicia buscó inútilmente al asesino. Jilberto pasó cerca de un año sin tener necesidad de salir a la calle.

Su última aventura, o mas bien, su último crímen, lo hizo abandonar a Estados Unidos.

Se trataba de uno de esos crímenes repugnantes, que de cuando en cuando, para vergüenza de la humanidad, conmueven a los pueblos. Jilberto residia en una casa en donde se le daba habitacion i comida, que pagaba ostentosamente; i un dia, suministrando un narcótico a los dueños de casa, mató, bajo el peso de su infernal lujuria, a una tierna niña de nueve años...

Huyó, agregando a su horrendo crímen el robo de cuanto de valor encontró a la mano; i como viese que ya en Estados Unidos la justicia caeria de un momento a otro sobre él, se dirijió al Perú, cuyas riquezas habia oido ponderar en su niñez.

Despues de visitar a Lima y el Callao, i encontrarlos minados por una gran pobreza, se dirijió a Arica i Tacna, en donde, por estar el ejército aliado i los presidentes del Perú i Bolivia, nuestro aventurero creyó poder ejercitar en el juego u otras circunstancias su arte de prestidijitacion. En los cafées, haciéndose santurron e inocente, a lo que se prestaba admirablemente su fisonomía sin

vida ni espresion, desvalijaba de cuando en cuando a los incautos, con tal arte, que las mismas víctimas admiraban la suerte de aquel niño mimado por la fortuna.

Apénas llegó a Tacna, conoció a Zunilda; i sabiendo que era favorita de Daza, procuró ganarse su amistad, lo que no le fué difícil. Mas sucedió que el descoco, la impudencia, las desnudeces de aquella mujer degradada ejercieron tal influencia sobre sus lúbricos i depravados instintos, que a los pocos dias se encontró subyugado, no diremos por la pasion, porque esta palabra no retrata las emociones de Jilberto, sino por un deseo loco, insensato, que hacia crujir las mas delgadas fibras de sus nervios. La indiferencia, la aquiescencia de Zunilda para recibir sus manifestaciones i aun sus caricias, habian concluido por enloquecerlo.

Dos dias ántes del que hemos elejido para presentarlos, Jilberto i Zunilda se ocupaban, por pasatiempo, de recorrer unas cuantas cartas que habia dejado el jeneral Daza.

—¡Qué linda letra! dijo Zunilda refiriéndose a una carta llegada de la Paz.

Jilberto sonrió, i como tenia a la mano recado de escribir, copió unas cuantas líneas de la carta, con letra tan idéntica, que causó la admiracion de Zunilda. Para sorprenderla mas con su habilidad, hizo otro tanto con todas, concluyendo al fin por escribir una ardiente declaracion de amor dirijida a Zunilda con una letra tan perfilada, tan correcta i tan pareja, que no la habria hecho mejor una litografía.

Zunilda se quedó pensativa un instante i al fin esclamó:

—¿Puedes imitar, entónces, cualquiera letra?

—Desde la mas hermosa hasta la mas burda e ilejible, contestó él.

Zunilda fué a otra pieza i volvió con un papel.

—Imita esa, le dijo.

Jilberto lo efectuó de tal modo que era imposible hacer distincion entre una i otra.

—¿Si yo te pido, le preguntó entónces ella, ajitada por una poderosa emocion, que me escribas algo, cualquiera cosa que no sea esto mismo, pero con letra igual, podrias hacerlo?

—Con la mayor facilidad.

—¿I lo harás, sea lo que sea? interrogó ella.

—Queriéndolo tú, contestó él, escribiré mi sentencia de muerte.

—Pues bien, tal vez yo te pida un servicio; i si me lo haces, cuenta con mi gratitud.

—¿I no con tu amor? preguntó Jilberto con ansiedad.

—¡Ya veremos!... le contestó Zunilda sonriendo; eso dependerá de la letra.

Desde ese dia, Zunilda, como nunca lo habia hecho, mortificó a Daza con incesantes preguntas sobre cuanto se relacionaba con la guerra, i en seguida se encerraba en su pieza a escribir.

Dados estos antecedentes de los nuevos personajes puestos en escena, continuaremos nuestra narracion desde el punto en que la hemos interrumpido.

PLANES TENEBROSOS

Desde el momento en que Jilberto i Zunilda se comprendieron, es decir, desde que comprendieron que ambos eran capaces de todo, la alianza se ajustó sin dificultades.

—Hablemos sin rodeos, le dijo ella.

—Bien; hablemos, contestó él.

—¿Quieres ayudarme en mi venganza?

—Con toda mi alma, si satisfaces mis deseos.

—¿Serás capaz de todo, aun de matar, si así yo lo quiero?

Gilberto volvió a sonreir de un modo glacial, indescriptible, i contestó:

—No me asusta la vida de un hombre; tengo, como te he dicho, mano certera.

—Pues bien, seré tuya, replicó ella, desde el mismo dia en que me vengue.

—Entónces, repuso él con una calma aterradora, que se hacia mas repulsiva por el acento estranjero de su

voz; entónces lo serás hoi mismo, o mañana a mas tardar. Le mataré.

—Aun nó, objetó ella. Tal vez no será necesario que lo hagas tú. Por otra parte, la muerte sola de ese hombre es poco para mi venganza.

—¿Quieres hacerlo sufrir horriblemente? Hai un medio mui fácil: le bañaré con vitriolo i morirá despues de agudos sufrimientos.

Zunilda meditó.

La calma con que ambos debatian tan estraña cuestion, habria helado la sangre de cualquiera que les escuchase.

—Tal vez convenga eso despues, dijo ella al cabo de un rato.

—¿Despues de qué? preguntó él.

—Despues de hacerlo caer de la gracia del jeneral; despues de hacerlo aparecer como un espía, de tal manera que no pueda justificarse. Quiero que el jeneral i todos reconozcan que yo no me habia equivocado i que son ellos los estúpidos.

—Pero ¿i si no es espía? interrogó Jilberto.

—Si no es, quiero que aparezca i sea juzgado como tal.

—Yo no veo el medio, dijo Jilberto.

—Yo sí que creo haberlo encontrado. Escúchame con atencion, dijo Zunilda animándose. El jeneral, en medio de sus embriagueces, me ha dicho que el tal Jenaro Buzeta es un arjentino que tiene amistad con los ministros i otros personajes chilenos, con los cuales, haciéndoles creer que sirve a Chile, mantiene relaciones. Él manda de aquí, segun la creencia del jeneral, noticias falsas o aquellas que convienen al Perú i Bolivia; i reci-

be, en cambio, algunas referentes al ejército chileno. Mas esto para mí no existe, sino al reves. El tal Buzeta debe mandar de aquí datos minuciosos, noticias completas, i dar, en cambio, solo las que convienen a Chile. Así, por ejemplo, el jeneral Daza i el presidente del Perú han estado en la persuasion de que el ejército chileno atacaria, para desembarcar, a Iquique o Arica; i ya ves que el punto elejido es Pisagua. ¿No debe ser él quien les ha imbuido o hecho creer tal patraña?

Como Zunilda callase un instante, Jilberto le preguntó:

—¿De suerte que tú crees que el tal Buzeta manda a Chile dos clases de comunicaciones?

—Precisamente, contestó ella mordiéndose los labios. Una que arregla con el jeneral, i otra en que él debe acumular las cosas ocultas.

—Seria, por tanto, necesario, dijo Jilberto, apoderarse de esa segunda comunicacion, sorprenderlo escribiéndola, o hacer de modo que el jeneral la reciba sin que pueda dudar de su procedencia.

—Eso es, contestó Zunilda; i en caso que no escriba tales correspondencias o no podamos apoderarnos de ellas, finjirlas i hacerle aparecer a él como el autor.

Jilberto sonrió del modo que le era peculiar cuando se trataba de una infamia.

—Te comprendo, dijo, i veo que tienes intelijencia.

—¿Te parece buena mi idea? preguntó Zunilda, alegre con la aprobacion de su aliado.

—Sí, es buena i para mí mui practicable.

—¿Entónces me ayudarás?

—Con cuerpo i alma, hermosa mia.

—¿Qué haremos desde luego para asegurar el éxito? ¿Crees conveniente emplear el último medio?

—Aun no; déjame espiar a mi vez al espía i te aseguro que ántes de 24 horas habré formado mi plan.

—No sacarás nada, le dijo Zunilda con cierto despecho, con seguir los pasos de ese hombre. Yo he procurado, por cuantos medios he tenido a mi alcance, de apoderarme de sus correspondencias i solo he conseguido aquellas que redacta de acuerdo con el jeneral: esas las deja en su escritorio o las escribe en palacio, así que nada he avanzado con ellas; pero sé que en su aposento escribe hasta mui tarde de la noche, que muchas veces guarda en su cartera lo que ha escrito, i en fin, que para remitir sus correspondencias hasta donde pueden marchar en territorio peruano o boliviano, aprovecha los mismos correos, *chasques* o enviados del presidente de Bolivia i del Perú.

—¿I a quiénes dirije él esas correspondencias? preguntó Jilberto.

—A distintas personas: a Iquique las ha dirijido a una mujer, a quien dicen que corteja o ampara el jeneral Buendía; a Pisagua, Arica i otros puertos peruanos, bajo la recomendacion del presidente Prado o del bobalicon del jeneral Daza, a los mismos capitanes de puerto o jefes de la plaza, para que ellos la remitan o la entreguen a los capitanes de los vapores que son afectos a nuestra causa, i que, creyendo llevar notas o algo nuestro, se hacen portadores de noticias para el enemigo.

—¡Bien!... bien!... esclamó Jilberto con cierta complacencia; veo que ese viejo, nuestro enemigo, si es cual tú le supones, no tiene, como dicen ustedes en castellano, «un pelo de leso.»

—¿Simpatizas con él? preguntó Zunilda con voz alarmada.

—Sí, por cuanto veo que voi a medir mis fuerzas, no con una masa bruta a la cual se puede derribar con una zancadilla o una puñalada, sino con un hombre a quien ahora deseo vencer por mi injenio.

Zunilda no habia acordado, ni siquiera se habia preocupado de aquilatar el talento de Jilberto; al contrario, como hemos dicho ántes, le consideraba un ente ridículo, mas bien digno de lástima que de atencion. Pero en aquel momento ese sér enclenque, amarillento, calvo i sin pelo de barba, volvia a presentársele con su sonrisa helada, que parecia representar la omnipotencia del mal. Al verlo dispuesto a luchar con don Jenaro Buzeta, no ya como el asesino que busca la ocacion traidora i propicia para sepultar a mansalva su puñal homicida en el pecho de su víctima, sino como el adalid que quiere medir sus armas de igual a igual, Zunilda volvió a sentir cierto terror que se tradujo en ella por repetidos apretones de labios, por nerviosas ajitaciones de sus músculos i al fin por una especie de vacilacion, de duda i de miedo que le hizo preguntar:

—¿Qué piensas hacer?

—¿Acaso lo sé yo? interrogó a su vez Jilberto con voz animada. Obraré segun las circunstancias me lo aconsejen. ¿Cómo has sabido tú que Buzeta escribe hasta mui tarde en la noche?

—Porque le he hecho espiar, haciendo subir al techo de su pieza a un cholo que no le ha perdido de vista durante varias noches.

—¿En el techo hai alguna abertura?

—Hai un tragaluz o ventilador parecido a los que tienen muchas casas.

—¡Ah!... ¡ah!... esclamó Jilberto, eso es una gran co-

sa!... I este señor, supongo, dormirá en esa misma pieza. ¡Bien, esto se presenta bien!... La mayor dificultad está en conocer mas o ménos el estilo del sujeto. Si tuvieras tú alguna carta, alguna nota, ya podríamos redactar las nuestras en el mismo tono.

—No tengo mas que esas líneas que te hice imitar denantes, contestó Zunilda; pero he oido decir que escribe bien i es mui intelijente.

—Bueno, ya tendremos algo de él: eso déjalo a mi cuidado. ¿Sabe él que tú eres mi amiga?

—Tal vez lo ignore, pues nunca nos hemos encontrado en su presencia. A mas, como ni aun el jeneral conoce nuestra amistad, él tampoco debe conocerla.

—¿Tiene dinero ese señor? preguntó Jilberto incitado por sus malos instintos i calculando que tal vez podria matar dos pájaros de una pedrada.

—Creo que es rico, contestó Zunilda, pues le he visto prestar una vez cinco i otra diez mil pesos al jeneral, en noches de juego.

—¡Ah!... ¡ah!... volvió a repetir Jilberto con íntima satisfaccion, miéntras sus apagadas pupilas se iluminaban con una chispa de alegría.... ¡Bien bien!... esto se presenta bien!... ¿Te disgustaria a ti que a la vez hiciéramos un buen negocio? Quien presta diez mil pesos, por lo ménos posee otro tanto!... ¡Veinte o treinta mil pesos!... agregó cerrando un poco los párpados como para concentrar su pensamiento. Bonita suma ¿verdad, hermosa mia?

—Sí... contestó Zunilda vacilando. Pero ¿i si te sorprenden?

Jilberto volvió a sonreir de esa manera que causaba miedo a Zunilda.

—Si álguien me sorprende, dijo levantando su chaleco hasta la cintura, éste no le dejará hablar.

I mostró a la jóven un agudo i delgado puñal de ennegrecida hoja.

Zunilda se estremeció convulsivamente como habria podido hacerlo una tímida niña. No sabia darse cuenta por qué en aquel hombre le causaba terror lo que en otro habria visto con absoluta indiferencia.

—¿Te causa miedo? le preguntó él sonriendo.

—No... yo no me asusto por tan poco, contestó ella con alguna vacilacion.

Tuvo deseos de preguntarle si habia usado muchas veces aquella arma, pero temió que se le contestara afirmativamente.

—No temas nada, agregó Jilberto; yo sé arreglar esas cosas de una manera admirable.

Permaneció un rato callado, meditando. Luego su fisonomía se animó i la sonrisa fria rieló por sus labios.

—Dime, preguntó el jeneral ¿tiene absoluta confianza en ese individuo?

—Ilimitada, mas que en sus queridas, mas que en su misma esposa, contestó Zunilda.

—¿Le suele recibir en sus aposentos privados, en su dormitorio, en las piezas donde él guarde lo de mas valor que posea?

—En todas partes. Cuando se halla un poco ébrio, sobre todo, le hace que le acompañe hasta su cama i no lo deja irse hasta que se queda dormido.

Jilberto se frotó las manos i su sonrisa i sus pupilas adquirieron una espresion tan repelente, que Zunilda no pudo ménos de estremecerse i de morderse repetidas veces los labios.

—I ¿tiene el jeneral, agregó Jilberto, algun dinero, algunas joyas?

—Dinero ordinariamente tiene poco, contestó ella; pero le he visto algunas joyas i entre ellas un solitario de valor.

—¡Ah!... ah!... esclamó el escuálido yankee; dame un abrazo, hermosa mia, dame un abrazo, pues te voi a vengar de una manera que tú ni lo imajinas!

I uniendo el dicho al hecho, estrechó a Zunilda entre sus largos i delgados brazos.

—¡Déjame!... le dijo ella con cierto terror. ¡Déjame!... aun no!

—¡Sí! contestó él; quiero permanecer con toda mi enerjía para disponer tambien de todo mi talento!... Ya verás lo que voi a ejecutar!...

—¿Qué es ello?... ¡Dímelo! Yo no quiero que mates todavia al jeneral.

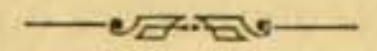
—¡Matarlo! ¿quién piensa en matar? ya verás mi obra i me admirarás!... Por ahora lo que necesitamos es que las pocas personas que conocen nuestra amistad, crean que hemos chocado o hemos dejado de vernos. Por tanto, yo no vendré mas aquí. Irás tú a verme todas las noches, a las ocho, i nos reuniremos en la Plaza del Teatro nuevo.

—¿I si ha venido el jeneral i no puedo salir? preguntó Zunilda.

—Tienes razon; entónces yo vendré o mandaré cuando te necesite. A mas que esto no ha de durar mucho...

Cambiaron aun algunas palabras sin importancia, sellaron su alianza con un apreton de manos i Jilberto se retiró a poner en práctica sus planes.

EL LOBO CON PIEL DE OVEJA



Jilberto no era hombre de perder un minuto cuando habia concebido un proyecto.

Inmediatamente de salir de casa de Zunilda se dirijió al departamento que ocupaba don Jenaro Buzeta. Constaba el departamento de tres piezas, la primera con puerta a la calle i al pasadizo, i las otras con salida a un gran patio, rodeado de habitaciones que ocupaban otras personas.

El objeto de Jilberto, al dirijirse a casa de don Jenaro, no era otro que inspeccionar el terreno i ver el punto o los puntos por donde podria poner en práctica sus planes. Una ojeada le bastó para abarcar el esterior, regocijándose de aquellas puertas que podian ser un gran recurso.

Estudiado el esterior, el bandido entró resueltamente al pasadizo i dió tres golpecitos en la puerta de don Jenaro, que en aquel momento estaba entreabierta.

—Adelante, dijo el anciano levantando la cabeza i cesando de escribir.

Jilberto entró, i sacándose el sombrero, comenzó a hacer tales jenuflexiones que casi tocaba con la frente en el suelo. Entre una i otra, avanzaba dos o tres pasos hasta llegar a colocarse mesa de por medio con don Jenaro, a quien, al mismo tiempo de inclinarse, le decia con voz dulce i humilde:

—¡Beso los piés del señor!... ¡Perdóneme el buen señor que le moleste!... ¡Soi un esclavo del señor!...

Don Jenaro, al ver aquel niño calvo i con arrugas, aquel semblante tan ridículo, aquel cuerpo que parecia una caña o una varilla de mimbre que se doblaba i erguia ante él, se sonrió i con acento benévolo le preguntó:

—¿Qué desea usted, jóven?

—¡Ah, señor!... Soi un pobre estranjero, un emigrado que necesita un poco de compasion para vivir. Se me ha dicho que usted es el hombre mas benigno i he venido a implorar su apoyo.

La voz de Jilberto, suave, aflijida, impregnada de cierta sinceridad melancólica, conmovió a don Jenaro en el acto. Sacó su cartera i de ella tomó algunos billetes que pasó al astuto bandido diciéndole:

—Tome usted, i cuando se le haya concluido este dinero, si aun permanece sin ocupacion, vuelva por acá.

Jilberto estendió sus delgados brazos abriendo sus manos en actitud de rechazo.

—¡Nunca, mi buen señor!... esclamó con voz sentida. Perdonad!... pero aun cuando es grande mi necesidad, todavia no podria comer el pan del mendigo!

Don Jenaro creyó que el desconocido iba a llorar, tan trémula i dolorosa era su voz.

—¿Qué desea usted entónces? le preguntó con admiracion.

—Ganarme mi pan, señor; ganar honradamente aun cuando sea un duro mendrugo que llevar a mis labios. Quiero i puedo trabajar; i desde escribiente, porque tengo buena letra, hasta lavar platos en la cocina o barrer la calle, no rehuso ninguna ocupacion. No me rechaceis, señor; todo lo que necesito es un pedazo de tierra en qué dormir i otro pedazo de pan para alimentarme.

—I teniendo tan buena disposicion para trabajar ¿no ha encontrado usted colocacion? le preguntó don Jenaro.

—¡Ah! señor, esclamó Jilberto lanzando un profundo suspiro. ¡No sabeis cuán desgraciado me hace este físico i este semblante, que a todos causan risa, desprecio i repulsion! Nadie quiere protejerme, nadie toma interes por mí, i como si fuera un apestado, me rechazan de todas partes. ¡Ya esta situacion, señor, me desespera; i si salgo de aquí como he salido de otras partes, estoi resuelto a que termine todo!

—¿Qué piensa usted hacer? le preguntó don Jenaro.

—¡Ahorcarme! contestó Jilberto con voz breve i sombría.

El bondadoso anciano le miró profundamente conmovido i se dijo en su interior:

—¡Infeliz!... ¡qué torturas habrá padecido cuando se halla en ese estado!

I dirijiéndose a él agregó:

—Pues bien, yo acojo a usted i le ocuparé en algo, intertanto.

Jilberto alzó las manos i la vista al cielo, i dando una vuelta a la mesa, fué a caer de rodillas a los piés del anciano diciéndole con voz entrecortada:

—¡Oh!... sois mi dios, mi providencia i voi a bendeciros toda mi vida!

—Levántese usted, le dijo don Jenaro conmovido: el hombre que ama el trabajo no puede ser desgraciado.

Jilberto sacó un pañuelo i se lo llevó a los ojos como para enjugar sus lágrimas.

—Sí, señor, contestó con voz trémula, levantándose; sí, señor, el corazon me dice que desde hoi cesaré de ser desgraciado.

Don Jenaro tocó un timbre i al poco rato se presentó un criado.

—Llama al dueño de casa, le dijo el anciano; i volviéndose a Jilberto agregó indicándole una silla:

—Siéntese usted, jóven, miéntras arreglo su instalacion.

Jilberto ocupó la silla indicada con toda la humildad i timidez que convenia a su situacion, quedándose sin hacer el menor movimiento.

Cuando se presentó el dueño de casa, don Jenaro le dijo:

—Desde hoi queda a mi lado este jóven; déle usted una pieza pequeña, con los muebles indispensables i todo aquello que necesite para su alimentacion. ¿Cómo se llama usted, jóven? le preguntó dirijiéndose a él.

—Jilberto Wuahtsin, contestó éste poniéndose de pié con la mayor humildad.

—I bien, señor Jilberto, agregó don Jenaro con su acento bondadoso; vaya usted a su pieza, pida lo que necesite, i cuando ya se halle completamente instalado, vuelva por acá para darle algo a copiar, puesto que tiene buena letra.

—¡Oh!... gracias, señor, esclamó el bandido. ¡Dios pagará a usted esto que hace por mí!...

Siguió al dueño de casa; i si el anciano hubiese visto

la sonrisa infernal que se dibujó en los labios del bandido, habria tenido miedo, como Zunilda, de aquel sér enclenque, de aquel niño envejecido.

Ántes de media hora Jilberto volvió a presentarse.

Don Jenaro, en vez de darle trabajo, como le habia prometido, le hizo sentarse i principió a interrogarlo paternalmente sobre su vida, su situacion i su pasado.

Jilberto contó una historia que en mas de una vez enterneció al anciano. Dijo que habian sido tres hermanos, dos hombres i una mujer, tocándole a él ser el menor. No recordaba bien los primeros dias de su infancia; pero sí que su madre le defendia muchas veces i lo salvaba en otras de los castigos que le hacia su padre. A este propósito, le habian quedado grabadas en la mente algunas palabras de su tierna madre: tú no eres justo, le habia dicho repetidas veces a su esposo ¿qué culpa tiene este pobrecito de ser tan defectuoso? Si los padres no debieran amar sino a sus hijos perfectos, todos los dias tendrian que arrojar a un muladar a los que son contrahechos.

—Miéntras vivió mi santa i buena madre, agregó Jilberto con voz enternecida, tuve en ella un apoyo i un consuelo; i en el hogar de mis padres i de mis hermanos, un sitio un poco superior al de los criados, pero mui inferior al de mis hermanos. Ella, mi inolvidable madre, por lástima, ya que no por amor, me habria dado un puesto igual, si no superior al de mis hermanos; pero el autor de mis dias no podia vencer la repulsion que le causaba mi cabeza casi sin cabellos, mis cejas i pestañas casi despobladas i mi cuerpo tan raquítico i miserable, que amenazaba deshacerse con un soplo de viento. Por tal motivo, yo vivia condenado a no jugar, a no participar de los

goces de la niñez de que disfrutaban mis hermanos; i si alguna vez, tímidamente, me asociaba a ellos, era para soportar golpes, desprecios i mil de esos martirios que los niños aplican al que desprecian, al que no consideran su igual.

Jilberto se detuvo un instante como si el recuerdo doloroso de aquella época de su vida ahogara su voz. Luego, con el candor i la injenuidad de un niño, agregó:

—No obstante, señor, yo amaba a mis hermanos; sus mejillas rosadas, sus blondas cabelleras, sus cuerpos robustos i esbeltos, las atenciones i caricias que recibian de cuantas personas iban a la casa, me hacia considerarlos como séres mui superiores a mí. Cuando mi madre trabajaba por hacerme partícipe de aquellas manifestaciones diciendo a sus amigos que si era tan defectuoso tenia en cambio mui bellas cualidades morales, les oia decir: ¡Pobrecito!... qué lástima que sea así!... Esta palabra pobrecito la oí repetir tantas veces, que al fin adquirí el convencimiento de que no habia un sér mas desgraciado que yo. Sin embargo, mi situacion debia aun empeorar. Mi madre cayó a la cama i a los pocos dias dejó de existir. Sus últimas palabras fueron para recomendarme a mi padre, para pedirle que me tuviese compasion.

Jilberto volvió a callar e hizo como que contenia sus lágrimas.

Don Jenaro le escuchaba con interes, profundamente compadecido de aquel sér tan desgraciado.

—Muerta mi madre, continuó Jilberto con voz emocionada, quedé en la casa solo i aislado; pero el espíritu de mi madre, sin duda, inspiró a mi padre la idea de encerrarme en un colejio, en el cual, si tuve que sufrir

mucho con los niños, en cambio recibí alguna educacion.

Narró en seguida que pronto habia quedado huérfano, que sus hermanos no lo habian admitido en casa, i en fin, que se habia ganado la vida de copista en algunas oficinas, hasta que, oyendo ponderar la riqueza del Perú, resolvió dejar su patria.

Temeroso de que don Jenaro supiese por algunos que lo habian visto jugar en los hoteles u otras casas, le dijo:

—Por una disposicion de la Providencia, sin duda, hasta hoi no me ha faltado qué comer. Un dia ya no contaba sino con dos monedas de a viente centavos; i habiendo visto jugar en un hotel, me dije: dicen que siempre ganan los que juegan por primera vez: voi a tentar fortuna. Tiré una de mis monedas sobre una carpeta; i aun cuando yo no entendia absolutamente el juego, pensé que si ganaba me habian de pagar. Así sucedió, en efecto; i mi moneda, dejada por mí en el mismo sitio, comenzó a duplicarse con tal rapidez, que al cabo de un cuarto de hora habia quebrado la banca. Despues he vuelto a jugar algunas veces, ya por compromiso, ya por emplear de alguna manera mi tiempo. Pero tengo miedo, señor, de contraer ese vicio i por esto quiero trabajar, ganarme la vida con honradez.

El anciano lo felicitó por su determinacion i le prometió ocuparse en adelante de su porvenir.

La buena letra de Jilberto, su carácter humilde i servicial, el anhelo que manifestaba por estar siempre ocupado, le hicieron atraerse por completo las simpatías de don Jenaro.

Le colocó, pues, en su escritorio, le permitió permanecer en él aun cuando estuviese solo, i a fin de darle

ocupacion, le confió el trabajo de escribir algunas cartas o correspondencias que no tenian nada de comprometentes por ser redactadas de acuerdo con el jeneral Daza.

Será casi inútil decir que ántes de 24 horas Jilberto conocia los apuntes, las listas, escritos, etc., etc., que don Jenaro poseia; i aun cuando de todos ellos tenia noticias Daza, porque don Jenaro se lo comunicaba, el astuto bandido vió en ello algo que el jeneral no veia i que era la confirmacion de las sospechas de Zunilda. Lo importante era apoderarse, no de aquellos papeles que el anciano descuidaba, sino de una gruesa cartera que siempre llevaba en el bolsillo. Los ájiles dedos del bandido, que habian urgado los aposentos del anciano, sin dejar un cajon ni un compartimento sin rejistrar, durante esas 24 horas no habian hallado, sin embargo, una ocasion propicia para escamotear la cartera, inspeccionar su contenido i volverla a su sitio en caso de no encontrar en ella documentos que probaran de una manera irrecusable el espionaje de don Jenaro.

Hubo, sin embargo, una circunstancia que en cierto modo vino a favorecer los proyectos de Jilberto.

Don Jenaro, que sentia por Zunilda una antipatía invencible, una de esas repulsiones que solemos esperimentar por un reptil, por un insecto ponzoñoso, hacia grandes esfuerzos para ir a su casa i departir con ella en los diálogos mas o ménos libres i licenciosos que se entablaban con el jeneral. Si pasaba por tal sacrificio era porque ahí, entre copa i copa, Daza solia contarle los mas ocultos secretos del Estado; pero desde la amenazante agresion de Zunilda, formó el propósito de no ir mas a su casa, aun cuando disgustase un tanto al jeneral.

Con tal motivo, para comunicarse con éste cuando estuviese donde ella, necesitaba de un intermediario o de un portador de su correspondencia. Para ambos empleos fué señalado Jilberto.

El anciano, sin sospecharlo, daba armas a sus enemigos i preparaba su propia ruina.

RECELOS I DESCONFIANZAS

Los cuatro dias que siguieron al ataque i ocupacion de Pisagua por el ejército chileno, fueron para los peruanos i bolivianos estacionados en Tacna i Arica, dias de confusion, de desaliento, de estupor.

Prado en Arica, reuníase con sus jenerales i discutian mil proyectos que nunca les parecian convenientes o realizables.

Daza en Tacna, para consolarse de aquel nuevo fracaso que esperimentaban las armas aliadas, se entregó a una constante orjía, recorriendo las casas de sus favoritas con tanta asiduidad, como no lo habria hecho el mas vijilante jeneral que revistara los cuarteles de sus tropas.

En medio de esas bacanales era de oirlo hablar de ejércitos, de escuadras, de triunfos que iban a asombrar al mundo. Cuando a él le tocase mandar una batalla, ya verian si quedaba algun chileno de pié, cargando él con sus *colorados.*

En tal situacion fué llamado por el presidente del Perú a fin de conferenciar sobre lo que debian hacer.

El ardimiento de Daza se comunicó a Prado i acordaron que, sin pérdida de tiempo, el presidente de Bolivia se pusiese a la cabeza de las fuerzas acantonadas en Tacna i Arica, i marchase a reunirse con el ejército de Taracapá, el cual, a su vez, abandonaria sus cuarteles para salir a su encuentro. Reunidos ambos ejércitos, atacarian a los chilenos i el triunfo seria seguro i espléndido.

Daza contentísimo, al parecer, regresó a Tacna en el mismo dia e impartió órdenes terminantes a todos los jefes de los cuerpos para alistarse i partir al dia siguiente.

Luego que hubo cumplido con este deber como jeneral en jefe, llamó a don Jenaro i encerrándose con él en su escritorio, colocó al alcance de su mano una botella de coñac.

—Ahora, amigo Buzeta, le dijo, hablemos los dos en confianza i como buenos amigos. ¿Qué le parece a usted el plan del presidente del Perú?

—Aun no lo conozco, señor, contestó don Jenaro; he oido decir que Su Excelencia ha dado órden para que todas las fuerzas estén listas para partir mañana; pero ignoro a dónde van ni cuál sea la causa de tan brusca partida.

—I bien, voi a decirlo a usted, contestó Daza sirviéndose una copa de coñac. Segun muchas probabilidades, el enemigo no puede haber desembarcado en Pisagua mas de ocho a nueve mil hombres. Siendo esto así, deseamos reunir, por nuestra parte, las fuerzas acantonadas en Iquique, Pozo Almonte i La Noria con las que existen aquí i en Arica. Al efecto, yo marcho por Camarones

hasta llegar a Tana, en donde se me reunirá el jeneral Buendía con su ejército.

—I ¿qué número formarán los ejércitos reunidos? preguntó don Jenaro.

—Unos once a doce mil hombres, cantidad suficiente para destruir el ejército chileno. Tal es, al ménos, la idea que yo he querido i hecho prevalecer en el consejo de jenerales que hemos tenido hoi.

—I ¿no está Su Excelencia enteramente conforme con esa idea? le preguntó don Jenaro.

Daza bebió una nueva copa, vaciló un instante, i al fin contestó:

—Tengo, dijo, algunos temores, o mas bien dicho, la esperiencia me va haciendo dudar algo de las aseveraciones peruanas.

—I para ello, le dijo Buzeta, tiene Su Excelencia demasiada razon, pues hasta hoi poco o nada ha salido conforme con lo que se le ha prometido.

—¡Claro! esclamó el jeneral. ¡Vea usted si tengo justicia!... Cuando se inició la guerra me hablaban de tal modo del *Huáscar*, de la *Independencia*, del *Atahualpa*, del *Manco Capac* i demas buques de su escuadra, que me hacian consentir que teníamos una gran preponderancia en el mar. ¡Pamplinas!... ¡puras pamplinas! En el primer combate montan a la tal *Independencia* sobre una roca i el *Huáscar* no es capaz de apresar a la *Esmeralda*, un barquichuelo de madera!

—¡Pero la echó a pique! observó don Jenaro como tratando de defender a los peruanos.

—¡Qué gracia! esclamó Daza con sarcasmo despues de apurar otra copa; ¡qué gracia!... ¡Un buquecillo de madera con un blindado! ¿I por qué no lo abordaron?

¿por qué no lo tomaron intacto? ¿no tienen hachas de abordaje?... ¡Por mi patron San Hilario! yo debia haber estado en el *Huáscar* con mis *colorados* i habrian visto bueno!

Despues de vaciar una nueva copa, agregó:

—Pero aun todo eso no es nada. El tal *Huáscar*, con sus grandes cañones, no hizo mas gracias que capturar naves mercantes o trasportes desarmados i arrancar cuando divisaba el humillo de los blindados chilenos, hasta que ¡zas!... éstos le cazan, le baten i lo capturan!... ¡Le capturan, vea usted!... ¿I por qué si cada peruano se come los vientos de valiente no hicieron lo que los chilenos con la *Esmeralda?*

Daza, a quien principiaba a hacer efecto el coñac, lo cual se conocia en los votos con que salpicaba su conversacion, se levantó i perdiendo las manos en los bolsillos de los pantalones, agregó:

—Iguales o parecidas fanfarronadas han empleado respecto a su ejército. De Pisagua i Arica decian que eran inespugnables, i que con el ejército acantonado ahí tenian demasiado para sujetar todo el ejército chileno. ¡Ya ve usted!... Sin mis batallones Victoria e Independencia, que han peleado como leones, los gallinas de peruanos habrian huido al primer cañonazo!

Daza bebió una nueva copa, se paseó un momento, i luego, parándose frente a don Jenaro, le dijo:

—Esto que hablamos, mi amigo Buzeta, debe quedar para siempre entre los dos, pues no me atreveria a decirlo ni a mi mujer.

—¡Su Excelencia sabe, contestó don Jenaro, que sus secretos no serán traicionados jamas por mí!

—¡Sí, lo sé, por mi patron San Hilario, i por ello me

atrevo a hablar de este modo!... ¡Pues bien; ahora, lo confieso a usted, temo que el tal ejército de Tarapacá sea una buena maula; i como a mí me corresponderá dirijir la batalla i cargar con las consecuencias, los tales peruanos quieren sacar la castaña con mi mano. ¿Por qué el jeneralísimo presidente del Perú, si ha dejado la capital para venir a dirijir la campaña, no se pone al frente del ejército cuando se va dar una gran batalla?

—Habrá querido declinar en Su Excelencia ese honor, le dijo don Jenaro sonriendo con malicia.

—¡Por los cuernos del diablo! esclamó Daza; lo que ha querido es librar su pellejo; lo que quiere es que al perderse el ejército que tan torpemente ha encerrado en Tarapacá, no se le culpe a él sino a mí!... ¡Que vaya a engañar a los bobos; a mí no me cuela esa!...

Bebió nuevamente i animándose mas, continuó:

—¡Vea usted si es estratejia! Encerrar como en una ratonera un ejército i dejarlo espuesto a rendirse por hambre; porque esto es claro, clarísimo como la luz del dia; el ejército chileno solo necesita internarse para dejar a los de Tarapacá encerrados. El presidente del Perú comprende esto; sabe que ese ejército está perdido i quiere que vaya yo, o a salvarlo, o a perderme junto con él.

—Pero Su Excelencia no debia aceptar semejante comision, le dijo don Jenaro.

—I ¿cómo rehusarla sin aparecer como cobarde? I he sido yo, precisamente yo, quien lo propuso en el consejo de oficiales, cuando vi las vacilaciones i la cobardía de todos los jefes. El ejército de Tarapacá, decian, si no es auxiliado, puede ser batido, e igual cosa nos acaecerá a nosotros. Entónces me levanto yo, i hablándoles con

la enerjía i el valor que corresponde a mi rango, les dije que si tal era la situacion, me admiraba de que ya no se hubiese tomado una medida enérjica i salvadora. Es necesario, les dije, que yo parta mañana mismo con mi ejército, que atraviese el desierto i que, ya solo, o ya en compañía del ejercito peruano de Tarapacá, caigamos como manadas de leones sobre el atrevido invasor.

A estas palabras, agregó Daza, todos batieron palmas i vivaron a Bolivia i a su impertérrito presidente.

—Manifestacion mui justa, Excelentísimo Señor, le dijo don Jenaro.

—¡Claro! esclamó aquel; justísima, pues haciendo eso yo, los dejo a ellos cómodamente instalados por acá. ¡Maldicion! Miéntras yo tendré que tostarme en el desierto, el presidente Prado i sus jenerales jugarán al rocambor, enamorarán a las tacneñas i beberán hasta empiparse el buen vino chileno i el afamado flor de lis!

Ante esta idea, el jeneral vació dos copas, una en pos de otra, i con las manos en los bolsillos comenzó a pasearse a grandes trancos en el aposento.

—I ¿no habria ningun medio, señor, le preguntó don Jenaro, de que Su Excelencia evadiera este compromiso?

Daza se acercó a don Jenaro, i recatando la voz, como si temiese ser oido, a pesar de que estaban solos, le dijo:

—Sí, tal vez hai uno; pero aun no sé si eche mano de él.

Se detuvo i meditó un instante.

Si ambos no hubiesen estado tan interesados en el diálogo, habrian visto que una cortina de cretona que separaba el escritorio del dormitorio de Daza, se entreabria lijeramente.

—Hai uno, amigo Buzeta, agregó el jeneral, i será el que tal vez ponga en práctica. Yo pienso partir pero no llegar a Tana.

—¡Bien pensado, señor!... le dijo don Jenaro.

—¡Claro! esclamó Daza tambaleándose al ir a servirse una nueva copa ¡Claro!... así los dejaré que se batan ellos solos con los chilenos; i aun cuando hai tambien algunos bolivianos en el ejército de Tarapacá, son pocos en comparacion de los peruanos, i la derrota i sus consecuencias caerán enteras sobre el Perú. Cuando llegue mi turno de batirme con mis *colorados* i con mi ejército solo, entónces verán de lo que es capaz el jeneral Hilarion Daza!...

Como hubiera vuelto a levantar la voz, la cortina se juntó suavemente, tan suavemente como si la hubiese mecido un leve soplo de viento.

—¿De manera, Excelentísimo Señor, interrogó don Jenaro, que Su Señoría no pienza atacar a los chilenos en union de los peruanos?

—Ello dependerá de las circunstancias, contestó Daza. Si el ejército chileno es mas o ménos igual en número al nuestro, si sé que los soldados que tiene el jeneral Buendía no son unos *maricas*, pelearé con ellos i aseguro un soberbio, un espléndido triunfo!... ¡Qué diablos! Yo no soi cobarde, amigo Buzeta; pero ¿me entiende usted? tampoco soi un bobo!... Si peleo, si me bato con un ejército, yo sé cómo lo hago!... Lo demas ¿me entiende usted? son pamplinas, puras pamplinas!...

El coñac hacia ya sus efectos.

El jeneral se cimbraba un tanto al andar o al moverse; sus ojos adquirian esa espresion estúpida de la beodez.

—¡Vamos, agregó, ya veremos mañana lo que se debe hacer!

—¿Pero no ha dado Su Excelencia órden para partir mañana? le preguntó don Jenaro.

Daza lanzó una de esas carcajadas, naturales en él, sobre todo cuando habia bebido.

—¡Ya veremos!... esclamó con semblante alegre. No faltarán motivos para demorar dos o tres dias mas la tal espedicion... A propósito, amigo Buzeta, ahora cuando ya nada tenga usted que hacer, me escribe unas cuantas cartitas; ya sabe usted mi estilo i la manera cómo trato a mis principales amigos o enemigos que hai en Sucre o la Paz.

—Con mucho gusto, señor jeneral, contestó don Jenaro; i si usted quiere, puedo principiar desde luego.

—Bueno, como usted quiera, contestó Daza apoyándose en la mesa para no dar un traspiés.

—¿Quiere dictarme Su Excelencia? le preguntó el anciano sentándose a la mesa i disponiéndose a escribir.

—¡Por mi abuela!... esclamó el jeneral riéndose de una manera estúpida. ¡Buena está mi cabeza ahora para dictar! Nó, amigo Buzeta; usted les escribirá a todos empleando ese estilo grandi-elocuente que sabe tan bien manejar, anunciándoles que en 24 horas mas parto al campo del honor a medir mis armas con la de los bandidos chilenos i que en pocos, en mui pocos dias mas, espero tener que anunciarles dias de gloria para Bolivia. En la carta que me haga para el vice-presidente i para los ministros, no olvide decirles, de una manera confidencial i reservada, que la campaña es peligrosa i que por lo mismo el señor presidente del Perú se queda en Arica i voi yo al campo de batalla... ¿Me entiende us-

ted, mi amigo Buzeta?... Una cosa así, de esas que hacen sensacion i que usted sabe mui bien ordenar...

—Haré lo posible, señor, dijo don Jenaro, por interpretar debidamente su pensamiento. ¿Quiere Su Excelencia nombrarme a las personas a quienes debo escribir?

—¡Que el diablo me lleve si yo mismo lo sé! esclamó el jeneral riéndose. Ya usted, mi buen amigo, mas o ménos conoce las personas a quienes yo escribo; hágame una cartita para todas ellas a fin de mantener por allá el entusiasmo, pues no sabemos la suerte que nos acompañe por acá. Las principales son...

Se interrumpió, porque al ir a servirse una nueva copa de coñac, que era casi ya el resto de la botella, dió un traspiés que lo hizo apoyarse con fuerza en el escritorio.

—¡Por San Hilario, patron de mi nombre, esclamó, este poco de coñac me está desvaneciendo!... Pero, ya que lo comprendo: con mi grande i buen amigo i aliado el jeneral i presidente del Perú, descorchamos esta mañana, en el almuerzo, algunas botellas de rico burdeos de Chile. ¿I lo creerá usted, amigo Buzeta? Tengo por Chile cierta simpatía. Ese Urmeneta, Subercaseaux i otros que tienen tan buenos vinos, le aseguro a usted que serian para mí unos buenos amigos!... En fin, agregó, escríbame las cartitas, i cuando estén concluidas me las manda con mi asistente a casa de Zunilda puesto que usted no quiere, ir allá. ¡Qué diablos! esta enemistad entre usted i esa pobre mujer yo la siento, amigo Buzeta; pero ya que no pueden conjeniar los dos, nos conformaremos!...

—Entónces, señor, dijo don Jenaro, me voi a casa i

ahí le mandaré las cartas con Jilberto cuando las haya concluido.

—¡Qué casa ni que pamplina, amigo Buzeta! esclamó Daza. Escriba usted aquí, i cuando concluya, me las manda para firmarlas!... Lo dicho... yo me voi porque este maldito coñac me está mordiendo la cabeza.

Don Jenaro, que deseaba verse libre cuanto ántes del jeneral, le dijo:

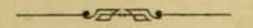
—Haré lo que Su Excelencia ordene.

Cinco minutos despues Daza salia de su palacio tambaleándose i don Jenaro quedaba escribiendo en su escritorio.

La cortina de cretona que separaba el dormitorio del escritorio de Daza habia vuelto a entreabrirse cual si un leve soplo de viento la ajitase.

I cuando ya al entrar la noche, don Jenaro concluyó las cartas que el jeneral le habia encargado, i abandonó el escritorio para ir a buscar al asistente que debia llevarlas, las cortinas volvieron ajitarse, i esta vez fué para abrirse completamente i dejar libre paso a Jilberto, que con el paso i la mirada del gato cuando va saltar sobre su presa entró al escritorio del presidente de Bolivia.

ESCRIBIENTE I PORTERO



Ántes de narrar lo que el bandido Jilberto iba a hacer en el escritorio de Daza, esplicaremos en pocas líneas su permanencia en aquel lugar,

Desde el primer dia que entró al servicio de don Jenaro, su mayor deseo, como ya lo hemos dicho, fué apoderarse de la cartera que el anciano llevaba siempre sobre sí.

Para lograrlo, cuando en la segunda noche el anciano le dijo que se retirara, Jilberto, siguiendo su sistema de comedimiento, de prever los menores deseos o necesidades de su protector para anticiparse a complacerlo, recorrió las piezas, colocando agua, fósforos i vela en el velador, la bata sobre una silla a los piés de la cama, la camisa de dormir a la mano, las zapatillas a la vista, i, en fin, inspeccionando si en el lavamanos no faltaba nada, concluyó por cerrar las puertas, formando de intento algun ruido con las llaves. Eso sí que en la puerta de la segunda pieza que caia al patio, cuidó de que el

pestillo no entrara en la chapa, con lo cual la puerta solo quedó entornada.

Practicado esto, dió las buenas noches a don Jenaro, advirtiéndole que las puertas quedaban cerradas con llave.

—¡Pobre jóven! pensó el anciano: se desvive por servirme; pero yo veré cómo hacerlo feliz!

Una media hora despues don Jenaro se recojia a su cama i se dormia pensando en la esposa i en los hijos que, por servir a su patria, habia dejado, si no en completo abandono, al ménos espuestos a quedar huérfanos por algun accidente de la mision peligrosísima que él mismo habia elejido.

Aun no era la media noche, cuando Jilberto abrió sijilosamente la puerta que habia dejado sin llave i entró a la pieza de don Jenaro. La oscuridad era profunda, i el bandido, estendiendo los brazos, se dirijió con pasos mas leves que los del gato hácia la puerta que comunicaba con el dormitorio del anciano. Ya en el umbral, se detuvo i escuchó. Solo se oia la respiracion suave i pareja de don Jenaro.

Convencido Jilberto de que su patron dormia, continuó avanzando hasta encontrar una silla en cuyo espaldar habia ropa. Era lo que necesitaba, i sin perder un instante, con sus ájiles i diestras manos principió un minucioso rejistro hasta dar con la anhelada cartera, de la cual se apoderó vivamente.

Empleando las mismas precauciones, regresó al patio i de ahí a su pieza, en donde, a favor de la luz de una vela, comenzó a inspeccionar el contenido de la cartera.

Habia diversas cartas, billetes de a quinientos pesos por valor de ocho mil pesos i una serie de apuntes que

el bandido no pudo descifrar. La vista i el tacto de los billetes le hizo estremecer, i por un movimiento instintivo los sacó de la cartera i los guardó en sus bolsillos; pero casi en el mismo instante se arrepintió diciéndose.

—Hai tiempo para esto: por ahora me comprometeria i destruiria mi plan.

Volvió a colocar los billetes en la cartera i a pasar revista a los papeles.

No encontró nada, absolutamente nada, sino los malditos apuntes en cifra, que le quemaban la cabeza.

Con la esperanza de descifrarlos, dejó copia de ellos imitando la letra; i usando de las mismas precausiones, volvió al dormitorio del anciano i colocó la cartera en el bolsillo de que la habia sacado.

Al dia siguiente, como lo hemos insinuado, el mismo don Jenaro le ayudó en sus proyectos mandándole al palacio con una carta para Daza en que le decia que estaba un poco indispuesto i no iria a verlo sino en la tarde.

Como el señor Buzeta era conocido en todo Tacna por el favorito del presidente de Bolivia, Jilberto sin mas que decir que traia una carta de don Jenaro, tuvo libre acceso hasta las antesalas de Su Excelencia, en las cuales hacia de portero i de guardian un sarjento de los *colorados*, mui adicto a don Jenaro i a Daza, i el cual por premios, renta i distinciones, sacaba de las cajas fiscales mas renta que un teniente de cualquiera otro cuerpo (1).

---

(1) Esto parecerá una exajeracion; pero es un hecho estrictamente histórico que las rentas de que disfrutaban los soldados, cabos, sarjentos etc., del batallon *Colorado*, eran en su mayor parte superiores a las que tenian en los otros cuerpos, soldados u oficiales dos o tres grados superiores.

No necesitó el astuto Jilberto de muchos esfuerzos para captarse la amistad del sarjento: le habló con entusiasmo de Daza, del batallon de los *colorados* i le dijo que desde su llegada al Perú no deseaba otra cosa que beber una copa de champaña con alguno de esos bravos cuyo nombre era conocido en todo el mundo. Por tanto, i ya que él era el empleado, el secretario mas inmediato al gran presidente de Bolivia, así como él (Jilberto) lo era de don Jenaro Buzeta, el amigo mas querido del jeneral, era necesario que a su vez fuesen amigos i celebrasen su amistad con una copa de champaña.

Tan insinuante invitacion no podia ser desdeñada, i el sarjento, en compañía de Jilberto, descorcharon ese dia dos botellas de champaña i una de coñac, miéntras que el Presidente de Bolivia bebia simple cerveza en casa de Zunilda.

Una amistad iniciada bajo tan gratos preliminares, abrió a Jilberto de par en par las puertas de palacio, pues el sarjento ordenó a la guardia que se le dejase entrar i salir sin ninguna objecion.

El bandido aprovechó esta franquicia, i todo el tiempo que don Jenaro no estaba en la casa, que era la mayor parte del dia, él lo pasaba en compañía del sarjento.

—Era así como Jilberto pudo, cuando Daza fué llamado desde Arica por Prado, entrar libremente al palacio, provisto de dos botellas de coñac.

—Es necesario, dijo a su amigo, que ahora bebamos tranquilamente una copa, puesto que el jeneral ha marchado a Arica.

Admitida la invitacion, Jilberto i el sarjento emprendieron la tarea de vaciar las botellas; i de tal manera se manejó el primero, i tan confiado en que por aquel dia

el jeneral Daza no regresaria de Arica estaba el segundo, que ántes de dos horas estaba completamente ébrio.

—Ahora, se dijo Jilberto, despues que hubo hecho dormir a su amigo, el campo me pertenece i podré inspeccionar las piezas del jeneral.

Habia hecho ya un minucioso rejistro en las cómodas, guarda-ropa, estantes i otros muebles, examinando los que estaban con llave con toda minuciosidad, para calcular en cual de ellos guardaria Daza su dinero, cuando oyó la voz del jeneral que entraba a una pieza contigua.

Jilberto no tuvo tiempo sino para levantar la cortina que ocultaba el dormitorio i correr a esconderse debajo del catre.

Pero luego oyó que se habian quedado en el escritorio, i, movido por la curiosidad, se acercó a la cortina, desde donde escuchó todo el diálogo.

Ya hemos visto que cuando notó que las piezas estaban solas salió de su escondite con el paso i la mirada del zorro cuando se prepara a saltar sobre una gallina.

Don Jenaro, al dejar el escritorio, atravesó la antesala i se dirijió a la pieza del sarjento, a quien encontró profundamente dormido. Le despertó sacudiéndolo con fuerza i le entregó las cartas para que las llevase al jeneral. En seguida fué a su casa i se puso a escribir en cifra, valiéndose para ello de los apuntes o signos que tenia en su cartera.

A eso de las diez de la noche, se presentó Jilberto a preguntarle si se le ofrecia algo; i como don Jenaro le contestase que nó, se ocupó, como en noches anteriores, de dejarle todo listo i en órden, i se retiró a su aposento dándole las buenas noches.

El anciano escribió hasta cerca de las once, a cuya

hora se recojió, durmiéndose en seguida con el sueño profundo de quien ha trabajado con teson durante el dia i parte de la noche.

Iban a dar ya las doce, cuando Jilberto, con la maestría acostumbrada, abrió recatadamente la puerta principal que caia a la calle i se alejó en direccion de la casa de Zunilda con pasos precipitados.

Una vez en ella, la hizo llamar a solas i le dijo:

—¡Todo está listo!... Haz que entreguen esta carta al jeneral i prepárate para ser mia esta misma noche!

—I yo ¿qué debo hacer? le preguntó Zunilda.

—Nada, le contestó Jilberto. Si quieres ver la cara de tu enemigo cuando le prendan, anda tras del jeneral, pues, segun mis cálculos, debe ir a casa de Buzeta apénas haga una visita a sus habitaciones.

—Pero, ¿qué has hecho? ¡Dime que has hecho! le dijo ella mordiéndose una i otra vez los labios.

—¡Ya lo sabrás!... haz que entreguen esa carta al jeneral!...

Diciendo esto, Jilberto se apoderó de una mano de Zunilda i llevándola a sus labios le dijo:

—¡Ya verás si te he vengado a medida de tus deseos! Hasta luego: no olvides que por el resto de la noche me perteneces...

DAZA AIRADO

Zunilda, llevando la carta de Jilberto en las manos, volvió a la pieza en que Daza, con tres oficiales de alta graduacion, rodeaban una pequeña mesa en la cual se veian botellas de cerveza, de jerez i de coñac i algunas copas a medio vaciar.

El jeneral estaba en ese estado en que una copa mas suele ser la ebriedad, lo que quiere decir que su cerebro conservaba aun bastante lucidez.

—Señor jeneral, dijo Zunilda: esta carta acaban de entregarme para usted.

—¡Por mi abuela! esclamó Daza. ¿Hasta cuando diablos me persiguen i no me dejan en paz?

—Me han dicho que era mui urjente i de mucha conveniencia para usted, por eso la he recibido, le dijo Zunilda mordiéndose los labios.

—¡A ver!... ¡que el diablo se lleve esas conveniencias! esclamó el jeneral apoderándose con rabia de la carta.

Desgarró el sobre i viendo que la carta no tenia firma, esclamó:

—Se trata de un anónimo: debe ser alguna impertinencia.

Diciendo esto leyó para sí lo siguiente:

EXCELENTÍSIMO SEÑOR JENERAL PRESIDENTE DE BOLIVIA, DON HILARION DAZA.—Presente.

Excelentísimo señor:

Como adicto a Su Excelencia i como patriota, no he podido mirar sin indignacion el punible abuso de un sér que, colmado de honores i de favores por Su Excelencia, le paga con la mas baja i mas negra ingratitud.

Desde hace tiempo tenia la conviccion íntima, profunda, inquebrantable, de que la bondad de Su Excelencia era escarnecida, su fé burlada, su confianza vendida; pero el vil i astuto enemigo de Su Excelencia escapaba siempre a mis miradas i nunca dejaba tras de sus odiosos manejos un hilo que le comprometiera i probara su infamia.

Sin pruebas fehacientes, incontestables, yo no me atrevia a denunciar al ingrato i al traidor; pues teniendo éste toda la confianza de Su Señoría, se habrian tomado como calumnias mis advertencias i como ruin venganza o envidia mis indicaciones. Hoi es distinto. El mismo criminal, alentado por la ilimitada confianza que Su Excelencia ha depositado en él, ha llevado sus crímenes hasta donde casi no es posible ir mas allá.

No contento con vender a Su Excelencia, con traicionarlo ante el Presidente del Perú i el Gobierno de Chile, hoi ha llevado su audacia hasta apoderarse, si no de todo, de gran parte del dinero que Su Excelencia tiene para sus gastos.

—¡Por los cuernos del diablo! esclamó Daza interrumpiendo la lectura. ¡Esta debe ser una burla que quieren hacer de mí!... Pero ¡por mi patron San Hilario, juro que yo sabré castigar tamaña osadía!

Volvió a fijar la vista en la carta i leyó con avidez lo siguiente:

Este robo audaz, es tanto mas increible cuando se conoce solo superficialmente al individuo que lo ha cometido. Para Su Excelencia que ha juzgado a ese tal como al hombre mas honorable, como al caballero mas digno, será una penosa, una amarga decepcion verlo descender a la mas baja i repugnante esfera social; pero esa decepcion, tarde o temprano, habia de esperimentarla Su Excelencia i vale mas que sea ahora, cuando tal vez los crímenes del miserable no han causado un grave mal a Su Excelencia i a Bolivia.

Ahora bien, preparado el ánimo de Su Excelencia, yo, un fiel servidor de Su Señoría i un amante hijo de Bolivia, acuso al tres veces infame i criminal, don Jenaro Buzeta......

Daza interrumpió la lectura i se paró de un salto de la silla.

—¿Quién ha traido esta carta? preguntó a Zunilda con voz irritada. ¿Quién ha traido esta carta?... ¡Contesta!...

Zunilda se mordió dos o tres veces los labios i respondió:

—¿Quién?... Un desconocido. Me dijo que era de un amigo de Su Excelencia i yo la recibí sin pensar que pudiera desagradar a usted.

—¡Mientes!... le dijo Daza amenazándola con los puños. Tú debes tener alguna parte en esta carta.

Zunilda se ajitó violentamente en la silla, se mordió los labios i contestó:

—La parte que tengo es haberla recibido; yo no sé mas.

—¡Ya veremos! le dijo Daza.

I tornando a leer la carta continuó:

Acuso al tres veces infame i criminal, don Jenaro Buzeta, de los delitos siguientes:

1.° Sostener correspondencia oculta i privada con Su Excelencia el presidente del Perú, en la cual le da cuenta de cuanto hace, dice o piensa el señor presidente de Bolivia sirviendo al lado de éste de un peligroso espía.

2.° Ser espía de los chilenos, a quienes da minuciosos datos de cuanto acaece en el Perú i Bolivia, para lo cual se sirve de signos que tiene anotados en una cartera de la cual no se separa jamas.

3.° De haber robado a Su Excelencia el presidente de Bolivia don Hilarion Daza, en la tarde del dia de hoi, una gran cantidad de dinero, cuyo monto yo no puedo calcular.

Finalmente, acuso al tal Jenaro Buzeta, al amigo, confidente i favorito del señor jeneral Daza, de traidor, de vendido a Prado i a los chilenos; de ser, por último, un verdadero, un temible caballero de industria.

Juro que estos cargos son exactos; i si el señor presidente de Bolivia, quiere comprobarlos, debe, en el acto mismo de leer esta carta, ir a su palacio, ver lo que le falta i caer en seguida, sin perder un minuto, sobre el tal Buzeta. Pero esto último debe hacerse pronto, i practicar en los muebles, en la ropa, en la persona misma del malvado, un prolijo rejistro.

Recomiendo mui especialmente a Su Excelencia que ántes de todo se apodere de la cartera.

Sé que una gran parte del dinero robado al señor presidente lo entregó a un cómplice; así que, si se espera el dia de mañana, habrá hecho desaparecer el resto.

Juro que Su Excelencia conocerá pronto el nombre del amigo que le da estas noticias; por ahora me es imposible hacerlo i me contento con besar respetuosamente los piés del señor jeneral.

* * *

—¡Dices que tú no sabes nada de esta carta! dijo Daza a Zunilda con jesto amenazador.

—Lo digo i lo sostengo, contestó ella con altivez i mordiéndose los labios. Si supiese siquiera de lo que trata, podria contestar a usted algo mas.

—No lo sabes ¿eh?

—Digo que no sé mas de lo dicho.

—¡I bien!... esclamó Daza dando con cólera un puñetazo en la mesa; ¡prepárate para que vamos a palacio; i si no es cierto cuanto aquí se dice, te haré azotar por mis *colorados* hasta que confieses quiénes son tus cómplices! Ya para ti no habrá perdon, lo juro por mi patron San Hilario!...

Zunilda palideció levemente, se mordió repetidas veces los labios, i echando un pañuelo sobre sus desnudos hombros, dijo al jeneral:

—Estoi pronta para acompañar a Su Excelencia.

—¡Vamos, señores! esclamó Daza dirijiéndose a los oficiales, quienes habian permanecido mudos e intrigados por una viva curiosidad. ¡Acompáñenme ustedes!

Se encasquetó, al decir esto, su alto morrion i con el

entrecejo arrugado, con los labios convulsos por la ira, se dirijió a grandes pasos al palacio.

Zunilda, que conocia cuán terrible era la cólera del jeneral cuando permanecia mudo, uraño, medio feroz, no podia ménos de sentir estremecimientos nerviosos al pensar que Jilberto, por una mala combinacion, por un descuido o cualquiera otra causa, podia haberla comprometido en una empresa descabellada. En aquel momento lo maldecia, sobre todo por no haberla instruido en lo que él habia hecho. ¿Por qué guardar ese misterio con ella? ¿por qué no haberla dicho: tales i cuales cosas han de suceder? ¿Qué contestaria ella al jeneral, si éste la interrogaba sobre algo en que ella apareciese comprometida, si nada sabia?

I lo que podia sucederle, visto el mutismo, la ira concentrada de Daza, tendria necesariamente que ser terrible.

Zunilda no dudaba de que su amante cumpliria su palabra de hacerla azotar por sus soldados, i ante la idea de verse desnuda o medio desnuda, no por placer i para recreo de sus adoradores, a lo que ella estaba mui acostumbrada, sino para recibir de brutales manos las caricias del látigo o de la varilla, que en nada debian parecerse a las caricias de sus favorecidos; ante esa idea, decimos, temblaba nerviosamente i le parecia verse ya ensangrentada i cubierta de cardenales bajo la accion del chicote o del palo.

Daza, durante la travesía, no desplegó una sola vez los labios. De cuando en cuando resoplaba con fuerza, como el toro enfurecido, i continuaba su marcha a grandes trancos, con la cabeza inclinada i las manos en los bolsillos de los pantalones.

Zunilda i los oficiales le seguian con trabajo, i al llegar a palacio, pasó a sus piezas casi atropellando a un oficial que salia a saludarlo.

—¡Quiñones!... gritó con voz de trueno cuando se acercaba a la pieza donde dormia el sarjento amigo de Jilberto. ¡Sarjento Quiñones!... Pronto, luz en mis habitaciones!...

Medio dormido, restregándose los ojos, el sarjento salió con una lámpara que colocó en la antesala, pasando a iluminar en seguida el escritorio i el dormitorio.

Daza se detuvo un momento en la antesala, mirando a su al rededor a ver si todo estaba en su lugar. No encontrando nada qué decir, pasó al escritorio; pero al ver que los oficiales i Zunilda no se atrevian a seguirlo, les gritó:

—¿Qué haceis ahí? ¡Seguidme!...

A primera vista, en esa pieza todo estaba en órden. El sarjento Quiñones, con los ojos un poco colorados i los párpados capotudos, volvia del dormitorio, en el cual habia encendido otra lámpara.

Daza dió una rápida mirada sobre la mesa i los muebles, i levantando la cortina de cretona, pasó a su dormitorio seguido de los que le acompañaban.

El sarjento, no del todo despabilado, se quedó en el umbral aguardando.

La mas viva ansiedad se pintaba en todos los semblantes: aun cuando el jeneral era el único que sabia de lo que se trataba, i Zunilda la única que algo adivinaba o presentia, todos tenian la conviccion de que algo grave iba a suceder. No bien el jeneral entró en la pieza i fijó la vista en una cómoda de forma elegante con incrustaciones de bronce i de madre perla, cuando lanzó

uno de esos votos que no pueden trascribirse; i precipitándose sobre ella tiró del primer cajon que salió sin mayor esfuerzo.

Provocó el voto del jeneral el haber divisado en el centro del cajon, en la parte donde debia encontrarse la boca llave, una mancha blanca formada por la falta de un astillon arrancado de la madera.

Abierto el cajon, Daza introdujo en él ambas manos i por espacio de tres o cuatro segundos ajitó i revolvió lo que contenia, de una manera nerviosa.

Luego, con el semblante pálido, con la mirada fosforescente, se volvió a Zunilda i los oficiales que se habian quedado cerca de la puerta, i con voz ronca les dijo:

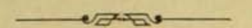
—¡Robado!... he sido robado!...

—¡Robado! repitieron los oficiales con sincera admiracion.

—¡Robado! esclamó Zunilda principiando a comprender cuál era la obra de Jilberto.

—¡Robado! murmuró el sarjento Quiñones, a quien aquella terrible palabra acabó de despertar.

LOS INTERROGATORIOS DE DAZA



Hai situaciones en la vida que no podrian darse a conocer con exactitud, aun cuando se escribieran centenares de pájinas. Una de ellas es la en que se encontraban Daza, Zunilda, los oficiales i el sarjento Quiñones.

Daza, avaro, se veia robado. Daza, crédulo i torpe, pero creyéndose sabio i perspicaz, veia que principiaba a salir exacto lo aseverado en la carta, es decir, que habia sido el juguete de un hombre en el cual él habia depositado su cariño i su confianza. Veia, por tanto, herido su bolsillo de avaro i amenazado su orgullo de fátuo.

Zunilda se estremecia sin saber cuál seria el resultado de aquel juego que ella habia prohijado i en cierto modo preparado, pero del cual nada conocia.

Los oficiales, aunque retenidos por la curiosidad, habrian deseado mas bien estar léjos de ahí, pues temian las consecuencias de la cólera del jeneral.

Respecto al sarjento Quiñones, se quedó helado, con la boca abierta, al oir que a su jeneral le habian robado.

Pasó por su mente, entónces, el recuerdo de su embriaguez, de las copas que habia bebido con Jilberto, creyendo que el jeneral no regresaria de Tacna hasta el otro dia; i aun cuando él estaba mui léjos de pensar mal de su amigo *yankee*, comprendió que su descuido i su largo sueño eran en gran parte la causa de aquel robo. Conocedor, por otra parte, del carácter de su jeneral, principió a temblar ante la idea de lo que se le esperaba.

Efectivamente, pasados unos cuantos segundos, el jeneral, pálido, con los puños crispados i despues de mirar a Zunilda i a sus oficiales con aspecto fiero, se dirijió donde el sarjento i tomándolo de un brazo lo arrastró hasta cerca del cajon diciéndole con voz seca, como el estallido del trueno:

—¿Quién ha estado aquí? ¿quién ha estado aquí?

I le inclinaba sobre el cajon, como deseando hacerle entrar la cabeza en él.

—¡Aquí!... balbuceó Quiñones yerto de terror. ¡Aquí!... nadie, mi jeneral!...

—¡Nadie!... repitió Daza con voz cavernosa i zamarreando al sarjento con ira. ¡Dices que nadie, perro infame!... ¡Habla!... ¿quién ha robado mi dinero i mis alhajas?

El sarjento trató de ponerse de rodillas, esclamando:

—¡Perdon, mi jeneral!... No lo sé!... Por Dios que no lo sé!...

—¡Habla!... repitió Daza dándole tan terrible bofetada en la cabeza, que lo hizo rodar por el suelo.

El sarjento lanzó un ¡ai! i trató de incorporarse.

—¿Hablarás?... le dijo Daza precipitándose sobre él, tomándolo por el cabello, zamarreándolo i preparándose para darle en esa actitud una nueva bofetada.

Los oficiales permanecian como petrificados, reteniendo el aliento.

Zunilda se mordia el labio inferior con tal fuerza que le brotaba sangre.

—¿Hablarás?... ¿quién ha estado aquí?... interrogó Daza con voz terrible.

El miedo, el terror, dominaron el aturdimiento de Quiñones, quien tuvo de repente como un esclarecimiento en su cerebro.

—¡Aquí, señor, contestó, solo debe haber estado el señor Jenaro Buzeta!

—¿A qué hora?

—¡Como a la oracion, a la entrada de la noche!

—¿Qué hizo aquí?

—No sé, señor; a esa hora me dió unas cartas para Su Excelencia.

—¡Cartas para mí! repitió Daza que habia olvidado el encargo hecho a don Jenaro. ¿Qué cartas son esas?

—¡Perdon, señor!... esclamó Quiñones; yo debia haberlas llevado a Su Excelencia, pero me dormí i ahí están sobre mi mesa.

—¡Te dormiste!... esclamó el jeneral.

—¡Sí, señor; pero perdon!... no he tenido intencion de hacerlo. El señor Buzeta me dijo que fuera cuando quisiese, que eran cartas para que Su Excelencia las firmara, i yo me recosté un ratito, por un solo ratito, lo juro a Su Excelencia, i me dormí. Pero ahí están, las iré a traer!...

—¡Miserable! le dijo Daza tirándolo hácia atras de los cabellos i arrojándolo nuevamente de espaldas. ¡Miserable!.... Tú vas a confesar ahora mismo la verdad!... ¿Dónde está el dinero que me has robado?

Al decir lo último, el jeneral seguia tras él i levantaba las manos para descargarlas sobre el inerme sarjento.

—¡Robado!... yo no he robado!... alcanzó a murmurar Quiñones tratando de incorporarse.

Pero Daza, ciego de ira, descargó sobre él sus puños; i luego, al ver que caia casi exánime, se precipitó sobre él hiriéndolo, no ya con las manos, sino con el taco burdo de sus botas de soldado.

Fué aquel un espectáculo brutal, repugnante, que renunciamos a describir.

Cuando ya el semblante i la cabeza de Quiñones no eran mas que una masa de sangre en la cual machacaba la bota del jeneral, éste se volvió a los petrificados oficiales gritándoles:

—¡Pronto! que venga el oficial i algunos soldados de la guardia!

Los aludidos se apresuraron a salir.

—¡Por los cuernos de Satanas!... rujió Daza acesando con fuerza. ¡Robarme a mí!... Pero ya verán lo que va a suceder!...

Se paseaba como leon furioso; i al dar una vuelta, se fijó en que tambien habian hecho saltar la chapa de un velador.

—Lanzó entónces una horrible blasfemia, i abriendo el cajon, esclamó:

—¡Aquí tenia yo alhajas, mi solitario, medallas de oro!... ¿Dónde están?

Esta pregunta, dirijida con voz terrible a Zunilda, la hizo morderse repetidas veces los labios i palidecer.

—¡Habla! repitió Daza acercándose a ella en actitud amenazadora.

—¿Cómo puedo saberlo yo? interrogó Zunilda con terror. ¿No sabe Su Excelencia que he pasado todo el dia en casa?

A ese tiempo entraba el oficial i varios soldados.

El jeneral les dijo que iban a ser azotados si no le decian quién habia entrado o salido del palacio, despues que él lo habia dejado en la tarde.

Todos estuvieron acordes en afirmar que nadie de fuera habia entrado i que el único que habia salido despues del jeneral era don Jenaro Buzeta.

—¡Miserables! esclamó Daza. ¡Ustedes se han complotado en contra de él; pero les juro que si es inocente, van ustedes a conocer cómo sé yo castigar!

—¡A ver, agregó, tomad a ese hombre, ponedle grillos i esposas i encerradlo en un calabozo!

Cuatro soldados se apoderaron del sarjento Quiñones, que permanecia exánime, bañado en sangre.

—¡Ahora, todos conmigo! esclamó Daza.

Los oficiales, los soldados i Zunilda le siguieron; i ántes de diez minutos el jeneral golpeaba réciamente la puerta de las habitaciones de don Jenaro.

El anciano se despertó alarmado, encendió luz, medio se vistió i acudió a la puerta, preguntando:

—¿Quién es?

—Soi yo, amigo Buzeta, le dijo Daza dulcificando la voz; ábrame usted, pues se le quiere comprometer en una infamia.

Don Jenaro se apresuró a obedecer i abrió la puerta.

Cuando vió que Daza llegaba acompañado de oficiales i soldados, se admiró; pero cuando vió a Zunilda que entraba mirándolo de una manera triunfante, no pudo ménos de esperimentar una vivísima inquietud.

—Cuando viene esta mujer, se dijo, es porque algo malo me va a suceder.

Daza dió una mirada escudriñadora a su al rededor.

Los oficiales i soldados se quedaron inmóviles al lado adentro de la puerta.

Zunilda se habia tranquilizado algo, i mordiéndose repetidas veces los labios, miraba a don Jenaro con aire triunfante.

Daza, con las manos perdidas en los bolsillos de los pantalones, comenzó a pasearse a grandes trancos, con semblante meditabundo.

El caso era que no sabia cómo decir a su bueno i querido amigo Jenaro Buzeta a lo que iba ahí.

DOBLE ESPÍA I LADRON

Don Jenaro, en cuanto se repuso de la impresion que le causó la presencia de Zunilda, vió el embarazo del jeneral i le preguntó:

—¿A qué debo el honor de esta visita?

—A una calumnia, a un crímen que quieren achacar a usted, amigo Buzeta; pero yo le juro que sabré castigar a los infames que hayan tomado parte en esta intriga!

Don Jenaro que no habia cometido ningun crímen, replicó:

—Si es por eso, no valia la pena que Su Excelencia se hubiese molestado; la calumnia no me hace mella a mí.

—¡Pero es el caso, observó Daza con cierta vacilacion—que se me ha aconsejado venir en el acto, pues si no lo hacia así, no podria descubrir al delincuente.

—Entónces ha hecho bien Su Excelencia i puede, sin embarazo alguno, decirme en cuál crímen me hacen figurar.

—¡Por el santo patrono de mi nombre, esclamó Daza,

juro a usted, amigo Buzeta, que voi a castigar de una manera terrible a los que tal cosa han hecho; pero para ello necesito hacer ántes lo que me dicen, lo que me aconsejan.

—I ¿por qué no lo hace Su Excelencia? interrogó don Jenaro tranquilamente.

—Porque casi es ofender a usted, mi amigo Buzeta; i sin embargo, lo primero ha salido cierto.

—No tema nada Su Excelencia, contestó don Jenaro; cuando se trata de desvanecer una calumnia, no hai nada que pueda ofender.

—¡I bien! esclamó Daza, tenga la bondad de mostrarme la cartera que usted guarda en su paletó.

—¡Mi cartera!... esclamó a su vez don Jenaro palideciendo levemente al recordar que en ella habia guardado, al acostarse, una carta en cifra dirijida al jeneral en jefe de las fuerzas chilenas desembarcadas en Pisagua.

Pero merced al imperio que tenia sobre sí mismo, se dominó acto contínuo i agregó:

—No tengo inconveniente, Excelentísimo Señor; no contiene sino apuntes que Su Señoría conoce, un poco de dinero i una carta cifrada de la cual daré esplicaciones si son necesarias.

Al decir esto, puso la cartera en manos del jeneral, quien se acercó a la mesa donde estaba la luz i comenzó a sacar de ella cuanto contenia.

—¡Ah!... ¡ah!... esclamó Daza despues de leer el sobre de la carta.

Luego, mirando a don Jenaro con alguna severidad, le preguntó:

—¿Puedo, señor Buzeta, leer esta carta?

Don Jenaro creyó que se trataba de la carta cifrada

a que hemos hecho alusion, i contestó tranquilamente.

—Puede abrirla Su Excelencia; pero no podrá leerla porque está en cifra.

Intertanto Daza habia sacado otros papeles i no sin sorpresa don Jenaro vió que aquél leia el sobre de otras dos cartas idénticas a la primera.

—I ¿éstas tambien están en cifra? preguntó el jeneral con acento mordaz e irónico.

—¡Éstas! esclamó don Jenaro acercándose vivamente para leer los sobres. ¡Éstas!...

I se quedó mudo, confuso, embargado por profunda admiracion. En el sobre de una de ellas, con letra idéntica a la suya, estaba escrita esta direccion:

SEÑOR JENERAL PRESIDENTE DEL PERÚ DON
MARIANO I. PRADO.

Arica

En la otra la siguiente:

SEÑOR JENERAL DEL EJÉRCITO CHILENO

Pisagua

Le pareció que una nube oscurecia su cerebro; i aun cuando ni se esplicaba ni se daba cuenta de lo que podia significar aquello, de una manera vaga entrevió un grave peligro.

Como lo habia hecho ántes, se sobrepuso a la situacion; i aunque con voz alterada, esclamó:

—¡Esas cartas no son mias!...

—¿No son de usted i, sin embargo, están en su cartera? interrogó Daza con sonrisa sarcástica.

—¡Lo juro a Su Excelencia por mi honor!... Esas cartas no son, no pueden ser mias!... ¡Álguien las ha colocado ahí; pero no sé cuándo ni cómo, pues no me he separado un instante de esa cartera.

Diciendo esto, la tomó de la mesa, i poniéndola con los compartimentos hácia abajo, la sacudió violentamente. Cayeron algunos otros papeles, apuntes, cosas sin importancia. Don Jenaro la tomó i la rejistró a la luz.

—¿Qué es esto? esclamó, pálido i alarmado. ¿Qué es esto? I ¿mi dinero? ¿i los billetes que yo tenia aquí?

—¡Sus billetes!... ¿Tenia usted billetes en esa cartera?

—¡Ocho mil pesos en billetes de a quinientos pesos! esclamó don Jenaro con la frente humedecida por el sudor.

—¿Luego le han robado tambien a usted, señor Buzeta? preguntó Daza con sonrisa mordaz.

—¡Es indudable!... contestó el anciano. Pero aquí debe haber algo terrible, algo que no comprendo, que no puedo esplicarme!...

—Puesto que estas cartas no son de usted, le dijo Daza, tal vez en ellas hallaremos la esplicacion. ¡Leámoslas!. . .

El jeneral desplegó una i principió a leerla para sí. A medida que avanzaba en la lectura, sus mejillas se inflamaban i encendian i de cuando en cuando miraba a don Jenaro con ojos airados i meneaba la cabeza, como diciéndole: ¿Con que tú has hecho esto? ¿Con que esta es tu obra?

Los oficiales i soldados, intertanto, estaban como petrificados, reteniendo el aliento. La escena que pasaba ante ellos, de la cual no conocian el mas mínimo detalle, les interesaba i asustaba a la vez.

Zunilda se habia sentado frente a la mesa, i mordiéndose los labios, ajitándose nerviosamente en la silla, fijaba de una manera tenaz i gozosa sus pupilas, inflamadas por el odio i el triunfo, en el semblante atribulado de don Jenaro.

Pasaron algunos momentos de muda i anhelante espectacion.

Por fin, Daza, pálido el semblante, contraido el ceño, adusta i amenazadora la mirada, se acercó a don Jenaro, i poniéndole la carta casi sobre los ojos, le dijo con ronca voz:

—¿Dirá usted aun que no es suya esta carta?

El anciano reconoció en el acto su letra; pero al ver que la carta estaba dirijida al presidente del Perú, a quien él jamas habia escrito, esclamó con acento enérjico, lleno de indignacion:

—¡Protesto una i mil veces que no es mia esa carta, i que no tengo por qué escribir al presidente Prado!... Esa letra, es cierto, es idéntica a la mia; pero yo no la he trazado ni sé lo que contenga ese papel!...

—¡No lo sabe usted!... esclamó Daza con amarga ironía. ¡I bien!... ¡yo lo diré a usted!

Se acercó entónces al oido del anciano, i con voz ronca por la ira, aunque mui recatada, le dijo:

—¡Es usted un miserable traidor!... ¡Es usted un infame que me vende i que me espía!... ¿A quién si no solo a usted he dicho yo lo que contiene esa carta?

—¡Por Dios, jeneral, esclamó el anciano en el colmo de la desesperacion; ¡por Dios hacedlo, permitidme leer esa carta infernal!...

Daza le miró un instante con profunda ira, con supremo desden, i tirándole la carta casi por el semblante, le dijo:

—¡Lee, cuervo!... ¡Representa tu comedia que esta vez no me engañarás!

Don Jenaro no hizo caso de aquel nuevo insulto. Desde el primer instante se veia encerrado en un círculo de acero, en una tela que lo envolvia i que por el momento no le era dable romper. Tomó, por tanto, la carta i la leyó con avidez. Desde las primeras líneas, su semblante se puso cadavérico i gruesas gotas de sudor brotaron de su frente.

Aquella carta era una reproduccion compendiada pero fielísima de lo que Daza le habia dicho en la tarde respecto a Prado, al ejército peruano i a las intensiones que él (Daza) tenia de no reunirse con el ejército de Tarapacá. Pero esa relacion estaba escrita con estilo sarcástico, mui hiriente para Daza i concluia con estas frases:

Su Excelencia no debe, pues, contar con el apoyo del ejército boliviano, pues el jeneral Daza prefiere embriagarse i pasar su tiempo con mujeres perdidas, a ir a esperimentar los rigores de una campaña. En este momento se ha separado de mí, casi ebrio, para irse a casa de una de sus muchas cuncubinas.

Miéntras don Jenaro leia aquella carta escrita con su misma letra, Daza habia recorrido la otra, dirijida al jeneral de las fuerzas chilenas.

Esta era mui sucinta, pues se limitaba a decir que el ejército de Tacna saldria en breve con el intento manifiesto de reunirse al de Tarapacá; pero que eso no sucederia porque el jeneral Daza tenia miedo.

Se comprenderá el efecto que tales cartas hicieron en el jeneral. La ira le ahogaba; i al ver que don Jenaro, despues de leer la primera carta se oprimia la cabeza,

como temiendo fuese a estallar su cerebro, le dijo con ronca i amenazadora voz.

—¿Qué dices, traidor?... ¿Te atreverás aun a negar tu infamia?

Don Jenaro comprendió que si era cierto lo que él así creia: que Daza no habia comunicado a otro que a él sus proyectos i su manera de pensar respecto al Perú i al presidente Prado, no podia negar, no podia alegar nada en su defensa. Ante aquella prueba evidente, irrecusable, cuanto él dijese seria infructuoso.

—¡Qué digo!... esclamó con amargura. ¡Nada!... no puedo decir nada sino que soi víctima de un plan diabólico!...

El jeneral lanzó una carcajada estridente, llena de punzante ironía.

—¡A ver! esclamó; a ver ¿dices que has sido robado?

—¡Creo que sí!... contestó don Jenaro con voz alterada. Creo que si, porque esta noche, al recojerme, al guardar en mi cartera esa carta en cifra, he visto aun los billetes en ella!...

—I ¿se han evaporado, entónces? preguntó Daza con el mismo sarcasmo.

—La mano que ha colocado esas cartas, contestó don Jenaro recobrando poco a poco su sangre fria, me ha robado.

—¡I a mí!... ¿quién me ha robado a mí? interrogó el jeneral con furor.

—¡A vos!... ¿qué sé yo? profirió a su vez don Jenaro con cierta indignacion.

—¿No lo sabes, tunante?... ¡Pues vas a ver que yo lo sé!... gritó Daza con creciente furor.

Volvióse hácia los soldados, e indicando al anciano, les dijo:

—¡Rejistrad a ese hombre!...

Don Jenaro sintió que toda la sangre le afluia al corazon ante aquel ultraje; i al ver que los soldados se acercaban a él para cumplir lo ordenado por su jefe, no pudo reprimirse, i crispando los puños les salió al encuentro diciéndoles:

—¡Atras, miserables!... No me toqueis!...

I como los soldados se detuviesen ante la enérjica, ante la imponente actitud del anciano, éste se acercó a Daza, i mirándolo con ira le dijo:

—¡Cómo!... ¿Os atreveis a creerme un ladron?

No alcanzó a decir mas, pues Daza, con voz de trueno, gritó a sus esbirros:

—¡He dicho que lo rejistreis, babiecas!... ¿Quereis que yo os haga comprender?

Los soldados cayeron sobre don Jenaro inutilizando sus menores movimientos.

El anciano temblaba como si estuviese con terciana, i un sudor frio manaba de su frente i de sus blancos cabellos.

—¡Rejistradlo, repitió Daza, i poned sobre esta mesa cuanto tenga sobre él!

Cuando los soldados comenzaron a introducir sus manos en los bolsillos de don Jenaro, éste creyó morir, pues sintió cual si le hubieran herido el alma. Pero su dolor debia ser todavia mas terrible.

Despues de un pañuelo i de una caja de fósforos que estrajeron de sus bolsillos, arrojaron sobre la mesa una pequeña cajita forrada en marroquí.

Daza la tomó vivamente, la abrió, i un lampo de luz brilló en el fondo oscuro de terciopelo con que el interior estaba cubierto.

—¡Mi solitario! esclamó el jeneral. ¡Aquí está mi solitario!

Don Jenaro lanzó un jemido i cerró los ojos como para no ver las miradas iracundas que todos fijaban en él.

—¡Dios mio, Dios mio, balbuceó con sus labios trémulos i blancos como un papel; ¡Dios mio!... esto es mas de lo que puede soportar un corazon honrado!

Momentos despues, no encontrándosele otra halaja, Daza ordenó que le ataran las manos por detras i que todos procediesen a rejistrar uno por uno los muebles de las habitaciones.

Para no detenernos en minuciosas descripciones, diremos solamente que de algunas cómodas u otros sitios estrajeron los siguientes objetos que el jeneral reconoció como suyos: un reloj de oro con cadena, un prendedor de corbata, un revólver pequeño con incrustaciones i mango de plata, i varias otras baratijas de poco valor; pero, al fin, del fondo del cajon de una cómoda, sacaron una pequeña bolsa de cuero curtido en la cual habia algunas monedas.

—¡Ahí está!... esclamó Daza. Aquí guardaba yo todo mi dinero!...

Vació el contenido con mano febril i al ver que solo habia seis a ocho pesos en monedas de plata, lanzó un verdadero rujido.

—¡Yo tenia aquí cerca de dos mil pesos en oro, plata i billetes! esclamó. ¿Dónde están? agregó dirijiéndose con voz terrible a don Jenaro.

Este quiso hablar; pero su lengua i su paladar estaban secos, i su voz cortada en la garganta por una opresion indescriptible. Sin embargo, hizo un esfuerzo pero no consiguió sino lanzar un grito ronco, gutural, como estrangulado.

—¡Miserable! le dijo Daza acercándose a él en actitud de hacer lo que habia hecho con Quiñones; pero cuando ya tenia levantadas las manos sobre su cabeza, se arrepintió pensando en que, si lo mataba o lo aturdia como al sarjento, no podria arrancarle una confesion por medio del dolor.

—¡Ya te haré hablar! le dijo con acento seco; ¡ya sabrás lo que es burlarse i robar a Hilarion Daza!

—Llevadlo al cuartel, agregó dirijiéndose a los soldadoe, i ponedle dos barras de grillos. Queda absolutamente incomunicado.

Don Jenaro, a pesar del dominio que tenia sobre sí mismo, esta vez se sintió aniquilado, desfallecido, falto de todo valor. No obstante, comprendió que mas que nunca necesitaba de un raciocinio sereno, de una voluntad indomable para luchar con aquel contratiempo. Su mismo abatimiento podia ser interpretado por la vergüenza i el miedo de un criminal.

Se esforzó, por tanto, en aparecer tranquilo, i cuando, entre dos soldados, pasó frente a Zunilda, cuyas pupilas brillaban con la alegría de la venganza satisfecha, se irguió i la miró con supremo desden.

Daza, mustio i sombrío, ordenó a los oficiales que le acompañaran a palacio i dirijiéndose a Zunilda le dijo:

—¡Tú, véte a tu casa!

Aun cuando esta órden era mui poco galante, tratándose de una favorita, que debia atravesar sola parte de

la poblacion despues de las tres de la mañana, Zunilda no se atrevió a decir una palabra, i mordiéndose los labios, tomó a buen paso el camino de su casa.

Cuando llegaba, le salió al encuentro Jilberto diciéndole:

—Hermosa mia, amada mia: ¿cómo ha ido?

Zunilda estuvo al lanzar un grito de terror cuando vió ante sí la alta i delgada figura de su cómplice; pero tuvo tiempo de reprimirse.

—¡Bien! contestó al cabo de un instante sacando la voz del fondo de su pecho. ¡Bien!... todo ha ido bien.

—¡Ya lo creo, esclamó Jilberto con vanidad. Mis combinaciones no han fallado jamas i mucho ménos debia fallar ésta en que tenia por premio tu amor.

Zunilda se estremeció al recordar su compromiso. Aquel hombre, sin poderlo evitar, le inspiraba un terror invencible,

—¿Le han conducido preso, sin duda, interrogó Jilberto, con la esperanza de que descubra dónde ha guardado el resto del dinero del jeneral?

—Sí, le han llevado maniatado, i el jeneral ordenó que le pusieran dos barras de grillos.

—¿Qué tal? volvió a preguntar Jilberto con creciente vanidad. ¡Ya va a tener el viejo, agregó, buena racion de palos o de tormentos para que confiese lo que no puede confesar!...

—¿I no caerá alguna sospecha sobre mí... sobre nosotros? preguntó Zunilda con inquietud.

Al decir sobre mí, ella sentia casi el deseo de que su cómplice se viera comprometido; en aquel momento habria querido estar desligada de él por cualquier medio, aun por la renuncia a su venganza.

—¡Bah! esclamó Jilberto. ¡No temas nada!... Pueda ser que a mí se me llame i se me interrogue; pero si tal sucede, lo que yo diga no servirá sino para hundir mas a don Jenaro!

Como se habian detenido al hablar lo que antecede, Jilberto agregó:

—¡Pero, vamos!... ¿qué hacemos aquí? ¿O crees que no estoi impaciente, sediento de recibir el premio de mi trabajo?

—¡Ah!... ahora nó!... esclamó Zunilda con estremecimientos nerviosos. ¡Otro dia!... estoi mui emocionada!...

—I yo, le dijo él, estoi hambriento!... ¡Vamos!...

Su voz no era ya la del amante que suplica sino la del dueño, del jefe que manda.

Zunilda vaciló, trató como de huir, pero Jilberto, tomándola de la cintura, le repitió:

—¡Vamos!... «El trato es trato» como dicen ustedes los chilenos!

UNION HÍBRIDA

Cuando a la mañana siguiente de los hechos que hemos narrado en el capítulo anterior, Zunilda se despertó entre los largos i delgados brazos de Jilberto, que se enroscaban a su cuerpo como dos serpientes, se estremeció convulsivamente i quiso saltar del tálamo cual si el hubiera picado una víbora. Pero así como el pulpo al menor contacto abre sus ventosas i se aferra a la roca, así Jilberto retuvo a Zunilda, i mirándola con sus pupilas medio entreabiertas le dijo:

—¡Aun no!... ¡Quédate!

—¡Levántate, le dijo ella disimulando cuanto le era posible su repugnancia o la especie de terror que le causaba su cómplice; ¡levántate i véte, pues de un rato a otro puede venir el jeneral!

Jilberto sonrió de esa manera fria, entre burlona i escéptica, que tanto terror causaba a Zunilda.

—Déjalo que venga, le contestó; verá que yo he ocupado su lugar i se retirará dejándonos tranquilos.

—¿Estás loco? preguntó Zunilda desprendiéndose de los brazos de Jilberto por medio de un movimiento brusco.

I aprovechando el verse libre, saltó del tálamo i comenzó a vestirse apresuradamente.

Jilberto se incorporó i con voz tranquila le dijo:

—Lo que ha de suceder tarde que suceda temprano. Yo no puedo consentir que seas de otro hombre.

—¿Qué dices? interrogó ella entre curiosa i admirada.

—Que desde hoi eres mia, nada mas que mia, i solamente mia, contestó él con la misma calma.

Zunilda se mordió repetidas veces los labios, dejó de abrocharse el corpiño, que a ese tiempo se ajustaba, i mirando a Jilberto con ira, con sorna, con cierto punzante desden, le preguntó:

—¿Eso piensas o quieres tú?

—Eso es lo que debe suceder.

Zunilda lanzó una de esas carcajadas secas, forzadas, que son, al mismo tiempo, una manifestacion de desprecio i de miedo.

—¡Estás gracioso!... le dijo. ¿Quieres sustituir tú al jeneral?

—Tú me has dicho que tambien quieres vengarte de él, contestó Jilberto, así que no veo motivo que me impida ocupar su sitio. A mas, el jeneral no tiene ahora dinero i yo lo tengo; podemos, por tanto, irnos a otra parte, adonde tú quieras, i vivir como mas nos agrade.

—¡Nunca!... esclamó Zunilda como asustada ante la idea de unir indefinidamente su suerte a la del bandido.

—¡Nunca! ¿Qué cosa? le preguntó éste mirándola con fijeza.

—Nuestra amistad, le dijo ella, debe ser pasajera i terminar cuanto ántes.

—¿I por qué, bella mia?

—Porque, respondió Zunilda sin dejar de morderse los labios, yo no puedo unirme a ti.

—Pero, le dijo él sonriendo del modo frio que le era peculiar, si estamos unidos, doblemente unidos.

—No veo yo por qué.

—¿No lo ves? Pues yo te lo diré: primero, por el crímen que juntos hemos cometido.

—Yo no he tenido ninguna participacion en él; tú lo has hecho todo.

Jilberto volvió a sonreir.

—Te equivocas, le replicó; tienes la mayor parte. Tú me pediste que te vengara; tú me instigaste a cometer el crímen ofreciéndome en premio tu amor; tú me diste la idea de cómo podia hacerse aparecer al viejo como espía i tú, en fin, me suministraste la primera letra de él para imitarla. A mí solo me corresponde la bagatela de haberme apoderado de los billetes de don Jenaro, una bagatela de ocho mil pesos, i de algun dinerillo del jeneral; pero eso es una bicoca, i todo el mundo me haria justicia cuando yo les dijese que si me habia apoderado de eso era porque, al poner en práctica tu bello plan, mis manos habian tropezado con esos estorbos.

Zunilda no contestó. Principiaba a sentir una cólera sorda, que le hacia golpear el pavimento i morderse los labios con ajitacion.

—El segundo motivo, continuó Jilberto con una calma desesperadora, para considerarnos indisoluble i eternamente unidos, es nuestro amor.

—¡Nuestro amor!... repitió Zunilda lanzando irritante carcajada. ¿Crees, entónces, que yo me deshago por ti?

—Segun los filósofos, respondió Jilberto sin desconcertarse, no hai efectos sin causas. La causa de la union de un hombre con una mujer, por las prácticas establecidas, reconoce por efecto el amor; luego, si los dos nos hemos asociado i anoche nos hemos unidos es porque nos amamos. ¡Lójica pura, bella mia!

Zunilda, que habia concluido de vestirse, ocupó el estremo de un sofá, en el cual se dejó caer hondamente irritada.

Hubo un largo rato de silencio. Jilberto no parecia dispuesto a dejar la cama, pues se acomodó en ella con toda tranquilidad.

Zunilda no pudo al fin contener su ira, i levantándose de un salto, lo miró con cólera diciéndole:

—¿De manera que estás resuelto a perderme, a indisponerme con el jeneral?

—Si él quiere indisponerse, contestó Jilberto sonriendo, yo no podré impedirlo. Pero no veo la causa. Tú, simplemente, le dirás: jeneral, nuestras relaciones terminan desde hoi porque deseo entregarme por completo a un nuevo amor. Él, entónces, tomará su morrion i nos dejará gozar de nuestra luna de miel.

Aquello era mas de lo que Zunilda podia soportar.

—¡Miserable!... le dijo ¿quieres, acaso, burlarte de mí?

Jilberto abrió los párpados con admiracion.

—¡Cómo!... le dijo. ¿Es cierto que te estás enojando? ¡Vamos, hablemos sériamente! Yo, suceda lo que suceda, no puedo resignarme a compartir con otra mi felicidad. Ya que el destino nos ha reunido, arreglémonos de manera que nuestra vida sea dichosa. Teniéndote a

ti, yo no quiero mas por ahora; i miéntras tengamos dinero, podemos disfrutar de completa felicidad.

—¡Yo no quiero nada de ti! le dijo Zunilda.

—I yo de ti no quiero sino tu amor, le replicó Jilberto. No te enfades: convengo en que debemos pensar un poco cómo despedir buenamente al jeneral; pero eso es fácil i lo arreglaremos. Yo, por mi parte, no puedo abandonar esta casa: primero, porque deseo verte i acariciarte a toda hora; i segundo, porque, sabiendo muchos que yo estaba al servicio de don Jenaro, en estos momentos se me buscará por todas partes a ver si soi el que le he ayudado en su robo. Así, pues, tú necesitas ocultarme, darme asilo por unos cuantos dias. Ya sabes que el jeneral debe partir mañana o pasado, si no lo hace hoi. Vendrá a despedirse i tú le desearás mucha felicidad; pero si quiere pasar aquí la noche, te disculparás, o, lo que es mejor, desde ahora te finjirás enferma, a fin de que se vaya a otra parte.

—¿Es decir, le interrumpió Zunilda. que tú te declaras desde hoi mi dueño, mi señor, para venir a imponerme tu voluntad?

—Yo no quiero imponerte mi voluntad, le contestó él; son las circunstancias las que nos imponen lo que debemos hacer. Si me tomaran preso, i por cualquier causa tú aparecieses comprometida, todo podria perderse. Hagamos, pues, lo que nos conviene hacer.

Como los argumentos de Jilberto le hiciesen algun efecto, i por otra parte, se encontrara molesta, indignada, con aquella especie de yugo que le caia encima, Zunilda le dió vuelta la espalda i salió del dormitorio cerrando con violencia la puerta tras de sí.

—¡La verdad, la verdad pura, murmuró Jilberto, es

que tengo celos, celos terribles, i que seré capaz de hacer una barbaridad!... Esta mujer me tiene miedo, cierta repulsion i eso enjendra en mí algo de feroz para con ella misma! ¡Oh!... oh!... esto va a concluir mal! Pero si ella se resignase a vivir conmigo, yo podria darle mas dinero que el que recibe del jeneral. ¡Seria cuestion de repetir los golpes de mano, i nada mas!...

Se vistió i levantó.

Zunilda, intertanto, colérica i asustada, se preguntaba qué haria con aquel hombre. Si llegaba el jeneral i lo encontraba ahí, en su dormitorio, ¿qué le diria? ¿I cómo echarlo? Si acudia a la fuerza, Jilberto seria capaz de hacer algun desatino i ella le tenia miedo, un miedo invencible. Lo consideraba mui capaz de contarlo todo al jeneral para vengarse de ella; i entónces, no solo perderia la satisfaccion de abatir a don Jenaro, sino que ella recibiria los efectos de la cólera de Daza.

Despues de éstas i otras mil reflexiones, vió que necesitaba someterse i disimular su despecho, siquiera por dos o tres dias, hasta que hubiese partido el jeneral.

—Una vez sola, pensó, le haré arrojar a la calle como a un perro.

Aquel dia pasó sin ninguna novedad, i Daza, contra su costumbre, no fué a visitar a Zunilda.

En el pueblo se hablaba mucho de la salida del ejército, i desde las primeras horas de la mañana los batallones solo esperaban la órden del jeneral para ponerse en marcha; pero, segun se decia en voz mui baja, Su Excelencia habia amanecido ese dia con un jenio tan endemoniado que el primer coronel que se presentó a pedirle órdenes, fué despedido con cajas destempladas.

Despues de almuerzo, Daza salió de palacio acompa-

ñado de dos de sus favoritos, i se dirijió a una de esas casas donde se entregaba sin escrúpulo a toda suerte de excesos. Ahí pasó el resto del dia i la noche, sumido en una embriaguez colérica.

¿Qué habia sido, intertanto, de don Jenaro?

Daza no habia dado órden ninguna respecto de él.

En la mañana, meditó largo rato sobre los medios que debia emplear para hacer confesar al anciano a quién habia dado o dónde habia ocultado el dinero que faltaba en su bolsa.

El palo i el látigo, le parecian insuficientes; el hambre i la sed demasiado lentos. Se decidió, al fin, por el fuego. Le haria aplicar planchas candentes en los piés hasta hacerlo confesar.

Iba a dar órden de ejecutar tan inhumano castigo, cuando recordó las relaciones de don Jenaro con el presidente Prado.

—¿Hasta qué punto, se preguntó, llegarán en su amistad? ¿Seria capaz de sentirse el señor Prado porque castigo severamente al hombre que me engañaba a mí i nos engañaba a ambos, sirviendo de espía a los chilenos?

Meditó largo rato, i al fin concluyó por decir:

—Pues voi a ver hasta dónde llega el cinismo del señor presidente del Perú. Voi a escribirle anunciándole que el tal Jenaro Buzeta es un ladron i que tengo casi seguros indicios de que es un espía que ha estado observando mis menores pasos. No diciéndole que ya lo he sorprendido i que sé por cuenta de quién me espía, él le defenderá i tratará de salvarlo; pero ¡por mi santo patron San Hilario, juro que delante de él mismo le achicharraré los piés!

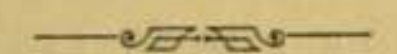
Como lo pensó así lo hizo. Escribió a Prado una carta

vaga, llena de circunloquios, de la cual, despues de muchas lecturas, el presidente del Perú pudo sacar en limpio que su colega tenia dudas sobre su antiguo o inseparable amigo don Jenaro Buzeta, quien, segun la misma carta, debia ser el autor de un robo que lo dejaba a él (Daza) punto ménos que a brazos cruzados.

Despachó la carta i resolvió aguardar hasta el dia siguiente, en que recibiria la respuesta, el hacer a don Jenaro su primer interrogatorio.

Para distraerse, como ya lo hemos dicho, despues de almuerzo se trasladó a casa de una de sus cuncubinas, en donde sumerjió en alcohol el recuerdo de su pérdida.

INTERROGATORIO INQUISITORIAL



La respuesta del presidente del Perú fué para Daza una desilucion. Se limitaba a manifestarle sentimiento por su pérdida i una gran sorpresa por los hechos de don Jenaro, al cual habia considerado como un cumplido caballero.

—¡Esta no me cuela a mí! esclamó Daza al leer la indiferente i lacónica carta de su colega. El tal Prado quiere aparecer como que nada le va ni le viene en el asunto; pues bien, tanto mejor: ¡el tal Buzeta me las pagará dobles!

Acto contínuo se hizo acompañar de algunos oficiales i se dirijió a palacio, al cual no habia vuelto desde el dia anterior.

Como era ya de noche, ordenó que encendieran luz en la pieza donde estaba don Jenaro, i un momento despues, seguido de varios soldados, entró él mismo en el aposento.

El anciano estaba estremadamente pálido; i como en aquellos dos dias i una noche apénas habia dormido, su

semblante estaba mui desfigurado. Sin embargo, su espresion era la mas resignada, la mas serena que podia darse. El círculo morado que rodeaba sus párpados hacia lucir mas su blanca barba.

Al ver a Daza se puso respetuosamente de pié i le miró con serenidad.

El jeneral, siendo el juez, no pudo sostener aquella mirada severa, profunda, que parecia penetrar hasta el alma.

Se paseó un momento con las manos en los bolsillos de los pantalones; i luego, parándose frente al anciano, le miró con fiero ceño diciéndole:

—¡I bien!... usted habrá podido meditar sobre su situacion.... ¿Qué ha pensado usted hacer?

—¡Nada, Excelentísimo Señor!... contestó don Jenaro con voz triste pero serena.

—¡Nada!... ¿No ha pensado usted que para merecer un poco de induljencia necesita al ménos confesar sus crímenes?

—¡Mis crímenes!... repitió el anciano con amarga sonrisa. ¡Mal se puede confesar lo que no se ha cometido!

Daza hizo un movimiento de indignacion i fastidio.

—Tiene razon Su Excelencia, le dijo don Jenaro. Yo, en su lugar, tal vez pensara de la misma manera, si no tuviese la conviccion íntima de que hai crímenes que no pueden cometer jamas ciertos hombres.

—¿Qué crímenes son esos? preguntó Daza.

—El de que Su Excelencia me acusa.

—A usted no le acuso yo; le acusan los objetos mios encontrados en su poder.

—Esos objetos han sido puestos ahí por la misma mano que robó mi dinero.

—¿Persiste usted en decir que le han robado?

—Sí, señor: ocho mil pesos en billetes de banco. Persistiré en decirlo hasta mi muerte porque esa es la verdad.

Daza sonrió con fria ironía

—I ¿a quién culpa usted de ese robo? le preguntó.

—No podria decir nada con alguna fijeza; pero si no conozco la mano que me envuelve en esta intriga, al ménos conozco a la persona que quiere perderme.

—¿Quién es esa persona? interrogó Daza.

—Zunilda, contestó don Jenaro con firmeza.

El jeneral lanzó una carcajada.

—¿Piensa usted escapar ahora, como la otra vez, haciéndome creer que Zunilda le ha intrigado? ¡Esa no me cuela a mí!

—Dos dias ántes, el dia de la toma de Pisagua, agregó don Jenaro, esa mujer me amenazó con una venganza terrible, i veo que ha cumplido su promesa.

—Esa mujer, le dijo Daza, ha sorprendido a usted desde el primer momento i por eso le ha odiado; esa mujer, por instinto, ha comprendido quién era usted i por eso ha velado por mí. Soi yo, solo yo soi el torpe, el que no ha conocido, en la aversion de usted hácia ella, que usted le temia, que usted lo que mas deseaba era verla separada de mí.

—Yo no he tenido jamas por qué temer a esa mujer, le dijo don Jenaro con firmeza. Si no la he adulado, si no la he brindado mi amistad, es porque jamas la brindo a las meretrices.

Daza empuñó la manos e iba a dar una bofetada al inerme anciano; pero la tranquila, la resuelta espresion de éste le hizo contenerse. Se diria que le habia infundido respeto.

—¡Miserable! le dijo ¿cómo te atreves a tratar de meretriz a una jóven a quien yo protejo?

Don Jenaro sonrió con cierto desden i no contestó.

—¡I bien!... agregó Daza tras de un breve silencio. ¡I bien!... No perdamos mas tiempo! ¿Confiesas, sí o nó, quiénes son tus cómplices?

—Yo no tengo cómplices.

—I ¿a quién has dado el dinero que falta de mi bolsa?

—Yo no conocia, siquiera, la existencia de tal bolsa.

—I de las alhajas encontradas en tus bolsillos ¿tampoco tenias conocimiento?

—Tampoco: hasta la hora en que me acosté, yo no he tenido nada en los bolsillos.

Daza meneaba la cabeza con aire incrédulo i amenazador.

—¡I bien! repitió con una calma feroz. ¿Sabes qué se te espera si no confiesas? Te achicharraré los piés a fuego lento.

—Puede Su Excelencia quemarme, descuartizar mi cuerpo pedazo a pedazo, i no sacará nada mas de mí.

—¿Tanto es tu valor?

—Nó, señor; tanta es mi inocencia.

—Lo veremos.

I volviéndose a los soldados, les dijo:

—Traigan ustedes bastante fuego en un bracero.

—Cualquiera que sea el martirio a que se me va a someter, dijo don Jenaro, protesto ante Dios que es injusto. A mas, señor jeneral, ¿qué manera de hacer justicia es ésta? ¿Se ha interrogado, se ha reducido a prision a las personas que vivian en mi misma casa?

—¡Reducir a prision! repitió Daza con sorna ¿a qué

conduciria eso? ¡Vamos, no empeores tu causa con esta especie de burlas!

—Yo no me burlo; yo reclamo lo que tengo derecho a reclamar, i yo protesto ante Dios i los hombres de cuanto se ejecute en mí, porque será injusto, porque soi inocente.

Daza sonreia meneando la cabeza sardónicamente. Era tan íntima, tan profunda su conviccion de que aquel hombre era el verdadero, el único ladron, que le habria parecido mas fácil creer que la luz de la lámpara era la luz del sol.

Dos soldados entraron a ese tiempo con un gran bracero de carbones encendidos, por entre los cuales aparecian, cortándose, mil lengüetas medio azuladas, llenas de chispas, que despues de ajitarse como la cola de un reptil, se deshacian en el vacío.

Era aquel un hermoso fuego para una fria noche de invierno, para iluminar i calentar un vasto aposento.

—¿Persistes en negar? interrogó Daza.

—No tengo nada que negar ni confesar, contestó don Jenaro con voz tranquila.

—Tomen ustedes a ese hombre, ordenó el jeneral a sus soldados, acuéstenlo en el suelo, descálcenlo i pónganle los piés poco a poco al calor del fuego.

Cuatro soldados tomaron al anciano de los hombros i de las piernas i lo tendieron en el suelo sin que él hiciese la menor resistencia. Solo se puso mui pálido, i mirando al cielo, murmuró:

—¡Dios Todopoderoso!... aceptad el martirio que voi a sufrir por mi patria i haced que él reemplace, siquiera, la sangre de alguno de mis hermanos!

La órden del jeneral fué fiel i prontamente cumplida.

Los soldados, despues de colocar al anciano en el suelo, le descalzaron.

Daza miraba fria i desapiadadamente aquellos horribles preparativos.

Dos de los soldados se situaron frente a la rejion del pecho de don Jenaro, a fin de oprimir sus hombros e impedirle todo movimiento, miéntras los otros dos levantaban sus piés, tomándolos de los tobillos.

—¡Acerquen el fuego! dijo el jeneral con voz sombría.

Don Jenaro cerró los párpados i sintió que gruesas gotas de sudor corrian por su frente.

—¡Está bien!... agregó Daza, cuando los carbones encendidos distaban solo como un decímetro de las plantas del anciano.

Hubo un momento de profundo silencio.

La inmovilidad, la falta de alimento i abrigo durante tantas horas, tenian a don Jenaro casi yerto; así que la primera impresion que el calor causó en sus piés, fué una sensacion agradable. Pero ¡ai! la misma prontitud con que el anciano sintió esa agradable sensacion, le probó que ántes de medio minuto esperimentaria terribles dolores.

Así comenzó a suceder en efecto. Todavia sus piés estaban frios por la parte del empeine, cuando comenzó a esperimentar un ardor insufrible en las plantas.

—¡Valor, Dios mio!... murmuró el anciano. Si he de volver al lado de mis hijos, dadme valor para soportar este martirio; si no, quitadme la vida cuanto ántes!...

El dolor se hizo tan vivo que se encojió convulsivamente, haciendo que los soldados, que estaban de rodillas, casi cayeran hácia atras.

A ese tiempo entró, casi corriendo, un oficial.

Daza le miró con ceño airado; pero el oficial se acercó a él i le dijo unas pocas palabras en voz baja.

—¿Es posible? interrogó aquel con cierto terror.

I sin aguardar respuesta, dijo a los soldados que sujetaban a don Jenaro:

—¡Suspendan por un momento; luego vuelvo!

—¡Gracias, Dios mio, por esta tregua! murmuró don Jenaro miéntras Daza salia a grandes trancos del aposento.

AMOR, TERROR I DOLOR

En la tarde de ese mismo dia, casi a puestas de sol, Zunilda se encontraba en el salon de su casa, abstraida en profundas meditaciones.

No habia podido conseguir que Jilberto saliera de su casa i se habia visto obligada a darle un aposento, una especie de guardaropa contiguo a su dormitorio.

En los dos dias i una noche que llevaban de vida comun, habian chocado mas de diez veces, lanzándose terribles amenazas i concluyendo por amistarse, bajo las exijencias de Jilberto que prometia complacer a Zunilda si ella a su vez se mostraba complaciente. Mas estas promesas nunca se cumplieron, i Zunilda, enervada i colérica al verse burlada, colmaba de insultos a su cómplice, maldiciendo la hora en que le habia conocido.

En el último disgusto que habian tenido esa tarde, casi llegaron a las manos.

Jilberto, con su risita fria con una calma digna de mejor causa, le habia dicho:

—¡Hablemos claro, hermosa mia!... Desde hoi, i

miéntras yo no piense de otro modo, tendrás que permanecer a mi lado i no recibir en tu alcoba a ningun hombre!

Zunilda, temblando de indignacion, le contestó.

—¡Recibiré a quien quiera; i suceda lo que suceda, te haré arrojar a ti a la calle!

—¡Eso no lo harás tú, hermosa mia!

—¿Por qué?

—Porque si recibes a algun hombre te mataré.

—¡Y yo, aun despues de muerta, le dijo Zunilda mordiéndose repetidas veces los labios, sabré vengarme de ti!

—No temo a la venganza de los muertos, hermosa mia, así que es mejor te resignes a vivir a mi lado.

Zunilda, temiendo sufrir un vértigo por la cólera, se habia dirijido al salon donde la hemos presentado.

—¡Es necesario que esto concluya! se decia con la rabia de la impotencia. ¡Que concluya ahora mismo!... pero ¿cómo?

I entónces pasaba por su mente la idea de mil crímenes, de mil maneras sangrientas como deshacerse de aquel hombre que tanto la mortificaba; mas al combinar los medios de ejecucion, tropezaba con obstáculos insuperables.

En esos momentos, sin anunciarse, entró al salon un oficial, uno de los ayudantes de Daza.

Zunilda se levantó de un salto, i corriendo hácia él le dijo miéntras le rodeaba el cuello con sus brazos:

—¡Oh!... ¡que a tiempo llegas!... Me moria de fastidio!...

I lo arrastró al sofá.

El oficial era un jóven corpulento, bizarro, de grandes bigotes a lo Napoleon.

Cuando Daza descuidaba un tanto a Zunilda o el ofi-

cial sabia que pasaria la noche en otra parte, éste se encargaba de reemplazarlo al lado de Zunilda, lo que a ella parecia no desagradarle.

Se embebieron en una animadísima conversacion, alternada con mas o ménos espresivas caricias. La noche entró i ellos parecieron no apercibirse. No necesitaban, tampoco, de luz.

Pero si les hubiera sido dable ver en las tinieblas, como las gatos, se habrian estremecido al contemplar a Jilberto acurrucado en un ángulo del salon, con los finos labios contraidos por una sonrisa espantosa, con el pecho anhelante, con la vista fija en ellos, escuchando los besos, las risas, las palabras de amor de los enamorados.

Habia sacado su largo i afilado puñal i lo apretaba con mano convulsa entre sus dedos, sintiendo vértigos terribles al escuchar aquellas caricias, de que Zunilda jamas le habia participado.

Así trascurrieron algunos minutos.

Jilberto no pudo, al fin, soportar mas tiempo sus celos; i avanzó con paso de lobo hácia el ancho sofá, donde sentia a Zunilda i al oficial, con intenciones de caer sobre ambos i apuñalearlos. Pero ya al llegar se detuvo.

Oyó distintamente que no eran solo palabras de amor las que aquellos cambiaban.

—Espera, decia Zunilda con voz melosa, con cierta modulacion apasionada; yo soi ahora ménos libre que nunca; yo no puedo, siquiera, seguir recibiéndote.

—I ¿por qué? interrogó el oficial con voz tan ténue como la de Zunilda. ¿Por qué, Zunilda mia?

Jilberto clasificó estas frases como nacidas de un pecho en que arde un volcan.

—Porque, contestó ella, por una fatalidad, por no sé

qué capricho de querer vengarme de una persona que me ha ofendido, me comprometí a protejer a un miserable que ahora abusa de lo que él llama mi complicidad, para imponerme sus caprichos.

—¿Qué exije de ti? preguntó el oficial.

—¡Ah! esclamó Zunilda con voz desolada; ¡lo exije todo!... ¡Quiere que yo sea suya, que huya con él, que lo abandone todo i no viva sino para su placer!...

—¡Vamos! ¡no es poco pretender! interrumpió el oficial.

—Pero aun hai mas, agregó Zunilda; quiere que no admita ni al jeneral.

—I ¿por qué?

—Porque dice que tiene celos i que yo no debo ser sino suya, únicamente suya.

—Ese es un loco, alma mia, le dijo el oficial, i tú no debes hacerle caso.

—¡Ah!... bien lo quisiera, pero él, con una desfachatez i un atrevimiento inauditos, no quiere salir de aquí, amenazándome con la muerte si no le complazco.

—¡Cómo!... ¿Está aquí, en tu casa?

—Desde hace dos dias.

—I ¿por qué no lo has mandado arrojar con los sirvientes o con los guardianes de la ciudad?

—Porque me amenaza con matarme i con decir al jeneral miles de calumnias sobre mí.

—¡Bah!... ¡esas son baladronadas! ¿Quieres que te libre yo de él en cinco minutos?

—¡Oh!... ¡si lo hicieras, te amaria toda mi vida!

I Jilberto oyó un ruido como el de una persona que se torna para abrazar a otra, i luego el estallido de un beso.

—Es lo mas sencillo, agregó el oficial. Yo, esta no

che, salgo con una ronda. Vengo aquí, me indicas tú dónde está, le prendo i lo conduzco a la cárcel como a un ladron que se ha introducido furtivamente en tu casa.

—¡Oh!... ¡qué bueno está eso!... ¿Lo harás? ¡Me salvarias casi la vida!

—Ántes de media hora estaré aquí con diez soldados.

—I ¿si resiste? ¡Está armado de un terrible puñal!

—Al menor amago de resistencia, le hago hacer una descarga con mis soldados, i entónces no podrá ni negar su delito.

—¡Oh!... ¡hazlo así!... ¡Ese hombre es un malvado, a quien le tengo yo mucho miedo!

—¡Pues ya verás cómo te libro de él!

—¡Qué bueno eres!...

I Jilberto volvió a sentir el mismo ruido que ántes, producido, sin duda alguna, por el roce de los vestidos de Zunilda al abrazar al oficial.

Pero esta vez, ni uno ni otro volvieron a hablar, i Jilberto pasó cerca de cinco minutos haciendo esfuerzos sobrehumanos para no caer como leon hambriento sobre aquella pareja tan feliz.

—¡Si pudiese matar a ambos de un solo golpe! se decia apretando rabioso i desesperado el mango de su puñal. ¡Pero uno o los dos tendrian tiempo de gritar i me perderia!

Por fin, oyó que Zunilda, con voz lánguida, decia:

—¡No tardes mucho!... Tengo miedo de ese hombre!...

—¡Descuida!... ántes de media hora estaré aquí, contestó él.

Jilberto oyó que se levantaba i luego que decia:

—¡Cuán oscuro está esto!... No veo siquiera la puerta... ¿Quieres que encienda un fósforo para salir?

—¡Mejor nó! contestó ella. Ya que ese loco no te ha visto entrar que no te vea salir.

—Pues entónces, lo que no se ve se atienta, dijo el oficial con acento festivo. Hasta luego, mi Zunilda; luego te libraré de tu pesadilla.

—¡Hasta luego, adorado; no tardes! contestó ella con voz de niña mimada.

El oficial, como lo habia dicho, buscó a tientas la puerta i un momento despues se oyeron sus pasos en el patio.

Zunilda, recostada en el sofá, lanzó un fuerte suspiro i murmuró:

—¡Al fin me veré libre de ese mónstruo! Desde que él está aquí no he gozado un instante de tranquilidad.

I sintiéndose laxa, enervada, se acomodó en el sofá como para dormir.

Pasaron como cinco minutos i solo se oia la respiracion igual aunque un tanto jadeante de la jóven. A juzgar por su inmovilidad, debia haberse dormido, o por lo ménos hallarse en ese estado parecido al sueño, en que los miembros i los sentidos reposan tras del trabajo o de la fatiga.

De repente sintió una mano que se apoyaba lijeramente en su pecho i que, cuando ella no volvia aun de su estupor, se posaba como una mordaza de hierro en su boca. No habria necesitado de tanto para quedarse muda. Desde el primer instante conoció la mano larga i descarnada de Jilberto, i fué tanto su terror que se quedó como galvanizada.

Trató de incorporarse; pero Jilberto, sentándose en el

mismo sofá, casi sobre ella i oprimiéndola contra el espaldar se lo impidió.

—¡Vas a morir!... le dijo el bandido en voz baja e inclinándose sobre ella. ¡Querias entregarme a la justicia como ladron... querias venderme!... Felizmente no has dado mi nombre i yo saldré de aquí como salió el otro, sin que nadie me moleste!... ¿Con que tenias besos, caricias, palabras i suspiros de amor para los otros i para mí no? Pues... ¡toma!... suspira bajo mi mano, bajo mi puñal!...

Se oyó un golpe, un jemido ahogado, el roce de las enaguas de Zunilda al ser ajitadas por los piés i luego el ruido de un cuerpo que caia pesadamente sobre el pavimento.

—¡Ella lo ha querido! murmuró el asesino. Hai que matar para que no se nos mate!...

Diciendo esto ganó tranquilamente la puerta, salió al patio, i como no viese a nadie, se dirijió con paso rápido a la calle.

—Ahora, se dijo, es necesario que me provea del dinero que escamoteé al tal don Jenaro i a Daza, i que procure irme a Arica o a Bolivia. Respecto a Zunilda nada tengo que temer; pero el tal Buzeta puede haberme señalado como sospechoso; i aunque nada podrian atribuirme, es mejor no entenderse con alguaciles i jueces.

Pensando esto se dirijió a grandes pasos hácia los suburbios de la poblacion i media hora despues escalaba una muralla del cementerio, que estaba un tanto derruida.

Ahí, bajo una losa antiquísima, el bandido tenia escondido su tesoro.

REVELACIONES

El oficial que habia estado con Zunilda fué fiel a su palabra i ántes de media hora entraba a la casa seguido de un grupo de soldados, despues de haber dejado uno en la puerta con la órden de no dejar salir a nadie.

El patio i el pasadizo estaban tan solos i desiertos como cuando él habia salido; pero el ruido de tantos pasos i el de las armas, hicieron acudir a un sirviente, que se amedrentó al no distinguir, por la oscuridad, lo que formaba tanta bulla.

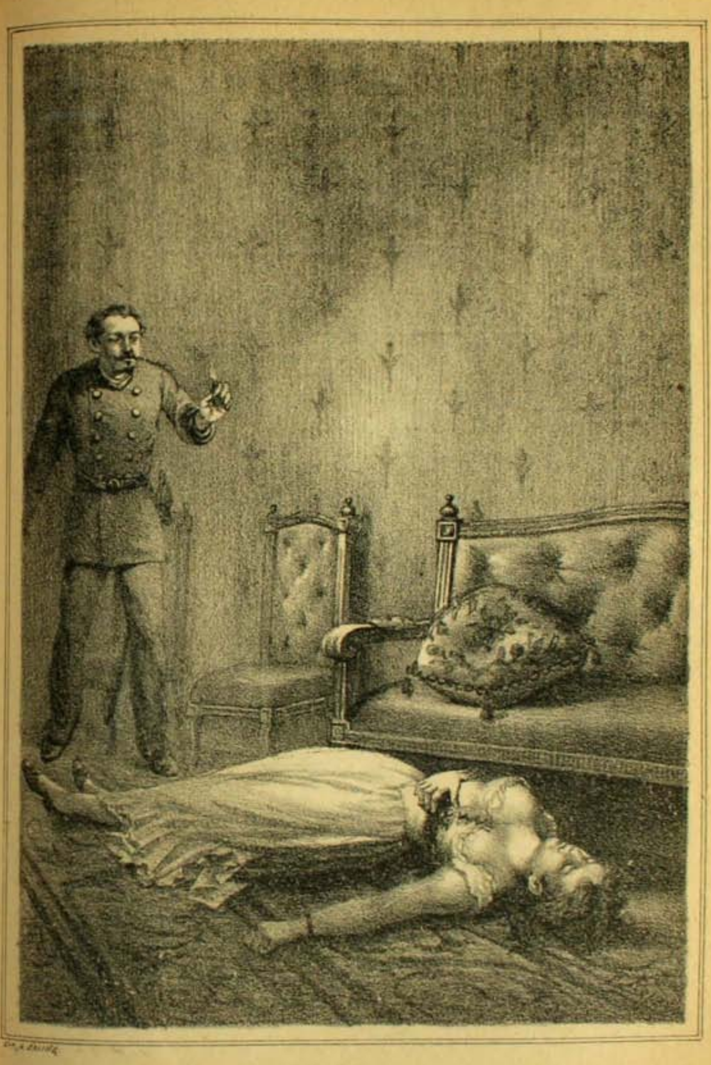
—¡Señora, ya estoi aquí! dijo el oficial golpeando la puerta del salon i dando ese título a Zunilda para no manifestar ante los soldados la confianza que reinaba entre ellos.

Nadie contestó.

—¡Señora Zunilda, ya estoi aquí! repitió.

El mismo silencio.

Entónces, encendiendo una cerilla, entró al salon i se dirijió resueltamente al sofá donde poco há pasara un rato feliz.



La luz de la cerilla daba de lleno sobre el cuerpo inanimado de Zunilda, i su pecho, en gran parte descubierto, veíase lleno de sangre.

No alcanzó a llegar cuando lanzó una esclamacion de sorpresa i se quedó paralizado por el estupor.

La luz de la cerilla daba de lleno sobre el cuerpo inanimado de Zunilda, i su pecho, en gran parte descubierto, veíase lleno de sangre.

El oficial abismado, solo arrojó la cerilla cuando sintió que le abrasaba los dedos.

El dolor i la oscuridad le hicieron volver en sí.

—¡Luz!... ¡Una luz!... gritó mientras él encendia otro fósforo.

El sirviente trajo pronto una lámpara.

Zunilda, con los vestidos en desórden, con la cabeza echada hácia atras, con los brazos abiertos i el pecho bañado en sangre i casi descubierto a causa del escote que le gustaba usar en sus vestidos, yacia inmóvil, con los párpados entreabiertos i con las manos crispadas a los piés del sofá.

El oficial se arrodilló junto a aquel cuerpo inanimado que tan pocos momentos ántes él habia estrechado entre sus brazos. Tocó una de las manos i estaba helada: acercó su semblante a los labios de Zunilda i le pareció no sentir la menor respiracion.

Inspeccionó entónces la herida i vió que aun manaban de ella algunas gotas de sangre.

—Pronto, dijo a uno de los soldados, corre i llama un médico.

Zunilda tenia una sola herida, casi al centro del seno izquierdo. Era una herida pequeña, de poco mas de tres centímetros; pero que debia ser mui profunda, a juzgar por los gruesos labios que se habian formado al rededor de ella i por la gran cantidad de sangre que habia arrojado.

El oficial despachó otro soldado para avisar a Daza lo que sucedia, i cinco minutos despues se presentó un médico.

—¡Vive aun! dijo, despues de ascultar el costado izquierdo de Zunilda.

Mandó traer éter i muchas otras drogas i examinó con gran atencion la herida.

—¡Es admirable que esta jóven no haya muerto casi instantáneamente! esclamó el médico. Solo puede haberla salvado lo voluminoso de su seno.

—¿Vivirá, entónces? preguntó el oficial profundamente emocionado.

—Solo una o dos horas, i para ello es necesario no moverla de este sitio, pues el menor movimiento le produciria la muerte.

Se le colocó una almohada bajo la cabeza i se le cubrió el cuerpo con algunas frazadas.

Habiendo llegado los medicamentos, el doctor colocó compresas i vendas en la herida, i terminada esta operacion, aplicó a los labios i a la nariz de Zunilda una esponja empapada en éter.

De pronto no hizo ningun movimiento; pero luego tornó un tanto la cabeza, levantó pesadamente una mano hácia su semblante i al fin, estremeciéndose, lanzó un suspiro i abrió los párpados.

El médico aguardó algunos minutos.

—¿Cómo se siente usted? le preguntó con voz suave para no arrancarla de repente a su postracion.

Zunilda abrió un poco mas los párpados, fijó sus pupilas un tanto apagadas en el doctor, pero no le contestó.

—¿No puede usted hablar? le volvió a preguntar aquél.

Movió ella débilmente los labios pero no pudo articular una sola palabra.

—Temo mucho que muera sin poder hablar, dijo el médico en voz baja al atribulado oficial.

A ese tiempo, el centinela colocado en la puerta gritó:

—¡Su Excelencia el señor jeneral!...

El oficial corrió a su encuentro.

—¿Qué ha sucedido aquí? preguntó Daza con voz entrecortada por el cansancio.

—Hoi a la oracion, Excelentísimo Señor, contestó el oficial, pasé por aquí i la señora Zunilda me dijo que se habia introducido a sus piezas un hombre, una especie de loco i me pidió lo hiciese salir. Corrí al cuartel a traer jente, i cuando volví encontré a la señora Zunilda en el salon, privada de conocimiento i con una profunda herida en el pecho.

—¡Rayos del infierno!... esclamó Daza. ¿Qué es lo que está pasando aquí?

Entró al salon, interrogó al médico, i éste le dijo que Zunilda moriria pronto.

Daza, al oir esto, con cierta solicitud i ternura de que no se le habria creido capaz, se arrodilló al lado de Zunilda i con voz cariñosa le preguntó.

—¿Te sientes mal?... Sufres mucho?...

I le estrechaba una mano como para darle aliento para contestar. Pero Zunilda solo movió los labios i no pudo responder.

—¿No puedes hablar?... Es necesario que lo intentes para decirme quién te ha herido, i te juro por mi patron San Hilario, que ha de pagar con la vida su crímen.

Zunilda oprimió suavemente la mano de Daza como

dándole las gracias, i sus pupilas pareció que se animaban con la idea de la venganza.

—Un momento, Excelentísimo Señor, dijo el doctor; aguardemos un momento i tal vez consigamos que pueda decir algunas palabras despues de beber dos o tres cucharadas de este cordial.

Zunilda lo bebió con dificultad; pero al cabo de pocos minutos sintió que su sangre adquiria calor i que sus miembros recuperaban un poco de vida.

El médico examinaba el pulso; Daza contemplaba con cierta ternura a la que le habia acompañado en tantos dias de placer; el oficial se mantenia de pié a respetuosa distancia, i en las puertas, fuera del umbral, los soldados i sirvientes de la casa miraban con curiosidad lo que pasaba en el interior.

Zunilda, un tanto reanimada, lanzó un suspiro, se mordió suavemente los labios i al fin con voz debilísima que se escapó de su pecho como un soplo, murmuró:

—¡Cuánto sufro!...

El médico hizo señas a Daza para que no le hablara i le administró una nueva dósis de cordial.

Al cabo de dos o tres minutos, la respiracion de Zunilda era mas perceptible i sus miradas mas animadas.

—Ya puede interrogarla Su Excelencia, dijo el doctor; pero debe procurar que hable lo ménos posible.

I dirijiéndose a ella agregó:

—Siempre que pueda ahorrar palabras, hágalo. Con cerrar los párpados puede contestar afirmativamente; i con mover la cabeza, negativamente.

Zunilda hizo señas de que así lo haria, i Daza principió su interrogatorio de la manera siguiente:

—¿Sabes quién te ha herido?

La jóven cerró una vez los párpados.

—¿Sabes quién es? cuál es su nombre?

—Sí, contestó ella débilmente: se llama Jilberto Wuahtsin.

—¡Jilberto Wuahtsin! repitió el jeneral; no conozco ese nombre. ¿Puedes dar algunas otras indicaciones de él?

—Estuvo algunos dias al servicio de don Jenaro.

—¿Es entónces un ingles que no se sabe si es jóven o viejo, i casi completamente calvo?

Zunilda cerró los párpados afirmativamente.

—I ¿por qué te ha herido ese hombre?

—Para que yo no le descubriese...

La jóven se detuvo porque le faltaron las fuerzas.

El doctor le administró una tercera dósis de cordial.

—¡Cuánto sufro!... esclamó Zunilda al cabo de un instante.

I volviéndose al médico le preguntó:

—¿No es cierto que voi a morir pronto, doctor?

—Para Dios no hai imposibles, señora.

—¡Sí, solo Él podria salvarme! murmuró ella con desaliento. ¡I bien, agregó, puesto que he de vivir poco, quiero aprovechar este tiempo! Déjenme un momento sola con el jeneral.

Todos se retiraron i Zunilda, estrechando una mano de Daza, le dijo con voz tenue.

—Ya usted lo ha oido; moriré pronto, mas pronto tal vez, de lo que cree el doctor... En estos momentos solo se habla la verdad... ¿Me jura usted, jeneral, perdonarme, por estar al borde de la tumba?

—¡Sí, te perdono! lo juro por mi patron San Hilario! contestó Daza emocionado por la solemnidad de aquellos momentos

—¡Gracias!... murmuró Zunilda. Yo he sido una gran criminal... i Dios me castiga quitándome la vida como yo la quité... a una chilena en Antofagasta!... Ahora tengo que acusarme de otro crímen!... Yo no he podido perdonar nunca a... don Jenaro el desprecio con que me ha mirado i lo que sufrí por causa de él cuando usted me desterró de la Paz... Tenia jurado vengarme... Conocí a Jilberto... i él me prometió hacerlo... Don Jenaro, señor, es inocente.

—¿Qué dices? interrogó Daza en el colmo de la admiracion.

—La verdad... la verdad pura, como que voi a comparecer ante Dios.

—I ¿quién es, entónces, el que me ha robado?

—Jilberto.

—Jilberto no ha podido entrar a mis aposentos, i el único que estuvo en ellos fué don Jenaro el dia del robo.

—Jilberto, contestó Zunilda con voz cada vez mas débil, el dia en que usted fué a Arica, embriagó... al sarjento Quiñones i entró a los aposentos de usted con el fin de inspeccionar dónde podria tener dinero. Estaba en esta operacion cuando oyó que usted llegaba i solo tuvo tiempo de ocultarse en el dormitorio...

—¿I despues? interrogó Daza con alguna impetuosidad al ver que Zunilda se detenia para tomar aliento.

—Despues... agregó ella con sumo trabajo, Jilberto oyó toda la conversacion que respecto al Perú i a su presidente tuvo usted con don Jenaro.

—¡Por los cuernos de Satanas! esclamó Daza que principió a entrever alguna luz, ¡esto es inaudito!

—Impuesto de esa conversacion, agregó Zunilda, con-

cibió en el acto la idea de hacer aparecer a don Jenaro como un doble espía.

—¡Pero eso nó, interrumpió Daza; aun cuando ese hombre haya oido nuestra conversacion, es don Jenaro quien ha escrito las cartas!

—Nó, le contestó Zunilda; fué Jilberto. Tiene una facilidad asombrosa para imitar toda clase de letra.

—Convengamos en ello aun cuando para creerlo necesitaria pruebas, dijo Daza; i el robo ¿cómo efectuó el robo?

—Apénas don Jenaro concluyó de escribir las cartas que usted le habia encomendado, contestó Zunilda sacando cada palabra del fondo del pecho, Jilberto descerrajó con su puñal los muebles en que usted guardaba su dinero i se apoderó de él. Luego, temiendo que la guardia le viera salir despues que lo habia efectuado don Jenaro, escaló una muralla apénas entró la noche i se dirijió a casa de don Jenaro, endonde se puso a escribir las cartas que debian presentar a éste como espía de los chilenos i del presidente del Perú. Despues...

Zunilda no pudo continuar: cerró los párpados i se quedó como aletargada.

—¡Por mi patron San Hilario! esclamó Daza. ¡Esta mujer se va a morir i no me alcanzará a esplicar lo demas!

Llamó apresuradamente al doctor, quien la hizo aspirar algunas ecencias i le administró una doble dósis de cordial.

—Apresúrese Su Excelencia, dijo a Daza; esta señora no vivirá mas de una hora.

El jeneral aguardó que Zunilda esperimentase una reaccion, i apénas vió que podria contestarle, le preguntó:

—I ¿cómo se encontraron en los bolsillos i muebles de don Jenaro las cartas i los objetos que a mí me pertenecian?

—Jilberto, contestó Zunilda, con voz ya medio gangosa, esperó que don Jenaro se durmiese i entró a sus aposentos, colocando las cartas en la cartera, en la que don Jenaro tenia unos billetes, de los cuales aquel se apoderó; i en los demas muebles los distintos objetos que usted conoció como suyos.

—¡Infame!... esclamó Daza. ¡Lo haré desollar vivo!... I ¿qué pruebas me das de que lo que dices es cierto?

Zunilda hizo un grande esfuerzo i con voz debilísima i entrecortada pudo contestar:

—En mi costurero... donde guardo mis alhajas... hai varias cartas i varias copias de ellas hechas por Jilberto... como... como una prueba que hizo delante de mí de su habilidad... Tambien hai... unas cuantas líneas de letra de... de don Jenaro, que Jilberto imitó... ¡Ai!... ya no puedo mas!... ¡Me muero!...

Acudió nuevamente el doctor al llamado del jeneral.

—Ya no le quedan sino pocos momentos, dijo, i no le será posible pronunciar una palabra mas.

CAPTURA

Zunilda cayó en una especie de catalepsia.

Cerró los párpados, i solo se conocia que vivia por los movimientos ajitados de su pecho.

Daza fué en busca del costurero que aquella le habia indicado; i para calmar su sentimiento, se hizo servir una botella de coñac.

La inspeccion del costurero no hizo sino confirmar lo aseverado por Zunilda.

Ahí encontró las diversas cartas cuya letra Jilberto habia imitado.

Daza, confundido, anonadado con aquel golpe, vació una tras otra varias copas de coñac diciéndose:

—¡Héme aquí otra vez puesto en ridículo con don Jenaro Buzeta! ¿Qué diré a este caballero para justificarme? El hecho o los hechos tal como se han realizado, me justifican, al ménos me disculpan; pero ya es la segunda vez que algo análogo me acontece. I ha sido esta mujer, este demonio de Zunilda la que ha hecho todo esto; i bien, harto merecido lo tiene: ¡que se la lleve cuanto ántes una lejion de demonios!...

Llamó al oficial que presenciaba la agonía lenta i penosa de la mujer que tan pocos instantes há estrechara con amor entre sus brazos, i le dijo:

—Vaya usted a palacio i dé órden para que quiten los grillos i pongan en libertad a don Jenaro Buzeta. Diga usted mismo a este señor, en mi nombre, que el culpable de todo, el único culpable, ha sido el escribiente que él tenia, el tal Jilberto. Que me ayude a buscarlo i verá cómo lo haré castigar. Dígale que estoi plenamente convencido de su inocencia i que me perdone los malos ratos que haya pasado!...

Daza hablaba con tono brusco, con una especie de empacho. Le mortificaba infinito la idea de haber sido engañado i de aparecer ante don Jenaro i demas personas como un zonzo a quien se hace creer lo que se quiere.

Ya el oficial iba a retirarse cuando el jeneral agregó:

—¡Oiga usted!... Ordene al coronel de mis *colorados* que les dé puerta franca, encargándoles busquen, persigan i apresen al tal Jilberto; que ofrezca cien pesos i un grado al que lo prenda; que dé órden para allanar cualquiera casa sospechosa i que, en fin, no se omita paso ni medida alguna para llevar a efecto la captura. El tal Jilberto, si hai álguien que no lo conozca, es un hombre alto, estremadamente flaco, sin un pelo de barba i casi calvo. No se sabe, al verlo, si es viejo o jóven; no hai tampoco con quien poder equivocarlo en todo Tacna i, tal vez, ni en el mundo entero. Vaya usted, i que se haga cuanto ántes lo ordenado.

Daza quedó solo, paseándose a grandes trancos, con la cabeza inclinada sobre el pecho i las manos perdidas en los bolsillos de los pantalones.

—¡Por mi patron San Hilario, murmuraba, que esto

es gracioso!... ¿Qué dirá Su Excelencia el jeneral Prado cuando sepa que un pobre diablo me ha engatuzado? ¡I yo que pensé escribirle acusándolo de poco leal i caballero por estarme haciendo espiar!... ¡Habria quedado fresco!... Felizmente en la carta que le escribí obré como hábil diplomático.

Miéntras Daza vaciaba su botella, haciéndose miles de reflexiones, veamos lo que acaecia en palacio.

La órden del jeneral para poner en libertad a don Jenaro i el saber que éste era declarado inocente, causó una vivísima impresion.

Casi no hubo uno que no dijese que, desde el principio, no habia creido jamas que tan cumplido caballero fuese capaz de accion tan villana.

¡Increible vuelta de la rueda del favor o de la fortuna! Habia bastado media hora para que en todo Tacna se supiese que don Jenaro ya no gozaba de favor ante el jeneral i, al contrario, que iba a ser juzgado por espía i ladron, para que todo el mundo le execrase i le maldijese; ahora, declarado inocente i vuelto a la gracia del presidente, en ménos de diez minutos se esparció la voz por el pueblo, i los mismos que le habian juzgado con mas acrimonia, eran los primeros en ensalzarlo.

Cuando don Jenaro oyó del oficial que estaba libre y exento del calificativo de ladron; cuando vió separar de sus piés los ruines hierros que los enlazaban, esperimentó tan profunda, tan indecible emocion, que no pudo ménos de caer de rodillas i, elevando su vista al cielo, esclamar:

—¡Gracias, Dios todo misericordioso!... ¡Gracias por haber hecho brillar mi inocencia! La idea de que todo el mundo me juzgase ladron oprimia i destrozaba mi pecho!...

Como estaba débil por la falta de alimento, de sueño i la inclemencia de las noches, sintió un desvanecimiento que le hizo alargar los brazos buscando un apoyo para no caer de bruces.

El oficial le sostuvo, le ayudó a incorporarse i le ofreció acompañarlo hasta su aposento.

Don Jenaro prefirió quedarse en la plaza, en el hotel, tanto por estar mas cerca, como porque ahí podia ser inmediatamente atendido.

Intertanto, los *colorados* de Daza habian sido puestos en franquicia i se habian dispersado por el pueblo como jauría de galgos tras de una liebre

Los hoteles, las posadas, las fondas, los bodegones, las casas de juego i de placer fueron, ántes de media hora, visitadas i urgadas hasta en sus mas recónditos departamentos.

La filiacion de Jilberto, por esta causa, fué conocida de todo el pueblo; i como junto con saberse que era un ladron i un asesino, se tuvo noticia del premio ofrecido por el jeneral, los paisanos se unieron a los soldados para tener parte en la prima.

La batida a la fiera, por tanto, fué una batida jeneral, que era casi imposible no diera buenos resultados, tanto mas cuanto que Jilberto, confiado en que Zunilda habia muerto, no abrigaba por esta parte ningun temor.

Efectivamente, el bandido, despues de recojer en el cementerio su tesoro, tuvo la idea de pasar ahí la noche i al amanecer ponerse en marcha para Bolivia; pero tenia sed, una sed rabiosa despues de las emociones que habia esperimentado, i resolvió regresar al pueblo, hasta el primer despacho de menestras, i ahí comprar algo para beber.

El que en Tacna se llama Panteon Antiguo, está situado a bastante distancia del pueblo, al otro lado del rio i dando frente, por el norte, al camino del ferrocarril a Arica.

Para no internarse en el pueblo, Jilberto resolvió dirijirse al Camal, situado al este del panteon, a cuyos alrededores hai algunos despachos de licores.

Pero sea porque ya era tarde, sea que por lo escaso del vecindario esos despachos se cerraran mui temprano, lo cierto es que el bandido no encontró donde satisfacer su sed.

Atravesó el cauce seco del rio i se vió en la necesidad de avanzar hasta la plaza del teatro nuevo, en cuyo lugar estaba abierto un café.

Sabido es que cuando se ve burlado por algunos inconvenientes el deseo de saciar la sed, ésta se irrita i centuplica.

Jilberto sentia su paladar como una esponja seca, i entró al café sin la menor zozobra.

En pequeñas mesas diseminadas en la sala, varios hombres charlaban, bebian o jugaban al dominó. Como a cinco pasos del mostrador, en el cual despachaba accidentalmente un niño, hijo del dueño de casa, habia dos sarjentos de los colorados, que bebian en dos grandes copas una mezcla de agua i ron.

Daban la espalda al mostrador i no pudieron, por tanto, ver a Jilberto, que, acercándose al niño, le pidió cerveza.

—Yo creo que el pájaro habrá volado ya, decia uno de los sarjentos; no se roba i se mata a la querida de un presidente para quedarse mui tranquilo en el mismo pueblo.

—Así me parece a mí tambien, contestó el otro pre-

parando un cigarrillo; yo creo que perdemos tontamente nuestro tiempo i nuestros pasos.

A ese tiempo el dueño del café volvia del interior, trayendo un par de platos con *ceviche* (1) que le habian pedido los sarjentos.

Es de advertir que la primera dilijencia practicada por los sarjentos, habia sido rejistrar el café i dar al dueño la filiacion de Jilberto.

—Les ha tocado a ustedes, dijo el hotelero colocando un plato al frente de cada sarjento, un *ceviche* preparado con tierna i fresca corbina. Voi a traerles pan.

Iba a dirijirse al mostrador cuando lanzó una esclamacion de sorpresa i se quedó lelo, con la boca abierta.

Pero luego, dominándose, se acercó al oido de sus comensales i con voz medrosa les dijo:

—¡Ahí!... ¡ahí en el mostrador!... ¿no será ése?

Tornaron la vista los sarjentos i reconocieron en el acto al bandido, que en aquel momento vaciaba un segundo vaso de cerveza, mui ajeno de pensar que habia caido en poder de sus perseguidores.

—¡Prendámosle! se dijeron los soldados parándose i precipitándose sobre Jilberto, a quien tomaron de los brazos.

—¡Preso!... le dijeron. ¡Date preso!...

Fué tan brusca e inesperada la agresion, que Jilberto se quedó por un momento mudo de estupor. La sangre se heló en sus venas i todos sus crímenes los recordó en un instante.

—¡Preso!... ¡preso yo! murmuró con voz aterrorizada.

---

(1) Llaman *ceviche* en Bolivia i en el Perú a una especie de ensalada de pescado crudo, que solo se cuece con mucho ácido de limon, ají i cebolla.

Los sarjentos, temiendo que aquel hombre que tenia piernas tan largas se les pudiera escapar, le ataron con sus cinturones las manos a la espalda.

Jilberto logró por fin dominarse un poco al reflexionar que la única causa por que se le prendia era por haber estado al servicio de don Jenaro. Esto no le daba cuidado. Sus declaraciones servirian para acabar de perder al anciano.

Así, pues, cuando los sarjentos, colocándole entre los dos, le ordenaron que les siguiese, pudo marchar con cierta tranquilidad.

—Camaradas, les dijo el hotelero a los sarjentos cuando ya se retiraban, no olviden ustedes que por mí han cazado al bandido.

—¡Ya veremos! ¡ya veremos! contestaron ellos que a su vez meditaban en cómo se repartirian los cien pesos, lo que no tenia nada de difícil, i el ambicionado grado, lo que era mas dificultoso.

ESTILO DE DAZA

Al dia siguiente de los sucesos narrados en el capítulo anterior, Tacna entera presentaba un aspecto de inusitada animacion.

El jeneral Daza, despues de haber perdido varios dias en francachelas i en lamentar la pérdida de su dinero, se habia levantado esa mañana dando la órden de partida.

En consecuencia, preparáronse en la estacion del ferrocarril cinco convoyes, i a medio dia desfilaban por las calles de Tacna, al són de músicas marciales, los *colorados*, los *amarillos* i los *verdes*, llamados así por el color de la chaqueta de bayeta de Cochabamba que usaban estos cuerpos, correspondiendo los primeros al batallon 1.º de línea, los *amarillos* al 2.º i los *verdes* al 3.º Seguian a éstos los batallones *Viedma* i *Padilla*, de Cochabamba, los *Coraceros de Daza*, ciento cincuenta artilleros armados de carabinas, i un cuerpo formado con treinta hombres del *Murillo*, de los *Libres del Sur* i del *Vanguardia de Cochabamba*.

El desfile de estas fuerzas, su instalacion en los wago-

nes del ferrocarril i la idea de que aquellos soldados, vestidos de bayeta i calzados con ojotas, pero fuertes, sufridos i robustos, iban a unirse con el ejército perú-boliviano de Tarapacá para arrojar a los chilenos de Pisagua, puso a toda la ciudad en alarma i de fiesta.

Daza estaba con el semblante sombrío, i cuando, a las tres de la tarde, con su traje de gala i su gran morrion con plumas, se dirijió a su vez a la estacion para tomar el tren, no pudo ménos de lanzar un suspiro, diciéndose:

—¡Hé aquí una solemne estupidez!... Dejo este pueblo, a las hermosas tacneñas, los jenerosos licores i toda clase de comodidades, para ir al desierto, a las privaciones, a sufrir toda suerte de sinsabores! ¡Por los cuernos del diablo que, si esto no es una estupidez, diga cualquiera cómo se llama!

Miéntras Daza con su ejército se dirijen a Arica, para emprender la travesía del desierto, veamos lo que habia acaecido a don Jenaro.

Luego que estuvo en libertad i tomó algun alimento, se acostó, i a poco se durmió con un sueño profundísimo, que no fué interrumpido sino al dia siguiente a las diez, hora en que le presentaron una voluminosa carta del jeneral Daza.

Trató de incorporarse, pero no pudo: sus miembros estaban tan laxos i doloridos, su cabeza tan pesada i ardiente, que le era dificultoso hacer el menor movimiento.

Abrió con trabajo la carta del jeneral, i no fué poca su alegría i sorpresa, al sacar del sobre, junto con la carta, el rollo de sus billetes, de los billetes que le habia robado Jilberto.

La carta, escrita de puño i letra del jeneral, estaba concebida en estos términos:

SEÑOR JENARO BUZETA
Presente

Mi amigo mui distinguido:

Quiero ante todo que usted siga dándome o permitiéndome darle el título de amigo, pues solo una obsecacion de mis sentidos i una fatalidad mia i suya han podido traer sucesos tan fatales a nuestra intimidad; intimidad ilimitada i recíproca, cimentada por vínculos indestructibles i por mútuo i constante afecto.

Pero la serpiente ha de ser siempre la causa de las desuniones mas cordiales, i, así como en el paraiso fué el pecado, así continúa siendo perturbadora incansable de indisolubles amistades.

Sí, mi amigo; solo el jenio de la serpiente encarnado en el corazon malévolo de una mujer ha podido colocarnos a usted i a mí en tan dificultosa situacion. I digo a usted i a mí, porque si es cierto que usted ha sufrido prision i otros martirios, yo he sufrido con creerme burlado i vendido, i con la desilucion consiguiente a los sentimientos poderosos que usted me conoce i que son *oriundos* de mi carácter.

Don Jenaro no pudo ménos de sonreirse con los disparates i el tono melodramático de esta carta, que continuaba así:

Pero, mi amigo, si el castigo del culpable limita la pena del ofendido, usted quedará satisfecho, porque el

Supremo Juez por una parte i yo por la otra hemos juzgado a los delincuentes, haciéndoles convencer de que no hai crímen sin castigo i que mas tarde o mas temprano toda deuda se paga.

El portador de estas mis letras impondrá a usted de viva voz de la suerte que han corrido los dos enemigos de usted, pues yo en estos momentos estoi envuelto por un torbellino de atenciones inherentes a mi partida i a los desagradables sucesos que han venido sucediéndome.

Aun cuando conociendo la caballerosidad de usted, casi no me es posible dudar de que me volverá la misma deferencia i amistad de ántes, no creo desdoroso para mi modo de ser i mi criterio el decirle que por hoi no podria verlo sin esperimentar un algo mortificante, pues en su semblante veria el reproche de mi lijereza, aun cuando ésta se halle, como yo lo creo, altamente justificada con la homojeneidad de pruebas irrecusables i acusadoras de un honor que no habia sido mancillado por el crímen.

Yo parto, pues, i si a usted no arredra mi conducta, ni el desierto con sus horrores le espanta, créame usted que tendria placer mui marcado con que usted en algunos dias mas se me reuna en Tana, o *donde esté*.

Le devuelvo los billetes que mano aleve le habian arrebatado i que la justicia de mi brazo han reconquistado.

En la marcha árida i taciturna que voi a emprender, echaré mucho de ménos al amigo antiguo Buzeta a quien con las veras del corazon desea felicidad plena i fecunda su amigo inalterable

HILARION

Como hemos dicho, a pesar de su estado, don Jenaro no pudo ménos de reir de la redaccion de su grande amigo el jeneral Daza.

Si sus fuerzas se lo hubieran permitido, se habria levantado en el acto, i aun cuando Daza le significaba que tendria un poco de rubor el verlo pronto, se habria presentado a él para decirle que le perdonaba.

El oficial, que no era otro que el amigo de Zunilda i el mismo que habia ido a poner en libertad a don Jenaro, narró a éste minuciosamente cuanto habia acaecido.

Zunilda habia muerto como a la una de la mañana despues de una dolorosa agonía.

Jilberto, que habia llegado mui tranquilo al cuartel, se demudó i turbó hasta el estremo de ponerse a tiritar, cuando Daza dió la órden de rejistrarlo.

Trató de negar i de esplicar la procedencia del dinero que cargaba sobre sí; pero cuando supo que Zunilda lo habia revelado todo, se quedó mudo de terror.

Daza le habia hecho azotar; i así como era de cruel con sus víctimas, así fué de cobarde para soportar el dolor. A los cincuenta palos habia confesado todo i se habia desmayado.

El jeneral, sin esperar el fallo de la justicia civil, reunió una especie de consejo de guerra, i, como el tiempo urjia, se le condenó a muerte i se le ejecutó al amanecer de ese mismo dia.

—¡Dios les haya perdonado! murmuró el anciano.

Encargó en seguida al oficial que dijese a Daza que ya él todo lo habia olvidado; i que en cuanto su mejoría se lo permitiese, marcharia a reunirse con él en cualquier punto que estuviera.

Cuando quedó solo, hizo llamar un médico a fin de

que le administrase alguna pocion para reanimar sus fuerzas, pues comprendia que su enfermedad no era otra cosa que la debilidad i laxitud de un cuerpo que ha pasado por emociones i situaciones violentas.

PERDIDO EN EL DESIERTO

El ejército de Daza, llegado a Arica el mismo dia que salió de Tacna, es decir, el 8 de noviembre, no debia continuar su marcha sino tres dias despues.

El jeneral Daza no podia desprenderse de aquel suelo hospitalario, donde los hombres le brindaban a cada paso sus mas esquisitos licores i las mujeres fáciles sus mas seductoras caricias.

Pero al fin era necesario partir, pues aquella cachaza principiaba a levantar altos murmullos en el ejército.

El dia 11 de noviembre pudo al fin el presidente de Bolivia desprenderse de los brazos de las para él mui seductoras peruanas; i en vez de elejir, como lo habria hecho cualquiera otro jefe de un ejército, la hora oportuna para mitigar las fatigas de una marcha pesada i economizar así la vitalidad de sus soldados, Daza, mas fanfarron que valiente i previsor, quiso darse el placer de salir de Arica a medio dia, bajo los ardientes rayos del sol.

Simple capricho, banal deseo de lucir ante las arique-

ñas los bordados de su casaca i su gran morrion con largas plumas.

Acompañaron a Daza, hasta una legua fuera del pueblo, el presidente del Perú, con sus ayudantes i edecanes, el jeneral Montero, el juez de la Corte Suprema de Lima don Mariano Álvarez, i varios otros de los mas encumbrados personajes de Arica i de Tacna.

El presidente del Perú jeneral Prado, al dar el abrazo de despedida a su colega i aliado el presidente de Bolivia jeneral Daza, le dijo con tono emocionado:

—¡Jeneral!... llevais con vuestros bravos en la punta de vuestras bayonetas las primeras glorias que deben conquistar dos pueblos hermanos! ¡Quiera la Providencia concederme saludaros como triunfador ya que las graves atenciones de mi cargo me impiden ir a compartir vuestras glorias!

—Excelentísimo señor jeneral presidente del Perú, contestó Daza con acento enfático: ya que me ha cabido la satisfaccion i la gloria de ir a batir i arrojar del suelo peruano, que es nuestro suelo, a los cobardes enemigos que han abusado de nuestra benevolencia para querer herirnos traidora i alevosamente, permitidme que os diga que si alguna gloria cabe al ejército boliviano i al jeneral que lo manda, esa gloria será una gloria *homojénea* (sic) que caerá tambien en el valiente i denodado ejército peruano i en el esclarecido i digno jeneral presidente del Perú!

Se estrecharon las manos, se saludaron i Daza partió hácia el desierto, miéntras Prado regresaba a su cómodo alojamiento de Arica, resuelto a esperar, haciendo combinaciones de rocambor, el éxito de la primera batalla campal.

Dejemos a los aliados por un instante i sigamos, tres dias despues, la misma ruta de Daza acompañando a don Jenaro Buzeta.

Este señor, como él lo habia previsto, al segundo dia se sintió ájil i fuerte sin mas que un buen abrigo, un buen alimento i cuarenta i ocho horas de reposo.

La partida de Daza i su ejército le tenia impaciente, pues si se reunia en Tana u otro punto cualquiera con el ejército de Buendía i juntos atacaban al ejército chileno ántes que éste fuese reforzado, era de temer un triunfo de las armas aliadas.

El anciano veia la necesidad absoluta, imperiosa, de prevenir al jeneral chileno. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Cómo adelantarse al ejército, cuya marcha acelerada no era posible propasar? Sin embargo, resolvió partir a su vez al dia siguiente, forzar su marcha, alcanzar, si era posible, a Daza, i seguir adelante hasta llegar él mismo a Pisagua.

¡Llegar a Pisagua! he ahí una idea que le halagaba, que le seducia desde el momento en que supo el desembarco del ejército chileno!

Entre ese ejército, entre los valientes que habian asaltado con tanto heroismo aquella plaza, debia encontrarse un jóven de 24 a 26 años, de grandes ojos mui espresivos i de un valor a toda prueba. Ese jóven era su hijo, su hijo idolatrado, de quien no tenia noticias mucho tiempo. ¿Vivia? ¿Le habia tocado morir en el asalto?

Si habia muerto ¡qué desventura para él, para su esposa i para sus dos tiernas hijas que idolatraban a su festivo i cariñoso hermano!

Si vivia ¡qué orgullo, qué satisfaccion estrechar entre

sus brazos, no solo al hijo adorado, sino al héroe de tan gloriosa jornada!

Don Jenaro sentia, pues, como patriota i como padre, la necesidad de acercarse al ejército chileno; así que, al tercer dia, aunque estaba un poco débil, se trasladó a Arica.

Una vez ahí, pagó el precio que le pidieron por la mas robusta mula, i haciéndose acompañar de un *baquiano*, emprendió la marcha en el mismo dia hácia Tana.

Permítasenos aquí una digresion.

Como en estas obras no nos hemos propuesto solo deleitar, sino recordar, i, a la mayor parte, dar una idea de todo aquello que en la época de la guerra no puede conocerse en todos sus detalles, creemos que una descripcion sucinta de lo que es el trayecto entre Arica i Pisagua o Tana, por el desierto, será leida con interes. I ello no es porque nuestra pluma pueda darle ese interes, sino porque la naturaleza del suelo merece describirse.

Ante todo i para tener perfecta idea de lo que vamos a describir, copiaremos lo que un intelijente esplorador del desierto ha descrito respecto a lo que es o puede ser el baquiano en las inmensas pampas del Tamarugal. Dice así:

"Lo que ante todo debia preocuparme era la eleccion de un buen *baquiano*.

"En ese mar de arena ardiente que iba a recorrer, necesitaba, para estudiar mis trazados, seguir constantemente direcciones ciertas, i nada mas difícil.

"En efecto, el aspecto jeneral del desierto se modifica sin cesar bajo la accion de fuertes vientos que lo azotan, formando en él montículos i valles ondulados que se des-

truyen i se reemplazan sucesivamente. Cuando los vientos del sur soplan con fuerza, el horizonte se pone de un color amarillo rojo; el sol desaparece tras una cortina violácea; las cumbres de las dunas antiguas se estremecen; un humo amarillento se levanta de ellas como del cráter de un volcan al principio de una erupcion.

"Poco despues, verdaderas olas de arena i de casquijo remontan el flanco meridional de todas las partes del suelo, que forman eminencias i caen al lado opuesto en cascadas tumultuosas que producen un ruido estridente, semejante al del vapor que se escapa por las válvulas de un jenerador de locomotiva.

"Despues de la tormenta, allí donde no habia mas que un montículo de escasa altura, se encuentra una verdadera montaña cónica; todo el paisaje está completamente trasformado, i solo un hombre es capaz de encontrar la antigua ruta en ese dédalo de colinas o de montañas nuevas.

"Ese hombre es el baquiano, el guia del desierto, digno émulo de su colega el *kebir* del Sahara. De él depende el destino de una espedicion; él tiene entre sus manos la vida de aquellos que lo siguen; que llegue a inclinarse un poco en demasía a la derecha o a la izquierda, a perder la posada aislada o la aguada endonde se debe encontrar agua para refrescar a hombres i animales, i toda la caravana quedará entregada a horribles sufrimientos, quizá a la muerte de inanicion i de delirio.

"Para guiarse en su marcha, ese piloto terrestre debe tener no solo un conocimiento perfecto de los menores indicios, sino tambien una aptitud particular para distinguir signos que se escaparian a otros, i sobre todo a europeos. Hasta el tacto i el olfato le sirven para la ins-

peccion de los terrenos. A menudo he visto al baquiano probar con la lengua partículas de tierra para darse cuenta del lugar en que se encontraba.

"Mucho le ayuda durante el dia el sol, i durante la noche las constelaciones, que lanzan en esa rejion un brillo espléndido."

Ahora bien, provisto don Jenaro de lo que podia necesitar en la penosa travesía i acompañado de un hombre mas o ménos como el que hemos descrito, púsose en marcha sin pérdida de tiempo.

La altiplanicie de Tarapacá entre Arica i Pisagua, no es, en cierto modo, tan penosa como entre Iquique i el Loa, por haber en la primera algunos oásis; sin embargo, el terreno es mas abrupto i la pampa mas quebrada. La segunda puede decirse que es una llanura tersa i sin límites, como se ve el mar en un dia de calma.

Don Jenaro, al subir a su mula, dijo a Mateo (así se llamaba el baquiano) que deseaba marchar lo mas aceleradamente posible i ahorrar cuanto rodeo se pudiese.

—Bien, contestó el baquiano; nos iremos a campo travieso.

Efectivamente, no bien llegaron a la llanura, Mateo torció bridas abandonando la huella que, en parte borrada ya por la arena, trazaba el camino a los viajeros.

Las mulas a poco trecho, comenzaron a resoplar, pues se enterraban en la movediza arena.

Entraba ya la noche, i como los resoplidos de las mulas aumentasen, don Jenaro se alarmó, temiendo quedar sin cabalgaduras.

—Parece, dijo, que nuestras bestias principian a rendirse ¿no seria prudente descansar?

—Si el señor lo quiere, contestó Mateo, podemos ha-

cerlo; pero no hai necesidad. Aquí las mulas, i dispense el señor la mala comparacion, hacen lo que los panaderos en la batea cuando revuelven la masa: se quejan para aliviar, para no cansarse.

—¿Hai alguna posada cerca? preguntó don Jenaro, que a su vez se sentia mui rendido. El baquiano dió una mirada escudriñadora hácia las lejanas siluetas de algunos cerros que limitaban por el oriente la pampa, i contestó:

—De aquí a una hora podríamos tener una posadilla, pero no hai pienso ni agua para los animales; solo un poco de pan i una que otra cosa para nosotros.

—Siento frio, un frio que principia a helarme, dijo el anciano.

—¡Ah!... sí, la noche será fria. Tome el señor de esto.

I le pasó un frasco forrado en cuero, ennegrecido por el uso.

—¿Qué es eso?

—Ron de caña.

—¡Ah!... no, contestó el anciano; me abrasaria la garganta. En tal caso beberé un poco de coñac.

—No es lo mismo, contestó Mateo sencillamente, guardándose el frasco.

Al poco rato, la noche habia cerrado por completo i en el firmamento negro i profundo brillaban las estrellas con un fulgor que admiró a don Jenaro. En cambio de ese espléndido cielo, los viajeros tenian que soportar un viento helado i tan fuerte que de cuando en cuando levantaba nubes de arena que les azotaban el semblante. El ruido que ese semi-huracan causaba en el desierto, al levantar i remover las arenas, semejaba al que podrian formar millares de granos de trigo cayendo en una campana.

—¿Todas las noches hai este viento? preguntó don Jenaro.

—La mayor parte, señor; pero esta noche solo durará hasta las once i despues vendrá la *camanchaca* (1).

—I con la camanchaca ¿podremos seguir?

—Siempre, señor; yo no pierdo nunca la ruta.

El anciano estaba tan transido por el frio, que dijo a Mateo guiase para el alojamiento.

Acto contínuo el baquiano hizo describir un cuarto de vuelta a su mula, i dijo:

—Acerquémonos, entónces, al camino.

—Pero ¿no lo hemos dejado a la derecha? interrogó don Jenaro.

—Sí, al principio; pero lo hemos cortado cinco veces.

No habian andado un cuarto de hora, cuando la mula del baquiano, dando un fuerte resoplido, se hizo atras violentamente.

—Aquí debe haber algo raro, dijo Mateo desmontándose i dirijiéndose hácia el sitio de donde habia retrocedido la mula.

Ántes de dos minutos esclamó:

—¡Señor! tenemos a un estraviado en el desierto. ¡Ayúdeme usted a darle un poco de agua con ron, pues todavia está vivo!

Don Jenaro saltó de su mula; pero sus miembros estaban tan ateridos con el frio intenso de la noche, que tuvo necesidad de grandes esfuerzos para mantenerse de pié i dar algunos pasos.

---

(1) *Camanchaca*, niebla densa i rastrera. Esta niebla es tan espesa en las pampas del Tamarugal, que en ocasiones (casi sin excepcion puede decirse) no permite ver nuestras propias manos.

Cuando llegó al punto donde estaba Mateo, ya éste habia preparado en un pequeño vaso de cuerno un poco de ron i de agua, bebida de la cual todo baquiano lleva siempre una vejiga.

—A ver, señor, dijo a don Jenaro, levántele usted la cabeza para abrirle yo los dientes con mi puñal.

El anciano sintió sobre sus manos, heladas como el mármol, el tibio i anhelante aliento del moribundo.

A pesar de la oscuridad, el baquiano ejecutó con destreza i ajilidad admirables la operacion. Mas no bien el inanimado recibió en sus fauces i tragó el primer sorbo de agua, cuando, como si le hubieran tocado con una pila de Volta, se estremeció, lanzó un grito gutural, grito de alegría, i, apoderándose violentamente, con sus dos manos, del vaso de cuerno, apuró su contenido con ánsia febril.

—¡Mas!... ¡mas!... murmuró con voz ronca.

—¡Hasta dentro de un momento! le dijo el baquiano. Mucha agua le mataria.

Trascurrieron como cinco minutos en que no se oia mas que el silbar del viento sobre la arena i la respiracion jadeante del desconocido.

El baquiano le dió una nueva dósis de agua, i entónces aquel, con voz bronca, pero en la cual se conocia una inmensa satisfaccion, esclamó:

—¡Gracias a Dios!... ¡Ustedes me han salvado!...

—¿Podrá usted tenerse a caballo? le preguntó Mateo.

—¡No lo sé!... contestó el desconocido.

—Si no puede, yo lo sostendré, le dijo el baquiano, pues es necesario que aproveche esta mejoría ántes que le venga el desmayo de la fatiga.

Diciendo esto tomó al enfermo en sus robustos bra-

zos i lo colocó, como si fuera un niño, sobre su mula.

—Ahora, señor, dijo a don Jenaro, usted se coloca a la derecha para sostenerlo i yo a la izquierda.

Hiciéronlo así, i media hora mas tarde llegaban a una pobre casucha habitada por dos viejos, marido i mujer, que se apresuraron a recibir con cariño a los viajeros, encendiendo una lamparilla, lo que solo hacian cuando tenian alojados de categoría.

No bien desmontaron al sediento, i pudo ver don Jenaro sus facciones, cuando lanzó una esclamacion de sorpresa, i acercándose a él, le estrechó contra su pecho diciéndole:

—¡Navarra!... ¡Félix Navarra!... ¿Usted por aquí?

Félix, pues era efectivamente nuestro conocido de Pisagua, ya sea por la perturbacion en que debian hallarse sus sentidos por su estado, ya porque cuando habia conocido a don Jenaro estaba completamente afeitado i ahora tenia toda la barba, lo cierto es que se quedó mirándolo con admiracion.

El anciano, entónces, se acercó a su oido i le dijo:

—Soi Fernando Aravena ¿no me recuerda usted?... Pero no olvide que acá solo se me conoce por Jenaro Buzeta!

—¡Ah!... esclamó Félix; usted es mi salvador!... Iba precisamente a buscarlo, a reunirme con usted; pero me estravié en el desierto!

—Señor, dijo el baquiano, al ver la manera penosa con que hablaba Félix; señor, no conviene que hable usted mucho por ahora. ¡Tome usted! coma un poco de pan i de charque, beba un poquillo de ron i se duerme. Mañana será otra dia.

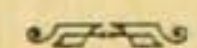
—Tiene razon, afirmó don Fernando, a quien segui-

remos llamando don Jenaro Buzeta; tiene razon, restaure usted sus fuerzas i despues hablaremos.

Félix devoró con ánsia el alimento que le proporcionó el baquiano, i despues de beber agua con ron, se durmió profundamente.

Don Jenaro, no pudiendo dejar solo a su amigo, resolvió pasar ahí la noche.

JERMANIA O AGUA SANTA



El desfallecimiento producido por el hambre i la sed no es de larga duracion, si bien deja al que lo ha esperimentado mas o ménos débil.

Félix amaneció al siguiente dia mui reanimado, i su primera idea fué dar las gracias a sus salvadores.

A fin de no perder tiempo, don Jenaro interrogó a Félix sobre sus deseos e intenciones.

—Yo iba en busca de usted, le contestó el jóven, con la esperanza de encontrarla a su lado o que usted supiera algo de Ema.

I le contó cómo se habian separado en la salitrera de Mr. Wicksons, i finalmente, la parte que habia tomado en el desembarco de Pisagua.

—¡A propósito, agregó, dándose una palmada en la frente, tengo una grata, una gratísima noticia que dar a usted: durante el combate de Pisagua, tuve el placer de abrazar a Luis, al hijo de usted!

—¿Es posible? ha estado usted con mi hijo? I ¿cómo se condujo en el asalto? preguntó el anciano con alegría.

—Se condujo como un verdadero héroe i tuvo a mas la gloria de salir herido.

—¡Herido!... repitió el anciano cambiando de color.

—Sí, le contestó Félix; pero ya el 6, dia de la batalla de Agua Santa, estaba fuera de peligro.

—¡Cómo! esclamó don Jenaro. ¿Han tenido una nueva batalla?

—Sí, señor; i aunque pequeña, mui sangrienta.

—¡Oh! cuénteme usted cómo ha pasado eso!... Infiero que la victoria habrá sido nuestra...

—Voi a narrar a usted lo que he visto desde que terminó el asalto de Pisagua.

—Pero ántes, le interrumpió don Jenaro, dígame usted algo mas de mi hijo.

—Por lo que me han contado, dijo Félix, Luis, con un peloton de soldados, atacó i rindió consecutivamente dos o tres trincheras hasta que, en la última, fué herido en el costado izquierdo, casi a boca de jarro, por unos soldados peruanos que estaban ocultos tras de unas rocas. Como su herida no lo dejase avanzar, ordenó a sus soldados que persiguiesen al enemigo, miéntras él quedaba en la trinchera. Un momento despues, algunos peruanos o bolivianos que se replegaban de otras trincheras llegaron ahí, e iban a ultimar a todos los heridos chilenos cuando llegué providencialmente para impedirlo. Luis me conoció, nos dimos un fuerte abrazo i como su herida sangrase, le arreglé compresas i una venda. El combate a esas horas estaba en lo mas reñido, i como Luis se mostrase impaciente por no estar al lado de los suyos, le prometí que yo iria a ocupar su puesto.

Desde ese instante no nos hemos vuelto a ver. Yo seguí avanzando hácia el Alto; i cuando a medio dia, los

aliados se pronunciaron en completa derrota, acompañé a los chilenos que perseguian a los fujitivos.

El cansancio me rindió al fin i tuve necesidad de pasar la tarde i la noche de ese dia en una salitrera abandonada. Los siguientes hasta el cinco, me concreté a buscar a Ema, avanzando de salitrera en salitrera; pero todas estaban abandonadas i saqueadas por los mismos prófugos. El dia cinco, marchaba siempre en demanda de Pozo Almonte a ver si aproximándome al ejército peruano tenia noticias de Ema, cuando fuí alcanzado por un cazador chileno que me detuvo i luego me condujo a donde sus jefes. Tras de este soldado, efectivamente, venia el señor secretario del jeneral en jefe del ejército chileno, el teniente coronel don José Francisco Vergara, con un piquete de nuestros Cazadores a fin de recorrer o esplorar el campo enemigo.

Me dieron un caballo i formé parte del peloton.

El dia seis avanzábamos por la pampa en direccion a Agua Santa, cuando vimos con sorpresa que los edificios de dicha oficina eran devorados por las llamas.

El baquiano les sirvió a ese tiempo un desayuno i les advirtió que las cabalgaduras estaban listas, habiendo conseguido por un módico alquiler el borrico del posadero, en el cual subiria él, dejando su mula para Félix.

Pusiéronse, acto continuo, en marcha, i despues de pedir a Mateo que se fuese adelante, Félix continuó su interrumpida narracion.

—Aquel incendio, dijo, habia sido ejecutado por parte del ejército enemigo, al saber que nosotros nos aproximábamos.

En Agua Santa, los aliados habian acopiado bastante cantidad de víveres i forraje; pero fué tanto su terror

cuado supieron que el ejército chileno avanzaba, que no pensaron en trasladar todo a otra parte, sino en destruirlo por el fuego a fin de que no cayera en nuestro poder.

Aquel dia habíamos andado sin cesar, i nuestra marcha habia sido por demas fatigosa, teniendo que avanzar encajonados por los desmontes de la via férrea o saltando los escombros de caliche, o enterrándonos en los médanos interminables. Lo único que de cuando en cuando turbaba la monotonía de aquellas desiertas pampas, era el encuentro de algunos cadáveres de bolivianos, tirados al borde de los rieles. Aquellos infelices, víctimas de su terror, despues de la derrota de Pisagua, habian, sin duda, corrido sin cesar hasta caer muertos de hambre, de sed i de fatiga. A las inmediaciones de Jaspampa, solamente, se encontraron mas de diez cadáveres.

—Lo que indica, observó don Jenaro, que los jefes de los aliados no se habian preocupado de reorganizar su ejército i lo dejaron que huyera a la desbandada.

—Así es, a pesar de que decian que el jeneral Buendía pensó organizar en Agua Santa su ejército a fin de oponer alguna resistencia; pero la sola noticia de que se acercaban nuestras avanzadas de descubierta, los hizo huir de una manera vergonzosa.

Ahora bien, nuestra tropa avanzaba de la manera siguiente, en la tarde del dia 6 i cuando nos acercábamos a la oficina Jermania, que dista poco de Agua Santa:

A la cabeza, un centinela, cuyo nombre merece figurar por lo que sucedió mas tarde: llamábase Juan de Dios Piñeiro, indio neto de Arauco, i como tal, fornido i valiente. Seguia a éste, a prudente distancia, un cabo con

cuatro soldados, i mas atras el teniente Lara de Cazadores, con unos 24 jinetes, i, por fin, el resto de la columna al mando de los comandantes Vergara i Martinez.

El soldado Piñeiro, como buen indio, habia apurado algunas copas de *caña* (aguardiente burdo) i su cabeza no estaba mui buena, por lo que, al encontrarse de improviso con el centinela de avanzada de los aliados, lo tomó por un soldado de su escuadron, a causa de la igualdad de trajes, i trabó plática con él. El boliviano, sin mas allá ni mas acá, le disparó a boca de jarro su carabina sobre el pecho, matándolo en el acto.

El teniente Lara, al oir la detonacion, corre con sus hombres a ver lo que ha sucedido, i al trasmontar una loma es recibido por una descarga de fusilería que le hacen muchos soldados perú-bolivianos que habian echado pié a tierra i se parapetaban tras de sus cabalgaduras.

Como el teniente Lara i sus hombres no eran mas que la descubierta, se replegaron, i una vez reunidos al grueso de la tropa, el comandante Vergara ordenó formar en columna a sus soldados i salir de los rieles.

La caballería peruana, al ver que los nuestros se habian replegado, avanzó, i entónces se mandó retirada.

Los chilenos no conocemos dar la espalda al enemigo, cualquiera que sea su número, i al oir aquella órden, un murmullo de indignacion recorrió toda la fila.

—¡Estos son los resultados, decian los veteranos cazadores, de ser mandados o de tener jefes que no son de línea! (1).

---

(1) El señor José Francisco Vergara recibió el grado de comandante para ir al norte en calidad de secretario del jeneral en jefe. Su

Un sarjento llegó casi hasta sublevarse con su cuarta, pues quedándose en el campo blandia su sable diciendo que no era posible huir. Pero, al fin, de mala gana i rabiosos, comenzaron a retroceder, lo que, visto por los peruanos, los envalentonó i les dió bríos para cargar.

Era lo que deseaba el comandante Vergara: hacer salir el escuadron peruano para calcular su número i ver si no estaba apoyado por infantería o artillería.

Cuando ambos escuadrones estuvieron en plena pampa, en el chileno se dió órden de contramarcha i luego la de "¡Carabinas a la banda!"... "Fuera sables" i "¡A la carga!"

Al oir aquella órden, los soldados, locos de alegría, tuercen bridas, lanzan un estrepitoso ¡Viva Chile! que es el grito de júbilo i de guerra del soldado chileno, i cargan contra los peruanos con un ímpetu irresistible.

La pampa se estremeció, el aire vibró al choque de aquella carrera vertijinosa, audaz, casi insensata.

Los peruanos, al ver la evolucion de sus enemigos, se detienen, vacilan i amedrentan. A tontas i a locas disparan sus carabinas contra el alud que va a destrozarlos. Hieren a dos o tres soldados de los nuestros; pero el torrente llega al fin sobre el campo enemigo, i el afilado i pesado sable de nuestros cazadores cae terrible i esterminador sobre la cabeza de los aliados.

Fué aquel un espectáculo soberbio i conmovedor. Desde el primer encuentro los aliados fueron arrollados i desorganizados. Los que no cayeron bajo el sable de

---

patriotismo le impulsó a ofrecerse para hacer el reconocimiento de la línea hasta Agua Santa.

los cazadores, huyeron por la pampa en todas direcciones, o se juntaron en pelotones para defenderse.

Nuestros soldados los perseguian, los sableaban, los ultimaban sin compasion. Uno de los primeros en caer con el cráneo dividido en dos por un hachazo, fué un teniente peruano, i luego a éste siguieron otros tres o cuatro.

Ínter unos huian perseguidos por nuestros soldados, otros se defendian valerosamente. Uno de estos, de formas hercúleas, se tomó cuerpo a cuerpo con un cazador llamado Raimundo Guzman, a quien logró herir pero no vencer: ambos cayeron de sus caballos mancornados i el bravo boliviano, no pudiendo herir a su adversario porque éste le sujetaba como en una prensa, le hincó los dientes i las uñas infiriéndole varias heridas. El cazador lanzó un grito de furor i aun a riesgo de ser herido por dejar libre un brazo de su enemigo, empuñó su sable i de un solo tajo le degolló.

El animoso i mas que animoso bravo comandante Vergara peleaba como el último de sus soldados, i en medio de su ardorosa osadía estuvo espuesto a ser víctima de su arrojo. Divisó un peloton de soldados que se rezagaban, i creyendo que eran de los nuestros, se dirijió a ellos para reprenderlos por su cachaza. Al acercarse, notó su error; pero esto no le impidió cargar sobre ellos, tocándole batirse cuerpo a cuerpo con un esforzado boliviano, que tomando su carabina por la punta del cañon le asestó un fuerte golpe que casi lo desatentó. Pero el valiente jefe asestó a su vez terrible cuchillada en el cuello del boliviano, lo que, sin embargo, no le habria impedido caer bajo los golpes de los otros, pues habia quedado medio aturdido, sin el oportuno refuerzo de algunos sol-

dados de los nuestros que sablearon sin piedad a los enemigos.

Un sarjento Tapia hizo otro tanto: seguido solo por un cazador, cayó sobre un grupo de enemigos a quienes comenzó a derribar con su sable como débiles cañas segadas por la hoz, hasta que un balazo disparado a quema ropa le atravesó parte a parte el valiente pecho. Vengó esta muerte su único compañero, blandiendo de tal manera su sable sobre los que resistian, que a poco rato no quedó ninguno.

Tan heroico como éstos fué el soldado José Manuel Silva, que, habiendo divisado el estandarte del enemigo, se avalanzó sobre los que le defendian, e hirió i mató hasta apoderarse de él i colocarlo al rededor de su cuello, para no perderlo en la continuacion del combate.

La pampa, en tres leguas a la redonda, estaba al poco rato sembrada de cadáveres i nuestros cazadores dando verdadera caza a los fujitivos aliados.

En esta caza ardiente, tenaz, les sorprendió la noche, i cuando el comandante Vergara quiso reunir a sus bravos se encontró casi solo en la inmensa pampa del Tamarugal, que principiaba a ser iluminada por los pálidos rayos de una luna casi plena.

Ordenó entónces a sus cornetas de órdenes que, situándose en las alturas mas o ménos prominentes, tocasen "Llamada i reunion"; pero a la melancólica voz del bronce que rodaba por la inmensa i desierta llanura, solo contestaba allá, léjos, mui léjos, el eco de la misma voz.

¡Qué solemnes fueron aquellos momentos!... Los estridentes toques de los cornetas parecian la queja prolongada i lastimera de los que, diseminados en el campo,

yacian sin vida, o de los que a esas horas expiraban en solitaria i dolorosa agonía.

Allá o acullá vagaban por el desierto, buscando por instinto la ruta, algunos caballos sin jinete. A la distancia, i alumbrados por la luz de la luna, parecian séres fantásticos, jigantescos, dignos hijos de aquellas jigantescas soledades.

Como nadie acudiese al toque de nuestras cornetas, comenzamos a sentir una viva inquietud. ¿No podia haber sucedido que nuestros cazadores en su persecucion hubiesen llegado hasta el centro de las fuerzas enemigas, i ahí, rodeados por éstas, hubieran sucumbido?

¡Qué terrible descepcion despues de tan espléndida victoria!

El toque de los cornetas i la ansiedad de los que aguardábamos se prolongó hasta despues de las nueve de la noche. A esa hora se oyó a lo léjos la marcha de muchos caballos i la alegre charla de aquel puñado de héroes que habian dado una victoria mas a Chile.

Llegaban fatigados con el esfuerzo, cansado el brazo de tanto sablear; pero alegre el corazon i llena el alma de esperanza i felicidad.

Se pasó lista i solo faltaban tres: Piñeiro, Tapia i Benitez que habian muerto, los dos últimos como bravos i el primero por traidora bala. Los heridos ascendian a seis; pero todos ellos podian mantenerse a caballo.

Tal ha sido, señor, concluyó Félix, la gloriosa victoria de Agua Santa o Jermania, en que con pérdida de solo tres hombres de nuestra parte, hemos muerto mas de sesenta al enemigo. Nuestros soldados tendrán que llamarse por esta i otras victorias, LOS HÉROES DEL PACÍFICO.

EL DESIERTO

Continuando Félix la narracion de lo que habia visto o le habia acaecido, agregó:

—Esa noche descansamos en la oficina salitrera llamada «El Porvenir», a la cual llegamos a la una de la mañana.

El recuerdo de Ema casi no me dejó dormir, a pesar de la ruda jornada del dia. ¿Dónde estaba? qué suerte habia corrido? por qué no me habia dejado una huella para buscarla?

Todos los dias anteriores me halagó la idea de encontrarla en alguna de las casas abandonadas por los salitreros; mas esa esperanza debió tambien desaparecer cuando nuestras avanzadas llegaron a encontrarse con las del enemigo.

Por tal causa, creí que, o Ema para librarse del jeneral Buendía i del ejército aliado se habia dirijido a Tacna, buscando la proteccion de usted, o habia sido sorprendida por el jeneral i éste la tenia a su lado.

La gran travesía desde Pisagua a Tacna era, sin duda

alguna, un motivo poderoso para creer que Ema no se hubiese atrevido a emprenderla; pero entre esto i caer en manos del jeneral, ella, que es tan esforzada i animosa, debia haberlo preferido.

Se grabó, por tanto, en mi cerebro la idea de que debia haber marchado a Tacna, i dueño de un malejo caballo de los que habian quedado sin dueño en la batalla de Jermania, al dia siguiente salí de «Porvenir» i me lancé en el desierto, tomando la ruta que conduce a Arica. Supe que de trecho en trecho encontraria aguadas, no abandonando el camino, i sin esperiencia de lo que son estos páramos, no me proveí siquiera de un poco de agua.

Pronto conocí el fruto de mi inadvertencia. Un poco despues de medio dia, la sed me devoraba i mi pobre jamelgo apénas daba un paso, fatigado por el ardiente sol.

Le dejé descansar unas cuantas horas, i seguí mi marcha a la caida de la tarde. La noche nos envolvió luego en su negro manto i un fresco i fuerte viento del sur mitigó algo mi sed i mi cansancio.

Caminé toda la noche a fin de no fatigar demasiado mi cabalgadura con el calor del dia. La esperanza de que al amanecer me hallaria cerca de una aguada o posada me alentó durante esa noche. Pero ¿cuál no seria mi asombro cuando al lucir la aurora veo que la huella habia desaparecido i que me encuentro en medio de la inmensa, de la solitaria pampa del Tamarugal sin saber el rumbo que debia seguir?

Recordé entónces las muchas historias que habia oido narrar sobre los desgraciados perdidos en el desierto, i tuve casi la certidumbre, desde ese momento, que yo

pereceria en él, pues mi mala cabalgadura no podria resistir mucho mas.

Aguardé la salida del sol para saber siquiera hácia dónde estaba el norte, i comprendiendo que la inaccion era la muerte, avancé a pié, tirando mi caballo, a fin de ahorrar sus fuerzas para cuando a mí me faltaran.

Así marchamos todo el dia, siempre en línea recta, a pesar de que a cada momento los mirajes espléndidos del desierto me atraian con sus lagos bordados de verdura, con sus bosques de árboles seculares, con sus cascadas espumosas que parecian rodar en lechos de musgo, de arbustos i de flores (1).

Mis fuerzas i las de mi cabalgadura se debilitaron mucho ese dia; i como era inútil avanzar de noche, pues podia pasar por sobre la ruta sin verla, resolví descansar. La sed casi no me dejó dormir: en medio de fatigosos ensueños creia nadar en medio de lagos cristalinos, sentir sobre mi cabeza cascadas bullidoras; i cuando aproximaba mis labios para beber un sorbo, despertaba con el paladar seco i enardecido.

El dia siguiente fué peor aun que el primero i el segundo: comencé a sentir fuertes dolores en las sienes, vahidos, alucinaciones. Veia jinetes que corrian en un ancho camino, personas que me miraban con cierta curiosidad, otras que jesticulaban i se burlaban de mí i de mi caballo, en fin, mil fantasmas que pasaban por mi

---

(1) Nadie que no haya visto lo que son los mirajes del desierto, podrá creer hasta dónde engañan, seducen i atraen. Por mas prevenido que se esté, la primera vez que se les contempla, no se puede aceptar que aquello sea una ilusion: las aguas, los bosques i las cascadas se diseñan de una manera tan marcada, tan verdadera, tan real, que es imposible dudar de su existencia.

mente trastornada; sin embargo, todavia estaba en aptitud de poder apreciar que aquello no era real.

En medio de la ya profunda desorganizacion de mi cerebro, pensaba que era conveniente, necesario, no fatigar al caballo con el peso de mi cuerpo; pero mis fuerzas estaban ya tan abatidas, que la última vez que intenté andar un poco a pié, no pude hacerlo.

El pobre bruto parece que comprendia nuestra crítica situacion. Su instinto, sin duda, le decia que era necesario ayudarme para salvarme i para que yo lo salvara. Casi puedo decir que me recibia con gusto sobre su lomo, a pesar de que ya no podia moverse.

Llegada la nueva noche sin haber salido de aquel horrible desierto, sin hallar una huella que me indicase que por ahí habia traficado algun dia un sér racional o irracional, me desmonté, o mas bien, al tratar de desmontarme, rodé al suelo i ahí me quedé. Sentia una honda, una profunda desesperacion; esperimentaba uno de esos desfallecimientos en que tenemos conciencia de lo que sucede, pero nos faltan las fuerzas para obrar.

¿Podrá usted creerme, señor, lo que le voi a decir? Es algo que yo mismo ahora no lo comprendo al recordarlo. Luego que caí, mi caballo se acercó a mí, me olfateó, me bañó el semblante con su respiracion ardorosa i jadeante; con su hocico, aprisionado por el freno, trató como de moverme, como deseando ver si ya habia dejado de existir.

Lo que esperimenté entónces no puedo narrarlo. Sentí una inmensa, una infinita compasion i gratitud por el pobre bruto; sentí un amargo remordimiento por ser yo la causa de su muerte i de sus sufrimientos; sentí, en fin, un hondo dolor al pensar que él o yo, en pocas horas

mas, quedaríamos solos, solos en nuestra desesperada agonía.

¿No era él mi único compañero en aquellas terribles soledades? ¿No era yo su única esperanza en el desierto eterno?

Hice un esfuerzo, le acaricié la cabeza i le quité el freno. Pareció darme las gracias i esperimentar una satisfaccion al ver que yo no estaba muerto. Sentí que se echaba pesadamente a mi lado, i que trataba de vivificarme con su aliento.

¡Desgraciado animal!... ¡Cuánta gratitud esperimentaba por él!...

No sé cómo pasó esa noche: fué un insomnio ajitado, lleno de torturas i delirios. Ya al amanecer, segun creo, oigo que mi pobre compañero de infortunio bufa con fuerza, ajita sus cuatro remos i trata de relinchar sin poder conseguirlo.

El intenso frio de la noche i una densa neblina que yo habia aspirado con delicia, aun cuando ateria mis miembros, disminuyó un tanto mi sed i me reanimó. Tuve fuerzas, por tanto, para incorporarme e inquerir la causa de la ajitacion de mi caballo.

¿Cuál no seria mi sorpresa cuando veo que estamos completamente rodeados de cóndores o de buitres, que formaban a nuestro al rededor un círculo tan perfecto como el de una circunferencia trazada a unos treinta o cuarenta pasos de nosotros?

Aquellas aves repelentes, con sus ojos inflamados por el hambre, aleteaban, parecian que se animaban unas a otras para llegar pronto al festin que se les preparaba con mi cadáver i el de mi caballo. Andaban o avanzaban algunas dos o tres pasos con sus largas i garrudas patas

como animando a sus compañeras a caer sobre nosotros; pero como no estaban todas tan hambrientas, no se atrevian a atacarnos.

Comprendí entónces nuestro peligro i sobre todo cuán mísera i desesperada era nuestra situacion. Aquellas aves carnívoras, si así llegaban a sitiarnos, era porque ya olíamos a cadáveres.

¿Cuántas leguas, hendiendo el espacio, habian recorrido para llegar ahí, en los momentos en que nuestra carne debia ser para ellas sabroso banquete, animado i alegre festin?

Fué tal el terror que me causó la idea de verme destrozado, medio vivo aun, por el corvo i fuerte pico de aquellas aves, que me incorporé del todo i eché mano a mi revólver para ahuyentarlas. Disparé sobre ellas: desplegaron sus grandes alas, se remontaron formando círculos i lanzando algunos graznidos, i luego, abatieron sus alas i volvieron a situarse al rededor de nosotros, aunque formando un círculo mas ámplio.

Mi caballo, a pesar de su terror, no habia podido levantarse: estaba irremisiblemente perdido. Bufaba i parecia pedirme proteccion; pero ¿cuál podia yo darle? Solo la muerte, para que ella no fuera tan terrible administrada por las garras de los hambrientos buitres que teníamos a nuestro al rededor.

Aunque esto parezca inverosímil, ello sucedió así. Formé el propósito de matar al pobre bruto; pero ántes de hacerlo le dije, como si él hubiera podido comprenderme:

—Yo te sobreviré pocas horas mas; pero tu muerte seria terrible si te dejo en poder de esos vampiros del desierto. Voi, pues, a matarte, para que sufras ménos.

Coloqué mi revólver entre sus dos orejas, cerré los párpados i disparé...

Como si hubiese cometido un homicidio, corrí medio desatentado, i solo a unos ciento cincuenta pasos me detuve a mirar hácia atras.

Mi compañero tenia ya sobre sí los hambrientos, los voraces buitres, que despues de hincar sus garras en su piel, arrancaban en grandes trozos su carne, que engullian estirando su largo cogote i abriendo su corvo pico.

¡En pocas horas mas harian conmigo otro tanto!

Tal idea despertó en mí el instinto de conservacion; i haciendo esfuerzos superiores, seguí marchando. No sé cuánto tiempo anduve; lo único que recuerdo es que al fin un velo denso oscureció mi vista, los oidos me zumbaron i perdí la conciencia de mí mismo.

Sabia que sufria i que iba a morir; pero no tenia ya fuerzas para nada, cuando ustedes, atraidos por la Providencia, me salvaron.

—Así es, dijo don Jenaro; la Providencia nos llevó ahí tan oportunamente, pues un minuto ántes o despues que yo hubiera dicho a mi guia que deseaba descansar, habríamos pasado mui léjos del sitio en que usted se hallaba.

El dia estaba ya un tanto avanzado i el calor les sofocaba.

—¿No tendremos dónde pasar estas horas de calor? preguntó don Jenaro al baquiano.

—En un cuarto de hora mas, dijo éste, llegaremos a la quebrada de Vítor; ahí pasaremos el medio dia i daremos agua i pienso a las bestias.

Efectivamente, un momento despues se presentó a la vista admirada de los viajeros una quebrada profunda,

impenetrable, cubierta de plantas, de ramas i de arbustos de todas clases.

Del fondo nacia un ruido informe, desagradable, producido por el canto, por los gritos, por los chillidos de diversas clases de aves, reptiles i animales.

De ahí, del fondo tambien, se emanaba un olor acre, desagradabilísimo, un olor a aguas putrefactas, a cadáveres en descomposicion.

—¿Por qué hai aquí tan mal olor? preguntó al guia don Jenaro.

—Porque aquí las aguas que pasan al fondo de la quebrada, contestó aquél, están casi estancadas; i con las ramas de los árboles i los despojos de las aves, animales i reptiles que se matan entre sí, se forma una materia imposible de soportar. Si algun sediento bajara en estos puntos a beber un sorbo de agua, ántes de llegar al fondo moriria asfixiado con los miasmas que se desprenden de él.

—I en el punto a donde nosotros vamos a parar ¿está el agua putrefacta?

—Nó, señor; ahí se puede beber; ahí hai un pequeño campo, alfalfa para los brutos i algunos recursos.

Avanzaron por el borde de la quebrada i diez minutos despues notaron que ésta iba ensanchándose i el fondo como surjiendo del abismo. Por fin, el guia tomó un sendero algo trillado pero bastante empinado que bajaba a la quebrada, i despues de algunos minutos de marcha por entre árboles mui altos i raquíticos, llegaron a un pequeño i pintoresco oásis.

—Esta hacienda, dijo el guia, se llama Chaca i produce mui buenos pastos.

Efectivamente, pronto pudieron ver algunos potrerillos

de alfalfa en flor i varios otros sembrados cuya verdura, despues de haber atravesado el árido desierto, era como un baño que refrescaba el corazon.

Los caballos alargaron el cuello, abrieron las narices para respirar aquel aire saturado con olores vejetales i relincharon llenos de alegría.

Diseminados sin órden alguno en el pequeño oásis habia unos cuantos ranchos, que servian de habitaciones a los pobres moradores de aquellos lugares. El mas espacioso i bien construido era la posada o paradero, en donde don Jenaro i Félix encontraron un caldo de charque (valdiviano), pan de centeno, queso de leche i hasta su poco de vinillo de Moquegua, que en esas honduras les hizo mui buen paladar. Satisfecho el hambre, ambos buscaron la sombra de un árbol, i se tiraron en la mullida yerba para descansar.

Habrian dormido dos horas cuando fueron despertados por la grande algazara que formaban varios hombres gritando:

—¡Ahí están!... Ahí están!... Que no se escapen!...

Félix i don Jenaro echaron instintivamente mano a sus revólvers i se pusieron de pié.

EL CUCHI

La situacion excepcional en que Félix i don Jenaro se hallaban, prestábase para que ambos esperimentasen una viva inquietud al oir aquellos gritos. ¿Habian descubierto que eran chilenos? ¿Se queria prenderlos o ultimarlos?

Don Jenaro, que conocia a fondo el carácter de los bolivianos i de los peruanos, raciocinó un momento i se dijo:

—Salvo que haya aquí un enemigo nuestro que nos conozca, o algunos oficiales del ejército perú-boliviano, esta jente sencilla e ignorante es incapaz de hacernos mal porque somos chilenos. La guerra para ellos es un algo que ni les interesa, ni les afecta, ni les hace salir de su apatía habitual.

Hizo estas observaciones á Félix, i ambos convinieron en que aquello era mui raro i que era mejor salir pronto de dudas.

Al efecto, dirijiéronse hácia un bosque cercano, en donde se oia la bulla, i no pudieron ménos de mirarse i

lanzar una carcajada cuando vieron lo que provocaba la algazara.

Un grupo de hombres, de mujeres i niños, armados con palos, con lazos, cordeles o cuchillos, rodeaban a un par de cerdos de jigantesca talla, de gruesas i herizadas cerdas, de ojos sanguinolentos i de hocico grueso i narices redondas, por las cuales resoplaban con fuerza. Se habian refujiado en una ancha hendidura del terreno, en una especie de caverna formada al lado del arroyo, i ahí parecian dispuestos a defenderse del ataque de los que los rodeaban.

—¿Qué contiene esto? preguntó don Jenaro a Mateo, que tambien habia acudido a esa singular fiesta.

—Van a cazar esos dos *cuchis* salvajes (1). Unos arrieros, habiendo entrado a la quebrada, encontraron una manada allá, mui arriba, i pudieron apartar dos que han venido arriando hasta aquí. Ellos solos no podrian darles caza porque son mui fuertes i mui bravos, así que los arrieros dieron voces i ahora ya se les tiene acorralados. Si rompen el círculo hácia abajo, donde la quebrada se estrecha, los pierden, pues les seria imposible seguirlos. Se trata, por tanto, ahora, de enlazarlos o ma-

---

(1) *Cuchis.* Especie de chanchos o de jabalíes silvestres, única carne, segun Philippi, que comian los peruanos ántes de la conquista. Cuchis, en quichua, quiere decir chanchos, cochinos; pero debe distinguirse entre los cochinos que nosotros conocemos i los salvajes que suelen encontrarse en las sierras de Bolivia i del Perú. Los naturalistas los han designado con nombres diversos, llamándolos, por ejemplo, unos *capibara;* otros *liebre de las pampas*, i no pocos el *pécare* o *tajasú.*

Por nuestra parte, solo diremos que los dos animales que habian llegado a turbar la eterna paz de la quebrada de Vítor, eran semejantes a nuestros cerdos, aun cuando su aspecto era mas feroz.

tarlos ántes que abandonen el sitio en que se han asilado.

—¿Ha dicho usted, le dijo don Jenaro, "si rompen el círculo." ¿Entónces esos animales se atreven a atacar al hombre?

—Sí, señor; cuando se ven acosados i perdidos, atacan con sus dientes i sus patas; i si uno no es fuerte i no se encuentra armado de un buen cuchillo para clavárselo en el corazon, o de un buen palo para darles en la cabeza, ese animal le derriba i con sus colmillos lo destroza.

—I ¿son frecuentes por acá esta clase de cacerías?

—Mui raras, señor; porque aun cuando cerca de la cordillera estos cuchis andan por manadas, nadie puede alejarse tanto de estos sitios para ir a buscarlos.

—I ahora ¿qué piensan hacer?

—Los que están sobre la cueva donde ellos se han metido, tratan de echarles una lazada; pero como el terreno es mui quebrado, no podrán, tal vez, conseguirlo.

—I si no lo consiguen ¿cómo harán para cazarlos?

—Los obligarán a salir de la cueva arrojándoles piedras, i despues se verá.

Efectivamente, cansados los que trataban de enlazar a los cuchis de su infructuoso trabajo, bajaron a la quebrada i reforzaron las partes por donde aquéllos pudieran escapárseles.

En seguida, todos a una, comenzaron a arrojarles pedradas, que les hacian lanzar agudos i penetrantes chillidos. Al fin, fueron tantos los proyectiles que los herian, i se vieron de tal manera acosados, que gruñendo con furor, abandonaron la cueva, i veloces, con el grande hocico abierto, mostrando sus agudos colmillos, se lan-

zaron sobre aquella parte del círculo que creyeron mas débil.

—¡A ellos!... ¡Darles bien!... gritaron de todas partes.

En el punto hácia donde los cerdos se dirijian, se agruparon tres hombres, armados el uno con una azada, el segundo con una pala i el último con un garrote.

Al llegar los animales frente a ellos, los atacaron con sus armas, cerrándoles al mismo tiempo el paso; pero estuvieron poco afortunados. El de la azada, con la misma violencia que trató de dar el golpe, resbaló en el húmedo terreno i cayó pesadamente al suelo; i los otros dos, aun cuando asestaron el golpe, no sirvió sino para enfurecer mas a los animales, pues no les dieron en la cabeza. Entónces éstos, parándose sobre sus cuartos traseros, trabaron con los hombres una lucha cuerpo a cuerpo.

Desde el primer momento la ventaja estuvo por parte de los animales. Los labriegos se vieron en la imposibilidad de hacer uso de sus armas, porque los cerdos salvajes les habian colocado las patas delanteras sobre el pecho i los hombros, i estiraban las trompas para morderlos. Para defenderse de esta agresion, tuvieron, pues, necesidad de asirlos del cerdudo i grueso cogote con sus dos manos i ponerse a luchar con ellos cual si estuviesen haciéndolo con esforzado gladiador.

Los brutos trataban a toda costa de hincar sus poderosos dientes en el cuello o en el semblante de los labriegos; i éstos para impedírselo necesitaban hacer esfuerzos inauditos.

Los que cerraban la salida por la otra parte de la quebrada, acudieron en auxilio de sus compañeros; pero

las malezas, los arbustos, los charcos fangosos hacian la marcha mui dificultosa.

En estas circunstancias, uno de los hombres fué derribado por el furioso animal. Estaba perdido si no se le prestaba inmediato socorro.

El tercer combatiente, es decir, el que habia caido al tratar de herir al cuadrúpedo, se incorporó a ese tiempo i empuñó su azada para ir en socorro de su compañero.

Pero habria llegado tarde, pues no alcanzaria a recorrer los pocos pasos que durante la lucha se apartara del otro, sin que el animal enfurecido hubiera hincado sus colmillos en el cuello del caido.

Ante ese peligro inminente, comprendido por todos desde el instante mismo en que el hombre rodó bajo el animal, Félix, que estaba como a doce pasos del sitio de la lucha, pero imposibilitado para franquearlos por un gran charco, apuntó su revólver sobre el grupo que formaban el hombre i el animal.

Unos dos o tres centímetros mas allá o mas acá que diera la bala, mataba al hombre.

Disparó, no obstante, precisamente cuando el último, falto de fuerzas para contener la cabeza del bruto, sentia en las mejillas su hálito ardiente.

La detonacion parece que suspendió por dos o tres segundos la lucha. El cerdo se quedó un instante inmóvil; pero luego, lanzando un chillido estridente, una especie de rujido, sacudió con violencia la cabeza, se levantó como desatentado sobre sus cuartos traseros i lanzando roncos alaridos, cayó pesadamente al suelo.

Los otros dos combatientes, intertanto, sostenian una lucha tenaz, silenciosa.

El hombre habia merecido tomar al bruto por sus

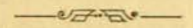
patas delanteras; pero de la parte de arriba, así que éste, aun cuando hacia esfuerzos para morderle las manos, su corto cuello no se lo permitia. Sin embargo, al cabo de pocos minutos aquello debia terminar mal para el hombre, que instintivamente, al sentir debilitarse sus fuerzas, retrocedia buscando el apoyo de la quebrada para su espalda.

Félix habria disparado una vez mas su revólver; pero el labriego tapaba con su cuerpo al animal.

Felizmente el que tenia la azada pudo al fin acercarse; i haciéndola describir un círculo, la dejó caer por el mocho sobre la cabeza del bruto. Esta vez el golpe fué tan recio i bien asestado que el animal solo alcanzó a lanzar un resoplido i cayó pesadamente al suelo.

El regocijo de todos fué entónces inmenso. Se felicitó a Félix i se le dijo que debia quedarse para participar de la fiesta; pero éste se escusó, i dejando a los labriegos entregados a la gratísima tarea de desollar sus presas para hacer en seguida con la sabrosa carne abundantes *chupes* o *picantes*, los viajeros, acompañados de su guia, continuaron la marcha.

LOS OÁSIS DEL DESIERTO



Hasta llegar a la honda, a la profunda quebrada de Camarones, nuestros viajeros no tuvieron novedad.

Serian las diez de la mañana cuando el guia Mateo dijo a don Jenaro.

—Vamos a entrar en la quebrada de Camarones; i como nos demoraremos tres o mas horas en pasar al otro lado, i la bajada i subida es mui fatigosa para las cabalgaduras, conviene que almorcemos i demos descanso a los animales.

Hiciéronlo así en efecto, aprovechando la primera ladera o pequeña esplanada que encontraron al principio del descenso de la quebrada.

Era aquel un sitio agreste, cuya cima bordaban algunas pardas rocas i en cuya sima se veia la profunda, la insondable quebrada enteramente cubierta por arbustos i matorrales. Dos grandes *tamarugos* (algarrobos o espinos) que la naturaleza por un capricho habia hecho nacer ahí, sirvieron de sombra a los viajeros, miéntras

devoraban con el apetito que da el desierto un frugal i seco almuerzo.

Mateo se tiró en tierra, roncó durante media hora, con lo cual recuperó el sueño perdido por la madrugada, i un rato despues emprendian el descenso de la quebrada.

No pasó mucho tiempo sin que se vieran completamente cubiertos por un verde follaje i rodeados de un espeso bosque de árboles desconocidos, con troncos negruzcos i carcomidos unos i espigados i lustrosos los otros.

A medida que descendian, Félix i don Jenaro notaron que no solo la vejetacion se hacia mas espesa i exuberante, sino que aquí i allá, en la rama de los arbustos o en la sinuosidades del terreno, se posaban aves de variados plumajes o se arrastraban reptiles de grandes dimensiones. Al ver a los viajeros, aquellos séres, acostumbrados a la soledad majestuosa de su selva, huian lanzando agudos chillidos.

I decimos selva majestuosa, porque, en realidad, nada puede encontrarse mas lleno de esa majestad soberbia de la naturaleza vírjen i exuberante, que algunos sitios de la quebrada de Camarones.

Esas profundidades en que apénas desciende un rayo de sol al medio dia, en que la yerba i los arbustos entrelazan sus raices i todos los árboles jigantes cruzan sus copas; en que la yerba medicinal crece al lado de la planta venenosa i todo se mezcla i confunde, vigorizándose o destruyéndose mútuamente; esas profundidades, decimos, son, sin embargo, un mundo entero donde viven millares de millones de séres, cuya existencia ni hemos sospechado.

Libres ahí de la persecucion del hombre, crecen i se

multiplican de una manera asombrosa, encontrando en el agua, en las semillas, en la tierra i en las plantas cuanto necesitan para sustentarse.

Ahí vieron al lijero i atrevido pipiris, al oriol u otros semejantes por el variado color de sus plumas; al mirlo con su pico amarillo; al hormiguero i, en fin, a mucha clase de aves que nó conocemos, i a todas o casi todas las que estamos acostumbrados a ver en nuestros campos; eso sí, mas grandes o mas hermosas, así como eran mas fieras o repelentes los mochuelos, las cotorras, los loros salvajes, las lechuzas, etc.

Los reptiles, tales como lagartos de diferentes especies, algunos parecidos al basilisco por su horrorosa conformacion; las salamanquesas que corrian a ocultarse en sus cuevas, i las culebras de grandes dimensiones, no faltaban tampoco ahí. Vieron algunas que tomaron por serpientes, pues no medirian ménos de veinte piés.

Un poco mas abajo comenzaron a ser envueltos por una nube de zancudos, de moscas picadoras, de una especie de avispas i por millares de mosquitos zumbadores.

—Cúbranse ustedes la cara i las manos lo mejor que puedan, no dejando descubiertos mas que los ojos, les dijo el guia, porque si no, tal vez no llegarian al otro lado.

—¿Qué peligro hai? le preguntó don Jenaro.

—Que estos mosquitos o *guaironcos* (1) suelen ser tan venenosos que unas pocas picadas bastan para matar a los hombres i aun a los animales a quienes atacan.

---

(1) *Guaironcos*, en aimará, significa insectos de lanceta, en jeneral; moscardones, en particular.

Félix i don Jenaro siguieron el consejo, i pronto pudieron apreciar por los movimientos bruscos, por el rabioso batir de la cola de sus cabalgaduras, que éstas estaban sufriendo las terribles picaduras de aquellos insectos alados.

La marcha, o mas bien el descenso, si hasta ese momento habia sido soportable por la variedad de espectátáculos que se presentaba a los viajeros, desde entónces principió a hacerse monótona i fatigosa.

A medida que avanzaban, la luz desaparecia i el aire se cargaba con las emanaciones del fondo.

En esa parte, tambien, se puede decir que la quebrada zumbaba.

Zumbaba; es la única palabra con que puede espresarse el ruido que producian las aves con sus cantos o graznidos, los reptiles al arrastrarse sobre las hojas o las yerbas, los insectos con el bronco sonido formado por sus alas, los cuadrúpedos con sus rujidos, los animales acuáticos, en fin, tales como las ranas, los zapos, las tortugas, i mil otros, ora al saltar sobre el agua, ora al cazar un insecto, ora al perseguirse unos a otros para devorarse o combatir.

Don Jenaro no pudo ménos de pensar, al contemplar aquello, en el estrecho i limitado paraiso terrenal con que en nuestra niñez se nos representa la grande, la inmensa, la maravillosa obra de la creacion. Aquel era un paraiso terrenal en pequeño, en su parte abrupta, sin duda, pues ahí vivian juntos las aves, los animales, reptiles i peces, como debieron estar todos los del universo en el estrecho límite del paraiso.

Lo que sí, que miéntras mas descendian, la atmósfera era mas pesada, el ruido mas bronco i molesto, las ma-

lezas i arbustos mas tupidos i la luz mas pálida i escasa, lo que no hacia, por cierto, tan grata la permanencia en aquellos sitios, como pudo serlo para nuestros primeros padres en la mansion que para ellos habia elejido Dios.

Acosados por los mosquitos zumbadores, medio asfixiados por las emanaciones del fondo, tardaron aun como media hora en llegar a la sima de la quebrada.

Ahí, como lo habian notado en la quebrada de Vítor, encontraron algunos pequeños terrenos planos, cubiertos de verdura; pero como eran mui pequeños i hácia el oriente i el poniente la quebrada era enteramente abrupta o salvaje, estaban desiertos.

El arroyo que corria en el fondo era mas abundante, mas cristalino i de mejor sabor que el de Vítor, por lo que ahí pudieron beber los animales a fin de tener fuerzas para el ascenso.

Se realizó éste, aunque con mayor fatiga, mas o ménos en las mismas condiciones que se habia efectuado el descenso, i cuando, llegada ya la tarde, los viajeros se encontraron al otro lado de aquella garganta profunda, de aquella grieta áspera que es a la vez abismo i oásis, don Jenaro, por una casualidad, tuvo noticias que no esperaba i que le hicieron cambiar el itinerario de su viaje.

Supo ahí, por un viajero que regresaba a Tacna, i que era tan diestro como Mateo para atravesar el desierto sin apegarse a la ruta, que el camino seguido por Daza con su ejército habia sido el siguiente:

El primer dia acampó a cinco leguas de Arica; al siguiente avanzó hasta Chaca, quebrada de Vítor que ya conocemos; al tercero acampó en un médano de la pampa, i el cuarto llegó a Camarones.

Eso sí que como Daza i su ejército seguian la huella es decir, lo que en las pampas puede llamarse el camino real, la quebrada de Camarones, que ellos habian visitado, se encontraba distante del punto por que la habian franqueado don Jenaro, Félix i su esperimentado guia.

Segun dijo el viajero a que hemos aludido, el jeneral Daza i su ejército se hallaba acampado en Camarones, i de ahí habia despachado a Tana, como una descubierta o como una partida esploradora, unos cuantos soldados de caballería i unos cien montoneros del valle de Lluta.

Don Jenaro vió en esto la confirmacion de los propósitos que desde el primer momento habia tenido Daza de no llegar hasta Tana, i resolvió, ántes de avanzar hasta Pisagua, donde tanto ansiaba llegar para dar un abrazo a su hijo, ir a verse con Daza para saber sus últimas determinaciones.

El único inconveniente que para ello se le presentaba era la compañía de Félix; pero despues de una conferencia entre ambos i el guia, acordaron que don Jenaro, no teniendo peligro de perderse en el desierto, sin mas que seguir por los bordes de la quebrada de Camarones, podia continuar solo hasta reunirse con Daza, miéntras Félix con el guia seguian su marcha hasta llegar a Pisagua.

—En tres o cuatro dias mas estaré yo allá tambien, le dijo don Jenaro. Dígale usted a mi Luis, a mi hijo querido, que le envio desde luego mi corazon.

—Sí, señor, cumpliré su encargo, le contestó Félix; i tan pronto como lo haga, iré yo, a mi vez, a buscar la felicidad que falta al mio.

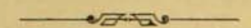
—¡Amigo!... le dijo don Jenaro con cierta reticencia, si usted diera alguna importancia a mi esperiencia i a

mis consejos, yo le diria que procure olvidar ese amor. En las circunstancias actuales, sobre todo, será siempre una rémora para que usted sirva a su patria como es debido!

—Cierto, señor contestó el jóven; pero perdóneme ¡no puedo!... no puedo!...

Don Jenaro estrechó con afecto i conmiseracion la mano de su jóven amigo, i ambos se separaron, cada cual para seguir desempeñando un importante rol en la historia que narramos.

LAS PROCLAMAS PERUANAS



Mas o ménos por esos dias tenian lugar en el ejército, o mas bien dicho, en el campamento peruano diseminado en algunas oficinas salitreras i particularmente en Pozo Almonte, hechos de diversa especie.

Desde el dia de la derrota de Pisagua, el jeneral Buendía bien poco habia gozado de tranquilidad. Sus múltiples atenciones, la situacion de su ejército que cada dia iba siendo mas precaria, las desavenencias entre sus oficiales i, en fin, ese cúmulo de cosas que surjen de un ejército desorganizado, hambriento i temeroso de una derrota, habian absorbido todo su tiempo.

Por esta causa, pues, el jeneral no habia podido llegar a Pozo Almonte sino el 14 en la tarde; i, apénas cumplió ahí sus deberes de jefe, recibiendo las noticias que le suministraban sus subalternos, fué llevado a una pequeña casita donde le aguardaban algunos oficiales de su confianza i la hermosa Ema.

El jeneral dió por remunerados sus sacrificios con estrechar la pequeña i gordita mano de la jóven que, al

darle la bienvenida, habia fijado sobre él, con cariño i alegría, sus grandes i espresivos ojos negros.

Luego pasaron a una mesa, mas bien provista de viandas i de licores que lo que podia esperarse de un campamento donde los soldados estaban a escasa racion de campaña.

La charla se animó pronto, pues todos parecian estar mui contentos con el regreso del jeneral. Contó éste las peripecias por que atravesaba su ejército i las noticias que tenia del chileno.

A este propósito i ya en los postres, uno de los oficiales dirijió a Ema una de esas bromas finas, de buen gusto, en que ponia en duda el valor de los chilenos i solo creia en el poder de las chilenas.

—Podrian ustedes, concluyó, conquistarse el Perú entero sin necesidad de armas.

Ema contestó con gracia i alegría, i trabóse entónces un juego de palabras en que los oficiales i aun el jeneral, satirizaban a Chile i a su ejército, i Ema los defendia satirizando, a su vez, al ejército peruano.

Aunque esto se hacia en tono de broma, en medio de risas i carcajadas, no por esto Ema dejó de sentir varias veces herido su amor propio de chilena.

—¡Aguardad! les dijo risueña i con aire triunfante; ¡aguardad!... Voi a mataros con vuestras propias armas!

Corrió a una pieza inmediata, dejando llena de gracia i alegría la mesa, i pronto regresó trayendo un diario de los que a la sazon se publicaban en Lima.

—Escuchad, señores, les dijo, la proclama que se publicó en Lima el dia en que se tuvo noticia de vuestra derrota de Pisagua. Dice así:

I Ema, con el semblante animado, con los labios sonrientes, con el acento zumbon, leyó lo siguiente:

"¡A las armas ciudadanos! (1).

"Solo hace veinticinco dias que Chile, con el poder de sus cañones, convirtió la bahía de Angamos en la tumba de nuestros marinos, arrebatándonos del todo el predominio del Pacífico; i hoi, ciudadanos, cuando apénas desterraba nuestro espíritu aquel inmenso dolor, nos encontramos con la agresion de Pisagua! con la toma de Pisagua! con la tumba de Pisagua!

"Dieziseis buques en Pisagua!

"Chile intenta ataque!

"Combate encarnizado!

"Pisagua resiste!

"Pisagua tomado!

"El jeneral en jefe en retirada!

"Mucha mortandad!!!"

Ema se interrumpió i con acento un tanto zumbon, esclamó:

—¡Qué melodramático es esto! ¿verdad, caballeros?

—Ese es el estilo propio de las proclamas, contestó uno de los oficiales.

—Ya lo creo, replicó ella riéndose; de las proclamas peruanas. Pero, continuemos.

"I ¿hai corazon, ciudadanos, que sufra inerme, impacible, helado, tanta i tan increible afrenta?"

---

(1) Aun cuando ya creemos haberlo advertido, repetimos que cuanto vaya entre comillas es rigurosamente histórico.

¡Nó, imposible que lo haya! agregó Ema como respondiendo a lo que habia leido.

Luego continuó:

"¿Cómo ha podido nuestro gobierno, cómo han podido los que dirijen la guerra, los que nos defienden en el sur, comunicarnos el ataque i la toma de Pisagua, sin decirnos a la vez que ese pueblo saltó como una mina, estalló como una bomba i se derrumbó sobre los mismos asaltantes?"

—¡Pues está gracioso! esclamó la jóven. I ¿por qué no les contestais, caballeros, que cuando vinisteis de Lima os olvidasteis de traer en vuestras maletas de campaña un millon de quintales de dinamita para hacer saltar a Pisagua, Iquique i la Pampa del Tamarugal en cuanto los chilenos pusieran sus piés en ellos?

El jeneral i los oficiales, aunque un poco mortificados, se rieron i aplaudieron a Ema. ¡Era tan picante, tan graciosa, tan seductiva su voz i sus maneras!

"¿Es esta, ciudadanos, continuó, la guerra que pedíamos? ¿Hai alma que no se inflame en presencia de vergüenza tanta?"

¡Imposible!... dijo Ema; serian almas de cántaros!

"¡Ciudadanos, a las armas!

"Si el 8 de octubre las aguas de Bolivia fueron teñidas con la sangre de nuestros valientes, el 2 de noviembre la tierra del Perú ha sido regada con la sangre de la alianza.

"En Angamos, ciudadanos, recibimos el primer golpe; hoi el Aníbal asalta a Sagunto i con este nuevo crímen, nos abre Cartago la segunda guerra púnica."

—¿Qué caballeros son esos, señores? preguntó Ema de una manera picarezca. ¿Quiénes son esos Aníbal, Sagunto i Cartago?

El jeneral i los oficiales lanzaron una carcajada, i Ema, despues de decir con voz hipócrita: ¡Qué lástima es ser una mujer ignorante! continuó leyendó lo siguiente:

"¿Dónde está, ciudadanos, Escipion; donde está nuestro primer africano?"

—¡Hé aquí que tampoco conozco a este caballero Escipion i que hasta hoi creia que en el Perú habia muchos africanos! observó la jóven.

"¿Que no hai aquí un hombre que parta con la espedicion de Siracusa i vaya a dar la batalla de Zama, que aniquile la segunda guerra de Chile?

"Oid, ciudadanos, el grito desgarrador de nuestra patria:

"¡¡Me asesinan!!

"¡¡Hijos mios!!

"¡¡Socorro, socorro!!"

¡Pobrecita! esclamó Ema con acento semi burlon i semi doloroso; ¡pobrecita! pide socorro i nadie la ampara!

"¿I nuestra vileza será tanta que no acudamos a sus llamamientos?

"¡Dios mio! nos ha abandonado, a la vez, tu providencia i la naturaleza. ¡Que estemos sordos al clamor de nuestra madre asaltada por bandidos, que seamos insensibles en el trance de sus agonías, que temblemos como ovejas delante del leon de garras afiladas i mandíbulas sangrientas!"

—¡Vamos!... vamos! dijo la jóven, no sabia yo que mis compatriotas tuviesen garras afiladas i mandíbulas sangrientas!... ¿Se las ha visto usted, jeneral?

—Yo nó, contestó Buendía riéndose, pero he oido decir que cuando el chileno *agarra* no suelta.

—Entónces, replicó ella con alegría, el Perú debe considerarse perdido! Pero continuemos la lectura de esta interesante proclama:

"¿Hemos perdido acaso en la conciencia del deber, el sentimiento del honor i la fe de la justicia, la virilidad de nuestro espíritu, los latidos de nuestro corazon i la potencia de nuestro organismo?

"Si hemos dejado de ser hombres"...

—¡Cómo! se interrumpió Ema, mirando a todos con cierta candorosa malicia: ¡cómo! ¿en el Perú los hombres dejan de ser hombres?

Viendo que se reian i no le contestaban, agregó:

—¡Qué cosas tan raras se ven por esos mundos!

"Si hemos dejado de ser hombres, continuó ¿por qué siquiera no imitamos el ardimiento de nuestras mujeres?"

—¿Son mui ardientes vuestras mujeres? les preguntó la jóven con afectada injenuidad.

—No tanto como las chilenas, señorita, le dijo un oficial.

—Entónces, replicó Ema, cuando llegue el caso de que nos batamos las mujeres, nosotras llevaremos la mejor parte. Pero, voi a continuar sin tantas interrupciones:

"¡Cómo! ciudadanos, vosotros, los hijos i los nietos de los bravos de Junin i de Ayacucho; vosotros, los del 2

de mayo; los que el 4 de abril estabais resueltos a *vencer o morir;* los que ayer no mas jurasteis en la tumba de Grau la guerra a muerte del invasor ¿sois acaso distintos, no sois los mismos que recibis, cruzados de brazos, la pena de azotes en el alma, con que Chile comienza a castigarnos en Pisagua?

"¡Qué! ¿Vais a dejar cobarde i míseramente robarse nuestro territorio, robarse nuestras riquezas, profanar sacríligamente nuestros templos, romper las puertas de nuestros monasterios, derribar las estátuas de Bolívar i José Galvez, quemar nuestros edificios monumentales, violar nuestros cementerios, arrebatar de los mausoleos las cenizas de nuestros antepasados, en fin, que, como a Sabinas, los bandidos del desierto se lleven en sus hombros nuestras madres, nuestras esposas i nuestros hijos?"

—¡Jesus!... ¡Jesus!... esclamó Ema como horrorizada. ¡Qué clase de hombres, por Dios, son estos chilenos que van a quemar edificios, destruir templos, abrir monasterios, violar sepulturas para robar cenizas i al último ¡oh qué horror! ¡Que se lleven a todas las madres, a todas las esposas, a todas las hijas i hasta a las tatarabuelas de los peruanos!...

Buendía i los oficiales lanzaron una carcajada i Ema, con sonrisa desdeñosa i tono melodramático, continuó:

"¿I nuestros corazones son tan insensibles que no se inflaman i revientan de dolor i de pesar?

"¿Hemos perdido acaso hasta la entraña que conservan los séres irracionales?"

—¿Qué entraña será ésa? interrogó Ema; i como no le contestasen, continuó:

"¡Maldicion! sí, mil veces maldicion para los que han mutilado la república, para los que han hecho pedazos las pájinas que brillaban en nuestra historia, para los que nos han dilapidado la herencia de nuestros padres, nos han sacrificado en la vida presente i nos han vendido para el porvenir!

"¡Maldicion! sí, maldicion mil veces para los que en todos tiempos no han hecho mas que abatir el organismo moral de nuestro pais, desnaturalizar la conciencia pública, sofocar el sentimiento del honor i la dignidad nacional!"

—Caballeros, agregó la jóven, a quien le venga el sayo que se lo ponga; i continuó:

"Porque solo así se concibe que, nosotros todos, oigamos decir: ¡Pisagua tomado! ¡Pisagua ha muerto! ¡Pisagua en poder del enemigo! sin que una lágrima de fuego ruede sobre nuestras mejillas, sin que un solo jemido salga de lo hondo del pecho, sin que un grito de desesperacion hienda los aires i repercuta con eco funerario sobre los restos de nuestros soldados que han defendido bravamente la tierra santa de la patria.

"Porque solo así se concibe que Lima, la metrópoli de la civilizacion, la vida humana, la ciudad eterna del pensamiento, el tabernáculo del derecho, la justicia i la buena causa de las Américas; que Lima, repetimos, haya estado muda i como privada de razon i de sentido durante veinticuatro horas, despues que con insólito *no sé qué* se le ha dicho:—¡Pisagua atacado! Pisagua resiste! Pisagua vencido! Pisagua muerto!

"¡I Lima no se levanta de su tumba, i Lima bajo el pesado beleño del idiotismo, i Lima, esta Lima que sabe

dar sus tesoros, sus hijos i su sangre a los que la defiendien i saben defenderla, permanece muda, inerte i como pasmada por el espanto!

"Sí, ciudadanos, Lima no es ni ha sido nunca Lima, porque si lo hubiera sido i aun lo fuera, la leona no permitiria que los hambrientos antropófagos de la Araucanía le devoraran como cosa corriente sus cachorros; la pantera saltaria sobre el cazador ántes del disparo de la flecha, i la hiena estaria ya encajando los dientes i las uñas en el corazon de sus perseguidores."

¡Hé aquí que Lima tambien tiene garras! esclamó Ema.

"Yo no miento ni os he mentido nunca, compatriotas. Así, pues, debeis creerme; creed que así como Roma necesitaba ir con sus huestes hasta la Macedonia para descansar tranquila en el Oriente i en el Occidente, así el Perú necesitaba llevar sus ejércitos a Chile, ya que no para dominar en la América latina, por lo ménos para asegurar sus propios intereses."

¡Lejitos está Chile para que vaya allá el Perú! ¿No es verdad, jeneral? interrogó la jóven.

Buendía se sonrió i no contestó,

"Durante la pretura consiguió Ciceron, continuó Ema, en su inflamador discurso por la lei *Manilia*, entregar a "Pompeyo las fuerzas de Roma para la guerra contra " Mitridates, i Roma se salvó al fin, i Roma llevó sus " pendones hasta arrojar al gran rei en las montañas del " Cáucaso."

"¿Por qué no haremos lo mismo nosotros, entregando a una mano robusta i a una cabeza fuerte, las fuerzas

de la República para que las conduzca i las lleve hasta Chile, arrojando a Mitridates a las heladas rejiones de la Araucanía? ¿No puede nuestro gobierno por sí solo, levantar un ejército de 30,000 soldados?"

¡Buen número es ese; pero algo dificultoso! observó Ema.

"Pues si no puede, es preciso que pueda; i para esto, sirvamos todos, unámonos todos, seamos soldados todos; que nadie se quede en el hogar, que nadie salga de la línea, que nadie oculte el pecho; cada uno por su escudo, con su escudo i sobre su escudo; quedemos todos en el campo, hagamos a muerte la refriega; que nuestros cadáveres cubran la tierra por donde atraviesen los enemigos."

¡Qué hombre tan valiente debe ser éste! dijo la jóven. Si todos los peruanos son así ¡pobres mis compatriotas!

"La providencia de Dios no hace, por ahora, mas que someternos a grandes pruebas para demostrar al mundo la fortaleza con que ha dotado nuestro espíritu. Mejillones fué el yunque en que nuestra alma acerada se templara con el primer martillazo del destino, i Pisagua solo es hoi la fragua en la cual se retempla nuestra dureza. La providencia de Dios no puede ser injusta. Nuestros soldados i aliados de Arica i de Iquique, o vengan a esta hora, no lo dudamos, con grande usura la sangre de esos combates, o todos han debido morir al pié de sus banderas, como buenos, como patriotas i como héroes.

"¡Vencer o morir!

"Tal es, ha sido i ha de ser nuestra divisa desde el principio hasta el fin de la guerra. ¡Vencer o morir! debe

ser el mote de nuestras armas, escrito en nuestras espadas, grabado en nuestros rifles, esculpido en nuestros cañones, impreso en nuestras banderas.

"Con esta consigna, ¡vencer o morir! han sucumbido nuestros valientes de Iquique, Punta Gruesa, Antofagasta, Angamos i Pisagua, i con tal consigna debemos caer defendiendo la patria nosotros i nuestros hijos i los hijos de nuestros hijos."

—¿Entónces esta guerra no se acabará nunca? preguntó Ema.

"¡Vencer muriendo o morir vencidos! tal es nuestro único deber, defendiéndonos de Chile o acometiéndolo, para defender nuestro honor i la integridad de la República.

"¡A las armas, ciudadanos!

"Que la invasion, cualquiera que sea la villa o la ciudad elejida para el ataque, nos encuentre listos, con el arma al brazo, los cañones en puntería i las rabizas en las manos.

"Chile ha tomado a Pisagua, como se apoderó del *Huáscar*, en la proporcion de 1,000 contra 100, de 100 contra 10, i de 10 contra 1; pero esto no puede suceder siempre, ni sucederá otra vez.

"Hoi está Chile en tierra; está de igual a igual; hoi somos 1, 10 i 100 contra 1, 10 i 100; nuestro triunfo no puede ser dudoso, como no puede serlo para los que saben morir al pié de sus banderas, defendiendo, como atenienses antiguos, el honor i la integridad de Grecia.

"¿Ni cómo pueden temer a la muerte los que han fundado la cátedra en que se aprende a morir?

"Pero si sucumbir fuese nuestro destino, sucumba-

mos, pues; aceptémoslo muriendo heróicamente, convencidos de la evidencia de nuestros sacrificios, de la certeza de nuestro fin, de la necesidad de nuestro holocausto; porque nuestro deber de hoi, el mas grande de nuestros deberes, consiste en morir por la República para ejemplo de los que nos sobreviven i para enseñanza de nuestros pósteros.

"Murieron así nuestros padres, defendiéndose de las metrópolis, fundando el nuevo mundo de la democracia, redimiendo los cautivos de tres siglos, i consolidando la libertad de América.

"Aunque perseguidos por la ingratitud de los hombres, murieron en esas grandes faenas de la justicia, el derecho i la libertad, Francklin i Washington, Bolivar i San Martin, Lincoln, Galvez i Manuel Pardo, i han muerto mas felices nuestros marinos de Angamos i nuestros hermanos de Pisagua.

"¡A las armas, ciudadanos, para vencer o morir!

"Pidamos a los que tienen el alto honor de mandar hoi en el pais, pidámosles un ejército de 30,000 soldados mas; i si esto no basta, otro ejército de 50,000 mas, i tres, i cuatro i diez ejércitos, unos tras otros, para romper en jirones el negro crespon que cubre los escudos de Bolivia i del Perú."

Lo mejor seria, dijo Ema, que en vez de tantos ejércitos levantasen desde luego uno de dos millones.

"Que la ciudad de La Paz nos mande en el acto 5,000 soldados a Arequipa: que Puno, Cuzco i Apurimac nos manden allí mismo 15,000 hombres mas. Estos 20,000 defensores aliados, seguirán a Moquegua, empuñarán las armas de los que hayan muerto, tomarán el vestido

de nuestros cadáveres, i en las tumbas de Pisagua e Iquique, jurarán, como los lombardos, la defensa de la libertad i de la patria.»

—¿Estarán todavia buenos los trajes que tengan los cadáveres cuando lleguen esas lejiones a buscarlos? preguntó Ema.

—Creo que ni buenos ni malos, señorita, le contestó un oficial, aprovechando la ocasion de devolver a Ema algo que la hiriera; ni buenos ni malos, porque ya los chilenos se habrán apoderado de ellos.

—¡Oh! ¡no lo crea usted! le contestó prontamente la jóven, porque los *rotos* chilenos tienen el mal gusto de vestirse con buen paño i buenas i sólidas botas, miéntras que el ejército aliado carga ojotas i trajes de bayeta de Cochabamba, o de sacos harineros (1).

El jeneral i los oficiales se mordieron los labios i no contestaron.

Ema, con tono festivo, continuó:

«Formemos aquí, en nuestra gran caserna, un ejército de 15,000 soldados, un ejército listo para redoblar el paso a la primera llamada, un ejército que, al toque de jenerala, marche con la vista fija en el enemigo, con el brazo firme sobre la espada, con el ánimo i el corazon resuelto a morir al pié de su bandera.

«Preparémonos, ciudadanos, en todo caso, a los desastres, i a sacar de los infortunios fuerzas nuevas para nuevas campañas i para nuevos combates.

---

(1) Segun lo hemos dicho, varios batallones del ejército peruano acantonado en Pisagua, tuvo que hacerse pantalones i chaquetas de sacos harineros.

"Que nadie nos hable de impotencia, que nadie nos hable de debilidad, que nadie nos hable de transaccion; a los primeros les arrancaremos la lengua, a los segundos les cortaremos los brazos, a los últimos, ciudadanos, compatriotas, amigos queridos, padres, hermanos o hijos, les arrancaremos la cabeza."

¡Jesus!... ¡Jesus!... volvió a esclamar Ema, ¡entónces en el Perú todos van a quedar mutilados!... ¡qué horror!...

"¡Vencer o morir!

"¡A las armas, ciudadanos, a las armas!

"O Lima no es Lima, o de Lima tienen que salir los defensores i los libertadores de la República.—*Lima, noviembre 3 de 1879.*—FERNANDO CASÓS."

—¡Qué bien escriben los peruanos! agregó la jóven, dejando el diario sobre la mesa. ¡Acompañadme, caballeros, a beber una copa por el insigne Casós....

Se bebió en silencio: el amor propio estaba herido i Ema, para reanimar el buen humor, necesitó apelar a todo su talento i sus encantos.

ESCLAVA O AMANTE

Como lo hemos dicho, el jeneral Buendía, por atender a las múltiples ocupaciones de su cargo, no habia tenido tiempo, hasta esa noche, de visitar a Ema sino de paso, a la lijera.

Por tal causa, ansiaba quedar solo con ella para hacerle mil preguntas, para saber cómo i por qué habia huido de su lado i, sobre todo, si volvia con la intencion de corresponder de una manera completa a su amor.

A eso de las nueve de la noche, i cuando el último de los comensales se hubo retirado, el jeneral se acercó a la jóven i, mirándola con infinita ternura, le dijo:

—¡Cuánto he deseado este momento, Ema! En los cuarteles, en medio del desierto, en medio de mis mas delicadas atenciones, de dia i de noche, no me ha sido posible apartar de mi mente su imájen ni de mi corazon su recuerdo! Tengo un mundo de cosas que decirla, miles de preguntas que hacerle, innumerables reproches que dirijirla; pero nada le diré, nada le preguntaré i de

mis labios no saldrá la menor queja, el mas insignificante reproche, si usted vuelve a mi lado, no como un sér indiferente a mis deseos i aspiraciones, sino como la dulce, como la tierna compañera de mi vida...

El jeneral calló, aguardando una respuesta; pero Ema habia bajado los párpados i parecia profundamente emocionada.

Buendía la contemplaba con embeleso, admirando aquel cuerpo cuyos atrevidos contornos le irritaban, aquel semblante cuya hermosura i perfeccion le atraian, como el abismo atrae al que lo contempla, como el iman atrae al acero. Le parecia verla mas hermosa, mas seductora, mas voluptuosa que nunca. La idea de que aquella mujer, cuyo amor completo tanto anhelaba, se habia separado de él sin acceder jamas a sus deseos, para andar por ahí, en el desierto, con un hombre, con su amante, tal vez, agregaba no sé qué de picante, de atractivo, de agridulce a sus deseos.

—¿No me contesta usted? le preguntó el jeneral con voz triste.

—¡Oh, señor! esclamó Ema mirándolo con cierto temor. Tengo tanto que decirle... tanto que manifestar a usted, que no sé cómo principiar.

—Pero si lo que usted tiene que decirme la mortifica, le dijo Buendía, cállese usted; yo no quiero saber otra cosa sino si puedo contar con su amor.

—¡Con mi amor!... repitió ella maquinalmente. ¡Oh! ¡No hablemos aun de eso!... Principiaré, jeneral, por decirle que, despues de haber vuelto voluntariamente a su lado, yo anhelaba i temia, al mismo tiempo, que llegase este momento, el momento de esplicar mi conducta.

—Pero ya he dicho a usted, le dijo Buendía, que si le es penoso hacerlo, no lo haga.

—I ¿cómo podria permanecer a su lado guardando silencio?

—Probándome con su amor, le dijo el jeneral, que ahora no es usted para mí la misma de ántes.

—¿I si aun no me fuera posible hacerlo? ¿I si, a pesar del cariñoso respeto que siento por usted, no pudiera pasar del límite en que me he mantenido ántes?

La frente del jeneral pareció oscurecerse.

—Si eso fuera así, Ema, le contestó Buendía con voz triste i algo severa, usted no debia haberme escrito, usted no debia haberme hecho alimentar nuevas esperanzas, usted no debia, en fin, haber vuelto a mi lado. Creo haberlo dicho a usted bien claro en mi carta: por su amor estoi dispuesto a sacrificarlo todo ¡hasta mi buen nombre! Si no es el cariño, si no es siquiera conmiseracion lo que la trae a mi lado ¿qué es entónces? ¿No me da derecho su conducta para creer cierto lo que dicen por ahí, de que usted es una espía de los chilenos?

Ema bajó nuevamente la vista i no contestó.

—¡No me responde usted! le dijo el jeneral con admiracion. ¿Acaso es verdad lo que he dicho?

—¡Jeneral!... esclamó Ema como tomando una enérjica determinacion. ¿I si mi regreso a su lado tuviese por causa, no solo ayudar i servir a mis compatriotas como ántes, sino pedirle amparo i proteccion?

—¡Amparo i proteccion! ¿para quién? interrogó Buendía mui admirado.

—¡Para mí!

—¡Para usted!... I ¿quién persigue o molesta a usted?

—¡Mi amante!...

El jeneral lanzó una esclamacion de sorpresa i se quedó mirando a la jóven de hito en hito.

—¿I usted quiere que yo la proteja de su amante? dijo al fin Buendía en el colmo de la admiracion.

—Sí, señor, contestó Ema con alguna entereza; quiero que usted me proteja, que usted me dé un asilo.

—Pero, Ema, la dijo el jeneral, permítame decirle que su pedido está en contradiccion con lo que poco há me manifestó.

—¿Qué le he dicho yo, señor? preguntó ella. Tal vez no he sabido esplicarme... tal vez me he espresado de una manera torpe, indebida...

—Nó, le interrumpió Buendía; usted me dijo, o mas bien dicho, me interrogó sobre lo que yo haria si usted no pudiese o no quisiese ser para mí otra cosa que lo que ha sido ántes...

—¿I bien?... le preguntó Ema envolviéndolo con su mirada ardiente i fascinadora.

—¡I bien! repitió el jeneral, haciendo un esfuerzo para sobreponerse a la pasion que le dominaba; ¡i bien!... yo he dicho a usted lo que necesito, lo que quiero, lo que es indispensable para mi felicidad; si no lo obtengo, será necesario separarnos. Ahora usted me pide proteccion i asilo ¿cómo puedo ofrecérselo si usted, por su parte, no me habla con franqueza?

—¿I qué mayor franqueza quiere usted, señor? Al ponerme bajo su proteccion ¿no pongo mi vida i mi porvenir en sus manos?

—¡Oh! esclamó Buendía con acento enajenado: ¡oh!... usted me hace mui feliz con esas palabras!

I tomando una de sus manos entre las suyas, agregó:

—¡Ema... querida Ema!... yo procuraré hacer a usted tan feliz cuanto pueda serlo una criatura humana!...

—Pero aun tengo una gracia que pedirle, observó ella.

—Hable usted, i si no es algo que afecte a mi honor o a mi patria, lo concederé en el acto.

—Creo que no afecta ni al uno ni a la otra, contestó ella. Deseo, simplemente, que si se sorprende por aquí, por Iquique o alguna parte a un jóven chileno que anda buscándome, no se le haga niegun mal i se le obligue a irse a Pisagua o a cualquiera otra parte.

—¿Ese es su amado? preguntó Buendía soltando la mano que Ema le habia abandonado.

—¡Ha sido! contestó ella bajando los ojos.

—Luego ¿ya no lo es?

—Hoi tengo otro amor, otra ambicion, otro deber, contestó ella. Él, por su parte, es necesario que cumpla tambien con el suyo.

—¿Es oficial chileno? preguntó Buendía.

—No tiene puesto alguno en el ejército.

—¿Cómo se llama?

—Félix Navarra. ¿Me promete usted, jeneral, que no le sucederá nada?

—Sí, lo prometo, contestó él, aun cuando un chileno introducido en nuestro campamento debe considerarse i juzgarse como espía.

—¡Oh... nó! si éste llega por aquí, será solo buscando mi paradero, pues desde que nos separamos en la salitrera de Mr. Wicksons, ni uno ni otro tenemos noticias de la suerte que hemos corrido.

—¿Cómo se separaron de la salitrera?

—El tal administrador, contestó Ema, en vez de cum-

plir con el encargo de usted, de custodiarnos, apénas se retiró el capitan i sus soldados, dijo a Félix que su casa no era hotel ni posada i que no podia tenerlo ahí. Por tal causa vióse Félix en la necesidad de abandonarme, lo que hizo bien a su pesar, pues, desde el primer momento, comprendió las malas intenciones que respecto a mí abrigaba el administrador.

—¡Infame! murmuró Buendía, indignado.

—Sí, mui infame, agregó Ema, pues no bien quedé sola con él, trató de embriagarme con el objeto de abusar de mi estado. Pero en eso mismo encontré mi salvacion. Finjí que bebia i le hice beber a él de varias clases de licores, hasta lograr embriagarlo. Cuando estuvo en ese estado, su audacia ya no reconoció límites, i encerrándome en una pieza, usó de sus fuerzas para violentarme. Luchamos cuerpo a cuerpo largo rato: me desgarró los vestidos, me machucó un poco los brazos; pero como sus piernas estaban bamboleantes, logré arrojarlo en una cama cerca de la cual luchábamos. Al caer, dió con la cabeza en la coronacion del catre i quedó completamente aturdido.

—¡Qué desgracia no haberlo muerto en el acto! esclamó el jeneral.

—Cuando me vi libre, agregó Ema, me apoderé de la llave de la puerta que se habia guardado en los bolsillos, i gané la carretera. ¿A dónde ir? En esos momentos, por el lado de Pisagua, se batian con denuedo, con encarnizamiento: oíase hasta ahí resonar el cañon de una manera pavorosa. Esto me hizo pensar que pronto los peruanos i bolivianos tendrian que abandonar el campamento i se desbandarian por el camino que conduce a Iquique o a este punto.

Tuve miedo de los excesos a que podrian entregarse, ya fuesen los vencidos, ya los vencedores; i en vez de acercarme a Pisagua, tomé por entre las lomas, abandonando la ruta, para las oficinas del sur.

Anduve todo el dia, i como ya el cansancio me rindiese, me acerqué a una salitrera, en la cual me dieron hospitalidad.

Ahí supe que los chilenos quedaban en Pisagua, que el ejército aliado huia desbandado i que usted con su estado mayor i otros jefes habian pasado por Santa Catalina, endonde esperaban reunir los dispersos.

Yo me hallaba al dia siguiente cerca de Jaspampa i supe que usted estaba ahí. Andaba sola, vagando como astro errante, espuesta a mil peligros i llena de inquietudes i zozobras.

Parece lo mas natural que estando mis compatriotas en Pisagua hubiese dirijido allá mis pasos; pero ¿qué iba a decir o hacer allá? De todos los chilenos que hubiese ahí, yo no conoceria ninguno, exceptuando a Félix Navarra.

A mas, agregó Ema, mirando al jeneral con ternura, no sé por qué, a pesar del gusto que sentia por el triunfo de mis compatriotas, no podia apartar de mi mente el recuerdo de la tristeza, de la honda desesperacion que debia usted sentir como jeneral en jefe de un éjército derrotado, como hombre i como patriota!

—¿Es cierto, Ema, que usted me ha recordado, que usted me ha compadecido? le preguntó el jeneral con ternura.

—¡Oh, sí, créalo usted, le contestó ella con sinceridad. Créalo usted. Si me hubiese sido posible quitar de su

corazon aquella amargura, sin menoscabar la gloria i los beneficios que recibia mi patria, lo habria hecho aun cuando me hubiese costado un inmenso sacrificio!

—¿De manera que usted me ama? interrogó el jeneral con voz anhelante.

—Jeneral, contestó la jóven, a usted he dicho siempre la verdad i así la diré ahora. Yo no podria decirle, sin mentir, que amo a usted; nó, no es amor, aun cuando parece que principia a serlo, lo que yo siento por usted. Es un gran cariño, es una afeccion profunda, es una gratitud inmensa la que yo esperimento por usted. Desearia hacerlo mui feliz, estar siempre a su lado para servirlo, ser, en fin, para usted, una amante hija...

—¡Una hija! interrumpió el jeneral i ¿por qué nó una tierna i dulce compañera?

—Tambien desearia poder serlo, contestó Ema.

—Luego ¿usted no puede?

—La idea de ser suya, contestó la jóven, era una idea que rechazaba ántes mi corazon de una manera terminante, invencible.

—¿I ahora?

—Ahora, si no la acepta por completo, tampoco la rechaza en absoluto. Unos dias, un poco de tiempo mas, i tal vez tenga usted entero mi corazon.

—¡Cómo! interrogó Buendía ¿aun piensa usted hacerme aguardar?

—¿Qué son unos pocos, unos pocos dias mas, señor, para darle mis afecciones, no obligada ni contrariada, sino libre, espontáneamente, con mi entera voluntad? ¿Cómo podria usted aceptarme con gusto, sabiendo que yo no lo tenia completo?

—Pero usted me ha dicho, Ema, le dijo el jeneral con acento de triste reproche, que usted ponia su vida i su porvenir en mis manos.

—I vuelvo a repetirlo, señor: desde este momento disponga usted de mí como quiera; eso sí que si contraria mis deseos, si no me permite prepararme, preparar mi corazon para ser con usted lo que necesito, lo que quiero ser, encontrará en mí a la esclava sumisa, pero no a la compañera feliz i cariñosa.

—¡Oh, Ema!... esclamó Buendía. ¡Cómo juega usted con mi corazon!...

—¿Yo, señor? interrogó ella con admiracion. ¡Ah!... no lo piense usted!... Lo que hago es preparar el mio, como le he dicho, para las nuevas sensaciones que va a probar; lo que hago es levantar en mi pecho un altar, una especie de santuario para recibir ahí su amor; su amor que sé es grande, abnegado i será eterno. ¿Queria usted que lo recibiese así no mas, con indiferencia, como cosa de poco valor, i que, acabando de arrancar de mi corazon otras afecciones, plantase en él bruscamente otras i otras? Tal proceder me rebajaria al grado de esas desgraciadas para quienes ya el corazon no existe, i ni usted puede amar a una mujer así, ni yo, aunque desgraciada, he llegado a tal abyeccion.

—Veo, Ema, que volvemos a lo mismo de ántes, le dijo Buendía. A los aplazamientos, a las esperas indefinidas, a las promesas vagas... ¡Oh! esto no puede continuar así!...

—Pero hoi es todo concreto, señor, le dijo ella. Nunca hablé a usted ántes como lo hago ahora. Ahora solo le pido unos dias, unos pocos dias que servirán para levantar una barrera entre el pasado i el presente.

Usted aguardará lo que aguarda el prometido, miéntras su amada se engalana i se prepara para recibirlo dignamente.

Buendía se levantó. El corazon amenazaba ahogarlo con sus latidos. Aquella mujer, con sus ardientes ojos, con su voz metálica i mimosa le seducia, le fascinaba, le volvia loco. Sintió que una nube pasaba por su vista i que un mar de lava ardiente se derramaba por sus venas.

—¡Nó! esclamó; esto no puede continuar o me vuelvo loco!

—¡Jeneral! le dijo Ema, poniéndose a su vez de pié. ¡Jeneral!... un poco de paciencia i seremos felices!...

Se miraron sostenida, porfiadamente. El jeneral creia ver ante sí el ánjel de la tentacion brindándole un placer que jamas debia alcanzar. Ema comprendia lo que pasaba en aquel pecho, la borrasca que sacudia a aquel corazon i se puso un poco pálida, es decir, mas hermosa.

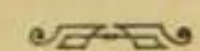
—¡Nó, nó!... repitió el jeneral. ¡Ahora mismo o nunca!...

I al decir esto, rodeó con sus brazos el talle de Ema i acercó sus labios secos e incandescentes a las pálidas mejillas de la jóven.

—¡I bien! esclamó ésta con voz trémula dejando caer los brazos con desaliento i quedándose inmóvil como una estátua; ¡i bien! su impaciencia i poca jenerosidad, jeneral, borrarán para siempre de mi corazon su amor!... ¡Soi su esclava: apodérese usted de una estátua!

—¡Nó!... esclamó Buendía, rechazándola; ¡no quiero nada así!...

CELOS DE UN ENAMORADO



Ema conocia demasiado el carácter caballeresco i delicado del jeneral, así que comprendió que no se atreveria a contrariarla a pesar de que la pasion le dominaba.

Efectivamente, al rechazarla se apartó de ella, i con voz resentida le dijo:

—Si hubiera adivinado que usted volveria a ser para mí lo mismo que ántes, jamas habria consentido en traerla nuevamente a mi lado.

—Pero ahora es distinto, señor; ahora pongo un término.

—I ¿puedo saber yo si al fin de ese término viviré? ¿No estamos a un paso de nuestros enemigos i, de un momento a otro, no pueden caer sobre nosotros?

—Esos casos no es verosímil que sucedan, dijo Ema por contestar algo.

—¿Por qué no es verosímil?

—Porque los chilenos no atacarán tan pronto al ejército aliado.

—Pero si han desembarcado en nuestro suelo, ha de

ser para atacarnos i no para quedarse estacionados en Pisagua. Eso es lójico; i como al atacarnos ha de ser con fuerzas mayores, es casi seguro que tendremos que abandonar estos lugares. ¿Puede preverse siquiera lo que acaecerá en dos o tres dias? Si tengo necesidad de llevar mi ejército a otra parte; si, como me lo ha anunciado el presidente del Perú, el jeneral Daza viene a reunirse con nosotros en Tana ¿querrá usted seguirme, Ema? i de querer ¿podrá hacerlo? Hé aquí, por tanto, que aplazar mi dicha es como negármela.

La verdad era que Ema trataba solo de ganar tiempo; pues, aun cuando profesaba al jeneral un sincero cariño, i sentia por él una gran gratitud, estaba mui distante de resolverse a ser su favorita.

En tres o cuatro dias ella preveia que habian de haber muchos cambios; i como su único objeto, al solicitar la proteccion del jeneral, era permanecer en el centro del campamento para conocer los movimientos del ejército, apelaba a todos los recursos de que podia disponer.

Para contentar al jeneral, se acercó a él sonriéndole, haciéndose la niña mimada.

—¡Vamos, le dijo, no discutamos! Es la última concesion que hace usted a su esclava, a su regalona. ¿No es verdad que voi a ser su regalona? ¿No es verdad que estará siempre, siempre a mi lado?

—¡Oh, Ema!... ojalá no tuviera sobre mis hombros el pesado cargo que tengo, i le juro que me iria con usted al campo, a una hermosa quinta donde solo viviéramos el uno para el otro!

—Concluida la guerra lo haremos ¿verdad?

—¡Ah! esclamó Buendia lanzando un suspiro. Cuando esta guerra concluya ¡quién sabe qué será de nosotros!

A ese tiempo anunciaron al jeneral que llegaba un batallon de los que estaban acantonados en las oficinas.

—Todos los soldados, señor, dijo el oficial que traia la noticia, vienen casi completamente amotinados. Piden que se les pague i se les dé qué comer.

Buendía arrugó el entrecejo, se despidió de Ema i se dirijió a calmar con su presencia a los amotinados.

Estos hechos se sucedian casi sin interrupcion en el campamento de la alianza. El descontento habia minado la disciplina militar, la pobreza los bríos del corazon i la desconfianza habia sembrado en los ánimos la semilla de la discordia.

Los batallones bolivianos, agasajados en los documentos oficiales i proclamados hermanos, en la práctica o en el servicio constante se les miraba con desden. Ellos, por su parte, sentian profunda aversion por los peruanos, a quienes consideraban mas pusilánimes i cobardes, echándoles la culpa de sus derrotas.

Tales rencores o desavenencias iban agravándose de dia en dia por la falta de víveres.

La racion de cada soldado se habia reducido al último límite, i, ya fuese que algunos jefes lograran algo mas para los batallones peruanos, ya que en realidad hubiese preferencias, lo cierto es que los bolivianos, al quejarse de su hambre, se quejaban tambien de que así como en todo llevaban la peor parte, en las raciones tenian la menor.

Buendía se ocupaba por esos dias en reconcentrar sus tropas para marchar a Tana a unirse con Daza i su ejército, i caer acto contínuo sobre los chilenos.

Por datos exactos que habia recibido, sabia que el

ejército chileno no podria presentar en combate, sobre todo si éste se daba en abierta pampa, mas de nueve a diez mil hombres, es decir, tantos o un poco ménos de los que podia presentar él; así que, reunidos los dos ejércitos, el de Daza i Buendía, podian atacar al chileno con una superioridad de mas de cinco mil hombres.

Esta idea halagaba al jeneral i le daba fuerzas para soportar i vencer las mil contrariedades que se levantaban a cada paso.

Para efectuar de una manera mas acertada la concentracion i union de ambos ejércitos, resolvió que los batallones se pusieran desde luego en marcha, i así comenzaron a hacerlo desde el dia 15, siendo el 16 el que se habia fijado para su reunion en Tana.

En la tarde del dia 15, cuando todo el campamento de Pozo Almonte se hallaba en movimiento, Ema, sentada a una ventana contemplaba con cierta tristeza no exenta de zozobras, los preparativos de marcha.

Las escasas municiones i los pocos víveres que quedaban al ejército, se habian cargado en algunas carretas i flacos asnos, los que debian ir quedando, exhaustos de fuerzas, en la inclemente pampa del Tamarugal.

El jeneral Buendía, acompañado de algunos ayudantes, recorria el campamento, calmando lo mejor posible los ánimos, interviniendo en las disputas que sostenian los jefes entre sí por mil puerilidades i atendiendo, en fin, cuanto era dable, a sus deberes de jefe de las fuerzas que se iban a poner en movimiento.

Acababa de pasar por frente a la ventana en que se encontraba Ema, a quien ofreció hacer pronto una visita, cuando la jóven vió entrar en su pieza, casi corriendo, a un hombre con la cara atada.

—¿No me conoces? le preguntó el desconocido arrancándose el pañuelo.

Ema lanzó una esclamacion de sorpresa i luego dijo:

—¡Félix!... ¿tú aquí?...

—¡No me esperabas! ¿verdad? interrogó él con acento quejoso i mirándola con cierta severidad.

—Nó, no te esperaba, contestó ella, mucho ménos en estos momentos en que nuestros compatriotas van a ser atacados por dos ejércitos.

—I ¿es eso todo lo que tienes que decirme? le preguntó él con acento agresivo.

—I ¿qué quieres que te diga? Agregaré que no está aquí tu puesto, sino al lado de tus hermanos que van a combatir.

—¿Te molesto aquí acaso?

—Tal vez, si llegan a sorprenderte.

—Si me sorprenden, el jeneral Buendía sabrá que tienes un amante i eso no te conviene a ti ¿no es cierto?

—El jeneral Buendía sabe que he tenido un amante i que ahora no lo tengo.

—Es decir, no tienes al mismo porque lo has sustituido por él.

—Félix, le dijo Ema con tono severo i un tanto indignado; Félix, no continuemos este diálogo, pues llegaríamos a un terreno que yo no quiero pisar.

—¡Ya lo creo! esclamó él con sarcasmo. Ese terreno es para tí mui resbaladizo!

—Tú lo haces resbaladizo porque me hieres.

—¡Te hiero!... I tu conducta ¿no me hiere a mí?

—Nada tienes que reprocharme; mi conducta es hoi la de siempre.

Félix sonrió con ironía.

—Es decir, le dijo, has vuelto a ser la querida de un peruano, de un jeneral, para tener el gusto de oirte nombrar la "jenerala Buendía".

Ema se puso pálida i miró a Félix con indignacion.

—Te he dicho mil veces, repuso con voz calmada, que jamas fuí de ese hombre, i con dudar de mis palabras me ofendes. ¡Félix!... ¿Vienes acaso a chocar conmigo? ¡Si es así valia mas que me hubieras dejado tranquila cumpliendo con mi deber!

—¿Tu deber es vivir siempre con Buendía?

—Sí, miéntras ello sea útil a mi pais.

—¿Podria saber cuál es la utilidad que has sacado?

—He podido mandar dos veces noticias de interes al jeneral en jefe de las fuerzas chilenas acantonadas en Pisagua; he obtenido que a los prisioneros de la *Esmeralda*, que hai en Iquique, se les suministre de la mejor comida que hai en un hotel; he socorrido a muchas chilenas desvalidas, i, en fin, he hecho cuanto me es dado hacer por nuestra causa.

—I ¿por qué, si has podido mandar a Pisagua, no me hiciste buscar para darme noticias de ti?

—Porque darte esas noticias era hacerte venir a mi lado.

—I tú querias estar sola ¿no es cierto?

—Es verdad.

—O mas bien dicho, solo querias estar acompañada por el jeneral Buendía.

—Tambien es verdad.

Las palabras iban naciendo de los labios cada vez mas secas i desabridas.

—¿Es decir que tú te has venido voluntariamente al lado del jeneral?

—No solo voluntariamente, sino solicitado por mí.

—¿I así te atreves a decir que no eres su amante?

—¡Vamos, Félix! le dijo Ema con resentimiento; una vez mas te digo que no vamos mas adelante.

—¿Te mortifica oir de mis labios la verdad?

—Me mortifica oir dudas i palabras ofensivas de ti, que eres el ménos que debias herirme porque eres el que mas me conoces. A mas, no es este el lugar en que debemos hablar de esta materia, ni es tampoco oportuno el momento.

—¿Por qué?

—Porque el jeneral debe volver de un momento a otro i puede sorprenderte.

—I tú, por supuesto, no quieres que eso suceda, a fin de no ser descubierta.

La jóven hizo un jesto de contrariedad i armándose, al parecer, de toda su paciencia, contestó con voz lenta lo siguiente:

—¡Félix! si no fuese porque te he amado tanto, tus injuriosas sospechas, tus infundados celos habrian concluido ya mucho tiempo con nuestras relaciones. Pero te he perdonado i te perdono una vez mas, pues veo que para un celoso no hai nunca tranquilidad. ¿Qué quieres ahora de mí?

—Quiero, contestó Félix con voz hosca, en primer lugar, que me sigas acto continuo.

—Eso es imposible.

—¿Por qué es imposible?

—Porque me he resuelto a no dejar el campamento peruano hasta el último instante.

—Ese último instante ha llegado. ¿No dices que

el ejército enemigo se mueve para ir a atacar al nuestro?

—Así es; pero yo le seguiré hasta que se dé la batalla. A mas, en tales momentos no podemos, no debemos reunirnos. Tú, Félix, debes acudir al lado de los nuestros, pelear con ellos, hacer, en una palabra, lo que te propusiste hacer cuando saliste de Antofagasta. Yo, a tu lado, soi una rémora, un inconveniente, algo que te debe embarazar; i no es posible que por satisfacer nuestro amor o calmar tus celos, dejemos cada cual de cumplir con nuestro deber.

—Pero, Ema, contestó Félix con cierta exaltacion, tú te equivocas al creer que puedes servirme de embarazo; al contrario, el tenerte a mi lado, el saber que despues de la pelea podré verte i tendré quien me aplauda si fui valiente, quien me cure si caí herido, me hará conducirme con mayor entereza. Por otra parte, ya que te he encontrado despues de tanto buscarte, despues de haber estado al perecer en el desierto, despues de haber espuesto mi vida introduciéndome en este campamento, ¿crees que podré alejarme sin llevarte conmigo? ¿Crees que tendré una sangre tan fria, un corazon tan indiferente para dejarte aquí, en poder de un hombre poderoso, de un hombre a quien tú quieres, de un hombre, en fin, que te ama hasta la idolatría? ¡Tú me dices que jamas le has pertenecido i que lo único que te impulsa a estar a su lado, es servir a nuestra patria! ¡Quiero creerlo todo, necesito creerlo así para no morir de rabia i de celos!... Pero esa situacion es necesario que ahora mismo tenga un término. Precisamente, el movimiento que opera el ejército favorecerá nuestra huida.

—¡Imposible! dijo Ema. ¡Yo no puedo huir!

—¡Pero, Ema! esclamó Félix con exaltacion, por mas que tú trates de hacerme creer que tu presencia en este campamento es útil, yo no lo puedo aceptar. Tu mision está concluida, tus servicios son ya inútiles i tu estadía al lado del jeneral no sirve sino para enlodar mas i mas tu nombre. ¡Cómo! ¿piensas seguir al ejército peruano como esas infelices i degradadas criaturas que van recojiendo, en las paradas, las migajas i el cansancio de los soldados?

—Yo no sé lo que haré mas tarde, Félix, le contestó ella; lo que sé es que ahora no debo dejar al jeneral i que tú te estás comprometiendo inútilmente con permanecer aquí.

—¿Te incomodo?

—Me incomoda que espongas sin causa tu libertad; me incomoda que no corras al lado de los nuestros para advertirlos, para darles a saber lo que pasa por acá.

—Eso lo haré si tú me acompañas.

—Ya te he dicho que no puedo, que es necesario que nos separemos.

—Siendo así, yo tampoco vuelvo al campamento chileno i aquí me quedo aguardando al jeneral, contestó Félix, acomodándose en un sofá.

Estaba pálido, con la frente contraida, con las manos temblorosas.

—¿Dices que vas a esperar al jeneral? le preguntó ella con cierto fastidio.

—Sí, le aguardaré, i le diré: jeneral, esta mujer es mi querida, mi amante i me ha jurado un amor eterno. Vengo a que me la entregueis.

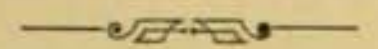
—¿I si el jeneral no se halla en disposicion de entregarme porque yo no estoi en disposicion de seguirte?

—¡Le mataré!

—¿Te vas a convertir en asesino?

—Tú me harás ser lo que quieras; estoi resuelto a todo.

FRUTO DE CELOS INJUSTOS



El tono con que Félix pronunció la última frase, no dejó duda a Ema de que aquél habia tomado una de esas determinaciones inquebrantables que suelen tomar los hombres en épocas excepcionales de la vida.

Era necesario, a toda costa, hacerlo desistir, pues, cuando ménos, si llegaba el jeneral i lo encontraba ahí, podia haber una terrible escena.

Permanecieron ambos un largo rato en silencio, mirándose a veces fija i obstinadamente como queriendo cada cual penetrar hasta lo íntimo del alma del otro.

Ema fué la primera en hablar:

—Una vez mas, Félix, le dijo con calmada voz, apelo a tu antiguo patriotismo para hacerte desistir de lo que intentas. Yo necesito permanecer aun aquí, o donde esté el ejército peruano, unos pocos dias mas, pues no sabemos los cambios que puedan acordarse, las combinaciones que puedan hacerse. Yo, estando aquí, lo sabré todo i no me faltará medio como hacerlo saber a nuestros compatriotas, evitándoles, tal vez, una sorpresa que

podria serles funesta. El encuentro de los ejércitos enemigos no puede tardar mas de dos o tres dias ¿por qué no me dejas emplearlos en servicio de nuestra causa?

—Porque, contestó Félix con voz rápida i ajitada, porque es innecesario, porque, en el desconcierto que produce una batalla, tú puedes ser arrastrada, aun a tu pesar, por el jeneral i sus secuaces, a sitios donde ya no puedas ni volver a mi lado ni servir a tus hermanos. Esto no lo puedo consentir yo i mucho ménos que sigas siendo una mujer cuyo nombre i cuyos actos van siendo el baldon para mis compatriotas.

Ema se puso densamente pálida.

—¿Cuáles son mis actos que van siendo el baldon para nuestros compatriotas? preguntó con voz anhelante.

—El que te obstines en ser, o, segun dices, en aparecer, como querida de un jeneral peruano siendo tú chilena i estando Chile en guerra con el Perú.

—¡Pero Dios sabe que no soi tal querida, esclamó Ema con animacion, i que, en cambio de la mala reputacion que puedo atraer sobre mi nombre, sirvo una gran causa, la causa de mi patria! A ella sacrifico todo, todo, completamente todo, hasta mi amor, hasta el verme insultada i ofendida por el hombre a quien he dado mi corazon.

—De eso solo tiene la culpa tu conducta. ¿Por qué en la salitrera adonde llegamos como prisioneros trataste de alejarme de tu lado?

—Porque así aseguraba tu libertad i podia trabajar por la mia.

—I ¿cómo la obtuviste? preguntó Félix con voz seca, recordando los terribles celos que habia esperimentado

al hallar en la cama donde dormia el salitrero un trozo de encaje perteneciente a Ema.

—Embriagando al administrador, contestó ella tranquilamente.

—I ¿esto? ¿qué es esto? le preguntó él sacando del bolsillo el pedazo de adorno.

Ema habia querido ocultar, por una especie de pudor, su lucha con Mr. Wicksons, i por evitar a Félix un disgusto.

Al ver el encaje se puso un tanto colorada i contestó con voz vacilante:

—Eso... eso es un pedazo de encaje que me arrancó en medio de la lucha que me vi obligada a sostener con él.

—¿Lucha en que te venció? preguntó él con voz ronca.

Ema principió a sentir una profunda desazon. ¿Llegaban los celos de Félix hasta creerla una mujer que se dejase vencer?

Le miró un instante fijamente i luego, apelando a toda su paciencia, le contestó:

—Lucha, Félix, en que yo le vencí, dejándolo aturdido a consecuencia de un golpe que recibió en la cabeza, en la coronacion del catre. En esas circunstancias huí.

—I ¿por qué no te dirijiste a Pisagua, a donde debias encontrarme i en donde necesariamente habrias tenido la proteccion de los chilenos?

—No lo hice, porque, en primer lugar, temí los desmanes que cometerian los soldados peruanos despues de su derrota; i en seguida porque en ese momento pensé que era mas conveniente volver al lado de Buendía para conocer los recursos o movimientos de nuestros enemigos.

—¡Eso es mucho patriotismo! esclamó Félix con acento irónico.

—Yo no sé si será mucho o poco, replicó ella principiando a enfadarse; pero lo que sí sé es que, al hacerlo, pensé servir a mi patria.

—Servir a tu patria, al jeneral Buendía i a tu amor ¿no es así? interrogó Félix con sarcasmo.

—Aun siendo así, contestó Ema, habria servido a tres nobles causas. A mi patria, por deber; al digno jeneral Buendía, por gratitud; i a mi amor, si lo sentia, porque estaba colocado en un sér caballeroso, digno de toda suerte de consideraciones.

—¡Es lástima que no lo hayas conocido ántes que a mí, le dijo Félix, pues así te habrias ahorrado mis reproches!

—¡Tal vez tienes razon! le contestó Ema cada vez mas incómoda. Si no te hubiese amado a ti ántes, es mui posible que le hubiera amado a él; i entónces ahora, en vez de ser zaherida e insultada, estaria colmada de cariños i afecciones.

—Cariños i afecciones, repitió Félix, que tú no quieres aceptar de mí porque hallarás mas dulces los de Buendía.

—¡Basta!... esclamó Ema. ¡Basta, Félix, de insultos, o me harás arrepentirme de haberte amado!...

—¡Arrepentirte! ¿Puedes estarlo mas, todavia? ¡Me rechazas por quedarte con otro hombre i quieres hacerme consentir que aun me amas!...

Ema no contestó. Miles de quejas, miles de palabras llegaban a sus labios; pero las sepultó en su pecho, temiendo rebajarse si las pronunciaba. ¿No era inocente de lo que se la acusaba? ¿No habia hecho el sacrificio completo de su existencia, nada mas que por servir a su

patria? ¿Por qué Félix, cegado por torpes celos, en vez de ayudarla, de darle ánimos, de fortalecerla en su noble empresa, la heria en lo mas íntimo del corazon?

—¡Vamos! agregó Félix, esto es necesario que tenga al fin un término. ¡Yo no puedo ser juguete de las veleidades de una mujer!

—¡Sí, le dijo Ema; es necesario que esto tenga un término, pues de esta manera no podremos vivir jamas! Ya no es la primera vez que tú, cegado por los celos, me ofendes sin piedad, como podrias hacerlo con la mas abandonada meretriz! Si en mi pasado ha caido una mancha, tú fuiste el primero en decirme que con mi arrepentimiento la habia borrado i con mi amor haria desaparecer hasta la menor huella!... ¿Por qué, entónces, ahora me consideras tan vil para engañarte? ¿Por qué crees que no puedo estar al lado de un hombre, aun cuando este hombre me ame, sin resistir a sus deseos? Si al poner mis ojos en ti hubiera adivinado que ibas a vivir receloso e intranquilo, temiendo mis engaños, los habria apartado para no verte jamas!... ¡Tú no eres el hombre que yo habia soñado, tú no eres el corazon noble que yo habia previsto!...

—I ¿es por eso que ha concluido tu amor? ¿Es por eso que me has reemplazado con el jeneral?

—¡Mientes! esclamó Ema en el colmo de la indignacion; ¡mientes! yo no te he reemplazado con nadie hasta este momento, aun cuando bien lo merecias!

—¿Por qué, señora? interrogó él con acento frio i mordaz.

—Porque casi desde el primer dia tú no has hecho otra cosa que humillarme con tus innobles suposiciones; i miéntras tú, que eras mi amado, te conducias tan baja-



¡Vete! esclamó Ema con indignacion señalándole la puerta: ¡vete!... Tú eres indigno de mi amor!...

mente conmigo, el jeneral, ese hombre en cuya bondad tú no crees, no ha hecho otra cosa que tener en mí la mas absoluta, la mas ilimitada confianza.

—Eso quiere decir, señora, repitió Félix en el mismo tono, que hai hombres a quienes poco importa que sus mujeres prodiguen su amor a todos los vientos.

Ema se puso de pié, pálida como un cadáver.

—Abusas de mi amor, le dijo con voz entrecortada; pero todo tiene su límite i tú lo pones con tu grosera conducta. Desde hoi, todo concluirá entre nosotros!

—¡Esas son las palabras, le dijo Félix con ira, que hace mucho tiempo esperaba oir de tus labios!

—Si las hubiera pronunciado la primera vez que me ofendiste, me habria ahorrado muchos disgustos.

—¡Hipócrita! la dijo Félix. Di mas bien que desde que conociste al jeneral Buendía no has podido ménos de sentirte arrastrada por el deseo de cargar el apodo infamante con que eres conocida! ¡Di que desde entónces no has hecho otra cosa que engañarme como a un bobo para tenerme léjos de ti, i tú gozar a tus anchas de las caricias de ese viejo decrépito i de las que debes recibir de todos sus oficiales!...

—¡Miserable! balbuceó Ema.

—¡Sí, miserable!... repitió Félix ronco por la ira. ¡Soi un miserable que he creido hasta hoi en la virtud de una meretriz, en el amor de una ramera, en la fidelidad de una mujer desvergonzada!...

—¡Sal de aquí!...¡Eres un infame!...

—¡Sí, saldré, contestó Félix tomando su sombrero; saldré, pero será para decir a todo el mundo que eres una mujer villana, una deshonra para Chile!

—¡Vete! esclamó Ema con indignacion señalándo-

le la puerta; ¡vete!... Tú eres indigno de mi amor!...

—¡I tú eres indigna de que yo me ocupe de ti!... le dijo Félix.

Salió de la pieza medio desatentado. Los objetos jiraban a su al rededor i una sombra parecia empañar sus pupilas.

Allá, en el fondo del corazon, sentia como un vacío inmenso al salir de aquel retrete donde dejaba tal vez para siempre a la mujer que tanto habia amado. Algo le decia que habia sido injusto i cruel con ella.

Ema, por su parte, se quedó parada, con la respiracion anhelante, con los labios i la barba trémulos, con las mejillas pálidas como una azucena, con los ojos fijos en la puerta por donde habia desaparecido Félix. ¡Qué montaña de amargura, de dolor, de desesperacion le oprimia el pecho!

Así, inmóvil como una estátua, permaneció largo rato; pero, al fin, cual se desploma un edificio que está en ruinas, se estremeció, dió una mirada vaga a su al rededor, i dejándose caer en un sofá, ocultó su rostro entre las manos i prorrumpió en desesperado llanto.

Su triste pasado, sus ilusiones perdidas, su amor mal comprendido, su abnegacion desconocida i sirviendo de base para ser insultada; todo ese mundo de ideas que en confuso tropel acuden a la mente cuando nuestra alma recibe aleve golpe asestado por la ingratitud de un sér amado, llenó de tal manera su corazon, que tuvo ímpetus de acudir al suicidio.

¿Cómo Félix habia sido capaz de insultarla? ¿Cómo el hombre a quien ella habia elejido para hacerlo el árbitro de su existencia, el único ídolo de su alma, no habia sabido comprenderla? ¿Era aquello un castigo por haber

engañado al jeneral, a ese hombre tan bondadoso para con ella? Pero ese engaño, esas falsas esperanzas que ella le hacia alimentar ¿no tenian por causa i por escusa un fin grande, como era el servir a su patria?

—¿Por qué ¡Dios mio! preguntaba entre sus amargos sollozos; por qué me arrebatais mi amor, mi dicha, mi ilusion, cuando ese amor me habia rejenerado, cuando con él me sentia con fuerzas para ser una mujer digna i honrada? ¿Está acaso maldita la desgraciada mujer que una vez cae? ¿No hai perdon ni en el cielo para ella, que no se acepta su arrepentimiento, que no se le ayuda en su rehabilitacion? ¡Oh!... despues de este rudo golpe mi vida será imposible!

Así, llorando cuantas lágrimas tenia en el corazon, pasó Ema hasta bien caida la noche.

Entraron a encender luz en su aposento i pareció no notarlo.

Despues de la crísis violenta que habia esperimentado, cayó en una especie de atonía, de insensibilidad. De cuando en cuando una lágrima solitaria, como gota de cristal que rueda por una azucena, surcaba sus pálidas mejillas e iba caer sobre su alto pecho, estremecido a intervalos por esos suspiros convulsivos que son los últimos estertores del dolor.

Habia apoyado el codo en el brazo del sofá i en la palma de la mano la frente, miéntras con la otra mano retorcia maquinalmente un pañuelo, cuando entró el jeneral.

Al verla en tan dolorosa actitud, se detuvo i se quedó largo rato contemplándola.

—¿Por qué, pensó, Dios no da a las criaturas el dón de hacerse amar por aquellos séres que se apoderan

completamente de nuestra alma? ¿Por qué esta jóven ha cautivado mi corazon i yo no puedo hacer oir mi voz en el suyo?

La contempló largo rato con idolatría, i al verla tan triste i abstraida, se acercó lenta, dulcemente a ella, i arrodillándose a sus piés, le tomó la mano en que tenia el pañuelo diciéndola:

—¡Ema!... ¿qué tiene usted?... ¿Por qué llora?

Al sentir la voz i el contacto de las manos del jeneral, la jóven se estremeció; pero era tan dulce i tierna aquella voz, tan suave i cariñosa la presion que aquellas manos ejercian sobre la suya, que sintió una especie de consuelo, de bienestar, un deseo vago de ser arrullada i acariciada despues de haber sido insultada i escarnecida.

Esperimentó en su alma algo de la necesidad que siente el que se transe de frio i busca bajo los cobertores de su cama o en el regazo de un sér querido, el suave i dulce calor que falta a sus venas.

I era que en esos momentos su alma, considerándose huérfana de todo afecto, privada de esa sávia vivificante del amor, buscaba inconscientemente, como la yedra el muro, como la planta el rayo de sol, el calor, el amparo, el apoyo de la única alma que se interesaba de veras por la suya.

Cual paloma herida por aleve cazador, que llega a buscar un refujio en el mismo palomar de que poco ántes ha huido, Ema vió en el jeneral, algo como el único amigo que podia comprenderla i consolarla.

A la suave presion con que él estrechaba sus manos, correspondió ella estrechando las suyas; i, haciéndole señas para que se levantase, para que se sentase a

su lado, permaneció largo rato mirándolo i llorando.

El manantial de lágrimas, seco en fuerza de la profusion con que se habia derramado al contacto de una emocion violenta, manaba nuevamente al contacto de la ternura i del amor. Eso sí que ahora se vertia suave, tranquilamente, como agua que rebosa sin ajitacion de una redoma, como arroyuelo que nace entre musgos, yerbecillas i flores.

—¿Qué tiene usted? volvió a preguntarle el jeneral. ¿Soi acaso yo quien provoco esas lágrimas?

Ema sacudió negativamente la cabeza.

—¿La he ofendido, la he disgustado con mis exijencias? interrogó él.

Ema quiso responder, pero su pecho estaba tan cargado de dolor, que estalló en amargos sollozos.

—¡Ah! Dios mio!... esclamó el jeneral, verdaderamente alarmado i profundamente compadecido. ¿Qué tiene usted, Ema, por Dios? ¿Qué desea? qué necesita? ¡Hable, i le juro que sus deseos serán órdenes para mí, aun cuando sacrifique lo que haya de mas caro para mi corazon!

Ella le estrechó las manos como dándole las gracias i se esforzó por contener sus sollozos.

—Ema, repitió Buendía con el acento mas tierno de su voz; Ema, sus lágrimas me indican que algo mui grave acaece a usted. Yo la conjuro, en nombre de lo que usted ame mas en la vida, para que me haga partícipe de su dolor. ¿No le he dado hasta hoi pruebas irrecusables de mi ternura, de mi adhesion, de mi inmenso amor? ¿No le merezco siquiera la confianza de un amigo?

—¡Jeneral! balbuceó Ema. Se halla en estos momen-

tos tan herido mi corazon, que casi no puedo contestarle!... ¡Déjeme, apártase de mí, soi indigna de su cariño, de la nobleza de su corazon, de la confianza que me dispensa i con que me honra!... Yo debo huir, huir léjos de usted i de todos!... Pero ántes, usted que es tan bueno, usted que en estos momentos es mi único amigo, el único que puede compadecerse de mí... ántes, digo, le pido que me perdone!...

—¡Que la perdone!... repitió Buendía. ¿Acaso usted me ha ofendido? ¡I bien, cualquiera que sea esa ofensa, yo perdono a usted con toda mi alma!...

Ema miró un instante, con sus pupilas empañadas por las lágrimas, al jeneral.

—I ¿si yo lo hubiese engañado? le preguntó con vehemencia. ¿Si yo hubiese abusado de su confianza?

—La perdonaria, Ema, en vista de su arrepentimiento.

—I ¿si yo hasta hoi hubiese permanecido a su lado, sin mas que por sorprender sus secretos, sin mas que por servir a mi patria?

Un sudor helado humedeció la frente de Buendía.

—¡Ema! murmuró. ¡No diga usted eso!... No destroce mi corazon con la mas cruel de las revelaciones!...

Se levantó ajitado, nervioso, sin saber lo que debia hacer ni decir.

¿Era, efectivamente, aquella mujer tan querida nada mas que un espía? ¿Habia él vendido a su patria, o por lo ménos servídola mal, por tener amores con aquella engañosa sirena?

Ema, cuando vió al jeneral tan ajitado, comprendió que su propio dolor la habia hecho cometer una imprudencia injustificable. ¿A qué sembrar en el corazon del

jeneral, en aquel corazon tan leal i jeneroso para ella, un pesar inútil, un remordimiento estéril? ¿Por qué, en esos momentos, cuando ella se hallaba despechada, huérfana, sin un corazon que la amase, habia de alejar al único sér que la amaba verdaderamente en la vida, revelándole tan terrible secreto? ¿No era bastante, como espiacion, su propio arrepentimiento, su propósito de no volver a engañar a aquel hombre tan bondadoso i confiado?

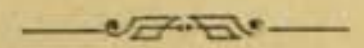
A mas, despues de la escena violenta que habia tenido con Félix, Ema se decia que era necesario levantar entre él i ella una barrera infranqueable, barrera que no pudiese saltar un acto de debilidad o de condescendencia.

—¡Todo debe concluir entre nosotros! pensó. I ya que mi destino me precipita a un abismo, ya que el amor vuelve la espalda a mi arrepentimiento i me arroja del templo donde tantos otros son tan felices, que se cumpla mi hado, que me envuelva la fatalidad!...

Todo esto i mucho mas pasó en un corto instante por la mente de la jóven. Para remediar su atolondramiento, para destruir el efecto que debia producir su principio de confidencia, era necesario arrancar del corazon del jeneral hasta la menor sombra de duda.

Ema se levantó a su vez, enjugó sus lágrimas, dió interiormente un adios a sus ilusiones desvanecidas, a sus esperanzas tronchadas, a su porvenir destruido, i abriendo los brazos cayó en los del jeneral que, olvidándolo todo, temores, dudas, desconfianzas, solo pensó en que habia llegado por fin para él la felicidad que tanto habia anhelado.

LOS TRES CAMPAMENTOS



El dia 16 la pampa del Tamarugal, desde la quebrada de Camarones por el norte hasta Pozo Almonte por el sur, puede decirse que se estremecia bajo los piés de los soldados de tres campamentos.

En la quebrada de Camarones se habia detenido el ejército de Daza; en la altiplanicie de Pisagua, i ocupando las oficinas adyacentes, evolucionaba el ejército chileno; i desde Pozo Almonte, avanzando hácia el norte para reunirse con Daza en Tana o atacar al ejército chileno, marchaba el ejército del jeneral Buendía.

Demos una mirada a cada uno de estos grupos, que la lei de la guerra acerca i que la muerte empuja unos sobre otros.

Daza, como lo hemos sabido, habia acampado en Camarones, donde tenia abundante agua i forraje para los animales i algunas provisiones para sus soldados. Esta era la razon que daba él, al ménos, para no avanzar hasta Tana. Mas como sus oficiales comenzasen a murmurar, resolvió hacer un reconocimiento por sí mismo; i al

efecto, acompañado de unos pocos oficiales i soldados, avanzó primero hasta un lugarejo llamado Chiza i despues hasta las vecindades de Tana.

Supo ahí que en Tana se hallaba un piquete de caballería peruana, i sea porque no quiso ser visto por sus aliados, sea porque le infundiera vergonzoso pavor la noticia del combate de Jermania o Agua Santa, entre la caballería chilena i la perú-boliviana, lo cierto es que volvió bridas i fué a sepultarse en la quebrada.

Efectivamente, el piquete de caballería peruana habia sido mandado ahí por Buendía, tanto para esplorar el terreno como para que Daza tuviese noticias de su avance i lo aguardara hasta su arribo.

Pero el jeneralísimo boliviano halló mas cómodo ir a comer camarones a la quebrada, que unirse a sus aliados i atacar a los chilenos.

Ahí, pues, le encontró don Jenaro, matando su tédio con una botella de caña.

Se saludaron cordialmente, como si nada hubiese pasado entre ellos, i tras breve plática en que mútuamente se dieron cuenta de su marcha, se entabló entre ellos el diálogo siguiente:

—¿Ha sabido usted, amigo Buzeta, que los maricas peruanos han tenido una nueva derrota?

—Sí, señor, la de Jermania o Agua Santa; pero dicen que la mayor parte eran bolivianos.

—Así dicen; pero ello ha sido una infame traicion. Los peruanos, cuando supieron que los chilenos se acercaban a Agua Santa, incendiaron todo i huyeron dejando a mis soldados para que les guardasen las espaldas. ¡Los cobardes! ¿por qué no se quedaron ellos tambien para pelear como hombres?

—Pero se acerca el momento, señor, le dijo don Jenaro, en que usted, uniéndose al ejército de Buendía, tome una revancha.

Daza se sirvió una copa de caña i se quedó largo rato pensativo.

—¿Cree usted, preguntó al fin, que si yo me uno a ellos no me dejan solo en el campo de batalla? ¿Cree usted que los peruanos son capaces de batirse con los chilenos? ¡Por mi patron San Hilario!... Apénas entráramos en accion, los cobardes huirian i no servirian sino para contajiar con su miedo a mis bravos!

—¿De manera, excelentísimo señor, que no piensa avanzar hasta Tana?

—¡Ni aunque me corten una oreja!... Déjelos que se batan ellos solos, que el bravo e ilustre jeneral Buendía dirija la batalla i ya veremos los resultados! Por lo que hace a mí, aquí me quedo; que vengan los chilenos a atacarme i yo les haré ver si un ejército compuesto solo de bolivianos es derrotado!

Fanfarroneó largo rato, i despues de apurar varias copas, convocó un consejo de oficiales con el fin de consultarles, dijo, lo que debian hacer.

Desde las primeras palabras todos comprendieron que Daza no queria reunirse con el ejército aliado de Buendía i que su deseo era mas bien regresar a Arica.

Ante tan vergonzosa proposicion, la mayor parte protestaron, diciendo que, si habian salido de Arica para reforzar a sus hermanos i atacar al enemigo, no era posible contramarchar i dejarlos solos, espuestos a una derrota.

Se discutió acaloradamente por una i otra parte; i como Daza viese que su cobarde idea no encontraba

apoyo, disolvió la junta diciendo que iba a consultar por telégrafo al supremo director de la guerra.

Hízolo así en efecto; pero su consulta no fué sobre si avanzaria o no, sino simplemente para decirle que le era imposible pasar mas adelante con su ejército.

Tal telegrama fué contestado por el presidente del Perú con el siguiente:

"PRADO A JENERAL DAZA

Camarones

"Viendo que no puede pasar adelante con su ejército, el consejo de guerra que anoche convoqué ha resuelto que el jeneral Buendía ataque mañana al enemigo, siendo, por tanto, no solo peligrosa sino innecesaria la marcha de usted al sur."

Aun cuando quedaba de manifiesto, por esta respuesta, que Daza, en vez de una consulta, habia mandado decir simplemente que no podia avanzar, él se dió por satisfecho i se quedó tranquilamente en Camarones.

Don Jenaro, en posesion de estos antecedentes, i bajo pretesto de hacer un reconocimiento hasta Tana, se despidió de Daza i tomó la ruta que debia llevarlo a las oficinas ocupadas por la avanzadas chilenas.

Intertanto, en el campamento peruano la animacion i movimiento, la zozobra i la inquietud aumentaban grado por grado.

Buendía telegrafió al jeneral Prado anunciándole que su situacion era desesperada, que Daza no habia llegado a Tana i que solo les quedaban víveres para dos dias, faltando en absoluto la carne.

A este mensaje, el presidente del Perú contestó con este lacónico i orijinal telegrama:

"PRADO A JENERAL BUENDÍA

Pozo Almonte

"Si no hai carne ataque al enemigo."

Con esta órden, i sobre todo con la apremiante situacion en que los colocaba el hambre, el desbarajuste i las disensiones, Buendía dió definitivamente la órden de avanzar.

El dia 16, se puso en marcha el ejército aliado dividido en tres grandes cuerpos o columnas, que eran seguidas por el parque i bagajes, cargado en 130 carretas i algunos estenuados borricos.

"Al salir el ejército de Pozo Almonte, dice el historiador peruano Molina, solo se pudo dar dos mulas para los oficiales de una compañía, que son cuatro.

"Hubo parque de batallon cargado en asnos tan estenuados i hambrientos, que no podian dar un paso con su carga. Es por esto que el camino quedaba sembrado de los animales que, rendidos, esqueletizados se echaban dejando cada uno su carga de cuatro cajones de municiones. De este modo fué señalando sus etapas nuestro ejército en toda la larga "via crucis" que recorrió.

"Hai mas todavia.

"En Ramirez i Pozo Almonte se abandonó el material de las ambulancias. Los víveres i cebada que a duras penas se aglomeraron en esos cantones, se despacharon sin órden a las oficinas Santa Adela, Peña Grande, San Lorencito i Ramirez, i se empleaban mas

de treinta carretas en conducir a esos lugares un gran número de bateas de hierro que en su mayor parte no sirvieron para nada.

"Aquello fué, pues, una confusion babilónica."

La primera jornada de este ejército solo fué de cuatro leguas, acampando en la abierta pampa frente a la oficina de Puntunchara.

De ahí, a las diez de la noche, cuando en el campamento solo se oia el alerteo de las avanzadas, regresó el jeneral Buendía a todo galope i acompañado solo de un asistente, a Pozo Almonte, endonde habia quedado Ema.

¿Qué importaba un galope de ocho leguas, cuatro de ida i otras tantas de vuelta, para ir a estrechar durante una o dos horas, entre sus brazos, a mujer tan amada?

Aun no aclaraba cuando el jeneral Buendía estaba de vuelta i daba la órden de levantar el campamento i proseguir la marcha.

Ese dia avanzaron hasta la oficina de Pozo Ramirez que está equidistante de Agua Santa i de Pozo Almonte.

Ya desde ese lugar no habia momento o sitio seguro, pues el ejército chileno podia haber avanzado de Agua Santa.

Por tal causa comenzaron a prepararse para atacar o defenderse.

Dictadas las órdenes para el servicio de avanzadas, repartido el escaso rancho a la tropa i tomadas todas aquellas medidas concernientes a la seguridad de un ejército, se recomendó mui especialmente a los soldados que no hiciesen uso de las aguas de los pozos sino des-

pues de muchas precauciones, pues los chilenos las habian envenenado (1).

Buendía, intertanto, que estaba mui léjos de pensar que el jeneral Daza no queria batirse a su lado, despachábale propios unos tras otros pidiéndole acelerase su marcha a fin de reunirse un poco mas al sur o mas al norte de Agua Santa i de ahí marchar contra los chilenos.

Los primeros mensajes fueron contestados por Daza, diciendo que avanzaba a pequeñas jornadas para ir a reunirse con él; pero los últimos ya no se dignó ni contestarlos (2).

El mismo dia 17 en la tarde el ejército de Buendía prosiguió su marcha, inclinándose hácia el oriente a fin de no ser sorprendidos en su marcha por las avanzadas chilenas.

Faltos de buenos guias i marchando confundidos i en desunion, tres de los batallones que componian el ejército amanecieron al dia siguiente perdidos en la pampa, a gran distancia del resto de la division.

Se tocó alto, se mandó en busca de los estraviados, i se aguardó, sobre todo, para continuar el avance, que llegaran los víveres que habian quedado mui atras.

Buendía, que despues de la última noche pasada en Pozo Almonte con Ema, tampoco habia dormido en la siguiente, se adelantó hasta la oficina de Dibujo,

---

(1) Este hecho que parece increible, se constató con los papeles del estado mayor peruano.

(2) "Daza avisó de Camarones que iba en cortas jornadas a unirse con Buendía, i aunque éste le suplicaba que acelerase la marcha, ni siquiera contestó a sus comunicaciones que le fueron remitidas por ocho propios".—*Heredia*, historiador peruano.

endonde pudo encontrar una cama para descansar.

En estos i otros afanes pasó la mañana del dia 18.

Los ejércitos enemigos se acercaban: una gran fecha para la historia sud americana llegaba tambien.

Pero es de notar que el ejército aliado en su poco ordenada travesía por el desierto, habia ido encontrando, como funestos presajios para el éxito de su empresa, diseminados aquí o allá, a grandes trechos, gran número de cadáveres de los que pocos dias ántes habian combatido en Jermania o Agua Santa.

Nadie habia echado una palada de tierra sobre esos restos, que bajo la accion del sol i de las camanchacas del desierto estaban hinchados i horribles.

En la tarde del dia 18, los preparativos para el combate revistieron toda la solemne seriedad de las circunstancias.

Se repartieron municiones, se mandó preparar los rifles, alistar las cartucheras i yataganes, i se dió la órden de estar preparados para el ataque.

El jeneral Buendía destacó en reconocimiento, hasta Agua Santa, una parte de su caballería, i ya en la tarde, ésta divisó una avanzada chilena, sobre la cual hizo una descarga matándole un caballo.

La sangre iba a principiar a correr.

¿Qué sucedia, intertanto, en el campamento chileno?

Por un error de cálculo, o mas bien por falta de datos, el jeneral chileno i su ejército abrigaban la persuasion de que los aliados no abandonarian sus campamentos de Iquique, el Molle, Pozo Almonte etc., endonde los creian fortificados i resueltos a esperar a los chilenos.

Los datos que Ema habia remitido, o no habian lle-

gado, o se habian considerado falsos, i de ahí que se vivia en una confianza demasiado peligrosa.

El ministro de la guerra señor Sotomayor, i el jeneral Escala, jeneral en jefe de las fuerzas chilenas, preparaban, bajo la idea de que ellos debian ser los agresores, el camino para el avance, haciendo acopio de víveres, forraje i municiones en las oficinas del sur.

El dia 15 un esplorador, el capitan del estado mayor don Ramon Dardignac, disfrazado de gaucho arjentino, habia hecho un reconocimiento hasta Pozo Ramirez i habia sabido ahí que el ejército aliado se mantenia inamovible en Pozo Almonte.

Con esto, los ánimos quedaron tranquilos hasta el dia 17 en que, en la oficina de Dolores, se sorprendió un telegrama en el cual se mandaba al telegrafista de Peña Grande que preparase dos aparatos telegráficos para llevarlos a Agua Santa.

Como se comprenderá, esta noticia no podia ménos de introducir una justificada alarma.

El ejército chileno estaba de tal manera diseminado, que un ataque a las fuerzas de avanzada por parte del ejército perú-boliviano con el grueso de sus fuerzas, tenia necesariamente que ser funesto.

En la oficina de Dolores, obligando a varios batallones a hacer marchas forzadas, no podian reunirse mas de seis mil hombres, pues los cuatro mil restantes estaban en Pisagua, a las órdenes del jeneral en jefe don Erasmo Escala, así como los primeros lo estaban a la órden del coronel don Emilio Sotomayor.

Agréguese a esto que ya se tenia noticias en el campamento chileno de las avanzadas o destacamentos que se habian visto al norte, por el lado de Tana i a donde

desde el dia 15 se habian mandado compañías de granaderos i cazadores como esploradores.

El 18, a las 5.53 de la tarde, el coronel Sotomayor ponia el siguiente telegrama:

"SEÑOR JENERAL EN JEFE:

"En este momento llega comandante Echeverría con los Cazadores. Llegaron hasta Tana, pasando por Corza. En este lugar supo habian alojado la noche anterior doscientos hombres de la caballería enemiga: ya se habian esparcido en distintas direcciones. Creyendo encontrarlos en la quebrada de Tiliviche se dirijieron a ese punto, de donde regresaron a este campamento sin haber encontrado nada en el camino.

"Tuvo noticias en Corza que debian venir de Arica tres batallones.

E. SOTOMAYOR."

Otras esploraciones hicieron aumentar mas aun la confusion, pues, a causa de los mirajes del desierto, se creyó ver por algunos jefes tropas numerosas i aun piezas de artillería cargadas a lomo de mula.

Esto hizo que se destacaran algunas fuerzas para el norte, lo que debilitaba en mucho la pequeña division.

Así las cosas, en la tarde del dia 18 llegó a escape a la oficina de Dolores, donde estaba alojado el jefe de la division el coronel don Emilio Sotomayor, un cazador que mandaba el capitan Barahona de Agua Santa, para anunciar que se batia en retirada con sus escasos soldados, pues le habia cargado en masa la caballería peruana compuesta de unos cuatrocientos jinetes.

Esta noticia produjo gran sensacion. Todos esperaban combate con las fuerzas de Daza, con el ejército del norte, i sucedia que el enemigo llegaba del sur con mas del doble de las fuerzas que los chilenos podian reunir.

QUIEN PORFIA. . .

Por lo que hemos espuesto en el capítulo anterior, se verá que la situacion del ejército chileno era por demas crítica, pues con los batallones que el dia anterior se habian mandado al norte, a Jaspampa, a fin de cortar el paso al ejército de Daza, la division a las órdenes del coronel Sotomayor quedaba mui reducida.

Aumentó mas aun, si no la zozobra, al ménos el descontento, la órden dada por el coronel Sotomayor para avanzar hasta la oficina de Santa Catalina, lugar que un dia ántes habia visitado i que le pareció el mas a propósito para librar una batalla, pues las casas están situadas en una hermosa pampa, sin quebradas ni ondulaciones.

Lo mas natural en aquellos momentos era reconcentrar el pequeño ejército i no dividirlo. En vez de avanzar hácia el sur, lo mas lójico era replegarse al norte, llamar los cuerpos que se habian despachado a Jaspampa, reunirse con ellos i acrecentar la distancia que los separaba del ejército de Buendía. Con esto se aumentaban las fuerzas chilenas, pudiendo haberse llegado hasta reu-

nir las dos divisiones ántes de ser atacados, sin mas que marchar la una hácia Pisagua i la otra hácia Dolores, i se fatigaba al ejército enemigo obligándolo a una marcha mayor; i en fin, se duplicaban las probabilidades de éxito.

Pero el coronel Sotomayor, seducido por el sitio i halagado quién sabe por qué especie de fascinacion, no solo llevó adelante su idea, sino que habló duramente al coronel Amunátegui que se atrevió a observarle que aquella marcha no era conveniente.

El descontento de los jefes fué jeneral; pero como ántes que todo en el soldado está la sumision, marchó el coronel Amunátegui a la cabeza de su rejimiento i poco mas tarde el Atacama, un escuadron de cazadores i una batería de artillería de ocho cañones.

Iban a sacrificarse: lo comprendian todos, ménos el jefe.

¿Por qué en esos momentos el ilustrado, aguerrido i perspicaz coronel Sotomayor sufria esa especie de paralojizacion?

Así suelen a veces los mas grandes jenerales, por un pequeño detalle, por un error de cálculo, perder las mas seguras batallas.

El avance de las tropas chilenas al encuentro de las de Buendía, se verificaba, por otra parte, en las peores condiciones posibles, pues la tropa debia recorrer las cinco leguas que separan a Dolores de Santa Catalina, en medio de las profundas sombras de la noche.

Los pocos militares de alta graduacion que quedaron cerca del coronel Sotomayor, se reunieron entónces en una especie de consejo en el cual se hizo ver lo errado de aquel movimiento, pues en lugar de favorecer la union del dispersado ejército, se hacia imposible i se fatigaba inútilmente a la tropa.

Entre los jefes, el que mas influjo podia ejercer en el ánimo del coronel Sotomayor, era el intrépido i patriota teniente coronel don José Francisco Vergara, i a él se comisionó para que pidiese al jefe de las fuerzas que revocase su resolucion.

Hízolo así efectivamente el señor Vergara. Habló al coronel, su amigo íntimo, pero en esos momentos su jefe; habló al coronel, decimos, con el calor i la elocuencia del patriota que ve amenazado de muerte el ejército de su patria.

Pero...¡estraña obstinacion! El coronel dijo que su plan era el mas seguro, el mejor, el que daria mejores resultados.

—Nuestras tropas, contestó mas o ménos, caerán de sorpresa sobre las fatigadas tropas aliadas i en la hermosa pampa de Santa Catalina las arrollarán.

—Pero nuestras tropas, a su vez, se fatigarán, i en vez de aguardar aquí, descansadas i bien preparadas, ya que no se repliegan al norte para reunirse con los cuerpos de Jaspampa i de Pisagua, harán una marcha que les arrebatará la mayor parte de sus brios.

El coronel Sotomayor se mantuvo obstinado e inflexible. No cedió, aun cuando el señor Vergara interpuso su influencia de amigo i llegó hasta amenazarlo con que solo sobre él caerian las terribles consecuencias de aquel capricho.

Despechado i profundamente impresionado con la dolorosa idea de que la mitad del ejército chileno iba a perecer estérilmente, i a cargar tal vez, a mas del sacrificio, con la humillacion de una derrota, el bravo teniente coronel don José Francisco Vergara se retiró a su aposento a eso de la media noche i se tiró por ahí, en

cualquier parte, sobre su burdo capote de campaña.

A esa hora tambien llegaban, jadeantes i fatigados, los batallones, llamados por telégrafo, que estaban en Jaspampa.

Acto contínuo recibieron la órden de avanzar, avanzar a la media noche hasta Santa Catalina, convertida para el siempre cuerdo i prudente coronel Sotomayor, en una especie de miraje del desierto, que le presentaba un triunfo espléndido obtenido con un puñado de chilenos sobre once mil soldados enemigos.

Jefes i soldados inclinaron la cabeza i obedecieron.

Iban, lo repetimos, al sacrificio; pero el soldado chileno es, ante todo, soldado obediente.

El pecho de los oficiales, así como el del señor Vergara, eran en esos momentos caldera cargada de vapor i sin válvula salvadora.

Veian que el dia que se acercaba iba a ser de llanto, de luto i de vergüenza para Chile.

Mas ¿qué hacer? El jefe de la division lo queria así, creyendo, al contrario, que iba a dar un dia de gloria a su patria.

Cuando los batallones llegados de Jaspampa, cual negros fantasmas, desfilaron sombríos i silenciosos i abandonaron la oficina de Dolores, el capitan de estado mayor don Emilio Gana, esclamó:

—¡Esto no puede ser!... ¡Es necesario, es indispensable que esto no suceda!

Dirijióse entónces hácia donde estaba el señor Vergara, i le dijo:

—¡Señor, usted es el único que puede salvarnos i salvar a Chile de una vergüenza! Es necesario que una vez mas vaya usted donde el señor coronel i le pida que

desista de su intento. ¡Aun es tiempo de salvar a nuestros valientes; mañana al amanecer, ese puñado de hombres serán envueltos por las huestes enemigas i pasado mañana el resto de nuestro pequeño ejército, reducido a la mitad, será pulverizado! ¡Sálvelo usted!...

—¡Yo!... esclamó el señor Vergara ¿qué puedo hacer? ¡El coronel se ha aferrado a su idea i no hai nada ni nadie que lo haga desistir!...

—Pero, señor, es necesario que usted interponga todo su valimiento, toda su amistad.

—Lo he hecho i nada he conseguido.

—Hágale usted ver las ventajas de que aguardemos al enemigo, como usted lo ha pensado, coronando las alturas de San Francisco.

—No lo acepta; dice que es mejor la llanura de Santa Catalina.

—¡Oh... señor!... ¡esto es desesperante!

—I mañana, dijo el señor Vergara con voz profundamente emocionada, será la derrota i el sacrificio del ejército chileno!...

Como lo decia mui bien el capitan Gana, el único que podia influir en el ánimo del coronel Sotomayor era el señor Vergara, pues aun cuando éste se hallaba accidentalmente bajo sus órdenes, la antigua amistad, el prestijio i posicion social de dicho señor, i mas que todo la consideracion de los servicios que ya habia prestado i seguia prestando a su patria, enrolado en el ejército como comandante despues de abandonar todas las regalías de la opulencia, eran títulos mas que suficientes para que su voz fuese escuchada, para que su dictámen fuese atendido.

No obstante, el primer rechazo habia sido casi brusco

i el comandante Vergara no se atrevia a soportar uno nuevo.

Como patriota lamentaba aquella obstinacion i estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio para vencerla; pero como hombre i como amigo sentia su amor propio profundamente herido.

Eran ya cerca de las dos de la mañana. Cada minuto que trascurria era para el ejército chileno una pérdida incalculable, era un minuto mas que se acercaba a su sacrificio, a su derrota.

¡A su derrota!... ¡A su derrota ese puñado de valientes que no sabian lo que era volver la espalda al enemigo i cuyos oidos se habian acostumbrado ya a escuchar solo el grito de: ¡Victoria!...

El comandante don José F. Vergara se decidió. Iria una vez mas a ver al coronel Sotomayor. Romperia con él si no accedia. Pelearia como chileno i moriria como tal cualquiera que fuese su determinacion; pero si eran derrotados o aniquilados ¡ai del amigo i del jefe, porque él seria en adelante su peor enemigo!

Ese último diálogo debia ser corto, acerado como el filo de las espadas que pronto debian salir de las vainas para caer terribles i esterminadoras sobre el enemigo.

El coronel Sotomayor, como todo el ejército, esa noche velaba i trabajaba, teniendo, si así podemos decirlo, una mano sobre el martinete del telégrafo i la otra sobre la pluma impartiendo órdenes.

El señor José Francisco Vergara se presentó nuevamente a él.

—Coronel, le dijo con voz breve, como lo pedia la escasez del tiempo i lo solemne de las circunstancias; coronel, por segunda vez me acerco a usted, no solo para

manifestarle mi opinion, sino haciéndome el intérprete, el portavoz del ejército que está a sus órdenes.

—¿Qué quieren aun? ¿Siempre que retire las fuerzas de Santa Catalina?

—Sí, siempre eso, contestó el señor Vergara, porque eso es lo justo, lo racional, lo conveniente; porque eso nos evitará una derrota i nos permitirá defendernos con éxito miéntras recibimos refuerzos para triunfar.

—¡El triunfo está en Santa Catalina!

—Ahí, mañana, está una vergonzosa derrota; ahí el ejército de Buendía, fuerte de once mil hombres, rodeará a nuestro puñado de valientes i los ahogarán con el número.

—I ¿por qué no sucederá lo mismo aquí que allá?

—Porque aquí tenemos el cerro de San Francisco, que, coronado por nuestras escasas tropas, podrá servir para hacer fructífera la defensa; porque aquí pueden reunírsenos mas pronto el comandante Velazquez con su artillería i el jeneral Escala con su division de Pisagua; porque aquí, en fin, llegará el enemigo mas fatigado i podemos ganar un dia o muchas horas para prepararnos.

Nada convencia al coronel Sotomayor. La idea de dirijir una batalla en las suaves pampas de Santa Catalina, lanzando sus soldados i su caballería sobre las huestes aliadas, era algo que se habia arraigado tan profundamente en su cerebro i en su corazon, que parecíale trataban de arrebatarle las glorias que iba a conquistar. El mismo peligro que se le indicaba tenia para él, como bravo, seducciones inesplicables i le fascinaba.

Pelear en pequeño número con un enemigo poderoso; vencerlo sin ningun ardid en abierta i bien despejada

pampa, era algo que, sin duda, agregaba para el valiente jefe cierto sabor picante que irritaba sus deseos.

Pero eso mismo, que era valentía de soldado, era mala táctica de jefe. Presentar batalla al enemigo en condiciones desfavorables, cuando pueden remediarse con facilidad, no es lo que enseña el arte de la guerra.

El señor Vergara, cuando vió una vez mas su idea i la opinion de todos los jefes chilenos rechazada por el coronel Sotomayor, en un arranque de patriótica desesperacion, habló a éste con tal vehemencia, con tal calor, que llegó a decirle que el llevar a cabo aquella idea era para Chile una maldicion.

Hubo entónces un cambio inesperado. El noble pecho del coronel Sotomayor se abrió al consejo. Su amor propio se dejó vencer, i renunciando a sus propósitos, esclamó:

—¡I bien, sea!... ¡Dé usted órden para que los batallones contramarchen i ganen el cerro de San Francisco!

El señor Vergara al oir aquello, le tendió la mano i alegre i conmovido, le dijo:

—¡Gracias en nombre de la patria! Un jefe chileno debia hacer lo que usted hace!

Se estrecharon las manos con afecto, olvidando las agrias palabras que habian cambiado i no pensando desde ese instante mas que en organizar la defensa.

Apénas salió el señor Vergara para impartir la órden de concentrarse en los cerros de San Francisco, cuando llegaron a avisar al coronel Sotomayor que se habian tomado presos a diez arrieros que conducian odres de agua para el ejército de Buendía.

En el acto los hizo comparecer.

Eran casi todos arjentinos, jente del pueblo, pero en-

tre ellos llamaba la atencion uno que vestia con mas decencia que los demas i que tenia la cara mui tapada con un gran pañuelo de algodon.

Este se adelantó a sus compañeros i acercándose al coronel Sotomayor, le dijo en voz baja:

—Necesito hablar con usted, señor, soi chileno.

El coronel hizo retirar en el acto a todos los demas i se quedó solo con el desconocido.

LA SÚPLICA DE UN AMANTE I LA RESPUESTA DE UNA PATRIOTA

La órden de contramarcha mandada al coronel Amunátegui a Santa Catalina, no podia haber llegado en momento mas oportuno.

Cuando nuestros soldados supieron por los arrieros la proximidad de las fuerzas enemigas i su número, se creyeron irremisiblemente perdidos.

—"¡Se acabó el 4.º i el Coquimbo! esclamó un oficial, ¡tendrán que mandar hacer otros a Santiago!"

Se dió órden de guardar profundo silencio, de no fumar i pronto pudo oirse el alerteo de las fuerzas enemigas que a esa hora llegaban tambien a Santa Catalina.

El coronel Amunátegui levantó su campamento en medio del mas profundo silencio en el acto de recibir la órden de replegarse.

"Nuestros soldados marchaban paralelamente al enemigo, separados solo por unos cuantos metros i tomando todas las precauciones imajinables para no ser descubiertos. De cuando en cuando las ondulaciones del terreno

les permitian ver las columnas enemigas avanzando en órden i en la misma direccion. Hasta el último de nuestros soldados, comprendiendo la gravedad de la situacion, marchaba cautelosamente, i a pesar de que trece a catorce mil hombres iban allí casi reunidos, "se habria podido oir volar una mosca", segun nos decia uno de nuestros oficiales.

"No por eso se ganaba terreno con ménos lijereza, i, despues de tres horas de mortales angustias, a las tres de la mañana del 19, llegaban nuestras tropas a Dolores."

Gracias al vigor de las tropas chilenas, habian podido dejar atras al ejército de Buendía i no ser cortados por éste, cuyo número, como ya lo hemos dicho, habria sofocado a los pocos chilenos.

La actividad con que habia hecho estas últimas marchas el ejército perú-boliviano, merece esplicarse, pues ella está íntimamente relacionada con algunos personajes de nuestra historia.

Ya hemos dicho que despues de la primera jornada, que solo fué de cinco leguas, el jeneral Buendía, apénas pudo desprenderse de su ejército, regresó a Pozo Almonte a la media noche, para darse el placer de estar un par de horas con Ema.

Ahí dejó de tal manera arregladas las cosas, que la jóven desde el dia siguiente debia seguir las huellas del ejército, eso sí que alojándose o parando siempre en la oficina mas cercana a la en que hiciera sus descansos la tropa.

De este modo i sin mas que darse todas las noches un galope mas o ménos largo, el jeneral Buendía podia proporcionarse el placer de estar algunos momentos con Ema.

Mas si para él esos momentos robados a su reposo, eran el premio de su asaroza situacion, la gota de felicidad en medio de sus atribulaciones, el lampo de luz que por un instante iluminaba la senda oscura que recorria su eclipsada estrella, para varios otros jefes esos eran momentos perdidos i robados, no al reposo, sino a la patria i al ejército.

Acusábanle, por tanto, de poltron, de estar influenciado por Ema i de marchar contra su voluntad a atacar al ejército chileno.

El mas tenaz i altanero era el coronel Suarez, a quien, se puede decir, debióse el dia 18 el avance apresurado de las tropas de la alianza.

El jeneral Buendía hizo hacer alto, temprano, a su ejército, i despues de impartir varias órdenes corrió a reunirse con Ema que habia avanzado hasta mui cerca de Agua Santa.

Pero cuando el coronel Suarez tuvo noticias de esto, se encolerizó, i asumiendo toda la responsabilidad de sus actos, ordenó levantar el campamento i marchar adelante.

Hízose así en efecto, i apénas los soñolientos soldados empuñaron su fusil i con tardo paso avanzaron por la abierta pampa, el coronel Suarez se dirijió a su vez a la oficina donde estaba el jefe de las fuerzas aliadas.

Nos adelantaremos.

Cuando el jeneral Buendía habia llegado algunas horas ántes, Ema, reclinada en el brazo de un sofá, encontrábase embebida en profundas meditaciones.

Sus mejillas estaban mas pálidas i su semblante en jeneral tenia un no sé qué de profundamente triste, de estremadamente severo.

Al ver entrar al jeneral, se puso de pié i una sonrisa semi-dolorosa entreabró sus labios.

—¡Siempre triste! la dijo él abrazándola i besándola. ¡Siempre triste, Ema!... ¿Qué haré para devolver a usted su alegría?

—No estoi triste, contestó ella. Solo estoi preocupada con los próximos acontecimientos que se esperan.

—¡Ah!... esclamó Buendía sentándose en el sofá al lado de ella; ¡ah!... mañana, tal vez, se decidirá la suerte de la alianza o la suerte de Chile. Mañana, tal vez, uno de los dos, Ema, estaremos gozosos o acongojados...

—¿No tiene usted la seguridad de triunfar?

Buendía meneó negativamente la cabeza con cierto desaliento i tristeza.

—Nó, contestó; no tengo seguridad alguna, i al contrario, casi temo una derrota. I si esto último acontece, Ema, mañana a estas horas en vez de estar a su lado estaré en la eternidad o huyendo quién sabe hácia dónde.

Ema bajó la vista i no respondió.

—I yo, pensó ¿qué haré yo? Es cierto que el triunfo de mis compatriotas alegrará mi espíritu; es cierto que puedo dedicarme a curar los heridos; pero ¿dónde iré que no sea insultada o zaherida? ¡I ahora estoi sola, sola, enteramente sola!... ¡Si el jeneral supiera cuánto es el sacrificio que he tenido que imponerme, cuánto me siento rebajada a mí misma por haber cedido a sus deseos!... ¡Pero ya esto es sin remedio i tengo que seguir mi destino!

Miéntras Ema reflexionaba de esta manera, los pensamientos del jeneral no eran mas alegres.

—Mañana, se decia, todo habrá concluido para mí si no gano la victoria. Mañana habré perdido mi prestijio

como soldado, mis honores como jefe, mi reputacion de valiente i hasta la posicion brillante i envidiada que he tenido en la sociedad. Si despues de tal fracaso me quedara siquiera el amor de esta hermosa mujer; si despues de la ruina completa de todo cuanto hasta hoi he poseido, pudiera reclinar mi cabeza humillada en ese pecho que me enloquece i fascina; si mis labios, que van a probar tantas heces amargas, pudieran posarse en esos otros labios, dulces panales de miel, casi daria por compensada mi desgracia i me alegraria de mi infortunio i de mi ruina!...

Llegado a este punto, cual jóven que ama por primera vez, el jeneral pensaba que la vida podia ser aun mui grata para él si pudiese pasarla por allá, léjos, mui léjos de la sociedad, al lado de Ema.

Cambiaria gustoso su bordada casaca de jeneral por una lijera blusa de labriego; su sombrero de tres puntas, engalonado, por el liviano i blanco sombrero de Guayaquil; su ejército, su poderío, su dominacion, por un corral de aves caceras que él con Ema alimentarian.

I entónces le parecia verse él i ella vestidos de aldeanos: ella luciendo su pequeño pié bajo las cortas faldas de su pollera de percal, las pesadas i hermosas trenzas bajo un sombrero alon de Manila, i cubierto el alto seno con un pañuelo de vivos colores rodeado coquetamente a su cuello redondo i erguido.

¡Qué idilios de ternura i de amor forjaba en esos momentos la atribulada mente del jeneral!...

I fué por esto que, cuando cayó a la realidad, como náufrago que se ase a la última tabla de salvacion, tomó entre sus manos una de Ema, i, con voz dulce i suplicante, le dijo:

—¡Mi amiga, mi tierna amiga: mi corazon se halla en estos instantes profunda, dolorosamente impresionado! Negros presentimientos asaltan mi mente i una pena invencible invade todo mi sér. Me hallo con fuerzas para perderlo todo, mi nombre, mi prestijio, mi fortuna; pero no las tengo, nó, para perderla a usted! Ema ¿quiere usted hacerme feliz?

—¿Qué debo hacer? preguntó ella.

—Seguir mi suerte, acompañarme el resto de mi vida o un poco de tiempo mas.

Ema no contestó i bajó la vista.

—¿Tan dura es a usted mi compañía, le preguntó el jeneral, que no quiere estar conmigo siquiera un poco de tiempo?

—Pero, le dijo ella, evadiendo una respuesta directa; pero ¿no ha dicho usted mismo que no sabemos la suerte que mañana correremos?

—I bien, eso es lo que yo en parte deseo conjurar, contestó Buendía. Quiero si lo pierdo todo, no perder a usted.

—I ¿cómo podria hacerse eso?

—De la manera mas sencilla. Usted se pondria hoi mismo en marcha, bien custodiada, para Camarones, lugar al cual nos dirijiremos si nuestro ejército es disuelto. Ahí me aguardaria usted i ahí podré ir yo a reunírmele pronto.

—I ¿cómo me atreveria yo, interrogó Ema, a separarme, en la víspera de la batalla, del sitio endonde va a librarse?

—I ¿qué sacará usted con estar cerca?

—Primero, conocer cuanto ántes el desenlace; segundo, ver si puedo servir en algo a los desgraciados que

caigan heridos; i en fin, aplaudir a mis compatriotas si vencen, ayudarlos en lo que pueda si son vencidos.

—I para mí ¿no habrá ese aplauso si soi vencedor, ni una ayuda si soi vencido?

—Aplausos, nó, jeneral, contestó ella con entereza, porque no podrian formularlos mis labios desde que no los puede sentir mi corazon. Si usted es vencido, si yo puedo hacer algo por usted, lo haré, no lo dude. Lo primero seria en mí un crímen de lesa patria: lo segundo será un deber de gratitud, de conmiseracion i de cariño.

Buendía suspiró.

Entre él i aquella hermosa jóven por quien sentia una de esas pasiones avasalladoras, se levantaban barreras infranqueables.

La primera i tal vez la mayor, era la diverjencia de opiniones, de ideas i de aspiraciones que, el uno como peruano i jefe del ejército, i la otra como chilena i patriota, debian tener miéntras durara la guerra entre las dos naciones.

La segunda, la diferencia de edad; pues aun cuando el jeneral era uno de esos hombres conservados al calor de las estufas de los salones, tocaba ya en el límite en que el hombre maduro cede su puesto al viejo.

Ema, al contrario, estaba en la plenitud de su vida de jóven, en esa edad en que la mujer, cual las aves i las flores, visten sus mas gayos colores o esparcen sus mas enervantes perfumes.

No podian, por tanto, realizarse entre ellos esos idiliosde amor que él soñaba.

Si la chispa enciende la seca i yerta yesca, ésta no puede encender ni aun entibiar a la ardiente chispa.

Como lo decia Ema, ella no sentia por el jeneral sino

esa ternura, cariño o gratitud que una jóven puede tener por un padre, por un jeneroso amigo.

Amor, nó.

Trasportes de ternura, tampoco.

Arranques de pasion; lágrimas de celos, que suele ser tan dulce verlas rodar; caricias locas i delirantes, ménos.

Todo esto lo comprendia el jeneral; i aun cuando suspiraba por no tener completo el tesoro que ambicionaba, sentíase bien desgraciado con la idea de perder lo que ya habia adquirido.

Iba a replicar, tal vez a intentar una nueva súplica, cuando oyó que daban fuertes golpes a la puerta que caia a la pampa.

Salió a abrir i no pudo ménos de lanzar una esclamacion de disgusto al ver ante sí al coronel Suarez.

—¿Qué se ofrece? le preguntó con tono de mal humor.

—Se ofrece, jeneral, le contestó Suarez con acento agresivo que no convenia a su puesto de subalterno, que miéntras nosotros nos echábamos a descansar o a gozar, el enemigo avanzaba sobre nosotros.

—¿Cómo lo ha sabido usted?

—Por un mozo que ha venido de Santa Catalina a avisárnoslo.

—¿Están ya en Santa Catalina los chilenos?

—O mas acá si han seguido avanzando.

—¿Qué fuerzas traen?

—No se sabe a punto fijo; pero si atacamos ántes que se les reuna la division de Pisagua, tendremos nosotros casi el doble.

—Entónces nos conviene acelerar nuestra marcha.

—Es lo que he mandado hacer.

—¿Ya ordenó usted levantar el campo?

—Sí, señor; levantar el campo i avanzar. Solo falta usted para que ordene la verdadera organizacion de la marcha.

Buendía vaciló. ¿Cómo dejar a Ema tan pronto?

—Si usted, jeneral, agregó Suarez con tono seco, no quiere mandar por ahora el ejército aliado, diré a alguno de los jenerales bolivianos que lo haga.

Buendía se mordió los labios, i dijo:

—¡Vuelvo en el acto; aguárdeme usted!

Entró a la pieza donde estaba la jóven.

—Ema, le dijo, me veo obligado a partir en el acto, pues me anuncian que el ejército chileno marcha a nuestro encuentro. Siendo esto así, el combate tendrá lugar en pocas horas mas, i tal vez esta sea la última vez que nos veamos!

—Nó, le dijo ella; si la lucha se empeña, nos veremos en el campo de batalla.

—¿Piensa usted ir allá?

—Sí, jeneral; quiero ver cómo pelean los chilenos.

—¡Pero eso es esponerse a morir!

Ema alzó los hombros con indiferencia.

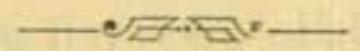
—¿Para qné me sirve la vida a mí? preguntó con amargura.

Buendía, temiendo conmoverse demasiado, no quiso agregar una palabra mas.

—Su amor, le dijo al despedirse, si concluye hoi, va a ser para mí una especie de sueño. ¡Adios, Ema, o hasta luego!

Partió i un instante despues se oia el galope de varios caballos.

PRELIMINARES DE UN GRAN DIA



La marcha del ejército del jeneral Buendía, se realizó esa noche de la manera mas confusa i atolondrada que imajinarse pueda.

El escritor peruano Modesto Molina, da cuenta de aquella marcha a la media noche.

Despues de narrar que el Zepita estuvo al darse de balazos con los Guardias de Arequipa i que los batallones que salieron a la vanguardia amanecieron a retaguardia, agrega:

«Así debia suceder, sin guias el ejército, sin precauciones militares para la marcha i sin un órden combinado con tino i prevision, a fin de librar al soldado de las mortificaciones que presenta un camino desigual, quebrado i calichoso, el atolondramiento tenia que cundir en todos. Si tenemos un enemigo audaz i valiente, una sorpresa, una emboscada, un golpe de mano desde cualquiera encrucijada, nos habrian perdido. Nuestras avanzadas habrian sido sin objeto, porque *éstas tomaron una ruta i otra nuestras fuerzas estraviadas.*»

Esta marcha, que hecha en línea recta i con buenos guias habria sido mucho mas corta, habria permitido tambien al ejército aliado cortar al chileno entre Santa Catalina i Dolores.

Felizmente, para Chile, no sucedió así, i despues de errar por la pampa sin un rumbo verdaderamente fijo, el ejército aliado pudo, al fin, con las primeras luces del alba, organizarse i marchar ordenadamente.

Llamó la atencion del jeneral i demas jefes no hallar en Santa Catalina, como lo esperaban, las fuerzas chilenas; i si hubieran sabido que gran parte de la noche habian marchado a pocos pasos, en línea paralela, con parte del ejército enemigo, habrian tenido un fatal augurio de la poca fortuna con que iba a principiar el dia para ellos.

No obstante, todas las ventajas estaban por ellos.

El ejército aliado se componia de once mil hombres, mandados por cuatro jenerales i un sinnúmero de coroneles.

El chileno, de seis mil hombres escasos, a las órdenes de un simple coronel.

Veamos cómo describe las primeras horas de la mañana del dia 19, un testigo de vista i minucioso narrador.

Le cederemos a menudo la palabra en esta historia, porque no podríamos hacer nada mas completo. Dice así:

"Ya en la misma noche se habia dado órden de regresar a la division destacada en Jaspampa: al amanecer del 19 volvian de ahí el batallon Coquimbo, la artillería i el primer batallon del 3.º El jeneral en jefe, que habia quedado con una division de cinco mil hombres en el campamento del Alto de Pisagua, se ponia tambien en marcha a la misma hora en direccion a Dolores, en don-

de a las 5 A. M. habia reunido ya una division chilena de cinco a seis mil hombres de las tres armas.

"Las primeras horas de la mañana se emplearon en buscar una posicion adecuada para resistir el ataque del enemigo.

"Al sur de la estacion i campamento de Dolores se levanta un cordon de cerros, a cuyo pié corre un ramal de ferrocarril que va a rematar a algunos establecimientos salitreros i pasa por la oficina de San Francisco.

"En su estremo mas cercano a Dolores forma una especie de morro, conocido con el nombre de cerro de Dolores; la parte mas baja que sigue al sur se denomina la Encañada, i con este mismo nombre es designado el otro morro mas elevado en que termina el cordon por el sur.

"El terreno, fuera de la línea férrea, es calichoso i casi intransitable, sobre todo para la caballería, i esta mala condicion se hace mas notable en la parte de la pampa del lado del Porvenir, sembrada ademas de hoyos de donde se han estraido trozos de caliche.

"Este cerro, que tiene ademas la ventaja de dominar el camino de Tiliviche, fué el elejido para la colocacion de nuestras tropas.

"Principiando por el norte, se colocó al pié del cerro la fuerza de Cazadores, en número de 300, al mando de su comandante Soto Aguilar, i a unos 500 metros al sur, la compañía de Granaderos mandada por el capitan Villagran.

"A media falda del morro de Dolores, una batería de cañones de campaña, al mando del mayor Wood, mirando hácia el sur, sostenida por los Navales, colocado a retaguardia en lo alto del cerro, i el Buin a la izquierda.

"Seguia a la derecha, tambien en la cumbre, un batallon del 3.°, que tenia a su derecha, en la Encañada, a todo el rejimiento 4.° de línea.

"En la misma parte baja continuaban, hácia la derecha, el segundo batallon del 3.° i el Valparaiso, a cuyo frente, a media falda del cerro, habia algunas piezas de artillería de montaña al mando del capitan Montoya, i mas abajo, un poco a la derecha, una batería de campaña i ametralladoras a cargo del comandante Velazquez.

"Continuaban hácia la derecha, en lo alto del cerro de la Encañada, los batallones Coquimbo i Atacama, i ocho piezas de artillería i una ametralladora, a cargo del mayor Salvo.

"A las 7 A. M. se habia ya elejido i designado las posesiones que debian tomar los distintos cuerpos, que se ocuparon en seguida, hasta las 11 A. M., en ejecutar las maniobras que demandaba su colocacion.

"Apénas principió a despuntar la aurora, pudieron ya verse por el sur los batallones enemigos avanzando en columnas cerradas hácia la oficina del Porvenir, que venia a quedar a unos dos mil metros de la batería del mayor Salvo.

"Despues de concentrarse allí, principiaron a desplegarse hácia el frente de nuestras tropas en direccion al éste, marchando en el mayor órden en dos líneas, como a dos mil metros de nuestras fuerzas, hasta enfrentar al campamento de Dolores i llevando la cabeza de sus columnas en direccion al camino de Tiliviche.

"Esta operacion la ejecutaron los batallones enemigos con una lijereza i uniformidad de movimientos que demostraban su buen estado de instruccion militar, en me-

dio de las sonatas de las bandas militares i lanzando al aire entusiastas aclamaciones i *vivas* al Perú i Bolivia.

"Este despliegue de fuerzas duró hasta las 11 A. M., a cuya hora hicieron alto, despues de haber tomado, segun parecia, definitivamente sus posiciones.

"A esa hora concluia tambien nuestro ejército sus maniobras i se instalaba definitivamente en sus posiciones, esperando resuelto i animoso al enemigo, a pesar de su notable inferioridad numérica."

Mas esta colocacion no se habia efectuado sin episodios que es justo no olvidar porque ellos dan una idea de lo que es el soldado chileno.

Desde que se dió a la division que mandaba el coronel Amunátegui la órden de contramarchar i al resto del ejército chileno la de ocupar los cerros de la Encañada i de Dolores, el campamento entero rebozó de alegría; i tanto como habia disgustado la órden de avanzar, causó de placer la contra órden de prepararse i aguardar.

Los fatigados batallones de Jaspampa, así como los que regresaron de Santa Catalina, olvidaron su cansancio i su trasnochada i por todas partes salia el grito de "¡Arriba!... ¡arriba!"... que, brotado del corazon como un presentimiento, era el de ¡Victoria!... ¡victoria!... que debian lanzar mas tarde.

Bajo la influencia de esa alegría i entusiasmo, se habia, pues, realizado la acertada colocacion de las tropas chilenas en los puntos mas convenientes de los morros que dominaban la pampa del Tamarugal.

Pero el ascenso de la artillería, de los pesados cañones Krupp hasta las mesetas desde donde debian lanzar la muerte, no se habria realizado sin el entusiasmo i el vigoroso esfuerzo del soldado chileno.

A pesar del brio de las tres parejas de robustos caballos que tiraban de cada pieza, las pesadas armas no podian subir. Entónces los Cazadores i Granaderos, echando mano a sus lazos, colocáronlos en las albardas, tiros o cureñas, i con el otro estremo sujeto al pegual, las izaban cual se iza, por medio de una cábria, los grandes bultos colocados al estremo opuesto de la garrucha. Hubo piezas en que fué necesario colocar hasta veinticinco lazos.

Todo esto se realizó en medio de una grande alegría i de los dichos oportunos i a veces picantes de los soldados, como si se tratara de una parada militar o de una fiesta cuya conclusion seria animada francachela.

En honor de la verdad, debemos decir que por parte del enemigo se ostentó tambien, en las primeras horas de la mañana, una serenidad i una alegría que no creemos tuvieran nada de finjidas.

Avistados los dos ejércitos desde que los primeros rayos del sol alumbraron la tierra, el perú-boliviano, que llegaba soñoliento i cansado, pareció olvidar todos sus disgustos i privaciones a la vista de las huestes con que debia combatir.

Si triunfaba, el parque enemigo i la gloria serian su premio, su oásis, su descanso; si era vencido, la muerte seria tambien su descanso, el fin de las mil penurias que venia sufriendo i a las cuales no les divisaban término.

Es por estas causas que aquel ejército, fuerte por su número, por las posiciones que podia escojer, por las circunstancias que podia aprovechar, i, sobre todo, por los elementos superiores de que en esos momentos podia disponer, se hallaba dispuesto a pelear, no tanto por pa-

triotismo, como por defender, como el leon, la presa que quieren arrebatarle.

Ya a la vista los dos ejércitos i ántes de dar cuenta del combate, daremos una mirada retrospectiva para conocer lo acaecido a varios de los personajes íntimamente ligados con esta historia.

UN PRISIONERO QUE NO QUIERE LA LIBERTAD

Uno de los personajes que hemos olvidado es el señor Matías Peña de la Selva, a quien, si mal no recordamos, dejamos en la mañana del dia 2 de noviembre de 1879, atacado de delirio en una cama de la ambulancia peruana.

Tampoco hemos dado cuenta de lo que acaeció a Camilo Montemar, quien, como debe recordarlo el lector, despues de estallar una bomba en las laderas del cerro de Pisagua, lanzó un grito i rodó algunos metros.

Ahora bien, el señor de la Peña, en contra de la prevision del médico, tuvo una mejoría mucho mas rápida.

Su fiebre calmó con rapidez, i aun cuando permaneció el resto del dia en cierta insensibilidad, se conocia a la simple vista que aquello era mas bien un reposo de sus miembros i cerebro sobreexitados.

A eso de las dos de la tarde, la ambulancia ya habia sido tomada por los chilenos, i ahí comenzaron a llevar los numerosos heridos de uno i otro ejército.

El virtuoso canónigo Perez, peruano, de quien ya hemos tenido ocasion de hablar, con un celo infatigable atendia a los heridos, curándolos él mismo por falta de médicos.

Esta falta fué tan grande en uno i otro campamento, que, a pesar de haber bajado a tierra los cirujanos ingleses de la *Turquoise* i de haber trabajado todo el dia i toda la noche en compañía de los médicos chilenos, muchos infelices murieron por no tener quién les diera un sorbo de agua o quién les aplicara una venda sobre sus heridas.

Si tal suerte no corrió el jóven Luis, a quien hemos visto herido i rodeado por varios oficiales, solo se debió a la fidelidad infinita, al amor inmenso que sentia por él su asistente, el viejo soldado, a quien tambien presentamos a la lijera.

Lúcas, que era un leon i un Hércules en el campo de batalla, cuando ya no tuvo enemigos a quienes derribar, regresó mas o ménos por las mismas sendas por que habia ascendido, a buscar a su *niño*, como él decia.

La empresa, sin embargo, no era tan fácil, pues eran tantas las mesetas i caminos que cortaban el cerro, que no era posible dar con la que se buscaba si ántes no se habian tomado algunas precauciones.

Lúcas recorrió todos los grupos donde veia cadáveres o heridos, i al fin, cuando ya iba a ascender al alto, por si *su niño* habia sido recojido por otros, halló el lugar donde el jóven yacia herido.

Su presencia no podia ser mas oportuna, pues el jóven Luis, devorado por la fiebre i abrasado por el ardiente sol, pensaba ya morir.

La sed i el calor que sentia eran tan intensos, que su cabeza principiaba a trastornarse.

Lúcas lanzó una esclamacion al ver al jóven, i arrodillándose a su lado, preguntó con ternura paternal:

—¿Cómo se siente, mi ni... mi subteniente?

Desde que *su niño* era oficial, Lúcas, como respetuoso soldado, solo le daba el título de subteniente.

—¡Mal!... contestó el jóven con voz enronquecida, ¡mui mal!... ¡Tengo sed!...

El veterano sabia cuán valioso es un sorbo de agua el dia de una batalla i él no se habia apartado un momento de su caramayola, de la cual solo habia vaciado una parte, a fin de economizar el precioso líquido.

—¡Pues aquí hai agua! le dijo.

Levantó a Luis con sumo cuidado, lo recostó sobre su ancho pecho i le dió a beber pequeños sorbos.

—¡Mas!... mas!... le decia Luis con voz ansiosa.

—¡A poquitos!... mi subteniente, a poquitos!...

El jóven se reanimó un tanto, i despues de un corto rato, murmuró:

—¡Gracias, mi buen Lúcas, gracias!...

—¡Oh!... esclamó el viejo soldado sintiendo que dos gruesas lágrimas le quemaban los párpados; ¡oh!... esto es mui fuerte!... ¡Pícaros, herir a mi ni...digo, a mi subteniente!... Pero ¡así la han pagado!...

Calló un instante i luego agregó:

—I las heridas ¿son mui graves?

—Creo que nó, contestó Luis; un amigo me las vendó... i ahora, tal vez, todo lo que... necesito es que me curen...

—¡I no hai nadie por aquí! esclamó Lúcas con desesperacion; pero no importa: yo solo lo llevaré.

I uniendo la accion a la palabra, comenzó a levantar suavemente al jóven.

—Nó, le dijo éste; tú solo no podrás conducirme... ya no soi el niño que cargabas en... tus brazos...

—¡Lo veremos! replicó el veterano.

Lo alzó con tal cuidado que Luis no sintió el menor dolor en sus heridas.

—Ahora, agregó el fiel Lúcas, écheme los brazos al cuello i apóyese bien, de manera que no sufra nada, en mi pecho.

Hízolo así el herido, i el viejo soldado lo tomó entónces entre sus robustos brazos i le alzó como si fuera un niño.

Acto contínuo se puso en marcha, procurando moverse lo ménos posible a fin de no incomodar al jóven.

A pesar de las hercúleas fuerzas i de la gran resistencia de Lúcas, la marcha, sin embargo, debia ser en estremo penosa.

El ascenso del cerro, el calor del sol i la ajitacion de la pasada lucha, eran motivos mas que suficientes para rendir de cansancio i fatiga al hombre mas fuerte i animoso.

No obstante, Lúcas emprendió el ascenso con paso lento para no molestar al herido, pero al mismo tiempo con paso igual, firme i vigoroso.

Al cabo de poco rato, gruesas gotas de sudor comenzaron a surcar la morena frente del veterano. Bebió unos sorbos de agua sin abandonar su preciosa carga i continuó ascendiendo sin manifestar cansancio.

Llegaban ya a la meseta, cuando, al dar vuelta un recodo, se encontraron de improviso con un jóven vestido de paisano, cuyo semblante estaba mui tiznado i cuyo traje presentaba en varias partes muchos jirones.

Al ver al herido, se detuvo i quedó mirándolo de hito en hito.

—¡Nó, caramba! esclamó, no me equivoco!

I deteniendo a Lúcas, dijo al jóven:

—¡Luis!... tú eres Luis!... ¿estás herido?

Miró éste a su interlocutor largo rato, i al fin, con alegría aunque con voz débil, esclamó:

—¡Camilo!... ¡tú tambien aquí!...

Se estrecharon las manos con alegría al mismo tiempo que Camilo le preguntaba:

—I ¿son mui graves tus heridas? ¿Te sientes mui mal?

—Nó, contestó Luis; creo que sanaré en pocos dias.

Notando entónces aquél que Lúcas parecia mui fatigado con la, para él, preciosa carga, le dijo:

—Aun queda buen trecho de camino i usted no alcanzaria a llegar al alto. Baje a Luis i lo conduciremos entre los dos, en silla de manos.

El animoso veterano habria querido llevar su carga hasta el fin; pero comprendió que las fuerzas no le alcanzarian i que su *niño* iria mas cómodo de la manera propuesta por Camilo.

Obedeció, por tanto, i apénas Luis estuvo sentado sobre los brazos de su amigo i los de su fiel asistente, emprendieron nueva marcha hácia el alto, cambiando el siguiente diálogo en el trayecto:

—Tú no puedes ni debes hablar mucho, dijo Camilo al herido, así que no quiero preguntarte lo que te ha sucedido; pero como te creo tan rabioso cual yo por conocer lo que a mí me ha pasado, voi a narrártelo con la seguridad de que, al ménos, encontrarás con mi historia alguna distraccion en tus dolores.

—Como tú, continuó Camilo, estoi enrolado en el ejército, i hace algunos dias, vestido con el traje que aun

conservo, vine a esplorar este infernal puerto con el objeto de buscar los mejores sitios para un desembarco. De dia era imposible hacerlo, pues, como ha sucedido hoi, han tratado de repeler nuestro asalto; i de noche, como tú comprenderás, era todavia mas imposible.

Viendo esto, hice que a la media noche un bote a vapor, desprendido del buque comisionado para el reconocimiento, me dejase en una caleta que se llama Playa Blanca, i volviese ahí a la noche siguiente para embarcarme. De esta manera, podia disponer de todo un dia para el reconocimiento i para tomar datos.

Efectivamente, pasé parte de la noche por entre las breñas, i en cuanto amaneció, principié por recorrer la playa i ver la forma de los fuertes.

No calculé yo, i esa fué mi perdicion, que en un puerto chico como Pisagua todos se conocen, i que el hecho solo de vestir un traje decente habia de llamar la atencion.

Despues que hube recorrido la playa, tomando nota de los sitios despejados de rocas, en cuyo trabajo empleé cerca de la mitad del dia, quedábame otro no ménos importante: el saber el número de fuerzas que defendian el puerto, i como esto no podia realizarlo sino recojiendo datos de los mismos moradores del lugar, me fuí a un cafesucho de chinos, con el pretesto de comer, pero con el principal objeto de averiguar ahí lo que necesitaba.

Al principio todo marchó bien: pedí una botella de vino i algo mas sólido, i trabé conversacion con el sirviente, al cual comencé a sonsacar lo que deseaba.

No hice alto, sin embargo, en que, luego de sentarme a mi mesa, ocupó otra inmediata un hombre regularmen-

te vestido, que, volviéndome la espalda, pidió una botella de cerveza.

Luego que la concluyó, se alejó sin fijarse, al parecer, en mí; pero algunos minutos despues regresó acompañado de dos soldados que me intimaron órden de prision.

Comprendí que estaba perdido si un milagro no me salvaba.

¿Qué podia decir para esplicar mi presencia en este puerto? ¿De dónde venia? ¿qué hacia? ¿por dónde i cuándo habia llegado?

Me sometieron a repetidos interrogatorios, me amenazaron hacerme azotar por la mano del verdugo, i en fin, acudieron a todo lo que creyeron podia hacerme confesar; pero me encerré en el mas obstinado silencio, i los dejé hacer.

Lo que hicieron, agregó el jóven despues de un momento de pausa i con tono festivo, fué lo peor que podian hacer en contra mia, pues sin mas auto ni traslado, en unas pocas horas, me condenaron a muerte.

—¡A muerte! repitió Luis con alguna admiracion.

—¡Como lo oyes, hijo! continuó Montemar. I ello sin preámbulos ni demoras, sino rápida, apresuradamente. Se me notificó la sentencia en la tarde i al dia siguiente, al amanecer ¡pataplum!... unos cuantos de los chambones tiradores peruanos debian mandarme a la eternidad.

No pasé mui alegre, como podrás figurarte, esa tarde i su noche, pues esto de hacer viaje tan desconocido para todos, tiene sus bemoles.

Mas, sucedió que allá en la noche se me presenta un caballero cuyo semblante, cuyo trato i cuyas miradas me fueron desde el primer momento mui simpáticos, lo que no obstó, sin embargo, para que yo lo creyese un espía

o algo por el estilo que se mandaba a mi lado para hacerme confesar lo que hasta entónces habia ocultado.

Le recibí con desconfianza, le traté con recelo, hasta que llegó el momento en que escuché la mas admirable, la mas inesperada revelacion.

El caballero que tenia ante mí, que deseaba salvarme, que ponia en mis manos un grueso fajo de billetes i dos revólvers, pidiéndome casi con las lágrimas en los ojos que yo le ayudara a salvarme, porque cuanto él habia hecho no podia darme la vida, ese caballero, amigo Luis, era mi padre.

—¡Tu padre!... esclamó éste con viva admiracion.

—Sí, mi padre, agregó Camilo con cierta calma i abandonando el tono festivo que hasta entónces habia empleado. Mi padre, a quien no conocia i creia muerto; mi padre, que, por una de esas aberraciones inesplicables del corazon humano, habia dejado a mi madre abandonada i sola en Santiago, miéntras que él corria, como un insensato, en Lima, tras de la riqueza i de los honores.

Nos encontramos, por tanto, en la vida, cuando yo estaba al pié de un banco para ser fusilado, i él llegaba a cumplir una delicada mision del presidente del Perú.

—¿Tu padre es, entónces, peruano? preguntó Luis.

—Sí, peruano neto; lo que es causa de encontrarnos los dos, padre e hijo, en bandos opuestos i de que, si nos hubiéramos encontrado en el campo de batalla sin conocernos, nos habríamos roto la crisma. ¡Bella ocasion ¿no te parece? para disertar filosóficamente sobre la guerra, sobre todo cuando se la hacen dos pueblos hermanos!... Pero continúo mi historia.

I el jóven, despues de esto, narró todo lo que le habia

acaecido, hasta el momento de caer por segunda vez en poder del jeneral Buendia i de sus ayudantes.

—Como comprenderás, agregó, despues de haber salvado tan milagrosamente del cadalso, no me hallé mui tranquilo en poder de mis enemigos.

El fuego de cañon era vivísimo en esos momentos, i algunas granadas estallaban cerca de nosotros.

Félix no podia socorrerme, pues habria sido perderse él sin salvarme.

Reflexionaba así, cuando estalla una bomba casi en el centro del grupo que formábamos Buendia, sus ayudantes i yo, derribando algunos jinetes i produciendo la confusion consiguiente. Un casco pasó silbando tan cerca de mi cabeza, que una oleada de viento azotó mi semblante.

Tuve una súbita inspiracion.

Lancé un grito, abrí los brazos, i aun a riesgo de machucarme la cara i las manos, me tiré a la quebrada, al borde de la cual estábamos, i rodé por ella, como cuerpo inerte, largo trecho.

Me creyeron muerto, i ahí me dejaron, retirándose de aquel sitio por considerarlo peligroso.

Apénas calculé que no podian divisarme, me puse de pié i bajé precipitadamente al plan, endonde me reuní al ejército chileno.

Armado con el fusil i las municiones de un soldado muerto, seguí paso a paso a una compañía del Atacama que escalaban los cerros como gatos monteces.

De esta manera llegamos hasta la ambulancia donde está mi padre enfermo, i pude con mi presencia impedir que los soldados victoriosos cometiesen algunos desmanes con los prisioneros o heridos.

Ahora, continuó el narrador, venia a buscar a Félix, porque nada sé de la suerte que ha corrido.

Luis, aun cuando se sentia mui débil, le contó entónces en pocas palabras lo que habia hecho con él, i Lúcas, el buen veterano, agregó que lo habia visto seguir batiéndose como un leon cuando se habia separado de él.

Casi al mismo tiempo de concluir este diálogo, llegaron a una casa del alto, en la cual pudieron instalar a Luis de la manera miserable que lo hemos visto en capítulos anteriores.

Camilo, en cuanto dejó instalado a su amigo, corrió a la ambulancia i se situó al lado del lecho de su padre, de cuyo sitio no se movió hasta el dia siguiente, en que el señor de la Peña lanzó un suspiro i abrió los párpados.

—¿Cómo se siente, padre mio? le preguntó el jóven con voz leve.

Don Matías fijó en Camilo una mirada vaga i obstinada al mismo tiempo. Se conocia que la razon no volvia aun por completo a su cerebro.

No obstante, al cabo de largo rato, su semblante pareció animarse, i mirando a Camilo con espresion de infinito asombro, se oprimió la frente i la cabeza con ambas manos, murmurando:

—¿Es todo verdad, entónces?... ¿No ha sido sueño las horribles torturas por que he pasado?... ¿O mi pesadilla dura todavia?...

—¡Nó, padre mio, le dijo Camilo con ternura; usted no sueña, yo estoi aquí, yo que soi su hijo, segun lo ha dicho usted!

Don Matías volvió a contemplar a Camilo; pero esta vez solo fué un instante.

—¡Sí, sí!... esclamó incorporándose i echando los brazos al cuello del jóven; sí, tú eres mi hijo, el hijo de mi adorada Ernestina!... Pero ¿qué ha pasado, hijo mio? ¿Es cierto que te iban a fusilar? ¿Es cierto que yo no pude salvarte? ¿Qué ha pasado? ¡Cuéntame lo que sepas! ¿Estás ya completamente libre de la muerte?

Camilo le narró todo lo que él sabia, concluyendo por decirle que el puerto i todo el alto del Hospital estaban en poder de los chilenos.

—¡Los chilenos aquí! esclamó don Matías con admiracion.

—Desembarcaron ayer, padre mio, despues de un rudo combate.

Cuando el señor de la Peña se hubo impuesto de los acontecimientos que no conocia, lanzó un suspiro i esclamó:

—¡Pobre Perú!... ¡Mui eclipsada sigue tu estrella!...

Se quedó largo rato pensativo.

—¿Sabes, hijo mio, le preguntó, si hai muchos prisioneros?

—Pocos, padre mio.

—I yo ¿cómo seré considerado? ¿Se me dejará en libertad?

—El señor jeneral Escala, padre mio, ha averiguado todo lo que a usted concierne, i ha sabido que usted es mui influyente en el Perú i que vino ante el jeneral Buendía con una mision especial del presidente, por lo cual, aun cuando no ha caido en poder del ejército chileno con las armas en las manos, se le considera como perteneciente al ejército peruano.

—Luego ¿se me retendrá como prisionero?

—Parece que esa es la idea del jeneral, aun cuando tiene para usted la mas decidida buena voluntad.

—¿Cómo lo has sabido tú, hijo mio?

—Porque el señor Escala me hizo llamar hoi en la mañana para que le contase lo que me habia acaecido con usted; i al saber que le debia la vida, no solo como a mi padre, sino como a mi salvador, me dijo que eso lo recomendaba de tal modo ante él, que se hallaba dispuesto a otorgarle lo que le pidiera.

Contra lo que Camilo esperaba, el señor de la Peña no manifestó la menor alegría i se quedó largo rato pensativo.

—Yo mismo, padre mio, le dijo Camilo, al verlo tan pensativo, creo que podré conseguir en el acto su libertad.

Don Matías tomó entre las suyas una mano del jóven i bajando la voz como si temiese ser oido, le dijo:

—¡Yo no quiero la libertad, hijo mio!

El jóven le miró con sorpresa.

—¡Lo que yo quiero, agregó el señor de la Peña, es ir prisionero a Chile!

—¡Desea usted ir prisionero a Chile! repitió Camilo cada vez con mayor admiracion.

—¡Sí, hijo mio! le contestó él mirándolo con ternura. ¡Sí, quiero ir a Santiago; quiero pedir a tu santa i hermosa madre que me perdone; i si tal hace, si olvida mi injustificable abandono, suplicarle que me permita pasar el resto de mi vida a su lado i resarcirle en cuanto me sea dable sus amargos años de soledad, rodeándola de todas las comodidades que da la riqueza i de todas las satisfacciones íntimas que proporciona la ternura i las atenciones de un esposo!

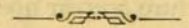
Camilo se enterneció i estrechó en silencio las manos de su padre.

—¡Despues de haberte conocido, agregó éste con profunda emocion; despues de lo que he sufrido con la idea de perderte, no podria vivir si no oigo de los labios de mi Ernestina que está dispuesta a perdonarme i a concederme que te llame mi hijo!... ¡Sí, iré a Chile i de rodillas pediré a ese ánjel que me perdone!

—¡Padre mio! murmuró Camilo, sintiendo que las lágrimas humedecian sus párpados; ¡padre mio, su pensamiento es noble i Dios le premiará devolviéndole completo el amor de mi madre!

Se abrazaron en silencio i las lágrimas de uno i otro se confundieron.

CONSEJOS DE UN HIJO



Pocos dias despues, entre padre e hijo, volvia a cambiarse el diálogo siguiente:

—Ya se me ha anunciado, hijo mio, que debemos partir esta tarde para Chile. He esperado hasta este momento para hacerte una súplica.

—Hable usted, padre mio.

—Me veo asaltado por un vago temor, por una especie de miedo al ir a Chile.

—¿Teme usted que le hagan algun mal cuando sepan que es peruano?

—No, léjos de eso. Sé que en Chile los peruanos viven enteramente tranquilos; sé que ahí no se ha tomado ninguna represalia por el lanzamiento de los chilenos del territorio peruano; i sé, en fin, que ni del gobierno ni del pueblo tengo nada que temer.

—I ¿qué teme, entónces, padre mio?

—Temo, mi Camilo, que mis esperanzas se vean frustradas; que mi Ernestina me rechace i castigue mi aban-

dono dejándome solo i sin perdon por el resto de mi vida.

El jóven no contestó i se quedó un rato pensativo.

—¡Tú tambien participas de mis temores! esclamó el señor de la Peña.

—Sí, padre mio; no se lo ocultaré, le contestó el jóven. El carácter de mi madre es tan severo al mismo tiempo que tan amante i amoroso, que temo no pueda comprender el desvío de usted. Abrigo la persuasion de que ella conserva hasta hoi cierta esperanza de que usted no haya muerto; pero entre aceptar que viva i haya podido olvidarla por tan largo tiempo, prefiere creer lo primero.

Don Matías inclinó la cabeza con abatimiento.

—Se me ocurre una idea, agregó Camilo.

—¿Cuál, hijo mio? ¡Habla!

—Mi madre tiene un corazon tan sensible i jeneroso, que no podrá resistir ante la idea de que usted es desgraciado.

—Si es así, interrumpió el señor de la Peña, tengo seguro mi perdon, pues yo le diré que si no me perdona, seré el hombre mas desgraciado.

—No bastará, tal vez, decirlo.

—Ella misma puede cerciorarse observándome.

—Mi madre, por dignidad, no averiguaria nada respecto a usted; i si no olvida, usted no podria vivir a su lado. A mas, yo veo algo que casi no podré esplicarlo debidamente.

—¡Habla, hijo mio! te escucharé atentamente i mi corazon comprenderá al tuyo.

—Veo, padre mio, que la situacion de mi madre será un tanto embarazosa. Ha vivido tantos años sola con su

hijo, como triste viuda, que nadie o casi nadie sabe si ha sido o nó casada.

—Pero eso podemos probarlo hasta la evidencia; existen o deben existir aun muchas personas que nos han conocido; i si así no fuera, la fe de nuestro casamiento está en la Catedral de Santiago.

—Sí, no seria difícil probarlo. Pero ¿cree usted que esa misma prueba no es un acto que tiene algo de humillante?

—¿Por qué, hijo mio?

—Porque el presentar testigos o fe de casamiento a todo el mundo, seria confesar palmariamente que se temia no ser creidos.

—¡Cierto!... Pero no seria necesario apelar a esos recursos. Yo, en cuanto llegue a Santiago, me consultaré con los mejores jurisconsultos, para que me indiquen lo que debo hacer a fin de enmendar tu fe de bautismo i reconocerte como nuestro hijo lejítimo.

Mi madre, sin duda, agradecerá a usted eso, le contestó Camilo; porque uno de los mas hondos pesares que ha tenido en su vida es el haberme hecho cargar su apellido, presentándome, por esta causa, a la sociedad como hijo de padre desconocido.

Don Matías suspiró i murmuró con sentimiento:

—¡Cuántos males ha hecho mi ingratitud!

—Pero todo tal vez pueda remediarse aun, padre mio. Iba a decir que mi madre agradecerá a usted que levante de mi nombre ese estúpido baldon que la sociedad carga sobre la frente de los hijos sin padre; pero no creo que sea suficiente eso para que usted reconquiste del todo su corazon.

—I ¿qué debo hacer, hijo mio?

—Es necesario, segun mi opinion, que procure, ante todo, interesarla en vuestro favor.

—Lo haré, no solo conduciéndome con ella como el mas amante i solícito de los esposos, sino rodeándola del lujo i del fausto de que ha estado privada i que mi fortuna podrá darle.

Camilo sonrió dulcemente.

—Ha olvidado usted mucho el carácter de mi madre, le dijo.

—¿Por qué?

—Porque el hecho solo de que usted fuera a ofrecerle una fortuna, la haria no aceptarla, temiendo pensase usted i creyesen los demas que el oro la habia deslumbrado.

—Pero eso, hijo mio, seria la especie de satisfaccion que yo podria dar a la sociedad. Es cierto, les diria que yo dejé abandonados a mi esposa i mi hijo; pero fué por hacer una fortuna que ahora, junto con mi consagracion, vengo a entregarles. ¿Crees que eso no serviria para hacerme perdonar mi ingratitud?

—Sí, padre mio; serviria para eso, mas nó para que mi madre dejase de temer las murmuraciones.

—Pero ¿qué cosa mas natural, Camilo, que una esposa perdone a su esposo largos años de estravío, sobre todo cuando éste llega a brindarle la felicidad que da el dinero?

—Eso es, efectivamente, lo mas natural en cualquiera otro carácter; pero nó en el de mi austera madre. ¿No ve usted, padre mio, lo que hizo conmigo i con ella misma, no queriendo que cargara el apellido de usted, por el hondo resentimiento que le habia producido su abandono? Ella le perdonará, yo lo aseguro a usted, porque

su corazon es jeneroso; pero de ahí a que le devuelva su amor hai una gran distancia.

—Pero, en fin, hijo mio ¿qué debo hacer?

—Conquistarse de nuevo su corazon.

—¿Cómo, si dices que ni mi fortuna ni mis atenciones servirian para ello?

—I ¿por qué no haria usted lo contrario, es decir, ser pobre en vez de ser rico?

Don Matías miró con admiracion a Camilo. Le creyó presa, en esos momentos, de un ofuscamiento.

—¡No te comprendo!... le dijo.

—¿Por qué usted, padre mio, en vez de presentarse a mi madre ofreciéndole una fortuna, no podria presentarse a ella pidiéndole amparo?

—¡Yo, un hombre millonario, un esposo ingrato, pidiendo amparo a mi fiel i pobre esposa!... ¿Estás loco, hijo mio?

—¿Qué se lo impediria?

—Primero, que seria un crímen que yo, teniendo tanto dinero, fuese a imponer un sacrificio a mi esposa pobre; segundo, que seria un acto mui humillante para mí; i tercero, que ella descubriria pronto el engaño i se indignaria.

—¿Por qué, padre mio?

—Porque podria pensar que yo me habia valido de ese embuste para sondear su corazon, temiendo que, si le decia que era rico, me acordase por ese solo hecho su perdon i su amor. Eso lo tomaria ella como un insulto, como una desconfianza de mi parte.

—Nó, señor, le contestó Camilo. Cuando mi madre descubriese su embuste, comprenderia en el acto que usted habia adivinado su modo de ser i habia querido bus-

car su corazon por el camino único que podia hallarlo. I eso que usted llama humillante ¿no seria ante los ojos de ella una expiacion muda de su parte? ¿Cree usted que ella no esperimentaria una satisfaccion inmensa cuando pensase en que usted ni nadie podian dudar de que si lo habia perdonado, si lo habia recibido en su hogar i devuéltole su amor no habia sido seducida por las riquezas que usted habia puesto a su vista, sino impulsada por los sentimientos de su corazon?

Don Matías inclinó la cabeza i se quedó pensativo.

—¡A mas, agregó Camilo con el calor que lo hacia siempre cuando hablaba de las virtudes de su madre; a mas, usted no sabe el grande imperio que tendria sobre el bondadoso i tierno corazon de mi madre la idea de que usted era tan desgraciado que necesitaba de su apoyo. El pensamiento de que usted habria pensado comprar con oro su corazon, la haria rebelarse, la haria resistir a sus propios deseos o inclinaciones; miéntras que la idea de pagar a usted un mal con un bien, de cuidarlo, ampararlo i servirlo despues de haberla usted abandonado, seduciria a su alma noble i cristiana!

Don Matías pareció aprobar, con un movimiento de cabeza, las palabras de su hijo.

—Yo, continuó éste, que conozco profundamente el corazon de mi santa madre, puedo decirle que si usted se presenta a ella, aun cuando arrepentido, en actitud de tenderle la mano i levantarla, por mucho que sea el amor que conserve por usted, por mucho que desee ella misma olvidarlo todo, habrá un algo que la hará resistir, que no la permitirá aceptar lo que usted quiere darle.

Camilo calló un instante, como para dar mas espresion a lo que iba a agregar.

—Todo lo contrario sucederá, padre mio, continuó el jóven, si usted se presenta a ella como prisionero de guerra, como un pobre que necesita de un techo hospitalario, como un proscrito que necesita comer en tierra estraña el pan de la limosna... Esa idea, repito, conmoverá su corazon hasta hacerle derramar lágrimas i la compelerá a ser para usted su providencia, su consuelo, su apoyo...

—¡I si eso sucediese así, esclamó don Matías, qué amargos remordimientos para mí el ver que yo habia podido ser tan ingrato con un corazon tan noble!

—I bien, padre mio, esa seria su expiacion; pero expiacion dulce, pues le permitiria ir conociendo poco a poco el tesoro de que usted ha sido dueño...

—Dí, hijo mio, interrumpió don Matías con amargura, del tesoro que yo he desdeñado.

—Pero el cual recobra o trata de recobrar i servirá para hacerlo feliz el resto de su vida!... ¡Oh!... usted no puede imajinar, sin duda, cuánto ha cambiado la jóven, tal vez un tanto superficial o irreflexiva que usted dejó!... Su desgracia, su soledad, la necesidad de criar i educar a su hijo, han hecho de mi madre un sér tan noble, tan digno, tan hermoso, con una hermosura tan llena de majestad, que nadie puede tratarla sin quererla, nadie mirarla sin admirarla, nadie, en fin, acercarse a ella sin respetarla...

Será fácil adivinar, pero no describir lo que pasaba en el corazon de don Matías al oir hablar a su hijo de tal manera de la que él llamaba aun su Ernestina.

Los remordimientos despedazaban su corazon; pero, como lo habia dicho Camilo, eran remordimientos que tenian algo de dulce, algo que, al mismo tiempo de mar-

tirizarlo, le causaban placer. Sí, sentia orgullo de que su esposa fuese lo que se le decia; sentia orgullo de aquel hijo, arrogante i hermoso jóven que tanto i tan justamente amaba a su madre; tenia orgullo, en fin, de poder llamarse padre i esposo de aquellos dos tan nobles séres. Sufria, es cierto, al ver cuánta felicidad, cuánta dicha habia perdido por las vanales tertulias de Lima, por las efímeras aspiraciones de figurar i por su ambicion de enriquecerse; pero eran de tal naturaleza sus sufrimientos, que habria querido padecer mas, si ello era posible, para gozar mas.

—I bien, padre mio, continuó Camilo tras de breve pausa, yo le aseguro que mi madre hará por usted, viéndole pobre i desgraciado, lo que no haria viéndole rico i feliz. Si usted llega a su humilde morada a pedirle hospitalidad, se la dará con toda su alma; si llega en soberbio coche a ofrecerle un réjio palacio, le rechazará con dolor e indignacion.

—¡Sí, sí!... esclamó don Matías, esa es el alma de mi Ernestina!... Tienes razon, hijo mio, yo debo pasar por el sacrificio de engañarla; yo debo reconquistar ese corazon querido, no por medio del oro que ha acumulado mi ambicion, sino por medio de actos que justifiquen mi arrepentimiento!... Yo debo hacer que me compadezca primero, porque en realidad merezco compasion; que me perdone en seguida, porque al fin soi acreedor al perdon por mi arrepentimiento; i si despues, olvidando el pasado, Dios me concede concluir mis dias al lado tuyo i de tu santa madre, le bendeciré a cada hora reconociendo su infinita bondad!...

—¡Padre mio! le dijo Camilo enternecido, tengo la seguridad de que usted será feliz. Voi a escribir a mi

madre contándole cómo nos hemos encontrado, cómo debo a usted la vida, i en fin, todo aquello que ha acaecido entre nosotros.

—Oye, hijo mio, le dijo don Matías, no digas nada a Ernestina que te he salvado la vida, tanto porque es la Providencia quien lo ha hecho todo, como porque eso seria para ella, en cierta manera, una obligacion de hacer por mí lo que no haria de otro modo. I ahora que tú me has hecho ver su alma tal cual es; ahora que has despertado en mí el deseo de conquistar ese tesoro, nada mas que con mi paciente perseverancia, quiero que todo se realice sin esfuerzo, naturalmente, sin violencia alguna.

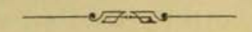
—Entónces, padre mio, le dijo Camilo, daré a usted dos cartas: una en que le diré simplemente que usted la impondrá de la manera que nos conocimos i la otra en que le narraré cuanto ha acontecido. De esta última hará usted uso cuando quiera. ¿Le parece a usted bien mi idea?

—¡Bueno, hijo mio, hazlo así!...

Tres horas despues se daban el abrazo de despedida.

Don Matías iba en calidad de prisionero de guerra a Santiago, i Camilo quedaba en Pisagua como oficial en el rejimiento ***.

¿COMO ESPOSO? NÓ!—¿EMISARIO? SÍ!



Seguiremos a don Matías de la Peña, a fin de no dejar mui atras las fechas, en el órden que se van realizando los acontecimientos.

Por un favor particular, debido a recomendaciones del jeneral Escala, el señor de la Peña, apénas llegó a Santiago, quedó en libertad bajo su palabra.

Es cierto que la mayor parte de los prisioneros peruanos gozaron de igual o parecida benevolencia, pues el gobierno se limitó a confinarlos en San Bernardo, donde permanecieron libres i ocupando una hermosa i cómoda quinta.

Don Matías se alojó en un hotel, i apénas sacudió el polvo del camino, se dirijió a la calle de Mesías, endonde estaba la casita habitada por su esposa.

Era ya cerca de la noche, i cuando llegó pudo aun apreciar su esterior con enternecimiento.

Una puerta de calle pobre pero decente, i dos ventanas en armonía con la puerta, formaban el frente de la casa.

Don Matías se detuvo ántes de llegar a la puerta, sintiendo que su corazon le ahogaba.

¿Era ahí, en esa modestísima morada, donde estaba la mujer que, desde algunos dias, venia ocupando toda su alma, todo su pensamiento?

Avanzó por la acera contraria con paso vacilante, temiendo, como el ladron, ser descubierto; pero atraido como aquél por el deseo de realizar su intento.

Los postigos superiores de las ventanas estaban abiertos i don Matías, con creciente emocion, divisó dos pobres pero blanquísimas cortinas de linon tras de los limpios vidrios de los marcos.

Aquellas eran las blancas gasas, velo de pureza que ocultaba de las miradas profanas a la casta i hermosa viuda del corazon.

Lágrimas amargas, pero no exentas de dulzura, quemaron los párpados de don Matías al comparar los pesados i costosos cortinajes de su mansion de Lima con aquellas albas i modestas cortinas de pobre linon.

Avanzó i no pudo ménos de detenerse frente a la puerta de calle.

Despues de un corto pasadizo divisábase un pequeño patio cubierto enteramente de flores.

Gran número de maceteros, colocados en mesas que hacian escala, cubrian casi una pequeña ventana del frente, tras de cuyas rejas divisábase tambien una blanca cortina.

¡Qué frescura, qué perfume, qué encantos tan nuevos, tan dulces i tranquilos encontraba don Matías al contemplar aquella casita, tan pobre, tan aseada, tan cubierta de verdura i de flores!... ¡Cómo indicaba su sola vista que estaba habitada por uno de esos ánjeles humanos

que todo lo embellecen, que todo lo alegran, que todo lo divinizan con el tacto de sus manos, con la mirada de sus ojos, con el aliento embalsamado que se escapa de sus pechos!

Las lágrimas que don Matías sentia en sus párpados rodaron candentes por sus mejillas. Las dejó correr contemplando embebecido aquel hogar de la pureza i de la santidad...

I olvidando sus temores de ser visto ántes de realizar lo que habia pensado, se situó ahí, a pocos pasos, para mirar a su sabor la casa habitada por su esposa.

Ya cuando los objetos apénas se diseñaban por la oscuridad, don Matías divisó, desde el punto en que se habia colocado, que de la pequeña casita salian dos mujeres envueltas en sus mantos i con la alfombra al brazo. Creyó morir bajo el peso de su emocion.

Una de aquellas mujeres, alta, esbelta, con un busto de mujer romana, era su esposa.

No alcanzaba a divisar las facciones de su semblante; pero ella, nadie otra que ella podia tener aquella majestad.

La otra parecia una sirvienta, tal vez una anciana, a juzgar por su espalda un tanto jibada.

La señora cerró la puerta con llave i se dirijió con paso lento hácia la avenida de las Delicias.

Iban a pasar frente a don Matías. ¿Le reconoceria Ernestina? ¿Le avisaria el corazon que él estaba ahí?

Pensó en huir; pero el sentimiento, o mas bien dicho, el deseo de verla lo enclavó en su sitio.

Ernestina, pues ella era, pasó sin mirar siquiera al lado opuesto de la calle; i aun cuando hubiese mirado,

estaba ya demasiado oscuro para que lo hubiese reconocido.

Marchó lenta, majestuosamente, hácia la alameda; i de ahí, dirijiéndose hácia abajo, llegó hasta la calle de las Claras.

Don Matías, favorecido por las sombras de la noche que habia entrado por completo, se acercó al grupo que formaban ama i criada (la última tras de la primera), i arregló sus pasos de manera a marchar casi al lado de aquella.

Continuaron así hasta el templo de la Merced, en el cual entró Ernestina acompañada de su sirvienta i seguida por su ingrato esposo.

Al subir la primera escalinata, Ernestina se detuvo, i volviéndose a su criada, le dijo:

—¡Manuela!... ¡no te olvides de pedir a la Vírjen por mi Camilo; ya sabes que hace varios dias hubo una batalla en Pisagua, i hasta hoi no hemos tenido carta de él!

—¡Ya lo creo!... Sí, señora, contestó la criada con voz cascada; no hago otra cosa todo el dia que pedir a Dios por mi *enemigo mortal*.

Don Matías, por el acento tierno con que la vieja criada pronunciaba las palabras *enemigo mortal*, comprendió que su hijo era para ella su regalon, su niño mimado; i siendo así, aquella vieja sirvienta debia estar muchos años en la casa i quién sabe si habria sido la nodriza de Camilo.

Desde aquel momento la vieja criada fué un objeto de veneracion para él.

Las espaciosas naves del templo estaban regularmente iluminadas i principiaban a llenarse de fieles que, re-

catando el paso, santiguábanse con el agua bendita de las pilas i buscaban una buena colocacion.

Ernestina, como todos, se acercó a la pila, i don Matías pudo admirar, aunque de léjos, aquella pequeña i gordita mano que con los dedos afilados i aristocráticos, hacia sobre la frente medio cubierta por el manto, la señal de la cruz.

De ahí se dirijió por la misma nave hasta cerca del púlpito, endonde, tendiendo su alfombra, se arrodilló.

El señor de la Peña no la perdió un instante de vista, i fué rápidamente a colocarse frente a ella, ganando una de las naves laterales.

Una luz de las lámparas del *via-crucis* daba de lleno en el semblante de Ernestina.

Don Matías, apoyándose en las airosas columnas que dividen el templo, permaneció largo rato embebecido.

Ernestina, arrodillada, moviendo suavemente los labios, dirijiendo sus miradas hácia el tabernáculo del templo, parecia una de esas estátuas hermosísimas que guarda la artista Roma.

A pesar de los años, don Matías la habria conocido en el acto de encontrarla en cualquier parte. La diferencia que habia entre la jóven que él abandonara i la matrona que ahora veia, estaba en favor de ésta. Sus facciones i todas sus formas habian adquirido su completo desarrollo, sin perder, i al contrario, ganando en perfecciones.

Por lo que podia apreciarse a la distancia en que don Matías se encontraba, Ernestina, desde el momento de arrodillarse, rezaba u oraba con fervor. Era indudable que rogaba por su hijo a aquella madre modelo de todas las madres, que reverencia el cristianismo.

Como lo hemos dicho, don Matías era de un carácter

versátil, i así como en ocasiones era casi un ateo o por lo ménos un escéptico, así en otras sentia la necesidad de levantar su mente a Dios i de entregarse a ciertos actos de misticismo.

Aquellos momentos eran los mas a propósito para que sintiera él tambien la necesidad de orar. La majestad imponente del templo, el ejemplo que le daba aquella esposa idolatrada i el estado de su espíritu, le hicieron, a su vez, caer de rodillas i elevar fervientes plegarias a Dios.

Concluida la funcion relijiosa, que don Matías oyó arrodillado, Ernestina regresó a su casita acompañada por su vieja sirvienta i seguida de cerca por don Matías.

Ahí en la calle, en el mismo sitio que ántes, permaneció éste hasta ver estinguirse la luz que, durante dos horas, iluminó las blancas cortinas de las ventanas que caian a la calle.

Ya no tenia nada mas que hacer ahí; Ernestina debia haberse recojido, i él, con tardo paso, se dirijió a su hotel.

Aquella noche no pudo dormir un solo segundo; i a la mañana siguiente se hizo comprar, por medio de un mozo del hotel, un traje que estuviese bastante usado, pero que conservase huellas de haber sido bueno i decente.

Hecho esto, i despues de haber roto mas de cinco cartas por no parecerle buenas, a eso de las diez de la mañana dirijió al fin una a Ernestina, ordenando al mozo que aguardara la contestacion.

La criada Manuela presentó la carta a Ernestina, i esta, al divisarla, preguntó con ansiedad:

—¿Es de mi hijo?

—Creo que nó, contestó la vieja, porque la trae un mozo que dice espera la respuesta.

—¿Quién puede escribirme mas que mi hijo? pensó ella tomando maquinalmente la carta.

La letra del sobre pareció despertar en su memoria uno de esos recuerdos vagos i confusos.

—¡Yo conozco esta letra!... se decia. ¡Yo he visto otra vez esta letra!... ¿Dónde?... cuándo?

No pudiendo precisar sus recuerdos, desgarró el sobre i desdobló el papel.

Apénas vió en conjunto todo lo escrito, palideció.

—¡Nó, no es posible!... se dijo. Será una letra parecida i nada mas...

Pero no bien dirijió la vista hácia la firma, lanzó una esclamacion de sorpresa i dejó caer la carta de su manos.

—¡Dios mio! murmuró con voz trémula. ¿Será esto posible? ¡Matías vive, i yo le he llorado muerto!...

I ante la idea de que su esposo vivia, sintió como inundada su alma de un gozo infinito.

Era la voz de la naturaleza que hablaba ántes que la reflexion.

Luego, medio trastornada, tomó la carta i, con el corazon palpitante, leyó lo siguiente:

SEÑORA ERNESTINA MONTEMAR

Presente

Señora:

Si los años no han borrado de su mente un recuerdo i de su corazon un sentimiento compasivo, espero que se dignará permitir a un desgraciado que se eche a sus

piés para pedirle perdon de los grandes males que le ha causado.

Sé que mi falta es tan grave que no merece compasion; sé que, aun cuando viviera cien años i todos los dedicara a reparar mi error, ellos no serian bastantes para purgar mi culpa; pero sé tambien, señora, que a la deficiencia de mi ofrenda, suple mi arrepentimiento profundo, i que este arrepentimiento provocará en su pecho un sentimiento de misericordia.

Créame usted que en estos momentos no sé qué decirla; mi cabeza es un volcan i mi corazon un manantial de lágrimas.

Esta es la quinta carta que escribo, i aun no sé si será la que llegue a sus manos. He roto unas, porque no he podido impedir que mi pluma estampe los sentimientos de ternura que se desbordan de mi pecho; he inutilizado otras, porque no correspondian las palabras a lo que siente mi alma acongojada. Las primeras no estaban acordes con mi arrepentimiento i humillacion; las segundas estaban en desacuerdo con mis sentimientos. Ésta misma no espresa lo que yo deseo, no retrata mis sentimientos, no manifiesta lo que yo esperimento; pero no puede, en ciertos casos, pintar la pluma lo que pasa en el corazon.

Señora, si la desgracia merece a usted alguna benevolencia, ruégole no niegue una corta entrevista a este su humilde servidor

MATÍAS DE LA PEÑA

Ernestina leyó esta carta con el pecho anhelante, estremecida por grandes i encontradas emociones.

Al sentimiento de ternura i alegría que esperimentó

al saber que su esposo vivia, comenzó a mezclarse el recuerdo de su ingratitud i de su injustificable abandono.

En su pecho, entónces, tuvo lugar un verdadero combate. El amor luchaba con el resentimiento; el corazon herido con el corazon amante.

Un mundo de recuerdos, gratos unos, tristes otros, amargos los mas, pasó como un relámpago por su mente.

—¡I no me habla una palabra de su hijo!... murmuró. No me pregunta siquiera si vive o ha muerto!... ¡Ah!... nó!... Viuda soi desde muchos años, i viuda continuaré siendo el resto de mi vida!...

Enjugó dos lágrimas que habian saltado a sus ojos, miró al cielo como poniéndolo por testigo de su dolor y, sentándose a una pequeña mesa donde habia recado de escribir, trazó con mano convulsa las líneas siguientes:

Señor Matías de la Peña

Presente

Caballero:

Habituada desde mi viudez, que data de muchos años, a no recibir sino a amigos de mucha intimidad, me es imposible conceder a usted la entrevista que me pide; tanto mas cuanto que las ofensas que usted cree haberme hecho, han sido, sin duda, inferidas a otra persona que por casualidad lleva mi nombre i apellido.

Así, pues, no teniendo el gusto de conocer a usted ni pudiendo darle la felicidad que desea, le ruego que disculpe a esta su servidora

Ernestina Montemar

Hizo entregar esta carta al mozo que esperaba la respuesta i, apénas quedó sola, se arrodilló ante una imájen de la Vírjen de las Mercedes que tenia en su dormitorio.

—¡Madre mia!... murmuró con los ojos llenos de lágrimas, vos sabeis que el paso que acabo de dar no me lo ha aconsejado un vano orgullo ni el rencor! ¡Le perdono, sí, le perdono con toda mi alma; pero no podria olvidar nunca su cruel abandono!...

Ocultó la cara entre las manos i lloró copiosa, amargamente, durante largo rato.

¡Qué cúmulo de reflexiones no acudian a su mente! ¿Habia hecho mal en no aceptar el arrepentimiento de su esposo? ¿Sabia ella acaso lo que habia motivado su abandono? ¿No podia haberle acaecido algo que le habria impedido volver a su lado? ¡Pero no escribir, siquiera, en tantos años!... ¡No anunciarle que vivia, no haber sentido un poco de amor por aquel hijo desconocido!...

Manuela, que habia notado el efecto producido en su señora por la carta, rabiaba de curiosidad por conocer algo; i, apénas estuvo el almuerzo, se entró de zopeton al dormitorio, abusando de su posicion de criada vieja.

—¡Llorando! esclamó con voz regañona i mirando a Ernestina con cierto aire de enfado; ¡llorando!... ¡Estamos frescos!... ¿Acaso *mi enemigo mortal* está muerto?

—¡No lo digas, Manuela, porque si así fuese yo moriria tambien!

—I entónces... ¿por qué ese llanto? ¡Está bueno eso de envejecerse i ponerse los ojos colorados!... A mí no me gusta eso ¿estamos? ¡Bien le ví yo a ese mozo cara de traer malas nuevas!

—Al contrario, Manuela, contestó Ernestina con voz dulce, las noticias que ha traido son buenas!...

—¡Buenas i hacen llorar!... ¡Me gusta eso!... I bien, si son buenas, vaya a almorzar porque ya la fuente está en la mesa, i no es el caso de que yo vuelva a calentar el almuerzo.

—Almuerza tú, le dijo Ernestina; yo comeré cualquiera cosa mas tarde.

—¿Sí?... ¡Me gusta eso!... ¡Buenas noticias i no la dejan almorzar!... ¡Digo que no puede ser, porque nó; i porque yo no he de estar todo el dia en la cocina, erre que erre, haciendo almuerzo, desayuno i despues "otra cosita"!... ¡Vamos, estamos frescos!...

—Si no quieres o no puedes hacerlo, le replicó Ernestina con bondad inalterable, no comeré nada.

—¿Sí?...

I se interrumpió como si le hubiesen apretado la garganta.

—¡Está bueno eso!... agregó con voz ahogada i acercándose mas a Ernestina; ¿i cuándo yo no he querido hacer lo que usted necesita?

Lanzó un sollozo i se limpió los ojos llenos de lágrimas, con la manga de su vestido.

—Lo que yo quiero ¿ve usted? es que coma, que no llore, porque eso la pondrá fea, i *mi enemigo mortal* i yo tambien queremos tenerla siempre, siemprecito así, parecida a la vírjen madre de Dios...

—¡Tonta! le dijo Ernestina enternecida, ¡no digas eso!... Ya sé que me amas mas que a todo; pero te has puesto mui vieja i regañona.

—¡Lo malo, malo! ¿ve usted? i si yo lloro es porque quiero su bien...

—Sí, lo sé, mi pobre vieja, le dijo Ernestina golpeándole cariñosamente un hombro. Pero ahora déjame sola i no me aguardes para almorzar...

Manuela salió del dormitorio restregándose los ojos con las mangas del vestido i murmurando:

—¡Está bueno eso!... ¡No almorzar i llevarse llorando!... Eso es para matarse i no mas...

Llegó a la cocina i se sentó con rabia en la piedra de moler, esclamando:

—¡Pues, si ella no almuerza, yo tampoco almuerzo!... ¡Que se *requeme* todo ahí!...

I como lo dijo lo cumplió. El almuerzo se *requemó*. Al poco rato llamaron a la puerta, i Manuela se encontró con el mensajero de la primera carta que llevaba una segunda para la señora.

—¿Otra tenemos? esclamó encolerizada la regañona vieja. ¡Pues han de ser buenas las tales cartas!... ¡Jesus, María i José!... ¿Tambien va usted, mozo, a esperar contestacion de ésta?

—Sí, mi señora, dígalo usted así a la patrona.

Manuela entró rezongando.

—¡Aquí viene otra!... esclamó. ¡Ha de ser tan buena como la primera, i con ésta se quedará sin comer!

Ernestina vaciló un poco ántes de recibirla.

Por fin, se decidió i la abrió temblándole las manos.

Decia lo siguiente:

SEÑORA ERNESTINA MONTEMAR

Presente

Señora:

Merezco los mas duros rechazos i no me quejo, pues veo que Dios alza sus manos sobre mi cabeza para cas-

tigarme. ¡Que Él, todo misericordia, tenga piedad de mí, aun cuando sea en el último instante de mi vida!...

Ernestina interrumpió la lectura, pues sus ojos se llenaron de lágrimas. Aquella humildad i resignacion hablaban con elocuencia infinita a su alma sensible i jenerosa.

Pasado un rato continuó:

Sí, señora, merezco mi suerte i si así no fuese, Dios, en cierto modo, premiaria con una felicidad infinita una grave e incalificable falta.

Conozco, por tanto, que no soi digno de la compasion de usted; pero, al ménos, trace con sus manos estas dos solas palabras: "te perdono".

Tal vez, ni aun esto habria vuelto a exijir de usted; pero en el campamento de Pisagua, actualmente ocupado por el ejército chileno, conocí a un arrogante i hermoso jóven llamado Camilo Montemar.

—¡Mi hijo!... ¡Oh, sabe de mi hijo! esclamó Ernestina interrumpiendo por segunda vez la lectura. Veamos qué me dice de él.

Continuó:

Este jóven me ha encargado entregue a usted personalmente una carta. ¿Me permitirá usted hacerlo? Si tal no sucediese, tendré el sentimiento de enviársela con el portador de ésta i no volverá a importunar a usted éste su atento i humilde servidor.

Matías de la Peña

Acto contínuo, Ernestina contestó lo siguiente:

Señor Matías de la Peña.

Presente

Caballero:

A un emisario de mi hijo debo recibirlo en el acto en mi casa.

Espera a usted su A. S.

Ernestina Montemar

——— ———

EN CASA DE LA ESPOSA

¿Fué solamente la idea de complacer los deseos de su hijo lo que hizo a Ernestina aceptar la peticion de don Matías?

En absoluto, nó; en gran parte, sí.

Despues de contestar la primera carta de la manera seca i terminante que hemos visto, habia quedado allá, en el fondo de su corazon, algo como un vacío, como un remordimiento, como una nueva viudez agregada a su espíritu.

Saber que el esposo amado vivia, que estaba cerca, que deseaba echarse a sus piés para implorar su perdon i haberlo rechazado, era algo que chocaba a su corazon amante i a su alma caritativa i jenerosa.

A mas ¿no era el padre de su hijo? ¿No podia ese hombre rehabilitarlo en la sociedad haciéndole llevar el apellido que ella, por un resentimiento tal vez injusto i exajerado, le habia quitado?

Por lo ménos, Ernestina pensaba que habia obrado

con alguna lijereza i que su respuesta debia haberla suspendido hasta meditar sobre aquello tan imprevisto.

Luego, como ya lo hemos dicho, la humildad i resignacion cristianas de don Matías habian conmovido profundamente su espíritu, impulsándola a la induljencia.

Quedábanle despues de su última carta estas dudas que no podia resolver:

¿Cómo le recibiria?

¿Como a un estraño i desconocido?

¿Como a su esposo, despues de alguna corta esplicacion?

De esta última manera nó, no lo queria. Para ella la union con su esposo, así, a la lijera, despues de tantos años de separacion, despues de lo que habia acaecido, era casi punto ménos que unirse a un estraño, a un desconocido.

Torturaba en este sentido su imajinacion, preguntándose qué la diria don Matías i cómo disculparia su abandono.

Si habia tenido causas justas (no sabia ella cuáles podian ser) debia, no solo perdonarlo, sino aceptarlo; si, al contrario, no lo eran, debia mantenerse firme en sus propósitos; i ello, no por orgullo i venganza, sino por dignidad.

A pesar de hallarse ocupada su mente por éstas i mil otras ideas, o tal vez a causa de esto mismo, su corazon latia con violencia i su pecho se alzaba al impulso de su ajitada respiracion.

Sentia así correr el tiempo, pareciéndole cada minuto una eternidad i deseando, sin embargo, que el momento de que su esposo se presentara a ella se prolongase de una manera indefinida.

Respecto a su hijo, estaba ya casi tranquila, pues en la forma que su padre hablaba de él no se dejaba adivinar que nada malo le hubiese sucedido.

Si en la batalla de Pisagua hubiese salido herido; si corriese algun peligro su vida, don Matías habria hablado con cierta tristeza de él.

Ernestina miraba sin cesar un pequeño reloj que habia en su dormitorio. Los punteros parecian no avanzar; i como burlándose de su impaciencia, oíase el monótono *tic-tac* del péndulo.

Por fin, i mucho mas pronto de lo que ella esperaba, oyéronse tímidos, recatados golpes en la puerta de calle.

Fueron tan débiles i Manuela se hallaba tan preocupada de dejar requemarse el almuerzo, que no los oyó.

Ernestina, en cambio, se puso pálida como un cadáver i creyó que el corazon iba a sofocarla con la violencia de sus latidos.

—¡Madre mia!... balbuceó con voz temblorosa, dirijiendo a la imájen que hemos mencionado una mirada suplicante ¡madre mia, iluminadme i dadme valor!...

Los golpes se repitieron un tanto mas fuertes, i esta vez fueron oidos por Manuela.

—¡Está bueno esto!... rezongó. ¿Qué ha entrado en esta casa?... ¡Jesus, María i José!... no será mucho que sea otra carta, i si es así ya la tendremos ocho dias sin comer i despues enferma... ¡Vamos, esto no puede continuar así!...

Se dirijió a la puerta con la resolucion de recibir mui mal al mensajero si era él, i tal vez de mandarlo "con viento fresco" si traia otra carta.

Al ver que no se trataba de un mozo, sino de un caballero, a juzgar por su fisonomía mas que por su

traje que era sobrado modesto, dulcificó un tanto su ceño.

—¿A quién busca usted? preguntó no obstante con agria voz.

—A la señora Ernestina Montemar.

—¡Aquí es!... I bien ¿qué desea usted?

—Necesito hablar con la señora, contestó don Matías con voz bondadosa.

—¡Bueno está eso!... Pero es el caso que la señora no recibe a personas desconocidas ¿estamos?

Don Matías, a pesar de que estaba tan profundamente emocionado como Ernestina, no pudo ménos de notar aquella arrogancia que rayaba en altaneria.

—Dígale usted, le dijo, que soi la persona que la he escrito hoi dos cartas.

—¡Sí! ¿eh? esclamó la vieja sintiendo que su poca sangre se encendia, i parándose al centro del pasadizo como para impedir a don Matías la entrada; ¡sí! ¿eh? ¿con que usted es el de las tales cartitas? ¡Buena la ha hecho con las tales cartas!...

—¿Qué ha sucedido? ¡Dígamelo usted por favor! esclamó él presa de honda inquietud.

—¡No es nada eso! ¿Sabe usted? Pues no la han dejado almorzar, le han puesto los ojos como guinda con los lloriqueos i el almuerzo se ha requemado en la cocina, porque si ella no almuerza, yo tampoco. ¿Sabe usted?

—I bien, ahora se alegrará, buena mujer, pues le traigo carta de su hijo.

La vieja camvió acto continuo de tono.

—¡Del niño!... esclamó animándose poco a poco su semblante por la alegría; ¿de don Camilito? ¿de *mi enemigo mortal?* Diga, caballero ¿es cierto eso?...

—Sí, buena mujer, de Camilo Montemar.

—¡Jesus, María i José!... i ¿está bueno el patroncito? Diga, señor ¿no le ha sucedido nada en esa guerra de *la Patagua?*

—Nada, hija mia, está sano i contento.

—¡Alabada sea la Vírjen santísima, madre de Dios!... esclamó Manuela elevando al cielo sus pupilas que ya debian estar secas para el llanto, pero que el amor a su señora i a su enemigo mortal, humedecian a menudo.

Don Matías, a su vez, se sintió enternecido al ver cómo su hijo era amado por aquella rústica mujer.

Ella, medio sofocada por la alegría, iba a dirijirle nuevas preguntas, pero él le advirtió que su señora le esperaba.

—¡Voi!... voi... ¡ahora es distinto! esclamó ella dirijiéndose a las piezas de su ama a todo el correr de sus piernas, es decir, a un trotecito que era poco mas de su paso ordinario, aun cuando para alijerarlo se alzó las faldas de la pollera preocupándose poco de lucir sus zapatillas de orillo i sus medias caidas sobre el empeine.

—¡Ahí está!... esclamó con semblante alegre i entrando de zopeton al dormitorio de su señora ¡ahí está!... el de las cartas!... pero ahora es distinto; trae noticias del niño, de *mi enemigo mortal!*... Está bueno, gordo i contento!... Está...

—¡Hazlo entrar al salon!... le dijo Ernestina sacando la voz del fondo del pecho.

La vieja, a pesar de su júbilo, no pudo ménos de notar la lívida palidez del semblante de su señora i la especie de apatía o indiferencia con que recibia las noticias de su hijo.

—¡Por la Vírjen santísima, madre de Dios!... esclamó.

¿Qué es esto? ¿Se va usted a morir?... ¡Si está mas blanca que el papel!...

—¡Déjame i vé a hacer lo que te ordeno!... le dijo ella con bondad pero con el acento de quien quiere ser obedecida.

Manuela salió santiguándose i murmurando:

—¡Esto sí que es bueno!... Jesus, María i José!... ¿Qué va a suceder aquí?...

Abrió una puerta que caia al pasadizo i que correspondia a la pieza con dos ventanas a la calle, cuyas blancas i pobres cortinas tanto habian emocionado a don Matías.

—¡Pues pase usted!... le dijo Manuela. ¡Yo no sé lo que sucede aquí!...

El señor de la Peña entró, sintiendo que le temblaban las piernas.

Ernestina, por su parte, se hallaba incapaz de afrontar aquella entrevista. Apoyada en una cómoda para no caer, comprendia que le seria imposible atravesar las dos pequeñas piezas que la separaban del salon.

Como en todos los trances supremos de su vida, acudió a María, impetrando de ella un poco de valor.

Su fe la hizo sentirse un poco reanimada i dió algunos pasos tan vacilantes, como los del niño cuando principia a andar.

Al aproximarse a la puerta del salon, estaba un tanto dominada; i aun cuando le temblaban las manos i le palpitaba con violencia el corazon, la abrió i traspasó el umbral.

Don Matías, tan pálido como ella, permanecia de pié, con los brazos cruzados sobre el pecho i la respiracion anhelante.

Ambos se quedaron un momento mudos, mirándose fija, sostenida, dolorosamente.

¡Sí! aquella mujer, mas hermosa aun en su madura edad que en su juventud, era su Ernestina, su esposa, la madre de su hijo tan arrogante i hermoso como ella. Aquella intensa palidez, como la del lirio que el sol descolora, como la luz ténue que en ciertas noches sobre la blanca rosa la luna derrama, la divinizaban.

Ernestina, por su parte, en el ya ajado semblante de don Matías, reconoció tambien al apuesto i gallardo esposo de su juventud. Los años habian impreso un tanto sus huellas en su cútis i en su cabeza; pero no habian podido arrebatarle su aspecto de distincion i de nobleza.

Ántes de pasar a describir el diálogo que entre los esposos se iba a entablar, creemos conveniente dar una rápida ojeada al salon i al traje que llevaban don Matías i Ernestina. Seremos mui breves, como en esta clase de descripciones acostumbramos serlo.

La pieza era uno de esos modestísimos salones de una familia pobre. Un medio amueblado, compuesto de seis sillas, un canapé al cual se daba el nombre de sofá, dos poltronas o sillas de brazos, todo de buena madera i forrado en buena tela de brocado de seda amarillo, bastante desgastada por el uso. Todos estos muebles estaban alineados a la orilla de las paredes. Al frente de la puerta del pasadizo habia dos mesas con cubierta de mármol, adornadas de espejos i a cuyo pié o en cuyos contornos se representaban batallas, hechos bíblicos etc., etc.

Sobre estas modestas, i sobre todo mui antiguas mesas, habia dos floreros que conmovieron a don Matías, al verlos, hasta casi hacerle derramar lágrimas.

Eran dos grandes i hermosos jarrones de la China que él, a los pocos dias de casado con Ernestina, habia comprado, a mas de peso de oro por ser los únicos que habian llegado, como muestra, a Chile.

Despues de los obsequios de boda, habia sido aquel el primer obsequio de esposo.

Entre las dos antiguas mesas i los ya tambien antiguos jarrones, colgado en la pared, dando frente a la entrada, habia un retrato. Ese retrato, cuyo marco desteñido por el tiempo, conservaba las huellas de buen pincel, era el de don Matías, del Matías jóven, del esposo de Ernestina.

Sin embargo, nadie habria podido decir al ver al orijinal, cargado ya un tanto por los años, que no era el mismo de la antigua tela: era de un parecido sorprendente.

A la vista de aquellos dos objetos, don Matías se sintió profundamente enternecido. Su Ernestina conservaba, sin duda, aquello como un recuerdo. ¿Dónde estaban los demas muebles? ¡Ah! ¡bien lo adivinó! Los buenos i elegantes muebles de otro tiempo se habrian vendido para remediar urjentes necesidades i se habia comprado aquellos otros, modestos i baratos! Sin embargo ¡qué alegría, qué especie de tranquilidad i de frescura se respiraba en aquella salita, cuyas paredes cubiertas con papel blanco, sembrado de rosas, i cuyo pavimento, tapizado con una alfombra de tripe rizado, con grandes coronas de vistosas flores, dábanle un aspecto risueño i encantador.

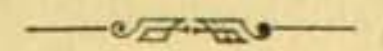
Respecto a los trajes, solo diremos que el de don Matías era el de un caballero arruinado, que lucha con su pantalon i paletó para hacerlo aparecer nuevo, no consiguiendo sino ponerlo cada dia mas lustroso i usado.

Ernestina vestia una amplia bata de casa, que a pesar de su anchura dejaba adivinar los redondos i airosos contornos de sus formas. A pesar de la severidad del corte i de la falta de adornos, aquel traje dábale cierta majestad que infundia respeto i amor.

Su negro cabello, en el cual brillaban ya algunas hebras blancas, naturalmente rizado, caia en gruesas i largas trenzas sobre su espalda.

No podia darse, ni mayor sencillez, ni mayor majestad, ni mayor hermosura: era el tipo acabado de la mujer chilena cuando es hermosa.

PRINCIPIA LA ENTREVISTA



Frente el uno del otro, el esposo culpable i la esposa resentida, despues de tantos años de separacion, se quedaron, como hemos dicho, mirándose honda, porfiada, amargamente.

El primer impulso de aquellos dos corazones fué saltar el uno al pecho del otro; pero luego la reflexion contuvo al de Ernestina.

Don Matías sí que no pudo reprimirse; i abriendo los brazos, avanzó esclamando:

—¡Mi Ernes...!

Alcanzó a dar dos pasos, se detuvo i se interrumpió ántes de pronunciar el nombre completo de su esposa, pues ésta se habia quedado inmóvil i mirándolo severamente como a un desconocido.

Don Matías cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó tristemente la cabeza.

Si el primer acto hizo estallar una chispa de disgusto en el pecho de la esposa ofendida, la actitud humilde i

resignada del esposo culpable la hizo esperimentar una profunda conmiseracion.

Ernestina hizo un grande esfuerzo para dominar sus emociones.

—¡Caballero!... esclamó al fin con voz temblorosa; caballero, ¿me ha mandado decir usted que mi hijo ha enviado una carta para mí?

—¡Sí, señora!... ¡Héla aquí!...

Don Matías entregó con todo respeto la carta de que era portador.

—¡Con el permiso de usted! le dijo ella desgarrando el sobre i volviéndose un tanto hácia la puerta, como buscando la luz, aunque solo lo hacia por ocultar su emocion.

Leyó lo siguiente, nublándose a veces sus pupilas con las lágrimas, i palpitándole en otras, con violencia, por la alegría, el corazon.

SEÑORA ERNESTINA MONTEMAR DE PEÑA

Santiago

Al leer esto, hizo un jesto de disgusto, pues le contrarió que su hijo, sin conocer su voluntad, le agregase un apellido que ella no habia querido llevar. Continuó, no obstante, la lectura que decia así:

Hermosa i amada madre mia:

Te escribo con el corazon rebozando de placer, tanto porque hemos dado un dia mas de gloria a Chile... (I digo *hemos dado*, no como "Juan Labra" que no siendo ni sacristan decia *hemos dicho* una misa cantada; sino porque a tu hijo le tocó, por una casualidad, tomar su



Leyó lo siguiente, nublándose a veces sus pupilas con las lágrimas, i palpitándole en otras, con violencia por la alegría, el corazón.

partecilla en la funcion. ¡Espléndida funcion, por otra parte, madre mia!... ¡Qué hermoso es un combate, un asalto, morir o matar por la patria!...) Decia que estaba mui alegre por nuestro triunfo i porque aquí, cuando ni siquiera lo soñaba, me he encontrado con un noble i hermoso caballero que dice ser mi padre. Casi no le creí al principio, pues le consideraba muerto; pero mi corazon comenzó a grandes gritos a decirme: ¡él es!... ¡él es!... abrázalo!...

Me acordé de ti, mi idolatrada madre, de tus sufrimientos, de tu larga soledad i sofoqué los gritos de mi corazon, negándome a reconocer i perdonar.

Pero imposible resistir a su voz dulce i conmovida, cuando, despues de un animado diálogo i viendo que yo seguia dándole el tratamiento de señor, esclamó con voz amarga i profundamente triste: *¡Señor!*... ¿No tendré el placer, como un perdon, de que mi hijo me diga una vez, siquiera una vez:—"¡Padre mio!"...

No pude disimular mas tiempo: abrí los brazos, él abrió los suyos i ambos nos estrechamos; yo diciéndole con toda mi alma: ¡padre mio!... i él, con voz ahogada, diciéndome: ¡Hijo... hijo de mi corazon!...

Ernestina no pudo continuar leyendo. Un mar de lágrimas anegaba sus pupilas i un torrente de sollozos hacian estremecer su pecho. Comprendió que si estaba un momento mas ahí, o se ahogaba por disimular sus emociones, o estallaba su corazon delante de don Matías.

Se volvió a él diciéndole:

—Permítame usted un momento, caballero; luego regreso.

Don Matías se inclinó. Comprendia lo que debia pa-

sar en aquel corazon, tan altivo, jeneroso i amante a la vez.

Ernestina llegó a su pieza i ahí dió libre curso a sus lágrimas, que rodaron abundantes i silenciosas por sus pálidas mejillas.

Aquel llanto, miéntras mas copioso, parecia aliviarle el pecho de un gran peso i descargarle el alma de antiguos i no curados dolores.

Jamas habia llorado de aquel modo. Cada lágrima que descendia por sus mejillas, era una gota de acíbar que le quitaban del corazon.

Las dejó, por tanto, correr, hasta que sintió su espíritu reanimado, su pecho lijero, su corazon tranquilo.

Ya en ese estado, tomó la carta de su hijo que continuaba así:

No hablamos una palabra mas, madre mia. Si a mi padre le sucedia lo que a mí, en ese momento debe haber sentido un grueso nudo en el cuello. Creo que no habia necesidad, tampoco, de que hablásemos mas, pues nuestros corazones zapateaban debajo de nuestras costillas i para saber lo que decian no necesitábamos repetírnoslo con los labios.

¿Sabes que has tenido buen gusto, madre mia? ¡Me agrada tu esposo así como está ahora mas que como está en el retrato que tú tienes! No me gustaba tener por *papá* un jóven poco mayor que yo. Lo que me ha entristecido es verlo mui acongojado, mui abatido i saber que no es feliz. Me dijo que no se atreveria a presentarse nunca a ti, pues tú no le perdonarias; pero yo le alenté a hacerlo confiado en tu induljencia.

Si ya no le quieres, perdónalo al ménos i déjalo por

ahí, en cualquier parte, hasta que yo vuelva, pues creo que tú, tan buena como eres, no me impedirás que yo le atienda i le ame un poco.

¿No es cierto que me lo permitirás? Si nó, te creeria mala.

No te alarmes, hermosa madre mia, si nó te escribo luego despues de un combate, pues sucede que a veces, *sobre calientito*, lo mandan a uno a un reconocimiento, a una espedicion, o qué sé yo a cuántos puntos.

Por mi parte abrigo la creencia de que no tocaré en esta funcion ni siquiera una miserable balilla de los peruanos; es decir, saldré ileso, pero no *i leso*, pues mi deseo es regresar a Santiago con algunos galoncillos para orgullo tuyo i de mi... ¡qué caramba!... ¿por qué no decirlo? i tambien para orgullo de mi padre.

Tu hijo te abraza; i besa tus lindos cabellos i hermosa frente tu

CAMILO MONTEMAR

P. S. Si quieres saber cómo nos conocimos con el señor Matías de la Peña, que él te lo cuente.

OTRO: El papá me ha puesto la cabeza medio mala. Se me olvidaba darte una grata noticia para la señora Trinidad i sus lindas hijas.

Diles, mamá, que su Luis se batió como un héroe, i tuvo la gloria de ser herido; pero su herida no es grave, i en pocos dias mas estará en pié.

Me encarga les diga mas de un millon de cosas; pero como no puedo decirles tanto, me limito solo a lo espuesto.

VALE

Ernestina se detuvo aun algunos instantes en su dormitorio hasta dominarse, hasta presentarse a su esposo serena i tranquila, como convenia a su resolucion. Cuando se consideró capaz de afrontar la nueva escena, se dirijió nuevamente al salon; pero al pasar frente a su peinador, no pudo ménos de echar una rápida mirada al espejo.

Vió que tenia los párpados rojos i la nariz un poco colorada, i se inclinó sobre el lavatorio para humedecerse con agua los ojos. Despues de enjugarse, alizó los cabellos, i aun arregló un encaje que unido a la bata rodeaba su cuello.

¿Fué aquello un sentimiento de coquetería? ¿Fué el deseo de agradar a su esposo?

Ni por su mente pasó lo último; i respecto de lo primero, diremos que sí, que fué coquetería, pero esa coquetería inherente al corazon de la mujer i sobre todo al de la que es hermosa. Coquetería que se ejecuta inconscientemente, sin cálculos ni propósitos determinados, i que solo es, en cierto modo, el cuidado de sí mismo.

Si por la mente de Ema hubiese pasado la idea de adornarse o ir al espejo para agradar a don Matías, eso solo habria bastado para que no se acercarse a él; tal era su carácter.

Ahora bien, cuando ya se sintió bastante animada, regresó al salon, en donde encontró a don Matías paseándose con la frente inclinada sobre el pecho. Al oir que llegaba, se detuvo i permaneció respetuosamente de pié.

—Dispense usted, caballero, que lo haya hecho esperar, le dijo Ernestina con voz poco segura... Tenga usted la bondad de sentarse.

—¡Gracias, señora! le contestó don Matías con voz triste. Permítame usted mantenerme de pié.

—Si le agrada mas a usted, haga lo que guste, le dijo Ernestina sentándose a su vez en el pequeño sofá.

Guardaron silencio. Ninguno sabia por dónde principiar; pero como Ernestina era la mas dueña de la situacion, fué la primera en romper el silencio.

—Mi hijo, señor, me dice que usted me esplicará de la manera que lo ha conocido. ¿Podria usted contarme eso sin molestia?

—Para mí, señora, contestó don Matías con voz grave i triste, será, al contrario, una complacencia, si con ello proporciono a usted alguna satisfaccion.

—I ¿cómo no proporcionármela, profirió Ernestina, tratándose de algo que se relacione con mi hijo?

—Si es así, señora, voi entónces a decirlo a usted en pocas palabras, pues mi encuentro con ese jóven no tiene nada de novelesco.

Don Matías se detuvo. Tenia que mentir, que arreglar una historia cualquiera, pues él tambien se habia resuelto a conquistar el corazon de su esposa, nó por medio de sus actos pasados, sino por lo que hiciese al presente i en el porvenir, para saborear el amor de su esposa, si lo reconquistaba, sin ninguna influencia estraña.

—En el campamento de Pisagua, agregó, oí el nombre de un Camilo Montemar; i como el apellido Montemar es tan raro, pensé que quien lo llevaba unido al nombre de Camilo, no podia ser sino... el de un jóven chileno...

Como don Matías se detuviese, Ernestina, que iba poco a poco recobrando su sangre fria, le preguntó:

—¿El de un jóven chileno a quien usted conocía?

—Nó, señora, contestó el señor de la Peña con voz dolorosa; no lo conocia; conocia solo su nombre...

—¿Desde cuándo, si usted tiene la bondad de decírmelo?

—¡Desde poco despues que nació!

—¿Cómo lo supo usted?

—Por una carta que aun conservo.

—¿Le anunciaron a usted que existia un niño que llevaba el nombre de Camilo i el apellido de Montemar?

—Sí, señora, a falta del apellido del padre, que se hallaba retenido entónces en el Perú por mil especulaciones i ambiciones, muchas de ellas falsas...

—I ¿el padre de ese niño no hizo nada para que su hijo cargase su apellido i nó el de la madre, que en cierto modo le infamaba?

—En el acto, señora, trató de reunir su fortuna para regresar a Chile; pero cuando se hallaba ya casi en víspera de realizarlo, ciertos acontecimientos políticos le obligaron a postergar su viaje.

—¿Se lo anunció así a la madre de su hijo por medio de una carta, siquiera?

Don Matías inclinó la cabeza i contestó con voz cada vez mas triste i apesadumbrada:

—¡Nó, señora!... I hé ahí la mas grave falta cometida por ese esposo i ese padre... Mil veces tomó la pluma para esplicar su ausencia, i mil veces la arrojó creyendo que en pocos dias mas él podria hacerlo verbalmente.

—¡Le costaba mucho escribir a ese caballero!...

—Nó, señora, fué mas bien, al principio, cierta idea (idea tonta, él lo ha reconocido mas tarde), de regresar a Santiago de improviso i de gozar con la sorpresa i la alegría causada a la esposa con su inesperada presencia.

Mas tarde, fué pesando sobre él ese algo que nadie sabrá cómo llamarlo, que nos hace no contestar una carta o no pagar una visita porque no lo hemos hecho en tiempo oportuno...

—Ese algo, señor, le dijo Ernestina, creo que puede llamarse indiferencia.

—¡Tal vez! esclamó don Matías con sentimiento; pero yo, lo juro a usted, no he sentido jamas por mi esposa, ni por el hijo a quien no conocia, esa indiferencia...

—Recuerde, señor, le dijo ella, que no hablábamos de usted. Nos referíamos a una tercera persona, de la cual yo pedia ciertos datos i a la cual usted defendia con ciertas escusas.

Don Matías cruzó los brazos sobre el pecho, i despues de mirar a Ernestina un instante con ternura i dolor infinitos, esclamó con vehemencia:

—¡Basta!... ¡No hablemos así, si no quieres que aquí mismo se rompa mi corazon!... ¡Arrójame de tu casa, despréciame, niega que eres mi esposa, no me concedas que reconozca a mi hijo, ordénale a él mismo que no me reconozca por padre, haz, en fin, cuanto quieras para castigarme i vengarte; pero no me obligues, nó, a llamarte *señora*, ni a oir que tus labios me den a mí el título de *caballero* o *señor!*... Merezco tu desprecio, merezco que me desconozcas a la faz del mundo; pero ya que nos hemos encontrado, ya que nuestros corazones están traspasados por el dolor, no hagamos la farsa de hablar como estraños... Si ésta ha de ser la última vez que nos veamos ¿por qué no hemos de hablar con franqueza?... ¿Por qué yo, que vengo a pedirte perdon de mis estravíos, no he de poder decirte:—¡Ernestina, esposa mia, compañera de mi juventud, perdóname!...?

¿Por qué tú, no queriendo hacerlo, no has de contestarme:—¡Matías!... ¡todo ha concluido entre nosotros!... ¡Vete!...

Ernestina inclinó la cabeza sin saber qué contestar.

Don Matías la miró largo rato con cierta idolatría; i al verla tan hermosa i recordar lo que él le habia dado que sentir, no pudo contenerse i acercándose a ella cayó de rodillas a sus piés.

FIN DE LA ENTREVISTA

Al ver repentinamente ante sí, arrodillado, a don Matías, Ernestina lanzó una esclamacion de sorpresa i se quedó muda de estupor.

Habria querido huir, librarse de cualquier modo de prolongar aquella escena que tanto torturaba su corazon; pero ya era imposible volver atras.

¿Qué haria? No era posible, no podia aceptar la idea, solamente, de volver a unirse con su esposo; aquello tenia algo de indecoroso, de indebido, que se avenia mal con su austera vida de casta viuda.

Pero era el caso que tampoco se encontraba con valor suficiente para rechazar a su esposo, al padre de su hijo, cuando llegaba, humilde i arrepentido, a pedirle perdon.

Don Matías, al arrodillarse a los piés de Ernestina, levantó hácia ella sus ojos suplicantes, i con voz tierna i conmovida, le dijo:

—¡Soi indigno de llamarme esposo tuyo, pero al ménos concédeme que de rodillas te hable!...

—¡Levántese, levántese usted!... le dijo ella con voz

trémula; el hombre no debe doblar las rodillas sino ante Dios!...

—¡I tú, Ernestina, en este momento, eres mi dios, el dios misericordioso de quien yo espero perdon i piedad!...

—¡Levántese usted por favor!... le interrumpió ella, casi asustada al ver tanta humildad.

—¡Nó, contestó él sacudiendo la cabeza con amargura; nó, no me levantaré de tus piés si no me dices que me perdonas!...

—¡I bien, sí, lo perdono! esclamó ella con los ojos llenos de lágrimas i la voz trémula; ¡perdono a usted con toda mi alma!...

—¡Oh!... gracias!... gracias!... esclamó él apoderándose de una mano de 'su esposa i cubriéndola de besos i de lágrimas. ¡Gracias, eres un ánjel!...

Hai emociones que no pueden describirse así como hai colores que no pueden pintarse o sonidos que no pneden reproducirse.

Ernestina no sabia si gozaba o sufria. Su corazon nadaba en un mar de dicha inefable i de dolor infinito. Habria querido llorar i reir, cantar i sollozar, todo a la vez. Aquellos besos apasionados que sentia en su mano, dados por el esposo que tantas lágrimas la habia hecho verter con su ingratitud; aquel arrepentimiento tan grande i tan sincero, eran para ella algo tan dulcísimo, tan inefable, que por largo rato embargó su voz.

—¡Levántese, levántese usted!... murmuró al fin.

Don Matías obedeció, i al ver la profunda emocion de su esposa, le dijo:

—¡Ernestina!... yo he venido a turbar tu tranquilidad, a perturbar tu reposo; pero no habria muerto feliz si no

hubiera oido de tus labios que me perdonabas!... Ahora que mi suerte está en tus manos, dime ¿qué debo hacer?

Ernestina le miró admirada, como interrogándolo.

—Sí, agregó don Matías, ¿qué debo hacer? ¿Debo separarme de ti para siempre, para siempre, para no vernos mas?

La amante esposa sintió que se le oprimia el pecho; pero no se atrevió a contestar.

—¿Debo alejarme de aquí, agregó él con voz triste, con la esperanza de que una que otra vez me recibas como a un amigo?...

—¡Oh!... esclamó Ernestina verdaderamente confundida; ¡oh!... ¡yo no sé, por Dios, lo que debo hacer!... ¡Soi viuda ante todo el mundo i seria una especie de escándalo que de la noche a la mañana apareciese con marido!... ¡Oh!... nó, nunca!... Si usted...

—*¡Si usted!*... le interrumpió don Matías con tristeza. *¡Usted!*... ¿por qué no me tratas como ántes? ¿por qué despues de haberme dado tu perdon no me tratas como a tu esposo?

—¡Han pasado tantos años entre aquellos dias i hoi!... Pero te complaceré si con ello te doi alguna satisfaccion! Decia que si vas a permanecer en Santiago algun tiempo, podremos vernos de cuando en cuando, como antiguos amigos, sin necesidad de comunicar a nadie los vínculos que nos unen. De esta manera no daremos escándalo i seremos mas felices que ántes sabiendo que vivimos. Cuando regreses al Perú, me escribirás de cuando en cuando tambien, i yo te contestaré. Así, al ménos, sabremos si uno u otro deja de existir para que el sobreviviente ruegue a Dios por él.

Don Matías meneó tristemente la cabeza.

—Yo no regresaré al Perú, Ernestina, le dijo.

—¿Por qué?

—Porque despues de haber conocido a mi hijo i verte a ti, no podria vivir léjos de ustedes. Nó... basta ya!... Si en tantos años han podido mas en mí las frivolidades de la sociedad i la ambicion de enriquecerme, hoi no quiero otra cosa que consagrar el resto de mi vida a conquistar el corazon de mi hijo i a probarte que mi arrepentimiento es tan grande como mi falta.

El señor de la Peña guardó silencio un instante i luego agregó:

—No se me oculta que la prueba i expiacion a que Dios me sujeta son duras; pero tengo fuerzas i valor para afrontarlas. Hoi no soi mas que un triste prisionero que donde vaya i sepan que soi peruano, me considerarán como enemigo; i por mucha que sea la jenerosidad de los chilenos, me despreciarán i negarán su proteccion. Pero ¡no importa! iré de puerta en puerta, i será mucha mi desventura, si no encuentro alguna que se abra para darme un rincon i el sustento en cambio de mi trabajo. Todavia mi letra es buena i serviré de escribiente a un abogado, o copiaré música a tantos centavos la plana...

—¡Dios mio!... esclamó Ernestina conmovida i con los ojos llenos de lágrimas. ¿Tanta es tu pobreza? ¡Pero no necesitas trabajar para vivir miéntras estés prisionero! El gobierno de Chile suministra todo, con abundancia, a los prisioneros!...

—Sí, lo sé, Ernestina; pero hai en mí algo que se revela, que no me permitirá comer en la ociosidad el pan que me den los que forzosamente tengo que llamar enemigos, aun cuando en mi corazon los miro como mis hermanos!... ¡Nó, no comeré el pan de la prision; prefie-

ro devorar el de la caridad pública porque ese es el pan que nos da Dios por mano de nuestros hermanos!

Ernestina sentia el pecho anhelante, la respiracion entrecortada, el corazon como entre dos grandes peñas. Una lucha terrible se libraba en su pecho; pero no pudo reprimirse mas tiempo i levantándose, esclamó con voz entrecortada por la emocion, pero llena de enerjía:

—¡Nó!... ¡Tú no comerás el pan de la caridad pública miéntras yo i tu hijo vivamos! ¡Tú no mendigarás un techo miéntras yo tenga uno!...

Se detuvo porque la emocion la ahogaba. Luego agregó con cierta indignacion:

—I ¿has podido pensar, Matías, en ir de puerta en puerta a buscar una ocupacion sabiendo que yo estoi aquí?...

El señor de la Peña quiso contestar, pero no pudo. Aquella alma tan grande le anonadaba. Pensó echarse a sus piés i decirle: ¡Mentira!... mentira!... Soi rico, inmensamente rico, i puedo darte los mejores palacios, las mas valiosas joyas i rodear tu vida con todo el fausto de la grandeza!...

Pero le contuvo la idea de perderlo todo i de privar a Ernestina del placer que iba a sentir siendo para él su apoyo. Recordó lo que le habia dicho su hijo i vió que todo habia salido exacto.

Tras de breve rato, que empleó en dominar su emocion, pudo al fin decir:

—¡Tú, Ernestina, darme pan i albergue!... ¡Tú que apénas debes tener lo necesario para la vida!...

—¡Te equivocas!... vivo pobremente pero sin necesidades!...

—¡Oh!... ¡nó!... esclamó don Matías.

—¿Por qué?

—Porque seria casi un crímen que yo, despues de haberte dejado abandonada tantos años, viniera ahora, cuando estoi pobre i desvalido, a concluir de sacrificarte!...

—¡Calla! le interrumpió Ernestina con un jesto de disgusto; ¡tú no me conoces!...

I se sentó, enfadada, herida en el corazon.

—Pero tú misma lo has dicho, Ernestina, le dijo él; ¡nuestra union causaria una especie de escándalo i ese sacrificio no puedo yo imponértelo!

—¡Sí, es cierto! contestó ella con animacion; pero ahora cambia de aspecto. Si se escandalizan, si murmuran, que se queden con su escándalo i su murmuracion; yo cumplo ahora con un deber i ninguna consideracion puede detenerme!... Ántes nó, se trataba de aparecer ante el mundo, vieja ya, con un marido, nada mas, tal vez ante los ojos de todos i sobre todo ante los mios, que por liviandad. ¡Ahora es distinto; tú eres prisionero, tú estás pobre, tú necesitas un techo hospitalario i yo no debo consentir que nadie te lo dé pudiendo dártelo yo!... Ante Dios i ante nosotros viviremos como hermanos, porque así debe ser; pero ante el mundo seremos esposos!... Tú no estarás acostumbrado, sin duda, a vida tan modesta como la mia; pero ese será el sacrificio de tu cautiverio!...

¿Qué contestar?

Don Matías volvió a arrodillarse a los piés de su santa i noble esposa, i bañando sus manos de lágrimas solo pudo murmurar:

—¡Gracias!... ¡gracias!... ¡Eres un ánjel!...

Ernestina, conmovida pero alegre con aquella dicha

inesperada de poder servir a su esposo en los dias de desgracia, le dijo:

—¡Vamos!... ¡levántate i ven a tomar posesion de tu pieza!...

Lo condujo a la que seguia del salon.

—Esta, le dijo, es la pieza de mi hijo i en adelante será la tuya. Cuando él regrese tomaremos otra casa si no cabemos en ésta. ¿Te agrada?

—¡Será para mí un palacio, un pedazo de cielo, Ernestina!...

—¡Te lo creo i con ello me complazco!... Ahora ¡déjame un momento, o mas bien, te dejo yo a ti!... ¡Voi a dar gracias a Dios de lo que ha hecho por mí!...

Pasó a la otra pieza i de ahí a su dormitorio.

Tenia necesidad de llorar mucho, mucho aun, a los piés de la dulce imájen de María.

Don Matías la dejó alejarse sin poder decirle una palabra. La dicha, como el dolor, tambien ahoga.

La pieza era un cuartito de soltero.

Una alegre alfombra, una cómoda, un ropero, una cama con blanca colcha, un lavatorio, un velador, un escritorio con su pequeño estante de libros i un canapé, constituian el mueblaje.

Las paredes estaban llenas de pequeños cuadros a lápiz, acuarelas, paisajes i oleografías. No podia darse nada mas sencillo i al mismo tiempo mas alegre.

—¡Gracias, Dios mio!... murmuró a su vez don Matías. ¡Gracias por esta felicidad que me deparas i de la cual soi indigno!...

LO QUE HABRIA HECHO MANUELA SI SU MARIDO RESUCITASE, ETC.

Cuando Ernestina hubo desahogado su pecho, esta vez henchido por una suprema felicidad, regresó al lado de su esposo para preguntarle si algo necesitaba.

—¡Nó, Ernestina! la contestó él, encontrándola cada vez mas hermosa. Solo quiero ir al hotel para traer mi modesto equipaje i de esta manera, agregó sonriendo, tomar posesion mas efectiva de esta casa.

—Bien, anda, le contestó ella sonriendo tambien; así te tendré por mi parte mas seguro.

Don Matías tomó una mano de su esposa i aplicando a ella sus labios, le dijo:

—¡Hasta luego, entónces!...

—¡Hasta luego! ¿Comeremos juntos?

—¡Oh, sí!... ¡ahora i siempre!...

Don Matías partió, i Ernestina fué en busca de su amante pero regañona criada.

Estaba ésta chupando la cola de un delgado cigarrillo,

sentada en la piedra de moler, miéntras el fuego que ya no humeaba en la cocina i las ollas ya cansadas de hervir o sin tener ya nada que hirviera en ellas, presentaban todas las muestras del abandono.

Al divisar a Ernestina, la vieja se levantó, i acercándose a ella, la miró de una manera impertinente a los ojos.

—¡Está bueno eso!... gruñó. ¿No ve usted? ¡los ojos así! ¡como tomate!... ¡Bonita está ahora!

—¡Pero estoi contenta, mi buena Manuela, la contestó Ernestina sonriendo; tan contenta como no me habrás visto tú nunca desde que me conoces!

—¿Contenta, eh?... interrogó la vieja mirando a su señora con admiracion.

I aun cuando su vista estaba ya un tanto fatigada, la fiel sirviente no pudo ménos de notar que efectivamente en el semblante de su señora se reflejaba una de esas dichas tranquilas, inefables, que parece derraman suave i agradable brillo sobre las facciones. Los ojos, sobre todo, parecian nadar sobre un mar de luz.

—¡Vírjen santísima, madre de Dios! esclamó Manuela mirando de hito en hito i con una especie de adoracion a su ama. ¿Qué es lo que sucede aquí? ¡Pues si le digo que, a pesar de los ojos como tomate, está ahora como si se fuese a ir al cielo!...

—Es que el buen Dios, mi querida Manuela, me ha mandado aquí un pedazo de su cielo; i si mi hijo no sufre nada durante la guerra, voi a ser el resto de mi vida la mas dichosa de las mujeres!...

Manuela se santiguó murmurando en tono de rezo:

—¡Alabada sea la Vírjen santísima, madre de nuestro Divino Redentor, amen!...

I se quedó con la boca abierta, como aguardando mas esplicaciones.

Ernestina creyó un deber instruir a su vieja criada, la primera, sobre lo que le acontecia.

—¿Te fijaste bien en el caballero que entraste al salon? le preguntó.

—Sí, señora; ya lo creo que me fijé desde que me dijo que *mi enemigo mortal* estaba gordo, bueno i contento, i no le habia sucedido nada en esa batalla de *la Patagua.*

—¿No lo hallaste parecido a nadie?

—¡Bueno está eso! Ya lo creo que no; pero cuando me vine aquí ¿ve usted? i me puse a cavilar en el caballero ese que tanto la habia hecho lloriquear con sus tales cartitas, yo me dije: ¿cara, dónde te he visto?... ¡Pero ¡nada! agregó Manuela dando un suspiro; ¡nada! ¡ya mi memoria no está como cuando mi Juan (¡a quien Dios tenga en su santa guarda!) me contaba un cuento de primor i yo se lo repetia despues sin perderle una palabrita!...

—¿Tendrias mucho gusto, mi Manuela, si tu Juan resucitase?

—¡Bueno está eso!... ¡Ya lo creo!... ¡Sí, señora! Estaria así tan viejo como yo, i él me torceria a mí los cigarritos i yo se los torceria a él!... ¡Vírjen santísima! Pero ¿a qué platicar de eso, mas bien?

—I si tu marido en vez de haber muerto se hubiese alejado de tu lado i hubiese pasado muchos, muchos años sin escribirte ni darte noticias suyas i volviese despues a tu lado ¿qué harias?

—¡Vaya! ¿Qué habia de hacer, señora? Juntarme con él, pues, si no era malo i me prometia no hacer otra

arrancada. Para eso era el marido que Dios me habia dado!

—I ¿si llegase pobre i tú tuvieras como socorrerlo?

—¡Bueno está eso!... Si cabíamos los dos en mi cuarto, ahí lo echaba. ¿Acaso una tiene entrañas de fiera?

Ernestina se conmovió al ver en aquel corazon rústico sus mismos sentimientos.

—I bien, le dijo, ¿no has encontrado que el caballero que estuvo denantes se parece al retrato que hai en el salon?

Manuela se quedó un rato pensando.

—¿Sabe usted que está bueno eso? interrogó al fin. ¡Ya lo creo!... sí!... se parecen; pero el uno es jóven i el otro ya maduro. El papá de mi niño es mas guapo i mas jóven!

—Se retrató cuando era jóven, dijo Ernestina; pero a la fecha ¿no te parece que estaria como este caballero?

—Así... así... ya lo creo, señora.

—I ¿qué dirias tú si ese caballero fuese el mismo del retrato?

—¡Vírjen Santísima, madre de Dios! ¿El papá de don Camilito, de mi niño, de mi *enemigo mortal?* ¡Jesus, María i José!... No diga usted eso, señora!...

—¿Te desagradaria?

—Pero ¡qué cosas las suyas!... I ¿por qué me desagradaria si él es bueno i trae el contento a esta casa?

—Pues bien, mi vieja, mi fiel Manuela, le dijo Ernestina: ese caballero que has visto es el padre de mi hijo, es mi esposo...

—¡Acércate, agregó atrayéndola hácia sí, i dame un abrazo, pues sé que esto será para ti un premio!...

La buena vieja se habia quedado alelada, con la boca abierta, con los brazos caidos al largo del cuerpo. Parecia petrificada.

Ernestina se acercó a ella i la abrazó.

—¡Vírjen Santísima del cielo! murmuró Manuela, conmovida hasta la médula de los huesos.

I cuando se desprendió de los brazos de su señora, dos hilos de lágrimas rodaban por sus arrugadas mejillas.

—Ahora, le dijo Ernestina, es necesario que nos hagas una comidita un poco mejor, pues él se viene a comer. Yo te ayudaré.

—¡Sí! ¿eh? interrogó Manuela entre sollozo i sollozo i miéntras enjugaba sus lágrimas con el dorso de sus manos. ¡Está bueno eso para ponerse las manos como una carda!... ¿Acaso yo no puedo hacerlo todo? ¡Yo no la necesito aquí!... ¿estamos?

—Bien, me iré, haz lo que gustes.

Manuela era una de esas viejas que conservan una grande ajilidad i que cuando están buenas i contentas la despliegan de una manera maravillosa.

No bien Ernestina se hubo retirado, se apoderó de las ollas en que, segun su espresivo lenguaje, habia dejado requemarse el almuerzo. Los tizones, que ya no humeaban fueron puestos, en monton i con dos o tres soplidos de aquellos labios que parecian no tener ya fuerzas mas que para rezongar, el fuego principió a arder.

En un santiamen las ollas estuvieron limpias, el fuego voraz, el agua a punto de hervir, i cuando ya todo estaba listo en la hornilla, Manuela se dirijió, al trotecito, a un pequeño gallinero en donde escarbaban tranquila i golosamente algunas aves de corral.

De un certero palo asestado en la cabeza derribó una gallina i, casi al vuelo, pezcó un pollo cuyo cuello torció sin misericordia.

Pollo i gallina, asidos de las patas, salieron del gallinero aleteando, pero ya sin esperanzas de comer una vez mas el sabroso maiz.

CORRESPONDENCIA DEL NORTE

Ya que nos hallamos en Santiago, i como es mui posible que mas tarde figuren en nuestra historia algunos deudos de los personajes que tenemos en escena, nos vamos a permitir presentarles una nueva familia.

En la calle de la Compañía, en una casa vasta, de esas antiguas i tan cómodas de que ya van quedando pocos ejemplares, vivia la señora Trinidad Palacios, esposa de don Fernando Aravena, a quien, bajo el nombre de Jenaro Buzeta, hemos visto desempeñar un importante papel en Tacna, al lado del excelentísimo señor Hilarion Daza.

Era la señora Trinidad una mujer ya bastante entrada en años; pero cuyo semblante conservaba las huellas de la hermosura.

Era alta, mas flaca que gorda, de porte severo, realzado mas aun por un traje negro, sencillo i austero. Sus cabellos, nevados por los años, los mantenia siempre cuidadosamente peinados i en toda su persona se notaba un aseo irreprochable.

La espresion de su fisonomía era el espejo de su alma; un alma tranquila, reflexiva, resignada con el dolor cuando lo esperimentaba, dando gracias al cielo cuando le mandaba una alegría.

Tenia por hijos la señora Trinidad, a mas del jóven oficial Luis Aravena, a quien hemos dejado herido en Pisagua, a dos preciosas jóvenes, que eran las joyas del hogar.

Celia, era la mayor, tenia el semblante moreno i ovalado, los labios un poco gruesos pero mui rojos, los ojos pardos mui espresivos i la nariz un tantico aguileña. De senos mui altos, de formas mui redondas, de talle esbelto, Celia tenia un no sé qué de picante, de mui atrayente i voluptuoso. Su carácter era algo parecido al de doña Trinidad, tranquilo, sereno, como lago sin olas.

Lucía, la menor de los tres hermanos, era aun una niña.

¿Cómo la describiremos? ¿Diremos que era el boton de rosa cuando principia a entreabrir su corola i a emanar sus perfumes? ¿Diremos que era la recien nacida mariposa que nada, jugueteando con la brisa, en los floridos jardines? Esto, a mas de estar ya un tanto gastado por los poetas no nos daria idea mui cabal de Lucía, como pueden dárnosla cuatro líneas de burda prosa.

Bajo una cabellera abundante, naturalmente rizada, se ostentaba una alta i despejada frente a la cual parecian iluminar dos ojos de grandes pupilas llenas de fuego i animacion. Eran de esas pupilas que al mirar recuerdan la inmensidad del océano o la profundidad de un abismo, pues parecen destinadas a abarcar el infinito.

Las mejillas de Lucía, coloreadas con el alegre tinte

de su juventud, estaban en armonía con su boca, pequeñita, rosada, de labios juguetones, que al moverse para reir o hablar, hacian en su barba i mejillas hoyuelos endonde parecia anidarse el amor.

Por lo demas, Lucía estaba en esa edad en que la niña principia a ser jóven, en que el seno se desarrolla, el talle se yergue, la mirada brilla i la voz adquiere ecos armoniosos.

Niña mimada de toda la casa, idolatría de sus padres i hermanos, festiva i juguetona, cariñosa i tierna con todos, era Lucía uno de esos ánjeles que hacen con su sola presencia la dicha de cuantos los rodean.

Ahora bien, el mismo dia en que don Matías escribia una i otra carta a Ernestina, sin agradarle ninguna, la familia que hemos descrito se hallaba, despues del desayuno, reunida en una sala de labor.

Doña Trinidad ocupaba una silla de brazos i tenia a su derecha a Celia, que tejia una *punta* con lana rizada.

Al frente de ellas, luciendo sus diminutos piés calzados con botas de cabritilla, gracias a lo corto aun de sus vestidos, estaba Lucía, teniendo en las manos EL FERROCARRIL, cuya crónica acababa de recorrer.

—¡Qué fastidio! murmuró haciendo un jesto de despecho. ¡Parece que hoi no viene nada sobre la guerra!...

—Recorre bien, hija mia, le dijo doña Trinidad. Ayer no mas se ha dado suplemento, en la tarde, anunciando que ha llegado a Valparaiso un vapor conduciendo muchos prisioneros...

—¡Pues eso debia ser lo primero, mamá!... ¡Pero estos periodistas no saben hacer las cosas!... ¡Veamos!...

I luego leyó:

—"Noticias de Europa..." ¿Qué nos importa Europa

a nosotras ahora?... "Congreso Nacional." ¡Tampoco!... Me gusta leer lo que habla don Benjamin Vicuña Mackenna, porque se conoce que de su corazon reboza el patriotismo. Vamos adelante: "Editorial de El Mercurio." No nos importa tampoco... "Prensa nacional." Esto es bueno; pero no hace al caso... ¡A ver!... aquí hai algo. Dice: "Correspondencia del Norte".

—¡Lee, hija mia! le dijo doña Trinidad; ahí tendremos algunos detalles.

Era, efectivamente, una descripcion de la batalla de Pisagua, que Lucía leyó temblándole mas de una vez la voz. Ya al final se encontró con el párrafo siguiente:

No nos es posible, casi, enumerar los oficiales i soldados que mas se han distinguido, porque cada cual ha rivalizado en enerjía, en osadía i en valor.

Sin embargo, haremos mencion siquiera de los que con su sangre i su vida se han hecho mas acreedores a nuestro respeto i a la gloria.

Seguia la lista de los oficiales muertos, luego la de los heridos, i concluia así:

Entre los que mas han llamado la atencion por su juventud e intrepidez, debemos mencionar a un arrogante subteniente del batallon ***, que, aunque desembarcado de los segundos, fué uno de los primeros en emprender el ataque a pecho descubierto sobre las trincheras enemigas, desalojando, con un puñado de valientes de su compañía, a los peruanos i bolivianos parapetados tras de los reductos o de las rocas.

Este bravo oficial, cuyo nombre debe pasar a la historia, es el jóven Luis Aravena...

Una triple esclamacion de sorpresa, de alegría, de inquietud i de orgullo, todo a la vez, salió de aquellos tres pechos amantes.

—¡Mi hijo!... ¡Mi Luis! esclamó doña Trinidad con los ojos llenos de lágrimas i la voz trémula por la emocion.

—¡Lucho!... esclamó Celia; ¡ya pensaba yo que se habia de distinguir!

—¡Mi hermano!... murmuró a su vez Lucía. ¡Oh!... con qué orgullo lo abrazaré cuando regrese!...

Se repusieron un tanto.

—¡Lee, Lucía! le dijo Celia; ¡pueda ser que venga algo mas!

—¡Pero si tengo los ojos llenos de lágrimas! le contestó ella entre festiva i triste.

—Dame el diario, yo continuaré, le dijo Celia.

—¡Nó, quiero leerlo yo!...

Efectivamente continuó leyendo lo siguiente:

El jóven Aravena, seguido de sus soldados a quienes electrizaba con su valor de niño bravo, emprendió el ascenso del cerro i él con su espada i los que le seguian con sus yataganes, sembraban la muerte i el espanto en las trincheras...

—¡Ai, por Dios! esclamó Lucía interrumpiéndose; ¡no me gusta eso que Luis haya muerto a otros hombres!... Cuando vuelva, voi a tenerle miedo!... ¿No dicen, mamá, que a los que matan se les pone la cara mui fea?

—Eso será, hija mia, a los viles asesinos, pero no a los que matan noblemente en defensa de su patria.

—Bueno, pero no debian matarse; debian pelear así no mas, como cuando chiquillas Celia i yo echábamos fuerzas hasta voltearnos...

—¡Lee, tonta, le dijo Celia con cariño; ve qué mas dice de nuestro hermano.

Lucía continuó:

El arrojo casi temerario del subteniente Aravena, debia al fin tener término. Una traidora bala le hirió...

Tres gritos de dolor oyéronse a la vez.

—¡Dios mio!... balbuceó doña Trinidad elevando la vista i sus manos al cielo. Dios misericordioso, tened compasion de mí!...

Celia se quedó muda, pálida, con los ojos secos i fijos, sintiendo que le faltaba el aliento.

Lucía arrojó el diario, i tapándose el semblante con ambas manos, prorrumpió en amargo, en desconsolado llanto.

—¡Yo se los decia... murmuraba entre sollozos i sollozos, que se iba a matar, que ya no le veríamos mas!... ¡Ai!... mi hermano, mi Luis, ya no te veremos mas!...

Doña Trinidad, con la vista fija en el cielo, con las manos juntas en actitud de orar, balbuceaba una plegaria miéntras que por sus mejillas rodaban gruesas lágrimas.

Celia fué la primera en dominarse un tanto i en concebir la esperanza de que la herida de su hermano no fuese grave.

Tomó el diario con mano febril, leyó para sí unas cuantas líneas de la continuacion i esclamó:

—¡No lloren!... ¡Luis vive i está fuera de peligro!... ¡no se teme nada por su vida!

El efecto fué súbito.

—¿Qué dice? interrogó doña Trinidad con voz anhelante.

—¡A ver, lee!... ordenó Lucía con voz imperiosa de niño enojado.

Celia con voz trémula, leyó:

Una traidora bala le hirió en un costado...

—¡Dios mio!... repitió doña Trinidad.

Celia continuó:

Una traidora bala le hirió en un costado; pero aun así continuó algun tiempo batiéndose como un leon!...

—¡Dios mio!... ¡qué imprudencia!... murmuró doña Trinidad.

—¿No ven? interrogó Lucía llorando i enfadada. ¿No ven? ¡Si quiere hacerse matar!...

Celia agregó:

Las fuerzas faltaron al fin al valeroso jóven subteniente i cayó en medio de los enemigos que él i los suyos habian derribado en la trinchera.

Su asistente, un viejo soldado que hace recordar a los veteranos de Napoleon el Grande, quiso prestarle auxilio; pero él le ordenó que siguiese batiendo al enemigo.

—¡Si es como yo lo digo! esclamó Lucía llorando a mares; ¡quiere morirse!...

—¡Oye! le dijo Celia temblándole la voz; ¡nuestro hermano ha sido un héroe! ¡Oye lo que dice el corresponsal!

Leyó:

El fiel asistente obedeció; pero no bien terminó la batalla, volvió en busca de su amo, a quien trasladó en sus brazos, como si fuera un niño, hasta el campamento...

—¡El buen Lúcas!... esclamó Lucía. ¡Ya no le tiraré mas el bigote ni las orejas!...

Celia continuó:

Una vez instalado en una cama el heróico subteniente, se reconoció su herida por los mejores cirujanos, i todos a una declararon que, aunque la herida era grave, no ofrecia ningun peligro.

—¡Gracias, Dios mio! esclamó doña Trinidad con toda la efusion de su alma.

En el momento que escribimos estas líneas, continuó leyendo Celia, el subteniente Aravena está mui restablecido i se espera que en pocos dias mas podrá abandonar la cama.

Se dice que, apénas se incorpore a su batallon, el jeneral en jefe en persona le conferirá, ante todo el ejército, el grado de teniente por su heroismo sin igual.

Las tres permanecieron largo rato mudas, i luego, como movidas por un solo instinto, ambas jóvenes cayeron en brazos de su madre i ahí lloraron las tres, estrechamente unidas, hasta que desahogaron su corazon.

CARTA DE LÚCAS

No habian aun enjugado sus lágrimas la amante madre i tiernas hijas, cuando oyeron resonar el aldabon de la puerta de calle.

Lo récio de los golpes les indicó que era el cartero, pues éstos, por andar siempre de prisa i por tener la seguridad de que siempre son bien acojidos, usan de una prerrogativa que a veces no se toma el mismo dueño de casa.

Aguardaron con impaciencia, i apénas un muchacho que hacia de portero se presentó en la antesala o costurero, Lucía, lijera como una cervatilla salió a su encuentro para recibirle una voluminosa carta que aquel puso en sus manos.

—¡Es carta de Lúcas! esclamó con alegría ¡carta del viejo gruñon!...

Necesitamos ántes decir dos palabras.

Lúcas era un veterano que el año de 1839 habia ido al Perú, como asistente de don Fernando Aravena, padre de Luis, segun ya lo hemos dicho. Su fidelidad, el gran

cariño que tomó a don Fernando i el que éste a su vez sintió por el fiel asistente, hizo que ambos no volvieran a separarse, sino durante un tiempo que don Fernando estuvo en Bolivia; pero quedando Lúcas, en cambio, al lado de doña Trinidad. Habia, por tanto, como suele decirse, visto nacer a Luis, Celia i Lucía, a quienes mil veces habia mecido en sus brazos i a quienes amaba mas que si hubieran sido sus propios hijos.

Lúcas, como casi la totalidad de nuestra jente del pueblo, por aquella época, no sabia escribir; pero Luis, como jóven progresista, se propuso enseñarle, lo cual fué aceptado con gusto por el viejo soldado.

No era ya la edad del estudiante para hacer grandes progresos, sobre todo tratándose de mover los dedos, teniendo entre ellos un delgado lapicero. Con un pesado fusil o una gran barreta, él estaba acostumbrado a jugar; pero tener que trazar con aquel embeleco de pluma, caractéres que le parecian microscópicos, era para él punto ménos que imposible.

Sin embargo, como «quien porfía mucho alcanza», Lúcas trazó durante mucho tiempo gruesos i curvos palotes hasta que llegó el dia en que fué ascendido a trazar letras. La enseñanza, por esta época, estuvo casi esclusivamente a cargo de Lucía, pues, con motivo de sus estudios, Luis no tenia tiempo para dedicarse al profesorado. No podremos decir si el aprendizaje marchó de una manera mas rápida con la nueva maestra; lo que sí podemos aseverar es que diariamente habia mas o ménos, una escena como ésta:

Al medio dia, cuando Lúcas se desocupaba de sus quehaceres domésticos, era llamado por Lucía.

—¡Ea, viejo flojo! le decia con su vocesita imperiosa i

con su semblante infantil mui airado. ¡Ea, viejo flojo! ¿no piensas escribir hoi?

—¡Voi!... ¡voi en el acto! contestaba el veterano jirando sobre sus talones.

—¡Cuidado con ir a hacer garabatos como ayer! le decia la jóven con voz amenazante.

Al cabo de una media hora, Lucía iba a la mesa en que Lúcas, erguido, teniendo entre sus gruesos dedos el lapicero, trazaba caractéres que copiaba de una muestra hecha por Lucía.

Por regla jeneral, la jóven maestra avanzaba de puntillas hasta colocarse a la espalda de su discípulo; i una vez ahí, observaba su trabajo. Pero esta observacion era mui corta i concluia siempre por un coscorron seguido de un tiron de orejas.

—¡Viejo torpe!... le decia miéntras lo zamarreaba. ¡Mira los garabatos que estás haciendo!... ¿No te he dicho que la *O* debe ser mas redonda? ¿Cuál es el perfil que tiene esta letra? Todas parecen unos troncos, o los palos de leña que hai en la cocina! ¡Jesus, qué torpeza!... ¡A ver, déjame correjirte!...

El viejo soldado cedia el banco a su jóven *amita* i se quedaba de pié, inmóvil, contemplando embebecido aquellos deditos finos i sonrosados que diariamente le hacian arder las orejas i trazaban tan bonitas i perfiladas letras.

De esta manera, el viejo Lúcas habia llegado a darse medianamente a entender, trazando gruesos caractéres en líneas disparejas i torcidas a pesar del rayado del papel.

—¡Mira el sobre, mamá!... esclamó Lucía riéndose. ¡Si estuviera aquí el viejo, le daba un tiron de orejas!

El sobre estaba concebido en estos términos:

MUI URJENTE

A LA SEÑORA TRINIÁ PALCIOS DE ARAVENA

RECOMENDÁ AL CARTERO MUI URJENTE

EN LA CALLE DE LA COMPAÑÍA

EN SANTIAGO

Lucía desplegó la carta, la cual copiamos corrijiendo aquellas palabras o dicciones que por lo mal escritas harian oscuro su sentido:

Decía así:

SEÑORA TRINIÁ PALASIO DE ARAVENA I SEÑORITAS CELIA I LUCÍA.

Mi señora i mis señorita:

Cuando esta mal formás letras lleguen a sus manos El Too Poderoso a de tenerlas buenas como mi corazon lo desea.

Mis amitas: ya abran sabío por los papeles que convatimos en pi Sagua i que izimos correr a los cuicos i cholos, matándoles gran cantiá.

Pero lo merecian, porque Dios está castigando a esto cholo i nosotros somos los que le castigaremos.

Mi suteniente, el señorito Luis, a peleao como no ei visto. Daba gusto verlo tan guapo: si parecia a ese Anjel de cuerpo entero que abía en Sanfrancisco cuando le iba a pegar al enemigo malo que tenia a sus pies, con la espada que tenia en la mano.

Solo el patron, mi Capitan a peleao el año treinta 8 con tanta furia. Pa qué le igo como llovian las balas:

chiflaban tantas que parecia una vandáa de sílgueros cantando. Pero mi suteniente como si tal, subia con mas ganas i peliaba de lo lindo.

bueno, decia yo: así se pelea i nó como los cholos que lueguito se van a la arrancáa.

Pero aquí si que fué lo malo. ¡pícaros! erir a mi suteniente; pero así la pagaron: no quedo ni uno.

Mis amitas. Eso era mas fuerte que yo i quise ausiliar a mi suteniente; pero él nada: me mostró a los enemigos con su espada; allá, me dijo, corre allá hasta vencer o morir!...

bueno, dije yo: esto es mas fuerte que yo; mi *niño*, digo mi suteniente erido i no poderlo curar. pero así les dí duro a los cholos hasta que llegamos a las alturas i ahí ya todos arrancaban que daba risa.

Mis amitas. luego volví yo por mi suteniente: estaba así un poco amarillo i lo llevé a la altura. Los meicos estaban mui apuraos con tantos heríos, pero mi capitan D. dijo que mi suteniente primero que nadie, i así fué. el meico le curó las dos herías que son en un costao pero dijo que no tenian ningun compromiso con la caja del cuerpo i que mi suteniente sanaria. bueno, dije yo i lo iba a abrazar al meico; pero estaban muchos jefes i demas.

Mi *niño*, digo mi suteniente ya está mui mejor i apénas sane bien, mi jeneral Escala que es guapo como todos los guapos le va a dar él mismo en persona en las filas formaas el grado de teniente.

Si mi capitan i ustedes mis amitas pudieran ver eso ¡oh! eso va a ser mas fuerte que yo!...

Mi teniente, digo así porque ya lo va a ser, no le escribe porque el meico le dice no se mueva mucho paque

sane mas luego, i él quiere estar bueno para las otras peleas que luego vamos a tener; ya sabrán ustedes mis amitas como la van a pagar los cholos.

I con esto no digo mas, sino que perdone lo malo que lleven estas letras, i que las señoritas Celia i Lucía las lean por ser del viejo soldado que ellas an enseñao i que si no fuera por estar al lao de la guerra i de mi suteniente estaria allá con ellas; pero allá esta siemprecito mi memoria.

Con esto se despide su umilde servidor.

LÚCAS CARTAJENA

P. D. A Marta que no crea la he olvidao: tengo en el pecho, el escapulario que ella me dió i todos los dias lo beso. A Mustafá i Mimí tampoco, de todos me acuerdo.

—¡Pobre mi viejo! esclamó Lucía con los ojos llenos de lágrimas al concluir de leer la carta de Lúcas. Prometo no tirarle mas las orejas cuando vuelva!

Pero en esto Lucía se equivocaba, pues el veterano habria querido, al contrario, que lo hubiese zamarreado cien veces al dia. Aquellos deditos color de rosa rejuvenecian su viejo corazon.

Nos parece inútil reproducir el tierno i animado diálogo que siguió a la lectura de esta carta. Todas habrian querido volar al lado del valiente herido, rodear su lecho i curarlo con el bálsamo de sus lágrimas i de su ternura.

Ya en la tarde, a la entrada de la noche, se presentó Manuela, la regañona sirviente de Ernestina, llevando una carta de ésta para doña Trinidad.

Lucía, como siempre, se anticipó a recibirla i leyó lo siguiente:

SEÑORA TRINIDAD PALACIOS DE A.
Presente

Mi amiga mui querida:

Hoi mui temprano habria ido donde ustedes, para darles algunas noticias que mi hijo me encarga de parte de Luchito; pero motivos que pronto conocerán ustedes, me han impedido hacerlo. Desde luego puedo anticiparles que el hijo de usted se ha batido como un héroe; i aun cuando ha tenido la desgracia de ser herido, su herida es de aquellas que sirven para aumentar la gloria de un patriota i de un soldado.

No tengan ustedes ningun cuidado por la salud de Luchito: un caballero que ha llegado de Pisagua i que le vió al tiempo de venirse, me asegura que su estado es enteramente satisfactorio. Si ustedes quieren hablar con él, vengan esta noche por acá i tendré el gusto de presentárselos, aun cuando sé que van a recibir una gran sorpresa. Les ruego se preparen para ella.

A usted, mi buena amiga, i a sus lindas hijitas, les manda un cariñoso abrazo su amiga

ERNESTINA

Lucía, impaciente, curiosilla como niña mimada, no pudo contenerse.

—Apuesto, mamá, esclamó, que el caballero que Ernestinita dice ha llegado de Pisagua es el mismísimo Camilo...

—Tal vez no, hija mia, le contestó doña Trinidad: Ernestina habria venido en el acto a vernos con él.

—Pero ¿quién puede ser que nos cause sorpresa? Voi a interrogar a Manuela.

PRESENTACION

Doña Trinidad quiso detener a su hija; pero ya ésta, casi corriendo, se habia dirijido a la antesala donde aguardaba Manuela.

—¡Oye, picarona! le dijo la alegre jóven remeciéndola suavemente de un hombro; ¡oye!... ¿por qué no me dijiste que estaba allá Camilo, tu *enemigo mortal?*

—¡Jesus, María i José! esclamó Manuela ¡bueno está eso! Pero ¿cómo voi a decirle eso cuando no es cierto? ¡Vaya!... está gordo, bueno i contento, vea usted, pero está allá, en *La Patagua*, donde ha peleado tambien, lo mismito que el señorito Luis, a quien Dios sane...

—Pero ¿quién es entónces el que está allá, en casa de Ernestinita?...

—¡Vaya!... ¡está bueno eso!... Ese es el caballero, es el... ¡Dios me asista!... ¡Casi se me habia salido decirlo todo!...

—I ¿por qué no me lo dices?

—Porque ¿ve usted? la patrona me dijo: Manuela, te encargo no digas nada del caballero que está aquí; es

una sorpresa que quiero dar a mis amigas. Yo, ya lo creo, la lengua me hace cosquillas por hablar; pero ántes que se la coma la tierra ¿estamos?

—¡Qué fastidio! esclamó Lucía haciendo un movimiento de impaciencia. ¿A qué tenerla a una con la curiosidad?

—I por la Vírjen santísima, madre de Dios, le aseguro a usted, señorita, dijo Manuela, que nunca habia llorado yo tanto como hoi; solo cuando mi Juan (a quien Dios tenga en su santa guarda) se fué a la eternidad...

—¿Luego a Ernestinita sucede alguna desgracia? preguntó Lucía sintiéndose mas i mas curiosa.

—¡Está bueno eso!... ¡Ya lo creo que nó! Pero, en fin, una tambien llora de gusto; i yo, vea usted, no lo habia tenido tan grande sino cuando me casé; i digo así, porque ese es un gusto mui grande, aun cuando tambien una tiene su poco de miedo. ¿Estamos? Pero usted es mui jovencita para saber estas cosas; ya llegará el dia, i entónces veremos!...

Lucía comprendió que no podria sacar mayores noticias de la vieja, i volvió al lado de su madre i de su hermana para apresurarlas a fin de ir cuanto ántes a casa de Ernestina.

No habia necesidad. Doña Trinidad i Celia estaban tan interesadas como ella en ir a conocer a la persona que habia visto al heróico herido i hablado con él; así que media hora despues llegaban las tres a casa de Ernestina.

Salió ésta con el semblante alegre, pero ruborizada, un tanto cohibida, a recibir a sus amigas, a quienes abrazó con ternura.

Pasaron al pequeño salon, i Ernestina, a fin de dominarse i ganar tiempo, esclamó:

—Mi querida amiga, i ustedes mis lindas amiguitas, permítanme que, ántes que todo, las felicite con todo mi corazon por la conducta de Luchito. ¡Oh! ¡si me dicen que todos en Pisagua no hablan sino del valor del jóven subteniente Aravena!

Doña Trinidad, enternecida i con los ojos llenos de lágrimas, preguntó:

—I¿ será cierto que sus heridas no son graves, que no peligra su vida?

—Ciertísimo, amiga mia. Ma...

Se interrumpió i se puso mui colorada al ver que iba así, sin preparacion alguna, a pronunciar el nombre de su esposo.

Sonrió, en seguida, mostrando dos hileras de blancos i menudos dientes que comunicaban a su fisonomía una gracia infinita.

—Iba a decir, agregó, que el caballero llegado de Pisagua le ha visto i ha hablado con él, i dice que nada hai que temer...

—¡Gracias a Dios!... murmuró la señora Trinidad. I usted, mi amiga ¿qué noticias ha tenido de su Camilo?

—Mui favorables. Me escribe una larga carta; pero, como es tan loco, apénas si me habla de la parte que le cupo a él en la batalla. Me dice que está mui bueno i contento.

—¿Le vió tambien, ántes de venirse, el caballero a que usted se refiere?

—Sí, amiga mia, i él es quien me ha traido la carta de mi hijo...

Lucía rabiaba de curiosidad, i como la conversacion languideciese, esclamó:

—¿Sabe usted, Ernestinita, que me ha hecho estar loca de curiosidad?

—¿Por qué, hijita?

—Porque nos dice que vamos a tener una gran sorpresa cuando conozcamos a ese caballero de Pisagua.

—Así lo creo yo al ménos, replicó Ernestina sonriéndose, pero visiblemente confusa para continuar.

—¿Quién es? interrogó Lucía cediendo a su impaciencia infantil.

Ernestina meditó un instante; i al fin, haciendo un esuerzo, dijo:

—Usted, amiga mia (se dirijió a doña Trinidad), que es una de mis mas antiguas amigas, debe ser una de las primeras en saber lo que me acontece. Si mal no recuerdo, nuestra amistad data desde cuando mi Camilo solo contaba tres o cuatro años. En esa época, usted debe de recordarlo, aun cuando me consideraba i cargaba ya el traje de las viudas, de cuando en cuando hablaba de cierta esperanza de que mi esposo regresase a mi lado. Los años fueron poco a poco destruyendo esa débil esperanza, hasta llegar a convencerme de que no me quedaba en la vida otro amor que el de mi Camilo. Me consagré pues, a él enteramente, i oré por el descanso de ese esposo que Dios me habia dado solo por unos pocos dias.

Ernestina se detuvo. Le costaba gran trabajo llegar al fin.

Doña Trinidad, Celia, i sobre todo Lucía, escuchaban con avidez.

La madre de Camilo comprendió que no podria continuar aquel estilo meramente narrativo i apeló al mismo

recurso de que habia echado mano al participar a su criada Manuela lo que le acontecia.

—Voi, mi amiga, le dijo a doña Trinidad, a dirijirle a usted algunas preguntas como a esposa i como madre, para poder llegar a donde necesito.

—Hable usted, mi buena amiga, le dijo doña Trinidad con su bondadosa voz. Ya sabe que sus alegrías o sus dolores son tan mios como suyos...

—¡Oh... sí! i por ello quiero hablar con usted como con una hermana mayor, como podria hacerlo con mi madre, si viviera, le dijo Ernestina con animacion.

Tras de breve pausa agregó:

—Sé que no hai comparacion posible, tal vez, entre lo que me sucede i lo que voi a preguntarle; pero, al fin, usted me comprenderá i eso basta. Usted, mi amiga, ha sido constantemente mui feliz con don Fernando, con su esposo ¿no es verdad?

—¡Oh, sí! contestó doña Trinidad. ¡Nuestras únicas desgracias han sido hallarnos, como ahora, separados!

—I eso ¿le ha acontecido mas de una vez?

—Dos veces: en la primera, mi Fernando se fué a Bolivia por ciertos negocios, i éstos le retuvieron allá muchos años. Habia realizado ya una fortuna i estaba para volver a nuestro lado, cuando unos pícaros le arrebataron el fruto de su trabajo.

—I durante ese tiempo ¿les escribió él, atendió a la subsistencia de ustedes?

—¡Ah, sí! pero de tarde en tarde: en esa época las comunicaciones con Bolivia eran mui difíciles i él no tenia cómo mandarnos dinero. Pero de tarde en tarde, repito, solia hacerlo.

—I ¿si don Fernando, preguntó Ernestina, la hubiese

dejado abandonada, sin escribirle nunca una letra, sin darle nunca noticias suyas?

—¡Ah! me habria considerado mui desgraciada, amiga mia, pues cuando tardaba algunos meses en escribirme, sufria infinito.

—¡Ya lo creo!... esclamó Ernestina con cierto resentimiento. Vivir separados i no tener siquiera la satisfaccion de comunicarse, de saber si vive o muere el esposo, el padre de nuestros hijos!... Ahora bien, amiga mia, agregó Ernestina con cierta vacilacion: ¿Habria usted perdonado a don Fernando, si hubiese pasado muchos, muchos años, separada de usted i de sus hijos i sin escribirles jamas una letra?

—¡Oh!... esclamó doña Trinidad dándose tiempo para responder. ¡Oh!... eso casi no puede una decirlo...

—Pero yo deseo que usted se imajine tal situacion, le dijo Ernestina. Póngase en el caso de haber sido abandonada por su esposo hasta el estremo de que durante muchos años usted se ha considerado viuda: imajine que de repente, cuando ya usted ménos lo espera, el esposo ingrato aparece, se presenta a usted i le pide, arre pentido, que le perdone su ingratitud. ¿Qué haria usted, amiga mia?

—¡Ah!... ¿Qué habia de hacer? ¡Perdonarlo!...

—¿I le admitiria usted nuevamente en su hogar, en el hogar que él durante tantos años habia despreciado?

—Si él lo deseaba, Ernestina ¿cómo negárselo? ¿No nos perdona Dios en cualquier tiempo que volvamos a él?

—¡Oh... sí!... esclamó Ernestina. Pero ¿no cree usted

que el mundo, que la sociedad que la ha conocido a usted como viuda se escandalizaria al verla ya en una edad avanzada aparecer con marido?

—¿Por qué? interrogó doña Trinidad con cierta admiracion.

—Yo no lo sé, contestó Ernestina algo confusa; pero a mí me choca esa idea.

—No veo yo el motivo, replicó la señora Trinidad. Que una viuda, que una madre de familia se vuelva a casar, es chocante, casi inmoral, sobre todo si esa viuda tiene ya alguna edad; pero que una esposa se reuna a su esposo en cualquier tiempo, despues de una separacion que no ha sido motivada por nada criminal, por nada vergonzoso, lo considero lo mas natural, lo mas lójico del mundo.

—¿De manera, interrogó Ernestina, con el corazon palpitante por la alegría, que usted no me censuraria si yo, por ejemplo, que me he considerado viuda tantos años me reuniese a mi esposo, al padre de mi hijo, si se me presentara?

—¡Oh!... amiga mia!... ¿Cómo habia de censurar eso? Alabaria a Dios por la felicidad que le deparaba...

Ernestina se levantó, i con los ojos llenos de lágrimas, abrazó a su amiga diciéndole con voz recatada, que apénas alcanzaron a oir Celia i Lucía.

—¡I bien!... Mi esposo vive, ha vuelto i está ahí, esperando ser presentado a ustedes!...

Celia i Lucía lanzaron una esclamacion de sorpresa i alegría. Doña Trinidad oprimió cariñosamente entre sus brazos a su amiga diciéndole:

—¡Dios es justo, mi buena Ernestina! Nunca deja

sin premio la virtud, i usted recibe ahora el premio que por tantos títulos ha merecido!

Diez minutos despues, don Matías era presentado a doña Trinidad i sus hijas, quienes le acojieron con sumo cariño.

El porte noble i todavia hermoso del señor de la Peña, su calva frente, i su conversacion amena i de buen tono, le hicieron captarse en mui pocos momentos las simpatías de las amigas de su esposa.

Por lo que hace a la impresion que ellas causaron en él, no podia ser mas favorable.

La serenidad i el suave trato de doña Trinidad i la hermosura i gracia de sus dos hijas le cautivaron.

La velada se prolongó hasta las once de la noche, a cuya hora se retiró doña Trinidad con las jóvenes.

Apénas quedaron solos, Ernestina dijo a su esposo:

—Matías, tú te recojerás a la hora que gustes: yo paso a mi pieza. Si algo se te ofrece, llama i acudiré a cualquiera hora.

Bajó un tanto mas la voz, i ruborizada agregó:

—Nuestras piezas solo quedan separadas por un pequeño costurero: las puertas permanecerán entornadas o abiertas; pero me causaria disgusto i sentimiento, si tú olvidaras que debemos vivir como hermanos.

Don Matías asió una mano de Ernestina, i aplicando a ella sus labios, le dijo:

—¡No lo olvidaré, esposa mia; respetaré tu voluntad como si fuese la de Dios!...

Diéronse las buenas noches i cada uno se dirijió a su dormitorio.

Don Matías se quedó contemplando a su esposa i un

hondo suspiro se escapó de su pecho cuando hubo desaparecido.

¡Estaba aun tan hermosa, tan seductora, la que habia sido su Ernestina i la que ahora en el silencio, en la hora de los amores, era solo una hermana!

ESCENA INESPERADA

Ya que hemos hecho conocimiento con las familias de nuestros principales personajes, volveremos nuestras miradas a los campamentos militares.

No bien se hubo retirado el jeneral Buendía del lado de Ema, ésta llamó a un soldado que le servia de asistente, i le dijo:

—Prepara los caballos, que vamos a partir.

—La noche, señorita, está mui oscura i es espuesto *empamparse*.

—No importa; haz lo que te ordeno.

El soldado salió; pero en vez de dirijirse a las pesebreras, entró a un cuarto en donde habia un oficial cuyo kepí ostentaba tres galones.

—¿Qué hai de nuevo? preguntó éste al soldado.

—Que mi jeneral se ha marchado ántes de tomar el té, i ya no será posible vaciar el frasquito en la tetera.

El oficial lanzó un voto, i despues de meditar un instante, esclamó:

—¡Tanto mejor! así no habrá necesidad sino de que tome ella; eso es lo que yo necesito.

—Pero es que ella, mi capitan, me ha dado órden de preparar los caballos en el acto, porque va a marchar.

—¡Maldicion!... esta es ya la tercera vez que se frustran mis esperanzas! esclamó el oficial.

Se paseó con aire pensativo, con el entrecejo arrugado; i como hablando consigo mismo, murmuró:

—Si no puedo hacerla dormir, no me queda mas que el último recurso... Pero aquí nó; hai mucha jente i me sorprenderian... ¡I ésta es la última noche que puedo aprovechar, pues mañana a todos nos habrá llevado el diablo!...

Meditó aun largo rato, mordiéndose las uñas i paseándose.

—I bien, agregó al fin: ¿por qué no aprovechar la soledad de la pampa, la oscuridad de la noche?... ¡Vamos!... la ocasion es mejor de lo que yo mismo habria deseado!...

I dirijiéndose al soldado, le dijo:

—Ya que no se le puede dar el narcótico, obraremos de otra manera. Prepara los caballos, i una vez en la pampa, cuando sientas que álguien se aproxima a ustedes, te lanzas a la carrera, aun cuando oigas que Ema pide socorro.

—I ¿si mi jeneral me pregunta mañana por la señorita?

—Le dirás que una partida de muchos hombres salió a quitártela, i tú no pudiste defenderla.

—Pero ella le dirá que no ha sido así, i mi jeneral es capaz de hacerme fusilar.

—Nada temas, pues ella misma no sabrá cuánta jente

la ha asaltado. I sobre todo, ten entendido que el jeneral no podrá hacerte castigar, porque temerá se sepa en todo el campamento la causa del castigo. Obedéceme i nada temas. Mañana te daré el doble de lo que te he prometido.

El soldado salió, i fué a cumplir lo ordenado por Ema.

El capitan, que era un hombre alto, de mirada aviesa, de tez aceitunada, de formas hercúleas, se paseó largo rato en el aposento, sumido en profundas meditaciones.

Luego salió al patio, i a pesar de que la noche estaba mui oscura, se dirijió sin vacilar a donde habia dejado su caballo, en el cual montó.

Media hora despues, Ema se hacia alzar tambien sobre su caballo, i acompañada del traidor soldado, tomaba el camino por el que horas ántes se habia dirijido Buendía.

La noche era oscurísima, i para marchar por la abierta pampa, era lo mejor dejar al instinto de los brutos la eleccion de la senda.

Ema sentia una especie de fiebre, de impaciencia, de malestar inesplicables. La negra noche, la soledad de aquellas pampas, el viento que silbaba, que suspiraba, que parecia quejarse de rodar eternamente sobre esos desiertos interminables; su posicion tan anómala i tan indeterminada; la pérdida eterna del amor de Félix, hombre a quien amaba con todo su corazon; su caida en los brazos de Buendía, que la rebajaba a sus propios ojos haciéndola descender del pináculo en que habia podido colocarse merced a un largo tiempo de pureza i virtud; la proximidad de un combate en que se iba a jugar, en cierto modo, la suerte de Chile; todo esto, ocupaba de tal

manera su mente i su corazon, que la hacia sentir una especie de delirio, de enajenacion. Si hubiese marchado sola por aquellas pampas, sin el temor de ser oida, habria llorado a gritos. Sentia esa necesidad de espansion, que suele esperimentar nuestra alma en momentos determinados de la vida.

La idea de que sus compatriotas debian batirse al dia siguiente, le causaba cierta desazon, pues no ignoraba que las fuerzas que podian oponer los chilenos eran mui inferiores a las que tenian los aliados.

Embebecida en éstas i mil otras ideas, Ema marchaba al lado de su asistente, mui ajena de todo temor; mas entre los quejidos lastimeros del viento i el ruido que producian sus cabalgaduras, creyó percibir, a corta distancia, los pasos de otro caballo.

—¿Oyes? preguntó al soldado. Siento la marcha de otro caballo. ¿Acaso álguien viene con nosotros?

—Nó, señorita, contestó el soldado. Si es que álguien venga, será un mensajero que el administrador de la oficina iba a enviar al campamento.

La respuesta satisfizo a la jóven i no volvió a preocuparse del ruido que sentia a su espalda.

Continuaron avanzando en medio de la profunda oscuridad i del mas medroso silencio, durante una hora.

Al cabo de ese tiempo, se oyó perfectamente el galope de un caballo, i luego se vió a un jinete que, llegando al grupo formado por Ema i el soldado, les gritaba:

—¡Alto, o los mato!...

El soldado conoció la voz de su capitan; i en vez de detenerse, como se le ordenaba, picó los ijares de su cabalgadura i huyó a toda carrera.

Ema, por de pronto, no supo qué hacer; mas, al ver que su asistente huía, el instinto de conservacion la hizo a su vez tratar de hacerlo.

Pero ya era tarde.

Su caballo estaba detenido por la brida i al azotarlo para que avanzase, se encabritó.

Acto contínuo oyó que álguien se desmontaba a su lado, sin soltar la brida de su cabalgadura.

—¿Quién es? preguntó con algun terror.

—¡Uno que la ama i que hace mucho tiempo aguardaba este momento para ser feliz! le contestó el que detenia su caballo.

Ema conoció en el acto aquella voz.

Era la del capitan M. N., del estado mayor del jeneral Buendía, que desde mui atras, desde que habia estado bajo la proteccion del jeneral en Iquique, la habia perseguido con pretensiones que ella habia rechazado con desden e indignacion.

—¿Qué quiere usted? le preguntó, dominando su terror.

—¡Qué quiero!... I ¿me lo pregunta usted? le contestó el capitan. Ya le he dicho que la amo, i que he deseado este momento desde hace largo tiempo.

—¡Usted es un miserable! le dijo Ema. ¡Un lado!... Déjeme usted seguir mi camino!...

Una carcajada respondió á sus palabras i acto contínuo Ema sintió que los brazos del capitan rodeaban su cintura i la alzaban de la silla.

Trató de asirse a la montura o de resistir; pero el capitan la atrajo a sí i luego la depositó en tierra.

—¡Socorro!... ¡socorro!... gritó Ema.

Su voz repercutió en la inmensa llanura i un silencio sepulcral siguió a sus gritos.

—¡Es inútil, le dijo el capitan estrechándola entre sus brazos; estamos tan solos que ni Dios nos oye ni nos ve!... ¡Vamos, hermosa i altiva chilena, tu resistencia es inútil i vale mas que accedas a mis deseos sin obligarme a la violencia!...

—¡Jamas... primero la muerte! contestó Ema tratando de desasirse de los brazos que paralizaban todos sus movimientos.

—¡Tú, hermosa chilena, le dijo el capitan, no debes morir sino de amor!... Me has desdeñado, me has despreciado porque yo no era jeneral; pero los subalternos tambien recojen a veces las migajas que dejan sus jefes. Yo te adoro, chilena; yo, desde que te conocí, juré que habias de ser mia, por mas que tuvieras por amante al jeneral Buendía...

—¡Déjame, miserable!... esclamó ella.

—¡Nunca!... el momento ha llegado; nadie puede socorrerte, nadie podrá arrebatarte de mis brazos!... ¡En esta soledad, en esta oscuridad, en este silencio, puedes sin temor alguno ser mia!... ¡Nadie lo sabrá si así lo quieres!... ¡Nadie sino nosotros conocerá nuestro secreto!... ¡No luches, porque es inútil!... Oye: yo te amo i te he amado de una manera rabiosa, desesperada, que me ha hecho concebir i desear ejecutar mil crímenes por poseerte. Tu hermosura ha quemado mis entrañas; tus desdenes han hecho correr fuego por mis venas, i la idea de que el jeneral, ese viejo ya casi decrépito gozaba de tus caricias i de tus favores, mil veces ha armado mis manos para asesinarlo!... ¿Crees que, habiendo sentido todo

esto, pueda dejarte ahora, ahora que estamos solos, ahora que te tengo entre mis brazos, ahora que puedo satisfacer mis deseos?

Ema no contestó i dejó de luchar.

El aliento del capitan quemaba su semblante; i conociendo que las fuerzas de aquél eran mui superiores a las suyas, comprendió que si continuaba la lucha al fin seria vencida. Trató de ganar tiempo, esperando solo que un milagro la salvara.

El capitan, al ver que ella dejaba de luchar, creyó por su parte que la víctima se sometia.

Cambió de tono, i en vez de retenerla abrazada, estrechando sus brazos, la tomó de una mano diciéndole con voz almibarada:

—¡Ema, no me rechace usted; en vez de un amigo tendrá dos! No soi mas que un simple capitan; pero bajo mi levita de subalterno, hallará usted un corazon mas amante i apasionado que bajo la brillante casaca del jeneral...

—¡Pero, le dijo ella, esto es una sorpresa, esto es incalificable! Déjeme usted seguir mi camino i mas tarde, en otra ocasion, yo podré contestarle.

—¡Nunca! contestó él. ¡Ahora o nunca!...

I al mismo tiempo alzó el brazo para tomarla de la cintura.

—¡Déjeme usted! le dijo Ema.

—¡Nó!... te amo...

—¡I yo te odio!...

—¡No importa!... Serás mia...

—Por última vez ¡déjeme usted!

—¡Por última vez te digo que serás mia!

Ema, que habia cambiado de actitud, i habia podido

conservar el uso de una de sus manos, esquivó el cuerpo i logró no ser asida de la cintura por el capitan.

Mas éste, ciego ya, hizo un grande esfuerzo, i atrayendo hácia sí a la jóven le dijo con ronca voz.

—¡Cede!...

Siguió una corta escena en que solo se oyó la respiracion jadeante de dos personas que miden sus fuerzas, o que luchan mudas sin proferir una sola palabra.

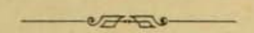
Luego, oyóse el golpe de un cuerpo que caia al suelo i un grito de angustia lanzado por Ema; i casi en el mismo instante, vióse una ráfaga de luz que iluminaba la pampa i una detonacion repercutió en la llanura...

A la detonacion, siguió un grito; i al grito, contestó allá, a la distancia, a mucha distancia, este otro que se apercibió perfectamente en el punto donde estaba Ema i el capitan.

—¿Quién vive?...

Solo el silencio contestó a esa voz; pero, como la pampa en esos momentos era, mas que un desierto, el campo donde debian encontrarse dos ejércitos enemigos, no tardó mucho rato en oirse el galope de varios caballos que se acercaban al sitio endonde habia sonado una detonacion.

EL JENERAL BUENDÍA DESAPARECE



El traidor soldado, que huyó del lado de Ema en cuanto conoció la voz de su cómplice, avanzó, como hemos dicho, a todo galope hácia donde estaban acampadas las fuerzas aliadas.

Aun cuando el capitan le habia dado seguridades de que el jeneral no le castigaria, no dejaba aquél de temer un sério castigo.

Para salvar de él, apresuró la marcha de su caballo, i no tardó en oir que de un punto cercano le daban la voz de "¡Alto!"

Esta vez se detuvo, pues comprendió que se trataba de alguna centinela o patrulla, i que, si no obedecia, harian fuego sobre él.

—¿Quién vive? preguntaron.

—¡Soldado del Independencia!

—¿Qué haces por aquí?

—Vengo de la oficina ***, endonde me habia dejado en comision mi jeneral Buendía.

—¡Avanza para reconocerte!...

El soldado avanzó hasta llegar a un grupo de cinco jinetes, uno de los cuales sacó una pequeña linterna sorda i la acercó al semblante del fujitivo.

Una vez reconocido, éste dijo al que parecia ser jefe del peloton:

—Ahora, señor, es necesario que usted preste auxilio a la señorita que venia conmigo.

—¿Qué señorita es esa?

—La que tiene mi jeneral Buendía.

—¿Qué le ha sucedido?

—Yo no lo sé, señor; el hecho es que veníamos los dos a caballo i de repente nos alcanzaron muchos hombres, tambien a caballo, i me quitaron a la señorita. Entónces yo corrí para venir a pedir auxilio.

—¿Qué distancia estará de aquí el punto donde dejaste a esa niña?

—Estará como a una legua o poco mas, segun lo que he corrido.

—¿A dónde se dirijian a estas horas?

—A reunirnos con el ejército.

—¿Eso era lo que habia ordenado el jeneral?

—Yo no sé, señor, si él lo habria ordenado. Mi jeneral estuvo temprano con la señorita; pero vino mi coronel Suarez, habló con él i se fueron. Entónces me llamó la señorita a mí i me mandó que preparase los caballos para salir en seguimiento del ejército.

—Pues bien, guíanos al lugar adonde dejaste esa niña, ordenó el que hasta entónces habia hablado.

Pusiéronse en marcha en silencio, i aun no habian andado cuatro cuadras, cuando divisaron a corta distancia, al parecer, un lampo de luz i luego oyeron una detonacion.

—¡Por Baco! esclamó el jefe de la partida; ¡ese ha sido un tiro de revólver o pierdo mi presilla de alférez! ¡Vamos, muchachos, agregó, al galope en direccion a donde vimos el fogonazo!

Hiciéronlo así; pero como la luz o el fuego engañan tanto al mejor cálculo, sobre todo en la noche, el alférez puso su caballo a la marcha.

—Mas o ménos, por aquí se ha visto la luz, dijo. ¡Pongan el oido i marchen con mucho cuidado!

No se oia el mas leve ruido.

—¿Quién vive? gritó el alférez a ver si álguien le contestaba.

La voz resonó en las lejanas colinas i en la pampa volvió a reinar el mas profundo silencio.

—¿Quién vive? volvió a gritar el oficial con mas fuerza.

Esta vez tampoco nadie le contestó.

Siguieron avanzando con cautela, i anduvieron así cerca de una hora sin encontrar el menor vestijio de nada ni de nadie.

—¡Regresemos! ordenó el oficial, i avancemos separados tres o mas cuadras unos de otros, dándonos el quién vive para no estraviarnos.

Hiciéronlo así i pronto, en la negra pampa, comenzó a oirse de distancia en distancia el grito de ¿quién vive? repetido por los soldados.

De repente, uno que acababa de dar la voz, volvió a repetir el grito con cierto sobresalto. Como no le contestasen, gritó:

—¡Aquí hai álguien, mi alférez! ¿Quién vive? o hago fuego!

El oficial era uno de los mas próximos al soldado que

daba la voz de alarma i, de una carrera, se puso a su lado, a tiempo que éste, con su carabina preparada, volvia a preguntar:

—¿Quién vive? o hago fuego!

—Dispara al aire, le dijo el oficial en voz baja.

Brilló el fogonazo i con la ráfaga de luz el oficial pudo comprender la causa por que el interrogado no contestaba.

Era un caballo sin jinete.

—¡Todos pié a tierra! dijo el oficial, i sin soltar las bridas, busquemos por aquí.

Se dirijió al caballo i, ayudándose de la linterna, vió que cargaba una montura de mujer.

—¿Es este el caballo que montaba esa niña? preguntó al soldado traidor.

—¡El mismo; sí, señor!... ¡Dios mio!... ¡Qué le habrá pasado a la pobre señorita!...

El hipócrita comenzó a temer que su traicion tuviera peores consecuencias de lo que él se habia imajinado.

El resto de la noche pasó sin mas novedad i sin que los esploradores avanzaran un ápice en sus pesquisas.

Al amanecer, todos tendieron sus miradas por la dilatada pampa; mas en la grande estension que abarcaba la vista, no divisaron sino las eternas arenas del desierto.

Pero el oficial se habia empeñado en seguir el hilo de aquella aventura, de la cual pensaba sacar alguna ventajilla, si conseguia rescatar a la querida de su jeneral.

Como era la hora en que debia regresar al campamento, pues él i sus soldados habian sido destacados de avanzada, creyó que debia dar parte a sus jefes, i sobre todo al jeneral Buendía, de los sucesos que ocurrian.

Desgarró algunas hojas de su cartera, i con lápiz, colocando el papel sobre su montura, escribió:

SEÑOR JENERAL EN JEFE DON JUAN BUENDÍA
Presente

Señor:

Destacado de avanzada de observacion entre las oficinas A i B, anoche llegó a mi puesto el soldado N. N., del Independencia, i puso en mi conocimiento que, habiendo sido encargado por Su Señoría para servir a una señorita llamada Ema, ésta le ordenó preparar los caballos i acompañarla para marchar en la direccion en que se ha movido nuestro ejército.

A poco de salir de la oficina, el soldado dice que fueron alcanzados por unos cuantos jinetes que, a viva fuerza, se apoderaron de la señorita, viéndose él en la imposibilidad de defenderla.

Acto contínuo, marché yo en la direccion indicada por el fujitivo, i a poco vi un fogonazo i oí una detonacion que me pareció de revólver.

Corrí hácia ese punto; pero la noche era tan densa que nada pudimos encontrar, i nadie contestó a nuestros llamados.

Despues de recorrer la pampa en todas direcciones, encontramos al fin un caballo con silla i arreos de señora. El soldado lo reconoció como el que cabalgaba la señorita Ema.

Desde ese momento hasta la hora en que escribo, hora en que debo regresar al campamento, no hemos hallado nada que nos indique la suerte corrida por la señorita.

Si Su Señoría me autoriza, seguiré esplorando la

pampa hasta obtener algunos detalles o saber lo que le haya acontecido.

De su señoría mui atento i humilde servidor

P. S. R.

Alférez del escuadron de Coraceros

El oficial entregó lo escrito a un sarjento, diciéndole:

—¡A escape, sarjento, vuelva usted al campamento, busque al señor jeneral en jefe i le entrega personalmente i en sus propias manos esta carta! ¿Me oye usted? ¡Que nadie se imponga de lo que ahí va escrito!

El sarjento partió, como se le ordenaba, i el alférez dió sus órdenes para continuar el reconocimiento de la pampa.

Cuando el sarjento llegó al campamento de los aliados, notó una inmensa animacion.

Los batallones, al són de músicas marciales, iban de uno a otro lado; los ayudantes impartian órdenes; los jefes conferenciaban o discutian con calor.

Las oficinas inmediatas, como "Porvenir", "Bearnes" i "Santa Catalina", rebosaban a esa hora de soldados, de carretas, de mulas, de arrieros, de jente que preparaba el rancho, de soldados que abrian cajones de municiones.

La animacion de la llanura guardaba armonía con la que reinaba en la especie de conos truncados que forman los cerros de Dolores, ocupados ya en ese momento por el ejército chileno.

Los primeros rayos del sol, efectivamente, fulguraron en las brillantes armas de los chilenos, i la brisa matutina batió los estandartes i banderolas de los batallones.

Pocas veces, tal vez, en los episodios de una guerra, habrá acontecido lo que en ese dia.

Ya lo hemos visto: los dos ejércitos enemigos marcharon gran parte de la noche casi juntos, separados a veces por ménos de cincuenta pasos.

Los chilenos, mas resistentes i mejor preparados, al amanecer coronaban las alturas de San Francisco, miéntras que los aliados quedaban en la pampa.

Las posiciones ocupadas por los chilenos eran relativamente ventajosas, i por lo tanto, no competia a ellos el atacar. Los peruanos, por su parte, se parapetaban en las oficinas, en las calicheras, en todos los puntos donde encontraban algun montecillo de piedra o de caliche.

Así pasó gran parte de la mañana, hasta el momento en que comenzó a circular en el campamento la noticia de que el jeneral Buendía habia desaparecido.

El coronel Suarez, impetuoso i activo, despachó emisarios a todas las oficinas de los alrededores con el objeto de buscar al jeneral en jefe; pero solo, despues de muchas idas i venidas, se supo que en la mañana habia llegado al campamento un carabinero que le habia entregado una carta, cuya lectura hizo montar en el acto a Buendía a caballo i salir a escape hácia el sur.

—¡Maldicion! esclamó Suarez. ¡Siempre esa mujer!... ¡Nada mas que por esa mujer este hombre olvida hasta sus mas sagrados deberes!

Siguió, sin embargo, tomando todas las precauciones para dar con buen éxito la batalla.

Distribuyó las fuerzas de las tres armas, dió colocacion conveniente a la artillería, mandó que se apresurara el rancho de la tropa, i de mal humor, maldiciendo a Buendía, aguardó su regreso para saber si debia o nó atacar.

Por lo poco que habian hablado en aquella mañana

con el jeneral en jefe, éste habia sido de opinion mantenerse todo aquel dia en espectativa, con la esperanza de que se les reuniese el ejército de Daza.

Suarez no habia sido de ese parecer, pues sabia que si ellos podian recibir un refuerzo, que estaba dudoso, en cambio, el ejército chileno se uniria al de Pisagua i entónces la batalla tendria que librarse con fuerzas mas o ménos iguales. En esta disconformidad de opiniones, el coronel Suarez no solo acusaba a Buendía de torpe sino aun de cobarde. Su desaparecimiento del campo donde en pocos instantes debia darse una batalla, hallándose ya bajo los fuegos del enemigo, era una desercion vergonzosa de que se proponia acusar al jeneral en jefe ante la nacion.

En estas circunstancias, se divisó que del ejército perú-boliviano se destacaba un jinete con una manta o especie de albornoz blanco.

Este intrépido guerrero avanzó hasta tan cerca de las fuerzas chilenas, con el objeto de reconocer los sitios mas abordables, que varias veces estuvieron por hacerle una descarga. Pero su misma valentía les hizo respetar su temeridad.

Sin embargo, aquel valiente, en su atrevida escursion, habia descubierto el punto verdaderamente vulnerable del ejército enemigo, i volviendo bridas, corrió a conferenciar con Suarez.

PRINCIPIA EL COMBATE

El nombre de los valientes debe recordarse con respeto i estamparse en todas partes a fin de que sirva de ejemplo.

El bravo esplorador a que nos hemos referido en el capítulo anterior, se llamaba don Ladislao Espinar, caballero peruano muy recomendable, que no tenia puesto alguno en el ejército, a pesar de haber sido teniente coronel años atras. Seguia al ejército i tomaba parte en sus operaciones solo por patriotismo i porque, como viejo soldado, no habria podido estar tranquilo si no oia resonar de cerca el cañon.

Como el señor Espinar no conocia el miedo, se acercó tanto al campamento chileno para observar sus posiciones i los puntos débiles por que pudiera ser atacado, que mil veces habria podido ser muerto por una bala enemiga, a no favorecerlo, como hemos dicho, su mismo valor. Entre valientes las acciones heroicas son mejor comprendidas i apreciadas.

Ahora bien, una vez que el señor Espinar hubo exa-

minado a su sabor las posiciones chilenas, se dirijió a Suarez para decirle:

—Es necesario atacar, no solo hoi mismo, sino en el acto a los chilenos.

—¿Por qué? le preguntó el coronel.

—Porque hai un punto donde el ejército chileno puede ser deshecho, si se le carga con ímpetu. ¿Divisa usted aquella cuchilla del cerro de San Francisco?

—Sí, la que hai al pié de donde está colocada la artillería enemiga.

—Eso es; ahora bien, esa artillería podemos tomarla sin gran sacrificio.

—No veo cómo sin que ellos nos barran con metralla.

—Pues no sucederá así. Esos cañones no tienen campo de tiro sino para la llanura, así que atravesando el poco espacio que media entre nuestras tropas i el pié del cerro, quedamos enteramente a cubierto de los fuegos enemigos.

—I ¿durante la ascencion tampoco pueden ofendernos?

—Con la artillería nó; tendrán que hacer uso de sus carabinas, i en tal caso quedamos de igual a igual, con la diferencia en nuestro favor de atacarlos con doble o triple número ántes de que ellos puedan ser auxiliados.

—I ¿cuál seria el punto mejor para el ascenso?

—Esa ladera o profunda cuchilla de la derecha. Por ahí pueden subir con facilidad quinientos hombres sin incomodarse.

—Me parece bien, contestó Suarez; pero desgraciadamente, aun cuando tuviéramos la evidencia de derrotar al enemigo, tendremos que permanecer inactivos.

—¿Por qué? interrogó Espinar con estrañeza.

—Porque el jeneral en jefe alimenta aun la esperanza de que se le reúna el jeneral Daza i ha resuelto que no se empeñe batalla hasta mañana al amanecer.

—¡Pero esto es un absurdo! ¿Quién no está ya plenamente persuadido de que Daza nos deja que nos arreglemos como podamos con los chilenos? I despues de la marcha precipitada de la noche, de todos los preparativos ¿vamos a estar veinticuatro horas mirando al enemigo, saludándolo con nuestras músicas, desfilando ante él nuestras columnas?

—Es que debe saber usted, le dijo Suarez, que no ha sido el jeneral Buendía quien ordenó la marcha ni quien ha querido salir al encuentro del enemigo.

—I ¿quién ha sido entónces?

—Yo, contestó Suarez, con impetuosidad, yo, esponiéndome a que se me formara un consejo de guerra. El señor jeneral en jefe no se habria movido de Pozo Almonte ni de Iquique, donde podia estar todo el dia al lado de esa chilena maldita, a quien Dios confunda, si nó hubiese sido porque ya no habia víveres mas que para dos o tres dias!

—¡Ira de Dios! esclamó Espinar. ¿Qué nos va a suceder con un hombre semejante? ¡Pero es imposible perder esta ocasion! Los chilenos pueden apercibirse del aislamiento i abandono en que han dejado esa artillería, i reforzarla o retirarla adonde no seria posible ascender.

—I ¿qué vamos a hacer nosotros? El jeneral Buendía dice que, despues de la ajitacion de la marcha, es necesario dejar que nuestros soldados descancen i coman bien hoi, i mañana temprano ataquen.

—¡Sí, mañana!... repitió Espinar con amargura i sarcasmo; ¡mañana, cuando todo el ejército chileno esté reunido i nos arrollen como hojas que arrastra un vendabal!... ¿Dónde está el jeneral Buendía para ir a hablar con él?

—¡Búsquelo usted!... ¿Acaso álguien sabe de él? Esta mañana estaba cabeceando sobre su caballo cuando recibió una carta que debe ser de esa condenada mujer, i en el acto echó a correr.

—¿Hácia dónde?

—Hácia el sur; es todo lo que yo puedo decirle.

—¡Maldicion!... este hombre ha perdido la cabeza.

—Lo que no importaria mucho si solo perdiera la suya, le contestó Suarez.

—¿De manera que usted no se atreve a ordenar el ataque? preguntó Espinar.

—De ningun modo; en tal caso, podia hacerlo alguno de los jenerales bolivianos.

Espinar, con la cabeza gacha i la rabia en el corazon, volvió bridas i se perdió entre los grupos que formaban los batallones.

El dia avanzó sin mas de notable que el movimiento contínuo de las tropas aliadas. Unas compañías guerrilleras, mandadas por el coronel Lavandez, se desprendieron a carrera de la oficina del "Porvenir", i fueron a situarse casi al pié del cerro ocupado por los chilenos, ocultándose en los fosos de donde se habia estraido el caliche.

¿Era esto ordenado por alguno de los jefes bolivianos por insinuacion del valiente Espinar?

Pero, a fin de tener una idea mas completa de los acontecimientos, creemos conveniente dar una somera

descripcion del terreno donde se iba a dar tan notable combate.

"Al sur de la estacion i campamento de Dolores se levanta un cordon de cerros, a cuyo pié corre un ramal de ferrocarril que va a rematar a algunos establecimientos salitreros i pasa por la oficina de "San Francisco".

"En su estremo mas cercano a Dolores forma una especie de morro, conocido con el nombre de cerro de Dolores; la parte mas baja que sigue al sur se denomina la Encañada, i con este mismo nombre es designado el otro morro mas elevado que termina el cordon por el sur.

"El terreno, fuera de la línea férrea, es calichoso i casi intransitable, sobre todo para la caballería, i esta mala condicion se hace mas notable en la parte de pampa del lado del Porvenir, sembrada ademas de hoyos, de donde se han estraido trozos de caliche.

"Este cerro, que tiene ademas la ventaja de dominar el camino de Tiliviche, fué el elejido para la colocacion de nuestras tropas. (Las tropas chilenas.)

"Principiando por el norte, se colocó al pié del cerro la fuerza de Cazadores, en número de 300, al mando de su comandante Soto Aguilar, i unos 500 metros al sur, la compañía de Granaderos, mandada por el capitan Villagran.

"A media falda del morro de Dolores, una batería de cañones de campaña, al mando del mayor Wood, mirando hácia el sur, sostenida por los Navales, colocados a retaguardia en lo alto del cerro, i el Buin a la izquierda.

"Seguia a la derecha, tambien en la cumbre, un bata-

llon del 3.°, que tenia a su derecha, en la Encañada, a todo el rejimiento 4.° de línea.

"En la misma parte baja continuaban, hácia la derecha, el segundo batallon del 3.° i el Valparaiso, a cuyo frente, a media falda del cerro, habia algunas piezas de artillería de montaña al mando del capitan Montoya, i mas abajo, un poco a la derecha, una bateria de campaña i ametralladoras a cargo del comandante Velazquez.

"Continuaban hácia la derecha, en lo alto del cerro de la Encañada, los batallones Coquimbo i Atacama i 8 piezas de artillería i 1 ametralladora, a cargo del mayor Salvo.

"A las 7 A. M. se habian ya elejido i designado las posiciones que debian tomar los distintos cuerpos, que se ocuparon en seguida, hasta las 11 A. M., en ejecutar las maniobras que demandaba su colocacion.

"A la 1 P. M. permanecian en esta posicion las tropas enemigas i se mostraban mui poco dispuestas a emprender un ataque contra nuestras posiciones.

"A esa hora, sin abandonar sus posiciones, principiaron a desprenderse algunas compañías enemigas en direccion al Porvenir para proveerse de agua. Las nuestras, que en su mayor parte habian empleado la noche anterior en hacer fatigosas marchas, hicieron otro tanto en el campamento de Dolores, i en este ir i venir de los soldados se pasó hora i media larga.

"En nuestro campamento se adquirió entónces la conviccion de que el enemigo, esperando, sin duda, el refuerzo de Daza, no atacaria ya ese dia.

"A pesar de esto, seguian las tropas enemigas mo-

viéndose hácia el este, i ya a las 3 P. M. se encontraba a unos 1,000 metros de la artillería del mayor Salvo la línea izquierda del enemigo."

Habiéndose acercado ya tanto las tropas enemigas, el mayor Salvo, que estaba en ese momento acompañado con el teniente coronel don Diego Dublé Almeida, le dijo:

—¿No cree usted que es ya peligroso dejar acercarse tanto al enemigo?

—Así lo creo, contestó el último; pero como no se ha dado órden de atacar, convendria consultarlo con uno de los jefes.

Acto contínuo se despachó un ayudante a pedir órdenes al coronel Amunátegui, quien contestó con estas solas palabras:

—¡Que haga fuego!

Recibida esta autorizacion, el mayor Salvo mandó hacer en el acto un disparo, cuyo proyectil estalló en medio de las tropas enemigas.

"Inmediatamente, i sin esperar órden alguna, partió una granizada de balas de las filas enemigas, i desde ese momento principió con furia la batalla. Eran las 3.10 P. M.

"Los nuestros abrieron tambien un terrible cañoneo contra los aliados, i de todos los costados del cerro se levantaban negros penachos de humo. El estampido de los cañones repercutia con fragor en los cerros, alternado con el ronco sonido de las ametralladoras, que diezmaban en todas direcciones al enemigo.

"Éste, por su parte, aproximando su primera línea al pié del cerro, respondia vigorosamente a los fuegos de la artillería, descargando sobre los nuestros una lluvia

de balas. Dicen los soldados que el estrépito del cañoneo, de los tiros de ametralladora i de rifle era mas atronador que el del combate de Pisagua, i que durante media hora no cesó por un momento el silbido de las balas i el continuado estrépito de los disparos.»

Aun cuando, como se ha dicho, el ejército aliado contestó en el acto el fuego, se notó a la simple vista la confusion i desórden que produjo en el campamento.

El coronel Suarez, que se hallaba al estremo de la línea opuesta, casi no podia dar crédito a sus oidos; i a pesar de que era valiente se sintió por un momento anonadado.

Mas pronto se repuso i preguntó:

—¿Quién ha dado la órden de principiar el combate? ¿Ha llegado el jeneral Buendía?

—Aun no se le ha visto, señor.

Suarez se mesó la barba con rabia i, montando a caballo, corrió a la ala izquierda para imponerse de lo que sucedia.

Cuando iba por la mitad del campamento, vió llegar, a galope, del sur, al jeneral Buendía.

Detuvo su caballo i le esperó con jesto airado.

—¿Por qué ha principiado el combate? preguntó el jeneral en jefe. ¿No se habia convenido en que daríamos hoi descanso a la tropa i mañana al amanecer atacaríamos?

—Eso era lo convenido i lo que he ordenado hacer, contestó Suarez con agria voz; pero en todo anda aquí metido el diablo.

—Pero ¿quién ha ordenado atacar?

—¡Es lo que iba a saber; el fuego ha salido de los batallones bolivianos!

—¡Siempre ellos!... esclamó Buendía con rabia. I bien, agregó, vaya usted a saber lo que ha sucedido, miéntras yo hago preparar el resto de la línea.

Suarez partió a galope i llegando al centro del ala izquierda se encaró con un jeneral boliviano, a quien preguntó lo mismo que él i Buendía habian preguntado.

Pero el jeneral boliviano sabia tanto como ellos. Habia oido el fogueo i habia acudido, no logrando otra cosa que saber que el fuego partió del campamento chileno, por haberse acercado demasiado las tropas aliadas.

—I ¿a qué acercarse, interrogó Suarez, cuando en el ala derecha, al contrario, se operaba un corto repliegue?

—Eso yo no lo he sabido, contestó el jeneral con gran flema.

—¡Es lo que debe suceder, se dijo Suarez; faltando la cabeza, todo ha de andar dado al diablo!

Se alejó para dar órdenes.

"Notando el enemigo el terrible efecto de nuestros disparos, pues las ametralladoras barrian a veces compañías enteras, i los Krupp dejaban anchas brechas en sus filas, destacaron una division de ataque de su primera fila, la que avanzó en direccion al cerro de la Encañada, ocupado por la artillería del mayor Salvo.

"Las compañías guerrilleras del Zepita, del Ayacucho, del Olañeta i del Illimani, avanzaron entónces resueltamente por el oeste en direccion a la artillería, miéntras la division de ataque, formada por los batallones Puno número 6 i Lima número 8, avanzaba por nuestro centro apoyando los fuegos de la division lijera i dirijiendo sus tiros contra los batallones Coquimbo i Atacama.

"Al mismo tiempo, el batallon 3 de Ayacucho, al

mando del coronel Prado, o Pradito como le dicen los peruanos, se desplegaba en guerrilla al pié del cerro i sostenia mas a la derecha los fuegos del enemigo, disparando contra los batallones Valparaiso, 2.º del 3.º i 4.º de línea, miéntras el resto de los batallones de la primera línea enemiga continuaba sus disparos.

"Miéntras tanto, el resto de la division esploradora del enemigo, compuesta de los batallones Provisional i Columna de Pasco, permanecian como de reserva de la division de ataque, pero sin avanzar hácia nuestras posiciones. La segunda línea, formada en su derecha por batallones bolivianos, disparaba tambien desde sus posiciones sin avanzar un paso, i la reserva se mantenia a prudente distancia, sin dar muestras de querer tomar parte en el combate.

"Las compañías guerrilleras del enemigo continuaban avanzando entretanto, i ya se encontraban al pié del cerro de la Encañada, adonde parecian converjer todos los fuegos de los batallones enemigos.

"El 6 i el 8 continuaban avanzando, i llegados ya al pié del cerro, donde los fuegos de la artillería no podian ofenderlos, principiaron a subir audazmente haciendo fuego."

El ejército aliado atacaba, por tanto, el sitio vulnerable que Espinar habia observado en la mañana; i a fuer de verídicos historiadores, debemos decir que principiaban el ataque con acierto i audacia.

La artillería del mayor Salvo, como lo habia previsto el audaz esplorador, quedó, por esta causa, inútil para la resistencia, miéntras los bolivianos escalaban el cerro con valor.

PERIPECIAS DEL COMBATE

Durante los primeros momentos, se habia producido tambien en el campamento chileno alguna confusion, pues, desde el comandante en jefe, que, como lo hemos dicho, era el coronel Sotomayor, hasta el último soldado, estaban convencidos de que el ataque tendria lugar al dia siguiente al amanecer. Por tal causa, estaban tranquilos observando los movimientos múltiples de los cuerpos aliados.

No obstante, cuando ya éstos avanzaban con tal audacia, el combate se habia organizado, aun cuando, por una coincidencia, de una manera desfavorable.

"En estas circunstancias se habia dado órden al batallon Atacama, colocado ántes a retaguardia de la artillería del mayor Salvo, para que se corriese a nuestra izquierda, sin duda para hacer frente a los batallones 6 i 8, que atacaban por ese lado.

"De manera que aquella fuerza de artillería quedó desamparada i sin poder hacer uso de sus piezas. Pero, a pesar de su corto número, 100 hombres mas o ménos,

los artilleros echaron mano a sus carabinas i, formados en línea, abrieron contra el enemigo un nutrido i certero fuego, obligándolo a retroceder hasta el pié del cerro.

"Los que mas audaces se mostraron en este primer ataque fueron los soldados del Zepita, i a ellos tambien les hicieron nuestros artilleros mayor número de bajas."

Aun cuando la batalla se habia iniciado formalmente, la confusion i el desórden seguian en el campamento aliado.

La ausencia de Buendía en los primeros momentos, el no poderlo encontrar oportunamente mas tarde, habia sido causa de que los jenerales bolivianos despacharan uno tras otro sus ayudantes en busca de órdenes para saber a qué atenerse.

Pero el jeneral Buendía "no parecia", dice testualmente el doctor Cabrera en una correspondencia dirijida a LA DEMOCRACIA, diario de la Paz.

Sucedió, por esto, que muchos jefes permanecian en espectativa, con sus batallones arma al brazo, miéntras otros obraban por su cuenta i riesgo.

En el ala derecha, cuya mayor parte estaba en las oficinas, descansando o esperando el rancho, el jeneral Buendía dió la órden de alistarse; pero aquellos soldados, que en la mañana habrian peleado con alegría, hiciéronlo de mala gana, pues ya ellos se habian formado la idea de descansar i comer bien, lo que era lo principal i lo que se les habia prometido para alentarlos.

"Miéntras tanto, el 6 i el 8 continuaban batiéndose hácia la derecha i disparando de flanco contra las posiciones de la artillería del mayor Salvo, al mismo tiempo que el Ayacucho i la division esploradora atacaban por

el lado de San Francisco, las piezas mandadas por el comandante Velazquez i la batería del capitan Montoya.

«Pero estas piezas estaban defendidas a retaguardia por el batallon Valparaiso, a la izquierda por un batallon del 3.° i a la derecha por el Coquimbo; de manera que las tropas enemigas, despues de dejar sembrado de cadáveres el pié del morro, hubieron de cejar de su intento, concretando todos sus esfuerzos al cerro de la Encañada, donde estaba la batería del mayor Salvo sin ningun batallon de infantería que la apoyara.

«Los enemigos, reforzados con las nuevas tropas de la derecha, emprendieron entónces un segundo ataque en direccion al cerro de la Encañada.»

Este segundo ataque, emprendido con valor por los aliados i con fuerzas ya bastantes numerosas, debia poner a prueba el valor de los soldados chilenos.

Los jefes que mandaban a ese puñado de valientes artilleros, que en ese momento no tenian quién los protejiera, comprendieron lo crítico de la situacion; pero tan valientes como sus soldados, en vez de retroceder i buscar el apoyo de la infantería, permanecieron firmes en sus puestos, haciendo disparar sus cañones hácia los únicos puntos donde tenian campo de tiro.

Mas, esos puntos no eran los que necesitaban atacar, sino las mismas faldas del cerro por donde los batallones enemigos ascendian con intrepidez i a mansalva.

«En estos momentos el batallon Ayacucho número 3 se replegaba hácia la derecha hostigado por los fuegos del batallon del 3.° de línea i por todo el rejimiento 4.°, i todas estas tropas del enemigo se corrian hácia el sur



BATALLA DE SAN FRANCISCO.

para dar nuevamente una furiosa embestida contra la batería del mayor Salvo.

"La division de artillería a las órdenes de este valeroso jefe, se componia de una batería de 6 cañones de bronce, una seccion Krupp de dos piezas i una ametralladora de montaña.

"Estaban a cargo de la batería de cañones de bronce, el capitan don Pablo Urízar i los alféreces Juan García Valdivieso, Álamos, Nieto i Armstrong. Al mando de la seccion Krupp i ametralladora, el teniente Sanfuentes i el alférez Freire, i toda la fuerza a las órdenes del mayor Salvo, que tenia como ayudante al teniente don Aurelio Argomedo.

"Ya despues del segundo asalto quedó inutilizada la ametralladora por habérsele agotado las municiones, i viendo que el enemigo reconcentraba allí todas sus fuerzas de ataque para dar una nueva embestida, fué necesario sacarle los tambores en prevision de que cayera en su poder.

"Dicen que esta ametralladora fué enviada de muestra al gobierno con una corta cantidad de municiones, i que no habia ningun repuesto de éstas para reemplazar las que se gastasen.

"Por otra parte, dos de los cañones de la batería de bronce estaban ya rasgados con los disparos i por lo tanto inútiles, fuera de que para los cuatro restantes quedaba mui corta cantidad de municiones.

"Es verdad que los soldados estaban armados con carabina Winchester; pero no tenian en sus cartucheras, al principiar el combate, mas que 20 tiros por cabeza, sobrantes de las que le dieron en Pisagua, i la ma-

yor parte de ellos habian ya agotado su último cartucho."

Hubo en esos momentos entre los jefes i soldados chilenos algo que debe consignarse con letras de oro en la historia.

Comprendieron que estaban perdidos, i entre la rabia que les causó verse inhábiles para matar, ya que no esperaban vencer, i su orgullo i patriotismo de chilenos, optaron por morir ántes que rendirse i retroceder.

—¿Qué haremos? preguntaba uno.

—¡Morir, pues; a eso hemos venido!

—Las municiones se nos agotan i no tendremos para seguir peleando, decia otro.

—Cuando se nos acaben, le contestaba un compañero ¡cargaremos a garrotazos con nuestras carabinas!

—¡Malditos cholos, decia un tercero, vean por dónde se nos han venido!

—¡Pues, duro con ellos! esclamaba el que tenia al lado.

—¡Duro!... ¿i con qué?

—¡Bah!... a *chopazos;* i si nos cortan los brazos, con los dientes!...

Así alentábanse unos a otros, no pasando por la mente de ninguno el cejar.

¿Cómo rendirse a esos cholos?

Comprendian que podian ser muertos por ellos pero no ser sus prisioneros.

"Los artilleros estaban, pues, poco ménos que inermes al frente de aquella numerosa columna enemiga que trepaba el cerro a paso de carga, i hasta los cañones de bronce i Krupp, colocados en la arista del cerro, no podian hacer fuego eficaz en direccion a la falda por impedírselo la forma cóncava del terreno.

"En esta circunstancia, i a fin de evitar una inútil mortandad de jente indefensa, se ordenó que unos 60 hombres de artillería retrocediesen en la cumbre para ponerse a cubierto de los disparos enemigos, quedando al pié de los cañones 58 hombres al mando inmediato del mayor Salvo. Entre estos hombres se repartieron las escasas municiones de los de reserva i con ellas hicieron frente al enemigo hasta agotarlas por completo."

Entre los que escalaban el cerro en el cual se encontraba la indefensa artillería chilena, veíase al animoso i patriota Espinar que dirijia una columna del coronel Lavandez por la cuchilla o quebrada de San Francisco, que en la mañana habia señalado a Suarez como el mejor punto para atacar aquella parte de las fuerzas chilenas.

Así como el cerro de San Francisco estaba ocupado por el ejército chileno, así la oficina del mismo nombre estaba ocupada por una ambulancia chilena.

El jeneral Villegas i el coronel Ramirez de Arellano, a la cabeza de sus batallones, el Illimani i el Puno, consideraron esa posicion mui buena para atacar al enemigo por uno de sus flancos i se dirijieron resueltamente allá, a pesar del vivo fuego de fusilería que recibian del ejército chileno i de sus mismos compatriotas o aliados, en virtud de la confusion que principiaba a causar la aproximacion de los combatientes.

Estos batallones ocuparon dicha oficina i debemos decirlo, como lo hacemos siempre que se trata de reconocer alguna accion loable de nuestros enemigos, las ambulancias chilenas recibieron órden cortes i atenta, aunque perentoria, de desalojar aquel sitio. Por lo demas, a nadie se le molestó en lo menor.

Desprovistos ya de municiones, los artilleros chilenos

estaban perdidos; i como el enemigo en un momento mas debia coronar la eminencia, se despachó al teniente Argomedo a pedir refuerzo al batallon Atacama que era el mas cercano.

"Los peruanos, miéntras tanto, habiendo notado que flaqueaba el fuego de los defensores de la altura, i envalentonados con su inmenso número, avanzaban cerro arriba en medio de un nutrido fuego, apoyados ademas por los disparos que desde el pié del cerro hacia el Ayacucho número 3, desplegado en guerrilla, por el flanco derecho de los enemigos.

"Al mismo tiempo, los batallones bolivianos estacionados en la primera i segunda línea, hacian tambien fuego graneado a aquella altura, i hasta la reserva abandonó la *reserva* que hasta entónces habia guardado i comenzó a lanzar disparos, aunque sin abandonar sus acantonamientos.

"Ya los enemigos estaban a pocos pasos de nuestros cañones."

—¡Muchachos! les dijo el valiente Salvo, luego nos auxiliarán nuestros compañeros; intertanto, sepamos pelear, vencer o morir como chilenos.... ¡El que no tiene municiones, defiéndase como pueda!...

—¡A punta de *moquetes*, mi mayor, mataremos a esos cholos! esclamó un soldado, faltando un poco a la ordenanza con aquella jenialidad; pero como la principal ordenanza de ese momento era pelear i morir con valor, todos le aplaudieron i lanzaron estrepitosos vivas a Chile!...

Resonaban aun los entusiastas vivas de los abnegados artilleros, cuando llegaban a la cumbre los primeros soldados enemigos.

—¡A ellos, muchachos!... gritaron los oficiales, dándoles el ejemplo i lanzándose sobre los aliados espada en mano!...

—¡A ellos!... repitieron en coro los chilenos, empuñando cada cual, por el cañon, su carabina.

Pero los aliados, no solo tenian rifles armados de agudas bayonetas, sino que aun les quedaban municiones.

Al ver aquel puñado de insensatos que, en vez de replegarse al resto de sus fuerzas, se precipitaban en busca de la muerte, esperimentaron un grande estupor, i a ello fué debido, tal vez, que al hacerles una descarga casi a boca de jarro, solo hirieron a unos pocos.

Los chilenos continuaron avanzando i la cumbre cubriéndose de enemigos.

El mayor Salvo comprendió que toda resistencia era inútil i mandó sacar el tambor a la ametralladora, cuyas municiones se habian agotado, a fin de que no sirviese al enemigo.

Los cañones, inutilizados ya algunos i faltos de municiones los otros, iban tambien a caer en poder del enemigo.

¡Fué aquel un momento de terrible angustia!...

¡El ejército chileno clavando sus cañones!...

Al pensar en esto, el valiente Salvo casi se arrepintió de su temerario valor. ¡Con haberse replegado a tiempo, todo se habria salvado!...

ESPINAR I SALVO.—LA CARGA DEL ATACAMA

Entre los primeros que avanzaban hácia la cumbre, hacíase notable el valiente i atrevido Espinar que, montado sobre su caballo, indicaba con su espada a su columna, no solo los sitios por que debian subir sino hasta las personas sobre quienes debian disparar: "A los cañones! ¡a los cañones!" les gritaba.

En esos momentos fué derribado su caballo por una bala de carabina; pero no habiendo sufrido nada con la caida, el bravo patriota se levantó sacudiendo su albornoz i continuó su marcha a pié, gritando siempre a sus soldados: "¡A los cañones! ¡a los cañones!"

Llegado a la cumbre, tomó su espada con la mano izquierda i empuñó en la derecha un revólver. Por una coincidencia, llegó al sitio mismo en que el mayor Salvo, armado tambien de un revólver, descargaba certeros disparos a cuanto enemigo se ponia a su alcance.

Espinar apuntó i disparó hasta dos tiros sobre Salvo, sin herirlo.



EL MAYOR SALVO.

Salvo, a su vez, disparó sobre Espinar, i el valiente e intrépido jefe peruano cayó muerto, herido en la frente.

"En esos instantes asoman por la retaguardia dos compañías del Atacama, que como una avalancha se lanzan sobre los enemigos a la carrera, al mismo tiempo que hacian nutrido fuego con sus rifles.

"El ayudante don Cruz Daniel Ramirez, que venia a cargo de aquel providencial refuerzo, blandiendo en alto su espada, dió la terrible voz de: "¡A la bayoneta, muchachos!" i los bravos del Atacama, electrizados por aquella órden, avanzaron en columna cerrada hácia los enemigos, sin disparar un tiro i con la bayoneta calada."

Ahí, al frente de la compacta i terrible fila de los atacameños, veíase tambien un jóven vestido de paisano, con dos revólvers al cinto i un fusil entre sus manos.

Era Félix Navarra que, fiero, amenazador, llegaba sediento a derramar la sangre de los enemigos de su patria i de los enemigos de su corazon.

—¡No hai que dejar ninguno! repetia de cuando en cuando. ¡Dar firme, amigos mios!... ¡Viva Chile!...

Cayeron, efectivamente, los atacameños sobre los aliados, como una tromba, como una gran ola que al encontrar un obstáculo lo rompe o estalla con estrépito. Aquí el obstáculo debia ceder al impulso de las bayonetas chilenas; i aun cuando ya en esos momentos la cumbre estaba totalmente invadida por los aliados, éstos no pudieron resistirlo.

Los combates trabados cuerpo a cuerpo, bayoneta a bayoneta, fueron infinitos, pues los soldados perú-bolivianos, dueños ya de aquella posicion, trataron de resistir.

De una i otra parte caian los bravos ensartados por

los yataganes; i ahí, batiéndose como bravos, cayeron el capitan don R. 2.º Vallejos i los subtenientes Blanco i Wilson, todos del Atacama.

Los asaltantes, diezmados en un instante por los atacameños, comenzaron por retroceder i luego por huir.

"Se apoderó entónces de los peruanos, inmensamente superiores en número, un terrible pánico. Algunos de los que estaban mas cerca de los cañones que trataron de oponer resistencia fueron ensartados por las bayonetas de los atacameños. Otros eran heridos por la espalda al escapar cerro abajo, i los soldados del Atacama, al cargar con indecible furia a sus enemigos, dejaban atras agazapados a algunos de los aterrorizados enemigos, que eran muertos a sablazos por los artilleros, a cuya cabeza cargaban, en compañía del Atacama, los valientes Salvo i García Valdivieso.

"Al huir los que habian escalado la cumbre, arrastraron a los batallones 6 i 8 que ya iban a media falda, i de los cuales se apoderó el mas terrible pánico.

"El Atacama, miéntras tanto, corria cerro abajo arrasándolo todo con sus bayonetas, i era tan terrible su empuje, que el batallon Ayacucho número 3, colocado en línea al pié del cerro, fué deshecho por el choque. Se encontraron al dia siguiente tres soldados de este batallon peruano, ensartados en las bayonetas con otros tantos del Atacama, fuera de los innumerables que habia traspasados por la terrible hoz de nuestros soldados."

Félix no fué de los ménos en matar. Tres veces tuvo la punta de las bayonetas enemigas sobre el pecho; pero otras tantas la suya traspasó ántese el del contrario.

Nada podia resistir al empuje con que peleaba aquel jóven, impulsado por el amor a la patria i por la rabia

que sentia contra esos dos ejércitos mandados por un hombre a quien aborrecia.

Marchaba adelante de todos, alcanzando i matando a los fujitivos, i deteniéndose de cuando en cuando para dar una mirada a su al rededor con la esperanza de divisar a Buendía.

Félix habria dado en aquel momento los mas preciosos años de su vida por tener a Buendía, su enemigo personal i el enemigo de su patria, al alcance de su yatagan.

Perseguidos i perseguidores bajaban, intertanto, el cerro como una avalancha.

"Fué tal el desórden que en las filas aliadas causó este terrible ataque del Atacama, que ya no pensaron los asaltantes en hacer la menor resistencia, ni aun en la pampa misma, sino que huyeron desalados a ocultarse tras las columnas del resto de la primera línea enemiga, que habia presenciado aquella escena con increible indiferencia, sin siquiera avanzar un paso para prestar socorro a sus derrotados compañeros.

"Todos los prisioneros a una se quejan de la incalificable conducta del jeneral Buendía que, viéndolos comprometidos ya en un recio combate con los artilleros en la altura i notando que el Atacama venia en apoyo de éstos, ni siquiera intentó mandar un cuerpo de ejército en su apoyo.

"Al mismo tiempo que las dos compañías del Atacama bajaban por el cerro donde estaba la artillería, las otras dos compañías del mismo cuerpo descendian tambien por el lado de la Encañada i envolvian por el flanco al enemigo.

"Estas dos compañías acabaron de introducir la con-

fusion en los batallones enemigos, encerrando a las compañías de los batallones Olañeta e Illimani, que iban mandadas en persona por el jeneral Villegas. Éste salió herido en el ataque i fué hecho prisionero al dia siguiente en la oficina del "Porvenir", endonde fué abandonado por los aliados.

"En este mismo movimiento fué tambien hecho prisionero el coronel Rossell, segundo jefe del batallon 3.° de Ayacucho."

Mas esta retirada no era aun el triunfo.

El jeneral Villegas i el coronel Ramirez de Arellano, de las fuerzas de la alianza, organizaron, al abrigo de la casería de San Francisco, una nueva division compuesta de los batallones que aun no habian tomado parte en el combate i de algunas de las fuerzas replegadas.

Esta division, mucho mas numerosa que la primera, emprendió una no ménos atrevida ascension por una cuchilla del mismo cerro que daba al oriente.

Hallábase por ese lado, defendiendo la meseta, una batería de artillería; sin embargo, como la columna era numerosa, los jefes dieron órden de que se reorganizara el Atacama i cargaran a su vez sobre la nueva columna.

Félix i los bravos atacameños que habian llegado hasta el plan sembrando la muerte entre sus enemigos, lanzaron un nuevo ¡viva Chile! al saber que iban a tener un nuevo combate, i entónces no al trote, sino a la carrera, se precipitaron hácia el oriente.

En esta ocasion la mayor parte del ejército chileno podia entrar en el ataque. El 3.° de línea estaba en la llanura. A causa de la igualdad de sus trajes con el batallon peruano Ayacucho, le miraron ascender el cerro sin disparar, creyendo que seria el segundo batallon que

venia en marcha desde Pisagua; pero cuando se convencieron de su error, comenzaron a fusilarlos por la espalda.

Cuando recien habia principiado el avance i sus fuegos el 3.° de línea, llegó casi al centro del batallon, a escape, un caballero de edad que preguntó por el jefe.

Vestia de paisano i era don Fernando Aravena, a quien, volveremos a decir para que no lo olvide el lector, hemos conocido al principio de esta obra en Tacna, con el nombre de Jenaro Buzeta.

Como los oficiales a quienes se dirijia manifestasen alguna perplejidad para contestarle, el señor Aravena, que estaba cubierto de polvo así como su caballo estaba espumoso de sudor, les dijo:

—Soi emisario del señor jeneral Escala: acabo de hablar con el señor coronel Sotomayor i tengo necesidad de hablar tambien con el jefe de este cuerpo.

Le indicaron entónces una compañía que avanzaba haciendo fuego en guerrilla i el anciano se dirijió allá a la carrera.

PARA TAL PADRE TAL HIJO

El patriota anciano don Fernando Aravena, a quien dejamos en marcha de Camarones a Pisagua, habia llegado a este último punto i presentádose acto contínuo al jeneral en jefe don Erasmo Escala.

Para el jeneral no eran desconocidos ni el nombre ni los servicios que don Fernando, desde el principio de la guerra, habia prestado a la patria; así es que haciéndolo introducir en el acto a su presencia, le salió al encuentro, i tendiéndole su mano izquierda, casi inutilizada por una bala, así como habia perdido la derecha a causa de otra que habia recibido en el antebrazo, le dijo con la amabilidad i finura esquisita propias de su carácter:

—Señor Aravena, tengo la mas inmensa satisfaccion en conocer a usted personalmente, ya que conocia su nombre y los servicios que usted ha prestado a nuestra patria. Venga usted; siéntese.

I le llevó de la mano a un sofá, lo que tambien era en el bravo manco una especialidad de su carácter, cuando la persona a quien recibia le era querida.

—I yo, señor jeneral, contestó don Fernando, tengo la mayor satisfaccion en estrechar la mano del hombre que ha conducido i dado una nueva victoria al ejército chileno.

—¡Oh!... no hablemos de eso!... Esto ha sido algo que, al contrario, en cierto modo me mortifica!... Hablemos de usted, de sus sacrificios, de lo que por el momento puede interesar a nuestra patria!... ¿De dónde viene usted?

—De Camarones endonde he dejado al jeneral Daza con parte del ejército boliviano.

—¡En Camarones!... repitió el jeneral; ¿luego en pocas horas mas ese ejército podrá estar aquí?

Don Fernando se sonrió.

—A estas horas, tal vez, señor jeneral, regresa a Tacna o a Arica.

—¿Qué dice usted?

—Lo que oye. El jeneral Daza, al salir de Tacna, no ha pensado en reunirse con Buendía i empeñar juntos una batalla con el ejército chileno.

—¿Por qué? interrogó el jeneral Escala con admiracion.

—Porque Daza tiene miedo, contestó don Fernando.

—¡Miedo!... esclamó el bravo manco, que no lo conocia, que no comprendia pudiese sentirlo un soldado i mil veces ménos un jeneral; ¡miedo!... repitió con las mejillas encendidas por cierto rubor por el solo hecho de tratarse de un militar, aun cuando fuera enemigo.

—Sí, señor, afirmó don Fernando; un miedo vergonzoso i criminal, pues con él, no solo mancha su nombre, sino que en mucha parte va a comprometer a su nacion i a la que le sirve de aliada.

Escala no pudo reprimirse, i levantándose del sofá, comenzó a recorrer la pieza a grandes pasos, diciendo:

—¡Miedo un jeneral!... ¡Miedo el presidente de una república donde hai dos millones de hombres! I ¿dónde está el mérito del que ha asaltado el poder, del que se ha hecho jeneral, jefe de una nacion, sin mas, como dicen, que su osadía i su valor?

Don Fernando, que conocia de cerca cómo se habia efectuado la elevacion de Daza a la presidencia, dijo al jeneral:

—Recuerde usted, señor, cómo escaló Daza el poder i verá que sus actos de hoi, pérfidos i menguados para con la nacion que es su aliada, son los mismos de ayer para con sus jefes i protectores.

En seguida, en pocas palabras, recordó el anciano las intrigas i crímenes de que Daza habia echado mano para llegar a la presidencia, a pesar de tener en su contra a todos los hombres dignos i honrados de Bolivia.

—¡Sí, sí!... respondió el jeneral. ¡Esa pobre nacion está perdida; pero el golpe que va a recibir de nuestra mano le servirá de provechosa leccion!...

Iban a entrar a otro órden de ideas, cuando don Fernando dijo:

—Permítame un instante, señor jeneral, ántes de continuar; usted como padre comprenderá mi impaciencia. ¿Qué es de mi hijo Luis? ¿cómo siguen sus heridas?

—¡Oh!... perfectamente!... esclamó Escala; ha sanado con una prontitud tan prodijiosa como su valor!... Porque usted sabrá, amigo mio, que su niño se ha conducido no solo como un valiente sino como un héroe. Anteayer he tenido yo mismo la satisfaccion de conferirle

ante el ejército, formado en batalla, en nombre del supremo gobierno, el grado de teniente.

—¡Jeneral!... esclamó don Fernando con la voz trémula por la emocion; ¡gracias, gracias por la buena noticia i por lo que ha hecho usted por mi hijo!...

—¡Gracias!... repitió el noble manco. ¡Délas usted a Dios, amigo mio, por haberle dado un hijo tan valiente i de una conducta, segun lo he sabido por sus jefes, intachable!... Su hijo hará una brillantísima carrera si Dios no le ha destinado a morir por su patria!

—¡Ah!... si eso sucediese, esclamó don Fernando, no me arrepentiria de haberlo dejado enrolarse en el ejército; pero mi vejez seria mui triste i desolada!

—A muchos padres, hijos o esposos, amigo mio, la patria va a imponer en esta guerra ese sacrificio. Pero ¿qué hacer?...

—Una pregunta aun, señor jeneral, dijo don Fernando, para no volvernos a ocupar de mis cosas personales. ¿Está aquí mi hijo? ¿podré en un momento mas darle un abrazo?

—¡Oh, nó!... le contestó el jeneral; ya lo habria hecho venir. Se halla en Santa Catalina, con la division que tiene a su cargo el coronel Sotomayor. Yo habia dicho que se quedara; pero él insistió en ir.

—¿Está próximo el enemigo por ese lado? preguntó don Fernando.

—Mui próximo, i de ahí nace que nosotros levantamos nuestras tiendas para ir a reunirnos con la otra division.

Siguió despues un diálogo en que don Fernando dió minuciosos datos de lo que eran los presidentes del Perú i Bolivia i sus ejércitos; de la rivalidad i desunion que reinaba entre ellos, i en fin, de cuanto habia obser-

vado en el largo tiempo de su permanencia en Bolivia i en Tacna.

Una hora despues, la division, como lo habia dicho el jeneral Escala, se ponia en marcha precipitada hácia el sur i don Fernando se enrolaba como ayudante *ad honorem* al estado mayor.

La marcha se hizo con toda rapidez i sin los menores inconvenientes, así que nos trasladaremos al momento en que la columna oyó repercutir en la inmensa pampa del Tamarugal el estampido del cañon.

—¡Ya se están batiendo!... fué la frase que recorrió las filas como chispa eléctrica.

Inconscientemente, sin órden, todos a una, cediendo a la misma inspiracion, alijeraron mas aun el paso, a pesar de que iban a marcha redoblada.

La idea de no tomar parte en el combate i en el triunfo, porque el soldado chileno jamas piensa que puede ser vencido i esa fe duplica su valor, causábales cierta envidia, cierta desazon, que se manifestaba en el vigoroso esfuerzo con que sostenian la marcha por los pesados médanos del desierto.

Don Fernando fué uno de los mas impacientes, i acercándose al jeneral Escala, le dijo.

—Señor, mi caballo es mui resistente i de un galope puedo llegar al sitio del combate. ¿No quiere usted mandar alguna órden, algun aviso?

—¡Sí, amigo mio, contestó el jeneral, cuyo pecho latia con violencia ante la idea de que una parte de su ejército estuviese batiéndose i él no estaba con ellos; sí, amigo mio, parta usted i diga al coronel Sotomayor i a todos los jefes de los cuerpos que ya nosotros vamos

cerca; que si se baten con desventaja resistan hasta agotar el último cartucho i hasta morir!

Don Fernando partió, i de tal manera atravesó la pampa, que ántes de una hora habia llegado al pié del cerro de Dolores, endonde el coronel Sotomayor, rodeado de su estado mayor, con una serenidad como si se tratase de dirijir una parada el 18 de setiembre, dirijia el combate.

Desde ahí, con un anteojo, observaba las líneas mas lejanas del enemigo; i sus ayudantes, atravesando muchas veces por el centro de los fuegos, impartian las órdenes.

El asalto a la artillería de Salvo no habia podido ser impedido a tiempo, tanto porque era el punto mas avanzado, cuanto porque la garganta por donde habia subido el valiente Espinar con los suyos quedaba oculta a la investigacion del coronel. Pero el segundo refuerzo del Atacama, que barrió hasta el plan a los aliados, fué enviado en virtud de una órden de Sotomayor.

Llegaba precisamente don Fernando cerca del coronel, cuando vió partir, a toda carrera, sobre un brioso caballo tordillo, a un jóven con los grados de teniente. Le miró un instante i esclamó;

—¡Mi hijo!... mi Luis!... ¿Dónde irá?

Era el que llevaba la órden de hacer cargar a las otras dos compañías del Atacama, i para ello necesitaba pasar por el centro mismo de los fuegos.

Don Fernando se puso pálido, reprimió la respiracion i se quedó contemplando a su hijo, a quien de un momento a otro creia ver rodar del caballo.

En un punto mui avanzado, tras de un parapeto de caliche, se habian situado tres soldados peruanos i desde

ahí hacian fuego a mansalva sobre las tropas chilenas colocadas en la altura. Cerca de ese grupo, a lo mas como a cincuenta pasos, tenia que pasar el jóven Luis Aravena para llegar al sitio donde estaban las compañías del Atacama.

Don Fernando se habia detenido cerca del coronel Sotomayor, quien con su anteojo de campaña seguia la carrera del bravo teniente, no ocultándosele el peligro que corria i que él habia sido el primero en querer afrontarlo.

De repente don Fernando lanzó un grito i esclamó:

—¡Mi hijo!... han muerto a mi hijo!...

El coronel Sotomayor, al oir aquella esclamacion, tornó el semblante i vió a don Fernando, a quien conocia personalmente, que sin darse cuenta de lo que iba a hacer, clavaba los ijares de su caballo para lanzarse adonde habia visto caer, formando una masa informe, a su hijo con el caballo que montaba.

—¡Don Fernando!... le gritó el coronel Sotomayor, deténgase usted!...

El anciano, como lo hemos dicho, era un valiente, i dominando el primer ímpetu, el primer arranque de su corazon de padre, volvió al lado del coronel.

—No se inquiete usted aun, le dijo Sotomayor pasándole su anteojo. Su hijo se ha levantado i sigue la marcha a pié. Deben haberle muerto el caballo.

Efectivamente, Luis se levantó dejando a su caballo que ya no podia hacerlo, i despues de sacudir el polvo de su casaca i pantalon, avanzó resueltamente a pié.

Mas el peligro era aun mayor. Los tres tiradores a que hemos hecho referencia, le dirijian sus fuegos a tan corta distancia, que era admirable no le acertaran.

En ese mismo instante, de la altura se destacó un peloton de cuatro soldados, incluso un oficial, que a todo correr bajaban a protejer á Luis.

Seguia este avanzando, cuando una bala le arrebató el kepí.

El bravo teniente sintió una especie de rabia, i empuñando su revólver, volvióse hácia donde estaba el grupo que trataba de fusilarlo por la espalda.

—¡Esa es una temeridad! esclamó el coronel Sotomayor al verlo avanzar.

Don Fernando, mui pálido pero sereno, mordíase lijeramente el labio inferior; pero cuando vió que su hijo tornaba a pelear con los tres soldados, esclamó:

—¡Coronel!... he llegado anticipándome una media hora, tal vez, al ejército del jeneral Escala, quien me ha ordenado diga a usted que gaste hasta el último cartucho i resista hasta el último trance miéntras él se le reune. Ahora que he cumplido mi deber como chileno, voi a cumplir mi deber como padre!...

Diciendo esto, espoleó a su caballo, le animó con el cuerpo i con la voz i corrió hácia el sitio en que se parapetaban los soldados peruanos.

A ese tiempo, Luis, que como un leon, con su cabellera ajitada por el viento, se dirijia al parapeto, oyó una voz a su espalda que le gritaba:

—¡Luis!... Luis!... aguárdanos!...

Miró i reconoció a su amigo Camilo Montemar, que en compañía de tres soldados llegaba a toda carrera a favorecerlo.

Se abrazaron.

—¡Bravo muchacho! le dijo Camilo con su alegría i buen humor cuotidianos. Ahora, a ellos!...

Pero los soldados peruanos no eran hombres de esperar un ataque a la bayoneta, mucho ménos con fuerzas superiores.

Al ver el grupo que venia contra ellos, abandonaron su parapeto de caliche i corrieron en desbandada hácia donde estaba el centro de las fuerzas aliadas.

—¡Cobardes!... Maricas!... esclamó Camilo con rabia. I volviéndose a sus tres soldados les dijo:

—¡A ver, muchachos!... A ustedes les toca ahora!... ¡Apunten bien i volteen esos tres pájaros que vuelan con las alas que tienen en los piés!

Los soldados no se hicieron esperar la órden.

Apuntaron e hicieron fuego.

—¡Bravo!... esclamó Camilo. Cayó uno!... ¡Otra descarga hasta que no quede ninguno!...

Obedecieron, pero como ya la distancia era mayor, erraron,

—¡Malo!... Si no alcanza con uno, que alcance con dos, agregó Camilo.

Dispararon por tercera vez i cayó otro.

A ese tiempo, el tercer fujitivo era atropellado por un caballo que, montado por un jinete que vestia de paisano, disparaba al mismo tiempo su revólver sobre el caido.

—¡Diablo!... esclamó Camilo. ¿Quién es ese bravo *cucalon* que viene a ayudarnos?

El jinete, intertanto, habia vuelto bridas i en pocos minutos llegó donde estaban los jóvenes. Paró su caballo, echó pié a tierra i cuando Luis todavia creia ser presa de una ilusion, don Fernando, pues él era, le estrechó entre sus brazos diciéndole:

—¡Hijo mio!... mi Luis!...

—¡Oh!... mi padre... esclamó el jóven en el colmo de la alegría.

Se abrazaron fuerte, cariñosa, largamente.

—¡Ahora, hijo, esclamó don Fernando, que con el estampido del cañon, con el olor de la pólvora, con el silbar de las balas a su oido le parecia hallarse en los dias de su juventud; ahora, hijo, vé a cumplir tu mision: sube sobre mi caballo!...

—¿I usted?

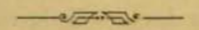
—No te inquietes por mí. Si Dios nos concede la vida, nos reuniremos despues de la victoria.

Luis abrazó a su padre, dijo algo a Camilo i partió.

El coronel Sotomayor, que observaba todo esto con su anteojo, lleno de complacencia murmuró:

—¡Para tal padre tal hijo!

EL CAPITAN DEL AÑO 38



El combate, intertanto, seguia casi en toda la línea; i don Fernando, despues de saludar a Camilo, viendo que en el punto en que se hallaban no harian nada de provecho, ascendió nuevamente hasta encontrarse con su hijo que volvia ya, despues de haber trasmitido la órden de que era portador.

El veterano del año 38, el ex-capitan que tanto admiraba i a quien tanto queria i respetaba Lúcas, el asistente de Luis, sentíase rejuvenecido, con todo el valor, con todo el entusiasmo de su juventud.

Apénas Luis llegó ante ellos, don Fernando, mirándolo con ternura inesplicable i con todo el orgullo i la satisfaccion que puede sentir un padre al ver que su hijo le ha igualado i tal vez superado en patriotismo i en valor, le dijo con cierta voz militar, voz de mando, pero en la cual vibraban los sentimientos de ternura de su corazon:

—¡Teniente Aravena, pié a tierra!...

Obedeció éste i ambos, en medio del ruido ensorde-

cedor de los cañones i de la fusilería i de las balas que silbaban sobre sus cabezas o empolvaban sus piés, volvieron a abrazarse.

—¡Bravo, hijo mio! le dijo el anciano, estoi contento de tí, i tu madre i tus hermanas lo estarán tambien.

—¡Tengo tu espada, padre mio! le dijo el jóven mostrándole la que cargaba al cinto, ¿cómo quieres que no te imite a ti?

—¡Bien... le dijo el anciano, cúbrela de gloria o piérdela con la vida!... Ahora, agrégate a la infantería, pues yo necesito de mi caballo para ir a recorrer el campamento.

—Pero, padre mio, yo debo volver al lado del coronel Sotomayor.

—Nó, le dijo don Fernando, no podrias atravesar a pié esta distancia i yo le diré, de paso, que has cumplido sus órdenes.

Se separaron i don Fernando regresó al lado del coronel, i luego llegó, como lo hemos visto mas atras, al punto donde bravamente, haciendo fuego en avance, se batia el 3.º de línea.

Despues que don Fernando hubo trasmitido al jefe la noticia encomendada por el jeneral Escala, avanzó a su vez por entre los soldados que estaban diseminados en guerrilla.

En ese momento, el enemigo flaqueaba a todas vistas i el jefe del 3.º, viendo la impaciencia de sus subalternos, hizo tocar "centro i reunion" i cacto ontínuo "calacuerda".

A este toque, el mas deseado por el chileno, los soldados lanzaron estrepitosos vivas i cargaron con el ímpetu e irresistible empuje que lo habia hecho el Atacama.

"El Coquimbo, el Valparaiso i el 4.° de línea abandonaban a la vez sus posiciones en lo alto de la cumbre i contribuian eficazmente por su parte a secundar el efecto producido por la brillante carga del Atacama.

"En pocos minutos arrollaron a las huestes aliadas que tenian a su frente, obligándolas a emprender una vergonzosa fuga, que vino a ser jeneral en toda la línea, no sin que tuviésemos que lamentar la pérdida del bizarro capitan del Valparaiso don Álvaro G. Serei, i saliendo tambien herido el segundo jefe del 4.° de línea, teniente coronel don Rafael Soto Aguilar.

"Como su herida no era, por fortuna, de mucha gravedad, continuó al frente de su batallon, que evolucionaba tan diestramente como en el campo de maniobras en un dia de parada, i dando las voces de mando con la mayor entereza i sangre fria.

"Hasta los enemigos del Ayacucho hacen entusiastas elojios de las maniobras de este veterano rejimiento i se manifiestan admirados de su disciplina i del órden con que ejecutó sus movimientos."

Don Fernando no pudo contenerse i cargó tambien, sin mas armas que sus revólvers. Su caballo, aunque cansado, le llevó ántes que a todos a las filas enemigas, que comenzaban a desorganizarse al ver venir hácia ellos las bayonetas chilenas.

Al primero que encontró a su paso, don Fernando le derribó con su caballo; pero casi acto contínuo se vió rodeado i amenazado por un centenar de bayonetas. Comprendió su imprudencia; pero siendo tarde para remediarla, resolvió vender mui cara su vida.

Una bayoneta le hirió el brazo izquierdo, dos o tres balas pasaron silbando por sus oidos. Arremolineó su

corcel, descargó uno a uno los seis tiros de su revólver derribando a cuatro de los mas cercanos; i cuando se preparaba para abrirse paso, una bala derribó a su caballo arrastrándolo en la caida. Estaba irremisiblemente perdido.

Cuando pudo levantarse, el círculo que habia logrado ensanchar gracias a los esfuerzos bien dirijidos de su caballo, se cerraba. Era un anillo de bayonetas que iba a estrecharlo.

A su lado yacia un cadáver i junto a éste un fusil.

El anciano se armó con él, i tomándolo por el cañon, comenzó a defenderse de los primeros golpes.

Sus fuerzas, ya debilitadas por los años, no podian ménos de flaquear pronto i fué lo que acaeció. Si alguno de los soldados que le rodeaban hubiese cargado sobre él, a fondo, le habria traspasado; pero pusilámines aun para atacar a un hombre solo, contentábanse con pincharlo, lo que le habia causado diversas heridas.

—¡A ellos!... a ellos!... gritaron cerca de ahí.

—¡Los chilenos!... murmuraron los del grupo.

Al mismo tiempo caia sobre ellos, como rayo esterminador, un soldado alto, moreno, de bigote grueso i canoso, de formas hercúleas. Usaba su fusil como maza i de tal manera le blandia sobre su cabeza i lo dejaba caer sobre la de los enemigos, que en un instante derribó a la mayor parte de los que rodeaban a don Fernando.

Los demas, atolondrados i poseidos por el miedo, por la cercanía de los soldados que cargaban a la bayoneta, huyeron.

Ya era tiempo. Don Fernando, falto de fuerzas i debilitado por la sangre que manaba de gran número de heridas, caia en tierra alcanzando a murmurar:

—¡Lúcas!... ¡eres tú mi fiel viejo!...

—¡Por la Vírjen!... esclamó el bravo veterano del año 38, ex-asistente de don Fernando i actual asistente de Luis; ¡por la Vírjen que esto es mas fuerte que yo!...

Arrojó el fusil con que tanto mal habia causado a sus enemigos i agregó:

—¡Si es mi capitan!... ¡Mi capitan del año 38!

Se arrodilló junto a él, le incorporó i con los acentos mas tiernos que podia dar a su voz, le dijo:

—¡Señor!... ¡Mi capitan!... ¡Mi amo!... ¡Oh!... si apénas respira!... ¡Esto es mas fuerte que yo!...

Se dió fuertes puñetazos en el pecho con desesperacion, agregando:

—¿Qué dirán mis niñas, i miseá Trinidad i mi teniente?... ¡Cholos malditos! ¿por qué no me han herido a mí?

Luego, viendo que don Fernando estaba desmayado i que lo principal era trasladarlo a la ambulancia, así como habia tomado a Luis en el cerro de Pisagua, así tambien cargó con su capitan del año 38.

Intertanto la carga simultánea de los cuerpos chilenos que hemos designado, hizo que la derrota se pronunciase de una manera jeneral en toda la línea enemiga.

La caballería chilena cargó tambien como en Jermania, i sus terribles sables sembraron el campo de cadáveres.

Pero un avance mayor era imprudente tratándose de un ejército que tenia casi el doble número de combatientes.

El coronel Sotomayor no dió crédito a esa derrota i pensó que tal vez seria un movimiento estratéjico

del enemigo con el fin de hacer abandonar al ejército chileno sus posiciones de lo alto i envolverlo despues, en plena pampa, con sus numerosas huestes.

Esto, al ménos, era lo lójico, lo estratéjico, lo que habria hecho el ejército chileno i cualquiera otro que estuviese bien dirijido i no se hallase dispuesto a sentir pánico tan pronto.

Por tal causa, pues, el coronel Sotomayor impartió órden de suspender la persecucion i de que cada cuerpo volviese a ocupar sus posiciones.

La batalla, por ese dia, estaba terminada i el jefe chileno, como todo el ejército, pensó que al dia siguiente se libraria otra mas cruenta i que seria la decisiva.

Los batallones chilenos, un tanto ebrios con aquel primer triunfo, regresaron a sus campamentos entonando i cantando la cancion nacional i la cancion de Yungai.

¡Si hubieran podido pensar que si aquella misma tarde siguen en pos de sus enemigos i los atacan con las fuerzas de que disponian, los habrian derrotado por completo!

En el regreso, por una casualidad, pudieron reunirse Camilo, Félix Navarra i Luis Aravena.

Lanzaron, al encontrarse, una esclamacion de alegría, luego un sonoro ¡viva Chile! i se abrazaron con júbilo.

Luis habia cubierto sus cabellos con el kepí de uno de sus compañeros oficiales, que ménos feliz que él, habia rendido la vida en aras de la patria.

—¡No aprietes tan fuerte!... habia esclamado Félix, poniéndose pálido, cuando Camilo le abrazaba.

—¡Cómo!... ¿estás herido? le preguntaron.

—En el brazo izquierdo; pero aun cuando tengo la píldora adentro, creo que no está comprometido el hueso.

—Entónces vamos a la ambulancia, le dijo Camilo. Mas tarde, cuando se recojan todos los heridos, no habrá tiempo para estraerte la bala.

Como Luis habia peleado como ayudante del estado mayor i Félix Navarra por su cuenta, solo Camilo necesitó solicitar licencia para dejar su compañía.

Dirijiéronse, pues, los tres a la ambulancia.

Llegaban ya ahí, cuando Luis divisó a Lúcas que se dirijia, corriendo, a cierto punto del campamento.

—¡Eh, Lúcas, Lúcas!... le gritó el jóven.

Volvió el veterano a toda prisa, se cuadró i saludó militarmente a su niño convertido en teniente i aguardó.

Tenia los ojos mui colorados i en su cano bigote se veia aun brillar una lágrima.

—¿Dónde vas? ¿Qué te sucede? le preguntó Luis.

—¡Oh! esclamó Lúcas; esto es mas fuerte que yo!... Mi capitan!...

Un fuerte, un ronco sollozo le cortó la voz.

—¿Qué capitan? le preguntó el jóven sin acordarse que así llamaba el viejo soldado a don Fernando.

Lúcas se dió fuertes puñetazos en el pecho i murmuró:

—¡Él, pues!... mi capitan!...

El sentimiento que manifestaba Lúcas iluminó a Luis.

—¿Mi padre? interrogó con ansiedad.

Lúcas sacudió afirmativamente la cabeza con desesperacion.

—¿Ha muerto? volvió a preguntar el jóven con el semblante pálido i con la mas viva ansiedad.

Lúcas dijo que nó con la cabeza i agregó:

—¡Pero está herido!... mui herido!... ¡Oh!... si casi le han hecho arnero!...

Luis no se detuvo a oir mas i se precipitó, corriendo, a la ambulancia.

—¡Qué demonios tiene esta familia, esclamó Camilo; ayer salió herido el hijo y ahora el padre!... I yo, nada!.. ni un miserable rasguño!... Esto es intolerable!

Félix, que sentia dolores mui agudos en el brazo, no contestó i siguió avanzando hasta llegar con su amigo a la ambulancia, en la cual reinaba un gran movimiento.

LA DESBANDADA

Miéntras que en el ejército chileno se creia que el campamento enemigo se reorganizaria para dar un ataque decisivo al dia siguiente, sucedia en éste todo lo contrario.

La carga del Atacama i de los demas cuerpos habia arrollado las columnas aliadas i sembrado el pavor en sus filas.

Habia sido aquello no un repliegue sino uno fuga, no una batida en retirada sino una verdadera derrota.

"Desde este momento los jefes i oficiales peruanos solo pensaron en poner tierra entre ellos i sus soñados perseguidores. Abandonando sus soldados a merced del enemigo, echaron mano de las mulas empleadas en el trasporte de provisiones i de cuanta cabalgadura pudieron encontrar, i se dispersaron en distintas direcciones.

"No tardaron los soldados en imitar su ejemplo, i pronto, aquel ordenado ejército del dia anterior, no fué mas que una muchedumbre de aterrorizados fujitivos.

"Los soldados prisioneros, que en su mayor parte lo

fueron esa noche, no tienen palabras suficientes para ponderar la cobardía i torpeza de sus jefes. Despues de abandonarlos a sus propias fuerzas durante la batalla, se separaban de ellos esa noche sin designarles qué camino debian tomar, de manera que recorrian los pobres en distintas direcciones la pampa, muertos de frio, de hambre i de sed, i procurando escapar de las balas de nuestros soldados.»

«Los batallones bolivianos, por su parte, no tardaron en seguir el ejemplo de sus queridos hermanos, sobre todo al ver que habia desaparecido el jeneral i los principales jefes. Uno de los prisioneros que vienen a bordo del *Loa*, el sarjento Acosta, nos ha referido la siguiente escena que presenció de esa terrible noche.

«Despues de la matanza que los chilenos hicieron en su destacamento avanzado, andaba él salta que salta por entre los calichales, ocultándose en los hoyos i en los montones de tierra, a fin de escapar de los soldados de nuestra caballería, que parece, dice, que brotaban de todas partes.

«En una de estas escondidas se encontró con un jefe boliviano que tenia su batallon formado en línea i en alta voz les esplicaba el itinerario que debian seguir para llegar a Oruro, agregándoles, como recomendacion, que él no queria imitar la conducta de los oficiales peruanos que se habian mandado mudar sin dar aviso i dejando abandonada sus tropas.

«Los soldados, agrega el sarjento, recibieron con grandes aplausos el plan de su comandante i, como se trataba de huir, prometieron seguirlo hasta la muerte.

«Otro prisionero del 8.° de Lima, dice que al atrave-

sar estraviado la pampa encontró a otro boliviano ménos escrupuloso que el anterior, que solo se contentó con hacer a sus soldados la siguiente notificacion:

—"Yo, muchachos, me voi a mi casa. Les aconsejo que procuren hacer otro tanto.

"Los bolivianos se quedaron con tamaña boca abierta, miéntras el coronel se perdia a caballo en medio de la oscuridad, dispuesto a poner desde luego en planta su proyecto. Al fin, encontrando que ese era el camino mas cuerdo, principiaron a decirse unos a otros:

—"Si el amo se va a los toros, vámonos todos.

"I se fueron.

"¡Qué notable contraste presenta esta conducta del cholo peruano con el espíritu que anima a nuestros soldados! Los oficiales que se encontraron con sus tropas metidos en la ratonera del 18 en la noche, cuando 1,500 hombres se veian rodeados, por todas partes, por un ejército de 11,500 a 12,000 enemigos, nos cuentan las conversaciones que en voz baja sostenian entre los soldados del 4.° i del Atacama; dignas por cierto de los espartanos de Leonidas.

"Un soldado preguntaba a otro miéntras, acurrucados en el suelo i con su fusil entre las piernas, acechaban al enemigo:

—"¿I si nos descubren los cholos?

—"No hai mas que morir toditos. ¿Quién diablo va rendirse a estos cholos bribones?

—"Por supuesto. Pero ¡qué golpe tan grande para Chile si nos derrotasen!

—"¡Ya lo creo! Por eso hai que pelear hasta dar el quilo, cosa que no vayan a creer que somos cobardes.

"La idea de pelear hasta morir; de morir mil veces

ántes que rendirse; el pensamiento único de la suerte de la patria i de la gloria de Chile, era el espíritu que animaba a aquellos hombres en tan angustiosos i solemnes instantes. Todos parecian tener la idea de poseer en sus manos la suerte de la patria, i esta idea los hacia heróicos e indomables.

"Todas las conversaciones durante las largas horas de aquella aciaga noche, concluian en el mismo estribillo: "Morir ántes que rendirse" i en el vivaqueo de la noche del 19, cuando al dia siguiente se esperaba una reñidísima batalla, este era tambien el final de las pláticas de todos nuestros soldados."

Y el jeneral Buendía ¿qué habia sido de él?

Desde el momento en que vió huir a sus soldados para escapar de las bayonetas del Atacama, el jeneral dió por perdida la batalla i fué uno de los primeros en ponerse en retirada.

Estaba fatigadísimo, somnoliento, exhauto de fuerzas, sin aliento ni ánimos para nada.

A mas del abatimiento físico su estado moral no podia ser peor.

Todo cuanto habia sufrido en aquel tiempo pesaba ahora sobre su corazon.

En medio de todo, en medio del desórden de sus ideas, de la confusion del combate, lo que mas le atormentaba era el recuerdo de Ema.

¿Qué habia sido de ella? ¿La habian muerto? ¿La habian asesinado para arrabatársela así para siempre?

El jeneral, en union del oficial que le habia mandado dar parte de la desaparicion de la jóven, la habian buscado inútilmente toda la mañana. Ni el menor vestijio, ni la menor huella.

Para aumentar mas la zozobra e inquietud del atribulado jeneral, un soldado que despachó a una oficina inmediata llegó a decirle que ahí habia llegado, al amanecer, un caballo que debia pertenecer a un oficial de la caballería peruana.

Ese caballo habia llegado sin jinete, buscando por instinto un lugar habitado.

Como se comprenderá, esto acabó de trastornar al jeneral.

Casi sin darse cuenta de lo que hacia, despachó al oficial i los soldados que le acompañaban en distintas direcciones, con el encargo de rejistrar todas las oficinas.

—Quinientos pesos daré de premio, dijo, al que me traiga noticias de esa jóven.

Pero el dia avanzó i el jeneral rabioso i desesperado tuvo que regresar al campamento cuando oyó repercutir en la pampa el estampido del cañon.

Ya hemos visto que miéntras el coronel Suarez iba a dirijir el ataque del ala izquierda, Buendía se quedaba para organizar el del ala derecha.

Pero sus bríos en ese momento eran tan escasos, que pronto la fatiga le rindió.

—¡No puedo mas!... habia dicho a uno de sus ayudantes. ¡Yo me retiro a descansar un momento!

Mas ese descanso no debia tomarlo el jeneral sino mucho mas tarde. Creyendo a su ejército completamente derrotado i figurándose que los chilenos marcharian tras él, ora calando bayoneta, ora sableando como lo habian hecho los cazadores en Jermania, Buendía seguido de unos pocos oficiales puso su caballo al galope, i de oficina en oficina fué alejándose del campamento.

Le dejaremos galopar, presa de un miedo que jamas habia esperimentado, i nos trasladaremos a la ambulancia chilena en donde hemos dejado algunos de nuestros conocidos.

Las salas estaban llenas de heridos; los cirujanos con sus delantales cubiertos de sangre, con las frentes sudorosas, con las manos teñidas de rojo, iban de un lado a otro lavando, vendando, curando a los heridos. Habia tarea para veinte cirujanos i tenian que repartírsela entre cuatro.

Entre los heridos hallábase el valiente anciano don Fernando Aravena.

Desde el momento en que Lúcas llegó con él a la ambulancia, uno de los médicos procedió a reconocer sus heridas.

Lúcas, dejando deslizar por sus tostadas mejillas lágrimas tan gruesas como un garbanzo, ayudaba al médico en su reconocimento; i a cada nueva herida que veia, murmuraba entre dientes:

—¡Pícaros!... herir así a mi capitan!... Pero ya la pagarán en otra!... Juro que no he de perdonar a ninguno!

—Como habia dicho el viejo soldado, don Fernando se hallaba materialmente acribillado, *hecho un arnero*, por las heridas.

El cirujano que le asistia, temiendo que el desmayo del anciano se prolongase demasiado i el derrame de sangre por tantas heridas comprometiera su vida, dijo a Lúcas:

—¡Vé, corriendo, a pedir en el Estado Mayor, que venga un cirujano a ayudarme!...

Fué ese, precisamente, el momento en que Lúcas salia de la ambulancia i era llamado por Luis.

Una mirada bastó al jóven para ver el sitio en que estaba su padre.

Don Fernando, pálido e inanimado como un cadáver, estaba tendido de espaldas en una camilla.

El cirujano ponia compresas en algunas heridas que tenia en el pecho i en los brazos.

—¿Ha muerto? preguntó Luis cayendo de rodillas al pié de la camilla. ¿Ha muerto mi padre, señor doctor?

—¡Nó, su estado es grave, pero hasta este momento, contestó el médico, ninguna de las heridas que he reconocido es mortal!... Este caballero se ha debilitado, tanto por un trabajo excesivo, como por la gran pérdida de sangre!...

Luis, con los ojos llenos de lágrimas, besó la frente de su padre.

—¡Dios mio!... esclamó. ¡Está helándose!... ¡Mi padre se muere!...

La verdad era que el cirujano estaba un tanto inquieto, pues eran tantas las heridas que tenia el anciano, que temia no alcanzar a contener la hemorrajia...

En esos momentos llegó otro médico i al cabo de diez minutos don Fernando volvió en sí, despues de tomar algunas gotas que le suministraron los doctores.

Su mirada, al principio, fué vaga. Pero luego, viendo junto a sí a su hijo i a su fiel criado, sonrió dulcemente i les tendió la mano murmurando con voz débil:

—¡No es nada!... Sé que no he de morir!...

Este pequeño esfuerzo le hizo desmayarse.

—¡Oh!... esclamó Lúcas dándose un fuerte puñetazo en el pecho, ¡mi capitan se muere!... ¡Esto es mas fuerte que yo!...

—¡No tengas cuidado, buen hombre, le dijo el medico; hai mas probabilidades de que tu capitan sane!

—¡Oh!... si así fuera!...

Luis fijaba una mirada inquieta i ansiosa en el semblante de su padre.

El médico le administró una nueva dósis del medicamento que le habian dado ántes, i el anciano recobró nuevamente el conocimiento.

—Prescribo a usted terminantemente, le dijo el doctor, si quiere usted vivir para su hijo i su familia, que no hable, que no haga el menor movimiento i procure combatir toda emocion.

Don Fernando hizo con la cabeza un signo afirmativo i se quedó largo rato contemplando con amor, con alegría infinita el semblante juvenil de su hijo i el atezado i cobrizo de su antiguo asistente.

En esos instantes, aunque debilitado por la pérdida de la sangre, aunque atormentado por los dolores que le causaban sus múltiples heridas, el anciano sentia nadar su alma en un mar de ventura. Haber sido herido, ya en su vejez, por defender a su hijo i pelear por su patria; hallarse allí, en una pobre camilla de ambulancia militar despues de haber servido a Chile con su injenio i su valor, era para el patriota don Fernando algo que le causaba orgullo i placer.

La noche, intertanto, habia entrado; i cuando Luis i Lúcas pensaban que podrian pasar la noche al lado del herido, con gran sorpresa vieron que dos sirvientes de la ambulancia llegaban a trasportar la camilla a otra habitacion.

Luis quiso protestar; pero al mismo tiempo llegó un

oficial a decirle que su compañía marchaba en esos instantes de avanzada i que él debia ir a reunirse con ella.

El jóven hizo un movimiento de despecho.

—¡Dejaré a Lúcas! esclamó. Tú velarás a su lado, agregó dirijiéndose a su asistente.

—Es inútil, le contestó a ese tiempo una voz arjentina; el señor jeneral me ha encargado que yo asista al señor Fernando Aravena.

Luis miró con curiosidad i admiracion a la persona que le hablaba; pero iba cubierta con un velo i solo pudo ver que era jóven, de porte gallardo i al parecer mui hermosa.

—¿Usted, señorita, le preguntó, está encargada para asistir i atender a mi padre?

—Sí, señor; por un encargo especial que he recibido del señor jeneral Escala.

Luis vaciló. Sabia que ya a esa hora el jeneral Escala, con las fuerzas acantonadas en Pisagua, habia llegado al campamento; pero ignorando que su padre se hubiese visto con él i le conociera, no sabia cómo esplicarse aquella determinacion.

Don Fernando, aunque estaba mui débil i le costaba grandes esfuerzos poder hablar, conoció sin duda la voz de la tapada, pues, dirijiéndose a su hijo i a Lúcas, les dijo con cierto imperio:

—¡El soldado en su puesto!... Partan a cumplir con sus deberes.

Calló porque le faltó la voz; pero luego, dirijiéndose a la jóven, le dijo:

—¡Bienvenida sea usted, hija mia!... Acérquese i deme la mano!

La tapada, como ántes lo habia hecho Luis, se arro-

dilló junto a la camilla, i tomando una mano de don Fernando, aplicó a ella sus labios al mismo tiempo que una tormenta de sollozos se escapaba de su pecho.

Luis, sin poder darse cuenta de lo que veia, besó a su padre en la frente.

—¡Hasta luego! le dijo.

Lúcas hincó una rodilla en tierra militarmente, i besando la punta de los dedos de la mano que don Fernando le tendia, balbuceó:

—¡Ya la pagarán, mi capitan, esos cholos pícaros!...

Luis i Lúcas se alejaron.

En ese mismo instante, en una sala inmediata, resonó un grito de dolor.

La jóven que estaba arrodillada junto a la camilla de don Fernando, se levantó como impulsada por un resorte.

—¡Dios mio!... esclamó corriendo hácia la sala de donde habia partido el grito. Dios mio!.. esa voz es de Félix!...

LA ENFERMERA

La bala que Félix Navarra recibió en el brazo, se habia aposentado en la parte mas sensible e importante de lo que comunmente se llama el lagarto.

La operacion de estraerla debia ser en estremo dolorosa, por lo cual propusieron a Félix que se dejara administrar el cloroformo; pero él, tendiendo su brazo desnudo sobre una mesa, les dijo:

—¡Operad!

El bisturí, en busca del plomo, rasgó la piel i la carne sin que el valeroso jóven exhalase la menor queja. Pero la bala se habia enredado, si así podemos decirlo, en los nervios del antebrazo; i el sacarla de ahí le costó tan vivos i agudos dolores, que no pudo ménos de lanzar un grito. Luego, la pérdida de sangre i la misma violencia que hacia para reprimir el dolor, le hizo esperimentar un vértigo.

Le acostaban en una camilla cuando entró la jóven preguntando con vivísima inquietud:

—¿Está mui mal herido?

—Nó, señorita, le contestó el médico.

—¿Se ha desmayado?

—Sí; pero es un pequeño vértigo ocasionado por el dolor.

—¿Dónde está herido?

El médico indicó en el brazo, la parte en la cual acababa de aplicar una ancha venda.

—¿Es mui grave la herida?

—Su mayor gravedad consiste en haber cortado la bala algunos tendones.

—I eso ¿puede acarrearle algun sério perjuicio?

—Talvez cierta imposibilidad para mover los dedos o la mano.

El médico, diciendo esto, hizo aspirar a Félix un pomo con esencias.

La jóven, que permanecia con el semblante cubierto, pasó inmediatamente a la otra habitacion ántes de ser vista.

—Vamos, dijo a los mozos de la ambulancia, que la aguardaban para trasportar a don Fernando.

I tomando ella misma una linterna marchó adelante, hasta llegar a una salita regularmente amueblada, en uno de cuyos ángulos habia una cama.

Con gran cuidado trasportaron a ella al herido, quien comenzaba a sentir los primeros síntomas de la fiebre.

La jóven, una vez que quedó sola, se quitó el velo i el manto que la cubria.

Era Ema que tenia los párpados rojos, las mejillas pálidas i todo su semblante como marchito. Un gran círculo amoratado rodeaba sus ojos, i sus labios ordinariamente tan rosados i tan frescos estaban ahora descoloridos.

Preparó una tizana que dió a beber a don Fernando con tierna solicitud, i rogándole que procurase dormir, fué ella a sentarse en un pequeño divan.

Los pensamientos que asaltaron su mente, acto contínuo, fueron tan dolorosos, que bien pronto sus ojos se convirtieron en dos manantiales de lágrimas.

Félix, intertanto, habia vuelto en sí de su pasajero desvanecimiento.

Lo primero que hizo fué informarse del estado de don Fernando.

—Don Fernando está un poco grave, le dijo el médico; no porque tenga alguna herida mortal, sino por la mucha sangre que ha perdido.

Félix se asomó a la sala en donde ántes de su operacion habia dejado al anciano.

—I ¿donde está? interrogó.

—Le han trasladado a otra parte.

—Pero ¿dónde podia estar mejor atendido que aquí?

—El jeneral Escala mandó a una jóven para que se hiciese cargo de cuidarlo, i ella le hizo trasladar a una pieza mas silenciosa que esta.

Félix no dió mayor importancia al acaso de la enfermera; i como ya no tuviese nada que hacer ahí se alejó i fué a reunirse con un grupo de oficiales que charlaban alegremente sobre la inesperada victoria que habian obtenido i sobre la segura i completa que al dia siguiente pensaban obtener.

—¿Pues saben ustedes lo que dicen algunos prisioneros peruanos? interrogó uno.

—¿Qué dicen?

—Que todo ha andado mal i dado al diablo porque el

jeneral Buendía, enamorado como un colejial de una chilena, no queria dar la batalla ni se encontró tampoco en ella.

—I ¿dónde estuvo, entónces?

—Dicen que debe haber estado con la chilena.

—Eso no es posible, dijo otro; esa chilena, al decir de los mismos prisioneros, es una jóven vestida de negro, alta i esbelta, que estuvo hablando con el jeneral Escala.

—¿La viste tú?

—Vi su cuerpo, pues por lo que hace al semblante, lo tenia cubierto con un velo.

—I ¿cómo supieron los prisioneros que era ella?

—La conocieron en su airoso talle.

—Pueden haberse equivocado.

—No lo creo, pues todos fueron de la misma opinion. ¡Ella es!... esclamaron con rabia; la JENERALA BUENDÍA, la que es culpable de todo, pues esa maldita mujer ha trastornado la cabeza del jeneral.

—I ¿dónde está ahora? preguntó Félix, temiendo que el corazon le ahogase con sus latidos.

—El jeneral Escala le ha encargado la asistencia de ese caballero Aravena que peleó con tanta bravura.

Félix no escuchó mas, i volviendo rápidamente a la ambulancia, se hizo indicar la pieza en que estaba don Fernando.

Al llegar a la puerta, que estaba cerrada, se detuvo, tanto porque su emocion le sofocaba, cuanto porque él mismo no se daba cuenta de lo que hacia.

¿No estaba todo terminado entre ellos? ¿No habia él insultado i escarnecido a esa mujer? ¿No le habia arro-

jado ella de su casa llena de indignacion? ¿Qué iba a decirla? ¿Iria a prodigarle nuevos insultos? ¿a pedirle perdon?

Todo esto se preguntó sin saber ni poder calcular él mismo lo que haria.

Deseaba verla, hablar con ella un instante. Era esa una necesidad que le avasallaba, que era casi irresistible.

Golpeó suavemente la puerta i ésta se abrió del mismo modo.

Ema, que no esperaba ver ante sí a Félix, lanzó una esclamacion de sorpresa i se quedó inmóvil, muda, pálida como un cadáver.

—¡Quiero hablarte!... le dijo él en voz baja para no despertar a don Fernando.

Ema vaciló. Un temblor convulsivo se habia apoderado de todo su cuerpo. Creyó que iba a desmayarse i se apoyó del marco de la puerta para no caer.

—¡Otro dia!... en otra ocasion!... esclamó con tono suplicante.

—¡Oh!... por favor!... le dijo él; te ruego que me escuches!

Ema reunió todas sus fuerzas e hizo señas a Félix para que la siguiese a una pieza contigua.

Se dejó caer en una silla, pues sus piernas se negaban a sostenerla.

Félix se quedó de pié, contemplándola dolorosamente.

¿Qué habia marchitado, qué habia destruido en tan pocos dias la lozanía i hermosura de Ema? ¿Por qué esa palidez cadavérica? ¿Por qué esas ojeras profundas?

—¡Ema!... murmuró el jóven con voz tierna i conmovida: ¡Ema!... ¿qué tienes?

—¡Qué tengo!... repitió ella como preguntándose a sí misma; ¡qué tengo!... ¡oh!... no lo sé!...

—¡No lo sabes! I ¿por qué esa intensa palidez? ¿por qué esas huellas de profundo pesar? ¡Si soi yo la causa, perdóname!...

Ema no contestó.

—¿No me perdonas, Ema? No perdonas mi estravío, mi delirio, mi locura?

—Sí, te he perdonado, contestó ella casi maquinalmente.

—¡Siendo así, le dijo él aproximándose a ella para tomarle una mano con la que él podia usar; ¡siendo así, olvidémoslo todo i volvamos a ser felices!...

Ema retiró vivamente su mano ántes de ser tocada por Félix.

—¡Felices!... repitió con amargura.

—¿Me rechazas? le preguntaba él al mismo tiempo. ¿No dices que me has perdonado?

—¡Sí, pero ya tú no debes tocarme!...

—¿Tanto es tu resentimiento, Ema?

—Te digo que no lo tengo.

—I ¿por qué no me das tu mano, como prenda de reconciliacion?

—Porque ya mis manos no pueden ser estrechadas por las tuyas.

—¿Qué lo impide?

—El abismo que nos separa.

—¿Has dejado de amarme?

—Debia hacerlo.

—¿I tan pronto has podido conseguirlo?

—Era necesario.

—¡I decias que me amabas!...

—Así lo creia yo; pero tú te encargaste de desengañarme.

—¿No ves como no me perdonas? ¿no ves como habla tu resentimiento?

—¡Es que tú no me comprendes!

—¡Por favor, Ema, háblame claro!...

—¿Qué puedo decirte? Si todavia me amas, olvídame.

—¡Imposible!... Si supieras cuánto he sufrido todo este tiempo!... Te amo mas que nunca i te lo probaré con mi arrepentimiento!...

Ema meneó tristemente la cabeza.

—¡Ya es tarde!... murmuró. ¡Tengo muerta el alma!

Félix se alarmó, pues la palidez de Ema era cada vez mas intensa.

—¡Ema, le dijo con voz apasionada, no hables así porque me asustas!... Yo haré revivir tu alma... yo reanimaré tu corazon!... Te herí ofuscado por los celos; pero mi amor, mis caricias, te resarcirán esa amargura!...

—¿No te digo que ya es imposible? le dijo ella. ¿No te digo que entre los dos hai un abismo?

—I bien ¡yo salvaré ese abismo!... Yo te traeré nuevamente a mis brazos i no te separaré jamas de mí!...

—¡A tus brazos!... esclamó ella con voz amarga.

Se detuvo, lanzó una carcajada que tenia algo de histérica, i mirando a Félix fija, sostenidamente agregó:

—I ¿podrias estrecharme tú despues de los otros?

—¡Ema!... ¿Por qué recordar mis ofensas?

—¡Nó, esta vez es la realidad!...

—¡Ema! repitió él; no tortures mi corazon!... No te calumnies!...

—¡Calumniarme!... dijo ella con una sonrisa helada,

¡calumniarme!... Te digo que nó; que mi alma i mi corazon están muertos i mi cuerpo enlodado!...

—¡Te conjuro por Dios que no hables así! esclamó Félix con desesperacion.

—¡Olvídame i déjame! contestó ella con desfallecimiento. Yo no soi ya mas que una meretriz!...

Félix sintió como si le hubiesen arrancado el corazon. Una nube oscureció sus ojos i sintió algo que zumbaba en su cerebro.

—¡Mentira! esclamó al fin en el colmo de la desesperacion; ¡mentira!... Tú no puedes ser eso!

Ema sonrió con una espresion que causaba espanto.

—¡Mira!... le dijo tocándose las mejillas i los brazos. ¡Mira como me ha puesto la relajacion!

Félix, temiendo volverse loco, se apretó las sienes con la única mano de que podia disponer i murmuró con voz sofocada:

—¡Me has herido el alma!... adios!...

I casi ciego, tambaleándose, salió precipitadamente de la pieza; pero aun no habia andado veinte pasos, a la ventura, cuando arrojó un grito i cayó pesadamente al suelo.

Ema se habia quedado yerta, sintiendo que su vida pendia, como se dice, de un pelo; pero al oir el grito de Félix, se incorporó de un salto i corrió hácia el sitio de donde habia partido.

La luz de un farol iluminaba el cuerpo inanimado de Félix.

—¡Socorro!... socorro!... gritó ella.

Algunos mozos de la ambulancia llegaron.

—¡Pronto! les dijoEma: trasportadlo a mis piezas!

BREVE HISTORIA

Félix cayó en terrible delirio miéntras don Fernando, por su parte, era devorado por la fiebre.

Ema no se apartó un instante de la cabecera de ambos, a pesar de que los médicos la decian que concluria por enfermarse.

La jóven sonreia con tristeza, i contestaba:

—Soportaré todo lo que sea necesario hasta que mis enfermos entén fuera de peligro.

I efectivamente, sin dormir, sin desnudarse, sin tomar siquiera un rato de reposo, Ema velaba noche i dia por sus dos enfermos.

Cuando Félix deliraba o cuando su delirio se hacia un tanto violento, Ema se acercaba a él i poniéndole una mano en la frente le decia con dulce voz:

—¡Cálmate, Félix!... Vuelve en ti, tranquilízate!...

—¡Ema!... Ema!... Ema!... repetia él sin cesar. ¿Dónde está Ema?... ¿Por qué me ha abandonado?

—Estoi aquí ¿no me conoces? ¡Abre un instante los párpados para que me veas!...

—¡Le mataré!... ¿Dónde está ese infame jeneral?...

—¡Cálmate, Félix!... No pienses mas en eso!...

I Félix, sin conocer a Ema, sin darse cuenta de sus palabras o de sus actos, se calmaba poco a poco bajo la tierna i suave presion que la mano de la jóven ejercia en su frente.

Otras veces sentábase violentamente en el lecho i con los párpados mui abiertos, con la mirada fija, con las cejas contraídas, esclamaba:

—¡A ellos!... No hai que perdonar ninguno!... ¡A la bayoneta muchachos!... ¿Dónde está ese infame de jeneral?...

Ema sentábase entónces en el lecho, atraia suavemente al delirante hácia sí i apoyando aquella cabeza trastornada i ardiente en su pecho, le decia:

—¡Félix, amigo mio!... Basta ya de delirio!

Al suave calor de aquel pecho, al influjo de aquella tierna i dulce voz, el enfermo parecia esperimentar una reaccion. Se acomodaba como el niño que hunde su rubia cabeza en el regazo maternal, cerraba los párpados i ora se quedaba tranquilo, medio dormido, ora sus ideas tomaban un rumbo distinto.

En esos momentos solia murmurar:

—¡Sí, mi Ema... mi adorada Ema!... He tenido un sueño horrible!... Te habia perdido, i cuando te encontré eras de otro!... Yo queria morir pero no podia!... ¡Oh!... i luego tú me arrojabas, me decias adios para siempre i yo caia en un abismo, en un abismo profundo, inmenso, donde tú tambien rodabas, pero yo no podia sujetarte: el jeneral Buendía me había cortado un brazo i yo oia que todos se burlaban de mí gritándome: Te quitaron a Ema!... Ema es ahora la JENERALA BUENDÍA.

¡Eso era terrible!... Pero, gracias a Dios, no ha sido mas que un sueño!...

Ema no le contestaba i enjugaba en silencio las lágrimas que corrian por sus mejillas.

Don Fernando, por su parte, no tenia delirio a pesar de la fiebre; pero no por ello su atencion exijia ménos desvelos, así que Ema, como una sombra, como la mas solícita de las hermanas de caridad, iba de uno a otro lecho sin cesar.

Intertanto, en el campamento se habia estendido la voz de que la llamada JENERALA BUENDÍA estaba ahí; i la curiosidad de los oficiales por conocerla rayaba casi en la impertinencia. Con el pretesto de saber de los enfermos, iban sin cesar a las piezas; i aun cuando mas de uno, atraído por la hermosura de la jóven, se permitió dirijirle algunos galanteos, la mayor parte no podia ménos de sentir cierto respeto por aquella jóven de tez pálida, de mirada triste, que con su severo traje negro se habia constituido en enfermera de dos paisanos que sin pertenecer al ejército, se habian batido con admirable valor.

De esta manera trascurrieron tres dias, al fin de los cuales, habiendo cesado por completo la fiebre de don Fernando, el médico lo declaró, no solo fuera de peligro, sino apto para incorporarse en el lecho i hablar un poco, cosa que el anciano ansiaba con vehemencia.

Apénas recibió esta autorizacion, llamó a Ema junto a sí i le dijo con voz paternal:

—¡Ahora, hija mia, podemos hablar!... Ante todo permítame decirle que usted ha sido para mí mi ánjel tutelar!...

—¡Ah, señor! esclamó ella; solo Dios sabe cuánta sa-

tisfaccion he esperimentado con poder servir a usted de algo!... En medio de mi terrible e irreparable desgracia, esto ha sido para mí una dicha, un consuelo!...

—¡Desgraciada!... le dijo don Fernando con ternura. ¿Qué le sucede a usted, hija mia?

Ema tenia los ojos henchidos de lágrimas, i miró a don Fernando como si no se atreviese a continuar.

—He sabido por Félix, le dijo él, que ustedes se habian separado, i él la buscaba a usted por todas partes. Ahora que han vuelto a reunirse ¿qué puede atormentar a usted? Segun me ha dicho el médico, el estado de Félix ya no le inspira cuidado, i cree que no terminará el dia sin que recupere el conocimiento.

Ema continuó llorando en silencio.

—¿Ya usted no tiene confianza en mí, hija mia? le preguntó don Fernando.

—¡Ah, señor!... No diga usted eso!... esclamó ella. ¡Usted es el único hombre en quien puedo depositar todos mis secretos!... A usted es el único a quien puedo abrirle mi alma, pues usted es tambien el único que me ha tenido un afecto desinteresado. ¡Todos los demas, todos cuantos se acercan a mí, atraidos por eso que llaman mi hermosura, no quieren otra cosa que agregar una infamia mas a mi nombre!...

Ema enjugó sus lágrimas con cierto despecho i luego agregó:

—¿Ha sabido usted cómo, despues de mi regreso de Bolivia, nos reunimos con Félix?

—Sí, hija mia; Félix me ha contado todo eso. Si mal no recuerdo, ustedes huyeron del Alto de Pisagua en dos caballos del mismo jeneral Buendía i, andando de pueblo en pueblo, pudieron estar reunidos algun tiempo,

hasta que una partida de soldados despachada por Buendía los redujo a prision.

—I bien, señor, agregó la jóven con amargura, el resto de mi historia es el siguiente:

Como usted lo sabe, mi único objeto al vivir con el jeneral Buendía ha sido sorprender algunos secretos i estar al corriente de los planes que se formaran en contra de Chile. Ante todo el mundo yo he sido para el jeneral lo que puede ser una jóven para un hombre que aun no es viejo.

He afrontado esa creencia sin gran sacrificio, pues, como usted lo sabe, mi pasado no está exento de imborrables manchas.

Sin embargo, desde que amé a Félix, desde que vi en ese amor, si no mi rehabilitacion, porque la mujer que cae como yo no se rehabilita completamente jamas, al ménos una especie de perdon de mis faltas; desde entónces, digo, abrigué la esperanza de ser feliz nuevamente.

Para hacerme digna de esa felicidad, resolví dedicarme al servicio de mi patria; i aun cuando en la apariencia apareciese como ofendiendo i manchando mi amor a Félix, juré conservarme pura hasta el dia en que estuviese a su lado.

Mucho, como debe usted suponerlo, me costó contener los arrebatos de un hombre que, como el jeneral Buendía, estaba profundamente enamorado; pero, de un modo o de otro, yo merecia cumplir mis propósitos i mi juramento.

Estaba aun en Iquique cuando por primera vez Félix se acercó a mí.

Los celos le devoraban; pero despues de una esplica-

cion un tanto violenta, logré convencerlo i que me dejase continuar al lado del jeneral.

Muchas peripecias acaecieron hasta el momento en que Félix, en el alto de Pisagua, se presentó nuevamente a mí ordenándome que le siguiese. Le obedecí; mi situacion era mui violenta, i tanto habia sufrido que ya no tenia voluntad propia. En los momentos mismos que llegó Félix, iba a caer, sin quererlo yo, en los brazos del jeneral. Él me salvó.

Nuestra estadía en el desierto, en los miserables pueblecillos adonde nos refujiábamos para prolongar lo que llamábamos nuestra libertad, fué una série no interrumpida de sufrimientos. Pero todos habrian sido nada para mí, i los habria soportado con resignacion, si a todo eso no se hubiese agregado el peor de los martirios.

Félix, a pesar de su inmenso ámor, sufria los mas grandes e injustos celos.

No podia perdonarme mi pasado, i en sus arrebatos de ira me echaba en cara mis faltas. Un momento despues, cuando comprendia su injusticia; cuando yo, anegada en lágrimas, le repetia que, sabiendo quien era yo no debia haberme amado, caia a mis piés reconociendo su error i pidiéndome le perdonara.

Esto acaeció muchas veces i se hizo para mí una fuente perenne de sufrimientos. Mas no era esto todo.

Félix vivia receloso, intranquilo, cual si yo no hubiese pensado en otra cosa que en engañarlo, no importaba con quién.

Los rústicos labriegos de esos miserables lugarejos no podian acercarse a mí, no podian mirarme, sin que él experimentase accesos de rabia.

A veces tal conducta me hacia reir; pero las mas me heria en lo mas profundo del corazon.

¿Era acaso una mujer tan viciosa i tan pervertida que hasta tal punto se desconfiase de mí?

Toda cosa injusta, señor, hiere nuestra alma en lo mas vivo; i Félix, arrastrado por la pasion de los celos, me martirizaba i vivia él mismo en un constante tormenro.

Tal era nuestra vida cuando caimos en poder del jeneral Buendía i cuando acaecieron los sucesos del dia dos de noviembre. Como lo habrá dicho a usted Félix, la ocupacion de Pisagua por las fuerzas chilenas nos devolvió nuestra libertad; i aun cuando yo, para recuperarla, tuve que recibir un ultraje del administrador de una salitrera, providencialmente salí victoriosa i me encontré libre.

En esos momentos el combate era mui encarnizado en Pisagua; i como yo tenia la seguridad de que el ejército aliado seria derrotado, pensé que si me dirijia hácia el puerto caeria nuevamente en manos del jeneral.

Por otra parte, Félix i yo, que desde el principio de la guerra nos propusimos consagrar todo nuestro tiempo al servicio de la patria, no habíamos hecho nada por ella desde que estábamos reunidos. Pensé, por tanto, que idéntica cosa nos acaeceria si volvíamos a juntarnos i resolví, al contrario, que eso no sucediese hasta que se concluyera la guerra.

Tomada esta resolucion, en vez del camino hácia Pisagua tomé el de Pozo Almonte, i en una de las primeras oficinas pedí hospitalidad.

Pronto supe, como lo habia previsto, la derrota de los aliados i la reconcentracion que hacian de sus fuerzas desorganizadas.

Estando tan cerca los dos ejércitos enemigos, pensé que mas que nunca debia hallarme al lado de Buendía, si deseaba ser útil a mi patria.

Le escribí i un dia despues estaba en la habitacion que me habia preparado.

—¿I no tenia resentimiento con usted por haberlo abandonado? preguntó don Fernando.

—Casi ninguno, o al ménos me dijo que si me causaba embarazo o rubor esplicarle mi conducta, me callase i guardase mi secreto.

—Ese fué un acto de nobleza i de gran cariño ¿no es así?

—¡Oh!... sí, señor. El jeneral Buendía se ha conducido conmigo de la manera mas noble i caballeresca que imajinarse pueda. Su misma hidalguía, su misma confianza, han sido para mí constantes remordimientos; pues aun cuando yo lo hacia en servicio de mi patria, el engañarlo me era repugnante.

—Así es, hija mia, le dijo don Fernando; si no fuese porque es tan santa la causa i porque sabemos que el enemigo hace otro tanto, nadie podria desempeñar un papel que tiene algo de vil.

—Pues bien, continuó Ema, nuestras relaciones con Buendía volvieron a ser las mismas de ántes. Con un pretesto u otro yo aplazaba sus esperanzas i habria llegado así hasta que la violenta situacion en que estaba el ejército aliado, tuviera un desenlace.

Pero mi fatalidad no lo tenia dispuesto así. Félix descubrió mi paradero, i cuando supo que estaba nuevamente con el jeneral se enfureció.

Fué inútil que le esplicase mi conducta, que apelase a su patriotismo, que le jurase que me mantenia pura.

Arrebatado por los celos, me insultó lanzándome palabras que no puede tolerarlas la mas perdida de las mujeres.

Le arrojé de mi presencia; i su injusticia e ingratitud hirieron de tal manera mi corazon, que pensé hasta en suicidarme...

Ema calló como si no se atreviese a continuar.

—¿I despues, hija mia? le preguntó don Fernando.

—¡Despues!... esclamó ella con amargura. ¡Ah, señor!... el despecho, el deseo de vengarme i de poner una valla eterna entre el amor de Félix i el mio, me hicieron caer!...

Ema se cubrió la cara con las manos i un profundo sollozo se escapó de su pecho.

Don Fernando permaneció un rato en silencio, dejando tiempo para que aquel aflijido corazon desahogase un poco su dolor.

—Vamos, hija mia, la dijo al fin; su falta no es tan grave para que así se desaliente.

Ema sacudió la cabeza con desesperacion.

—¡Si fuese la primera, esclamó, tendria una disculpa; pero ya, como usted lo sabe, unas veces por una causa, otras por otra, he caido siempre en el lodo! ¡Este es mi destino!...

—Nó, hija mia, aun es usted jóven, aun puede usted rehabilitarse. ¿Por qué no vuelve a Chile?

—¡Ah!... casi imposible, señor!... ¿Cómo tendria valor para presentarme a mi familia?

—Podria usted vivir independientemente, como una viuda, como una persona que vive tranquila i modestamente.

Ema iba a contestar; pero a ese tiempo entró el médico que venia de visitar a Félix.

Nuestro enfermo, dijo a Ema, ántes de media hora habrá recobrado por completo su razon; i como su herida marcha mui bien, podrá hasta dejar la cama.

—¡Oh!... gracias a Dios! esclamó ella.

Despues de meditar un momento agregó:

—Dígnese, señor, no decir a Félix que yo le he atendido; con ello asegurará mas bien su curacion.

I sin esperar respuesta, se alejó dejando al médico estupefacto.

¡VIVA LA EX-JENERALA BUENDÍA!

Dos horas despues, en el campamento, se oyó un clamoreo i una algazara indescriptibles.

De todos los cuerpos, carpas u oficinas donde estaban acampadas las fuerzas chilenas, corrian hácia el punto en que el Estado Mayor habia situado su despacho.

Creian unos que algun batallon se habia sublevado; pensaban otros que el enemigo, rehecho despues de su derrota, llegaba a atacar; i no eran pocos los que temian alguna de esas desgracias que en momentos dados suelen comprometer a todo un ejército i a toda una nacion.

Sin embargo, el ruido que llegaba hasta la ambulancia tenia un no sé qué de alegre, que no presajiaba desgracias. De repente, el aire arrastraba hasta el sitio donde se albergaba el dolor de los que habian pagado su tributo de sangre a la patria, ciertas armonías, ciertos ecos como de música i de gritos en que se vivaba a Chile.

En la ambulancia no quedaron a poco rato sino los heridos que no podian abandonar su lecho i uno que otro de los sirvientes encargados de cuidarlos.

En esos momentos, como lo habia previsto el médico, Félix recobraba su razon, despues de un sueño tranquilo i reparador.

De pronto no recordó nada; pero despues de alguna meditacion vió pasar por su mente todo aquello que le habia acaecido ántes de caer sin sentidos. Tras de eso, una nube lo envolvia todo, i solo de una manera vaguísima tenia una idea de haber visto junto a su lecho una mujer.

Llamó a un sirviente para hacerle algunas preguntas; i como éste no habia recibido recomendacion para guardar silencio, le dijo que habia sido atendido dia i noche por una señorita a quien unos nombraban Ema i otros LA EX-JENERALA BUENDÍA.

Félix ordenó que la llamaran; i cuando se le dijo que hacia mas de dos horas habia desaparecido de la oficina, pidió su ropa i se levantó.

Como se sabe, en la pieza contigua estaba don Fernando, así que Félix se acercó a él i despues de informarse recíprocamente de su estado, don Fernando le dijo:

—¡Pero usted no debia haberse levantado tan pronto, aun cuando su herida no sea grave!

—¡Imposible permanecer en la cama, señor, no estando ella aquí!... ¿Sabe usted a dónde se habrá dirijido?

—¿Se refiere usted a Ema?

—Sí, señor, a ella.

—Lo ignoro, amigo mio; pero segun mi parecer, lo que ella quiere es que usted no vuelva a verla a fin de evitar escenas como las que han mediado entre ambos.

—¡Pero yo no puedo, señor, olvidarla i dejar de amarla! El amor de Ema me es mas necesario que el aire que respiro...

—Sin embargo, por su propio bien, amigo mio, le dijo don Fernando con voz calmada, debe usted tratar de olvidar.

—Es que mi bien, señor, es tenerla a mi lado i disfrutar de su amor.

—No obstante, le observó don Fernando, en el tiempo que eso ha sucedido usted ha estado constantemente atormentado por los celos i ni ella ni usted han podido ser felices.

—Es cierto, contestó Félix con sentimiento, pero esos celos nacen de mi grande amor.

—¿I qué importa, amigo mio, de lo que nazcan si mortifican, si arrebatan la dicha del corazon?

Félix inclinó la cabeza i murmuró:

—He sido injusto, es cierto; pero en lo sucesivo no lo seré.

—I ¿cree que ahora que usted tiene la evidencia de que esa desgraciada jóven ha caido, podrá tener ménos celos que ántes, cuando solo abrigaba desconfianzas?

—Es que yo no creo, señor, que Ema haya caido; eso lo dirá ella para castigarme.

—Una mujer como Ema, amigo mio, no se calumnia a sí misma por una pueril venganza. Ella me ha contado su historia llorando con amargura, i los ecos de su corazon me han probado que no mentia.

A ese tiempo entró un mozo i entregó a don Fernando una carta que éste leyó pausadamente i en silencio.

Cuando concluyó la lectura, meditó un instante, i al fin pasando la carta a Félix le dijo:

—¡Léala usted, amigo mio!

—¡Carta de Ema!... esclamó apénas hubo visto la letra.

—¡Sí, de ella! contestó el anciano.

Félix leyó lo siguiente:

SEÑOR FERNANDO ARAVENA

Presente

Respetado señor:

Con gran sentimiento me veo en la necesidad de separarme de su lado ántes de que haya terminado su curacion.

Perdida yo para la sociedad, no solo por mi pasado sino por haber aparecido ante todo el mundo como la querida de un jeneral enemigo de nuestra patria, vivia aun medianamente feliz, teniendo la conciencia de que no era tan vil ante mí misma ni ante los ojos del hombre que me amaba.

Miéntras él me ame, pensaba, i yo me considere digna de ese amor, viviré un tanto dichosa i quién sabe si andando los años llegue a ser feliz.

¡Ah!... no contaba yo con ese algo, llámese fatalidad, destino o propension de mi naturaleza, que me hace caer al lodo en vez de levantarme mas, cuando alguna gran desgracia me hiere!...

Sí, señor; ya ve usted que no disimulo ni amenguo mis faltas. Soi, lo confieso con pena i rubor, una mala mujer. Mi corazon, manchado una vez por una falta no mui grave, ha seguido ennegreciéndose en vez de purificarse con el dolor.

Como usted lo sabe, cuando me arrebataron la vida de mi Enrique, la locura o delirio que tal desgracia me produjo, en vez de llevarme a un claustro, como habria acontecido a otra jóven de mi edad i mis condiciones, me precipitó en la disolucion i el estravío.

Para salir del fango en que me hallaba sumida, apelé a una nueva deshonra; i cuando despues conocí cuál era el abismo a que habia caido; cuando supe que el hombre con quien vivia era el asesino de mi amante, de mi Enrique, el deseo de venganza hízome todavia continuar a su lado.

Mas ya en ese tiempo amaba por segunda vez, amaba a Félix, i este amor pensé que podria purificarme!

¡Desgraciada de mí!... Mi pasado ha sido para Félix un fantasma, una pesadilla constante, un tormento continuo; i cuando yo trabajaba con mas ahinco para borrarlo con mi buen proceder, se me arrojó a la frente, recordándoseme que tenia en ella eterno e inborrable baldon!

Le perdono, señor; perdono a Félix porque él no tiene la culpa. Yo no puedo ni debo ser amada sino como se ama a las que no se tiene la seguridad de tener por mas de un cuarto de hora.

¿Quién puede, en realidad, tener confianza en una mujer que por una causa u otra ha pasado de mano en mano?

I bien. Esto lo comprendí cuando el hombre a qiuen amaba i de quien era amada, fué para mí, en un momento de arrebato, mas que mi verdugo, porque el verdugo mata el cuerpo i él mató para siempre mi alma.

Sin alma, mi cuerpo era ya un algo que podia arrojar a la calle para ser recojido por quien quisiera.

Así sucedió.

Todo quedó terminado, es decir, toda idea de felicidad, de rehabilitacion concluyó para mí desde ese instante.

Mi nueva caida i mi conducta debia tener pronto un

terrible resultado, que no alcancé a comunicar a usted.

Un oficial peruano que varias veces me habia solicitado, se atrevió, en la noche anterior a la batalla de San Francisco, a asaltarme en medio de la pampa, en circunstancias que yo con un soldado marchábamos a reunirnos con el campamento.

Se trabó una lucha i me derribó.

En los esfuerzos que yo hacia para defenderme, mis manos tropezaron con un revólver que él cargaba a la cintura. Me apoderé de aquél sin que él lo notara; tan ofuscado se hallaba.

Disparé sobre su frente; la sangre empapó mis manos i acto continuo rodó inerte al lado mio.

Me estremecí de horror i, sin acordarme de mi caballo, huí por la pampa, al acaso, como una loca.

A poco rato sentí el galope de algunos caballos i luego algunos gritos. Comprendí que seria alguna avanzada peruana i me oculté en una hondonada, endonde, acompañada del pavoroso silencio del desierto i del recuerdo de lo que me habia acaecido, pasé el resto de la noche.

Ahora bien, señor ¿qué marca, qué sello, qué distintivo tiene la mujer caida para que nadie la respete? ¿Por qué donde yo voi encuentro personas que me mancillen i ultrajen, a mi pesar, sin que yo lo pretenda?

I no se dirá que es mi hermosura lo que tales actos provoca. Miles de mujeres hermosísimas he conocido a quienes no se ofende ni siquiera con una mirada impertinente.

¡Ah!... lo comprendo!... Esas señoras son i han sido siempre dignas i honradas, i la virtud, sin duda, o se refleja en sus frentes, o es una coraza que las proteje contra los insultos.

Yo donde vaya tendré que ser insultada, pues se cree que para una mujer como yo no existen los insultos

En fin, señor, no sé por qué he prolongado tanto esta carta ni por qué abuso de su benevolencia para conmigo participándole mis vergonzosos hechos.

Ruégole sí, ántes de terminar, que si Félix le habla de mí, trate usted a toda costa de decidirlo a que me olvide, i a que su actividad, su intelijencia i su gran corazón lo dedique esclusivamente a su patria.

Él es todavia mui jóven i lo bastante hermoso para encontrar, cuando quiera, una mujer pura, digna de ser su esposa i de hacerlo feliz.

Yo no debo ni puedo acercarme jamas a él. Mi sombra i mi contacto les serian fatales. Nuestros antiguos amores debemos recordarlos como un sueño, como una grata ilusion i nada mas.

Adios, señor. Tenga la seguridad de que cualquiera que sea la abyeccion a que me arroje mi destino, no olvidaré jamas que usted ha sido para mí un poderoso auxiliar para mantenerme algun tiempo con dignidad. Si he caido, tal vez fué en gran parte por no tener quién fortificara mi virtud.

Besa humildemente sus piés su servidora

EMA.

Félix concluyó de leer esta carta i se quedó mustio, sombrío, mirando el papel con aire estraviado.

—¡Será necesario, esclamó al fin con voz ronca, que yo hable una vez mas a esta mujer!...

—I ¿con qué objeto, amigo mio? le preguntó don Fernando con bondadosa voz.

—Con el objeto de reunirme a ella, señor, i decirle que la perdono, que olvidaré todo, que no la celaré jamas.

—¡No conoce usted, Félix, lo que es el corazon humano!... Usted no puede ya pasar una hora feliz al lado de esa jóven. El carácter de usted es estremadamente celoso i no podrá ser feliz con ninguna mujer cuyo pasado no sea purísimo i cuya virtud la ponga a cubierto de atrevidas pretensiones.

—Es decir, señor ¿que porque Ema ha caido no puede ya hacer la felicidad de un hombre?

—De un hombre como usted nó, amigo mio. De un hombre con uno de esos caracteres un tanto apáticos, que dan poca importancia a ciertos hechos de la vida, sí; Ema es capaz de hacerlo feliz. Ese hombre, bajo el amparo del cariño, llegará a olvidar las faltas de su compañera i a vivir en la seguridad de que jamas pretenderá engañarlo.

—Yo, curándome de mis celos, puedo ser ese hombre, dijo Félix.

—Esa enfermedad, amigo mio, cuando se contrae por la desconfianza que inspiran los actos pasados de una mujer, es incurable.

—Es que hasta hoi, señor, le dijo Félix con la obstinacion de los enamorados, la situacion en que se va visto colocada Ema ha sido en estremo excepcional; ella, por servir a la patria, ha tenido que vivir al lado de un hombre que la ama como un loco.

—I despues ¿cómo viviria? le preguntó don Fernando.

—Viviria solamente a mi lado.

—Es decir, agregó el anciano, como vivió cuando ustedes anduvieron en el desierto, ocultándose en los pueblecillos que hai diseminados en la pampa.

Félix recordó que tambien en esos puntos, léjos de Buendía, sintió en mas de una ocasion la aguda punzada de los celos.

—Entónces, contestó con cierto empacho, tambien acaecia algo que me molestaba. Cuanto hombre se acercaba a Ema era para dirijirla, por lo ménos, miradas devoradoras.

—I ¿usted cree que eso no va a suceder en lo sucesivo? preguntó el anciano.

—Una que otra ocasion tal vez; pero ya eso no será suficiente para mortificarme.

—¿Qué motivos tiene usted para creer que no sucederá sino una que otra vez?

—Primero, señor don Fernando, porque Ema vivirá retirada enteramente de toda sociedad; i segundo, que viviendo así, no tendrá quién la solicite ni yo quién me moleste.

—I ¿piensa usted, amigo mio, que una mujer puede vivir eternamente o por mucho tiempo así, como en un claustro, como en una prision?

—I ¿por qué nó, señor, si es cierto que mi amor le basta para ser feliz?

—Vuelvo a decir a usted que conoce mui poco el corazon humano.

—¿No cree usted a Ema una mujer capaz de hacer eso, es decir, de consagrarse enteramente a hacer la felicidad del hombre que la ama?

—Considero a ella i a cualquiera otra mui capaz de eso i mucho mas; pero no de vivir encerrada, de pasar

como en una especie de serrallo, guardada por receloso sultan. La mujer, amigo mio, tal cual está hoi colocada, a la altura del hombre, necesita como él de independencia, de respeto, de consideraciones, i sobre todo, de libertad. La falta de confianza en el hombre que la ama; la tiranía que éste pueda ejercer sobre ella, no solo la irritará sino que la hará caer en faltas que jamas habria cometido disponiendo de su libre albedrío.

—Es que yo no le impondria esa vida; ella misma la buscaria como la mas adecuada para nuestra felicidad.

—Sí, eso acaeceria durante un mes o dos, despues, insensiblemente, ella buscaria un poco de aire, un poco de espansion, un poco de relaciones i tornarian a caer en las mismas escenas i tal vez en el mismo abismo. ¿Cree usted que el hombre pueda vivir sin amistades? Si es feliz, le gusta que álguien vea su felicidad; si desgraciado, tener álguien en quien depositar sus penas. El instinto de relacion, amigo Félix, es uno de los mas poderosos, de esos que podemos llamar en nuesta naturaleza el sistema sensible.

—Sí, lo sé, señor; pero el amor todo lo llena.

Don Fernando iba a replicar, dando por terminado el diálogo, pero quiso hacer un último esfuerzo.

—Vamos, le dijo sonriendo bondadosamente; veo que no podré convencer a usted miéntras tratemos de amor. Los jóvenes son todos así cuando aman; creen que la única dicha, el único cielo que hai para ellos, es: primero, amar i ser amados; despues, vivir eternamente al lado del sér querido; pero al cabo de algun tiempo comprenden que si el instinto de reproduccion es poderoso, para que sea durable, es necesario vaya acompañado de otros accesorios.

—¡Oh, señor!... no se moleste usted con mi obstinacion; pero la amo, la amo i no puedo vivir sin ella...

—Ya, ya, lo comprendo, contestó don Fernando. Pues bien: yo no pido a usted que deje de amarla; pero vamos a ver si es posible conciliar ese sentimiento con otro.

El anciano, profundo conocedor del corazon humano, se detuvo un momento como para dar mas fuerza a lo que iba a decir.

—Voi, agregó pausadamente, a hacer a usted algunas preguntas que espero me conteste con la mano puesta en el corazon.

—Es como siempre hablo a usted, señor, a quien respeto i amo como a mi padre.

—Gracias, le dijo el anciano con voz bondadosa. Dígame usted ¿por qué salió de Antofagasta, abandonando sus negocios i comodidades?

—Porque creí poder servir de algo a mi patria, contestó el jóven.

—¿Ama usted a su patria mas que a cualquiera otra cosa en el mundo?

—¡Oh, sí!... Al ménos así lo creo.

—Siendo así ¿está dispuesto usted a sacrificarlo todo por ella?

—Lo he probado, señor, arriesgando mi vida en los combates de Pisagua, Jermania i Dolores.

—Perfectamente, i con su respuesta podemos dar por terminado el interrogatorio con una sola pregunta mas. Si usted ha sacrificado su fortuna, sus comodidades i está dispuesto a sacrificar su vida por la patria ¿se halla acaso incapaz para sacrificar tambien por ella el amor de una mujer?

—Es que ese amor, señor, replicó Félix prontamente,

no me impide servir a mi patria. La prueba ya la he citado.

—¡Vamos!... usted mismo se ha encerrado en un círculo, le dijo don Fernando sonriendo. Las tres veces que usted se ha batido, no ha estado con Ema; al contrario, por una causa u otra se hallaba separado de ella. Ahora bien, si esos combates se hubieran realizado miéntras usted estaba por allá, en el desierto, gozando de sus amores ¿habria podido servir a su patria como lo ha hecho?

Félix comprendió que estaba cojido e inclinó la cabeza.

—Amigo mio, agregó don Fernando al ver que el jóven nada le contestaba, si usted no lleva a mal oir la voz de un viejo, le diré que el hombre tiene, en ciertas circunstancias de la vida, deberes mucho mas sagrados e imprescindibles que correr tras de las caricias de una mujer. Bueno es amar; bueno es bañar nuestro corazon en esa fuente que vivifica i consuela; pero de ahí hasta olvidar nuestros deberes de hombres i de ciudadanos, hai una gran distancia i yo no querria verlo a usted colocado en esa triste situacion.

Félix sintió el poder de esta lójica i dos lágrimas humedecieron sus párpados.

—¡Gracias! esclamó estrechando la mano del anciano. ¡Usted me ha recordado mi deber!...

A ese tiempo entró, corriendo, uno de los mozos de la ambulancia.

—¡Viva Chile!... gritó. ¡Iquique tomado! ¡Iquique en nuestro poder!...

—¿Es posible? interrogaron don Fernando i Félix.

—¡Está tomado!... En el campamento hai una grande alegría!...

—¡Hasta luego!... esclamó Félix olvidándolo todo ante esta nueva noticia de triunfo i corriendo hácia el campamento.

Ahí tuvo algunos detalles que narraremos mas tarde; i como dos dias despues se encontrase capaz de viajar, se trasladó a Iquique, impaciente por ver a los náufragos de la *Esmeralda* que debian haber quedado ahí.

Pero así como a Ema empujaba el destino a un abismo, así parecia tambien empujarlo a él.

No bien habia puesto el pié en una de las calles del puerto, cuando en una casa de modesta apariencia oyó gritos, vivas, tamboreos i rasgueo de la guitarra.

Se detuvo porque creyó oir algo que le heló la sangre.

—¡Viva LA EX-JENERALA BUENDÍA!... gritó uno.

—¡Viva!... ¡vivan las valientes chilenas! gritó una multitud.

Félix se precipitó a la casa i entró como un torrente en ella.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

PÁJ.

PAUTA

Para la colocacion de las láminas del primer tomo